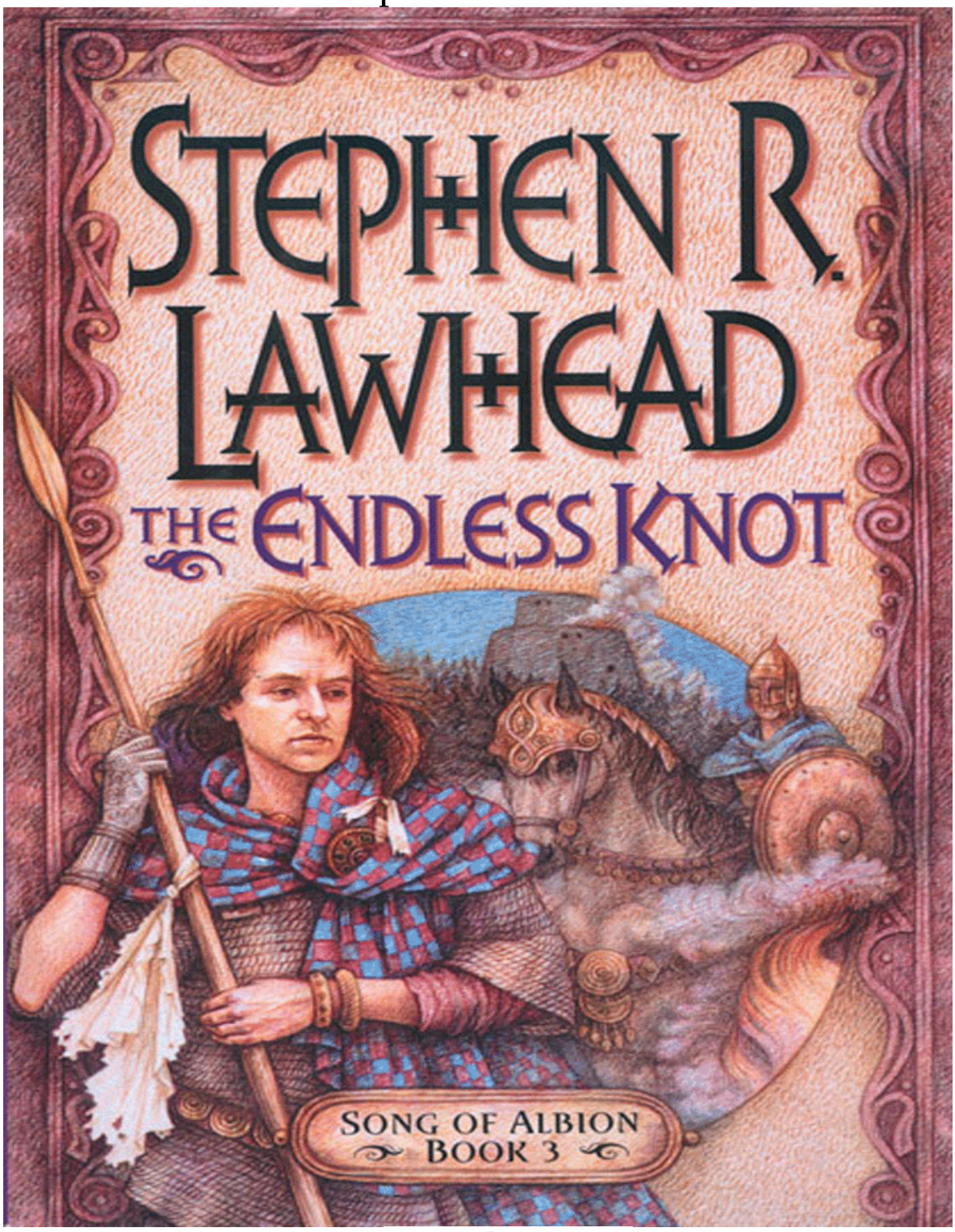
La Canción de Albión III
La última batalla
Stephen Lawhead



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Dedicado a Jan Dermis

«Puesto que el mundo no es más que una historia,
hicisteis bien en comprar la historia más perdurable
en lugar de comprar la historia menos perdurable.»

El juicio de san Columkill
(San Columbán de Escocia)

Escucha, oh Hijo de Albión, las palabras proféticas:

Laméntate y entristécete, porque el dolor asuela Albión en tres frentes. El Rey de Oro tropezará en su reino con la Roca de la Contienda. El Gusano de ardiente aliento reclamará el trono de Prydain; Llogres se quedará sin señor, pero Caledon se salvará. La Bandada de Cuervos acudirá en tropel a sus umbrías cañadas, y el graznido será su canción.

Cuando la luz de los *derwyddi* se apague y la sangre de los bardos reclame justicia, los Cuervos extenderán sus alas sobre el bosque sagrado y el montículo sacrosanto. Bajo las alas de los Cuervos se instalará un trono. Sobre ese trono, un rey con una mano de plata.

En el Día de la Lucha, las raíces y las ramas se intercambiarán los lugares, y el fenómeno será considerado una maravilla. El sol se apagará como el ámbar, la luna esconderá su faz: la abominación contaminará la tierra. Los cuatro vientos se pelearán entre ellos con ráfagas terribles; el estruendo se oirá hasta en las estrellas. El Polvo de los Antepasados se alzará hasta las nubes; la esencia de Albión se dispersará y desgarrará en la lucha de los vientos.

El mar se levantará con potentes voces. No habrá ningún puerto seguro. Arianrhod duerme en su promontorio rodeado por el mar. Aunque muchos la busquen, no la encontrarán. Aunque muchos la llamen, ella no los oirá. Sólo el beso casto la devolverá a su lugar.

Entonces surgirá el Gigante de la Maldad y aterrorizará a todos con el hábil filo de su espada. Sus ojos vomitarán fuego; sus labios gotearán veneno. Con su enorme hueste asolará la isla. Todos los que se le enfrenten serán barridos por el río de perversidad que fluye de su mano. La Isla de la Fuerza se convertirá en una tumba.

Todo esto va a sobrevenir por obra del Hombre Cínico, que, montado en su corcel de bronce, siembra un infortunio tan grande como calamitoso. ¡Alzaos, hombres de Gwir! ¡Empuñad las armas y enfrentaos a los hombres malvados que hay entre vosotros! El fragor de la batalla será oído en las estrellas del cielo, y el Año Grande avanzará hacia su consumación final.

Escucha, Hijo de Albión: la sangre nace de la sangre. La carne nace de la carne. Pero el espíritu nace del Espíritu y con él permanece por siempre jamás. Antes de que Albión sea una, debe ser realizada la Heroica Hazaña y debe reinar Mano de Plata.

Banfáith de Ynys Sci

1

LLAMAS TENEBROSAS

Un fuego consume Albión. Un extraño, latente e invisible fuego de tenebrosas llamas. Hierve, se agita y arde alimentando en su negro y candente corazón llamas de oscuridad. Arde invisible e ignoto.

Esas llamas de oscuridad son insaciables; crecen y se propagan con avidez, consumiéndolo todo, destruyéndolo todo. Aunque invisibles, su calor abrasa, quema, seca la carne y los huesos; agota la fuerza y debilita la voluntad; marchita el valor, corroe el coraje y convierte el amor y el honor en duros y negros rescoldos.

El fuego tenebroso es un maligno y ancestral enemigo, más antiguo que la tierra. No tiene rostro, ni cuerpo, ni piernas o brazos contra los que se pueda combatir y luchar, y mucho menos apagar o vencer. Sólo llamas, insidiosas lenguas de fuego y latentes chispas oscuras que arden y se esparcen con las ráfagas del viento.

Y nada puede prevalecer contra el tenebroso fuego. Nada puede resistirse a la incansable e insaciable corrupción de las invisibles llamas. No se apagará hasta que todo lo que existe en el mundo quede reducido a frías cenizas.

La piel de buey de la puerta se corrió y Tegid Tathal entró en la cabaña. Con aguda mirada escrutó la oscuridad; había recuperado la vista. Su ceguera había sido sanada o por lo menos transmutada en visión por las curativas aguas del lago. Al verme sentado sobre la paja que cubría el suelo me preguntó:

-¿Qué estás haciendo?

-Pensar -repliqué, mientras doblaba uno tras otro los dedos de mi mano de plata.

¡Mi mano! Era la encarnación de la belleza en hermosa y perfecta plata. Un tesoro de inimaginable valor. Un regalo, quizá la recompensa a un guerrero, que me había hecho una deidad con un sentido del humor muy peculiar. Muy peculiar, sin duda.

Tegid aseguraba que era un regalo de Dadda Samildanac, de la Mano Firme y Segura. Decía que era el cumplimiento de la promesa hecha por el señor del bosquecillo. La Mano Firme y Segura, por medio de su mensajero, otorgó a Tegid la gracia de su visión interior y a mí me hizo el regalo de aquella mano de plata.

Tegid me observó con curiosidad mientras yo seguía perdido en mis meditaciones.

-¿Y en qué estás pensando? -me preguntó al fin.

-En esto -repuse alzando la mano de metal-. Y en fuego. En un tenebroso fuego -añadí.

Aceptó mi respuesta sin plantear más preguntas.

-Ahí fuera te están esperando -se limitó a decir-. Tu pueblo quiere ver a su rey.

-Necesitaba estar solo un rato. Tenía que pensar.

Hasta la cabaña llegaba el griterío de la fiesta; la celebración de la victoria duraría varios días. Meldron, el Gran Sabueso, había sido derrotado y sus seguidores ajusticiados; la sequía había terminado, la tierra había vuelto a la vida y los supervivientes daban rienda suelta a la felicidad que los embargaba.

Pero yo no compartía esa felicidad porque su salvación y su alegría significaban, ni más ni menos, que mi estancia en Albión había concluido. Mi tarea había terminado y debía marcharme, aunque todas y cada una de las fibras de mi cuerpo lo negaran.

Tegid se acercó y se arrodilló para no tener que hablarme desde un plano elevado.

-¿Qué pasa?

Antes de que pudiera responderle, la piel de buey de la puerta se corrió de nuevo y entró el profesor Nettleton. Saludó con gesto grave a Tegid y se dirigió a mí diciéndome simplemente:

-Es hora de partir.

Como no le contesté continuó:

-Llew, ya hemos hablado de este asunto. Y estuvimos de acuerdo. Hay que hacerlo; y cuanto antes mejor. La dilación sólo empeorará las cosas.

Tegid miró al hombrecillo fijamente y dijo:

-Es nuestro rey. Como *Aird Righ* de Albión está en su derecho...

-Por favor, Tegid.

Nettleton sacudió la cabeza despacio y apretó los labios con gesto firme. Se acercó a mí y me miró fijamente.

-No le está permitido a ningún hombre permanecer en el Otro Mundo. Lo sabes perfectamente. Viniste a buscar a Simon para obligarle a regresar y ya lo has conseguido. Tu tarea aquí ha terminado. Es hora de volver a casa.

Tenía razón; lo sabía muy bien. Sin embargo, la sola idea de marcharme me desgarraba el corazón. No podía. Lejos de allí no era nada; no tenía vida. Un mediocre estudiante extranjero, un triste graduado carente de casi todo lo que es esencial para el hombre, sin amigos y sin el amor de una mujer; un perpetuo universitario sin ninguna meta en la vida salvo aspirar a alguna beca, y eludir las responsabilidades para prolongar al máximo la estancia en los protectores claustros de Oxford.

La única vida real que había conocido estaba en Albión. Marcharme de allí significaría morir y no me sentía con fuerzas para enfrentarme a ello.

-Pero aún tengo que hacer muchas cosas aquí -aduje, casi al borde de la desesperación-. Tengo que... Además, ¿por qué me han dado esto? -añadí alzando la mano de plata.

El frío apéndice de metal brillaba apagadamente en la oscuridad de la cabaña; la intrincada tracería de oro finamente labrada en su superficie destacaba en la delicada tonalidad de la plata.

-Vamos -dijo el profesor instándome a que me levantara-. No lo hagas

más difícil todavía. Vayámonos ahora mismo, y con la mayor discreción posible.

Me levanté y salí tras él de la cabaña. Tegid nos siguió sin decir nada. Fuera resplandecían las hogueras de la fiesta; las llamas se alzaban en el apagado crepúsculo. Alrededor de las hogueras la gente se divertía; entre el alegre tumulto llegaban hasta nosotros retazos de canciones. No habíamos dado ni dos pasos cuando se nos acercó Goewyn con una jarra en una mano y una copa en la otra; detrás de ella una doncella llevaba una bandeja con pan y carne.

-Imaginé que tendrías hambre y sed -se apresuró a explicar mientras echaba la cerveza en la copa-. Lo siento, pero es todo lo que he podido reservarte. Ya no queda más.

-Gracias -le respondí.

Al coger la copa dejé que mis dedos reposaran sobre su mano. Goewyn sonrió y me di cuenta de que no podía irme sin decirle lo que se escondía en el fondo de mi corazón.

-Goewyn, debo decirte... -empecé.

Antes de que pudiera acabar, un jubiloso grupo de guerreros se acercó instándome a que me uniera a ellos en la fiesta. Goewyn y la doncella fueron apartadas sin ceremonias.

-¡Llew, Llew! -gritaban los guerreros-. ¡Salve, Mano de Plata!

Uno de ellos llevaba en la mano un anca de venado que me ofreció insistentemente hasta que le hube dado un buen bocado. Otro vio mi copa y me sirvió cerveza de la suya.

-*¡Sláinte,* Mano de Plata! -gritaron todos cuando me la llevé a los labios.

Los guerreros parecían dispuestos a llevarme en volandas con ellos, pero Tegid intervino. Les explicó que yo deseaba caminar entre la gente para disfrutar de la fiesta y les rogó que protegieran la tranquilidad del rey, alejando de mí a todo el que pudiera molestarme empezando por ellos mismos.

Mientras los guerreros se alejaban ruidosamente, apareció Cynan.

-¡Llew! -exclamó propinándome un tremendo palmetazo en el hombro- ¡Por fin te encuentro! Llevo horas buscándote. ¡Acompáñame, bebe conmigo! Brindaremos por tu dignidad real. ¡Que tu reinado sea largo y glorioso! -y echó cerveza de su copa en la mía, que ya estaba a rebosar.

-¡Que nuestras copas rebosen siempre! -añadí mientras la cerveza se derramaba por mi mano.

Cynan se echó a reír. Bebimos y antes de que pudiera llenar de nuevo mi copa, me apresuré a pasársela a Tegid.

-Creí que hacía tiempo que se nos había acabado la cerveza -dije-. No tenía idea de que quedara tanta.

-Es la última -comentó Cynan mirando el contenido de su copa-. Cuando se haya acabado, tendremos que esperar a que los campos sean labrados y crezca el grano. Pero hoy -añadió con una carcajada-, hoy tenemos cuanta necesitamos.

Cynan, con su resplandeciente cabellera roja, con sus brillantes ojos azules y la copa llena de cerveza, parecía tan exultante de vida y tan feliz

de disfrutar de aquellos momentos, tras los horribles acontecimientos de los pasados días, que no pude sino unirme a su alegría; me eché a reír aunque el corazón me pesaba en el pecho como una losa.

-Más aún, hermano -le dije-. ¡Somos hombres libres y estamos vivos!

-¡Desde luego! -exclamó el príncipe.

Me echó el brazo al cuello y me atrajo hacia él en un cariñoso abrazo. Así entrelazados, dediqué un silencioso y triste adiós a mi hermano de armas.

Bran y algunos de los Cuervos se nos acercaron y me saludaron y aclamaron como rey jurándome eterna lealtad. También acudieron los reyes Calbha y Cynfarch.

-¡Salud, Llew! -dijo Calbha-. Que tu reinado continúe como ha empezado.

-¡Que te acompañe siempre la prosperidad -añadió Cynfarch- y que la victoria corone todas tus batallas!

Les di las gracias y les rogué que me excusaran, pues había visto que Goewyn se alejaba del grupo. Calbha se dio cuenta de que mis ojos estaban clavados en ella y me dijo:

-Ve, Llew. Ella te está esperando. Ve.

Yo me apresuré a marcharme.

-Tegid, tú y el profesor disponed el bote. Enseguida me reuniré con vosotros.

El profesor Nettleton echó una rápida ojeada al cielo y dijo:

-Ve si crees que debes hacerlo, pero date prisa, Llew. La hora-entre-horas no puede esperar.

Alcancé a Goewyn cuando pasaba entre dos casas.

-Ven conmigo -le dije-. Debo decirte algo.

La muchacha no contestó; dejó la jarra en el suelo y me tendió la mano. Yo se la cogí y la conduje entre el laberinto de cabañas hasta el límite del *crannog.* Nos deslizamos entre las sombras del muro de la fortaleza y salimos por las puertas desprovistas de vigilancia.

Goewyn permanecía en silencio mientras yo buscaba torpemente las palabras que expresaran lo que le quería decir. Ahora que me prestaba toda su atención, no sabía por dónde empezar. La joven me miraba; en la desmayada luz del crepúsculo sus ojos brillaban grandes y oscuros, los rubios cabellos le resplandecían como plata pulida y tenía la piel pálida como el marfil. Una delicada torque relucía en su garganta como un collar de luz. Era en verdad la mujer más bella que jamás había conocido.

-¿Qué ocurre? -preguntó al fin-. Si hay algo que te causa infelicidad, cámbialo. Ahora eres el rey y a ti te corresponde decir cómo deben ser las cosas.

-Me parece -repuse con tristeza- que hay algunas cosas que ni siquiera un rey puede cambiar.

-¿Qué ocurre, Llew? -preguntó ella de nuevo.

Titubeé. Ella se me acercó aguardando la respuesta. La miré; estaba bellísima en la decreciente luz.

-Te amo, Goewyn -dije.

Ella sonrió y sus ojos brillaron de alegría.

-¿Y eso es lo que te hace infeliz? -bromeó, acercándose aún más. Alzó

los brazos y entrelazó los dedos en mi nuca-. Yo también te amo. Ya ves. Ahora los dos juntos podremos sentirnos muy desgraciados.

Sentí su dulce aliento en la cara. Deseaba cogerla en mis brazos y besarla. Ardía de pasión. Pero me limité a apartar la vista de su rostro.

-Goewyn, me gustaría pedirte que fueras mi reina.

-Y si me lo pidieras -contestó con voz dulce y acariciadora-, aceptaría... como he hecho tantas veces en el fondo de mi corazón.

Su voz... podría vivir dentro de aquella voz. Podría existir en ella, perderme completamente, feliz de no oír nada más excepto su armonía.

Tenía la boca seca y me esforcé por tragar el grumo de arena que de pronto parecía atenazarme la garganta.

-Goewyn... yo...

-¿Llew? -Había captado la desesperación de mi voz.

-Goewyn, no puedo... no puedo ser rey. No puedo pedirte que seas mi reina.

La muchacha se irguió y se apartó de mí.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que no puedo quedarme en Albión. Debo marcharme. Debo regresar a mi mundo.

-No lo entiendo.

-Yo no pertenezco a este mundo -empecé a decir con considerable torpeza, pero una vez hube empezado tuve miedo de callar-. Éste no es mi mundo, Goewyn. Soy un intruso; no tengo derecho a quedarme aquí. Es la verdad. Sólo vine aquí por Simon. Él...

-¿Simon? -preguntó ella, pues aquel nombre no significaba nada en su lengua.

-Siawn Hy -le aclaré-. En nuestro mundo se llama Simon. Él vino aquí y yo tras él. Vine para hacerle regresar..., y ahora que lo he logrado tengo que marcharme. Ahora mismo, esta noche. No te veré nunca más...

Goewyn no dijo nada, pero era evidente que no entendía ni una palabra de lo que le estaba diciendo. Exhalé un profundo suspiro y proseguí con mi torpe discurso.

-Todos los problemas, todo lo que ha sucedido aquí, en Albión... la muerte y la destrucción, la matanza de los bardos, las guerras, la desolación de Prydain... todas las desgracias que han sucedido... han derivado de Simon.

-¿Todo ha sido obra de Siawn Hy? -preguntó la muchacha con incredulidad.

-No me estoy explicando muy bien -tuve que admitir-. Pero es verdad. Pregúntaselo a Tegid; te dirá lo mismo. Siawn Hy trajo consigo ciertas ideas..., ideas de tal astucia y perversidad que envenenó con ellas toda Albión. Meldron comulgó con ellas y ya ves lo que sucedió.

-No sé nada de todo eso. Pero sí sé que Albión no ha sido destruida. Y no ha sido destruida -puntualizó- gracias a que tú lo impediste. De no ser por ti, Siawn Hy y Meldron habrían reinado sobre una Albión asolada.

-Entonces ya ves por qué no puedo permitir que eso suceda de nuevo.

-lo único que veo -corrigió ella con firmeza- es que tú debes quedarte para impedir que vuelva a suceder.

Advirtió mi vacilación y adujo más argumentos.

-Sí, debes quedarte. Como rey que eres, es tu derecho y tu deber. -Hizo una pausa y sonrió-. Quédate y reina sobre una Albión renovada.

Goewyn sabía muy bien las palabras que yo deseaba oír y las había pronunciado. Sí, pensé yo, podía quedarme en Albión. *Podía* ser rey y reinar junto a Goewyn como mi reina. Seguramente el profesor Nettleton estaba equivocado y ella estaba en lo cierto: era mi deber como rey asegurarme de que la renovación de Albión proseguiría como había empezado. ¡Podía quedarme!

Goewyn ladeó la cabeza.

-¿Qué me dices, amor mío?

-Me quedo, Goewyn. Si es posible, me quedaré para siempre. Sé mi reina. Ayúdame a reinar.

Ella se echó en mis brazos y sentí sobre mis labios la cálida suavidad de los suyos. Aspiré con deleite la fragancia de sus cabellos. La abracé con fuerza y la besé; besé su garganta de marfil, sus párpados de seda, sus cálidos y húmedos labios que sabían a miel y a flores silvestres. Y ella también me besó.

Había soñado con aquel momento innumerables veces, lo había deseado, lo había anhelado. En verdad, lo único que ansiaba era amarla. Apreté contra mí el suave calor de su cuerpo y supe con certeza que me quedaría..., como si en algún momento hubiera abrigado alguna duda.

-Espérame -dije; la solté y me apresuré a alejarme.

-¿Adónde vas? -gritó tras de mí.

-Nettles se marcha. Me está esperando -respondí-. Debo despedirme de él.

2

TRES PETICIONES

Corrí siguiendo el muro de troncos y me reuní con Tegid y el profesor Nettleton que me esperaban en el bote. Lo empujé y salté a bordo; Tegid empuñó los remos y bogó a través del lago. Las tranquilas aguas brillaban como un espejo en el mortecino crepúsculo y reflejaban las últimas luces del cielo azul oscuro.

Desembarcamos al pie de Druim Vran y nos apresuramos a subir por el sendero que conducía al sagrado bosquecillo de Tegid. A cada paso que daba, iba inventando un nuevo argumento o excusa para justificar mi decisión de quedarme. En realidad, jamás había querido marcharme; me parecía injusto. El amor que sentía por Goewyn sólo era un elemento más en la larga lista de razones que tenía para oponerme al prudente designio de Nettleton. El profesor tendría que aceptar mi decisión.

El soto estaba silencioso y la luz era tenue cuando nos internamos en el boscoso santuario. Tegid sin perder tiempo comenzó a trazar un círculo en la tierra con la punta de su vara. Caminaba hacia atrás siguiendo la trayectoria del sol mientras salmodiaba con voz grave y solemne. No podía entender lo que decía, pues utilizaba la Lengua Secreta de los *derwyddi,* el *Taran Tafod.*

Mientras aguardaba junto a Nettles, en mi mente se entremezclaban acusaciones, culpabilidades y una profunda indignación... ¡Yo era rey! ¡Había construido aquel lugar! ¿Quién más que yo tenía derecho a quedarse allí?... Pero no podía pronunciar palabra. De pie, en furioso silencio, me limitaba a ver cómo Tegid preparaba nuestra partida.

Tras finalizar la sencilla ceremonia, el bardo salió del círculo que había dibujado y se acercó a nosotros.

-Todo está dispuesto -dijo con la mirada clavada en mí.

En sus ojos se leía una profunda tristeza pero no pronunció ni una palabra de despedida. Mi marcha le producía también a él un enorme dolor.

El profesor avanzó hacia el círculo, pero yo no me moví, como si hubiera echado raíces. Cuando Nettleton se dio cuenta de que me había quedado atrás, miró por encima del hombro; al comprobar que yo no había hecho el menor movimiento para seguirle, me instó:

-Vamos, Lewis.

-No voy a acompañarte -repuse apagadamente.

No era lo que había planeado decirle, pero las palabras habían brotado sin darme cuenta.

-¡Lewis! -me reprendió volviéndose hacia mí-. Piensa bien lo que estás haciendo.

-No puedo marcharme así, Nettles. Es demasiado pronto.

Me cogió del brazo y lo apretó con violencia.

-Lewis, escúchame. Escúchame con atención. Si amas Albión, *debes* marcharte. Si te quedas, sólo lograrás destruir cuanto has salvado. Considéralo de este modo. Tu tarea ha terminado: no está permitido a ningún ser humano...

-Correré el riesgo, Nettles -le interrumpí.

-No te corresponde a ti correr ese riesgo -explotó impaciente, y su voz resonó en el silencio del soto. Exasperado parpadeó tras los redondos cristales de sus gafas-. Piensa bien lo que estás haciendo, Lewis. Has conseguido lo imposible. Tu tarea aquí ha terminado. No destruyas todo el bien que has hecho. Te lo ruego, Lewis, piénsalo bien.

-La hora-entre-horas -dijo Tegid con voz suave.

-Me quedo -murmuré en tono terminante-. Si tienes que marcharte, es mejor que lo hagas cuanto antes.

Viendo que no podía convencerme, el profesor se dio la vuelta con un gesto de frustración y se internó en el círculo. Al instante, su cuerpo pareció desvanecerse y empequeñecerse, como si hubiera penetrado en un largo túnel.

-Despídete de todos, Lewis -me instó en tono desesperado-, y vuelve tan pronto como puedas. Te estaré esperando.

-¡Adiós, amigo mío! -exclamó Tegid.

-Por favor, por lo que más quieras, no retrases tu vuelta demasiado tiempo -gritó Nettles con una voz que se iba desvaneciendo.

Su imagen onduló como oculta tras una cortina de agua. Los cristales de sus gafas destellaron y luego desapareció mientras sus últimas palabras permanecían suspendidas en la quietud del aire, como un rápido y apagado consejo.

Tegid se reunió conmigo.

-Bueno, hermano -dijo-, al parecer vas a tener que soportar mi presencia aún por algún tiempo.

Luego el bardo miró el círculo ya vacío. Con el rostro grave y la mirada perdida, parecía estar asomándose al vacío del reino de la nada. Pensé que no iba a pronunciar palabra, pero entonces alzó su vara y dijo con segura certeza:

-Antes de que Albión sea una, la Heroica Hazaña debe ser llevada a cabo y Mano de Plata debe reinar.

Eran las palabras de la profecía de la *banfáith,* y*,* como me recordaba él de vez en cuando, todavía tenía que probarse que eran falsas. Tras haberlas pronunciado me miró.

-La elección está hecha -dijo.

-¿Qué ocurrirá si me he equivocado?

-Siempre podré hacerte volver a tu mundo -repuso.

Noté en su voz el alivio que sentía. Del mismo modo que yo no había querido marcharme, Tegid tampoco lo había deseado.

-Es verdad -dije sintiendo que me sacaba un peso de encima.

Desde luego; podría marcharme cuando quisiera, y me marcharía cuando hubiera finalizado lo que había empezado. Algún día me marcharía. Pero aún no; todavía no.

Aparté esa idea de mi mente, aplacando mi torturada conciencia con una dulce autojustificación: después de todo lo que había padecido, me

merecía una pequeña dosis de felicidad. ¿Quién podría negármela? Además, todavía quedaba mucho por hacer. Me quedaría hasta ver reconstruida Albión.

Sí, y me casaría con Goewyn.

El rumor de nuestra boda se extendió por Dinas Dwr con la celeridad de un grito. Tegid y yo llegamos al palacio y nos sumamos a la fiesta, que con la llegada de la noche había desembocado en una franca y vertiginosa euforia. El salón parecía desbordar luz y sonido: la chimenea rugía y colgaban antorchas en los muros de madera; hombres y mujeres sentados en bancos se apretaban en grupos en torno a los pilares.

Sólo la cabecera del salón, orientada al oeste, permanecía silenciosa y vacía de público, pues el Bardo Supremo había colocado allí, en un pedestal de hierro, el cofre que contenía las Piedras Cantarinas y había establecido una guardia perpetua: tres guerreros vigilaban noche y día el tesoro de Albión. Los centinelas eran relevados a intervalos por otros guerreros, de forma que todos compartían aquel sagrado deber. En ningún momento, ni de día ni de noche, las milagrosas piedras quedaban sin vigilancia.

El tumulto aumentó en cuanto entramos en el palacio y no tardé en descubrir la causa.

-¡El rey! ¡Ha llegado el rey! -gritó Bran, y los Cuervos acudieron a su llamada-. ¡Brindo por la boda del rey! -exclamó alzando la copa.

-¡Por la boda del rey! -coreó Cynan.

En un instante me vi rodeado, cogido y levantado en volandas. Crucé el umbral y fui paseado en hombros de los guerreros por las callejuelas de Dinas Dwr, mientras la multitud se congregaba a nuestro paso. Recorrimos así el poblado, para que todo el *caer* se enterara de lo que sucedía y se uniera a nosotros.

Entre el resplandor de antorchas y el clamor de risas llegamos por fin a la cabaña donde se habían instalado Goewyn y su madre. La comitiva se detuvo y Cynan, tomando las riendas del festejo, exclamó que el rey había llegado a buscar a la novia.

Apareció Scatha y se dirigió a la multitud.

-Mi hija está aquí -dijo señalando a Goewyn que había salido de la cabaña tras su madre-. ¿Dónde está el hombre que la busca? -añadió, simulando escrutar entre la multitud, como si buscara al loco que se atrevía a pretender a su hija.

-¡Aquí está! -gritaron todos a una.

De pronto, alzado sobre la retada multitud, caí en la cuenta de que aquello era el preámbulo de un ceremonial de boda céltica que jamás había presenciado. Y no era de extrañar, pues el pueblo de Albión conocía nueve diferentes ritos de esponsales y yo había asistido tan sólo a unos pocos.

-Dejad que el hombre que pretende llevarse a mi hija se dé a conocer por sí mismo -respondió Scatha cruzando los brazos sobre el pecho.

-Aquí estoy, Scatha -repuse yo.

Los guerreros me depositaron en el suelo y la multitud me abrió paso. Vi a Goewyn aguardándome, como si estuviera al final de un sendero

franqueado por centinelas.

-Llew Mano de Plata ha venido a pedirte a tu hija por esposa -añadí.

Goewyn sonrió, pero no hizo el menor gesto de reunirse conmigo; mientras me acercaba a ella, Scatha se interpuso en mi camino con expresión intimidadora; me examinó de la cabeza a los pies, como si estuviera inspeccionando un corte de tela apolillado. Se me humedeció la palma de mi mano de carne mientras me sometía a tan concienzudo escrutinio. La multitud que nos rodeaba indicaba a gritos a Scatha las cualidades, reales o imaginarias, que se suponía poseía yo.

Por fin, Scatha se declaró satisfecha con mi aspecto y alzó la mano.

-No observo defecto alguno en ti, Mano de Plata. Pero no puedes pretender que te entregue una hija de tanta valía como Goewyn sin que antes me pagues a cambio un precio que esté a la altura de la novia.

Yo sabía muy bien lo que debía responder.

-Sin duda me juzgas persona de baja estofa si crees que voy a privarte de una hija tan hermosa, sin ofrecerte una adecuada compensación. Pide lo que quieras, te entregaré lo que juzgues aceptable.

-Y tú me juzgas una estúpida si crees que puedo tasar en un instante algo tan valioso. Es un asunto que requiere larga y cuidadosa deliberación -repuso Scatha con arrogancia.

Aunque aceptaba su respuesta como parte del ritual que estábamos celebrando, no pude menos que sentirme irritado ante las trabas que ponía en mi camino.

-Lejos de mí negarte lo que pides. Tómate todo el tiempo que quieras -repuse-. Mañana volveré al alba para escuchar tus peticiones.

Mi respuesta fue considerada justa y todos la celebraron ruidosamente. Scatha inclinó la cabeza y, como si consintiera en dejarse llevar por la reacción de la gente, asintió despacio.

-De acuerdo. Vuelve mañana al alba y veremos qué clase de hombre eres.

-Así lo haré -repliqué yo.

La gente rompió en aplausos y de nuevo fui arrastrado por encima de aquella marea de aclamaciones y vítores. Regresamos al palacio y entre risas y bromas escabrosas, Tegid me explicó lo que me esperaba al día siguiente.

-Scatha planteará sus peticiones y tú debes satisfacerlas con habilidad y astucia. No creas que te va a resultar fácil -me avisó-. Cuanto más valioso es un tesoro tanto más arduo resulta conseguirlo.

-Pero tú me ayudarás -osé sugerirle.

El bardo sacudió la cabeza.

-No, Llew; como Bardo Supremo no puedo tomar partido. Es un asunto entre Scatha y tú. Pero, del mismo modo que ella tiene a Goewyn para ayudarla, tú puedes escoger a uno de tus hombres.

Miré a mi alrededor. Bran sonreía a mi lado; sin duda me resultaría de gran ayuda en aquel trance.

-¿Bran? -le pregunté-. ¿Estarías dispuesto a ayudarme?

El jefe de los Cuervos sacudió la cabeza.

-Señor, si lo que necesitas es una mano diestra en el manejo de la espada, yo soy tu hombre. Pero este asunto me desborda. Creo que Alun

Tringad te servirá de más ayuda que yo.

-¡Drustwn! Ése es tu hombre -exclamó Alun en cuanto escuchó las palabras de Bran, señalando con el dedo el círculo de rostros que me rodeaba; y al instante vi que Drustwn se escabullía-. ¡Vaya! ¿Dónde se ha metido Drustwn?

-Escoge al rey Calbha -exclamó una voz.

Antes de que pudiera pedírselo, alguien replicó:

-¡Es una esposa, no un caballo, lo que quiere Mano de Plata!

-¡Es cierto! -añadió el propio Calbha-. No sé nada de novias; pero no dudes en recurrir a mí cuando necesites un caballo.

Me dirigí entonces a Cynan, que estaba junto a su padre, el rey Cynfarch.

-¡Cynan! ¿Querrás ayudarme tú, hermano?

Cynan, adoptando un aire grave e importante, asintió con la cabeza.

-Aunque todos tus hombres te abandonen, Mano de Plata, yo estaré siempre a tu lado. En todas las situaciones... fuego, guerra, tretas de bardos y de mujeres..., yo soy el hombre que necesitas.

Todos se echaron a reír; incluso el propio Cynan sonreía al hablar, pero su mirada era seria y su voz, firme. Estaba prometiéndome más de lo que le había pedido y sus palabras brotaban desde su corazón.

Pasé una noche intranquila e insomne en mi cabaña y me levanté antes del alba, cuando todos dormían aún. Me dirigí al lago para bañarme, me afeité e incluso me lavé el bigote. Estaba apuntando la luz en el este cuando regresé a la cabaña, donde pasé largo rato escogiendo mi vestimenta, pues quería ponerme mis mejores galas en honor a Goewyn.

Por fin me decidí por un flamante *siarc* rojo y unos *breecs* a cuadros verdes y amarillos. Además me puse el hermoso cinturón de discos de oro de Meldryn Mawr y su torque de oro y cogí también su cuchillo de oro, objetos que me habían correspondido en el reparto de las pertenencias de Meldron. «Como legítimo sucesor de Meldryn, a ti te corresponde», me había dicho Tegid. «Meldron no tenía derecho a poseerlos. Llévalos con orgullo, Llew, y te harás merecedor del honor que representan.»

Me los puse procurando olvidar que hacía muy poco tiempo Meldron, el Salvaje Sabueso, los había ostentado y lucido.

Cynan apareció cuando me estaba calzando los *buskins.* También él se había bañado y acicalado y se había peinado y untado de aceite la pelirroja cabellera.

-Pareces un rey ataviado para sus bodas -me dijo en tono aprobatorio.

-Y tú eres un elegante padrino -repuse-. A lo mejor Goewyn te prefiere a ti.

-¿Tienes hambre? -me preguntó.

-Sí -contesté-. Pero no creo que pueda tragar bocado. ¿Qué aspecto tengo?

Cynan sonrió.

-Ya te lo he dicho. Y no es correcto que un rey se deje tentar por las alabanzas. Vamos -añadió posando su manaza en mi hombro-. Está amaneciendo.

-Tegid debe de estar al llegar -dije yo-. Vayamos a buscarlo.

Abandonamos la cabaña y nos dirigimos al palacio. El sol se estaba levantando y el cielo estaba despejado; no se veía ni una nube. El día de mi boda iba a ser magnífico y soleado, como deben ser los días de boda. ¡El día de mi boda! Aquellas palabras me sonaban extrañas: boda... matrimonio... esposa.

Tegid se había levantado y estaba aguardándonos.

-Ahora mismo me disponía a ir a buscarte -dijo-. ¿Has dormido bien?

-No -repuse-. No he podido pegar ojo.

Asintió con la cabeza.

-Seguro que esta noche dormirás mejor.

-¿Qué hay que hacer ahora?

-Come algo si quieres -contestó el bardo-. Porque aunque se celebrará un banquete, no creo que tengas tiempo para comer.

Pasamos entre los pilares, encontramos una mesa vacía y nos sentamos. Bran y los Cuervos se reunieron con nosotros. Aunque todavía era temprano para conseguir algo recién hecho en el horno, había quedado pan de cebada de la cena de la víspera y nos lo repartimos. Los Cuervos se lanzaron sobre sus rebanadas con hambre voraz y entre bocado y bocado me instaban a que comiera para conservar mis fuerzas.

-Te espera un día muy largo -comentó con humor Bran.

-Y una noche más larga todavía -bromeó Alun.

-No se hará más corto si me quedo aquí -respondí poniéndome en pie.

-¿Estás preparado? -preguntó Tegid.

-¿Preparado? Siento como si hubiera estado esperando este día toda mi vida. ¡En marcha, sabio bardo!

Con un salvaje y alegre alarido los guerreros abandonaron en tropel el palacio. Era imposible guardar el más mínimo decoro, orden o silencio. El imparable regocijo del grupo alertó a todo el *crannog* y señaló el comienzo de la fiesta. Nos dirigimos a la cabaña de Scatha seguidos por todos los habitantes de Dinas Dwr.

-Llámala -me instó Tegid en cuanto llegamos junto a la puerta.

-¡Scatha, *Pen-y-Cat* de Ynys Sci! -grité-. Soy Llew Mano de Plata. Vengo a escuchar y a responder a tus peticiones.

Poco después, Scatha salió de la cabaña, hermosísima, ataviada con una túnica color crema y un manto escarlata. Detrás apareció Goewyn y mi corazón dejó de latir: estaba radiante vestida de blanco y oro. Sus largos cabellos habían sido cepillados hasta resplandecer y habían sido entremezclados con hilos de plata y oro y peinados en una gruesa y larga trenza. En sus gráciles brazos brillaban pulseras de oro. Llevaba un manto blanco y un velo de tela muy fina le cubría los desnudos hombros prendido con dos hermosos broches de oro. Dos anchas cintas de tisú de oro bordadas con elegantes cisnes de largos cuellos y alas fantásticamente entretejidas orlaban el manto y la orilla de la túnica. El ceñidor era estrecho, de color blanco con galones de oro trenzados que pendían en deslumbrante cascada de su esbelta cintura. Llevaba pendientes de oro y anillos de oro rojizo adornaban sus gráciles dedos.

Al contemplar su estola me quedé sin aliento; era como mirar el resplandor del sol, y no podía apartar de ella los ojos aunque me quemaban y se me cegaban. Jamás había visto a Goewyn tan bella, jamás

había visto una mujer tan hermosa. Había olvidado que pudiera existir tanta belleza.

Scatha me saludó con abierta animadversión y me dijo:

-¿Estás preparado para oír mis peticiones?

-Lo estoy -repuse molesto por su brusquedad.

-Voy a pedirte tres cosas -declaró en tono cortante-. Cuando me las hayas dado, te entregaré a mi hija por esposa.

-Pide lo que deseas y lo tendrás.

Ella asintió con leve movimiento de cabeza y me pareció captar una vaga sonrisa tras su estudiada severidad.

-Lo primero que te pido es lo siguiente: dame el mar cuajado de espuma con una playa de plata.

La gente aguardó en silencio mi respuesta. Yo hice acopio de valor y respondí:

-Es fácil de conseguir, aunque no lo creas.

Luego me dirigí a Cynan.

-¿Qué me dices, hermano? Estamos a varios días de viaje del mar, y...

Cynan sacudió la cabeza.

-No. Scatha no quiere el mar. Es otra cosa. Sería una tarea imposible. Pretende que demuestres tu habilidad en vencer el mayor de los obstáculos.

-Ah, quieres decir que tenemos que pensar en un plano simbólico. Ya entiendo.

-El mar cuajado de espuma... -repitió Cynan-. ¿Qué podrá ser?

-Scatha puso especial énfasis en eso de la espuma. Debe de ser importante. «El mar cuajado de espuma...» -Hice una pausa; tenía la sensación de que me ardía el cerebro-. «Una playa de plata»... ¡Un momento! ¡Ya lo tengo!

-¿De veras? -Cynan se inclinó hacia mí impaciente.

-¡Cerveza en una copa de plata! -repuse-. La cerveza espúmea como el mar y la copa la contiene como una playa.

-¡Ah! -exclamó Cynan dándose un puñetazo en la palma de la mano-. ¡Esa es la respuesta!

Me volví hacia la multitud que se agolpaba a mis espaldas.

-¡Bran! -grité, y el jefe de los Cuervos se apresuró a adelantarse-. Bran, trae un poco de cerveza en una copa de plata ¡Date prisa!

Salió corriendo y yo me volví hacia Scatha y aguardé el regreso del Cuervo con la copa de cerveza.

-¿Qué pasará si no lo hemos adivinado? -le susurré a Cynan.

El príncipe sacudió la cabeza con gravedad.

-¿Y qué pasará si Bran no encuentra cerveza? Temo que nos la hemos bebido toda -comentó.

No se me había ocurrido tan fatal eventualidad, pero Bran era un hombre de recursos; no me dejaría en la estacada.

Aguardamos un rato. La multitud rebullía alegremente haciendo comentarios. Goewyn permanecía tranquila y fría como una estatua; como no me miraba no tenía la menor idea de lo que estaba pensando.

Bran regresó corriendo; la cerveza chapoteando en los bordes de la copa, evocaba las olas del mar espumoso lamiendo la playa. Me entregó la

copa diciéndome:

-Es toda la cerveza que queda. La poca que he podido encontrar... y está muy aguada.

-Servirá -repuse, y con una mirada de esperanza a Tegid, cuya expresión era inescrutable, le ofrecí mi regalo a Scatha.

Scatha cogió la copa y la alzó para que todos la vieran. A continuación dijo:

-Acepto tu regalo. Pero aunque has salido airoso de mi primera petición, no creas que te va a resultar fácil satisfacer la segunda. Hombres con más méritos que tú lo han intentado y han fracasado.

Aunque yo sabía que formaba parte de la respuesta ritual, no pude menos que ofenderme al oír lo de otros hombres *con más méritos.* Pero me tragué el orgullo y respondí:

-De todos modos, estoy dispuesto a oír tu segunda petición. Quizá triunfe donde otros fracasaron.

Scatha asintió con aire solemne.

-Mi segunda petición es la siguiente: dame una cosa que reemplace lo que pretendes quitarme.

Me volví de nuevo hacia Cynan.

-Va a resultar duro -le dije-. Goewyn significa para su madre el mundo entero... ¿cómo lo podríamos simbolizar?

Cynan se rascó la barbilla y frunció el entrecejo pero era evidente que estaba disfrutando con su papel.

-Es muy difícil... reemplazar lo que le quitas.

-A lo mejor -sugerí- sólo tenemos que identificar un rasgo que Scatha considere representativo de su hija. Como la miel representa la dulzura...; algo así.

Cynan apoyó el codo en una mano y descansó su barbilla en la palma de la otra.

-Dulce como la miel... dulce como el aguamiel... -murmuró meditabundo.

-Dulce y sabroso... -sugerí yo-, dulzura y luz... dulce como una nuez...

-¿Qué has dicho?

-Dulce como una nuez. Pero no creo...

-No, antes que nuez. ¿Qué dijiste antes?

-Um... dulzura y luz, creo.

-¡Luz!... ¡Sí! -asintió Cynan con entusiasmo- ¿No lo ves? Goewyn es la luz de su vida. Como le quitas la luz, debes reemplazarla.

-¿Cómo? -pregunté-. ¿Con una lámpara?

-O con una vela -sugirió Cynan.

-Una vela... ¡Una olorosa vela de cera!

Cynan sonrió radiante de felicidad.

-¡Dulzura y luz! Podría ser la respuesta.

-¡Alun! -grité dirigiéndome una vez más a los Cuervos-. Ve a buscar una vela de cera y tráela inmediatamente.

Alun Tringad desapareció abriéndose paso a empujones entre la multitud agolpada. Debió de ir a la casa más cercana, porque volvió al instante con una vela que yo me apresuré a ofrecer a Scatha diciéndole:

-Me has pedido un regalo y yo te lo entrego: esta vela reemplazará la luz que te quito al llevarme a tu hija. Desvanecerá las sombras y colmará la oscuridad de fragancia y calor.

Scatha cogió la vela.

-Acepto tu regalo -dijo alzando la vela para que todos pudieran verla-. Pero aunque has salido airoso de la segunda petición, no creas que te va a resultar fácil satisfacer mi tercera demanda. Hombres de más méritos que tú lo han intentado y han fracasado.

Sonreí confiado y repetí la adecuada y esperada respuesta:

-De todos modos, estoy dispuesto a oír tu petición. Quizá triunfe donde otros fracasaron.

-Escucha, pues, si lo deseas, mi última petición: dame lo que le falta a mi casa, un regalo de valor incalculable.

-¿Qué será esta vez? ¿De nuevo algo imposible? -pregunté una vez más a Cynan-. Porque a mí me lo parece.

-Podría ser -asintió él-, pero no lo creo. Ya lo hemos conseguido una vez. Se trata de algo más.

-Pero ¿qué le falta a su casa? Podría tratarse de cualquier cosa.

-De cualquier cosa no -repuso, pensativo, Cynan-. Se trata sólo de una cosa: un regalo de valor incalculable.

-Pareció enfatizar esas palabras -asentí sin demasiada convicción-. Un regalo de valor incalculable... ¿Qué puede ser? ¿El amor? ¿La felicidad?

-Un niño -sugirió, meditabundo, Cynan.

-¿Scatha desea que le regale un niño? No puede ser.

-A lo mejor es a ti a quien quiere -insinuó Cynan.

Cogí al vuelo la sugerencia.

-¡Eso es! ¡Ésa es la respuesta!

-¿Qué dices?

-¡Yo! -exclamé-. Piénsalo. A su casa le falta un hijo, un yerno. El regalo de incalculable valor es la vida.

El rostro de Cynan se iluminó con una amplia sonrisa y le brillaron los azules ojos.

-¡Desde luego! Al unir tu vida a la de Goewyn creas una fuente de vida -guiñó un ojo y añadió-: especialmente si te das prisa en tener unos cuantos bebés. Te está pidiendo a ti mismo, Llew.

-Esperemos que hayamos acertado -dije.

Tomé aliento y me volví hacia Scatha que me contemplaba disfrutando del trance por el que me estaba obligando a pasar.

-Me has pedido un regalo de incalculable valor, una cosa de la que tu casa carece -dije-. Creo que a tu casa le falta un hombre y no se puede poner precio a la vida de ningún hombre.

Me arrodillé ante ella y añadí:

-Por tanto, *Pen-y-Cat,* te entrego el regalo de mi persona.

Scatha sonrió sumamente complacida, posó sus manos en mis hombros, se inclinó y me besó en las mejillas. Yo me levanté y ella me dijo:

-Acepto tu regalo, Llew Mano de Plata. -Alzó la voz para que todos la oyeran y añadió-: Que todos sepan que no existe para mi hija un hombre de más méritos que tú, porque has triunfado donde otros fracasaron.

Se dio la vuelta y llamó a Goewyn; luego cogió la mano izquierda de su hija, la puso sobre la mía y estrechó las dos entre las suyas.

-Que se celebre el matrimonio.

Entonces se adelantó el bardo. Golpeó tres veces el suelo con su vara de fresno y exclamó:

-Os habla el Bardo Supremo de Albión. ¡Oídme todos! Desde tiempos inmemoriales los *derwyddi* han unido unas vidas con otras para perpetuación de nuestro linaje. ¿Deseáis unir vuestras vidas en matrimonio? -añadió mirándonos.

-Lo deseamos -respondimos al unísono.

Scatha entregó a Tegid la copa que yo le había regalado. El bardo la alzó y dijo:

-Sostengo en mis manos el mar ceñido por una playa de plata. El mar es la vida; la plata es el círculo que rodea este mundo. Si queréis casaros, coged este mundo y compartid la vida.

Tras estas palabras depositó en nuestras manos la copa de plata. Sosteniéndola entre los dos, yo se la ofrecí a Goewyn para que bebiera; luego ella me la ofreció a mí. Bebí unos tragos de la aguada cerveza y alcé la cabeza.

-¡Bebed! -nos instó Tegid-. Es la vida lo que sostenéis en vuestras manos, amigos míos. ¡La vida! Apuradla hasta el fondo.

La copa que había traído Bran era muy grande. Tomé aliento y la alcé de nuevo. Cuando ya no pude más, se la pasé a Goewyn, que, a su vez, se la llevó a los labios y bebió de ella de forma tan prolongada y ávida que creí que no se iba a detener nunca a tomar aliento. Por fin la apartó con los ojos especialmente brillantes; se lamió los labios y entregó la copa a Tegid sin apartar su mirada de la mía.

Tegid dejó a un lado la copa y dijo:

-Goewyn, ¿has traído algún regalo?

Goewyn contestó:

-No he traído ni oro ni plata, ni nada que se pueda comprar o vender, perder o robar. Pero he traído mi amor y mi vida y los entrego de buen grado.

-¿Aceptas los regalos que te han sido ofrecidos? -me preguntó Tegid.

-Los acepto de todo corazón. Los guardaré siempre como el más preciado de los tesoros y los protegeré hasta el último aliento.

Tegid inclinó la cabeza.

-¿Qué ofreces en prenda de tu aceptación?

¿Una prenda de aceptación? Nadie me había dicho una palabra de eso; no tenía prenda alguna que ofrecer. Cynan me susurró al oído.

-Dale tu cinturón -sugirió.

No se me ocurría nada mejor, así que me lo quité y se lo entregué a Tegid.

-Ofrezco este cinturón de fino oro -dije, y con repentina inspiración añadí- que su hermosura y precio sea humilde prenda de la estima en que tengo a mi bien amada, y que ciña su hermosa figura con resplandeciente fulgor, del mismo modo como mi amor la acompañará siempre sincero e incorruptible.

Tegid asintió complacido y ofreció el cinturón a Goewyn, que inclinó

la cabeza al recibirlo en sus manos. Luego lo apretó contra su pecho y me pareció ver lágrimas en sus ojos.

A continuación Tegid se dirigió a Goewyn:

-Esta prenda muestra que tu regalo ha sido aceptado. Si aceptas el regalo que te ha sido ofrecido, debes entregar también algo en prenda de tu aceptación.

Sin una palabra, Goewyn deslizó su brazo tras mi nuca y apretó sus labios contra los míos. Me besó con tanta espontaneidad y fervor que la multitud congregada rompió en aplausos. Luego me soltó y enrojecí al ver la pasión que expresaban sus claros ojos castaños.

Tegid, con amplia sonrisa, golpeó de nuevo el suelo tres veces con su vara. Luego la alzó y la sostuvo horizontalmente sobre nuestras cabezas.

-Han sido intercambiados regalos de amor y vida. Por tanto, que todos los hombres sepan que Llew Mano de Plata y Goewyn son marido y mujer.

Y eso fue todo. El pueblo aclamó con desbordado entusiasmo el fin de la ceremonia. Inmediatamente nos vimos inmersos en un torbellino de felicitaciones. La boda había terminado y comenzaba la fiesta.

3

LA FIESTA DE BODAS

Arrastrados por un torbellino de alegre entusiasmo, Goewyn y yo fuimos empujados a través del *crannog.* Perdí de vista a Tegid, Scatha y Cynan; tampoco vi por ningún lado a Bran o a Calbha. En el embarcadero subimos a un bote y nos llevaron hasta la otra orilla del lago, donde el campo de entrenamiento de Scatha se dispuso a toda prisa para los juegos.

En los días de fiesta y ceremoniales acostumbran celebrarse competiciones de habilidad y azar. La lucha libre y las carreras de caballos eran las favoritas del público, además de los simulacros de combate y los partidos de *hurley.* Frente al campo se había levantado un montículo de tierra en el que se habían instalado dos sitiales. Uno de los asientos estaba hecho de astas de ciervo y adornado con una piel blanca de buey; era el mío. Desde aquel lugar estratégico, Goewyn y yo íbamos a presenciar las competiciones y a entregar los premios.

Primero se celebrarían los juegos y después el banquete; así los cocineros tendrían tiempo de preparar todo lo necesario y se iría abriendo el apetito de participantes y espectadores. Al fin y al cabo era mucho más sano luchar con el estómago vacío que con la barriga repleta de cerdo asado. Además, después de unas cuantas copas del fuerte aguamiel de bodas, ¿quién podría sostenerse en una silla de montar y mucho menos competir en una carrera de caballos?

Cuando el montículo estuvo dispuesto, Goewyn y yo ocupamos nuestros asientos y aguardamos a que la gente se reuniera. Muchos ya habían cruzado el lago desde el *crannog,* pero todavía llegaban más. Me sentía muy feliz mientras aguardaba. Era un hombre feliz; quizá por primera vez en mi vida era realmente feliz.

Todo cuanto sabía de la alegría de la vida, y ahora también del amor, lo había hallado allí, en el Otro Mundo, en Albión. Esta idea despertó en mí un sentimiento de culpabilidad y me estremecí. Pero probablemente el profesor Nettleton estaba equivocado. A buen seguro *estaba* equivocado, y yo no iba a destruir lo que amaba; sin duda estaba equivocado y por tanto yo podía quedarme. Preferiría dar mi vida que abandonar Albión.

Miré a Goewyn y mi sentimiento de culpa se desvaneció al contemplar el brillo de sus cabellos. Ella intuyó que la estaba mirando y volvió hacia mí sus ojos.

-Te quiero, alma mía -murmuró sonriendo.

Me sentí como un hombre que, tras pasar su vida entera en una caverna, sale de pronto a la resplandeciente luz del día.

Tegid llegó al poco rato rodeado por sus *mabinogi* y precedido por el portador del arpa, Gwion Bach. Otro ayudante llevaba su vara.

-He ordenado a Calbha que se encargue de los premios -nos dijo-.

Está preparándolos.

-¿Premios? ¡Ah, claro, para los juegos!

-Ya suponía que no pensarías en ello -me respondió cariñosamente.

Calbha cumplió su cometido con esmero. Compareció al frente de una hueste de porteadores con un considerable cargamento de valiosos objetos; algunos portaban dos pesados cestos. Fueron disponiendo los objetos alrededor de nuestros sitiales y el montículo no tardó en quedar semienterrado bajo el rutilante botín: lanzas recién hechas con las puntas y los astiles labrados, hermosas espadas recamadas de gemas, escudos con rebordes de plata y bronce, cuchillos con empuñaduras de hueso... En cualquier sitio había copas y vasijas de cobre, bronce, plata y oro; vasijas de madera finamente labradas; copas de asta con rebordes de plata, grandes y pequeñas, incluso algunas de piedra. También había elegantes mantos y montones de lanudos vellones blancos. Brazaletes de bronce, plata y oro relucían como eslabones de una valiosa cadena, y esparcidos entre ellos había broches, pulseras y anillos. Por si fuera poco, había tres hermosos caballos que Calbha no había podido resistirse a añadir.

Me quedé boquiabierto ante aquella impresionante colección.

-¿Dónde has conseguido todo esto?

-Es tuyo, señor -respondió el rey Calbha en tono alegre-. Pero no te preocupes, he elegido sólo los más hermosos para una fiesta como ésta.

-Gracias, Calbha -repuse contemplando el tesoro-. Has elegido bien. No tenía ni idea de que fuera tan rico.

Había tantos y tan lujosos objetos que no pude menos que preguntarle en voz baja a Tegid:

-¿Puedo permitírmelo?

El bardo se limitó a reír y señaló con un amplio gesto el rutilante montículo.

-La grandeza de un rey es proporcional a su generosidad.

-Si es así, regalemos todo esto... ¡y mucho más! Que todos comenten que jamás hubo en Albión una fiesta de bodas como ésta. Que los que oigan hablar de este acontecimiento en días venideros se mueran de envidia por no haber asistido.

Cynan, que llegaba en aquel momento con sus hombres, contempló admirado el tesoro y se mostró dispuesto a ganar su parte. Bran y los Cuervos llegaron después y comenzaron a exigir ruidosamente el comienzo de los juegos. Alun retó a Cynan una vez más a que escogiera el juego o la competición que prefiriera para demostrarle que podía vencerlo.

-Eres un caso, Alun Tringad -cacareó Cynan-. ¿Cómo puedes haber olvidado la derrota que te infligí la última vez que pretendiste demostrarme tu superioridad?

-¿Derrota? -exclamó Alun-. ¡No doy crédito a mis oídos! Fui yo el vencedor, lo sabes de sobra.

-Alun, muchacho..., estoy sorprendido de que todavía te queden dientes, con lo mentiroso que eres. Sin embargo, en atención a la fiesta que estamos celebrando -declaró con aire solemne Cynan-, voy a pasar por alto tu insolencia.

-Si no recuerdo mal, fue tu voz, Cynan Machae, la que pidió a gritos

clemencia -repuso Alun afablemente-. Pero, igual que tú, en atención a este día, voy a olvidar lo que pasó.

Se enzarzaron inmediatamente en una discusión en torno a la cuantía de las apuestas, empeñando premios que aún no habían ganado. Muy pronto acudió un tropel de espectadores ansiosos de apoyar a un campeón u otro para obtener parte de la recompensa.

Como la discusión se alargaba, Goewyn se inclinó hacia mí y me dijo:

-Si no das la señal para que comiencen los juegos, nos veremos obligados a oír todo el santo día sus fanfarronadas.

-Muy bien -asentí y me levanté del sitial para dirigirme a la multitud.

Tegid impuso silencio y cuando el pueblo se dio cuenta de que yo quería hablarles se dispusieron a escuchar.

-¡Dispongámonos a disfrutar de este día que nos ha sido concedido! -dije yo-. Luchemos con destreza y aceptemos de buen grado lo que la fortuna nos depare, para que cuando acaben los juegos y nos retiremos al salón de banquetes seamos mejores amigos que al comienzo de la jornada.

-¡Bien dicho, señor! -exclamó Tegid-. ¡Que así sea!

Se celebraron primero competiciones de lucha libre, seguidas de varias carreras, entre ellas una espectacular carrera de caballos que dejó extenuados a todos cuando el ganador, un joven del clan de Calbha, cruzó la línea de meta. Le recompensé con un caballo y, ante el regocijo de la multitud, el joven se retiró de los juegos por miedo a perder su premio en alguna insensata apuesta.

Al principio intenté dar a cada ganador el premio más adecuado, pero muy pronto me di por vencido e iba entregando lo primero que tenía a mano. Después, a medida que avanzaban los juegos, recurrí a la ayuda de Goewyn, de modo que a veces entregaba yo los premios y otras veces los ganadores recibían sus trofeos de manos de Goewyn, cosa que sospeché les agradaba mucho más. Me di cuenta de que muchos que se acercaban al montículo para admirar los premios, se detenían un buen rato para contemplar a Goewyn. De vez en cuando yo mismo me sorprendí mirándola a hurtadillas, como un mendigo que ha encontrado una joya de inmenso valor y debe asegurarse constantemente de que no se trata de un sueño, de que la joya existe de verdad y le pertenece sólo a él.

Un muchacho se acercó al montículo y le llamó la atención una copa; la cogió y era evidente que le costaba un enorme trabajo volver a dejarla en su sitio.

-Te gusta esa copa, ¿verdad? -le dije, y el muchacho enrojeció porque no se había dado cuenta de que lo estaba observando-. Dime, ¿qué estarías dispuesto a hacer para ganarla?

Meditó unos instantes y respondió:

-Lucharía contra el mismísimo Bran Bresal -afirmó con energía.

-Bran seguramente no se mostraría dispuesto a arriesgar su renombre luchando con alguien tan joven -respondí yo-. ¿No te gustaría medir tus fuerzas con alguien de tu edad?

El muchacho aceptó mi sugerencia y se organizó una pelea. Acabó bien y me sentí muy complacido al recompensarle con su premio. Así dio comienzo una serie de juegos y carreras infantiles, no menos reñidas que las competiciones de los adultos.

Los juegos prosiguieron y poco a poco el tesoro fue disminuyendo. En un momento determinado Tegid desapareció y yo estaba tan enfrascado en mi tarea de repartir los trofeos que tardé un buen rato en echarlo de menos.

Volviéndome hacia Goewyn le dije:

-Me pregunto dónde estará Tegid. ¿Lo has visto por algún lado?

Antes de que pudiera responderme, se levantó un tumulto, justo detrás del montículo. Oí que el ruido iba en aumento y por el rabillo del ojo vislumbré un confuso movimiento. Volví la cabeza y vi unas manos extendidas hacia Goewyn, y en el preciso instante en que me ponía en pie de un salto, ella fue arrancada violentamente de su asiento.

-¡Llew! -gritó mientras se la llevaban de mi lado.

Me precipité tras ella, pero había demasiada gente, demasiada confusión. Apenas podía dar un paso. Me arrojé de cabeza sobre la masa de cuerpos que me rodeaba. Unas manos me cogieron y me sentaron de nuevo en mi sitial. Goewyn gritó otra vez, pero su voz sonó lejos y el grito se perdió en el aire.

Di una patada al sitial y bajé del montículo de un salto. Apenas había recobrado el equilibrio cuando me empujaron desde atrás, me arrojaron al suelo y me inmovilizaron. En mis oídos resonaban voces extrañas y estridentes. Me debatí contra los que me sujetaban.

-¡Soltadme! -grité-. ¡Dejadme libre!

Pero las manos me sostenían con fuerza y el caos de voces se convirtió en una carcajada. ¡Se estaban burlando de mí!

Enfurecido me debatí con mayor violencia aún.

-¡Tegid! -aullé-. ¡Tegid!

-Aquí estoy, Llew -respondió con la mayor tranquilidad la voz del bardo.

Miré furioso y vi aparecer el rostro de Tegid justo encima de mí.

-¡Soltadle! -ordenó.

Cedió la presión de las manos que me sujetaban y el círculo de rostros se apartó de mí. Me puse en pie.

-Se han llevado a Goewyn -dije-. Estábamos ahí sentados y...

Sonrisas y carcajadas contenidas. Me interrumpí. Tegid, con los dedos entrelazados en torno al bastón, permanecía imperturbable.

-¿Qué sucede? -pregunté- ¿No me has oído?

-Te he oído, Llew -se limitó a responder el bardo.

Su tranquilidad me dejó pasmado. Abrí la boca para protestar y oí de nuevo una carcajada. Miré a los demás y leí en todos los rostros picardía y regocijo. Sólo entonces caí en la cuenta de que era víctima de una broma.

-Bueno, Tegid, ¿qué pasa?, ¿qué has tramado?

-No me corresponde a mí decirlo, señor -fue la respuesta.

De pronto comprendí que aquello formaba parte de las peculiares costumbres de las bodas célticas. La burla requería que yo solucionara el asunto por mí mismo. Aunque se tratara de una broma o de una costumbre, la verdad es que no me hacía ninguna gracia. Me di la vuelta y grité:

-¡Bran!, ¡Cynan!, ¡seguidme!

Me alejé del montículo a toda prisa abriéndome paso entre la

multitud.

-¡Bran!, ¡Cynan! -grité otra vez, y como no acudían me di la vuelta y los vi impertérritos e inmóviles- ¡Seguidme!, ¡os necesito!

Cynan, sonriendo, dio un paso al frente, pero luego se detuvo sacudiendo la cabeza.

-¡Pues me voy solo! -exclamé.

-Es lo acostumbrado -comentó Bran.

-¡Así será! -grité.

Mientras mi exasperación devenía en cólera, atravesé el campo a toda velocidad hacia donde había visto a Goewyn por última vez. Era una broma de mal gusto y estaba muy enfadado.

Las huellas se dirigían hacia el lago, pero perdí la pista en la orilla pedregosa. Podían haber tomado cualquier dirección: un camino bordeaba el lago hacia Dinas Dwr, el otro serpenteaba hacia las montañas y el risco de Druin Vran, que se cernía en lo más alto. Miré hacia el *crannog* y no vi el menor rastro de los fugitivos, así que tomé el camino opuesto, que iba hacia las montanas y hacia el soto de Tegid.

Llegué al sendero y emprendí la ascensión. La multitud me seguía, esparciéndose por la orilla del lago en alegre tumulto. Poco a poco la arboleda se fue espesando detrás de mí, amortiguando el barullo de la gente. Hacía fresco entre los silenciosos árboles y la umbría moteada por los rayos del sol parecía muy tranquila. Pero capté el chasquido de una rama sendero adelante y comprobé que mi instinto no me había engañado. Apreté el paso y seguí subiendo a toda velocidad sorteando ramas y saltando sobre troncos y arbustos.

No tardé en distinguir el soto de Tegid y me dirigí hacia allí. En una última carrera salvé el último tramo del sendero y llegué al soto. Penetré en él y vi que en el centro del bosquecillo había sido erigida una glorieta de ramas de abedul. Junto a la glorieta había siete guerreros con las armas preparadas.

-Deponed las armas -les ordené; pero ellos no hicieron el menor movimiento.

Conocía a aquellos hombres; habían combatido a mi lado y se habían enfrentado a Meldron. Ahora se enfrentaban conmigo. Aunque sabía que aquello formaba parte del ritual, sentí por unos instantes el dolor que produce la punzada de una traición. No contaba con la ayuda de nadie. Tenía que enfrentarme solo a ellos.

Me armé de coraje y avancé. Los guerreros se adelantaron con aire amenazador. Me detuve y ellos se detuvieron también mirándome con expresión sombría. Se habían desvanecido las sonrisas y las carcajadas. Mientras los contemplaba me pregunté qué se suponía que debía hacer.

En esos momentos llegaron al soto los primeros espectadores. Me volví y vi a Bran, a Cynan y a Tegid; después todo mi pueblo rodeó ordenadamente el sagrado círculo. Nadie hablaba, pero la impaciencia de sus rostros me empujaba a la acción.

Si se trataba de un simulacro de rapto, era de suponer que yo debía librar un simulacro de combate para liberar a mi reina. No tenía armas, pero, dispuesto a enfrentarme a la tarea que me aguardaba, avancé temerariamente y me enfrenté al primer guerrero que me apuntaba con su

lanza. Esquivando con rápido movimiento el peligroso oscilar del astil, lo cogí con mi mano de plata y tiré con fuerza.

Ante mi sorpresa, el guerrero soltó la lanza y cayó a mis pies como si hubiera muerto. Empuñé la lanza y me encaré con el segundo, que alzó la suya para dispararla. Golpeé el escudo con la punta de la lanza y el hombre soltó su arma y se dejó caer al suelo. El tercer guerrero se derrumbó cuando le rocé el hombro con mi lanza; y lo mismo sucedió con el cuarto y el quinto. Los dos que quedaban me atacaron a la vez.

El primero de ellos se lanzó contra mí dibujando con su espada un amplio y lento arco. Me agaché mientras la espada pasaba por encima de mi cabeza y me arrojé contra los dos manteniendo oblicua la lanza. Los toqué ligeramente y ambos se tambalearon, cayeron al suelo y se quedaron inmóviles.

De pronto, todo el soto tembló con un alarido de triunfo mientras yo me dirigía a la entrada de la glorieta.

-Sal, Goewyn -llamé-. Todo ha terminado.

Se oyó un leve movimiento en el interior de la glorieta y Goewyn salió. Estaba tal como la había visto momentos antes, pero en cierto modo había cambiado. Se había transfigurado. En efecto, al salir de entre las verdes sombras de la glorieta de ramas de abedul, la luz del sol se reflejó en sus cabellos y en su túnica transformándola en una criatura de luz, un resplandeciente espíritu de aire y fuego: sus cabellos parecían doradas llamas y su túnica brillaba con el blanco de la espuma del mar.

La multitud, tan ruidosamente jubilosa hacía un instante, enmudeció en respetuoso silencio.

Resplandeciente, radiante de belleza, apareció ante mí y yo no pude menos que quedarme embobado e inmóvil. Oí que algo se movía a mi lado.

-Realmente es una diosa -murmuró Cynan-. Ve a buscarla, hombre. Toma a tu novia..., o lo haré yo.

Avancé un paso y le tendí mi mano de plata. Mientras Goewyn me la cogía, la luz del sol destelló en el metal. Y fue como si un resplandor surgiera de la unión de nuestras manos. Aunque todo había sido una broma, la abracé contra mi pecho con auténtico alivio.

-No me abandones nunca, Goewyn -murmuré.

-Jamás te abandonaré -prometió ella.

Cuando regresamos al *crannog,* el sol comenzaba a ponerse por el oeste. Junto al palacio un considerable número de mesas había sido dispuesto, para acomodar a la multitud que el rey deseaba homenajear aquella noche. Yo habría preferido quedarme allí fuera, pues tan resplandeciente día prometía una noche templada y estrellada; pero el interior del salón había sido adornado con velas de junco y ramas de abedul para imitar la umbría glorieta del soto. Ante tales preparativos, dispuestos especialmente para nosotros, habría sido descortés despreciarlos y no disfrutar de ellos.

Acuciados por el hambre y la sed, los guerreros reclamaron ruidosamente comida y bebida en cuanto cruzaron el umbral. En el salón, las mesas habían sido dispuestas en un enorme cuadrado con un amplio espacio en medio para que nos pudiéramos ver unos a otros. En cuanto los primeros invitados ocuparon sus lugares, hicieron su aparición criados

portando en hombros bandejas con escogidas tajadas de buey asado, cerdo y cordero; luego siguieron bandejas de coles hervidas, nabos, puerros e hinojo. En el extremo de cada mesa había sido colocada una enorme tinaja para que nadie tuviera que ir muy lejos a llenar su copa. Pero, como se había terminado la cerveza, las tinajas contenían tan sólo agua perfumada de miel y ciruelas. En el centro de cada mesa había pequeñas hogazas de pan recién amasado y salido del horno recubierto de miel sólida; era el *banys bara,* el pan de bodas.

A medida que iban pasando las bandejas, los comensales, hombres o mujeres, se iban sirviendo los apetitosos manjares. Al poco rato el jolgorio fue sustituido por un sordo masticar de bocas llenas de sabrosos bocados. El privilegio de comer en el primer turno acarreaba la obligación de servir después; los que servían serían luego servidos. De este modo se mantenía el orden y la equidad de forma admirable. Las únicas excepciones eran los centinelas que custodiaban las Piedras Cantarinas. Ninguno de ellos comía o bebía, sino que permanecían ajenos a la fiesta, tan vigilantes y atentos como si estuvieran solos en un territorio hostil.

Al pasear la mirada por el concurrido salón, mi corazón se colmó de alegría al contemplar la felicidad y la alegría de mi pueblo. Entendí entonces por qué la categoría de un rey iba ligada a su benevolencia: la vida de su pueblo dependía de ella, pues el rey era su sostén y apoyo; por él vivían o morían. Me serví en el plato los sabrosos manjares y comencé a comer con repentino apetito.

Cuando todos se hubieron servido a placer, un sonoro tamborileo resonó en el salón e hicieron su entrada ocho doncellas caminando con lento y solemne ritmo. Llevaban los largos cabellos anudados en la nuca. Se soltaron la orilla de sus mantos para que les quedaran libres las piernas y se desataron las cintas del corpiño. Luego se acercaron a los guerreros y les pidieron las espadas.

Los guerreros se apresuraron a prestárselas y las doncellas regresaron al centro del cuadrilátero y se colocaron en círculo, dejando las espadas a sus pies de forma que las puntas se tocaran en el centro. Inmediatamente, hizo su entrada Tegid con el arpa al hombro y comenzó a tocarla. Las cuerdas temblaron con armoniosas notas y las doncellas empezaron a bailar con pausado y lento ritmo.

Danzaban alrededor de las bruñidas espadas saltando lentamente por encima de empuñaduras y hojas, con la mirada al frente, clavada en algún punto distante. Daban vueltas y vueltas e iban añadiendo un paso más en cada ronda. A la sexta vuelta el ritmo del arpa se aceleró y el trenzado de pasos se fue complicando. En la duodécima vuelta, la música fue vertiginosa y la danza frenética. Sin embargo, las doncellas bailaban con idéntica actitud solemne, la mirada fija y los rostros graves.

La música alcanzó un crescendo y enmudeció; las doncellas dieron una vertiginosa vuelta agitando los brazos en intrincado movimiento. Luego, con la rapidez de un parpadeo, se detuvieron, volvieron a dar vueltas y se inclinaron, cogiendo cada una de ellas la espada por la empuñadura y alzando la punta hacia el techo de troncos, mientras desplegaban en el mismo movimiento sus mantos.

La música comenzó a sonar otra vez, muy despacio. Las doncellas

bajaron las espadas y reanudaron la danza con pasos mesurados y precisos. Las espadas relucían y destellaban, trazando brillantes arcos en torno a las ágiles y vertiginosas siluetas de las bailarinas. El ritmo se aceleró y los espectadores comenzaron a golpear las mesas con las palmas animando a las bailarinas. La habilidad de las doncellas en el manejo de las espadas era asombrosa; el movimiento de manos y pies era intrincado, ágil y diestro: las manos trazaban enigmáticos dibujos y los pies, complejos pasos entre el resplandeciente fulgor de las afiladas espadas.

La luz de las antorchas y de las velas de junco se reflejaba en los gráciles brazos empapados de sudor, en los redondeados hombros y en los pechos de las danzarinas. El ritmo de la música se hizo más rápido y la danza de espadas llegó a su clímax. Con un tremendo alarido, las muchachas dieron un salto y entrechocaron las espadas en un simulacro de combate. Una, dos, tres veces resonaron las armas. Luego se quedaron inmóviles por un instante y se derrumbaron en el suelo abrazando las espadas contra sus pechos desnudos. Después se arrodillaron y se inclinaron hacia atrás hasta que sus cabezas tocaron el suelo y las espadas yacieron sobre sus tensos torsos y vientres.

Lentamente, alzando las espadas por la empuñadura, se arrodillaron de nuevo blandiendo en alto las hojas. De pronto, el arpa emitió una aguda y prolongada nota. Las espadas cayeron al suelo de punta y las doncellas se derrumbaron con un grito.

Se hizo un momento de silencio mientras todos mirábamos hipnotizados el balanceo de las espadas clavadas en el suelo. Luego los aplausos atronaron el salón, celebrando calurosamente el arte de las bailarinas. Las muchachas recogieron sus ropas y se retiraron.

Miré a Goewyn y luego al plato que sostenía en mis manos. Había perdido por completo el apetito, reemplazado por un hambre completamente distinta pero no menos urgente. Ella notó que la estaba mirando y me sonrió.

-¿No te gusta la comida? -me preguntó, señalando el plato medio vacío.

Sacudí la cabeza.

-Sí, pero es que acabo de descubrir algo que me gusta muchísimo más.

Goewyn se inclinó, posó su mano en mi cara y me besó.

-Si lo encuentras -susurró-, reúnete conmigo cuando hayas terminado.

Se levantó de la silla y dejó que sus dedos resbalaran por mi mandíbula. La caricia me puso la piel de gallina.

La vi marcharse. Se detuvo en la puerta y me echó una rápida mirada antes de desaparecer. Me pareció que el concurrido salón, tan alegre hasta entonces, se me hacía insoportable y opresivo.

Cynan se dio cuenta de que había dejado de comer.

-¡Come! -me urgió-. Esta noche, más que ninguna otra, necesitarás toda tu energía.

Bran, sentado junto al príncipe, le dijo:

-Hermano, ¿no ves que se está muriendo de ganas por otra clase de comida y bebida?

Los demás se apresuraron a expresar sus opiniones sobre la mejor manera de conservar energía y vigor en tales circunstancias. Procuré tragar algún bocado y bebí un trago, pero mis amigos juzgaron mis esfuerzos faltos de convicción y redoblaron sus consejos. Calbha vació su copa en la mía e insistió en que me la bebiera de un trago. Yo le obedecí disciplinadamente y celebré sus bromas aunque mi corazón estaba lejos de allí.

La fiesta y las danzas se prolongarían durante toda la noche, pero me sentía incapaz de aguantar un segundo más. Me levanté de la mesa y traté de escabullirme discretamente, pero sin resultado, de modo que me vi obligado a soportar humorísticos consejos sobre cómo comportarme en mi noche de bodas.

Cuando pasé junto a Tegid, me puso en las manos un pellejo de aguamiel para que a mi noche de bodas no le faltara ni dulzura ni calor.

-El aguamiel es el condimento del lecho matrimonial. Doblemente bendecidos son los amantes que lo comparten en su primera noche.

Los más alborotadores parecían empecinados en acompañarme hasta la cabaña donde me aguardaba Goewyn; pero Tegid acudió en mi ayuda y los urgió a que volvieran a sentarse para celebrar con una canción la felicidad de los recién casados. Cogió el arpa y con gesto solemne se dispuso a tañerla.

-Vete enseguida -me susurró-. Yo me encargo de mantenerlos a raya.

Con el pellejo de aguamiel colgado del brazo, crucé el patio y me dirigí a la cabaña que habían dispuesto para nosotros. La casa, lo mismo que el salón, había sido transformada en una boscosa glorieta; fragantes ramas de pino y abedul adornaban paredes y techo, y velas de junco ardían como rojizas estrellas dispensando una agradable luminosidad de tonos rosados.

Goewyn me estaba aguardando; me recibió con un beso y me hizo entrar cogiendo el pellejo de aguamiel.

-Hace tiempo que aguardaba esta noche, amor mío -me susurró mientras me abrazaba con ternura.

Nuestro primer abrazo culminó en un largo y apasionado beso. Y como habían preparado un mullido lecho de espesos vellones cubiertos de mantas, nos dejamos caer en él. Cerré los ojos sintiendo que mis pulmones se llenaban con el perfume de la piel de Goewyn y nuestras caricias se hicieron más urgentes y apasionadas.

4

UNA HERMOSA NOCHE DE TRABAJO

-El fuego arde en el ala oeste -dijo Goewyn observando el rojizo resplandor del cielo-. El viento lo va a arrastrar hasta aquí.

-No si nos damos prisa -dije-. Ve al salón. Alerta a Tegid y a Bran. Volveré en cuanto pueda.

Mientras hablaba oí otro grito de alarma.

-¡Deprisa, Llew!

La besé en la mejilla y salí corriendo.

El humo se iba espesando a medida que me acercaba corriendo al incendio y llenaba mi nariz con el olor seco y rancio del grano quemado. ¡Los graneros! A menos que pudiéramos atajar el fuego, nos esperaba un difícil y hambriento invierno.

Mientras atravesaba corriendo el *crannog* por el camino central que unía los distintos islotes de nuestra ciudad flotante, vi las llamas amarillentas que se precipitaban sobre los tejados como tupida enredadera. Oí el fragor del fuego y oí el eco de voces: hombres que gritaban, mujeres que chillaban, niños que lloraban. Y detrás de mí, en el palacio, resonó el *carynx* dando la alarma.

Las llamas crecían más y más; rojas y anaranjadas se destacaban contra la negrura del cielo. La silueta de Dinas Dwr, nuestra hermosa ciudad sobre el lago, se dibujaba sobre aquel pavoroso resplandor. Me sentí desfallecer.

La gente corría por doquier, afanándose entre el espeso humo con rostros ceñudos y asustados. Algunos llevaban cubos; otros, vasijas de madera o metal y calderos, pero la mayoría tan sólo empuñaba mantos hechos jirones que habían empapado con agua y que utilizaban como mayales contra las voraces llamas que los consumían.

Me despojé del manto y corrí a unirme a ellos. El corazón me pesaba como una losa. Las casas, tan cercanas unas a otras, con los tejados de paja, ardían como teas en cuanto las lamía el fuego. Golpeaba con furia las llamas en un lugar, pero sólo conseguía que aparecieran en otro. Si no venían pronto a ayudarnos, enseguida se habría perdido todo.

Oí un grito a mi espalda.

-¡Tegid! ¡Aquí! -grité.

Me volví en el preciso instante en que el bardo aparecía junto a mí. El rey Calbha venía con él, acompañado de unas cincuenta personas o más entre guerreros y mujeres, y todos a una nos pusimos a combatir las llamas con los mantos.

-¿Dónde están Bran y Cynan? -pregunté.

-He enviado a Cynan y a Cynfarch al ala sur -explicó Tegid-. Los Cuervos han ido al norte. Les dije que enseguida te reunirías con ellos.

-Vete, Llew -me ordenó Calbha, sin interrumpir su trabajo-. Nos

encargaremos de esta zona.

Los dejé luchando contra el fuego y corrí a ayudar a los Cuervos, pasando junto a casas cuyos tejados comenzaban a humear bajo una lluvia de chispas. El humo se espesaba con áspero y negro hollín. Vi un puñado de hombres que trabajaban afanosamente.

-¡Bran! -grité.

-¡Aquí, señor! -fue la respuesta, y un torso se materializó de pronto entre la humareda.

Bran blandía en una mano una horca y en la otra, su manto. Iba desnudo de cintura para arriba, el humo había ennegrecido su piel y los ojos y los dientes le destacaban blancos como lascas de piedra lunar. El sudor dibujaba en su torso pálidos riachuelos entre la suciedad.

-Tegid pensó que quizá necesitabais ayuda -le expliqué-. ¿Cómo va por aquí?

-Tratamos de impedir que el fuego se extienda hacia el este. Por suerte el viento nos ayuda -respondió-, pero a Cynan y a Cynfarch les ha correspondido la peor parte.

-Entonces me voy con ellos -le dije y empecé a correr.

Doblé una esquina y crucé un puente, topándome con tres mujeres cargadas con dos o tres bebés y conduciendo un sucio rebaño de niños pequeños, todos asustados y llorosos. Una de las mujeres tropezó y pisó a un pequeño; cayó de rodillas y casi soltó a los bebés que apretaba contra su pecho. El niño cayó de bruces sobre los troncos del puente y se echó a llorar.

Lo levanté con tanta rapidez que el pobre, más sorprendido que asustado, dejó de berrear. En aquel momento Goewyn apareció a mi lado, ayudó a incorporarse a la mujer y se hizo cargo de uno de los bebés.

-¡Los pondré a salvo! -me gritó emprendiendo la marcha-. Sigue tu camino.

Eché a correr. Cynfarch dirigía la operación como si se tratara de un motín. Corrí hacia él mientras me quitaba el manto.

-¡Aquí me tienes, Cynfarch! -dije-. ¿Qué hay que hacer?

-No podremos salvar esas casas, pero... -Se interrumpió para dar órdenes a un grupo de hombres que despejaban la paja en llamas con rastrillos y largos ganchos de hierro. Una parte del tejado se derrumbó con profusa lluvia de chispas y los hombres corrieron hacia la cabaña contigua.

-Esas casas están ya perdidas -prosiguió-, pero si el viento se mantiene como hasta ahora, quizá logremos detener el incendio.

-¿Dónde está Cynan?

-Estaba ahí -dijo mirando por encima del hombro-, pero ya no lo veo.

Corrí al lugar que me había indicado, internándome entre las casas que ardían en un infierno de llamas. El fuego me rodeaba. El calor sofocante ahogaba e impedía la respiración. Todo: las casas a izquierda y derecha, el muro al frente y el negro cielo, resplandecía con el fulgor agobiante del fuego.

Oí el nervioso relincho de un caballo y ante mí surgió un hombre entre la humareda sosteniendo con firmeza las riendas de un caballo. El hombre había arrojado su manto sobre la cabeza del asustado animal y se

disponía a salvarlo de las llamas. Inmediatamente detrás de él aparecieron cuatro hombres más también con asustados y espantadizos caballos con las cabezas arropadas en mantos. En el *crannog* sólo se guardaban unos pocos caballos y vacas; el resto vagaba por los prados bajo el risco. Pero corríamos el riesgo de perder los que se guardaban en Dinas Dwr.

Ayudé a los hombres a conducir los caballos por el estrecho sendero sembrado de fuego, entre las derrumbadas ruinas de casas y cobertizos. Una vez puestos a salvo, volví sobre mis pasos a toda prisa. No podía ver nada a causa del humo. Me protegí la nariz y la boca con el borde de mi *siarc,* seguí adelante y llegué a una plaza repleta de gente. Las llamas danzaban alrededor. Me pareció como si me hubiesen arrojado a un horno.

Cynan, con una veintena de guerreros y hombres armados con hachas, golpeaba con furia el muro de madera. Trataban de derrumbar una parte para hacer un cortafuego e impedir así que las llamas destruyeran toda la empalizada. Otro puñado de hombres golpeaban con mantos empapados en agua los troncos y el suelo, para poder mantener a raya el fuego, mientras otros arrojaban baldes en los humeantes rescoldos de las ruinas. Del cielo caían sucios copos de hollín y cenizas.

-¡Cynan! -grité corriendo hacia él.

Al reconocer mi voz se volvió sin dejar de dar hachazos.

-¡Llew! Una bonita noche de bodas -dijo sacudiendo la cabeza.

Miré el semiderruido muro.

-¿Aguantará el cortafuego?

-Oh, sí -dijo apartándose del muro para contemplar su obra-. Aguantará. -Alzó la voz para impartir órdenes-. ¡Abajo con él! ¡Abajo con él!

Las cuerdas se tensaron. El muro se tambaleó sin derrumbarse.

-¡Tirad! -ordenó abalanzándose a la cuerda más próxima.

Uní mis esfuerzos a los suyos. Tiramos con todas nuestras fuerzas y los troncos crujieron.

-¡Tirad! -gritó Cynan-. ¡Todos! ¡Todos a la vez! ¡Tirad!

Los troncos cedieron y se derrumbaron con estrépito. Nos quedamos un momento contemplando la brecha y el lago que se veía a través de ella.

-¡Ahora esas casas! -ordenó Cynan empuñando el hacha.

Al instante, una veintena de hachas hicieron temblar los tejados de madera de tres casas, todavía intactas por el implacable fuego. Yo cogí uno de los rastrillos y la emprendí con la humeante paja de un tejado cercano; arrojaba el rastrillo tan lejos como podía, empujaba y empujaba con todas mis fuerzas, esparcía la paja y golpeaba los humeantes carrizos que caían a mis pies.

Cuando acababa con un tejado, me afanaba con otro, y luego con otro. Me dolían los brazos, me lloraban los ojos, me sofocaba el humo. Las ascuas prendieron de mi *siarc,* me apresuré a sacudírmelas y la emprendí con las llamas de otro tejado medio caído. El calor me chamuscaba el pelo; sentía como si la piel se me llenara de ampollas. Pero seguía trabajando, a veces con ayuda, otras solo. Todos hacían lo que buenamente podían.

-¡Llew! -gritó alguien.

Me volví justo a tiempo de ver aparecer entre el humo un par de

largos cuernos. Me hice a un lado al tiempo que los cuernos embestían el aire en el lugar que acababa de abandonar. Un buey se había soltado y, enloquecido, trataba de volver al establo. La estúpida bestia vagaba entre las incendiadas cabañas buscando su redil. Me quité el *siarc* y agitándolo y gritando logré alejar al animal, que se fue por donde había aparecido sin que nadie se molestara en cogerlo; teníamos más que suficiente con contener las llamas.

Por doquier surgían nuevas emergencias. Nos apresurábamos a hacerles frente, pero cada vez con menos energías. Las fuerzas comenzaban a flaquear, luego a desvanecerse. Tenía los brazos doloridos y entumecidos. Me ardía la mano de manejar el rastrillo y de las quemaduras. No podía respirar, los pulmones me pesaban y me faltaba resuello. Sin embargo, me mantenía tenazmente en pie y seguía trabajando.

Cuando comenzaba a pensar que tendríamos que abandonar nuestra lucha contra el fuego, aparecieron Bran y los Cuervos con una veintena de hombres y guerreros. Con un grito se lanzaron a la lucha contra el fuego. Al poco rato, o al menos así me lo pareció, todos estábamos trabajando con redoblado ímpetu. Rastrillábamos tejados, golpeábamos las llamas, apagábamos las chispas; rastrillábamos, golpeábamos, apagábamos, una y otra vez, sin descanso.

El tiempo pasaba como en un sueño. El calor me lamía la piel; el humo me ahogaba, los ojos me lloraban. Pero seguía afanándome. Poco a poco el resplandor del fuego fue disminuyendo. Sentí una caricia de aire fresco y me detuve.

Un centenar de hombres me rodeaban empuñando herramientas, vasijas y mantos en sus insensibles manos. Unos de pie, con las cabezas inclinadas y los brazos derrumbados en el costado, otros de rodillas, otros apoyados en sus rastrillos. Y alrededor, el silencioso siseo de las ascuas que morían poco a poco…

-Una hermosa noche de trabajo -gruñó Cynan con una voz tan rasgada como los jirones de sus ropas.

Alcé la cabeza y contemplé con doloridos ojos el cielo que empezaba a grisear por el este. En aquella pálida y espectral luz, Dinas Dwr aparecía como un enorme montón de carbonizados troncos y humeantes cenizas.

-Quiero ver lo que ha quedado -dijo Cynan-. Y deberíamos encargarnos de los heridos.

-Yo me ocuparé de ellos -dijo Bran.

Apenas se mantenía en pie, pero yo sabía muy bien que no descansaría hasta que todos fueran debidamente atendidos. Así que le encargué que obrara a su manera.

En la apagada luz del alba, Cynan y yo recorrimos despacio el devastado *caer.* Los daños habían sido graves. El lado oeste de la fortaleza había quedado destruido; lo poco que quedaba en pie estaba seriamente dañado por las llamas y el humo.

Calbha salió a nuestro encuentro mientras procedíamos a la inspección; se había dedicado a construir cobertizos provisionales para los víveres que se habían podido salvar, y rediles para guardar los caballos y el ganado hasta que pudieran ser conducidos a los pastos de los prados.

-¿Ha resultado herido alguien en esta zona? -le pregunté.

Calbha sacudió la cabeza.

-Unos pocos con quemaduras y contusiones -respondió-, pero ninguno de consideración. Tuvimos suerte.

Lo dejamos con su trabajo y continuamos nuestro camino entre los humeantes escombros. En el centro de un pequeño patio formado por las chamuscadas ruinas de tres casas, encontramos a Tegid y a algunas mujeres curando a los heridos. El bardo, casi negro de humo y hollín, estaba arrodillado junto a un cuerpo al que aplicaba un ungüento de un pote de arcilla. Alrededor yacían una docena más de cuerpos: unos respiraban trabajosamente entre quejidos, otros se esforzaban por incorporarse, otros permanecían completamente inmóviles cubiertos con un manto de la cabeza a los pies. Algunos de esos cuerpos amortajados no abultaban más que un montón de astillas.

Me invadió una profunda tristeza y me tambaleé. Cynan me cogió del brazo y me sostuvo en pie.

Scatha se movía entre los supervivientes con las marcas indistintas del que ha caminado entre el fuego; y efectivamente lo había hecho, pues cuando sonó la alarma había organizado el registro y salvamento de las viviendas del ala oeste. Casi todos estaban en el banquete de bodas, pero algunos, especialmente las madres de niños pequeños, se habían retirado a dormir. Scatha las había despertado y puesto a salvo a través del humo y las llamas, y había vuelto una y otra vez hasta que el fuego alcanzó tal altura que le fue imposible pasar.

-¿Cuántos?

Alzó la mirada al oír mi voz y luego siguió vendando el antebrazo quemado de un joven.

-Si hubiera habido tiempo -repuso-, podrían haberse salvado. Pero el fuego se propagó con rapidez... y los más pequeños estaban dormidos -añadió señalando hacia los diminutos bultos-. No se despertaron y ya no lo harán jamás.

-Dime, Scatha -dije con voz ronca por el cansancio y la pena-, ¿cuántos?

-Dieciocho -contestó-. Dos o tres morirán antes de la noche -añadió con voz apagada.

Tegid acabó su quehacer y se reunió con nosotros.

-Es una desgracia horrible -murmuró-. El humo los ahogó mientras dormían. Pero al menos han muerto sin darse cuenta.

-Si no llega a ser por la fiesta -comentó Cynan-, creo que habría sido mucho peor. Casi todos estaban en el salón cuando comenzó el fuego.

-Si no hubieran estado casi todos en el salón, el fuego no habría prendido en el primer foco -sugirió Scatha.

No estaba de humor para adivinanzas.

-¿Estás diciendo que no fue un accidente? -pregunté con brusquedad.

-Desde luego, el incendio no fue accidental -afirmó con contundencia Cynan.

Tegid se mostró de acuerdo.

-Las llamas prendieron en tres sitios a la vez: el muro, las casas y los

cobertizos del ganado; no fue negligencia ni accidente. Fue una acción premeditada y perversa.

El rey Calbha, que se había acercado a nosotros, oyó las palabras del bardo.

-Alguien prendió el fuego... ¿es eso lo que quieres decir? -preguntó incapaz de creer que algo semejante pudiera ocurrir en Dinas Dwr-. ¿Quién de los nuestros podría hacer algo así?

-Quién o quiénes -replicó Cynan con la voz ronca del humo y de tanto gritar-. Quizá fue más de uno. Quienquiera que fuera conocía bien su trabajo y lo hizo a la perfección. Si el viento hubiera cambiado, habríamos perdido todo el *caer* y muchas vidas -añadió observando los humeantes escombros.

El sudor que me chorreaba por la espalda se me heló. Miré a los que me rodeaban escrutando en silencio sus rostros. Si había un asesino entre nosotros, no me cabía en la cabeza quién podía ser. La llamada de una mujer alejó a Tegid del grupo.

-No habléis de esto con nadie -encargué a los demás-, hasta que hayamos podido averiguar algo más.

Scatha volvió a su trabajo; Cynan, Calbha y yo regresamos junto a los Cuervos que estaban desescombrando uno de los almacenes. Al acercarnos, vimos que estaban levantando con sumo cuidado una viga que al derrumbarse había atrapado un cuerpo.

Cynan y yo corrimos a ayudarlos. Cogimos el ennegrecido tronco y lo izamos lo suficiente para poder rescatar el cuerpo. Lo sacaron de entre los escombros, lo depositaron con cuidado en el suelo y le dieron la vuelta.

Bran alzó la cabeza con expresión grave y miró a Cynan.

-Lo siento, Cynan...

-¡Cynfarch! -exclamó el príncipe.

Se dejó caer de rodillas y abrazó el cuerpo de su padre. El rey de los galanae emitió un débil quejido, tosió y un hilillo de sangre le resbaló por la comisura del labio.

Calbha soltó un juramento; yo posé mi mano en el hombre que estaba junto a mí.

-Busca a Tegid -le ordené-. ¡Date prisa!

El bardo acudió corriendo, echó una rápida ojeada al cuerpo y ordenó a todos que se retiraran. Luego se inclinó sobre Cynfarch y procedió a examinarlo. Comprobó las heridas del rey y le ladeó la cabeza. Bajo una capa de cenizas el rostro de Cynfarch estaba pálido como la cera.

Cynan, con los hombros hundidos, cogió la mano de su padre entre las suyas y miró fijamente sus fláccidas facciones, como si esperara verlas reanimarse.

-¿Vivirá? -preguntó cuando Tegid hubo acabado su examen.

-Sus heridas son internas -repuso el bardo-. No puedo asegurarlo.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando un grito llamó nuestra atención.

-¡Penderwydd! ¡Llew! ¡Socorro! ¡Venid deprisa!

Nos volvimos y vimos que un guerrero corría hacia nosotros.

-¿Qué ocurre, Pebin? -le grité-. ¿Qué ha sucedido?

-Señor -respondió Pebin-. Fui al palacio para relevar la guardia... -

Hizo una pausa mirando a los demás con inquietud-. Será mejor que vayáis inmediatamente.

5

UN BUEN CONSEJO

-Yo cuidaré de mi padre -dijo Cynan-. Id vosotros.

-Lleva a Cynfarch a mi cabaña -le ordenó Tegid-. Sioned lo atenderá.

Luego Tegid, Pebin y yo nos dirigimos a toda prisa hacia el centro del *crannog,* cruzándonos con grupos de gente que iban hacia el lugar donde había empezado el fuego. Las ascuas todavía humeaban y las cenizas estaban aún calientes, pero ya habían comenzado los trabajos de limpieza. Los que se habían refugiado junto a la orilla regresaban para participar en el desescombro.

Cruzamos el puente de la calle principal y llegamos a un grupo de casas redondas y bajas que se apelotonaban al abrigo del palacio. Con excepción del olor a humo que impregnaba toda la fortaleza, las casas y el palacio no habían sido dañadas por el incendio. Todo parecía a salvo y en pie.

Pasamos a toda prisa entre las cabañas y cruzamos el patio.

-Quédate aquí, Pebin -ordené al guerrero-. No permitas el paso a nadie.

Cruzamos el umbral y entramos. Pese a la escasa luz, enseguida vi que el pedestal de hierro estaba tumbado y que el cofre de madera que contenía las Piedras Cantarinas había desaparecido. Cerca distinguí dos figuras acurrucadas contra el muro y una tercera caída de bruces. Cuando entramos no hicieron el menor movimiento.

Me acerqué al hombre más próximo y lo sacudí por el hombro. Como no obtuve reacción alguna, le di la vuelta. La cabeza le rodó sobre el pecho y me di cuenta de que estaba muerto.

-Es uno de nuestros guerreros -dije.

Su cara me resultaba familiar pero no sabía cómo se llamaba.

-Es Cradawc -me informó Tegid inclinándose a observar el rostro del hombre.

Deposité el cuerpo en el suelo, sosteniéndole con cuidado el cuello para que no se golpeara la cabeza. La mano me quedó viscosa y húmeda. Se me revolvieron las tripas al reconocer el oscuro líquido que la empapaba.

-Lo han golpeado en la nuca -murmuré.

Tegid se acercó al segundo hombre y le posó los dedos en la garganta.

-¿Muerto? -pregunté.

Asintió con un movimiento de cabeza y se acercó al tercer guerrero.

-¿También ése? -pregunté.

-No -respondió Tegid-. Está vivo.

-¿Quién es?

En ese preciso instante el hombre gimió y jadeó.

-Gorew. Ayúdame a sacarlo de aquí.

Con sumo cuidado, sacamos el cuerpo del palacio y lo depositamos en el suelo. Tegid ladeó la cabeza de Gorew y entonces vi una horrible tumefacción negruzca del tamaño de un huevo en la sien del guerrero, sobre el ojo derecho. El herido volvió a gemir.

-Gorew -exclamó Tegid con voz firme.

Al oír su nombre el guerrero abrió los ojos.

-Ahhh... -se quejó en un susurro.

-No te muevas, tranquilo -le dijo Tegid-. Aquí estamos para ayudarte.

-Han... desaparecido -murmuró Gorew con un hilillo de voz.

-¿Qué es lo que ha desaparecido? -lo animó Tegid.

-Las piedras... -respondió el guerrero-. Han desaparecido... las han robado.

-Ya lo sabemos, Gorew -repuse, y los ojos del guerrero parpadearon-. ¿Quién te ha hecho esto? -le pregunté-. ¿Quién te atacó?

-Yo, ahhh... vi a alguien... Pensé... -suspiró Gorew y cerró los ojos.

-El nombre, Gorew. Dinos su nombre. ¿Quién fue?

Pero era inútil; Gorew se había desmayado.

Pebin se había quedado como paralizado, con los ojos clavados en el guerrero herido; lo sacudí por el brazo y le ordené que nos ayudara a transportarlo. Lo llevamos a la cabaña de Tegid, donde nos aguardaban Cynan y Bran. Dentro, Sioned, una mujer con habilidades de curandera, se ocupaba de los heridos más graves. Sioned extendió un manto sobre la paja y depositamos a Gorew al lado de Cynfarch.

-Enseguida me ocuparé de él -nos dijo.

-¿Quién ha podido hacer una cosa así? -me preguntó Pebin al salir de la cabaña.

¿Quién?, me preguntaba yo mismo. Una veintena de muertos, algunos más que no sobrevivirían, el *caer* en ruinas y el robo de las Piedras Cantarinas. Nos habían infligido un daño considerable y además de forma brutal. Me juré apresar a los ladrones antes de que se pusiera el sol.

Llamé a Bran y a Cynan y les informé del robo.

-Los ladrones prendieron fuego al *caer* y aprovecharon la confusión para robar las Piedras Cantarinas. Gorew y los otros centinelas fueron atacados y dejados fuera de combate.

-¿El tesoro de Albión robado? -preguntó, atónito, Bran-. ¿Y los centinelas?

-Dos fueron asesinados; Gorew todavía vive. Quizá pueda decirnos algo.

Cynan entrecerró sus azules ojos amenazadoramente.

-Es hombre muerto quien haya hecho esto.

-Hasta que no tengamos una pista no sabremos cuántos están implicados.

-Tanto me da que sean uno o cien -musitó Cynan.

-Bran -dije encaminándome al palacio-, convoca a los guerreros. Comenzaremos la búsqueda inmediatamente.

El jefe de los Cuervos salió corriendo y Cynan y yo nos dirigimos al palacio. Al entrar en el patio, resonó el cuerno de batalla y a los pocos instantes comenzaron a acudir los Cuervos: Garanaw, Drustwn, Niall,

Emyr, Alun. Scatha compareció también y poco después hizo su entrada Bran al frente de un puñado de guerreros. Todos nos reunimos en el frío hogar.

-Hemos sido atacados por el enemigo -les dije, y les expliqué el asalto sufrido durante el incendio-. Veinte personas han muerto, y algunas han resultado heridas de gravedad, entre ellas Cynfarch y Gorew. Las Piedras Cantarinas han sido robadas.

Tal revelación arrancó un espontáneo grito.

-Atraparemos a los culpables -prometí, y mi juramento fue coreado por una docena de voces-. La búsqueda comenzará inmediatamente.

Me volví hacia Bran Bresal, mi jefe de batalla, el líder de la Bandada de Cuervos.

-Prepara todo lo necesario para la marcha. Partiremos en cuanto los caballos estén ensillados.

Bran vaciló y dirigió una rápida mirada a Scatha; pero no pude descifrar la expresión de sus ojos.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-Se hará como dices, señor -repuso Bran llevándose a la frente el dorso de la mano. Ordenó a los guerreros que lo siguieran y salieron a toda prisa del palacio para ponerse manos a la obra.

Cynan y Scatha se quedaron a solas conmigo.

-Lo siento, Cynan -dijo Scatha posando su mano en el brazo del príncipe.

-La deuda de sangre será pagada, *Pen-y-Cat*- repuso en tono firme Cynan-. No lo dudes -añadió con la voz quebrada por el dolor.

Luego, dirigiéndose a mí, Scatha me dijo:

-Me gustaría ayudarte en esta tarea, señor. Permíteme que me ponga al frente de los guerreros y capture a los ladrones.

-Te lo agradezco, *Pen-y-Cat* -repuse-, pero es una tarea que me corresponde a mí. Tú haces falta aquí. Tegid necesitará tu ayuda.

-Tu lugar también está aquí -insistió ella-. Es hora de que pienses en los que dependen de ti. Necesitas descansar -me sugirió con tozudez-. Quédate aquí y gobierna a tu pueblo.

Sus palabras no tenían sentido alguno para mí. La cólera me hervía en las venas y no estaba de humor para adivinanzas. Sólo veía con claridad meridiana una cosa: los hombres que habían cometido aquella fechoría tenían que ser capturados y juzgados.

-Un baño es lo único que necesito -gruñí-. El agua fría me resucitará.

Con el cuerpo dolorido, me dirigí a mi cabaña para bañarme y cambiarme de ropa antes de partir. Apestaba a humo y a sudor; tenía el cabello chamuscado y parecía que mis *brecs* y mis *buskins* habían sido atacados por ardientes polillas. Me detuve en la cabaña el tiempo justo de coger una muda, un pedazo de jabón de sebo y un trozo de lino que utilizaba como manopla. Me disponía a atravesar el patio cuando vi que Tegid salía de su cabaña y me acerqué a él.

-Gorew quizá se salve -me dijo el bardo-. Sabré algo más cuando se despierte.

-¿Y Cynfarch? -pregunté.

-La muerte es dura, pero puede que Cynfarch lo sea aún más -repuso

Tegid-. La batalla se decidirá antes de que acabe el día.

-De todos modos, tengo el firme propósito de capturar a los ladrones y recuperar las piedras antes de mañana a esta misma hora.

-¿Estás pensando en ir personalmente tras ellos? -preguntó con intención.

-¡Naturalmente! Soy el rey. Es mi deber.

El bardo se puso tenso y abrió la boca para poner alguna objeción. Como no estaba dispuesto a escucharlo, se lo impedí.

-Ahórrate las palabras, Tegid. Voy a comandar personalmente a los guerreros; no hay más que hablar.

Me di la vuelta, atravesé el patio y la puerta y me dirigí al embarcadero. Al final del mismo, la base rocosa del *crannog* formaba un bajío en el que acostumbrábamos bañarnos. Pero en aquel momento no había nadie.

Me quité las ropas y me metí en el lago. El agua helada era como un bálsamo para mi quemado costado; me sumergí y floté un rato sólo con la frente y la nariz fuera del agua.

Mientras procedía a enjabonarme, el sol se fue levantando y empezó a despejar la niebla grisácea. Me lavé el pelo y me froté la piel con la manopla. Cuando me metí de nuevo en el agua para enjuagarme, me sentí como una serpiente que se libera de su vieja piel.

Me estaba sacudiendo el agua del pelo cuando llegó Goewyn.

-Scatha me ha contado lo sucedido -dijo.

Estaba de pie, en el embarcadero, con los brazos cruzados. Tenía la cara sucia de hollín y los cabellos cubiertos de ceniza. Su manto, antes tan blanco, estaba salpicado de quemaduras negras y marrones.

Casi salí del agua de un salto, porque hasta aquel momento en que la volvía a ver había olvidado por completo que era un hombre casado y que mi mujer me estaba esperando.

-Goewyn, lo siento mucho, olvidé que...

-Dice que tienes intención de marcharte -continuó en tono gélido-. Si te importa algo tu pueblo o lo que ha sucedido esta noche, no lo hagas.

-Debo hacerlo -insistí yo-. Soy el rey, es mi deber.

-Si eres el rey -dijo ella enfatizando las palabras-, quédate aquí y compórtate como tal. Gobierna a tu pueblo. Reconstruye tu fortaleza.

-¿Y qué hay de las Piedras Cantarinas? ¿Y de los ladrones?

-Envía a tu jefe de batalla y a tus guerreros para que te los traigan. Eso es lo que haría un verdadero rey.

-Es mi deber -repetí avanzando hacia ella.

-Estás en un error. Tu lugar está junto a tu pueblo. No deberías permitir que te vieran persiguiendo a esos... ¡a esos *cynrhon*! -exclamó utilizando un término raramente usado en Albión; nunca la había visto tan enfadada-. ¿Acaso no estás por encima de ellos?

-Desde luego, Goewyn, pero...

-Pues ¡demuéstralo entonces! -me gritó-. ¿Acaso esos ladrones son reyes puesto que es preciso que un rey les dé caza?

-No, pero... -comencé a decir pero me interrumpió sin contemplaciones.

-Escúchame con atención, Llew Mano de Plata: si permites que tus

enemigos te impidan gobernar, significa que son más poderosos que tú... y ¡toda Albión lo sabrá!

-Goewyn, por favor. No lo entiendes.

-¿Que no? -preguntó ella, y sin aguardar mi respuesta continuó-. ¿Es que Bran no te serviría hasta su último aliento? ¿Es que Cynan no movería montañas si se lo pidieras? ¿Es que los Cuervos no conseguirían el sol y las estrellas para complacerte?

-Escúchame tú..., si soy rey es gracias a las Piedras Cantarinas.

-Tú no eres un rey cualquiera. ¡Eres el *Aird Righ*! Eres Albión. Por eso no puedes marcharte.

-Goewyn, por favor, sé razonable.

Debía de ofrecer un triste espectáculo, con el agua hasta el ombligo, temblando y chorreando, porque Goewyn pareció ablandarse un poco.

-No te comportes como un hombre sin rango y sin poder -me dijo, y yo comencé a entender su lógica-. Si eres rey, amor mío, condúcete como un verdadero rey. Demuestra tu autoridad y tu poder. Demuestra tu sabiduría: envía a Bran y a la Bandada de Cuervos. Envía a Cynan. Envía a Calbha y a Scatha y a un centenar de guerreros. ¡Envía a todos cuantos quieras! Pero no vayas tú. No te conviertas en lo que quieres destruir.

-Hablas como Tegid -repuse, intentando con torpeza suavizar la tensión. Era absurdo que nos enfadáramos.

-Deberías prestar oídos a tu sabio bardo -replicó ella con energía-. Te está dando sin duda un buen consejo.

Goewyn seguía con los brazos cruzados sobre el pecho mirándome con implacables ojos y aguardando mi respuesta. Yo sabía muy bien que estaba vencido. Ella tenía razón: un verdadero rey jamás arriesgaría el honor de su soberanía persiguiendo por su reino a criminales.

-Señora, aquí me tienes apabullado por tu reprimenda -dije tendiéndole las manos-. Y temblando, además, de frío. Está bien, seguiré tu consejo, pero déjame salir del agua antes de que me muera de frío.

-Lejos de mi intención impedírtelo -repuso ella sonriendo ligeramente.

-Muy bien.

Avancé otro paso y salí del agua. Ella se inclinó, cogió el manto y lo sostuvo en alto. Me di la vuelta y me lo colocó sobre los hombros. Sus manos resbalaron por mi espalda y me abrazaron por la cintura. Me volví y la abracé estrechamente.

-Te voy a mojar -murmuré.

-Yo también necesito un baño -repuso, y cayendo en la cuenta de la verdad de su aseveración me apartó de un empujón y me mantuvo a distancia.

-Yo ya me he bañado -protesté.

-Pero yo no -dijo alejándose.

-Espera...

-Vuelve a casa, esposo mío -me gritó-, pero dile antes a Tegid que te quedas en Dinas Dwr y envía a la Bandada de Cuervos a cumplir tu voluntad.

-Goewyn, espera, voy contigo...

-Te estaré esperando -dijo desapareciendo por la puerta.

Me puse los *breecs,* deslicé los brazos en las mangas del *siarc,* me

calcé los *buskins* y corrí a la cabaña de Tegid para informarle del cambio de planes.

6

CYNAN DOS TORQUES

-¿Llamé a Tegid que salió al momento de su cabaña; parecía encorvado y viejo. Tenía los oscuros cabellos grises de ceniza, la cara muy pálida y los ojos enrojecidos por el humo y el cansancio. Debía de estar muy fatigado. Me sentí culpable por haber ido a tomar un baño mientras los demás trabajaban duramente.

-Sabio bardo -le dije-, he cambiado de opinión. Me quedo en Dinas Dwr. Enviaré a Bran y a la Bandada de Cuervos a capturar a los ladrones y recuperar las Piedras Cantarinas.

-Una prudente decisión, señor -dijo Tegid asintiendo con discreta satisfacción.

-Sí, eso me dije.

Emyr Lydaw acudió en ese momento para comunicarme que los guerreros estaban preparados.

-Reuníos en el embarcadero -le ordené-. Tegid y yo acudiremos allí.

-Ven -le dije a Tegid cogiéndolo por el brazo y conduciéndolo a palacio- comeremos algo antes. Nadie debe ver a un rey y a su bardo desmayándose de hambre.

Tegid se mostró de acuerdo con esa opinión, que demostraba que estaba empezando a pensar como un rey. Comimos una rebanada de pan y bebimos unos tragos del aguamiel que había sobrado del banquete de bodas. Recuperadas las fuerzas, nos dirigimos al embarcadero.

Los Cuervos, chamuscados y sucios por el arduo trabajo de la noche, estaban acabando de cargar las provisiones en los botes. Cynan, un tanto apartado, con sendas lanzas en las manos, contemplaba fijamente el agua. Alun y Drustwn me saludaron al verme. Bran dejó lo que estaba haciendo y me dijo:

-Todo está dispuesto, señor. Aguardamos tus órdenes.

-Me necesitan aquí; no voy a acompañaros. Y tampoco vosotros necesitáis de mi ayuda para capturar a esos criminales -le expliqué-. Te encargo que lleves a cabo esta misión con celeridad y regreses enseguida.

Bran, obviamente satisfecho ante el cambio de planes, repuso:

-Se hará como ordenas, señor.

Cynan, con la mandíbula apretada y el ceño fruncido, se limitó a mirar sin decir nada en dirección a la playa, al otro lado del lago, donde aguardaban Niall y Garanaw con los caballos.

-¡Feliz cacería, hermano! -le deseé.

El príncipe asintió con gesto brusco y saltó a uno de los botes. Los demás lo imitaron y las barcas se alejaron de la orilla. Pero, apenas los remeros habían empezado a bogar, apareció Sioned en la puerta.

-*¡Penderwydd!* -gritó y echó a correr hacia Tegid.

-¿Qué sucede, Sioned? -preguntó el bardo saliendo a su encuentro

con sus ojos grises velados de preocupación.

-Ha muerto -contestó ella-. El rey Cynfarch ha muerto, *penderwydd.* Eleri está con él. Sencillamente ha dejado de respirar; eso ha sido todo.

Tegid echó a correr, pero apenas hubo dado tres pasos se detuvo y miró por encima del hombro los botes que se alejaban. Abrió la boca para decir algo, pero yo me adelanté.

-Ve -le dije-. Yo llamaré a Cynan.

Mientras el Bardo Supremo corría hacia la puerta, yo ordené a gritos a los botes que regresaran.

-Cynan -dije cuando estuvieron lo suficientemente cerca para oír mis palabras-, se trata de tu padre.

El príncipe vio a Tegid y a Sioned corriendo y supuso lo peor.

-¿Ha muerto mi padre?

-Sí, hermano. Lo siento en el alma.

Al oírme, Cynan se puso en pie con tal brusquedad que casi volcó el bote. En cuanto los remeros acercaron la barca a la orilla, saltó a tierra y echó a correr hacia la puerta.

Lo detuve cuando pasaba junto a mí.

-Cynan, voy a ordenar que los Cuervos se vayan sin ti.

El rostro del príncipe se ensombreció, pero yo me mantuve firme.

-Sé muy bien cómo te sientes, hermano, pero harás mucha falta aquí. Tu pueblo se ha quedado sin rey. Tu lugar está junto a ellos.

Desvió la vista, luchando consigo mismo.

-Deja que se vayan -le urgí-. A Bran le corresponde servirme. A nosotros quedarnos aquí.

Cynan me miró y luego miró el bote. Sin pronunciar una palabra, se dio la vuelta y salió corriendo.

Desde el bote, Bran gritó:

-¿Tenemos que esperarlo, señor?

-No, Bran -respondí indicando al jefe de los Cuervos que se marchara-. Cynan no irá hoy con vosotros.

Contemplé cómo las barcas alcanzaban la otra orilla y los caballos eran desembarcados. Los Cuervos montaron; Bran alzó su lanza y los guerreros se pusieron en marcha siguiendo la orilla del lago. Levanté mi mano de plata en señal de saludo y la mantuve en alto hasta que se perdieron de vista. Luego me di la vuelta y me encaminé a palacio. En el fondo de mi corazón me alegraba de no ir con ellos. Estaba muerto de cansancio y lo único que anhelaba era dormir.

Pero me dirigí a la cabaña de Tegid donde Cynan estaba velando el cadáver de su padre.

-No se puede hacer nada, por desgracia -me comentó Tegid-. Necesitas descansar, Llew. Hazlo mientras te sea posible. Te llamaré si te necesito.

Me resistía a marcharme, pero el bardo puso con firmeza su mano en mi hombro, me obligó a darme la vuelta y me hizo salir de la cabaña. Miré mi cabaña, al otro lado del patio, y entonces recordé que ahora tenía otro hogar. Me alejé en dirección a la casa preparada para mí y para Goewyn. Me parecía que había pasado un siglo desde nuestra noche de bodas.

Goewyn me estaba aguardando. Se había bañado y se había puesto

una túnica blanca. Tenía el cabello suelto, todavía húmedo del baño. Estaba sentada en el lecho y se desenredaba el pelo con un peine de anchas púas de madera. Cuando entré, sonrió, se levantó y me dio la bienvenida con un beso. Luego, tomando entre las suyas mi mano de plata, me llevó hasta el lecho, me despojó del manto y me hizo reclinarme sobre los mullidos vellones. Se acostó a mi lado. Yo la abracé y me quedé profundamente dormido.

Me desperté sobresaltado. La cabaña estaba en tinieblas y el *caer* en silencio. La pálida luz de la luna se colaba por la piel de buey de la puerta. Al moverme desperté a Goewyn, que se apresuró a posar su cálida mano en mi nuca.

-Es de noche -murmuró-. Acuéstate de nuevo y vuelve a dormirte.

-Pero ya no estoy cansado -le dije apoyándome en el codo.

-Ni yo -repuso-. ¿Tienes hambre?

-Un hambre de lobo.

-Hay un poco de pan de bodas y aguamiel.

-Magnífico.

Se levantó y se acercó a la pequeña chimenea que había en el centro de la cabaña. La contemplé mientras ella, de rodillas, se afanaba en su trabajo, grácil como un fantasma a la pálida luz de la luna. En pocos instantes brotó una llama amarilla, el fuego prendió en la chimenea y nuestra glorieta quedó bañada por el amarillento resplandor. Goewyn sacó entonces el aguamiel, una copa y dos hogazas pequeñas de *banys bara.*

Se sentó de nuevo en el lecho, cortó un pedazo de pan y me lo ofreció. Yo corté otro y se lo ofrecí a mi vez. Comimos la primera hogaza y luego la segunda; después destapamos el pellejo de aguamiel y saboreamos acostados su dulzura y su calor, compartiendo el dorado néctar mezclado con besos cada vez más apasionados.

No pude esperar más. Dejé a un lado el pellejo de aguamiel, y la atraje hacia mí. Ella, cálida y tierna, se abandonó entre mis brazos y nos entregamos al hermoso deleite de nuestros cuerpos.

Consciente de que mi mano de metal podía resultarle desagradable, procuré no tocarla con ella, pero no era tarea fácil, porque me moría por acariciar sus cabellos y su piel. Sin embargo, Goewyn se apresuró a desterrar mis temores.

Se arrodilló junto a mí, se entreabrió la túnica y me cogió la mano de plata entre las suyas.

-Forma parte de ti -me dijo con voz suave y acariciadora-, así que también tendrá que formar parte de mí -y posó la mano de metal entre sus pechos.

La ternura de aquel gesto colmó mi pasión y me abandoné a ella. Goewyn era mi universo y mi vida.

Poco después, escanciamos aguamiel en la copa de oro y bebimos en el lecho. Nuestra noche de bodas, aunque interrumpida, era finalmente lo que habíamos esperado que fuera.

-Me parece como si no hubiera estado realmente vivo hasta ahora -le dije.

Sonriendo deliciosamente, Goewyn se llevó la copa a los labios.

-No vayas a creer que la noche ya ha terminado -me susurró.

Hicimos de nuevo el amor con pasión, pero sin la premura de antes; esta vez disfrutamos del placer con lento deleite. Hacia el alba nos quedamos dormidos estrechamente abrazados. Pero no recuerdo el momento en que cerré los ojos; sólo recuerdo a Goewyn, su dulce aliento en mi pecho y el calor de su cuerpo junto al mío.

Aquella noche fue sólo un breve paréntesis de respiro antes de las preocupaciones y problemas del día que siguió. Sin embargo, a la mañana siguiente me levanté con ánimo invencible, dispuesto a enfrentar lo que me deparara el futuro. Había mucho que hacer y anhelaba ponerme manos a la obra.

En el palacio encontré a Tegid acompañado de un Cynan muy taciturno; estaban comiendo y discutían los detalles del funeral de Cynfarch. Habían decidido que el príncipe regresaría con su pueblo a Dun Cruach para enterrar allí al rey. Debían ponerse en marcha sin más dilaciones.

-Me habría gustado que las cosas fueran de otro modo -me dijo Cynan con los ojos enrojecidos y la voz ronca-. Me habría gustado ayudarte a reconstruir el *caer.*

-Ya lo sé, hermano -repuse-. Pero disponemos de suficientes manos. A mí me gustaría acompañarte.

Luego hablamos del aprovisionamiento para el viaje. A causa del fuego y de la sequía de los últimos tiempos, nuestras reservas no eran muchas. Pero quería que se llevara víveres no sólo para el viaje, sino también para una larga temporada.

El rey Calbha, que también pensaba volver a sus posesiones en un plazo corto, supervisó el cargamento de los carros de los galanaes. Al cabo de un rato, entró en palacio y anunció que todo estaba listo; nos levantamos de mala gana y salimos tras él.

-Te enviaré noticias en cuanto hayamos atrapado a los ladrones -le prometí a Cynan una vez en el patio.

-Hasta ese día -repuso Cynan con gesto grave- no beberé cerveza ni aguamiel y no se encenderá fuego alguno en el hogar del rey. Dun Cruach permanecerá en la más absoluta oscuridad.

Algunos galanaes que estaban cerca oyeron el juramento de Cynan y se acercaron.

-Deberíamos tener un rey que nos condujera a casa -dijeron-. No es justo que regresemos a la patria sin rey.

Tegid, al oír tal súplica, se cubrió la cabeza con un pliegue del manto y dijo:

-Vuestra súplica os honra. ¿Hay entre vosotros un hombre digno de ser rey?

-Sí, *penderwydd*- contestaron los galanaes.

-Decidme su nombre y traedlo ante mi presencia.

-Está junto a ti, *penderwydd* -repusieron ellos-. No es otro que Cynan Machae.

Tegid se volvió y posó una mano en el hombro de Cynan.

-¿Hay algo que te impida subir al trono de tu padre? -dijo.

Cynan se pasó los dedos por la espesa cabellera pelirroja y meditó unos instantes.

-Nada que yo sepa -respondió al fin.

-Tu pueblo te ha elegido -dijo Tegid-, y no creo que pudieran haber hecho una elección mejor. Como Bardo Supremo de Albión, estoy dispuesto a confiarte la dignidad real ahora mismo, si quieres aceptarla.

-La aceptaré con sumo agrado -repuso el príncipe.

-Habría que establecer tu reinado con una ceremonia apropiada -explicó Tegid-, pero dada la urgencia del viaje te proclamaremos rey ahora mismo.

En efecto, sin más ceremonial, Cynan fue proclamado rey en presencia de Scatha, Goewyn, Calbha y todos los galanaes que se congregaron a nuestro alrededor al oír las palabras de Tegid. La ceremonia fue rápida y sencilla, con una única interrupción: cuando Tegid se dispuso a quitarle a Cynan la torque que lucía y reemplazarla por la que había ostentado Cynfarch.

-La torque de oro es el símbolo de tu soberanía -le dijo el bardo-. Por ella todos te reconocerán como rey y te servirán con respeto y honor.

Cynan asintió, pero no estaba dispuesto a desprenderse de su torque de plata.

-Ponme la torque de oro si es tu deseo, pero no quiero quitarme la que me regaló mi padre.

-Llévala siempre..., y ésta también.

Con estas palabras el bardo deslizó la torque de oro alrededor del cuello de Cynan y alzando la mano por encima de su cabeza exclamó:

-Te proclamo rey de los galanaes de Caledon. ¡Salve, Cynan Dos Torques!

Todos se echaron a reír, incluso Cynan, que desde entonces ostentaría su nuevo nombre tan orgullosamente como sus dos torques.

Yo me adelanté a abrazarlo y también Scatha y Goewyn. Luego llegó el momento del adiós. Cynan estaba ansioso por regresar al sur para enterrar a su padre y comenzar su reinado. Cruzamos la llanura y le acompañamos a caballo hasta Druim Vran, donde aguardamos sobre el risco para ver pasar la comitiva de los galanaes. Cuando el último carro hubo coronado el risco y emprendido el lento descenso, Cynan se volvió hacia mí.

-Todavía no me he marchado y ya lo lamento. Desde luego, la responsabilidad de un rey es una pesada carga -me dijo suspirando.

-Sin embargo, me parece que sobrevivirás.

-Tú lo tienes más fácil -repuso-, pero yo no tengo a mi lado una bella esposa y debo soportar la carga yo solo.

-Me casaría contigo con gusto, Cynan -apostilló amablemente Goewyn-, pero ya lo he hecho con Llew. Sin embargo, creo que no estarás mucho tiempo sin novia. No hay duda de que un rey con dos torques es un marido muy deseable.

Cynan puso los ojos en blanco.

-¡Vaya! No hace ni un día siquiera que soy rey y ya me encuentro con hembras ansiosas de quitarme mi tesoro.

-Hermano -le dije-, considérate afortunado si encuentras una mujer

dispuesta a casarse contigo a cualquier precio. Vale la pena entregar no una torque, sino diez por una esposa.

-No dudo de que estás en lo cierto -admitió Cynan-, pero hasta que no encuentre una esposa tan valiosa como la tuya, conservaré mi tesoro.

Goewyn se inclinó y lo besó en la mejilla. Le dijimos adiós y nos quedamos mirándolo mientras descendía hacia el valle, y se ponía al frente de su pueblo. Durante el camino de regreso al lago, Goewyn iba silenciosa a mi lado.

-Cásate conmigo, Goewyn -le dije.

Ella se echó a reír.

-Pero si ya estamos casados, amado mío.

-Quiero oírtelo decir otra vez.

-Entonces, escúchame bien, Llew Mano de Plata -dijo ella irguiéndose en la silla y alzando la cabeza con gesto orgulloso-. Me casaré contigo hoy, y mañana, y todos los días de mi vida.

7

EL REGRESO DE LOS CUERVOS

Las obras de reconstrucción de Dinas Dwr empezaron enseguida con enérgica eficacia. La gente parecía especialmente ansiosa por eliminar todo rastro del incendio. La gente, mi gente, mi variopinto clan formado por distintas tribus, parentelas, guerreros, granjeros, artesanos, familias, viudas, huérfanos, refugiados, se afanaron sin descanso en reparar los daños del *crannog* y devolverle el aspecto de antes. Trabajando con ellos, comprendí que Dinas Dwr era para ellos algo más que un refugio; se había convertido en su hogar. Se habían roto y se estaban rompiendo antiguos lazos y ataduras y se estaba forjando un reino nuevo: mientras luchábamos y sudábamos hombro con hombro nos estábamos convirtiendo en un verdadero pueblo, en un clan distinto a cualquiera de las tribus de Albión.

La vida en el *crannog,* tan cruelmente atacada por el incendio y por la destrucción del Salvaje Sabueso, comenzaba poco a poco a recobrar su ritmo perdido. Tegid reunió a sus *mabinogi* y reanudó las diarias lecciones sobre las tradiciones bárdicas. Scatha adiestraba a sus pupilos y en el campo de prácticas resonaban otra vez los gritos de los jóvenes guerreros y el estrépito de las espadas de madera sobre los escudos de cuero. Los granjeros se afanaban en sus desolados sembrados con la esperanza de salvar una parte de la cosecha, ahora que había cesado la sequía. Vaqueros y pastores se dedicaban a reabastecer sus existencias al tiempo que los prados comenzaban a verdear otra vez.

Mientras supervisaba las obras de reconstrucción, me parecía que todos y cada uno de mis súbditos habían decidido olvidar el reciente desastre cuanto antes, y liberarse de los terribles recuerdos afanándose en hacer de Dinas Dwr el paraíso del norte. Pero las heridas eran profundas y, pese a la gran tenacidad de mi gente, pasaría mucho tiempo antes de que Albión estuviera totalmente curada. Ésa era la razón, me decía a mí mismo, por la que debía quedarme: para ver la tierra renovada y el pueblo redimido. Sí, había empezado el proceso de curación; por primera vez en años, hombres y mujeres podían encararse al futuro sin miedo ni desesperación.

Así, cuando la Bandada de Cuervos regresó con un prisionero, algunos días después de su partida, todos lo consideramos una favorable señal.

-¡Ya veis! -se decían los hombres unos a otros-. ¡Nadie puede prevalecer contra Mano de Plata! Todos sus enemigos son vencidos tarde o temprano.

Dispensamos una calurosa acogida a los Cuervos y vitoreamos el éxito de su misión. Con ellos traían un único prisionero, de aspecto lúgubre y hosco, con las manos atadas a la espalda y el manto sobre la

cabeza y los hombros.

-¡Salud y felicitaciones, Bandada de Cuervos! -les grité en cuanto el bote tocó la orilla.

Un considerable número de personas había salido del *caer* para recibirlos y se había esparcido por la orilla mientras los Cuervos desembarcaban.

-Veo que habéis tenido una buena cacería.

-Una cacería rápida y una hermosa pieza -asintió Bran lacónicamente-. Pero no sin ciertos sacrificios, como te contará enseguida Niall.

-¿Qué ha pasado? -pregunté, y al mirar a Niall vi que bajo el manto llevaba un vendaje empapado en sangre.

El Cuervo herido disipó mi alarma con un vago gesto, aunque tan leve movimiento dibujó en su rostro una mueca de dolor.

-Me dejé llevar por el entusiasmo, señor -repuso Niall con los dientes apretados-. No volverá a suceder, te lo aseguro. Sin embargo, tuve suerte; el golpe de espada me sorprendió cuando caía. Pudo haber sido mucho peor.

-Su cabeza habría podido hacer compañía a su cuello -me informó Alun Tringad-, aunque no sé si eso hubiera podido ser mejor o peor.

Su comentario suscitó risas entre la pequeña concurrencia que había acudido a celebrar el éxito de los Cuervos y a conocer la identidad del malhechor que habían capturado.

-Un prisionero muy desagradable -comentó Bran-. Eligió la muerte y estaba decidido a arrastrarnos con él.

-Lo cogimos por sorpresa -terció Drustwn-, de otro modo hubiera dejado fuera de combate a dos o más de los nuestros.

Entonces me di cuenta de que Drustwn y Emyr también habían resultado heridos: Drustwn llevaba el brazo en cabestrillo y la pierna de Emyr estaba vendada por encima de la rodilla. Cuando me interesé por sus heridas, Drustwn me aseguró que sanarían antes de que lo hiciera el orgullo del prisionero, que había resultado seriamente dañado.

-Lo habríamos pasado mal si no llega a resbalar con la hierba húmeda y caerse de cabeza -añadió Garanaw, que imitó con un gesto lo sucedido suscitando la carcajada de los reunidos.

No era una risa de felicidad, sino más bien de alivio, y además para humillar aún más al cautivo, pues nadie había olvidado el daño infligido.

-Me alegro de que ninguno de vosotros haya resultado herido de consideración -les dije-. No olvidaremos vuestro sacrificio. Todos vosotros -añadí extendiendo mi mano de plata hacia ellos- os habéis ganado una generosa recompensa y la más profunda estima en el corazón de vuestro rey.

Bran se declaró satisfecho con la última pero Alun reconoció que también sería bienvenida la primera. El prisionero, que había mantenido hasta entonces un hosco silencio, pareció volver a la vida; se revolvió en la silla y aulló desafiante:

-¡Soltadme, hijos de perra! ¡Veréis cómo os doy vuestro merecido en una lucha cara a cara!

Al oírlo se me heló el corazón; no por lo que había dicho, sino por su

voz. Conocía muy bien a aquel hombre.

-¡Bajadlo! -ordené-. Y quitadle el manto. Quiero ver su cara.

Los Cuervos desmontaron sin consideraciones al prisionero y lo obligaron a arrodillarse ante mí. Bran le desató el manto y se lo quitó, y yo enseguida reconocí un rostro que hubiera deseado no volver a ver jamás.

Paladyr no había cambiado desde la última vez que lo vi: la noche en que había clavado su cuchillo en el corazón de Meldryn Mawr. En realidad, lo había vuelto a ver unos instantes en lo alto del acantilado de Ynys Sci, cuando había precipitado a la muerte a Gwenllian; pero entonces apenas lo había entrevisto. Al observarlo ahora, volví a admirarme de su corpulencia. Sus poderosos miembros, sus musculosos hombros parecían tallados del tronco de un roble. Incluso hombres como Bran, Drustwn y Alun Tringad parecían alfeñiques al lado del otrora paladín de Prydain.

Desde luego, no se había rendido sin lucha y los Cuervos no habían tenido con él demasiados miramientos: tenía una fea brecha rojiza sobre una sien, la nariz hinchada y el labio inferior partido. Pero mostraba la misma arrogancia y el mismo aire desafiante de siempre.

-Ve a buscar a Tegid -ordené al hombre que estaba más cerca de mí, pues no deseaba dar la espalda a Paladyr.

-Ahí viene el Bardo Supremo, señor -contestó el hombre.

Me volví y vi que Tegid y Calbha acudían corriendo. Al ver a Paladyr arrodillado ante mí se detuvieron en seco.

Tegid contempló con ceñuda satisfacción al desafiante prisionero. Al ver al Bardo Supremo de Albión, Paladyr cerró la boca y una malévola expresión se dibujó en sus siniestros ojos.

Tegid se dirigió a Bran.

-¿Estaban en su poder las Piedras Cantarinas?

-Sí, *penderwydd* -replicó Bran, e hizo un gesto a Drustwn que descolgó de su silla una bolsa de cuero y nos la trajo.

-Lo cogimos con ellas encima -explicó Garanaw-. Nos llena de orgullo devolverlas al lugar que les corresponde en Dinas Dwr.

Abrió un instante el cofre para mostrar que las pálidas piedras estaban dentro, y se lo entregó a Tegid.

-¿Estaba solo? ¿No encontrasteis a nadie con él? -preguntó el rey Calbha.

Observé atentamente la expresión de Paladyr, pero su rostro parecía esculpido en piedra, sin mostrar el menor parpadeo o la menor señal de que lo que se estaba hablando le incumbiera.

-No, señor -respondió el jefe de los Cuervos-. Registramos la zona y estudiamos muy bien el rastro. No encontramos la menor señal de que alguien lo acompañara.

Me dirigí a algunos de los hombres reunidos y les ordené:

-Construid un cobertizo, aquí, en la orilla, para encerrar al prisionero, porque no voy a consentir que vuelva a poner los pies en el *crannog.*

Luego le dije a Calbha:

-Envía a tu jinete más rápido a Dun Cruach. Que le diga a Cynan que hemos capturado al responsable de la muerte de su padre y que

aguardamos su llegada para juzgarlo.

-Enseguida, Mano de Plata -repuso el rey de los cruinos-. No debe de estar a muchos días de camino; lo alcanzaremos antes de que llegue a Dun Cruach.

Calbha llamó a uno de sus hombres y los dos se pusieron en marcha al momento.

-¿Qué vas a hacer con las Piedras Cantarinas? -me preguntó Tegid alzando la bolsa de cuero.

-Se me ha ocurrido un lugar seguro para guardarlas -contesté golpeando con un dedo la bolsa-. No volverán a robarlas.

Dejamos al prisionero al cuidado de un grupo de guerreros y Tegid, los Cuervos y yo regresamos a palacio, donde señalé con un gesto la chimenea, en el centro del salón.

-Levantad la losa del hogar -dije- y colocad debajo las Piedras Cantarinas. Nadie podrá llevárselas sin alertar a todo el *crannog.*

-Buena idea, señor -asintió Bran.

Trajeron herramientas y tras un tremendo esfuerzo fue levantada la losa del hogar y se construyó debajo un agujero; pusimos las piedras en él y volvimos a colocar la losa.

-¡Que todos vosotros seáis testigos! -declaró con voz solemne Tegid-. Ahora Dinas Dwr se levanta sobre una sacrosanta piedra angular.

Despedí a los Cuervos para que descansaran e hice llamar a palacio a Scatha y Goewyn para ponerlas al corriente de que el ladrón responsable de la muerte de Cynfarch, del robo de las piedras y del incendio del *caer* había sido capturado.

-Es Paladyr -añadí.

Un débil gemido escapó de los labios de Goewyn; el rostro de Scatha se ensombreció.

-¿Dónde está?

-Tenía en su poder las Piedras Cantarinas. No hay duda alguna de su culpabilidad.

-¿Dónde está? -repitió ella, emitiendo en cada palabra un latigazo de gélido odio.

-Lo hemos encerrado en un cobertizo junto a la orilla -respondí-. Será vigilado día y noche hasta que decidamos lo que debemos hacer con él.

Scatha se dio la vuelta.

-¡Scatha, espera! -grité, pero ella no se detuvo.

Cuando le di alcance, Scatha había llegado ya junto al cobertizo y estaba ordenando a los guardias que abrieran la puerta y la dejaran entrar. Al verme, los centinelas mostraron un evidente alivio.

-Vámonos, *Pen-y-Cat* -le dije-. No tienes nada que hacer aquí.

-¡Mató a mis hijas! ¡La deuda de sangre debe ser saldada! -exclamó, mirándome, dispuesta a reclamar la deuda sin más dilaciones.

-No se escapará -la calmé-. Dejémoslo así por ahora, *Pen-y-Cat* He enviado un mensaje a Cynan y celebraremos el juicio tan pronto como llegue.

-Quiero ver a esa maldita bestia que asesinó a mis hijas -insistió ella-. Quiero ver su cara.

-La verás -prometí-. Pronto..., pero espera un poco. Por favor, Scatha,

escúchame. No podemos hacer nada hasta que llegue Cynan.

-Quiero verlo.

La súplica desesperada de su voz pudo más que mis recelos.

-Muy bien -dije indicando a los guardias que abrieran la puerta-. Sacadlo.

Paladyr salió arrastrando los pies. Le habían atado las manos y gruesas cadenas pendían de sus pies. Parecía menos insolente que antes y nos miró con aire cauteloso.

Rápido como el coletazo de un gato, el cuchillo de Scatha saltó a su garganta.

-Nada me proporcionaría más placer que degollarte como a un cerdo -dijo arañándole el cuello con el cuchillo.

La punta dibujó un tenue trazo de sangre en la piel.

Paladyr se estremeció pero no emitió sonido alguno.

-¡Scatha! ¡No! -dije apartándola de él-. Ya lo has visto. Déjalo ya. Por favor.

La boca de Paladyr se torció en una burlona mueca. Scatha vio la sarcástica sonrisa, se le abalanzó y le escupió a la cara. Paladyr se inflamó de cólera y pensé que iba a golpearla, pero el otrora paladín de Prydain se contuvo. Temblando de rabia, tragó saliva y le dirigió una mirada asesina.

-Lleváoslo -ordené a los guardianes y volviéndome hacia Scatha la vi alejarse con la cabeza erguida y los ojos llenos de lágrimas.

A la llegada de Cynan, pocos días después, convoqué el primer *llys* de mi reinado para juzgar al asesino. Impartir justicia era la tarea principal de un rey, y nadie merecía más ser juzgado que Paladyr. El veredicto era indiscutible: la muerte.

Mi asiento fue colocado en la cabecera del salón, es decir, al oeste. Tocado con la torque de Meldryn Mawr y con la corona de hojas de roble del Soberano Rey, avancé hacia el trono y tomé asiento. Goewyn y Tegid ocuparon sus puestos: la reina, de pie a mi izquierda con su mano posada en mi hombro; Tegid a mi derecha.

Cuando todos estuvieron reunidos sonó el *carynx* y el *penderwydd* de Albión avanzó unos pasos. Se cubrió la cabeza con un pliegue del manto y alzando la vara la sostuvo en alto.

-¡Pueblo de Dinas Dwr -exclamó enérgicamente-, oíd la voz de la sabiduría! En el día de hoy el rey se dispone a impartir justicia. Su palabra es ley, y su ley justicia. Oídme bien: no hay más justicia que la palabra del rey.

Tras golpear tres veces el suelo con su vara, volvió a ocupar su lugar junto a mí.

-¡Traed al prisionero! -ordenó.

La multitud abrió paso a seis guerreros que escoltaban a Paladyr. Si el cautiverio lo había amansado en algo, no lo demostraba en modo alguno. El otrora paladín de Prydain se mostraba tan altivo como siempre: sonreía con aire satisfecho, mantenía la cabeza muy erguida y ni siquiera pestañeaba. Era obvio que la cautividad no había domado su insolencia. Avanzó hasta el trono y se detuvo con las piernas separadas y una mueca burlona en su boca.

Cuando Bran vio la insolencia con que el prisionero me miraba, lo

obligó a arrodillarse propinándole varios golpes de espada en las rodillas. Tampoco así logró doblegar el altivo porte del prisionero, que siguió mirándome con una extraña y desdeñosa expresión, que yo interpreté como una forma de autoinfundirse valor.

En el salón reinaba un silencio mortal. Todos los presentes, hombres y mujeres, sabían muy bien lo que Paladyr había hecho y no pocos anhelaban con pasión ver saldada la deuda de sangre. Tegid miró al prisionero fríamente, empuñando la vara como un guerrero empuñaría la espada.

-Compareces ante el tribunal de justicia de Llew Mano de Plata, *Aird Righ* de Albión -dijo con una autoridad que restalló como un latigazo-. Hoy caerá sobre ti el peso de la justicia, que durante tanto tiempo has eludido.

Al oír que Tegid utilizaba el término de Soberano Rey, Paladyr nos dirigió una rápida mirada, primero al bardo, luego a mí; me pareció que en los ojos del en otro tiempo paladín de Prydain aparecía por primera vez un destello de algo parecido al miedo. ¿O era otra cosa?

El Bardo Supremo, actuando en mi nombre, continuó con voz grave y firme:

-¿Quién tiene alguna acusación contra este hombre?

Algunas mujeres, las madres de los niños asfixiados, gritaron al unísono, y otras, las viudas de los guerreros muertos, sumaron sus voces al coro acusador.

-¡Asesino! -gritaban unas-. ¡Yo lo acuso! ¡Mató a mi hijo!

-¡Mató a mi marido! -añadían otras.

Tegid dejó que los gritos se prolongaran un rato y luego impuso silencio.

-Hemos escuchado vuestras acusaciones -dijo- ¿Alguien más lo acusa?

Scatha, con voz fría y cortante como la espada que pendía en su costado, dio un paso al frente.

-Yo lo acuso de la muerte de mi hija Gwenllian, *banfáith* de Ynys Sci. Yo lo acuso de la muerte de mi hija Govan, *gwyddon* de Ynis Sci.

Pronunció estas palabras con gélida claridad e impresionante dignidad, e intuí que se las había repetido incontables veces, esperando que llegara aquel día.

Luego habló Bran Bresal avanzando junto a Scatha.

-Yo lo acuso de robar el Tesoro de Albión y de matar a los hombres que lo custodiaban.

Dando un paso al frente, Cynan exclamó:

-Yo lo acuso de haber originado el incendio que arrebató la vida a mi padre y a otros inocentes, hombres, mujeres y niños.

Su voz cortaba como un cuchillo y la atmósfera se cargó de reprimida cólera; sus palabras levantaron un tenso murmullo y Tegid esperó unos instantes a que cesara. Luego impuso de nuevo silencio.

-Hemos oído vuestras acusaciones. Por tercera y última vez: ¿alguien más lo acusa?

Como nadie más hizo amago de responder, me puse en pie. No sabía si era propio de un rey hablar de aquel modo, pero no me importó. Tenía acusaciones mucho más graves que las de los demás y deseaba que

fueran oídas.

-Yo también lo acuso -dije señalando con el dedo el rostro de Paladyr-. Estoy convencido de que tú, con la ayuda de otros que ya están muertos, buscaste y mataste al *Phantarch,* con lo cual desataste la destrucción de Prydain.

Mi revelación levantó un tenebroso y amenazador murmullo entre la abarrotada concurrencia.

-Sin embargo -continué-, como no tengo pruebas de tu participación en tan aborrecible crimen, no puedo acusarte.

Alcé mi mano de plata y lo señalé con el dedo.

-Pero con mis propios ojos vi cómo matabas a Meldryn Mawr, que ostentaba la soberanía antes que yo. Con simulado arrepentimiento arrebataste la vida del Soberano Rey. Por tal acción te acuso de traición y muerte.

Me senté de nuevo. Tegid alzó despacio por tres veces su vara.

-Acabamos de oír graves acusaciones contra ti, Paladyr. Acabamos de oír que con tus propias manos mataste a nuestro rey, a Meldryn Mawr. Acabamos de oír que asesinaste a Gwenllian, la *banfáith* de Ynys Sci, y violaste el ancestral *geas* de protección a que tenían derecho todos cuantos se refugiaban en aquel reino. Tramaste robar el Tesoro de Albión, utilizando las llamas para ocultar tu crimen, llamas que causaron la muerte a una veintena de personas, hombres, mujeres y niños. Para hacerte con el tesoro mataste a los centinelas que lo custodiaban y con sigilo te lo llevaste de Dinas Dwr.

El Bardo Supremo continuó hablando, con una voz hiriente como un latigazo que resonaba en el techo de troncos.

-Una y otra vez has traicionado a tu pueblo y has pagado lealtad con alevosía: has traicionado a los que habías jurado proteger con tu vida. Buscaste premeditadamente ganancias al servicio de un falso rey; vendiste tu honor por promesas de riqueza y rango, y concentraste tu fuerza al servicio del mal. Por todas estas perversas acciones tu nombre suena como una blasfemia en boca de los hombres.

Cuando hubo acabado de hablar, nadie se movió, nadie emitió el menor sonido. El pueblo permanecía inmóvil, enmudecido ante la magnitud de los crímenes de Paladyr. Sin embargo, el prisionero parecía vagamente contrito, pero en modo alguno preocupado por su suerte. Permanecía con los ojos bajos, como si centrara toda su atención en el dibujo del suelo. Supuse que desde hacía mucho se había hecho a la idea de las consecuencias que podría acarrearle su perversidad.

-Por todos esos crímenes, y también por los que cometiste a las órdenes del Salvaje Sabueso, te condenamos -declaró Tegid-. ¿Tienes algo que decir antes de escuchar la sentencia del rey?

Paladyr seguía inmóvil; creí que no iba a hablar. Pero lentamente alzó la cabeza y miró a Tegid. Arrogante hasta el fin, dijo:

-He oído tus palabras, bardo. Me condenáis y estáis en vuestro derecho. No voy a negároslo.

Sus ojos se posaron en mí y sentí que se me revolvían las tripas de recelo. Mirándome fijamente, Paladyr dijo:

-Pero ahora vamos a ver si realmente estoy en presencia del Soberano

Rey de Albión. Si así es, que demuestre la dignidad real que ostenta. Escúchame bien: solicito *naud.*

Durante unos instantes sus palabras resonaron en el silencio del salón. La cara de Tegid palideció. Las miradas de todos se clavaron en el postrado Paladyr con mudo y atónito asombro. Sin dar crédito a lo que todos habíamos oído, Tegid dijo:

-¿Que solicitas *naud*?

Envalentonado por el efecto que había producido su petición, Paladyr se puso en pie.

-Comparezco condenado ante el rey. Por lo tanto, solicito *naud* por mis crímenes. Concédemelo si es tu deseo.

-¡No! -gritó alguien.

Alcé los ojos y vi que Scatha se tambaleaba, como herida por una lanza. Ella gritó de nuevo y Bran, que estaba a su lado, la abrazó, no sé si para consolarla o para impedirle que atacara a Paladyr.

-¡No! ¡No puede ser! -gritó con el rostro contraído por la cólera.

Cynan, con los puños apretados, dio un paso al frente resollando como un toro. Drustwn, Niall y Garanaw lo contuvieron e impidieron que saltara al cuello del prisionero. La multitud comenzó a agitarse peligrosamente, pidiendo a gritos la muerte de Paladyr.

Con gesto enérgico y severo, Tegid les gritó:

-¡Silencio! Hay que guardar silencio ante el trono.

Los Cuervos se encargaron de contener a la multitud y poco después cedió la tensión. Cuando se hubo restaurado el orden, el Bardo Supremo se volvió hacia mí, visiblemente trastornado y se inclinó para intercambiar consultas.

-Voy a negárselo -dije.

-No puedes -replicó; aunque atónito y consternado era capaz de pensar con más claridad que yo.

-No me importa. No voy a permitir que se salga de ésta.

-No te queda otro remedio -apuntó él simplemente-. No tienes elección.

-Pero ¿por qué? -le espeté con desesperación-. No lo entiendo, Tegid. Debe de haber algo que podamos hacer.

Sacudió la cabeza gravemente.

-No hay nada que podamos hacer. Paladyr ha solicitado *naud* y debes concedérselo -explicó-, o la Soberanía de Albión estará en manos de un alevoso asesino.

Lo que Tegid decía era cierto, literalmente hablando. La solicitud de *naud* era en parte una apelación de clemencia, como si uno se acogiera a la misericordia del tribunal. Pero era algo más, porque iba más allá de la justicia, trascendía lo lícito y lo ilícito y apuntaba a la mismísima esencia de la soberanía.

Al solicitar *naud,* el culpable no sólo invocaba a la misericordia del rey, sino que prácticamente trasladaba la responsabilidad de su crimen al propio rey. El rey, desde luego, podía elegir; podía conceder o denegar la petición. Si la concedía, el crimen quedaba borrado: el castigo que la justicia exigía, lo satisfaría la misma justicia. Naturalmente, sólo el rey podía conciliarse consigo mismo.

Si el rey, sin embargo, denegaba la petición, el culpable tenía que enfrentarse al castigo decretado por la justicia. Era una elección fácil, podría pensarse; pero al negarse a conceder *naud,* el rey prácticamente se declaraba inferior al criminal. Ningún rey merecedor de tal nombre desearía humillarse de esa forma, ni permitir que la dignidad real quedara degradada.

Considerada desde una apropiada perspectiva, esa aparente falta de lógica era curiosamente lúcida. En Albión, la justicia no es un concepto abstracto que se dispensa con el castigo del crimen. Para el pueblo de Albión la justicia tiene un rostro humano. Si la palabra del rey es ley para todos los que se acogen a su protección, entonces el rey se convierte para su pueblo en la mismísima justicia; el rey es la encarnación de la justicia.

Tan peculiar concepción de la justicia significa que el culpable puede hacer recaer en el rey una petición que él no tiene derecho a hacer. Y, una vez hecha, le corresponde al rey, como encarnación de la justicia, demostrar su integridad. La justicia, así pues, está limitada sólo por la idiosincrasia del rey; es decir, la justicia está limitada sólo por la personal concepción que el rey tenga de sí mismo como rey.

Así pues, en la petición de *naud* subyace esta cuestión: ¿cuánta es la grandeza del rey?

Paladyr había intuido correctamente la cuestión y había decidido plantearla. Si yo denegaba su petición, sería equivalente a admitir que la amplitud y poder de mi soberanía estaban restringidos. Aún más, todos conocerían con precisión los límites de mi autoridad.

En cambio, si concedía a Paladyr su petición de *naud,* me mostraría más grande que sus crímenes, por encima de ellos, pues mi soberanía podía extenderse incluso más allá que los delitos de Paladyr, lo cual significaba que era, sin duda, un gran rey. Como *Aird Righ*, mi poder soberano y mi autoridad serían considerados poco menos que infinitos.

¡Oh! ¡Pero era algo muy duro! En esencia, se me había pedido que absorbiera en mí mismo aquellos crímenes. Si lo hacía, un hombre culpable quedaría libre.

Tegid, con el entrecejo fruncido, me miraba fijamente como si yo fuera el culpable de su irritación.

-Bueno, Mano de Plata, ¿qué decides?

Miré a Paladyr. Sus crímenes reclamaban a gritos un duro castigo. Sin duda, nunca un hombre se había hecho tan merecedor de la muerte como él.

-Le concederé *naud*- dije, sintiéndome como si hubiera recibido una patada en el vientre-. Pero -me apresuré a añadir-, ¿me está permitido establecer condiciones?

-Puedes dictar medidas para proteger a tu pueblo -fue la cautelosa respuesta del bardo-. Nada más.

-Muy bien, lo enviaremos a algún lugar donde no pueda causar daño a nadie. ¿Existe un lugar así?

Los ojos de Tegid se entrecerraron en silenciosa aprobación.

-Tir Aflan -respondió.

-¿La Tierra Maldita? ¿Dónde está? -pregunté, pues en todo el tiempo que llevaba en Albión apenas había oído nombrarla.

-Al este, al otro lado del mar -me explicó el bardo-. Para los naturales de Albión es un lugar triste y desolado. Puede que Paladyr prefiera antes la muerte -añadió esbozando una sonrisa.

-Que así sea. Mi sentencia es ésta: lo destierro a Tir Aflan y ojalá se pudra allá de tristeza.

Tegid se enderezó y se dio la vuelta para dirigirse al prisionero. Alzó la vara y la dejó caer con estrépito.

-Escucha la sentencia del rey -salmodió-. Has solicitado *naud* y se te concede.

Sus palabras causaron general consternación. El salón estalló en gritos; algunos protestaban abiertamente contra mi decisión, otros sollozaban en silencio. Tegid alzó la vara e impuso silencio antes de continuar.

-Es voluntad del rey, para proteger al pueblo de Albión, desterrarte de todas las tierras sujetas a su autoridad.

La expresión de Paladyr se ensombreció. Probablemente no contaba con aquel detalle. Lo vi calcular mentalmente sus implicaciones. Luego se irguió y preguntó:

-Si todas las tierras están sujetas a tu autoridad, ¿dónde se supone que debo ir?

Una buena pregunta, que demostraba su inteligencia. Si yo era el Soberano Rey, toda Albión estaba bajo mi autoridad. Ciertamente, no había un lugar en la isla de la Fuerza ni en ninguna de sus islas hermanas adonde pudiera ir. Pero Tegid tenía preparada la respuesta.

-Irás a Tir Aflan -replicó con firmeza-. Y te quedarás a vivir donde encuentres hombres que te reciban. Entérate bien: desde el mismísimo día en que pongas tu pie en Tir Aflan, tu vuelta a Albión te acarreará la muerte.

Paladyr aceptó su destino con gélida dignidad. Sin una palabra más, fue escoltado fuera del palacio por Bran y los Cuervos. Tegid dio por concluido el *llys* y la gente comenzó a abandonar el salón en silencio, con los corazones destrozados.

8

EL CYLCHEDD

Al día siguiente, al rayar el alba, los Cuervos y unos cuantos guerreros más abandonaron Dinas Dwr para escoltar a Paladyr hacia la costa este, donde sería embarcado para cruzar Mor Glasel y abandonado en los devastados confines de Tir Aflan. Cynan, sombrío e irritado, emprendió la marcha pocas horas después para regresar a Dun Cruach. Fue una despedida muy triste.

En los días que siguieron fueron avanzando las obras de restauración del *caer.* Se talaron árboles y fueron arrastrados desde los límites del bosque hasta la orilla del lago, donde fueron podados y pulidos para reparar los tejados y el muro. También se cortaron para los techos gran cantidad de juncos, que fueron extendidos sobre las rocas para secar. Se retiraron los troncos quemados y se alisó la tierra para construir nuevas viviendas y almacenes; se transportaron carretadas y carretadas de ceniza al otro lado del lago para abonar los campos. Me habría gustado contemplar la finalización de las obras, pues la simple vista de las ruinas requemadas me dolía como una herida, y cuanto antes acabara la reconstrucción de Dinas Dwr antes cesaría mi dolor. Pero Tegid tenía otros planes.

Una noche, durante la cena, después de que los Cuervos hubieran regresado de escoltar a Paladyr, el bardo se levantó y se colocó ante la chimenea. Todos supusieron que iba a cantar algo y comenzaron a vocear los títulos de las canciones que deseaban oír.

-*¡Los hijos de Llyr!* -gritó alguien.

-*¡El corcel rojo de Rhydderch!* -gritó otro, ante la aprobación general.

-*¡La venganza de Gruagach!* -terció otra voz, que fue acallada con silbidos.

Tegid se limitó a sacudir la cabeza y anunció que no podía cantar ni aquella noche ni ninguna otra.

-¿Por qué? -preguntó alguien-. ¿Cómo es que no puedes cantar?

El astuto bardo respondió:

-¿Cómo voy a cantar si los Tres Hermosos Reinos de Albión permanecen separados unos de otros, sin un rey que establezca la armonía entre las tribus?

Inclinándome hacia Goewyn le susurré:

-Me huele a gato encerrado.

Entonces, dirigiéndose a mí, el bardo declaró que como *Aird Righ* que era, a buen seguro entraba en mis planes con indiscutible prioridad recorrer mis tierras y establecer mi gobierno en todo el reino.

-A decir verdad -repuse en tono ligero-, tarde o temprano se me habría ocurrido tal idea.

Luego me incliné hacia Goewyn y susurré:

-Ya te lo decía.

-Y puesto que eres el Soberano Rey -anunció Tegid blandiendo orgullosamente su vara-, extenderás la gloria de tu reino a cuantos se acojan bajo la protección de tu Mano de Plata. Por tanto, el *Cylchedd* que proyectas deberá incluir todas las tierras de los Tres Hermosos Reinos para que Caledon, Prydain y Llogres se sometan a tu soberana autoridad, pues todos deben reconocerte como rey y tú debes recibir los honores y el tributo de toda la isla de la Fuerza.

Sus palabras cogieron a todos por sorpresa. A mí también, pero mientras el bardo hablaba comencé a entrever la lógica que se escondía tras su pomposo tono. Una tarea tan importante requería un cierto ceremonial y el pueblo de Dinas Dwr no tardó en comprender el significado del discurso de Tegid.

No era la primera vez, desde luego, que el Bardo Supremo hacía referencia al título de *Aird Righ.* Sin embargo, una cosa era usarlo en Dinas Dwr, entre mi propio pueblo, y otra muy distinta proclamarlo al mundo que se extendía más allá del protector risco de Druim Vran.

La concurrencia rompió en murmullos.

-¡Aird Righ! ¡Llew Mano de Plata es el Soberano Rey! -decían-. ¿Lo habéis oído? ¡El Bardo Supremo lo ha proclamado *Aird Righ*!

Tras la proclamación de Tegid se escondía una poderosa razón: estaba ansioso por establecer la Soberanía de Albión fuera de toda duda. A mí me parecía una ambiciosa aventura. Además, me habría gustado que me previniera. Hablando sin tapujos, yo no compartía el entusiasmo de Tegid por la Soberana Realeza, lo cual, sin duda, era el motivo de que hubiese anunciado el *Cylchedd* como acababa de hacer.

Cualesquiera que fuesen mis recelos, Bran y los Cuervos, y también los demás guerreros, aprobaron las palabras de Tegid con ruidoso entusiasmo. Entrechocaron las copas y golpearon las mesas con las manos, organizando tal algarabía que al bardo le costó un buen rato retomar el discurso.

El *penderwydd,* con una sonrisa de autosatisfacción, contemplaba la conmoción que había causado. Sentí en mi cuello una mano fría y alcé la mirada. Goewyn estaba de pie junto a mí.

-No es ni más ni menos que lo que te corresponde por derecho -me susurró al oído con cálido aliento.

Cuando el tumulto se hubo apaciguado, Tegid continuó explicando que el recorrido comenzaría en Dinas Dwr con una asamblea a la que asistiría todo el pueblo. Luego, cuando los preparativos estuvieran a punto, emprenderíamos un largo viaje por toda Albión.

Tegid tenía un montón de cosas que decir, y lo cierto es que las decía muy bien. Yo lo escuchaba un poco distraído y me preguntaba si, como él pretendía, el viaje duraría un año y un día, estimación que yo consideraba más bien una licencia poética que un cálculo acurado. Por lo que decía, colegí que no iba a ser un viaje rápido ni fácil, y pronto me sorprendí a mí mismo planeando los detalles mientras el bardo seguía hablando.

-Escucha, bardo -le dije en la primera ocasión en que nos encontramos a solas-, estoy dispuesto a realizar el *Cylchedd,* pero deberías haberme prevenido de que ibas a anunciarlo.

Tegid se levantó muy tenso.

-¿Estás disgustado?

-Oh, siéntate, Tegid. No estoy enfadado. Sólo quiero saber por qué lo hiciste de este modo.

El bardo se relajó y volvió a sentarse. Estábamos en mi cabaña; desde mi boda con Goewyn yo prefería la tranquilidad de mi modesta casa de una habitación, al bullicio del concurrido palacio.

-Tu dignidad real debe ser proclamada ante el pueblo -dijo con toda sencillez-. Cuando un nuevo rey sube al trono, es tradición que realice un *Cylchedd* por sus tierras. Además, como *Aird Righ,* es necesario que te ganes la fidelidad de otros reyes y pueblos además de la de tus propios capitanes y clanes.

-Lo comprendo. ¿Cuándo nos marcharemos de Dinas Dwr?

-Tan pronto como todo esté dispuesto.

-¿Cuánto tiempo llevarán los preparativos? ¿Un par de días? ¿Tres o cuatro?

-No mucho más. -Hizo una pausa y me miró con expresión ilusionada-. Será algo magnífico, hermano. Estableceremos el honor de tu nombre y aumentaremos tu fama por toda Albión.

-¿No has pensado en que algunos bastardos de la horda de Meldron pueden estar rondando por esos mundos? Seguramente no se mostrarán demasiado conformes contigo.

-Razón de más para que emprendamos cuanto antes el *Cylchedd.* Podremos convencer a cuantos no lo estén todavía. Nos acompañarán los guerreros.

-¿De verdad durará un ano el viaje? Soy un recién casado, Tegid, y abrigaba la esperanza de poder quedarme en mi casa un tiempo.

-Goewyn nos acompañará -se apresuró a contestar-, y todos los que tú quieras. Cuanto mayor sea la comitiva, mayor estima ganarás a los ojos de tu pueblo.

Comprendí que Tegid concebía el viaje como una demostración de pompa y poder.

-Va a ser una enorme tarea -musité.

-¡Desde luego! -declaró con orgullo-. No se habrá visto nada igual en Albión desde los tiempos de Deorthac Varvawc.

Colegí que aquello suponía para él mucho más de lo que dejaba entrever. Bien, me dije, dejemos que se salga con la suya. Después de todo lo que había sufrido con Meldron, se lo tenía bien ganado. Quizá los dos nos lo habíamos ganado.

-¿Deorthach Varvawc? -repetí-. ¿Quién podría olvidar un nombre como ése?

Los preparativos se llevaron a cabo con toda urgencia. Cuatro días más tarde contemplé una impresionante comitiva de carros, carretas y caballos. Parecía como si toda la población de Dinas Dwr planeara emprender el viaje con nosotros. Era de esperar, sin embargo, que algunos se quedarían para cuidar los campos y ocuparse de la reconstrucción del *crannog.* Por muy apetecible que fuera viajar por Albión, había también que recoger las cosechas y cuidar del ganado y alguien tenía que hacerlo,

desde luego.

Al final se decidió que Calbha permanecería en Dinas Dwr durante nuestra ausencia. Meldron había destruido la fortaleza del rey de los cruinos en Blar Cadlys, así que Calbha tardaría aún bastante tiempo en hacer acopio de víveres, herramientas y provisiones. Por eso él mismo decidió quedarse. Aunque le hubiera gustado mucho acompañarnos, consideró que debía emplear todo su tiempo en velar por el bienestar de su pueblo.

También Scatha decidió permanecer, pues estaba entrenando a muchos jóvenes guerreros. Tres Cuervos se quedarían para ayudarla y también algunos guerreros más para proteger Dinas Dwr.

La víspera de la partida, Tegid convocó al pueblo a palacio. Cuando todos se hubieron reunido, ocupé mi trono y, al mirar todos aquellos esperanzados rostros fijos en mí, sentí sobre mis espaldas -y no por primera vez- la pesada carga de la responsabilidad. Habría sido abrumador si no hubiera sentido igualmente la fuerza de la tradición, para ayudarme a sobrellevar la carga, puesto que otros la habían llevado antes que yo y su legitimidad latía en el mismísimo espíritu de la soberanía.

Sentado en el trono de asta se me ocurrió de pronto que podía ser rey, incluso Soberano Rey, no porque supiera algo acerca de cómo serlo, ni mucho menos porque lo mereciera más que otros, sino porque el pueblo creía en mi dignidad real. Es decir, el pueblo creía en la soberanía y, animado por tal fe, deseaba contagiarme su convicción.

Quizás el Bardo Supremo ostentaba el poder de conferir o negar la dignidad real, pero tal poder derivaba del pueblo. «Un rey es un rey -acostumbraba decir Tegid-, pero un bardo es el corazón y el alma del pueblo; es su vida hecha canción, la lámpara que guía sus pasos por los senderos del destino. Un bardo es el espíritu y la esencia del clan; es el eslabón, la cuerda de oro que une las sucesivas generaciones del clan y enlaza los tiempos pasados con los que están aún por venir.»

Por fin comenzaba a vislumbrar la esencia fundamental de Albión. Comprendía, también, los mortales designios de Simon: al atacar la soberanía había herido el mismísimo corazón de Albión. Si hubiera conseguido matar de raíz la dignidad real, Albión habría dejado de existir.

-Mañana -anunció el Bardo Supremo-, Llew Mano de Plata abandonará Dinas Dwr para llevar a cabo el *Cylchedd* de sus tierras y recibir el homenaje de sus reyes hermanos y de las tribus de los Tres Hermosos Reinos. Sin embargo, antes de que se gane la estima de los demás, corresponde a su propio pueblo jurarle fidelidad y honrarlo.

Tegid alzó la vara y dio tres golpes en el suelo. Llamó luego a los capitanes, tanto reyes como nobles o guerreros, para que me rindieran homenaje y pronunciaran el juramento de fidelidad. Yo debía simplemente recibir sus votos y garantizarles como rey mi protección. Cuando cada uno de los capitanes había acabado de pronunciar su juramento, se arrodillaba ante mí y apoyaba la cabeza en mi pecho en señal de sumisión y amor.

Empezando por Bran Bresal, uno tras otro fueron desfilando ante mí: Alun, Garanaw, Emyr, Drustwn, Niall, Scatha, Calbha. Luego siguieron otros que habían llegado a Dinas Dwr durante las depredaciones de

Meldron y por último los que se habían rendido ante el Salvaje Sabueso. Recibir el homenaje de estos últimos me conmovió profundamente. Sus juramentos los ataban a mí, y también me ataban a mí con ellos.

Cuando la ceremonia hubo terminado, yo era más que nunca el rey..., y estaba más deseoso que nunca de volver a ver las tierras de Albión.

Cruzamos Druim Vran mientras el sol se levantaba tras las montañas circundantes. Cuando comenzamos a descender del risco, me detuve a mirar atrás y vi que los últimos carros se ponían en marcha desde la orilla del lago.

Si, tal como había sugerido Tegid, la envergadura de la comitiva incrementaba la estima de un rey, la mía estaba ciertamente centuplicada. Había dieciséis carros cargados de víveres y aprovisionamientos, ganado -una verdadera despensa viviente- y caballos extra para el centenar de hombres y mujeres que trabajaban como cocineros, servicio de campamento, guerreros, mensajeros, cazadores y despenseros. Al frente de la comitiva iban mis jefes Cuervos: Bran Bresal, Emyr Lydaw con el *carynx* de batalla, y Alun Tringad, montados en poderosos corceles. Luego iba el *penderwydd* de Albión con sus *mabinogi* y detrás Goewyn, sobre un caballo bayo, y yo sobre un ruano. Nos seguía el grueso de los guerreros y por último una interminable hilera de carros.

El valle que se extendía ante nosotros estaba bañado de luz y relucía como una esmeralda; se me alegraba el alma ante la perspectiva de viajar por aquellas extraordinarias tierras, sobre todo en compañía de Goewyn y de mis amigos. Había olvidado cuán hermosa era Albión. Resplandecía de luz y color: los variados tonos verdes de las boscosas cañadas, el moteado y delicado verdor de los brezales, el brillante azul del despejado cielo, la reluciente plata del agua, el fulgor dorado del sol.

En mis correrías había recorrido aquellas tierras en varias ocasiones, pero todavía tenían el poder de sorprenderme. Un destello de blancos abedules destacándose contra el lustroso verde del acebo, o las sombras de nubes azuladas deslizándose por las distantes laderas me dejaban boquiabierto de admiración. Era una maravilla, sobre todo considerando que Albión había soportado la devastación del fuego y la sequía durante un invierno sin fin. La tierra había sufrido la devastación de Nudd y su horda demoníaca y luego las depredaciones de Meldron, el Salvaje Sabueso. Y pese a todo parecía renacida.

Sin duda, un invisible agente había trabajado infatigablemente para llevar a cabo una constante renovación de la tierra, porque no había por ningún lado rastro de desolación, ni cicatrices, ni señales visibles de las torturas tan recientemente sufridas. Quizás el esplendor de aquellos parajes se renovaba sin cesar, o quizás Albión, de alguna forma, era recreada en cada alborada, pues parecía que árboles, colinas, arroyos y piedras acababan de surgir de la más pura y vivificante exuberancia.

Al cabo de dos días de viaje me sentía un hombre embelesado ante la existencia, pero no sólo de sí mismo sino del universo entero. Mi arrobamiento se extendía a la luna, a las estrellas y a la bóveda oscura que se cernía más allá aún. Si hubiera sido un bardo, habría cantado el

vértigo que sentía.

A medida que avanzaba el viaje, iba aumentando mi sensibilidad ante la belleza de la tierra que me rodeaba. Comencé a percibir la gloria sutil que irradiaba de cada una de las formas que captaban mis ojos: cada rama, cada hoja, cada brizna de hierba me asombraba con su inefable grandiosidad y majestad. Me parecía que el mundo que veía ante mí era la mera manifestación de una realidad vastamente poderosa y profundamente esencial que existía más allá de la vista. No podía percibir esa velada realidad directamente, pero sí sus efectos. Todo lo que esa realidad tocaba, vibraba como una cuerda del arpa de Tegid. Me parecía que si escuchaba con todos mis sentidos podría oír el murmullo de su celestial vibración. A veces imaginaba que la oía, como el eco de una canción detenida en el umbral del oído. No podía oír la melodía, sólo su eco.

El motivo de mi deleite se debía en parte a Goewyn. Estaba tan enamorado que junto a ella hasta las mismas mazmorras de Nudd me habrían parecido un paraíso. Mientras viajábamos a través del resucitado esplendor de Albión comencé a darme cuenta de que ahora contemplaba el mundo con ojos diferentes. Ya no era un transeúnte, un intruso que visitaba un mundo que no era el suyo; ahora pertenecía a aquel mundo. Albión *era* mi hogar. Había tomado por esposa a una mujer del Otro Mundo. Ya no era un extraño; era el rey. Era el *Aird Righ*. ¿Quién si no el rey iba a pertenecer a Albión?

El rey y la tierra estaban unidos de forma íntima y misteriosa. No de una forma abstracta y filosófica, sino concreta y física. La relación del rey con la tierra era la misma que la del hombre con la vida; el pueblo de Albión la consideraba incluso como un matrimonio. Y ahora que era un hombre casado, comenzaba a entenderlo, mejor dicho, a *sentirlo:* el concepto estaba aún lejos de mi comprensión lógica, pero podía discernirlo como si tomara forma en mi carne y en mis huesos; podía percibir una ancestral y primaria verdad que aún no podía verbalizar.

De este modo, el *Cylchedd* comenzó a convertirse en un peregrinaje, en un viaje de una inmensa y espiritual trascendencia. Quizá no comprendía del todo su significado, y mucho menos el de sus aún más etéreas implicaciones; pero podía experimentar su inexorable e ineludible poder, como si de la gravedad se tratara. Y en modo alguno lo sentía como una carga; en otras palabras, sabía que de ahora en adelante me acompañaría siempre, como un alma envuelta en carne.

Durante el día viajábamos por parajes que la luz del sol hacía sublimes; un sol que impartía un esplendor casi luminoso a cuanto tocaba y creaba por doquier resplandecientes horizontes y brillantes panoramas. Por la noche, acampábamos bajo un impresionante cielo recamado de estrellas y nos dormíamos con el relajante sonido del arpa resonando en nuestros oídos.

Así llegamos a nuestro primer destino: Gwynder Gwydd, un poblado del clan de los fotlae, en Llogres. Casualmente, entre los nuestros había algunos fotlae, que estaban ansiosos por comprobar si sus parientes habían sobrevivido.

Acampamos en un prado al pie de un menhir llamado Carwden, el

Hombre Encorvado, que los fotlae utilizaban como punto de reunión. Un arroyo corría por el prado rodeado por bosques de árboles jóvenes. Tan pronto como las tiendas estuvieron levantadas, Tegid envió a la Bandada de Cuervos como mensajeros por toda la región, y los demás nos dispusimos a esperar.

Llevábamos con nosotros mi trono de asta, y Tegid ordenó que se levantara un pequeño montículo ante el Carwden para colocar encima el trono. A la mañana siguiente, siguiendo los consejos de Tegid, Goewyn y yo nos engalanamos con nuestras mejores vestimentas. Goewyn se puso una túnica blanca, con el cinturón de escamas de oro de Meldryn Mawr que yo le había regalado, y un manto azul cielo; yo me atavié con un manto rojo orlado de oro, un *siarc* verde y unos *breecs* azules. Me puse un cinturón de enormes discos de oro, un broche y mi torque de oro. Goewyn tuvo que ayudarme con el broche, pues yo me había acostumbrado a manejarme sin la mano derecha, pero aún no me había habituado a mi mano de plata.

Goewyn me puso el broche y retrocedió unos pasos para examinar mi aspecto con ojo crítico. No le gustó la forma en que había dispuesto los pliegues de mi manto, así que me lo ajustó de nuevo.

-¿Todo en orden? -pregunté.

-Si hubiera sabido que ibas a convertirte en un rey tan apuesto, me habría casado contigo hace mucho tiempo -repuso echándome los brazos al cuello y besándome.

Al sentir la tibieza de su cuerpo, me embargó un repentino deseo. La estreché fuertemente... y en aquel preciso instante sonó el *carynx.*

-Los horarios de Tegid son implacables -murmuré.

-El día es aún joven, amor mío -susurró ella irguiéndose-. Pero tu pueblo aguarda. Debes disponerte a recibirlos.

Salimos de la tienda y vimos que un considerable tropel de personas atravesaban el prado y se dirigían hacia el Carwden. Eran los habitantes de Gwynder Gwydd y de los poblados vecinos; unos sesenta hombres y mujeres, todo lo que quedaba de cuatro o cinco tribus. Los fotlae que estaban con nosotros se alegraron de volver a ver a sus compatriotas, y los recibieron con tan ruidosos gritos y aplausos que pasó un buen rato antes de que pudiera empezar el *llys.* Tegid ordenó a Emyr que hiciera sonar el *carynx* otra vez y el bramido del cuerno de batalla indicó el comienzo de la asamblea. Goewyn y yo avanzamos hacia el montículo y ocupamos nuestros puestos: yo en el trono y ella a mi lado donde todos pudieran verla, pues Tegid deseaba que todos la reconocieran y honraran como a su reina.

El pueblo de Gwynder Gwydd, deseoso de admirar al nuevo rey y a la encantadora reina, se apiñó en torno al montículo para no perderse detalle. Eso me dio la oportunidad de observarlos detenidamente. Era evidente que habían soportado muchos padecimientos. Algunos estaban mutilados, otros tenían cicatrices de palizas y torturas, y pese a la renovación experimentada por la tierra, todos estaban demacrados por el sufrimiento y la falta de alimentos. Se habían vestido con sus mejores ropas, que eran poco más que limpios y remendados andrajos. Meldron había exigido un alto precio por su reinado, y ellos habían tenido que

pagarlo.

El Bardo Supremo procedió con el rito habitual, proclamando ante todos el extraordinario suceso que había ocurrido. Un nuevo Soberano Rey había aparecido en Albión y estaba haciendo un *Cylchedd* por su reino para establecer su gobierno, etcétera.

Los rostros de los fotlae parecían esperanzados aunque no totalmente convencidos; era la expresión típica de la gente acostumbrada a que la engañen y mientan constantemente. Su actitud era respetuosa y parecían deseosos de creer, pero sólo con verme no podían sentirse seguros. Muy bien, pensé, tendré que ganarme su confianza.

Así que, cuando Tegid hubo acabado, me levanté.

-Os doy la bienvenida, amado pueblo -dije alzando las manos.

El sol se reflejó en mi mano de plata que brilló como fuego. Aquello causó sensación y todos miraron boquiabiertos mi apéndice de metal. La sostuve en alto y doblé los dedos; ante mi sorpresa todos se dejaron caer al suelo de bruces.

-¿Qué les pasa? -le susurré a Tegid, que se había reunido conmigo en el montículo.

-Sienten pavor de tu mano, creo -repuso el bardo.

-Bueno, haz algo, Tegid. Diles que soy portador de paz y buenos deseos..., tú sabes qué decir. Házselo entender.

-Se lo diré -replicó con astucia Tegid-. Pero sólo tú eres capaz de hacérselo entender.

El Bardo Supremo alzó la vara y explicó a la asustada concurrencia lo hermoso que era reverenciar al rey y rendirle sincero respeto. Les dijo cuán satisfecho me sentía yo de recibir el regalo de su homenaje y que, ahora que Meldron había sido derrotado, no tenían nada que temer porque el nuevo rey no era un despiadado tirano.

-Dales una vaca -susurré cuando hubo terminado-. Dos vacas. Y un buey.

Tegid alzó las cejas.

-Eres tú quien debe recibir sus regalos.

-¿Sus regalos? Míralos, no tienen absolutamente nada.

-Son ellos los que deben...

-Dos vacas y un buey, Tegid. Ya me has oído -lo interrumpí.

El bardo se acercó a Alun y le susurró unas palabras al oído. El Cuervo asintió y se alejó a toda prisa. Entonces el bardo se dirigió a la gente y les ordenó que se levantaran. El rey sabía lo que habían sufrido en el Día de la Lucha, les dijo, y había traído con él un regalo como prenda de su amistad y como símbolo de la prosperidad de la que gozarían de ahora en adelante.

Alun volvió con las cabezas de ganado.

-El rey os entrega de sus propios establos estos animales para que podáis formar un rebaño.

Luego les preguntó quién era su jefe, para que tomara posesión del ganado en nombre de la tribu.

Sus palabras provocaron en el grupo cierta consternación y uno de los hombres se apresuró a explicarnos:

-Mataron a nuestro señor y nuestro capitán se puso al servicio de

Meldron.

-Ya entiendo -dije-. Según parece también tenemos que darles un jefe -murmuré dirigiéndome a Tegid.

-Eso es fácil -repuso el bardo.

Alzando la vara, se dirigió a los fotlae y les dijo que el Soberano Rey tendría sumo placer en darles un nuevo señor que los gobernara y cuidara.

-¿Quién entre vosotros es digno de convertirse en el señor de los fotlae? -preguntó.

Ellos deliberaron unos momentos pronunciando distintas opiniones, pero por fin surgió un nombre con el que todos se mostraron satisfechos.

-¡Urddas! -gritaron-. ¡Que Urddas sea nuestro jefe!

Tegid me miró para que aprobara la elección.

-Muy bien -dije-. Que se adelante Urddas para que lo conozcamos.

La gente se apartó y una mujer delgada de cabellos negros se acercó al montículo, mientras nos observaba con profundos y sarcásticos ojos y una expresión de desafío en su delgado rostro.

-Tegid -dije conteniendo el aliento-, creo que el tal Urddas es una mujer.

-Posiblemente -replicó en un murmullo.

-Yo soy Urddas -dijo despejando toda duda, y echó una ojeada a Goewyn, que estaba disfrutando de nuestra momentánea confusión.

-¡Salud, Urddas, y bienvenida! -la saludó con cortesía Tegid-. Tu pueblo te ha nombrado su jefe. ¿Estás dispuesta a recibir el respeto de tu tribu?

-Así lo haré -repuso la mujer.

Sólo pronunció esas tres palabras, pero con tal autoridad que no me cupo la menor duda de que los fotlae habían escogido bien.

-No me resultará nuevo tal honor -añadió-, porque he estado dirigiendo el clan desde que su señor, mi esposo, fue asesinado por *Mór Cù.* Y si he sido nombrada de esta forma, es que me corresponde serlo por derecho.

Sus palabras fueron cortantes... ¿cómo no iban a serlo? Al fin y al cabo su clan había pasado por un verdadero infierno. Pero no era el rencor o el orgullo lo que la hacían hablar de aquel modo; creo que simplemente quería que nos enteráramos de cómo estaban las cosas entre ellos. Sin duda juzgó que las palabras directas y claras eran más adecuadas a su propósito que una afable ambigüedad. No debía de haber sido tarea fácil gobernar un clan bajo la cruel tiranía de Meldron.

-Entonces, aquí tienes a tu rey -le dijo Tegid-. ¿Reconocerás su soberanía, le jurarás lealtad y le pagarás el tributo debido? -le preguntó a continuación.

Urddas tardó en contestar; y creo que me habría sentido decepcionado si no hubiera sido así. Clavó sus fríos e irónicos ojos en mí como si le hubieran preguntado que tasara mi precio. Luego, aún indecisa, echó una mirada al ganado que yo había regalado a su clan.

-Lo reconoceré como rey -respondió al fin.

Noté que mientras contestaba miraba a Goewyn, como si cualquier falta que hubiera visto en mí quedara de sobra compensada por la reina.

Presumiblemente, si había podido cortejar y ganar una mujer de la distinción de Goewyn, quizás había en mí más de lo que a primera vista se podía apreciar.

Tegid le tomó juramento de lealtad y cuando lo hubo pronunciado, la mujer se me acercó, se arrodilló y posó su cabeza en mi pecho. Cuando volvió a alzarse, los fotlae rompieron en aclamaciones. Ella se apresuró a ordenar a unos jóvenes que se llevaran las vacas y el buey..., temerosa de que cambiara de opinión.

-Urddas -le dije cuando iba a retirarse-, me gustaría que me contaras cómo te las arreglaste en esos tiempos tan difíciles. Quédate después de que termine el *llys* y compartiremos una copa... o lo que más te plazca.

-Una copa con el *Aird Righ* me complacería mucho -respondió con franqueza.

Sólo entonces la vi sonreír. El color volvió a sus mejillas e irguió la cabeza con orgullo.

-Ha sido un hermoso detalle -me susurró Goewyn acariciándome ligeramente la nuca.

-Un insignificante consuelo por la pérdida de un esposo -dije yo-, pero al menos es algo.

Había aún muchos asuntos que arbitrar, casi todos derivados de los problemas que se habían multiplicado bajo el dominio de Meldron. Los solventamos con prudencia, con lo cual Tegid dio por concluido el *llys* y, después de tomar juramento de lealtad a las tribus reunidas, declaró al clan de los fotlae bajo la protección del *Aird Righ.* Para celebrar el pacto, los invitamos a un banquete y al día siguiente regresaron a Gwynder Gwydd bendiciendo el nombre del nuevo rey.

La misma escena se repitió en nuestro recorrido por el resto del territorio de Llogres. Desgraciadamente, algunos distritos o *cantrefs,* antes muy populosos, habían quedado inhabitables, abandonados o destruidos. Nuestros mensajeros cabalgaron por toda la región, visitando *caers,* fortalezas y recónditos lugares. Y cuando encontraban supervivientes -en Traeth Eur, Cilgwri, Aber Archan, Clyfar Cnûl, Ardudwy, Bryn Aryen- proclamaban la buena nueva: ¡Ha venido el Soberano Rey! Reunid a vuestro pueblo, decídselo a todos y acudid a la asamblea en la que dará la bienvenida a cuantos lo reconozcan como rey.

Los años de crueldad padecidos bajo el dominio de Meldron habían cambiado horriblemente a la gente. El hermoso pueblo de Albión había palidecido, enflaquecido; se habían convertido en ojerosos fantasmas. Se me desgarraba el corazón al ver la degradación de aquella noble raza. Pero encontraba cierto alivio en el hecho de que éramos capaces de salvar a muchos del terror y de la angustia tan largamente padecida. Ánimo, les decíamos, un nuevo rey gobierna Albión; ha venido a restablecer la justicia en esta tierra.

A medida que avanzaba el *Cylchedd,* todos nosotros, hombres y mujeres, nos convertíamos en entusiastas portadores de buenas nuevas. Las noticias eran recibidas por doquier con tal felicidad y gratitud que todos competían entre sí por llevar el mensaje, sólo para compartir la alegría que sembraba.

Mi principal placer consistía en ver cómo se transformaban los

rostros de los espectadores cuando por fin entendían que Meldron había muerto y que la hueste de sus guerreros había sido vencida. Casi podía ver cómo, al entender la verdad, la felicidad descendía sobre el pueblo como una nube resplandeciente. Vi cómo se erguían encorvadas espaldas y cómo miradas mortecinas volvían a la vida. Vi la esperanza y el coraje prender en cenizas apagadas y frías.

La Rueda del Año seguía rodando y las estaciones se iban sucediendo. Los días se habían acortado sensiblemente cuando acabamos el recorrido de Llogres y nos encaminamos a Caledon. Habíamos planeado invernar en Dun Cruach, antes de reanudar el *Cylchedd.* Yo quería volver a casa, pero Tegid dijo que no podía regresar a Dinas Dwr hasta haber completado el viaje.

-El recorrido no debe ser interrumpido -insistió.

De este modo, Cynan gozaría del placer de nuestra compañía durante *sollen,* la estación de las nieves.

9

ALBAN ARDDUAN

Llegamos a Dun Cruach cuando el tiempo empezaba a empeorar. Al atravesar las puertas de la muralla, llovía a cántaros y arreciaba el vendaval. Había sido un viaje agradable, pero estaba deseoso de abandonar las tiendas por el calor y la lumbre de un acogedor salón. Cynan y los galanaes nos franquearon las puertas y nos acogieron con entusiasmo.

-¡Llew! ¡Goewyn! -exclamó Cynan al tiempo que nos abrazaba-. *¡Mo anam!* Hace días que os esperábamos. ¿Os habéis perdido?

-¡Perdido! Goewyn, ¿lo has oído? Has de saber, Cynan Dos Torques, que yo personalmente he inspeccionado palmo a palmo todos los caminos, rutas y senderos de toda Llogres y de casi toda Caledon. Te lo juro, antes se perdería un ciervo en las cañadas que Llew Mano de Plata.

-Ah, Goewyn -suspiró Cynan y me di cuenta de que la tenía abrazada por la cintura-. ¿Por qué te casaste con un hombre tan malhumorado? Deberías haberte casado conmigo. Mira ahora lo que tienes que soportar.

Sacudió tristemente la cabeza y chasqueó la lengua. Goewyn lo besó en la mejilla.

-¡Ay, Cynan! -suspiró-. ¡Si lo hubiese sabido...!

-Hablas mucho de matrimonio -comenté-. ¿Estás tratando de decirnos algo?

El guerrero pareció súbitamente tímido.

-Ahora que lo dices, hermano, creo que he encontrado una mujer de mi agrado.

-Ya tienes media batalla ganada -repliqué yo-. Pero, vayamos al grano. ¿Qué le pareces tú a ella?

-Bueno -repuso Cynan con una reticencia rara en él-, hemos hablado y se muestra de acuerdo. Casualmente vamos a casarnos durante tu estancia aquí.

-En el solsticio, quizá -sugirió Tegid, que no se había perdido detalle-. Será un día muy favorable..., el *alban ardduan.*

-Bienvenido, *penderwydd* -lo saludó calurosamente Cynan tendiéndole los brazos y estrechándolo como a un hermano.

-¿Qué es eso del *alban ardduan*? -pregunté yo-. Jamás había oído ese nombre.

-Es -explicó despacio el bardo- el único solsticio en un milenio que coincide con una luna llena.

-Y -continuó Goewyn retomando la explicación de Tegid- se puede ver a la vez cómo se pone el sol y sale la luna. De este modo, en el día más oscuro del ano, la oscuridad es vencida.

Recordé con un estremecimiento que Goewyn, igual que sus hermanas, había sido en otro tiempo *banfáith* en el palacio de un rey.

Govan y Gwenllian habían muerto, y de las tres hermanas de Ynys Sci sólo sobrevivía Goewyn.

-Por eso -concluyó Tegid- es un día de buen agüero, un día favorable para emprender cualquier empresa.

-Entonces, magnífico -comenté yo-. Si alguna vez ha habido un hombre realmente necesitado de esa ayuda, ése eres tú, hermano. -Recorrí con los ojos el concurrido salón y pregunté- Pero ¿dónde está ella, Cynan? Me gustaría conocer a la mujer que se ha ganado tu corazón.

Todos vimos entonces que una esbelta mujer de piel muy blanca y ojos azules se acercaba a nosotros con un enorme bol de cerveza en sus largas y gráciles manos. Era evidente por qué había cautivado a Cynan, pues sus cabellos eran tan luminosamente pelirrojos como los de él; los llevaba sueltos sobre los hombros en tan hermosa melena rizada que un hombre podría perderse en ellos. Caminaba con paso decidido y mirada franca, y todo en ella respiraba audacia y energía. Parecía estar con creces a la altura de Cynan.

-Amigos míos -dijo el rey de los galanaes alegremente-, ésta es Tángwen, la afortunada mujer que ha aceptado ser mi esposa.

Sonriendo, la muchacha me ofreció el bol.

-Bienvenido, Mano de Plata.

Su voz era profunda y vibrante; ante mi expresión de sorpresa sonrió con malicia y dijo:

-No, no nos habíamos visto nunca. Creo que me acordaría si así hubiera sido. Pero Cynan me ha hablado tanto de ti que creo que te conozco como si fueras mi hermano. Y además, ¿qué otro hombre iba a llevar en un brazo una mano de plata?

Me entregó el bol y mientras yo lo cogía, dejó que las yemas de sus dedos acariciaran mi mano de plata.

Bebí un trago del reconfortante líquido y le devolví el bol. Ella se lo pasó a Tegid.

-Te doy la bienvenida, *penderwydd* - dijo- A ti te conocería incluso sin la vara de serbal. Sólo hay un Tegid Tathal.

Tegid alzó el bol, bebió y se lo devolvió sin separar ni un instante sus ojos de la atractiva pelirroja. Tángwen, imperturbable ante la mirada del bardo, se dirigió a la reina.

-Goewyn -dijo en tono suave-, esperaba con impaciencia saludarte. Desde que llegué a Dun Cruach, no he oído más que alabanzas para la reina de Llew. Espero que seamos buenas amigas.

-Me encantaría -respondió Goewyn aceptando el bol.

Aunque sonreía, noté que entrecerraba los ojos como si buscara algún rasgo familiar en el rostro de la otra mujer.

Luego Tángwen se llevó el bol a los labios diciendo:

-Bienvenidos, hermanos. Que se colmen vuestros deseos durante vuestra estancia entre nosotros y que esa estancia sea larga.

Cynan contemplaba el ritual con una mirada de orgullo. Era evidente que la había aleccionado bien. Tángwen nos conocía a todos y hablaba con franqueza y calor. En cierto modo, me sentía desconcertado ante las enérgicas maneras de la joven, pero comprendí que eran precisamente lo que resultaba más atractivo para Cynan, que no era hombre que

soportara la afectación.

Después de ofrecernos el bol, Tángwen se acercó a Bran y a los Cuervos que acababan de hacer su entrada. Contemplamos cómo se alejaba su esbelta silueta.

-Es hermosa, ¿verdad? La flor más bella de la cañada -comentó Cynan.

-Es una maravilla -asentí-. ¿Quién es y dónde la has encontrado?

-Se mueve con familiaridad en el palacio de un rey -observó Goewyn-. Estoy segura de que no es la primera vez que ofrece la copa de bienvenida.

-Has dado en el clavo -replicó con orgullo Cynan-. Es hija del rey Ercoll, que murió en una batalla contra Meldron. Su pueblo ha estado vagando por Caledon buscando un lugar donde establecerse y llegó casualmente hasta aquí. Enseguida me di cuenta de que era de noble cuna. Desempeñará el papel de reina a la perfección.

Poco a poco el salón había ido llenándose. Habían preparado comida y cuando la sirvieron Cynan nos condujo a la mesa. Comimos y charlamos hasta bien entrada la noche, disfrutando de la primera de otras muchas cenas en torno al hogar.

Pasamos un agradable invierno en Dun Cruach. Cuando brillaba el sol cabalgábamos por las neblinosas colinas y caminábamos por los empapados brezales, resbalando en las húmedas rocas y espantando a gallos y perdices. Cuando la nevisca golpeaba sobre el tejado o la nieve remolineaba arrastrada por el helado viento del norte, nos quedábamos en el palacio y nos entreteníamos jugando al *brandub,* al *gwddbwyll* y a otros juegos, como durante los hermosos inviernos pasados en Ynys Sci. Por la noche, el salón se llenaba con las encantadoras melodías del arpa de Tegid. Era una verdadera delicia escuchar en compañía de amigos las historias que los reyes de Albión habían oído desde tiempos inmemoriales. Yo disfrutaba de cada segundo.

Cuando estaba ya cercano el día de la boda de Cynan y Tángwen, Tegid nos confesó que estaba componiendo una canción especialmente para tal ocasión. Al preguntarle de qué trataría, se limitó a decir que era una antigua y hermosa historia que colmaría de felicidad a quienes la oyeran.

Entretanto, Goewyn y Tángwen se dedicaban a los preparativos de la ceremonia. Pasaban mucho tiempo juntas y parecían gozar de su mutua compañía. Me parecía que formaban una notable y curiosa pareja y juzgaba que Cynan y yo éramos los hombres más afortunados de Albión y que podíamos sentirnos orgullosos de tenerlas por esposas.

Cynan estaba encantado con su elección y comentaba a menudo la feliz casualidad que había conducido a Tángwen hasta su puerta.

-Podía haber ido a parar a cualquier otro lugar -decía-, pero por suerte vino a parar aquí, conmigo.

A mí me parecía aquello algo más que una simple casualidad, pero ¿qué importaba? Si Cynan quería creer que había sido el destino quien la había conducido hasta él, ¿qué derecho tenía yo a desengañarlo?

En todos los asuntos, Tángwen se las había arreglado para convertirse en el centro de la casa de Cynan. La timidez y la humildad no eran modo alguno rasgos de su personalidad; era inteligente, capaz, y no

intentaba simular una docilidad y una modestia que no poseía. Sin embargo, había en ella algo raro..., una especie de impulso extrañamente reprimido. A menudo se mantenía apartada mientras Tegid cantaba y miraba desde las sombras con una expresión casi burlona, irónica, como si despreciara nuestra compañía o desdeñara los placeres de la reunión. Otras veces parecía olvidarse de sí misma y participaba contenta de las veladas. Me parecía como si estuviera siguiendo las directrices de un plan más que los dictados de su propio corazón. Y no era yo el único en notarlo.

-En su alma hay algo oscuro y escondido -me comentó Goewyn una noche cuando nos hubimos retirado a nuestros aposentos-. Se siente confundida e infeliz.

-¿Infeliz? ¿De verdad lo crees? A lo mejor es que tiene miedo de resultar herida otra vez -sugerí yo.

Goewyn sacudió la cabeza ligeramente.

-No, creo que quiere sinceramente ser amiga mía; pero hay en ella una frialdad y una dureza que se lo impide. A veces desearía llegar al fondo de su corazón y sacarlo a la luz. Creo que entonces se sentiría mucho mejor.

-Quizás es su forma de ocultar el dolor.

Goewyn me dirigió una extraña mirada.

-¿Por qué dices que ha resultado herida?

-Bueno -repuse despacio-, Cynan me dijo que el padre de Tángwen había sido asesinado en una batalla contra Meldron. Supongo que ella todavía arrastra ese dolor, lo mismo que otros muchos que hemos encontrado en nuestro viaje.

-A lo mejor -asintió Goewyn con aire meditabundo.

-¿Crees que puede ser otra cosa?

-No -respondió tras unos momentos-. Debe de ser eso. Estoy segura de que estás en lo cierto.

Los días se iban acortando a medida que se acercaba el *alban ardduan* y la boda de Cynan. Los guerreros galanaes y la Bandada de Cuervos habían llenado las cocinas con variadas piezas de caza y los cocineros mantenían los hornos calientes, mientras preparaban la comida del banquete. El cervecero y sus ayudantes, en previsión de una enorme demanda del fruto de su trabajo, trajinaban incansablemente llenando las tinajas de aguamiel y cerveza. La víspera de la boda se sacrificaron los cerdos engordados para la ocasión y a la mañana siguiente nos despertó el aroma del asado.

Tras desayunar un poco de pan y agua, nos ataviamos con las ropas de fiesta y nos reunimos en el salón, ansiosos de que la fiesta comenzara. En los soportes de hierro chisporroteaban numerosas antorchas que desvanecían las sombras de todos los rincones. Aquel día iban a permanecer encendidas de alba a alba para cumplir el ritual del *alban arddan.*

Cynan compareció primero, ataviado elegantemente con unos *breecs* rojos y naranjas y un *siarc* amarillo. Llevaba un manto a rayas azules y blancas y ostentaba el enorme broche de oro de su padre. Se había

cepillado la roja barba y se había anudado su espesa cabellera roja en la nuca. Sus torques de oro y plata bruñida brillaban como espejos. Estaba inquieto y no cesaba de tocarse el cinturón y ajustarse el manto.

-Jamás se ha visto en Albión un novio con un aire tan regio -le dije-. Estate quieto de una vez. ¿Quieres que ella crea que se casa con un manojo de nervios?

-¿Por qué tarda tanto? -preguntó observando nerviosamente el salón por tercera vez en pocos momentos.

-Tranquilo -repuse-. Si has soportado tu soledad tanto tiempo, puedes soportarla un poquito más.

-¿Habrá cambiado de opinión?

-Goewyn está con ella -lo tranquilicé-. No cambiará de opinión.

-¿Por qué tardan tanto? -repitió estirando el cuello para inspeccionar otra vez el salón-. ¡Ahí están! -exclamó apresurándose a salir corriendo.

-Tranquilízate; es Tegid.

-¡Vaya, sólo Tegid! -y se tocó otra vez como si estuviera buscando algo de su persona que se le hubiera perdido.

-¿Qué aspecto tengo?

-Oh, para mi gusto muy guapo. Ahora estate quieto de una vez, que estás haciendo un agujero en el suelo.

-¿Qué significa eso de «sólo Tegid»? -preguntó el bardo.

-No le hagas caso -le dije a Tegid-. Cynan no está hoy en sus cabales.

-Me arde la garganta -se quejó Cynan-. Necesito un trago.

-Luego; después de la boda.

-Sólo una copa.

-Ni una gota siquiera. No deseamos que el rey de los galanaes se caiga redondo al suelo durante su boda.

-¡Te digo que me muero de sed!

-Entonces, procura hacerlo en silencio.

-Ahí están -terció Tegid.

Y en aquel preciso instante se oyó un murmullo en el otro extremo del salón. Cynan y yo nos volvimos y vimos que efectivamente Goewyn y Tángwen se acercaban.

La novia de Cynan era una auténtica visión, un resplandor de salvaje belleza: dos largas trenzas entretejidas con cintas de oro pendían de sus sienes y se perdían en la lujuriosa cascada de flameantes rizos que le caían sobre los hombros. Llevaba un manto carmesí y una túnica de color albaricoque sobre una camisa de color salmón. Iba descalza y en ambos tobillos llevaba gruesos brazaletes de oro que despedían destellos a cada paso. Sobre su pecho resplandecía un espléndido broche de plata: un aro rodeado de fulgurantes gemas de color rojo, suspendido por una fina cadena de plata del prendedor, una hermosa piedra de brillante color azul. Sin duda, aquella magnífica joya era el más preciado tesoro de su padre.

Cynan no pudo dominarse por más tiempo. Salió al encuentro de ella, la rodeó con sus brazos y poco menos que la trajo en volandas a donde estábamos nosotros, junto a la enorme chimenea central.

-¡Qué mayor alegría para un hombre que la de abrazar a una hermosa mujer, en un resplandeciente salón rodeado de sus jefes de batalla! -exclamó.

Luego besó a Tángwen y declaró solemnemente:

-Hoy es el día más feliz de mi vida.

Tángwen lo atrajo hacia sí y le dio un ardiente y prolongado beso en los labios.

-Vamos, Tegid -dijo Cynan-. Aquí está la novia; el salón está repleto y el banquete aguarda. ¡Lleva a cabo de una vez el rito para que podamos disfrutar de la fiesta!

Con la vara en alto y voz potente Tegid rogó a los reunidos que fueran testigos del matrimonio de Cynan y Tángwen. Los asistentes se apresuraron a acercarse y la ceremonia comenzó. La boda fue más o menos como la mía; los novios se intercambiaron regalos y prendas y compartieron el bol. Sentí en la mía la mano de Goewyn, que acercó los labios a mi oreja y me musitó su amor mordisqueándome el lóbulo al apartarse.

La ceremonia concluyó con los tres rituales golpes de vara del Bardo Supremo. Cynan soltó un alarido y cogió en brazos a la novia. La llevó hasta la mesa y la sentó encima.

-¡Compatriotas y amigos! -exclamó-. ¡Aquí tenéis a mi esposa! ¡Saludadla todos como reina de los galanaes!

Los galanaes saludaron a su reina con un coro de gritos que atronó el salón. Tángwen, con el rostro arrebolado de felicidad, sonriente, radiante, se puso en pie sobre la mesa para recibir las aclamaciones de su pueblo. La alegría que expresaba su cara se trocó de pronto en triunfo, como si acabara de ganar una reñida campaña.

Cynan le tendió los brazos y ella se dejó caer en ellos. Se abrazaron ante el general griterío. Después, el rey ordenó que trajeran cerveza para que todos brindaran por la salud y la felicidad de la pareja. El cervecero y sus hombres portaron la primera tinaja que colocaron junto a la chimenea. Copas y vasijas se hundieron en ella para salir llenas a rebosar. Alzamos las copas y las voces.

-*¡Sláinte! ¡Sláinte mör!* -gritamos brindando por la vida, la salud, la felicidad y la prosperidad del reinado de Cynan.

Afuera comenzó a nevar. El viento helado azotaba las montañas, arrastrando la nieve que caía de un pálido cielo. Dentro, en el salón, comenzó la fiesta: portaron en sus espetones olorosos cuartos de venado y cerdo, bandejas de panes de todas clases; enormes quesos de color amarillo pálido y montones de crujientes manzanas. Comimos, bebimos y charlamos, y seguimos comiendo y bebiendo, disfrutando del oscuro día en el iluminado salón rodeados de amigos y abundancia. Cuando hubimos comido hasta la saciedad, alguien pidió una canción. Tegid cogió el arpa y se colocó junto a la chimenea en el centro del salón.

Hizo sonar una cuerda y aguardó a que todos encontraran acomodo y a que la concurrencia se callara. Poco a poco se fue haciendo el silencio en el salón. Entonces el bardo alzó la voz y dijo:

-Es justo celebrar la unión de un hombre y una mujer con boda, banquetes y canciones, más aun que celebrar las victorias de los guerreros y las conquistas de los reyes. Es justo prestar atención a las leyendas de nuestro pueblo, porque así aprendemos quiénes somos y qué se nos exige en esta vida y en la del más allá. En este día más que en

ningún otro, cuando arde la luz del *alban ardduan* en las alturas, es justo que nos entreguemos a la diversión, es justo acercarse al hogar para escuchar las canciones de nuestra estirpe. Reuníos y escuchad, pues, cuantos queráis oír el relato de una historia verdadera; escuchad con los oídos, Hijos de Albión, y escuchad también con vuestros corazones.

Tras estas palabras, inclinó la cabeza y guardó silencio. Después, acarició con los dedos las cuerdas del arpa, hizo surgir del aire una melodía, tomó aliento y empezó a cantar.

10

EL HIJO DEL PODEROSO REY

Las dulces notas del arpa se derramaron como monedas de los dedos de Tegid; como brillantes chispas surgidas del vigoroso fuego subieron en vistoso remolino hacia las sombras del tejado. La voz del Bardo Supremo se alzó para unirse a la melodía del arpa y ambas se hermanaron en una armonía sin par, mientras Tegid comenzaba a cantar la historia que había preparado para el *alban ardduan.* Y la canción decía así:

-En los primeros días de la existencia del hombre, cuando el rocío de la creación brillaba todavía sobre la tierra, había un rey que gobernaba muchos reinos y dominaba muchos clanes. El rey se llamaba Cadwallon y gobernó larga y sabiamente, incrementando la fortuna de cuantos estaban bajo su protección. El rey tenía por costumbre subir todas las noches al montículo de las asambleas, que se alzaba junto a su fortaleza, y contemplar sus tierras para ver personalmente cómo andaban los asuntos de su pueblo. Y sucedió que...

»Un atardecer, mientras Cadwallon estaba sentado en el montículo mirando sus tierras, cayó en la cuenta de que sus dominios habían crecido demasiado. "Ya no puedo ver los límites de mi reino, ni puedo contar el número de sus habitantes; mi bardo tardaría tres días enteros en enumerar el nombre de las tribus. Sería vergonzoso -pensó- que si algún contratiempo nos amenazara, no tuviera tiempo de prevenirlo e impedir que cayera sobre mi pueblo. Y no sería difícil que tal eventualidad ocurriera, porque mi reino ha crecido demasiado como para que lo pueda gobernar sólo un rey. Así pues, debo encontrar a alguien que me ayude a gobernar y a mantener la paz en mi pueblo."

»Y aconteció que no faltaban hombres deseosos de convertirse en reyes y ayudarlo en las tareas de gobierno. Pero por desgracia, no a todos les importaba tanto el bienestar de los clanes como a Cadwallon, y al poderoso rey le afligía la idea de que un hombre egoísta se convirtiera en un tirano con su consentimiento. Así que se retiró al montículo del *gorsedd* para meditar: "No bajaré hasta que haya descubierto una solución al problema".

»Durante tres amaneceres y tres crepúsculos, Cadwallon permaneció allí; y pasaron tres más y luego otros tres, hasta que al anochecer del noveno día se le ocurrió una manera de determinar quién de sus hombres era digno de ayudarlo. Se levantó y regresó lleno de confianza a su fortaleza.

»Al día siguiente envió mensajeros a los cuatro puntos cardinales de su reino con el siguiente mensaje: "Nobles, el poderoso rey os invita a servirlo durante una estación y a descansar en su palacio donde se celebrarán fiestas y juegos y donde no cesarán las rondas de copas de

aguamiel".

»Cuando los capitanes hubieron recibido la invitación se apresuraron a acudir junto a su señor. Y cuando vieron la abundancia de comida y bebida dispuesta en su honor se sintieron profundamente complacidos, y exclamaron que Cadwallon era, con seguridad, el más benévolo y generoso de todos los señores.

»Después de que se hubieran sentado a la mesa según sus rangos, dio comienzo el festín. Comieron y bebieron cuanto quisieron y tras haber satisfecho a placer el hambre, comenzaron a charlar, como es costumbre entre hombres, de las diferentes aventuras que les habían acontecido. Hablaron uno tras otro y cada uno de ellos contó su mejor historia para delicia de los demás.

»El poderoso rey escuchó la charla preocupado, mientras miraba fijamente el fondo de su copa. Cuando le preguntaron el porqué de su expresión, el poderoso rey respondió:

»"Hemos escuchado muchas historias, pero ninguna tan extraña como la que os voy a explicar. De todas las aventuras que habéis relatado, la mía es la más misteriosa. Daría mi vida porque alguno fuera capaz de explicarme su significado."

»"Afortunado tú, oh rey, si ése es todo el motivo de tu preocupación -replicaron los nobles-. Estamos dispuestos a cumplir tu deseo. Cuéntanos tu historia y enseguida libraremos a tu corazón de ese peso."

»"Escuchadme pues -dijo el rey-, pero no creáis que vais a descubrir el significado de mi relato tan fácilmente como imagináis, porque estoy convencido de que la historia os causará no poca consternación antes de que llegue a su fin."

»"Has de saber, poderoso rey, que no tenemos miedo a nada. Además, tus palabras han despertado nuestra curiosidad. Habla con toda tranquilidad pues nada puede consternarnos."

»"Sin duda sabéis perfectamente lo que decís", musitó el rey.

»Y a continuación comenzó a relatar su aventura:

»"Yo no he sido siempre el rey que contempláis ahora -dijo Cadwallon a sus capitanes-. En mi juventud era fogoso y arrogante pues suponía que nadie podía vencerme con las armas. Pensando que ya había realizado todas las hazañas posibles en este reino, me encaminé a salvajes territorios muy alejados de las regiones que conocemos. Deseaba ganar gloria y fama con mi destreza en las armas, ansiaba oír mi nombre alabado en imperecederas canciones."

»"¿Qué sucedió? -lo interrumpieron los nobles-. ¿Qué hallaste en esos territorios?"

»"Encontré el más hermoso valle que jamás nadie haya podido contemplar. Árboles de todas clases crecían en los bosques, y un ancho río corría por el valle. Crucé el río, hallé un sendero y llegué a una inmensa llanura repleta de toda clase de flores. Como el sendero proseguía, me dispuse a seguirlo. Cabalgué tres días y tres noches y al fin llegué a una espléndida fortaleza junto a un turbulento mar azul.

»"Al acercarme a la fortaleza topé con dos muchachos, de cabellos tan negros que me hicieron pensar en las alas de los cuervos; ambos iban ataviados con elegantes ropajes y mantos de color verde, y llevaban al

cuello torques de plata. Los dos portaban arcos de asta con cuerdas de tendones de ciervo y saetas de marfil de morsa con puntas de oro y plumas de águila. Sus cinturones eran de plata y sus cuchillos de oro, y estaban disparando flechas contra un escudo cubierto por una piel de buey.

»"A cierta distancia había un hombre con los cabellos tan blancos que me hicieron pensar en las alas de los cisnes. Llevaba los cabellos y la barba pulcramente arreglados y lucía una torque de oro en el cuello. Su manto era azul y su cinturón y *buskins* de fino cuero marrón. Cabalgué al encuentro de aquel hombre con un saludo en los labios, pero fue tan cortés como para saludarme él antes de que yo pudiera hablar y me invitó a entrar en la fortaleza, cosa que yo ansiaba hacer pues era una auténtica maravilla. Allí vi otros hombres y observé enseguida que era un pueblo muy próspero porque el último de ellos hacía gala de la misma riqueza que mi huésped, y el más poderoso no parecía ni tres veces más rico que el más modesto.

»"¡Cinco jóvenes se hicieron cargo de mi caballo y lo atendieron mejor que los más diligentes mozos que jamás hubiera conocido. Luego el hombre me condujo al palacio construido sobre pilares de oro y cubierto con un techo de moteadas plumas de pájaros. Dentro, atractivos hombres y hermosas mujeres conversaban plácidamente, cantaban, jugaban, se divertían. Veinte doncellas cosían junto a los ventanales y la menos agraciada de ellas era mucho más bella que cualquiera de las doncellas de la isla de la Fuerza. Cuando entramos en el palacio, las doncellas se levantaron para saludarme y me dieron la bienvenida con exquisita amabilidad.

»"Cinco me quitaron los *buskins* y me cogieron las armas, otras cinco me despojaron de mis gastadas ropas de viaje y me vistieron con ropas nuevas: *siarc, breecs* y un manto de fino tejido. Otras cinco cubrieron la mesa con un hermoso mantel y otras cinco trajeron comida en cinco enormes bandejas. Las cinco que me habían quitado los *buskins* y las armas trajeron suaves cojines para que me sentara, y las cinco que me habían vestido me acompañaron a la mesa.

»"Me senté al lado del hombre que me había conducido a la fortaleza y el resto de la rutilante concurrencia se sentó a nuestro alrededor. No había en la mesa ni una sola copa, bol o bandeja que no fuera de oro, plata o asta. Y la comida... ¡qué comida! Jamás había probado manjares tan deliciosos al paladar y tan saludables para el estómago como los que comí en aquel salón en tan espléndida compañía.

»"Mientras estuvimos comiendo nadie me dirigió ni una sola palabra. Al cabo de un rato, cuando el hombre sentado a mi lado se dio cuenta de que había acabado de comer se volvió hacia mí y me dijo:

»'"Veo que preferirías hablar mejor que comer.'

»"'Señor -repuse-, ya es hora de que hable con alguien. Incluso los mejores manjares son pobres si se comparten en silencio.'

»"'Bueno -respondió el hombre-, no queríamos molestarte mientras comías. Pero si hubiese sabido que eras de esa opinión, te habríamos hablado mucho antes. Charlemos pues ahora, si nada te lo impide.'

»"Y me preguntó quién era y qué misión me había llevado hasta ellos.

»"'Señor -contesté-, tienes ante ti a un hombre muy diestro en el manejo de las armas. Recorro los desconocidos territorios del mundo con la esperanza de encontrar alguien que pueda vencerme. Porque en verdad te diré que no me divierte en absoluto vencer a hombres menos diestros que yo, y hace mucho tiempo que en mi país no existe guerrero capaz de proporcionarme la diversión que anhelo.'

»"'Amigo mío -repuso el hombre, con una sonrisa-, me encantaría satisfacer tu deseo si no creyera que podrías salir perjudicado.'

»"Sus palabras causaron en mí profunda decepción, y el señor, al ver la expresión de mi rostro, añadió:

»'"Sin embargo, puesto que prefieres el peligro a la prudencia, voy a decirte algo. Prepárate.'

»'"Señor, estoy preparado', fue mi respuesta.

»'"Escúchame, pues, con atención, porque sólo te lo explicaré una vez. Pasa aquí la noche, levántate mañana al alba y toma el sendero que te condujo a esta fortaleza hasta que llegues a un bosque. El sendero se interna en el bosque y a poca distancia se bifurca; toma el camino de la izquierda y síguelo hasta que llegues a un claro en el centro del cual se alza un montículo. Sobre el montículo verás a un hombre enorme. Pregúntale adónde debes dirigirte y, aunque a menudo se muestra descortés, creo que te dirá dónde encontrar lo que buscas.'

»"La noche me pareció interminable. Ni todos los días del mundo hasta el fin de los siglos me habrían parecido más largos. Siempre que alzaba los ojos al cielo me parecía que la mañana estaba aún más lejos que la última vez que había mirado. Sin embargo, al fin vi que el cielo griseaba en el este y supe que la noche había terminado. Me levanté, me vestí, monté a caballo y me puse en camino. Hallé el bosque y hallé la bifurcación de caminos; tomé el de la izquierda y hallé el claro con el montículo en el centro, tal como el poderoso señor lo había descrito.

»"Había un hombre sentado sobre el montículo. Mi huésped me había dicho que era enorme, pero en verdad era más grande de lo que había imaginado... y mucho más feo. Tenía sólo un ojo en medio de la frente, y sólo un pie; espesos pelos le cubrían la cabeza, los hombros y los brazos. Llevaba una lanza de hierro que hubiera resultado pesada para cuatro guerreros y que el hombre blandía como si nada. En torno al hombre, y sobre y alrededor del montículo, pacían ciervos, cerdos, ovejas y animales salvajes de todas clases... ¡los había a miles!

»" Saludé al Guardián del Bosque y recibí una respuesta malhumorada, cosa que ya me esperaba; le pregunté luego qué poder tenía sobre los animales que se apiñaban alrededor. De nuevo recibí una respuesta malhumorada:

«"'Hombrecillo -se mofó-, si no lo sabes debes de ser sin duda el más lerdo de toda tu especie. No obstante, te demostraré el poder que poseo.'

»"El peludo gigante alzó la lanza y la disparó contra un ciervo. La lanza dio en el blanco y el animal se derrumbó; los mugidos del ciervo sacudieron los árboles e hicieron que se moviera la tierra bajo mis pies. Toda clase de animales salvajes acudieron al oírlo desde los cuatro puntos cardinales del mundo. Acudieron a miles y miles, de modo que a mi caballo, rodeado de pronto por lobos, osos, ciervos, nutrias, zorros,

tejones, ardillas, ratones, serpientes, hormigas, etcétera, apenas le quedaba sitio para moverse.

»"Los animales miraban al gigantesco Guardián del Bosque como hombres leales que honraran a su señor; él les ordenó que pacieran y al instante las fieras le obedecieron.

»"'Bueno, hombrecillo -me dijo-, ya has visto el poder que ostento sobre los animales. Pero creo que no has venido hasta aquí para admirar mi poder, por muy grande que sea. ¿Qué es lo que quieres?

»"Le expliqué quién era y qué estaba buscando, y me respondió groseramente que me largara. Pero yo insistí y finalmente me dijo:

»"'Bueno, si eres tan estúpido como para andar buscando semejante cosa, no voy a ser yo quien te lo impida. Sigue el sendero que encontrarás al final del claro -añadió alzando la lanza de hierro y señalando la dirección que debía tomar-. Al cabo de un rato encontrarás una montaña; sube por la ladera hasta la cima y desde allí verás una cañada tan impresionante como jamás en tu vida has visto. En el centro de esa cañada verás un tejo más viejo y alto que cualquiera de los de tu mundo. Bajo las ramas del tejo hay un estanque, junto al estanque una piedra y sobre la piedra una vasija de plata con una cadena que lo sujeta a la piedra. Coge la vasija, si es que te atreves, llénala de agua y viértela sobre la piedra. No me preguntes lo que sucederá a continuación, porque no voy a decírtelo aunque me lo preguntes durante mil años.'

»'"Gran señor -repuse-, no soy de esa clase de hombres que se amilanan así como así. Tengo que saber lo que sucederá a continuación aunque deba permanecer aquí durante miles de años.'

»"'¿Habrase visto hombre más ignorante e insensato que tú? -exclamó el Guardián del Bosque-. No obstante, te diré lo que sucederá a continuación: la peña atronará con tal fuerza que te parecerá que estallan los cielos y la tierra, y caerá una cascada de agua tan violenta y fría que probablemente no sobrevivirás. ¡Caerá un granizo tan grueso como hogazas de pan! No me preguntes lo que sucederá a continuación porque no voy a decírtelo.

»'"¡Poderoso señor! -dije yo-. Creo que ya me has dicho bastante. Puedo averiguar el resto por mí mismo. Gracias por tu ayuda.'

»"'¡Ah! -exclamó él-. No tienes por qué dármelas, pues la ayuda que te he proporcionado probablemente será tu perdición. Espero no volver a encontrarme jamás con un hombre tan insensato como tú. ¡Adiós!'

»" Seguí el camino que me había indicado y cabalgué hasta la cima de la montaña desde la cual divisé la enorme cañada y el tejo. El árbol era más alto y viejo de lo que me había dicho el Guardián del Bosque. Me acerqué al árbol y encontré el estanque, la piedra, la vasija de plata y la cadena..., tal como él me había descrito.

»"Ansioso de probar mi destreza, no perdí un segundo; cogí la vasija, la llené con agua del estanque y la vertí sobre la piedra. Al instante resonó un trueno más fuerte de lo que el poderoso señor me había dicho, y después cayó un granizo tan grande como hogazas de pan. A decir verdad, amigos míos, si no me hubiera metido bajo la peña no estaría aquí ahora para contároslo. Aun así, estaba a punto de perder la vida cuando la granizada cesó de golpe. Al tejo no le quedaba ni una sola hoja verde, pero

el tiempo había aclarado y una bandada de pájaros se posó en las desnudas ramas y comenzaron a cantar.

»"Estoy seguro de que ningún hombre ha oído jamás una música más dulce y conmovedora que aquélla. Pero cuando más estaba disfrutando de ella, oí unos lastimeros gemidos que fueron aumentando hasta resonar en toda la cañada. Y los gemidos se transformaron después en palabras.

»'"Guerrero, ¿qué quieres de mí? ¿Qué mal te he infligido que te ha empujado a hacerme a mí y a mi reino lo que has hecho?

»'"¿Quién eres, señor? -pregunté yo-. ¿Qué mal te he causado?

»"La quejumbrosa voz respondió:

»"'¿No sabes acaso que a causa de la lluvia que has provocado tan imprudentemente no ha quedado en mi reino ni un hombre ni un animal vivos? Lo has destruido todo.'

»"Tras estas palabras apareció un guerrero montado en un caballo negro y ataviado también él de negro; su lanza y su escudo eran negros y negra asimismo, desde la empuñadura a la punta, la espada que pendía de su cadera. El corcel negro pateó el suelo con sus negras pezuñas y sin más palabras el guerrero se lanzó contra mí.

»"Aunque había aparecido de forma brusca, yo estaba preparado. Pensando que al fin iba a conseguir imperecedero renombre, blandí mi lanza y ataqué. Confiaba plenamente en la fuerza de mi caballo y en el rápido avance del imponente guerrero. Pero aunque mi ataque fue más hábil que los mejores que jamás hubiera llevado a cabo, fui rápidamente derribado del caballo y arrojado ignominiosamente al suelo. Sin mirarme y sin dirigirme palabra alguna, mi negro enemigo pasó el astil de su lanza por la brida de mi caballo y se lo llevó abandonándome a mi suerte. Ni siquiera se tomó la molestia de hacerme prisionero o despojarme de mis armas.

»"De este modo, me vi obligado a volver por el mismo camino que había tomado antes, y cuando llegué al claro del Guardián del Bosque por poco me fundo de vergüenza ante los insultos que me dirigió. Dejé que me denostara cuanto le viniera en gana y desde luego lo hizo con singular elocuencia. Luego, suspiré y me dispuse a regresar a la espléndida fortaleza junto al mar.

»"Fui recibido más calurosamente aún que la primera vez y me sirvieron manjares si cabe aún más deliciosos. Conversé con placer con los hombres y mujeres de aquel hermoso lugar y ellos charlaron afectuosamente conmigo. No obstante, nadie hizo mención alguna de mi viaje al reino del Caballero Negro, y yo tampoco. La vergüenza que sentía era tan grande como mi perdida arrogancia.

»"Pasé la noche allí y cuando me levanté encontré un hermoso caballo bayo con crines del color del liquen rojo. Cogí mis armas, me despedí del señor de aquel lugar y regresé a mi reino. Todavía hoy conservo aquel caballo y no miento al deciros que preferiría perder mi mano derecha antes que desprenderme de él."

»Después, el rey alzó los ojos y miró a su alrededor.

»"Pero de verdad os aseguro que daría la mitad de mi reino al hombre que pudiera explicarme el significado de mi aventura."

»De este modo terminó Cadwallon su extraña historia. Sus nobles se

quedaron asombrados no sólo por la humildad de su rey, que les había contado una historia de la que tan malparado había salido, sino por los extraños hechos narrados. Entonces, tomó la palabra un valiente guerrero llamado Hy Gwyd:

»"Nobles -dijo-, nuestro señor nos ha relatado una historia muy interesante. Y, si no estoy equivocado, nuestro poderoso rey nos ha lanzado además un reto: que descubramos el significado de su extraña aventura. Por tanto, comportémonos como deben hacerlo los hombres valientes; afrontemos el reto del rey y descubramos el significado de la historia."

»Los nobles discutieron el asunto entre ellos. Hablaron largo y tendido porque no todos estaban de acuerdo con Hy Gwyd. Finalmente decidieron que no era prudente entremezclarse en misterios como aquél, y que era mejor dejar las cosas como estaban. Y sin más se entregaron de nuevo al placer de la fiesta y del banquete. Pero Hy Gwyd, tan ambicioso como inteligente, no estaba dispuesto a abandonar la batalla y continuó argumentando y argumentando hasta que al fin logró convencer a un amigo, un guerrero llamado Teleri.

»Así, mientras los demás comían y bebían, los dos guerreros salieron del palacio. Ensillaron sus caballos, empuñaron sus armas y salieron del *caer* de Cadwallon para resolver el misterio. Cabalgaron leguas y más leguas en busca de los extraños territorios que el rey había descrito. Y finalmente dieron con el bosque y con el sendero, y supieron con certeza que era el mismo bosque y el mismo sendero de los que les había hablado Cadwallon.

»Siguieron el sendero, llegaron al maravilloso valle, cruzaron el ancho y refulgente río y encontraron el camino hacia la interminable llanura repleta de flores de todas clases. Mientras la atravesaban, la fragancia de las flores colmaba sus pulmones y la maravilla del paisaje, sus ojos. Cabalgaron tres días y tres noches y al fin llegaron hasta la espléndida fortaleza, junto a un turbulento mar de un intenso color azul.

»Dos muchachos con torques de plata y arcos de asta estaban disparando flechas de marfil contra un escudo blanco, tal como Cadwallon les había contado. Un hombre de cabellos de oro contemplaba a los muchachos, y los tres saludaron calurosamente a los jinetes y los invitaron a cenar en la fortaleza. La gente que encontraron allí era más hermosa y las mujeres más encantadoras de lo que habían imaginado. Bellas mujeres se dispusieron a servirlos como habían servido a Cadwallon, y los manjares que comieron en el maravilloso palacio sobrepasaban en mucho cuantos habían probado hasta entonces. Cuando hubieron acabado de cenar, el señor que les había dado la bienvenida se dirigió a ellos y les preguntó qué misión los había llevado allí.

»"Estamos buscando al Caballero Negro que guarda el estanque", respondió Hy Gwyd.

»"¡Ojalá hubierais respondido cualquier otra cosa! -repuso el señor-. Pero si estáis decididos a buscar la verdad de este asunto, no voy a impedíroslo."

»Y a continuación les dio toda clase de detalles, como les había contado Cadwallon.

»Al alba, los dos amigos atravesaron aquel hermoso reino hasta llegar al claro donde encontraron al Guardián del Bosque en su montículo. El Guardián era más feo e impresionante de lo que habían imaginado. Siguiendo las desabridas indicaciones del huraño señor llegaron al valle más allá de la montaña donde se alzaba el tejo. Encontraron el estanque y la vasija de plata sobre la piedra. Teleri quería regresar por donde habían venido, pero Hy Gwyd se echó a reír y se burló de él:

»"No hemos llegado hasta tan lejos para darnos la vuelta -dijo-. Intuyo que triunfaremos donde nuestro rey fracasó; tenemos al alcance de la mano la ocasión de ser más grandes de lo que jamás fue Cadwallon."

»Tras estas palabras cogió la vasija, la llenó de agua y la vertió sobre la piedra. El trueno y la tormenta que siguieron fueron mucho más imponentes de lo que les había dicho Cadwallon. Pensaron que iban a morir y estaban sin duda a punto de hacerlo cuando el cielo se despejó y el tejo sin hojas se llenó de pájaros. Sus trinos eran más armoniosos y placenteros de lo que habían imaginado, pero, cuando estaban disfrutando con deleite de aquella música, comenzaron a oírse unos gemidos tan quejumbrosos que parecía como si el mundo estuviera agonizando. Los dos guerreros aguzaron la mirada y vieron que se aproximaba un solitario jinete: era el Caballero Negro, cuya aparición les había sido anunciada.

»El Caballero Negro los miró tristemente y les dijo:

»"Hermanos, ¿qué queréis de mí? ¿Qué daño os he infligido para que desearais hacerme a mí y a mi reino lo que nos habéis hecho?"

»"¿Quién eres, señor? -preguntaron los dos guerreros-. ¿Qué daño te hemos causado?"

»"¿No sabéis que a causa de la lluvia que tan imprudentemente habéis provocado no queda en mi reino hombre o animal alguno con vida? Lo habéis destruido todo."

»Los dos guerreros se miraron uno a otro meditando qué debían hacer.

»"Hermano -comentó Teleri-, necesitamos un plan, porque todo está ocurriendo tal como nos contó el rey y no estamos más cerca de descubrir el misterio que cuando emprendimos la aventura. Propongo que regresemos antes de que nos sobrevenga alguna desgracia."

»"¡No puedo dar crédito a lo que oigo! -se mofó Hy Gwyd-. Estamos a punto de ganar una gloria y un poder inmensos. Átate una lanza a la espalda si es necesario, pero sígueme. No podemos regresar."

»Con estas palabras, Hy Gwyd alzó el escudo y blandió la lanza. Cuando el Caballero Negro vio que estaban dispuestos a enfrentarse con él, los atacó derribándolos con la misma facilidad que si hubieran sido tiernos infantes. Luego hizo el gesto de arrebatarles los caballos; pero los dos amigos, adiestrados por lo que le había pasado al rey, saltaron a una, agarraron la lanza del enemigo y lo derribaron de su montura. El Caballero Negro logró ponerse de rodillas y desenvainó la espada. Pero Hy Gwyd fue más rápido.

»Alzó la espada y la dejó caer: rodó la cabeza del Caballero Negro y su cuerpo se desplomó como si fuera un roble caído. Hy Gwyd envainó la espada, jadeante pero muy satisfecho de sí mismo.

»"Lo hemos conseguido, hermano -dijo-. Hemos triunfado donde fracasó nuestro rey. Nos hemos ganado fama y renombre al demostrar que somos más diestros que él."

»Teleri estaba aún intentando recobrar el aliento para responder, cuando se oyeron unos lamentos aún más quejumbrosos que los gemidos del Caballero Negro, y fueron aumentando hasta convertirse en un agudo gemido. Expresaban tanta pena y dolor que parecía que iban a arrancar lágrimas incluso de las piedras. Si toda la tristeza del mundo se expresara de pronto en una voz, no podría resultar tan conmovedora. Los dos guerreros creyeron que no podrían sobrevivir al violento ataque de tanto dolor.

»Miraron a su alrededor para dar con el origen de aquel grito y vieron una mujer arrastrándose cerca de donde estaban, y ¡oh!... era lo más horrible que habían visto en su vida. Si toda la belleza de las mujeres del mundo se marchitara de pronto y recayera en el descarnado cuerpo de la más repulsiva anciana, el resultado no podría dar idea de la fealdad que ambos jóvenes contemplaban. La cara de la mujer era una masa arrugada; dientes negros y torcidos le asomaban entre los labios partidos. Sus fláccidas carnes eran una masa de llagas agusanadas; piojos y gusanos pululaban entre sus cabellos. Los sucios andrajos que colgaban de su repulsivo cuerpo habían sido en otro tiempo hermosos vestidos.

»Los gemidos de dolor seguían saliendo de la garganta de aquella horripilante mujer, más y más quejumbrosos a medida que se acercaba. Cuando llegó al estanque, miró el cadáver del Caballero Negro y sus gemidos se hicieron aún más agudos. Los pájaros cayeron muertos de los árboles ante tan conmovedor sonido.

»"¡Malditos seáis! -exclamó, mientras lágrimas de tristeza le resbalaban por sus arrugadas mejillas-. ¡Miradme! Antes era hermosa y ahora soy horrible. ¿Qué va a ser de mí?"

»"Señora, ¿quién eres? -preguntó Teleri-. ¿Por que nos maldices?"

»"¡Habéis matado a mi marido! -repuso la espantosa mujer-. ¡Me habéis arrebatado a mi esposo y me he quedado sola y abandonada! -Se inclinó hacia el cadáver, cogió la degollada cabeza por los cabellos y la besó en la boca-. ¡Malditos! ¡Malditos! Mi señor ha muerto. ¿Quién cuidará de mí ahora? ¿Quién será mi consuelo y ayuda?"

»"Tranquilízate, si puedes -dijo Teleri-. ¿Qué quieres de nosotros?"

»"Habéis asesinado al Guardián del Estanque -dijo el espantajo-. Era mi marido. Ahora uno de vosotros ha de ocupar su lugar. Uno de vosotros debe tomarme por esposa", añadió, acercándose a los guerreros.

»Despedía tal hedor que a los dos amigos les fallaron las piernas y se les revolvieron las tripas. Con los ojos enrojecidos por el llanto, moqueando y babeando, la vieja les tendió los brazos mostrando un cuerpo tan arruinado y repugnante que los dos guerreros cerraron los ojos para no vomitar.

»"¡No! -gritaron-. No te acerques más o nos desmayaremos."

»"¿Y bien? -preguntó la Bruja Negra-. ¿Quién de vosotros va a tomarme por esposa?"

»Se dirigió primero a Hy Gwyd y añadió:

«"¿Quieres abrazarme tú?"

»Hy Gwyd apartó la vista de ella.

«"¡Apártate de mí, bruja! -le gritó-. Jamás te abrazaré."

«Entonces ella se dirigió a Teleri.

«"Creo que tú eres más compasivo -le dijo-. ¿Quieres abrazarme tú?"

»El estómago de Teleri se revolvió; le sudaban las palmas de las manos y las plantas de los pies. Aspiró profundamente para no desmayarse.

«"Señora, es lo último que haría en mi vida", respondió.

«Al oírlo, la mujer comenzó a llorar otra vez y tan lastimeros eran sus gemidos que se oscureció el cielo, comenzó a soplar el viento, empezó a llover y retumbó en los cielos un trueno. Incluso la tierra tembló y todo el universo se tambaleó mientras los árboles se derrumbaban y las montañas se hundían en el mar.

»La repentina arremetida de la tormenta llenó de pavor a los dos guerreros.

»"Vayámonos de aquí a toda prisa -gritó Hy Gwyd-. Ya hemos llevado a cabo lo que vinimos a hacer."

»Pero, aunque estaba muerto de miedo, Teleri no quería abandonar a la mujer si estaba en su mano remediar su aflicción.

»"Señora -le dijo-, aunque se me abran las carnes, os abrazaré."

»"¡Estás loco, Teleri! -le gritó Hy Gwyd-. ¡Te la mereces!"

»Luego montó a caballo y se alejó a toda prisa en medio de la tempestad.

»Teleri reunió todo su valor y se acercó a la bruja. Le lloraban los ojos, pero no sabía si era por el asco que le producía su aspecto o por el hedor que despedía. Le temblaban los brazos y la fuerza se le escurría como agua. Creyó que su pobre corazón iba a estallarle por la vergüenza y la repugnancia que sentía.

»No obstante, logró alzar los temblorosos brazos y abrazar a la vieja. Sintió que los brazos de ella, fríos como el hielo, lo asían y que sus esqueléticos dedos se le hundían en la carne.

»"Mujer -dijo-, ya te he abrazado y ha sido sin duda un triste abrazo. Ni la helada muerte puede ser más desolada, ni la fría tumba más horrible."

»"Ahora debes acostarte conmigo", le dijo la bruja echándole en pleno rostro su fétido aliento.

»De cerca era, si cabe, más fea, más horripilante y más repulsiva aún.

«"¿Acostarme contigo?"

»Teleri casi perdió la razón. Pensó en huir, pero la Bruja Negra lo tenía bien agarrado y como no había escapatoria decidió hacer frente a la situación.

»"Creo que será un repugnante acoplamiento. Pero si te satisface, lo haré para complacerte, pero el buen Dios sabe que yo no encontraré placer en semejante unión."

»Teleri cogió a la Bruja Negra en sus brazos y yació con ella. Posó sus labios en la repugnante boca y la besó. Hicieron el amor, carne joven sobre quebradizo esqueleto, pero Teleri no pudo soportarlo y perdió el conocimiento.

»Cuando se despertó se encontró entre los brazos de la más hermosa

doncella que jamás hubiera visto. Sus largos cabellos eran amarillos como el polen y sus brazos gráciles y flexibles, sus pechos firmes y sus piernas ágiles y largas. El joven se incorporó con un grito.

»"¿Dónde estoy? ¿Qué ha sido de la mujer que estaba aquí?"

»La doncella se sentó y sonrió, y a Teleri le pareció que hasta entonces no había visto el auténtico brillo del sol.

»"¿Cuántas mujeres necesitas?", le preguntó la muchacha, con una voz que era como la dulzura de la miel en la boca.

»"Señora -dijo Teleri-, tú eres la única mujer que necesito. Prométeme que nunca me dejarás."

»"Permaneceré siempre a tu lado, Teleri -respondió la joven-, pues, si no estoy equivocada, soy tu esposa y tú eres mi marido."

»"¿Cómo te llamas?", preguntó Teleri ante el absurdo de tener esposa pero desconocer su nombre.

»"Amado mío, mi nombre será el que te resulte más placentero al oído -respondió la joven con ternura-. Pronúncialo y así me llamaré para siempre."

»"Entonces te llamaré Arianrhod -dijo él-, porque es el nombre que más me gusta."

»Teleri atrajo hacia él a la joven y la abrazó; su piel era fina y suave y su contacto lo llenó de deleite. La besó y su alma se elevó en éxtasis. El amor que sentía no conocía límites.

»Luego se vistieron con ropajes dignos de reyes. Teleri encontró a su caballo pastando cerca y montó. Acomodó a su esposa delante de él y se alejó del estanque emprendiendo el regreso a su reino por el mismo camino por el que había venido.

«Tras varios días de viaje, Teleri y Arianrhod llegaron al *caer* de Cadwallon donde fueron calurosamente recibidos. Sus amigos celebraron la buena suerte que había tenido Teleri al encontrar una esposa tan bella y prudente.

«"Bienvenido a casa, Teleri -le dijo el rey Cadwallon-. Por fin has regresado. Empezaba a pensar que tendría que gobernar el reino yo solo, porque no encontraba a nadie digno de ayudarme."

«"¿Qué estás diciendo, señor? -preguntó Teleri-. Hy Gwyd se marchó antes que yo. Fue él quien mató al Caballero Negro."

«"Ah, pero no es Hy Gwyd quien está ante mí -repuso Cadwallon sacudiendo la cabeza lentamente-, ni tampoco es Hy Gwyd quien ha regresado tan espléndidamente ataviado y con una esposa tan hermosa y regia. El hombre del que hablas no ha vuelto y creo que jamás lo hará. Por tanto, no hablemos más de él, porque ya he hallado a quien merece más que ningún otro compartir mi trono, y a quien por esa razón deseo honrar por encima de todos los demás. Desde este día eres mi hijo y como tal gozarás de la bendición de mi poder y prosperidad."

»Tras estas palabras, el rey se quitó la torque de su garganta y se la puso a Teleri, confiriéndole así una dignidad real no menos soberana ni menos honorable que la suya. Teleri apenas podía dar crédito a su buena suerte.

»Cadwallon decretó una temporada de festejos en todo el reino y sembró general regocijo entre todos sus súbditos. Luego confió la mitad de

sus territorios a Teleri y se retiró al otro confín de su reino desde donde contempló con deleite y alegría cuanto hacía Teleri. En efecto, el joven se reveló como un astuto e inteligente rey, y, a medida que creció su gloria, creció también la de Cadwallon. La fama de Teleri aumentó entre su pueblo de modo que el prestigio del poderoso rey se incrementó a través del de su hijo adoptivo.

»Por su parte, Teleri, sobradamente satisfecho con la parte que le había correspondido, procuró aumentar la fama de su poderoso protector entre los hombres. Pero de Hy Gwyd nunca más se supo ni nadie volvió a verlo jamás. Parecía como si nunca hubiera existido.

»Teleri y Arianrhod gobernaron muchos años con sabiduría, siempre exultantes de felicidad. El amor que se dispensaban fue creciendo hasta colmar de imperecedera ventura todo el país del poderoso rey.

»Aquí termina la historia del Hijo del Poderoso Rey. Que la escuche quien lo desee.

11

LA CACERÍA DEL JABALÍ

Un esplendoroso y radiante día, recién entrada la primavera, abandonamos Dun Cruach. La nieve todavía cubría las montañas, pero yo ansiaba regresar a Dinas Dwr. Para completar el recorrido por Albión había que hacer todavía un lento viaje por Prydain y Caledon. Había que visitar aún muchos clanes y poblados del sur y todavía pasaría bastante tiempo antes de que por fin pudiéramos dirigir nuestros pasos hacia Dinas Dwr, en el norte.

Mi comitiva había ido aumentando desde que comenzamos el viaje, pues en cada lugar que visitábamos se nos iba añadiendo gente. Dun Cruach no fue una excepción; Cynan insistió en escoltarnos en nuestro viaje al sur de Caledon, con la excusa de que hacía mucho tiempo que un rey de los galanaes no visitaba sus posesiones. Ahora él era el rey y estaba en su derecho de hacerlo; además, el hecho de que lo vieran acompañando al *Aird Righ* incrementaría su fama.

La verdadera razón, sospechaba yo, era que quería mostrar a su esposa. Pero no me importó, pues era una ocasión para que volviéramos a cabalgar juntos otra vez, cosa que me entusiasmaba.

Como antes, nos precedían mensajeros que iban convocando al pueblo al *llys* del rey. Acampábamos en lugares sagrados: cruces de caminos, menhires y montículos de *gorsedd.* Allí recibía yo los juramentos de lealtad de las tribus caledonias y, como en Prydain y Liogres, acogía a los clanes bajo la protección de mi autoridad.

Una y otra vez mis pensamientos volaban a Dinas Dwr, mi espléndida ciudad sobre el agua. Me preguntaba cómo debía de estar mi pueblo, si los ganados y las cosechas habrían prosperado. Echaba de menos aquel lugar, echaba de menos mi variopinta tribu, y me preguntaba si me estarían echando de menos a mí. Sentía nostalgia de mi hogar y del palacio. Los placeres de la vida nómada empezaban a perder su atractivo y hacía tiempo que estaba harto de dormir en una tienda.

-Sólo quedan cuatro o cinco tribus que visitar en el sur -me animaba constantemente Tegid-. Y como quedan muy pocos habitantes en Prydain no tardaremos mucho tiempo en emprender el regreso hacia el norte.

-¿Cuánto? -pregunté yo.

-Unos veinte... -repuso el bardo.

-¡Veinte días! -exclamé con impaciencia.

-... o treinta -se apresuró a añadir Tegid-. Quizá más. No podré saberlo con certeza hasta que hayamos acabado de visitar todos los poblados del sur.

-Entonces... llegará el *Samhein* antes de que estemos en casa.

-De ningún modo. Deberíamos estar a la vista de Druim Vran antes del Lugnasadh, es decir, antes de la cosecha. -Hizo una pausa y esbozó

una sonrisa de placer-. Ha sido un buen trabajo. Las tribus han rendido honores a tu dignidad. Tus reyes hermanos te han dado la bienvenida. Es lo que esperábamos.

En verdad, el recorrido había sido triunfal. Como Tegid había dicho, los pueblos me aceptaban como *Aird Righ,* con lo cual podía sentirme más que satisfecho. Tras los tiempos que acabábamos de vivir bajo la tiranía de Siawn Hy y Meldron, la Soberanía Real ofrecía una sustancial garantía, no sólo de tranquilidad, sino sobre todo de estabilidad. Si el cumplimiento del rito del *Cylchedd* había ayudado a conseguirla, estaba dispuesto a repetirlo gustoso. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para lograr que Albión volviera a ser lo que había sido. Cualquier cosa.

-¿Por qué no vas de cacería con Bran? -sugirió Tegid despertándome de mis meditaciones-. Llegaremos a nuestro destino después del mediodía. Bran y algunos más están planeando explorar los senderos de caza de los que les ha hablado Cynan. Podrías acompañarlos.

-¿Tratas de librarte de mí, bardo?

-Sí. Ve con ellos. Por favor.

Bran se mostró más que encantado de incluirme entre su partida de caza. Hacía mucho tiempo que no salía de caza con él o con cualquier otro.

-Así, la punta de la lanza del rey no se oxidará por falta de uso -me comentó.

Era una manera amable de decir que no deseaba que me apoltronara, ahora que me sentaba más a menudo en un trono que en un caballo al galope. Una observación muy inteligente, desde luego.

Después de acampar, cogimos las lanzas y nos dirigimos al bosque. Era justo después del mediodía, como había dicho Tegid, y el día estaba templado. Tropezamos con el primer sendero de caza poco después de internarnos en el bosque, pero decidimos que probablemente no encontraríamos ninguna pieza tan cerca de los límites del bosque, y nos apresuramos a adentrarnos en la espesura.

La partida de caza constaba de seis hombres y, tras encontrar el segundo sendero, nos dividimos en tres grupos y seguimos el rastro avanzando de dos en dos. Bran y yo cabalgábamos en medio, a una distancia de tres o cuatro lanzas respecto a los que nos precedían y seguían; aunque la espesura del bosque no me permitía verlos, sabía que estaban a muy poca distancia.

Cabalgábamos en silencio y por fin encontramos el rastro de unos cerdos salvajes. Bran desmontó para estudiarlo.

-¿Cuántos? -le pregunté.

Bran, arrodillado junto al rastro, alzó la cabeza y respondió:

-Un pequeño rebaño. Cuatro al menos... quizá más. Cabalguemos un poco más para ver lo que encontramos -añadió incorporándose y escrutando el moteado sendero.

Avanzamos con suma precaución. Siempre es éste un momento tenso en la cacería, porque hasta que no son avistados los jabalíes existe el peligro de tropezar con ellos y sorprenderlos descuidados. Entonces pueden sobrevenir accidentes. Más de un cazador ha perdido el caballo o algo peor aún, al topar de improviso con un jabalí que no ha visto. Los

cerdos salvajes son bravos luchadores y no dudan en atacar cuando se ven acosados; en cambio, como otros muchos animales, si tienen ocasión, prefieren huir.

Bran y yo seguimos un trecho el rastro y nos detuvimos a escuchar. En el corazón del bosque, el aire estaba tranquilo; sólo el rápido tac-tac de algún pájaro carpintero rompía el denso silencio. De pronto, un poco más adelante, se oyó un ronco gruñido, y a continuación un crujido de ramitas y un revuelo de hojas secas. Bran bajó la lanza y apuntó a unos matorrales que estaban un poco más adelante y a la izquierda de nosotros. Aguardamos sin movernos y de súbito apareció una jabalina de considerable tamaño ofreciendo una clara diana. Los jabalíes no tienen buena vista, aunque sí oído muy agudo y olfato muy fino. Pero no hacía viento y si permanecíamos muy quietos podía ser que el animal se acercara más.

Aguardamos.

Dos pequeños jabatos, que debían de haber nacido tan sólo hacía dos días, se unieron a su madre, y luego tres más; emitían débiles ronquidos y correteaban bajo el vientre y entre las patas de la jabalina, mientras ella husmeaba el sendero con el hocico pegado a la tierra.

Bran sacudió la cabeza lentamente; no podíamos abatir la hembra y dejar a los jabatos sin madre, así que nos dispusimos a darnos la vuelta para evitar el encuentro, pues las hembras recién paridas, recelosas de su prole, pueden mostrarse muy quisquillosas y no queríamos asustarla. Pero cuando nos dábamos la vuelta, el matorral se movió y surgió un jabalí enorme.

Parecía más sorprendido que furioso, porque se detuvo en medio del sendero, movió la cabezota de un lado a otro para tratar de localizar el motivo de su agitación y supongo que para prepararse a arremeter contra nosotros. Eso nos dio tiempo a ponernos en guardia, y cuando el animal atacó, avanzamos hacia él con las lanzas dispuestas. Con sorprendente velocidad la fiera acortó la distancia que la separaba de nosotros. Sin embargo, nosotros estábamos preparados y habíamos decidido cómo abatirlo; Bran lo golpearía en el hombro y yo en las costillas.

El jabalí era un viejo y esforzado guerrero que conocía muy bien su fuerza. Nos engañó en su primer ataque y en el último momento se detuvo repentinamente, de tal modo que nos vimos obligados a tirar de las riendas y a volver grupas para mantenerlo en medio de los dos. Con el lomo encorvado y las cerdas erizadas sobre los hombros, el animal se quedó unos instantes quieto entre las sombras, con la cabeza baja, los colmillos relucientes y babeando mientras pateaba la hierba.

Bran y yo nos preparamos para una nueva acometida. Me latían las sienes; sentía que me hervía la sangre ante el reto del viejo jabalí. Sin esperar a que la fiera tomara la iniciativa, espoleamos los caballos para abatirla mientras corría. Pero la bestia no se movió, sino que permaneció donde estaba, aguardando. Cuando nuestras lanzas estaban casi sobre él, echó a correr de pronto hacia la izquierda, hacia mí, presentando con su enorme costado un perfecto blanco para mi lanza. Yo me eché hacia atrás para disparar.

El jabalí debió de percibir mi movimiento, porque hurtó el cuerpo y se

lanzó contra mí. Mientras corría gruñendo ferozmente, sus patas eran sólo un difuso borrón y sus colmillos un destello de blanco entre las sombras. Me preparé para resistir el ataque pues había decidido dejar que se acercara todo lo posible antes de disparar mi lanza. Bran se apresuró a reunirse conmigo con la esperanza de propinarle un segundo golpe si el mío fallaba.

De repente, se oyó un agudo chillido y aparecieron en el sendero otros dos jabalíes. Por el rabillo del ojo los vi como dos manchas corriendo a toda velocidad hacia mí. Bran soltó un sonoro grito de sorpresa. Tiré violentamente de las riendas y las patas de mi caballo casi se doblaron mientras el animal se esforzaba por detenerse y darse la vuelta en un mismo movimiento.

El primer jabalí se precipitó bajo las patas delanteras del encabritado caballo. Me las arreglé para rechazar al otro de un golpe cuando hacía amago de herir el flanco de mi corcel. Eché una rápida mirada al animal cuando se hacía a un lado para evitar la lanza; era un ejemplar joven que aún no había alcanzado la plena madurez: cuartos traseros delgados y pecho poco desarrollado. Sin embargo, suplía con mucho la escasa corpulencia con una asombrosa velocidad y bravura, porque apenas había pasado por un lado cuando atacaba por otro.

Previne con un grito a Bran y vi por el rabillo del ojo que la emprendía con el segundo animal con un rápido golpe de lanza. El jabalí se derrumbó sobre el lomo pateando y luego salió huyendo entre quejidos.

Bran tuvo entonces un momento de respiro. Se incorporó en la silla y pidió ayuda profiriendo unos gritos que atronaron el bosque. Yo también intenté gritar, pero estaba demasiado apurado como para hacerlo. El viejo jabalí había pasado junto a Bran como una exhalación y estaba otra vez detrás de mí. Oí sus furiosos ronquidos mientras se lanzaba al ataque. Me di la vuelta y le propiné una violenta y rápida lanzada. El proyectil lo alcanzó en una zona musculosa encima de la corcova.

La lanza se ladeó y el astil se rompió en dos con un sonoro crujido. Luego sólo sé que me encontré cayendo de costado al suelo.

Saqué la pierna del estribo y aterricé de un tremendo costalazo; pero al menos la pierna no me había quedado atrapada bajo el caballo. Me incorporé como pude y me apresuré a coger otra lanza sujeta en mi derribada montura.

Bran adivinó mi intención y me lanzó la suya, que se clavó a dos pasos junto a mí. La cogí y me precipité hacia mi caballo. Así las riendas y lo urgí a que se levantara; aunque sangraba profusamente por un corvejón, tenía la esperanza de que la herida no fuera grave.

-¡Llew! -gritó Bran.

En el preciso instante en que me volvía, la lanza del Cuervo me pasó por encima del hombro y alcanzó oblicuamente al jabalí que se había lanzado contra mí; fue suficiente para desviar su embestida. Yo disparé a mi vez, pero fallé el blanco pues el salvaje animal hurtó ágilmente el cuerpo echando espumarajos por el hocico.

Entonces oí detrás de mí un tremendo estrépito y al darme la vuelta vi que Alun y Emyr llegaban al galope en nuestra ayuda. Ante la súbita aparición de los recién llegados, los cerdos se dieron la vuelta y huyeron

por el sendero de caza.

-¡Huyen! -gritó Alun, espoleando el caballo para perseguirlos.

Emyr y Bran lo siguieron. Yo pasé el brazo por el cuello de mi corcel y monté. Poco después galopaba tras ellos. Los jabalíes huían ceñidos a un lado del sendero, protegiéndose así entre la maleza. Nuestra única esperanza de cenar cerdo asado era perseguirlos hasta que llegaran a un lugar abierto.

Preparamos las lanzas y acordamos la estrategia de caza. Después, cuando casi habíamos dado alcance a nuestras veloces presas, el sendero dibujó un recodo y nos encontramos de pronto en un soleado calvero rodeado de zarzas. En el centro se alzaba un dolmen: tres piedras verticales coronadas por una enorme losa a modo de tejado. El dolmen estaba rodeado por una zanja poco profunda cubierta de hierba.

El jabalí viejo bajó la cabeza, atravesó el claro esquivando el dolmen y se metió entre los matorrales del otro lado del calvero. Su joven compañero, sin embargo, no fue tan astuto. El animal salvó la zanja y desapareció tras el dolmen perseguido de cerca por Emyr. Alun y yo corrimos hacia el otro lado para cortarle la retirada. Bran se quedó a la entrada del calvero para evitar que el impetuoso jabalí huyera por donde habíamos llegado.

En cuanto nos vio al otro lado del dolmen, la fiera continuó corriendo por segunda vez. Emyr le salió al encuentro y lo acosó. Ahora nos tocaba a Alun y a mí. Pero el veloz cerdo correteó entre las piedras y nos esquivó. Emyr gritó cuando vio aparecer al animal en su lado una vez más, y yo vi entonces una borrosa mancha marrón que dibujaba una tercera vuelta alrededor del dolmen.

Alun blandió la lanza mientras el jabalí aparecía de nuevo ante nosotros. La lanza se clavó en el suelo justo delante del hocico del animal. El cerdo emitió un asustado gruñido y buscó cobijo bajo el dolmen.

Lo vi escabullirse entre las sombras del megalito y vislumbré su silueta recortada contra el verdor del otro lado. Luego, de pronto, desapareció.

El jabalí se había desvanecido como por encanto. Lo vi desvanecerse ante mis propios ojos; mejor dicho, lo vi y luego ya no volví a verlo. El animal sencillamente se había evaporado -colmillos, cola, cerdas, todo- dejando atrás tan sólo un gruñido.

Lo vi desaparecer y el estómago se me encogió; el corazón me dio un vuelco y me sentí desvanecer. La lanza se me escurrió entre los dedos; intenté asirla pero me fallaron las fuerzas y el arma cayó pesadamente al suelo.

-¿Dónde está? -gritó Emyr, mirando a Alun que seguía inclinado sobre la silla lanza en ristre, preparado para dispararla. Ninguno de los dos había visto cómo desaparecía el animal.

-¡Se ha escondido ahí! -repuso Alun señalando un recoveco entre las piedras.

Con toda cautela, Emyr se acercó al dolmen y hurgó con la lanza bajo la losa que coronaba el megalito, con la intención de hacer salir al animal. Con temblorosos dedos, cogí las riendas, volví grupas y abandoné el calvero. Al pasar junto a Bran, oí que me gritaba:

-¿Lo han matado? ¡Llew!

No respondí. Sobrecogido por el abrumador suceso, no podía ni hablar. Me limité a picar espuelas.

-¡Llew! ¿Qué ha ocurrido? -preguntó Bran, inquieto.

Yo sabía muy bien lo que había ocurrido: el entretejido de los mundos se había debilitado tanto que incluso un asustado jabalí podía cruzar el umbral a plena luz del día. La balanza entre los mundos se había desequilibrado; el Nudo Sin Fin se estaba desenmarañando. El Otro Mundo y el mundo manifiesto que yo había abandonado se desplomaban uno sobre el otro. El caos era inminente.

Me pareció percibir el crujido del vacío mientras me alejaba del claro. Se me helaba el corazón... y la mano: en efecto, sentía que mi mano de plata se me iba congelando en el extremo del brazo. Su helor se me calaba hasta los huesos. Se me emborronaba la vista.

-¿Estás herido, señor? -oí que preguntaba a mis espaldas el jefe de los Cuervos.

No le hice caso y seguí cabalgando...

Casi había llegado al límite del bosque cuando los demás me dieron alcance. Estaban confusos ante mi reacción y decepcionados por no haber cobrado pieza alguna. Ninguno de ellos dijo una palabra, pero percibí su tácito asombro ante mi conducta. Regresamos al campamento sin cruzar palabra y tras haber desmontado me dirigí a Bran:

-Ve a buscar a Tegid -le ordené mientras entraba en mi tienda.

Goewyn no estaba. Habría ido a alguna parte con Tángwen. Me senté en el centro de la tienda sobre una piel de buey roja, crucé las piernas, doblé los brazos sobre el pecho e incliné la cabeza hasta casi tocar con ella las rodillas. Aguardé mientras me iba invadiendo una marea de desesperación; me pareció que sólo resistiría su acometida si no pensaba en lo que había visto ni en su significado.

-Deprisa, Tegid -murmuré balanceándome lentamente hacia atrás y hacia delante.

De este modo mantenía a raya la marea e impedía que me tragara y me llevara lejos. No sé cuánto tiempo pasó, pero al fin oí un rumor de pasos fuera e intuí la presencia de alguien a mi lado. Abrí los ojos y alcé la cabeza.

Tegid me miraba con una arruga de preocupación en la frente.

-Aquí me tienes, hermano -dijo con voz suave-. ¿Ha ido bien la caza?

Cerré los ojos otra vez y sacudí la cabeza. Como no le respondí, el bardo me preguntó:

-¿Qué ha sucedido? -Hizo una pausa-. Llew, dime, ¿qué ha sucedido?

Le tendí mi mano de plata.

-Está fría, Tegid. Como el hielo.

El bardo se inclinó y tocó con aire meditabundo el metal.

-Eso parece -observó irguiéndose de nuevo-. Háblame de la cacería.

-Tres jabalíes -comencé con voz vacilante-. Nos proporcionaron una buena cacería. Los perseguimos en el corazón del bosque. Uno escapó; seguimos a los otros dos hasta un calvero. Había un dolmen rodeado por una zanja. Acosamos a uno de los cerdos en torno al dolmen y... y

desapareció.

-¿El dolmen?

Eché una rápida mirada al bardo para ver si me estaba tomando el pelo.

-El jabalí. El jabalí desapareció. Vi cómo se desvanecía y sé adónde fue.

-¿Lo vieron los demás? -preguntó Tegid.

-Eso es lo de menos... ¿no? -le espeté.

Tegid me miró fijamente.

-Yo he visto antes ese animal -le dije- Antes de venir a Albión. Vi ese animal. Es como lo de los uros, ¿no te das cuenta?

Pero Tegid no se daba cuenta. ¿Cómo podía hacerlo? Así que le expliqué lo de los uros..., los uros que habíamos perseguido durante nuestra huida a Findargad y que habían desaparecido en un montículo, del mismo modo que se había desvanecido el jabalí.

-Pero si lo matamos -protestó Tegid-. Nos comimos su carne.

-¡Eran *dos*! -repliqué-. Uno desapareció y matamos al otro. Esos uros nos trajeron a Simon y a mí a Albión; mejor dicho, el que acosamos fue el que nos trajo hasta aquí. Y el que perseguimos hoy es el que vi antes de venir.

Tegid sacudió la cabeza lentamente.

-Te he escuchado, hermano, pero no acabo de entender qué te inquieta -dijo-. Es mala suerte, pero...

-¡Mala suerte!

Tegid me miró unos instantes, luego se sentó frente a mí y me dijo:

-Si quieres que te entienda, tendrás que explicarme lo que significa todo esto.

Hablaba despacio pero había cierta crispación en su voz; procuraba dominarse, pero le costaba un evidente esfuerzo.

-Significa -contesté cerrando otra vez los ojos- que Nettles estaba *equivocado.* El equilibrio no se ha restaurado. El Nudo... el Nudo Sin Fin sigue desenmarañándose.

12

EL REGRESO DEL REY

Aunque Tegid y yo estuvimos hablando largo y tendido, fui incapaz de hacerle entender el significado de la desaparición del jabalí. Probablemente no supe explicárselo bien, o al menos de una forma en que pudiera entenderme. Parecía que ansiaba comprenderlo, pero mi explicación adolecía de algún elemento crucial de persuasión. No fui capaz de que viera el peligro que nos amenazaba.

-Tegid -dije al fin-, es tarde y estoy cansado. Vayamos a comer alguna cosa.

Tegid coincidió en que era lo mejor que podíamos hacer; se levantó con cierta dificultad y salió de la tienda. Hasta tal punto mi mente se había impregnado de pesimistas presentimientos que me asombró la belleza del crepúsculo: tonos rosas, carmesíes, cobres, granates y fucsias teñían de esplendoroso resplandor un radiante cielo de color jacinto. Pestañeé y me detuve unos instantes a admirarlo. La atmósfera estaba aún templada, sólo una ligera y fresca brisa anunciaba la noche. Pronto aparecerían las estrellas y contemplaríamos otro espectáculo casi del mismo esplendor.

Pese a tantos padecimientos, Albión sobrevivía. ¿Cómo era posible? ¿Qué la mantenía con vida? ¿Qué la sostenía al borde mismo del cataclismo y del desastre?

-¿Qué miras? -me preguntó Goewyn con voz dulce.

-Un milagro -respondí-. Contemplo todo esto y me pregunto cómo es posible que perdure.

Al ver a Tegid salir de la tienda, Goewyn se había apresurado a acudir a mi encuentro. Mientras el bardo y yo hablábamos se había mantenido alejada de la tienda, pero ahora estaba ansiosa por enterarse del motivo de la conversación.

-¿Tienes hambre? -me preguntó.

Tomando mi mano de carne entre las suyas, se abstuvo de comentar que había estado esperando mucho tiempo, pero sus oscuros ojos castaños revelaban la curiosidad que sentía.

-Lo siento -le dije-. No tenía intención de excluirte. Tegid y yo estábamos hablando, podías haberte unido a nosotros.

-Cuando un rey y su bardo celebran consejo nadie debe inmiscuirse -repuso.

No había irritación alguna en su tono, y me di cuenta de que, pese a la natural curiosidad que sentía, habría impedido a toda costa que alguien nos interrumpiera.

-La próxima vez te haré llamar, Goewyn -dije-. Perdóname.

-Estás inquieto, Llew -dijo poniéndome su fresca mano en la frente y acariciándome los cabellos-. Ve a dar un paseo. Traeré comida y te

aguardaré en la tienda.

-No, ven a pasear conmigo. No quiero estar solo en estos momentos.

Paseamos un rato sin hablar. La silenciosa presencia de Goewyn era un bálsamo para mi torturado espíritu y comencé a tranquilizarme. Cuando las estrellas comenzaban a surgir volvimos a la tienda.

-Ahora descansa. Haré que traigan algo de comer.

Contemplé cómo se alejaba y sentí que mi corazón volvía a la vida; hasta tal punto amaba todas y cada una de las líneas de su cuerpo.

Mi melancolía se desvaneció de súbito. Ante mí estaban el amor y la vida, colmados y libres. Ante mí brillaba un alma como la llama de un faro, y brillaba sólo para mí. Deseaba tomarla entre mis brazos y estrecharla así para siempre.

«No me abandones nunca, Goewyn.»

Al entrar en la tienda encontré a Tegid y Bran aguardándome. Tegid también había llamado a Cynan. Habían sido encendidas y dispuestas alrededor de la tienda velas de junco que proyectaban una luz rosada en el interior. Cuando aparecí en la puerta, los tres interrumpieron su conversación.

-No era necesario, Tegid -le dije al bardo.

-Estás inquieto, hermano -repuso el bardo-. Y como no he sabido reconfortarte he traído a tus jefes de batalla para que te ayuden.

Les agradecí su presencia e insistí en que no necesitaba su ayuda.

-Tengo a Goewyn para reconfortarme -les expliqué.

-Ha sido mala suerte que el jabalí se escapara -se condolió Bran-. Pero mañana encontraremos otro.

-El sendero de caza está repleto de jabalíes -añadió Cynan.

Sacudí la cabeza e intenté de nuevo explicarme.

-No se trata del jabalí. No me importa en absoluto. Lo que me preocupa es lo que representa su repentina desaparición. ¿No os dais cuenta?

Por la forma en que me miraban era evidente que no se daban cuenta. Lo intenté otra vez.

-Nos acecha un grave peligro -dije- Existe un equilibrio entre este mundo y el mío, y ese equilibrio ha sido perturbado. Creí que al vencer a Siawn Hy y a Meldron se habría recuperado... Nettles también lo creía así. Pero estaba equivocado, y ahora...

Me miraban sin entender e interrumpí mi discurso. Los había vuelto a perder.

-Si nos acecha un grave peligro, pronto sabremos de qué se trata -sugirió Bran-. Y lo venceremos.

Hablaba como un guerrero.

-No se trata de un peligro de esa clase -repuse.

-Podemos vencer a cualquier enemigo -fanfarroneó Cynan-. Que venga. No existe adversario al que no podamos vencer.

-No es tan sencillo, Cynan -dije suspirando y sacudiendo otra vez la cabeza-. Créeme, ojalá lo fuera.

Tegid, ansiando ayudar, observó:

-La profecía de la *banfáith* se ha cumplido en todos sus detalles. Todo lo que ha sucedido y todo lo que aún tiene que suceder está contenido en

esa profecía.

-¿Lo ves? -corroboró Cynan con aire satisfecho-. No tienes por qué preocuparte. Contamos con la profecía para ayudarnos si se presenta algún peligro. No hay motivo alguno de inquietud.

-No lo entendéis -dije cansadamente.

Era como si un golfo nos separara, un golfo tan ancho y profundo como el que quizá separaba a los mundos. A lo mejor no había modo de salvarlo. Si el profesor Nettleton hubiera estado allí, habría sabido qué decir para hacerles entender. Nettles sabría lo que significaba aquello... ¿o no? Se había equivocado respecto a mi permanencia en Albión; era evidente que yo tenía aún algo que hacer allí. Pero entonces, a lo mejor estaba en lo cierto; a lo mejor era mi presencia lo que estaba ocasionando el peligro.

Casi gemí de dolor por el esfuerzo que me suponía intentar encontrar un sentido a aquel laberinto. ¿Por qué, oh, por qué era tan difícil?

-Si somos incapaces de entenderlo -observó el bardo-, guiémonos por la profecía.

Juntó las manos, se llevó la punta de los dedos a los labios y exhaló un profundo suspiro. Luego cerró los ojos y salmodió con reposada intensidad la profecía que me había confiado Gwenllian, la *banfáith* de Ynys Sci.

Yo no necesitaba que me la recordaran; me la sabía de memoria como si la llevara grabada en el corazón. Sin embargo, siempre que oía las tremendas e implacables palabras de la *banfáith* sentía que una poderosa e incomprensible fuerza me arrastraba... ¿quizás era el destino? No lo sé. Pero era como si me encontrara en la playa a merced de la marea. Los acontecimientos, como olas, se arremolinaban a mi alrededor y me arrastraban; yo me resistía, nadaba contra la marea, pero al fin me arrastraban irremisiblemente.

Tegid dio fin a su recitación con estas palabras:

-Antes de que Albión sea una, debe ser realizada la Hazaña Heroica y debe reinar Mano de Plata.

Cynan y Bran parecían inmensamente complacidos. Bran asintió con aire de suficiencia y Cynan cruzó los brazos sobre el pecho como si hubiera alcanzado una victoria.

-¡Mano de Plata ya reina! -declaró con orgullo-. Y cuando el *Cylchedd* haya concluido, Albión será otra vez una, bajo la autoridad del *Aird Righ.*

-Sin duda alguna -exclamó con entusiasmo Bran.

Yo no estaba convencido, pero había agotado mis argumentos. En ese momento llegó Goewyn con una doncella que portaba nuestra cena y decidí dejar de lado el asunto. Si algo iba mal, sin duda el profesor Nettleton vendría a avisarme, o se las apañaría de algún modo para enviarme un mensaje.

-Esperemos que así sea -asentí a regañadientes, y les rogué que se retiraran a sus tiendas a descansar.

-Estaremos alerta, señor -prometió Bran al marcharse-. Es todo cuanto podemos hacer.

-Es cierto, Bran, muy cierto.

El Cuervo y Cynan salieron de la tienda seguidos por Tegid, que,

aunque parecía ansioso por decirme algo, se limitó a mirar a Goewyn un instante y desearle buenas noches; luego se marchó dejándonos a solas para que compartiéramos nuestro pan y mi tristeza.

-Come, esposo mío -me rogó Goewyn cariñosamente, tendiéndome el plato-. Un hombre no puede pensar o luchar con el estómago vacío.

Se me hizo la boca agua al oler la carne hervida en espeso y especiado caldo. Cogí el plato con mi mano de plata, metí en él los dedos y comencé a comer. Seguí dando vueltas en mi mente a las severas promesas de la profecía y comí en silencio sin hacer caso de la presencia de Goewyn sentada ante mí.

-Toma, amor mío -dijo ella al cabo de un rato sacándome de mis meditaciones-. Para ti.

Alcé la mirada y vi que partía una pequeña hogaza de pan moreno y me tendía sonriente la mitad.

Era un gesto sin importancia, cotidiano: me tendía la mano como si quisiera desbaratar con un pedazo de pan los desconocidos azares que nos preparaba el futuro; era un gesto humilde e insignificante frente a la abrumadora incertidumbre que nos acechaba. Sin embargo, en aquel momento era más que suficiente.

Al día siguiente reanudamos el viaje, y todo salió tan bien como hasta entonces. No sucedió ninguna desgracia. La tierra no se abrió bajo nuestros pies para tragarnos; el cielo no se derrumbó; el sol no se desvió de su órbita. Y, cuando llegó la noche, surgió la luna y envolvió a la tierra con su hermosa luz. Todo estaba, pues, como debía estar.

Al cabo de unos cuantos días, empecé a convencerme de que la desaparición del jabalí era simplemente un último eco de la perturbación desencadenada por Simon y Meldron; era un insignificante y aislado suceso que no presagiaba ningún desastre. Albión estaba sanando de sus heridas, sí, pero era una utopía esperar que todo volviera a la normalidad de la noche a la mañana. Sin duda, el proceso de curación sería largo. Y al fin y al cabo, tal como daban a entender Tegid y Cynan, mi reinado era el elemento primordial de esa recuperación. ¿Cómo podía pensar de otro modo?

Ya había terminado *maffar,* la más dulce de las estaciones, y estaba bastante avanzada *gyd,* la estación del sol, cuando pusimos rumbo al norte. Me sentía muy satisfecho de haber realizado el recorrido, pero más aún de haberlo terminado. Echaba de menos Dinas Dwr y a los amigos que se habían quedado allí. Y ansiaba ver lo que se había realizado en mi ausencia.

Una vez terminado nuestro viaje por el sur, Cynan y Tángwen se despidieron, pero no sin habernos prometido que irían a pasar el invierno con nosotros en Dinas Dwr.

-Concedednos el placer de vuestra compañía. Nuestro palacio es un establo comparado con el vuestro -les dije-. Y junto a la chimenea hace tanto frío como en las cimas de las montañas nevadas. Pero será menos terrible si consentís compartir nuestra comida.

-*Mo anam* -exclamó Cynan- ¿Esperas que rechace tan generosa invitación? Ve llenando las copas, hermano... ¡Cynan Machae estará en el

umbral de tu hogar cuando el viento ulule en los tejados de troncos!

Así, Cynan y Tángwen regresaron a Dun Cruach y nosotros nos encaminamos hacia San Cathmail. En cuanto hubimos emprendido el regreso, mi impaciencia llegó al paroxismo. Me parecía que avanzábamos muy despacio. Cada jornada transcurrida me parecía estar más lejos; a cada paso que dábamos mi nostalgia aumentaba; me abrasaba como la sed en una garganta seca.

Hasta que el terreno no empezó a subir y vi brillar las altas cimas en la azulada calima, no comencé a convencerme de que por fin estábamos de vuelta. El día que divisé Môn Dubh no pude contenerme por más tiempo. Me adelanté con Goewyn a la vanguardia de la comitiva y habría dejado atrás a los demás si Tegid no me lo hubiera impedido.

-No puedes regresar de este modo -me dijo cuando nos dio alcance-. Deja que tu pueblo se prepare para dispensarte una adecuada bienvenida.

-Volver a ver Dinas Dwr es suficiente bienvenida para mí -insistí yo-. Ya estaríamos allí si no nos hubieses detenido. Nos adelantaremos. Que los demás lleguen cuando quieran.

El bardo sacudió la cabeza con firmeza.

-Un día más, y entonces entrarás en tu ciudad y recibirás la bienvenida que un rey merece. Enviaré a Emyr para que prepare tu camino -insistió él prestando oídos sordos a mis protestas-. Hasta ahora hemos observado el ritual en todos los detalles. Cumplámoslo hasta el final.

Goewyn se mostró de acuerdo con él.

-Sigue los sabios consejos de tu bardo -me rogó-. Sólo es un día más, y a tu pueblo le complacerá enterarse con anticipación de tu regreso, para poder recibirte como exige tu rango.

De este modo, Emyr fue enviado para anunciar nuestra llegada y yo tuve que pasar una noche más en mi tienda. Como un niño la víspera de una fiesta, estaba demasiado excitado como para poder dormir. Acostado en el lecho daba vueltas sin cesar y acabé por levantarme y salir a pasear mi inquietud.

Era noche cerrada, la luna brillaba en lo alto. El campamento estaba silencioso. Oí el ulular de una lechuza y la respuesta del macho a poca distancia. Miré hacia el sonido y vi una fantasmal silueta entre las copas de los árboles. Las colinas circundantes se dibujaban suavemente contra un cielo todavía salpicado de plata. Todo estaba sumido en las sombras y el silencio... De pronto, me llamó la atención un pequeño detalle: un ligero resplandor sobre la cima de una lejana montaña.

Miré con atención y tardé un momento en darme cuenta de lo que era: una almenara. En ese preciso instante sentí un escalofrío en mi mano de plata; una aguda y fría punzada.

Me volví para observar las colinas que quedaban a mi espalda, pero no vi brillar respuesta alguna. Me pregunté qué indicaría aquella señal y pensé levantar a Tegid del lecho para enseñársela. Pero el resplandor de la almenara se desvaneció y con él mi certeza de haberla visto realmente. A lo mejor no era más que el fuego del campamento de algunos cazadores; o quizá Scatha había enviado exploradores al risco para que le anunciaran nuestra llegada.

Recorrí el perímetro del campamento y me detuve a hablar unos instantes con los centinelas que vigilaban los caballos, pero no habían visto nada. Completé la inspección del campamento y regresé a la tienda. Me acosté y me quedé dormido arrullado por la lenta y profunda respiración de Goewyn.

Al día siguiente me desperté temprano, me vestí con rapidez y procedí a contagiar a todos mi nerviosismo metiéndoles prisa. Estábamos tan sólo a un día de Druim Vran y si nos apresurábamos podríamos llegar al lago a la puesta de sol y cenar aquella noche en Dinas Dwr.

A mediodía divisé la oscura silueta de la Sierra del Cuervo y pensé que no íbamos a llegar nunca. Sin embargo, mientras el sol comenzaba a ponerse lentamente por el oeste, entramos en la ancha llanura que se extendía al pie de las montañas. La sombra del montículo del *gorsedd* se alargaba en la llanura y la imponente mole de Druim Vran se elevaba hacia el cielo.

En lo más alto del risco, el pueblo nos aguardaba para darnos la bienvenida al hogar. Mi corazón se regocijó al verlo.

-Escucha -dijo Goewyn ladeando la cabeza-. Están cantando.

Estábamos aún muy lejos para entender las palabras, pero el canto caía desde lo alto del risco como una dulce lluvia. Me detuve, me di la vuelta y grité a Tegid:

-¿Lo oyes? ¿Qué están cantando?

El bardo picó espuelas para reunirse conmigo, se detuvo a mi lado y aguzó el oído; luego sonrió.

-Es *La Bienvenida de Arianrhod* -respondió-, la canción que Arianrhod le canta a su amado cuando lo ve llegar en su ayuda navegando sobre las olas.

-¿De veras? -pregunté- Nunca he oído contar esa historia.

-Es una hermosa leyenda -comentó Tegid-. Algún día te la cantaré.

Levanté el rostro y escuché embelesado aquella alegre canción. Nunca habría podido imaginar que pudiera emocionarme tanto el ver a mi pueblo en el risco entonando su bienvenida hacia el valle. Se me llenaron los ojos de lágrimas; indudablemente, había vuelto a mi hogar.

13

EL MOLINO DEL AIRD RIGH

-¡Deprisa! ¡Deprisa! -gritó Goewyn adelantándome-. Creí que estabas ansioso por llegar a casa.

Espoleé mi caballo y galopé tras ella. Goewyn llegó al pie del risco antes que yo y sin aminorar la marcha emprendió la ascensión. La seguí entre la nube de polvo y las piedrecillas que levantaban las pezuñas de su corcel, pero no pude darle alcance. Llegó antes que yo a la cima del risco, desmontó de un salto y me aguardó.

-Bienvenido a casa, oh rey -me dijo.

Pasé una pierna por encima del cuello de mi caballo y desmonté.

-Señora, exijo que me dé un beso de bienvenida -dije atrayéndola hacia mí.

El pueblo corrió a nuestro encuentro y muy pronto nos vimos rodeados por una multitud ansiosa de saludarnos.

¡Qué alegre bienvenida! El tumulto era sincero y ruidoso, los saludos mareantes. Enseguida nos vimos arrastrados por un verdadero remolino de bienvenidas. Scatha apareció entre la multitud, tendió los brazos hacia su hija y la atrajo hacia ella con ternura; luego me abrazó estrechamente y cogiendo mi mano y la de Goewyn nos contempló con ojos brillantes y dijo:

-Bienvenidos, hijos míos, me alegro infinito de veros.

Nos besó a ambos y nos abrazó de nuevo con los ojos húmedos de emoción.

-Os he echado mucho de menos a los dos -dijo.

Luego, mirándonos fijamente a los ojos, preguntó:

-¿Sólo sois dos?

-Por ahora todavía dos -respondió mi esposa.

-Bueno -concedió Scatha-, no por eso sois menos bienvenidos. Todos los días me acordaba con nostalgia de vosotros.

La abrazamos otra vez mientras yo dirigía una rápida mirada al *crannog.*

-Ya veo que Dinas Dwr ha sobrevivido a nuestra ausencia.

-¿Sobrevivido? -voceó Calbha abriéndose paso entre el gentío, con los cuervos que se habían quedado pisándole los talones-. ¡Hemos prosperado! ¡Bienvenido, Mano de Plata! -añadió asiéndome ambas manos-. ¿Ha ido bien el viaje?

-Mejor imposible, Calbha -repuse- Hemos recorrido todo el territorio. Todo ha salido a la perfección.

-Esta noche celebraremos vuestro regreso -anunció Scatha-. Ahora os aguarda en palacio la copa de bienvenida.

Gracias a la previsión de Tegid, Scatha y Calbha habían tenido tiempo sobrado para preparar la fiesta de nuestro regreso. Empujados por el alegre gentío, nos dirigimos a la ciudad del lago; a la dorada luz del sol

poniente Dinas Dwr me pareció una gema que brillaba en un vasto y resplandeciente brazalete.

Una vez en la orilla, saltamos a los botes y remamos deprisa hacia el *crannog,* donde nos aguardaban los que habían tenido que quedarse en la ciudad para ocuparse de los preparativos.

En el momento en que saltamos de los botes percibimos el aroma a carne asada. Dos bueyes y seis cerdos rezumaban grasa sobre el carbón vegetal; fuera del palacio habían sido dispuestas tinajas de cerveza y pellejos de aguamiel. Al acercarnos, doce muchachas se apresuraron a salir a nuestro encuentro portando copas de oro y plata.

-Bienvenido, poderoso rey -dijo una graciosa y sonriente doncella tendiéndome una copa-. Has estado ausente del hogar mucho tiempo. Bebe y descansa -añadió con dulzura, y mi corazón se derritió al oírla.

Cogí la copa, me la llevé a los labios y bebí un trago del dulce y dorado néctar. Estaba aromatizado con anís y sentí su caricia en mi lengua y su calor en mi garganta. Tras afirmar calurosamente que era la mejor bebida que jamás hubiera probado, le pasé la copa a Goewyn. Después de que hubiera bebido el rey, fueron distribuidas el resto de copas, vasijas y jarras; luego dio comienzo la fiesta.

Nadie se sentía más feliz que yo por haber regresado a casa. Contemplé satisfecho la abarrotada sala y los rostros radiantes de cuantos se habían quedado. Era mi pueblo, yo era su rey. Sentí que en verdad estaba de vuelta en mi hogar, que me habían echado de menos y que estaban muy contentos con mi regreso.

Hasta que no me encontré en palacio, saboreé el aromatizado aguamiel y oí las aclamaciones de mi pueblo, no capté plenamente la sabiduría de Tegid al proponerme el viaje. Al recorrer el territorio como rey, había incrementado mi majestad. Ahora pertenecía a aquella tierra, formaba parte de ella en cuerpo y alma. De forma ancestral y mística, el viaje unía mi espíritu con Albión y con su pueblo. Sentí que mi alma se ensanchaba hasta abarcar a cuantos me rodeaban y me acordé de cuantos había conocido durante mi recorrido. Con la misma intensidad con que amaba a los que estaban junto a mí, amaba también a los ausentes. Todos eran mi pueblo y yo era su rey.

Vi a Tegid a cierta distancia con una vasija en las manos, rodeado de sus *mabinogi.* Al darse cuenta de que lo estaba mirando bajó la vasija y sonrió. El astuto bardo sabía muy bien lo que había ocurrido. Sabía muy bien el efecto que el viaje y aquella bienvenida producirían en mi alma. Me sonrió por encima del recipiente, lo alzó y bebió un trago. Oh, sí, claro que lo sabía.

Goewyn me entregó otra vez la copa, yo la alcé hacia Tegid y bebí de nuevo. Luego brindamos Goewyn y yo. Garanaw, que se había quedado para ayudar a Scatha a entrenar a los jóvenes guerreros, se acercó a saludarme como a un hermano. Bebimos juntos y luego me vi embarcado en una prolongada ronda de brindis, a la salud de todos los amigos a quien hacía tanto tiempo no había visto.

Luego trajeron la comida: montañas de panes y pasteles, crujientes pedazos de carne asada, humeantes calderos llenos de puerros, calabacines y coles. Fue un banquete espléndido: comimos a la luz de las

antorchas, rodeados por la oscuridad y el calor de la noche.

Cuando acabamos de cenar, Tegid pidió su arpa y nos dejamos llevar por la música. La melodía sin igual que el bardo arrancaba de las cuerdas convertía la bóveda celeste en una vasta Copa de Adivinación, llena a rebosar con el agua oscura de todas las posibilidades y en la que cada estrella brillaba como una tentadora promesa. Rompía el alba cuando finalmente nos retiramos a descansar y nos abandonamos al sueño de la felicidad.

Pocos días después se marchó Calbha, ansioso de regresar a sus territorios de Llogres y establecerse allí con su pueblo antes de que llegara *sallen.* Yo no envidiaba la dura tarea que le aguardaba y cuidé de que se llevara abundantes provisiones de grano y aguamiel, y cerdos, ovejas y vacas con los que comenzar a criar nuevos rebaños. Le di todo lo necesario para pasar el primer invierno y nos separamos con votos de eterna amistad y promesas de visitarnos a menudo. Él y los supervivientes de su tribu emprendieron la marcha con una docena de carros repletos de provisiones, herramientas y armas.

Como Calbha había dicho, Dinas Dwr había prosperado durante nuestra ausencia. Los cultivos y los rebaños habían medrado, la gente había prosperado y se sentía feliz. El horror desencadenado por Meldron, el Salvaje Sabueso, se iba desvaneciendo y con él la corrupta abominación de su reinado.

Tras haber llevado a cabo el *Cylchedd* por mis territorios, no me hacía a la idea de sentarme en mi trono y contemplar tranquilamente cómo iban pasando los días; en efecto, ansiaba más que nunca llegar a ser un buen rey. Mientras los días calurosos iban transcurriendo, me preguntaba una y otra vez qué podía hacer en beneficio de mi pueblo. ¿Qué podía regalarles?

Mi bardo me sugirió que les regalara la prudencia de un sabio gobierno, pero yo quería algo más tangible: una obra de ingeniería como un puente o una carretera; pero ninguna de las dos cosas me parecía realmente adecuada. Si era una carretera, ¿adónde iría? Si era un puente, ¿sobre qué lo tendería?

Estuve pensando un par de días tratando de dar con algo práctico que proporcionara un buen servicio a mi pueblo. Y, por casualidad, una mañana en que paseaba entre los cobertizos y los talleres a la orilla del lago, oí el lento y pesado chirrido de una rueda. Miré hacia allí y vi a dos mujeres inclinadas sobre una enorme rueda doble de piedra. Una de ellas daba vueltas a la piedra superior con un bastón, mientras la otra iba derramando grano seco por el agujero de en medio. Al darse cuenta de que las estaba mirando, ambas me saludaron.

-Por favor, continuad -les dije-. No quiero interrumpiros.

Ellas reanudaron su tarea y yo observé el duro proceso. Vi sus esbeltas espaldas inclinadas y sus brazos tensos por el esfuerzo de hacer girar la pesada rueda. Era un duro trabajo para conseguir un alimento que se consumiría inmediatamente, y al día siguiente habría más grano que moler. Cuando acabaron, las mujeres recogieron la harina de la piedra y utilizaron una escobilla de paja para barrer las partículas más

pequeñas y meterlas en un saco. Luego me dijeron adiós y se marcharon. Pero, tan pronto como se quedó libre la piedra, aparecieron otras dos mujeres, cogieron grano del almacén y procedieron a molerlo.

No era, desde luego, una faena nueva en Dinas Dwr. Se venía realizando de la misma manera desde tiempos inmemoriales, probablemente desde que la primera cosecha fue recogida y secada. Pero era la primera vez que yo la presenciaba y me daba cuenta del esfuerzo físico que suponía. Y así, de pronto, se me ocurrió lo que podía regalar a mi pueblo. Les regalaría un molino.

¡Un molino! Algo verdaderamente sencillo y rudimentario, pero una auténtica maravilla si jamás se había tenido uno. Y nadie lo había tenido. Según tenía entendido, jamás había habido un molino en Albión. Al pensar en el tiempo y los esfuerzos que se ahorrarían, me maravillé de que no se me hubiera ocurrido antes. Después del molino, ya se me ocurrirían otras cosas quizá más sofisticadas. El molino era sólo el principio, pero era un proyecto tan bueno como el que más para comenzar.

De vuelta al *crannog* llamé a mi sabio bardo.

-Tegid -le dije-, voy a construir un molino. Y tú me ayudarás.

Tegid me miró con expresión escéptica y se mordió el labio inferior.

-Ya sabes -le expliqué-, un molino... con piedras para moler el grano.

Me miró un tanto asombrado, pero se mostró de acuerdo en que, al menos en principio, construir un molino era una buena idea.

-No, no me refiero a un par de piedras de moler movidas a mano. Las piedras de mi molino serán mucho más grandes.

-¿Cómo de grandes? -preguntó entrecerrando los ojos.

-Enormes. ¡Inmensas! Lo suficientemente grandes para moler en pocos días las reservas de grano de toda una estación. ¿Qué te parece?

Mi respuesta pareció confundirle aún más.

-Un proyecto en verdad ambicioso -repuso-. Sin embargo, no puedo dejar de pensar que será muy difícil mover unas piedras de moler tan grandes. ¿Estás sugiriendo que las muevan bueyes?

-No -le dije-, nada de bueyes.

-Menos mal -comentó con cierto alivio-. Los bueyes tienen que ser alimentados y...

-Estoy sugiriendo que las mueva el agua.

-¿Agua?

-Exactamente. Será un molino de agua.

Un asombro indecible se pintó en su rostro. Yo me eché a reír. Cuando se disponía a abrir la boca para protestar, yo me adelanté:

-Es un invento muy sencillo de mi mundo. Pero funcionará igualmente aquí. Te mostraré lo que quiero decir.

Me arrodillé y saqué mi cuchillo. Dibujé unas líneas en el suelo y comencé a explicárselo:

-Esto es el arroyo que desemboca en el lago. Y esto es el lago -añadí dibujando un amplio círculo.

Tegid estudió los trazos y asintió.

-Ahora veamos -dije dibujando un cuadrado en el arroyo-. Si construimos una presa aquí...

-Si construimos una presa aquí, el arroyo inundará el prado y el agua

no llegará al lago.

-Es cierto -asentí-. A menos que el agua tenga forma de sobrepasar la presa. Mira, construiremos un vertedor con una estrecha abertura y lograremos así que el agua fluya despacio... por una rueda giratoria. Una rueda con paletas.

Dibujé una rueda con paletas planas e indiqué con la mano cómo el agua empujaría las paletas y haría girar la rueda.

-Así. ¿Lo entiendes? Y la rueda giratoria va unida a la piedra de moler -añadí entrelazando los dedos para evocar el engranaje giratorio.

-Y al girar la rueda gira también la piedra de moler -asintió Tegid con perspicacia.

-Eso es.

El bardo frunció el ceño mientras examinaba con atención el dibujo.

-Supongo que sabes cómo hay que construirlo -dijo al fin.

-Desde luego -afirmé con seguridad-. Bueno, así lo creo.

-Es una verdadera maravilla que me gustaría mucho ver -observó Tegid-. Pero ¿no hará que el pueblo se vuelva perezoso? -se apresuró a preguntar frunciendo el ceño.

-No te preocupes, hermano. El pueblo tiene mucho que hacer aunque no tenga necesidad de moler a mano el grano. Confía en mí.

Tegid se irguió.

-Muy bien. ¿Cómo vas a hacerlo?

-Primero hay que elegir el lugar apropiado para construir el vertedor -repuse poniéndome en pie y guardando el cuchillo en el cinto- Para eso necesitaré tu consejo.

-¿Cuándo quieres empezar?

-Ahora mismo.

Abandonamos el *crannog* y caminamos por la orilla del lago hasta el lugar donde el arroyo que fluía bordeando el risco desembocaba en el lago. Luego remontamos la corriente hacia Druim Vran; de vez en cuando nos deteníamos y Tegid estudiaba el terreno. En un lugar aproximadamente a medio camino del acantilado, donde el arroyo emergía de entre abruptos bancales en el límite de los bosques que cubrían las laderas de Druim Vran, el bardo se detuvo.

-Aquí -dijo golpeando el suelo con su vara-. Este es el lugar que juzgo más apropiado para tu molino.

A mí me parecía poco prometedor.

-No hay sitio para el vertedor -comenté.

Había imaginado una represa plana y tranquila, con truchas jugueteando entre la moteada umbría... no aquel escalonado desnivel de montaña.

-Resultará fácil hacer la presa del molino -adujo Tegid-. Hay cerca toda la madera y piedra que se necesite, y es precisamente aquí donde el agua comienza a precipitarse hacia el lago.

Estudié la corriente del arroyo; observé las boscosas laderas y las penas de los bancales. Tegid tenía razón; era el lugar más apropiado para el molino. Lo había imaginado de forma muy distinta, pero la configuración del terreno nos proporcionaba la ventaja de poder aprovechar la fuerza de la gravedad para hacer girar la rueda del molino, y

además allí sería menos difícil impedir que el agua inundara el prado. Me pregunté admirado qué sabría el astuto bardo de cosas como la gravedad y la energía hidráulica.

-Tienes razón, Tegid. Es el lugar ideal. Construiremos nuestro molino aquí.

Aquel mismo día comenzaron las obras. Primero ordené que se limpiara el lugar de maleza. Mientras lo hacían, busqué el modo de dibujar mi proyecto y me decidí por una afilada rama de pino y una tablilla de amarillenta cera; luego procedí a enseñar a mi maestro de obras, un hombre llamado Huel Gadarn, el funcionamiento de los molinos de agua. Era un hombre tan rápido como inteligente; unos cuantos trazos en la tablilla fueron suficientes para que entendiera no sólo la forma, sino el concepto de lo que estaba dibujando. El único aspecto del ingenio que le resultó misterioso fue la manera en que la fuerza de la rueda se transfería a las gigantescas piedras de moler; pero tal dificultad se debía más a mi escasa habilidad para esbozar el engranaje que a su inteligencia.

Después construimos una maqueta con ramas, cortezas y arcilla. Cuando estuvo terminada, comprobé con profunda satisfacción que Huel había entendido perfectamente los complejos mecanismos del proyecto. No había duda de que, pese al tiempo y a la inclinación del terreno, Huel podría construir el molino. Podíamos ponernos, pues, manos a la obra.

Una vez el lugar estuvo despejado de maleza, comenzamos a cavar para construir la presa. Pero entonces comenzó a llover.

Pasé el primer día de lluvia dibujando varios proyectos de engranajes. El segundo comencé a pasear nerviosamente de un lado a otro. El cuarto día, que amaneció tan gris y húmedo como los anteriores, seguía paseando nerviosamente y maldiciendo la lluvia. Goewyn me soportó todo lo que pudo, hasta que al fin perdió la paciencia y me informó de que ningún engranaje, por complicado que fuera, merecía la irritación y el nerviosismo que yo le estaba causando, y me instó a que me marchara a pasear a otra parte.

Pasé el resto del día en el palacio, escuchando insulsas conversaciones y muriéndome de ganas por ir a ver las obras. Afortunadamente, el día siguiente amaneció claro y despejado y por fin, con gran contento por parte de Goewyn, pudimos empezar a excavar los cimientos de la nueva maravilla de Albión: el Molino del *Aird Righ.*

14

INTRUSOS

La Rueda del Año fue girando lentamente a través de los largos y calurosos días de *maffar.* Comenzó *rhylla* con su brillante esplendor, pero los dorados días y las frescas noches se fueron apagando. Los vistosos colores se desvanecieron y la tierra se fue marchitando bajo un cielo frío y ventoso y una lluvia profusa y helada.

Nuestras cosechas, tan abundantes el ano anterior, producían menos de lo esperado por causa de la lluvia. Día tras día contemplábamos el cielo esperando una mejoría en el tiempo, y unos cuantos días de sol que nos permitiera secar el grano. Pero el grano empezó a pulirse antes de que lo hubiéramos acabado de cosechar. No era un desastre, gracias a la abundancia de la última cosecha, pero no por ello dejaba de ser una decepción.

La construcción del molino iba muy despacio y yo me mostraba más y más inquieto. Con la inminente amenaza de los helados dedos de *sollen,* ansiaba que las obras progresaran todo lo posible, antes de que la nieve nos impidiera proseguir. A veces, si no llovía mucho, ordenaba que los trabajos siguieran. A medida que los días se acortaban, aumentaba mi nerviosismo y mi exigencia. Incluso hice que se colocaran antorchas y braseros para poder trabajar de noche.

Por fin Tegid se decidió a intervenir; me abordó una noche en que regresaba temblando tras haber pasado todo el día bajo la lluvia.

-Has conseguido mucho -me dijo-, pero no tires demasiado de la cuerda. Mira a tu alrededor, Mano de Plata; los días son cortos y hay poca luz. ¿Cuánto crees que falta para que el cielo empiece a dejar caer la nieve? Es hora de que descanses.

-¿Y abandonar el molino? ¿Abandonar todo lo que hemos hecho? Tegid, estás diciendo sandeces.

-¿Es que te he dicho que abandones algo? -me espetó-. Puedes reemprender las obras en cuanto *gyd* aclare los cielos otra vez. Ahora es época de descanso, placer y pasatiempos en el hogar.

-Unos cuantos días más de trabajo no le harán daño a nadie, Tegid.

-Es peligroso no hacer caso de las estaciones -repuso con brusquedad.

-Habrá tiempo sobrado para haraganear junto al hogar, no temas.

Al dirigirme al lugar de las obras al día siguiente, lamenté esas palabras. Habíamos trabajado duro, muy duro; pero habíamos emprendido la construcción del molino muy avanzado el verano, y ahora el tiempo se nos echaba encima. Era un absurdo pretender que los hombres trabajaran entre la oscuridad, la humedad y el frío y yo era un loco por exigírselo.

Peor aún, me estaba convirtiendo en un tirano: exigente, insensible,

obsesivo y opresivo. Mis buenos deseos de ahorrar a mi pueblo el trabajo de moler a mano, no habían conseguido más que aumentar el trabajo de todos.

Mi sabio bardo tenía razón. El tradicional ritmo de las estaciones, la sucesión de trabajo, distracción y descanso, equilibraba la balanza del sagrado entretejido de la vida. Yo había ido demasiado lejos y era hora de que enmendara mi error.

El día había amanecido seco, el sol era débil pero brillante; el viento del este arrastraba el fresco aroma de la nieve. Sí, decidí al llegar al lugar de las obras, había llegado el momento de interrumpir el trabajo para pasar el invierno. Desmonté e inspeccioné las obras mientras aguardaba la llegada de Huel y sus obreros.

Pese a los continuos retrasos, habíamos hecho verdaderos progresos en la construcción del molino: una presa poco profunda había sido cavada y bordeada de piedras; habían sido echados los cimientos de piedra y troncos para levantar el molino. En primavera, extraeríamos de la cantera las enormes piedras de moler, las colocaríamos en su sitio y levantaríamos la casucha del molino. Construiríamos la rueda y luego le añadiríamos los fustes y los engranajes. Si todo iba bien, calculé, el molino podría moler su primer grano para la cosecha del año próximo.

Sumido en estas meditaciones, vagué entre las excavaciones y poco a poco capté un peculiar sonido, débil y lejano, pero perceptible en el límpido aire del otoño: era un lento y rítmico golpeteo, como si cayeran a intervalos piedras sobre la tierra. Más aún, me di cuenta de que hacía rato que lo estaba oyendo.

Eché una rápida ojeada al sendero del risco pero no vi a nadie. Me quedé inmóvil y agucé el oído. Pero el sonido se había desvanecido. Intrigado, monté a caballo y cabalgué ladera arriba internándome en el bosque. Me detuve a escuchar, pero sólo capté el silbido del viento en las desnudas ramas.

Al volver la cabeza, creí oír el apagado rumor de unos apresurados pasos en el sendero, pero el viento se llevó enseguida su eco. Me enderecé en la silla y grité:

-¿Quién es?

Aguardé. No hubo respuesta alguna y grité aún más fuerte:

-¿Quién está ahí?

Aflojé las riendas y avancé despacio entre tupidos pinos y me encontré en uno de los muchos senderos que conducen a la cresta del risco. Seguí el camino, llegué a la cima y bordeé la cresta del acantilado. De pronto, topé con una huella en la húmeda tierra. Era reciente, pues no la había borrado la lluvia de la noche; seguí explorando y encontré otras que se internaban en el bosque.

Me aparté del sendero y avancé cautelosamente hacia el borde del risco; no tardé mucho en encontrar un enorme montón de leña: ramas caídas y troncos derribados del bosque habían sido apilados en el mismísimo borde del acantilado. Habían escogido muy bien el lugar pues los árboles lo hacían invisible desde el sendero, pero en cambio se cernía sobre el valle que se abría abajo. No se veía a nadie, así que desmonté y me acerqué a la pila de leña.

Había muchas huellas y al examinarlas con atención observé que pertenecían a personas distintas. El inmenso tamaño del montón de troncos me dejó atónito. Era un trabajo de muchos días... o de muchas manos. Fuera como fuese, no me gustaba. Un intruso había levantado una almenara en el mismísimo umbral de nuestra casa.

Me alejé de la almenara y monté de un salto. Cogí las riendas, espoleé a mi caballo, bordeé la almenara y recorrí al galope la cresta, hasta un lugar desde donde se podía ver ambas vertientes del risco: a un lado el valle con sus campos pardos y el lago de color gris pizarra, en medio del cual se levantaba el *crannog;* al otro lado, el túmulo junto al río y la ancha extensión de la llanura.

Exhalé un suspiro de alivio con los dientes apretados. Casi había esperado ver la enorme hueste de Meldron inundando el valle. Pero todo estaba tranquilo y silencioso.

Aun así, estuve unos instantes mirando y escuchando. Se deslizaron las nubes y emborronaron la luz. Una fría y neblinosa lluvia comenzó a caer del encapotado cielo. El viento la arrastraba en remolinos. Me alejé del precipicio y emprendí el descenso hacia el lago. Casi había llegado al sendero que conduce a la orilla, cuando me topé con los hombres que acudían a trabajar en las obras del molino.

-Volved junto a vuestras familias -les dije-. Ha comenzado *sollen;* es hora de que descanséis.

Los hombres parecieron aliviados al oírme. Por eso me sorprendió que Huel protestara ante mi decisión.

-Señor -me rogó-, permítenos trabajar un día de modo que podamos dejar las obras preparadas para resistir las nevadas que se avecinan. Nos ahorraremos así mucho trabajo cuando el sol vuelva a brillar y reanudemos el trabajo.

-Muy bien -asentí-. Haz lo que juzgues necesario. Pero a partir de mañana el trabajo queda interrumpido hasta *gyd.*

Dejé que continuaran su camino y regresé al *crannog.* Tegid estaba en la sala junto a la chimenea y envié a Emyr en busca de Bran. El bardo captó enseguida mi agitación.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó.

Tendí las manos hacia el fuego. Mi mano de plata destelló a la luz de las llamas y la de carne empezó a entrar en calor. Miré la resplandeciente plata, fría y tersa como un pedazo de hielo al final de mi brazo. ¿Por qué estaba tan helada?

-Llew... -dijo Tegid posando una mano en mi hombro.

-Hay una almenara sobre el risco. -Me volví hacia él. La mirada de sus oscuros ojos era intensa, pero no mostraba ninguna otra señal de inquietud-. En la cresta, justo encima del molino.

-¿Viste a alguien?

-Ni un alma. Pero oí un ruido..., supongo que lo hacían al arrojar la madera sobre la pila de leña. Y vi huellas: eran al menos tres hombres, quizá más. Alguien ha estado trabajando con verdadero ahínco, Tegid.

Bran compareció en ese momento y le repetí lo que acababa de decirle a Tegid. El bardo se quedó mirando fijamente las llamas, acariciándose la barbilla. Bran frunció el entrecejo mientras me

escuchaba y cuando hube acabado de hablar dijo:

-Reuniré a los guerreros y registraremos los bosques y el risco. Si las huellas son frescas, no pueden estar muy lejos. Encontraremos a los que han construido la almenara y los traeremos ante ti.

El Bardo Supremo seguía con los ojos clavados en las llamas. Bran aguardaba una respuesta.

-Sí -le dije-. Reúne a los guerreros. Empezaremos por la almenara.

Tegid alzó la cabeza.

-Tú no debes ir -dijo suavemente.

Estaba a punto de replicarle, pero él sacudió levemente la cabeza; no le gustaba contradecirme en presencia de Bran. Recordando la discusión que habíamos sostenido sobre la conveniencia o no de que un rey persiguiera a los criminales, comprendí su gesto y me contuve.

-Prepara a los hombres -ordené a Bran, y le indiqué dónde estaba exactamente la almenara-. Puedes empezar por allí.

El jefe de los Cuervos asintió e hizo ademán de marcharse; yo lo retuve cogiéndolo de la manga.

-Encuéntralos, Bran. Persíguelos y tráemelos. Me gustaría saber quién ha levantado la almenara y por qué.

Poco después, la voz de Bran resonó en la sala llamando a los hombres que había elegido para que lo acompañaran. Unos veinte guerreros abandonaron el palacio inmediatamente entre especuladores murmullos.

Me dirigí de nuevo a Tegid y le dije:

-Cabalgaré con ellos sólo hasta la almenara.

El bardo desvió la mirada del fuego y me contempló con aire escéptico.

-¿Qué estás pensando? -le pregunté.

-Has dicho que era una almenara -dijo-. ¿Por qué?

-Reconozco una almenara a simple vista, hermano.

-No lo dudo -se apresuró a replicar-. Pero supusiste que la había levantado un enemigo.

-¿Es que tú no lo crees así?

-Creo que no me lo has contado todo.

No había alzado la voz, pero su forma de mirar era inquietante y acusadora.

-Si hay algo más que yo deba saber, dímelo ahora mismo -me urgió.

-Te he contado todo lo que sé..., tal como ha sucedido -comencé a decir.

El bardo me interrumpió con una mueca de impaciencia. Yo lo miré fijamente. ¿Por qué se comportaba de aquel modo?

-¡Piensa!

-¡Estoy pensando, Tegid!

Mi voz resonó con violencia en la sala. Me tragué las palabras y cerré la boca. ¿Por qué supuse que se trataba de un enemigo? Una almenara es una señal levantada para ser vista desde muy lejos; una almenara es... Miré mi mano de plata que casi tocaba las llamas y la sentí todavía helada. Y de pronto, recordé la última vez que había sentido el mismo helor...

Alcé los ojos y dije:

-Tienes razón, Tegid. Hace mucho tiempo que ocurrió y lo había olvidado. No le di importancia.

-A lo mejor estabas en lo cierto. Cuéntamelo ahora.

Le hablé entonces del resplandor que había visto la noche en que acampamos en la llanura, al pie de Druim Vran.

-Lo siento, hermano -añadí cuando hube acabado mi relato-. Debería habértelo dicho entonces. Pero al día siguiente llegamos a casa y supongo que imaginé que la almenara había sido encendida con motivo de nuestro regreso; y hasta ahora no había vuelto a recordarlo.

-Esa no es la verdadera razón por la que no me lo contaste -repuso él en tono terminante-. Dejaste que la impaciencia te obnubilara el entendimiento. En tu ansia por volver a ver Dinas Dwr te negaste a creer que algo podía ir mal; inconscientemente te lo ocultaste a ti mismo y me lo ocultaste a mí.

Mi Bardo Supremo era en verdad muy astuto.

-Lo siento. No volverá a suceder.

Rechazó mi disculpa con un gesto de impaciencia.

-A lo hecho pecho.

-Así pues, ¿crees que nos han estado vigilando desde que regresamos?

-¿Tú no?

-Lo creo probable.

-Yo estoy seguro.

-Pero ¿por qué?

-Lo averiguaremos cuando Bran regrese con esos espías.

Así que nos dispusimos a esperar y la espera se me hizo muy larga. Deseaba estar con mis hombres enfrentándome cara a cara con aquella amenaza, en lugar de permanecer sentado en palacio sin hacer nada. Pasó un día y luego otro. Yo guardaba para mí mis negros presentimientos. Como el tercer día transcurría sin noticia alguna de nuestros rastreadores, me atreví a comunicar mi creciente inquietud a Tegid.

-Ya deberían estar de vuelta. Hace tres días que se marcharon.

El bardo no se molestó en alzar la vista del cesto de hierbas que estaba clasificando.

-¿No has oído lo que te he dicho?

-Te he oído -dijo dejando de examinar las hierbas y alzando la cabeza.

Era evidente que también él estaba inquieto por la tardanza de Bran.

-¿Qué quieres que te diga? -me preguntó al fin.

-Seguramente les ha pasado algo. Deberíamos salir en su busca.

-Son veinte guerreros escogidos -comentó el bardo-. Bran se basta y se sobra para salir airoso de cualquier encuentro. Dejémoslo en sus manos.

-Tres días más -consentí yo-. Si para entonces continuamos sin noticias, saldré en su busca.

-Si para entonces continuamos sin noticias -asintió el bardo-, podrás salir en su busca; y yo te acompañaré.

De todos modos, al día siguiente cabalgué hacia Druim Vran para comprobar si se veía algo desde la cresta del risco. Aunque hacía frío, el

día estaba claro y las nubes eran blancas y altas. Goewyn cabalgaba a mi lado; aunque recorrimos un buen trecho de la cima hacia el este, no vimos absolutamente nada.

Antes de emprender el descenso, nos detuvimos para que los caballos descansaran. Nos sentamos sobre una peña que se cernía sobre el valle; el viento helado nos azotaba el rostro; yo eché el manto por encima de los dos y atraje hacia mí a Goewyn mientras contemplábamos cómo la niebla fluía por la ladera de las colinas e iba cubriendo la cañada.

-Deberíamos regresar, o Tegid soltará a los sabuesos tras nuestras huellas.

Pero seguimos sin movernos, extasiados ante el espectáculo del valle inundado por la espesa y grisácea niebla. Empezaba a oscurecer y pese al deleite que me proporcionaba la proximidad y tibieza de Goewyn, me decidí a levantarme.

-Pronto anochecerá -dije-. Regresemos a casa.

-Mmmm -suspiró Goewyn, encogiendo las piernas pero sin ponerse aún de pie.

Me acerqué a los caballos, los desaté y cogí las riendas.

-¡Llew! -exclamó Goewyn en un tono que me obligó a volverme al instante.

-¿Qué pasa?

-Algo se mueve ahí abajo, junto al río... Entre la niebla.

En tres zancadas estaba a su lado escrutando la borrosa cañada.

-No veo nada -dije-. ¿Estás segura?

Ella extendió el brazo señalando un punto.

-¡Allí! -exclamó con la mirada clavada en aquel lugar.

Miré hacia donde me indicaba. La niebla se despejó un tanto y vi tres sombras avanzando por la orilla del río. No pude discernir si iban a pie o a caballo. Vi sólo tres oscuros bultos informes moviéndose... y luego, de repente, la niebla los ocultó otra vez.

-Vienen hacia aquí -dije-. Vienen hacia Druim Vran.

-¿Crees que se trata de Bran y sus hombres?

-No sé. Pero algo me dice que no es Bran... ni ninguno de sus hombres.

-¿Quién, entonces?

-Habrá que averiguarlo.

Le tendí la mano y la ayudé a que se levantara.

-Regresa a toda prisa a Dinas Dwr y alerta a Tegid y a Scatha. Diles que reúnan un grupo de guerreros e indícales adónde deben dirigirse.

Goewyn me sujetó los brazos.

-¿Vas a bajar?

-Sí, pero sólo para echar una ojeada a nuestros visitantes -dije acariciándole la mano-. No te preocupes, no voy a hacerles frente. Vete ahora mismo... y deprisa.

No le agradaba la idea de dejarme solo, pero me obedeció. Yo me asomé de nuevo a nuestra atalaya y escruté el valle. Vislumbré otra vez la silueta de los intrusos junto al río y luego la niebla volvió a ocultarlos.

Monté a caballo y recorrí la cima por donde habíamos venido; como el camino era alto, aún quedaba bastante luz como para ver a considerable

distancia, pero Goewyn no tardó en desaparecer de mi vista. Cabalgué hasta encontrar el sendero que conducía a la cañada y emprendí el descenso; a medio camino del valle me vi envuelto en el remolino de la niebla.

Continué adelante casi a ciegas; cuando llegué abajo me detuve a escuchar. Todo estaba mortalmente tranquilo, la oscuridad neblinosa amortiguaba cualquier sonido; sin embargo, estaba seguro de que si había algo que oír lo oiría claramente.

Inmóvil en la silla, permanecía tenso aguzando el oído para captar cualquier esporádico ruido. Al cabo de un rato, oí el ligero tintineo de las bridas de un caballo y la sorda trápala de unas pezuñas avanzando despacio. La niebla me impedía calcular la distancia, pero no parecían estar demasiado cerca. Alcé las riendas y obligué a mi corcel a que avanzara despacio, sin hacer ruido.

Sin embargo, apenas había avanzado diez pasos cuando la niebla se hizo jirones y vislumbré a un jinete que venía hacia mí. Un sudor frío me recorrió el cuello y la espina dorsal.

Nos separaba la distancia de una lanzada. Me detuve. Quizá no me había visto.

El jinete se acercó; lo vi alzar los ojos del camino y clavarlos en mí. Su rostro era poco menos que una sombra bajo la capucha de su manto. Tiró de las riendas y detuvo su caballo. Gritó algo por encima del hombro a los compañeros que lo seguían. Oí su grito, agudo y urgente, pero no distinguí las palabras.

El viento arrastró de nuevo la niebla y el jinete desapareció de mi vista. Pero en el preciso instante en que la niebla me lo ocultaba, creí ver que volvía grupas y retrocedía.

Desenvainé la espada que pendía de mi silla, tomé aliento y grité con todas mis fuerzas:

-¡Alto! ¡Quédate donde estás!

Por toda respuesta oí el rápido galope del caballo al alejarse.

Empuñando la espada y deseando haber cogido además una lanza y un escudo, cabalgué cautelosamente hasta el lugar donde el jinete había desaparecido. Naturalmente, ya no estaba allí y además apenas podía distinguir nada a un paso. Aguardé un rato y, como no oí nada más, decidí regresar al sendero del risco y esperar a Scatha y a los demás. De ese modo, podría vigilar el sendero por si los jinetes trataban de llegar hasta allí dando un rodeo para evitarme.

Volví grupas, llegué al lugar donde el sendero empieza a empinarse hacia el risco y me dispuse a esperar. La luz del día se había desvanecido por completo y un tenebroso crepúsculo se había adueñado de la cañada. La niebla y la oscuridad no tardarían en hacer dificultoso, si no imposible, seguir a caballo. Sin duda los intrusos contaban con ello. Me consoló en cierto modo la idea de que lo que era difícil para uno también lo era para los otros. Cualquier cosa que me ocultara a mí, ocultaría también a los demás; yo estaba tan protegido por la niebla como ellos.

Esperé observando y escuchando. No sé cuánto tiempo pasó, pues la niebla se arremolinaba y espesaba como lana empapada embotando todos mis sentidos; pero, poco a poco, comencé a imaginar que volvía a oír ruido

de caballos, aunque a causa de la niebla no sabía en qué dirección se aproximaban.

Podía tratarse de los guerreros que acudían a reunirse conmigo, pensé, pero no tenían tiempo de haber salvado la cima del risco y mucho menos de haber descendido. Probablemente, los invasores se habían decidido a avanzar convencidos de que yo me había marchado.

Escuchando con todas las fibras de mi cuerpo y reteniendo el aliento, aguzaba el oído en las tinieblas para captar cualquier indicio que me señalara por dónde se acercaban. El sonido de los caballos fue aumentando a medida que acortaban la distancia. Yo movía la cabeza de un lado a otro, alerta al más mínimo movimiento.

Entonces, aparecieron entre la niebla tenues esferas de luz... Eran antorchas, dos antorchas a unos veinte pasos de distancia. Cogí crispadamente la espada y grité:

-¡Alto! ¡Ni un paso más!

Los invasores se detuvieron al instante. Las antorchas se quedaron inmóviles en el aire; no podía distinguir a los que las portaban, pero oía los resoplidos de los caballos y el crujir de las bridas.

Como aún no quería mostrarme ante ellos, continué hablándoles desde donde estaba.

-Tranquilos, amigos -les dije-. Si os traen deseos de paz, sois bienvenidos. Pero si pretendéis luchar, seréis mejor recibidos en cualquier otra parte. ¡Desmontad!

Transcurrieron unos minutos de silencio antes de que los intrusos replicaran. Oí el impaciente golpe de una pezuña y luego una voz:

-Somos hombres de paz. Pero no acostumbramos obedecer órdenes de alguien a quien no podemos ver.

-Y yo no acostumbro recibir viajeros espada en mano -repuse con firmeza-. Quizás ambos nos encontramos en desacostumbradas situaciones. Por eso te aconsejo prudencia.

En medio del silencio oí el chisporroteo de las antorchas. Luego la misma voz dijo:

-¿Llew?

15

LA RIQUEZA DE UN NIÑO

-¿Cynan?

Oí una apagada orden y el movimiento de un jinete al desmontar..., pasos rápidos que se acercaban... De pronto la robusta y cuadrada silueta de Cynan surgió entre la niebla. Sus cabellos, su bigote y su manto estaban perlados de gotas de niebla y abría los ojos desmesuradamente.

-*¡Clanna na cù!* -murmuró con el alivio pintado en el rostro-. ¡Llew! ¿Eres tú, hermano? *¡Mo anam,* hombre! -añadió mirando alrededor-. ¿Estás solo?

-¡Salud, Cynan! -dije envainando la espada y saltando de la silla. Di dos pasos y nos abrazamos-. Me alegro de verte.

-Una extraña bienvenida, si es que de una bienvenida se trata.

Se volvió hacia los que lo acompañaban, unas diez personas, que aguardaban en silencio.

-¡Tángwen! ¡Gweir! ¡Es Mano de Plata en persona quien ha venido a recibirnos! -exclamó.

-Si hubiera sabido que eras tú -le dije-, habría dispuesto miles de antorchas para iluminarte el camino.

-¿Quién creías que era? -preguntó, pero la preocupación dejó pronto paso al asombro-. ¿Y quién te crees que eres para salir solo al camino, retando a los viajeros a punta de espada?

Le conté lo de los intrusos que Goewyn y yo habíamos visto en el valle y le pregunté si había visto a alguien.

-¿Que si he visto a alguien? -bromeó señalando con un amplio gesto la niebla-. No podría haber reconocido ni siquiera mi propia cara delante de mí, desde que nos internamos en el valle. ¿Crees que vale la pena buscarlos?

-Nunca los encontraremos entre esta niebla. Vamos -dije dirigiéndome a mi caballo-, el fuego arde en el hogar y las copas de bienvenida nos aguardan. Vayamos a calentarnos y a brindar por tu llegada.

Monté de un salto; Cynan me miraba fijamente.

-¿Qué pasa? ¿Has renunciado a la bebida?

-¡Eso jamás! -exclamó apresurándose a volver junto a su caballo.

Gritó una orden a sus acompañantes y yo volví grupas y los precedí en el camino de regreso. No habíamos cabalgado mucho rato cuando nos topamos con Scatha, Goewyn y una treintena de guerreros portando antorchas.

Nos detuvimos y les explicamos lo sucedido. Después de que Goewyn y Scatha hubieran saludado a Tángwen y a la comitiva, continuamos la marcha. La niebla se fue despejando a medida que ascendíamos por el risco y aclaró del todo en cuanto llegamos a la cima, aunque el cielo

seguía oscuro. Iba a ser una noche muy negra, sin luna ni estrellas. Hablé unos instantes con Scatha y decidimos establecer una vigilancia de treinta hombres en grupos de tres a lo largo del acantilado para impedir que los intrusos intentaran cruzar Druim Vran al abrigo de la noche.

Luego reanudamos el regreso al *crannog* y al palacio. Tegid nos aguardaba junto al fuego.

-¡Salud, Cynan Dos Torques! ¡Salud, hermosa Tángwen! -exclamó en cuanto entramos.

La sala estaba repleta y todos celebraron con alegría la llegada de Cynan. El bardo lo abrazó cariñosamente y luego se volvió hacia Tángwen. Ella inclinó la cabeza limitándose a tenderle las manos.

-Saludos, Tegid Tathal -dijo sonriendo; pero su sonrisa, al igual que su saludo, carecían de auténtica efusión.

Capté ese detalle, pero enseguida trajeron la copa de bienvenida rebosante de cerveza. La cogí, la puse en las ávidas manos de Cynan y ya no volví a pensar en la extraña reacción de Tángwen. Cynan bebió un largo trago y luego, limpiándose la boca y el bigote con la manga, le pasó la copa a su mujer. Ella bebió y se la entregó a Gweir, el jefe de batalla de Cynan.

-Gracias -dijo Tángwen en voz baja.

-Te he echado de menos, amiga mía -dijo Goewyn quitándose el empapado manto. La abrazó y ambas mujeres se besaron.

-Me alegro mucho de verte -repuso Tángwen-. Hace tiempo que esperaba este día.

Acercó las manos al fuego, pero noté que todavía mantenía una actitud rígida, como si estuviera helada. Los rigores del viaje, sin duda..., el frío y el mal tiempo la habían desquiciado.

-Habríamos llegado hace horas -comentó Cynan-, pero la niebla nos hizo perder tiempo. Sin embargo, no me importaba pasar otra noche en el camino.

-Bueno, ahora ya estás aquí -le dijo Goewyn a Tángwen quitándole el manto-. Ven conmigo, te daré ropa seca.

Las dos mujeres se retiraron, dejándonos junto a la chimenea para que nos secáramos.

-¡Ah, qué bien se está aquí! -suspiró Cynan-. Empezaba a pensar que no íbamos a llegar nunca.

-Había olvidado que veníais -le confesé.

Cynan echó atrás la cabeza y soltó una alegre carcajada.

-Acabo de comprobarlo, desde luego. ¡Mano de Plata en persona vigilando el sendero espada en mano para retar a cuantos llegaran! Pero hombre, ¿no viste que era yo?

-Evidentemente, si hubiera visto que eras tú, Cynan -repuse-, habría dejado que te perdieras en la niebla.

-¡La niebla! ¡No me la menciones siquiera! -exclamó poniendo los ojos en blanco.

-Debe de ser tremenda, si acobarda al famoso Dos Torques -comentó Tegid.

-Eso es precisamente lo que quería decir. Esa maldita niebla nos ha acorralado durante días. Casi estaba a punto de darme la vuelta. Pero

luego pensé en vuestra excelente cerveza y me dije: «Cynan Machae, ¿por qué malgastar la estación de las nieves en tu seco palacio, solo y abandonado, cuando...?».

-Cuando puedes beber la cerveza de Llew -rematé yo.

Cynan me dirigió una ofendida mirada.

-Tal pensamiento jamás pasó por mi mente -me regañó-. Afloraba tu amistad, hermano, no la compañía de tus tinajas. Aunque, ahora que lo dices, tu cervecero es un gran hombre. -Alzó la copa y bebió un largo trago-. ¡Ah! ¡Verdadero néctar!

-Yo también te he echado mucho de menos -le dije-. *¡Sláinte,* Cynan Dos Torques! -añadí a la vez que alzaba la copa en señal de brindis.

La apuré hasta el fondo, aunque a decir verdad ya estaba casi vacía, y ordené que la llenaran otra vez. Uno de los *mabinogi* de Tegid acudió corriendo con una jarra.

-Me agradaría oír alguna buena noticia acerca de tus cosechas -comentó Tegid mientras llenaba la copa.

-Y a mí me agradaría contártela si pudiera -repuso Cynan, sacudiendo lentamente la cabeza-. Fatal... ésa es la palabra. No pudimos cosechar a su hora por la lluvia. Y perdimos mucho. Si no fuera por la abundancia del año pasado, no tendríamos ni para sembrar.

-Lo mismo nos ha ocurrido a nosotros -le dije-. Un buen año que acaba mal.

Nos fuimos pasando la copa, mientras charlábamos de lo que había sucedido desde la última vez que nos habíamos visto. Goewyn y Tángwen se reunieron con nosotros. Tángwen se había puesto ropa seca y se había peinado. Tenía un aspecto relajado; la tensa rigidez de antes había desaparecido y parecía la de siempre.

Nos sentamos a la mesa donde habían sido dispuestos los manjares. Comenzamos a comer y noté que las dos mujeres charlaban felices durante la cena. Su forma de hablar y reír me trajo a la memoria el recuerdo de Goewyn en compañía de sus hermanas. Goewyn había crecido en estrecha camaradería y amistad con Govan y Gwenllian, y desde que las dos habían muerto no había tenido una amiga.

Scatha entró en la sala y se acercó a mí para hablarme en privado.

-Ya se ha organizado la guardia -me informó-. Si alguien trata de cruzar el risco, lo sabremos de inmediato.

No se comentó nada más sobre el incidente y yo no volví a pensar en ello. La sala estaba caliente e iluminada, tanto más cuanto que Cynan había llegado, y la conversación era sumamente agradable. Así que procuré alejar de mi mente a los intrusos.

Tampoco recelé ningún peligro cuando al día siguiente Goewyn y Tángwen salieron a cabalgar. Los centinelas habían vigilado toda la noche y el risco permanecía despejado de niebla; no habían visto ni oído nada. Y cuando en el valle se aclaró la niebla no se encontró ninguna huella. Así que olvidé el asunto.

Bran y la Bandada de Cuervos regresaron aquel mismo día. Los centinelas los vieron entrar en el valle y se apresuraron a anunciarnos su vuelta. Tegid, Scatha, Cynan y yo cabalgamos a su encuentro; aunque volvían sucios y rendidos del viaje, estaban de muy buen humor.

-¡Salud, Bran Bresal! -grité ávido de noticias-. Espero que hayas tenido una buena cacería.

-Fue una excelente cacería -repuso el jefe de los Cuervos-, pero no pudimos acorralar la pieza.

-Mala suerte -comentó Tegid-. ¿Qué pasó?

-Encontramos un rastro que se alejaba del valle -explicó Bran-. No fue difícil seguirlo. Pero, aunque lo seguimos tan rápido y tan lejos como nos fue posible, no divisamos en ningún momento a los que lo habían dejado.

-¿Cuántos eran? -pregunté.

-Tres hombres a caballo, señor -respondió Alun Tringad, que estaba cubierto de barro.

-Contádnoslo todo ahora -sugirió Tegid- Así no habrá necesidad de hablar en palacio.

-Muy bien -repuso Bran-. Pero hay poco que contar.

Nos explicó a continuación que habían seguido el rastro hacia el este, hacia la costa, y que lo perdieron en la playa rocosa. Habían recorrido la costa hacia el norte y hacia el sur un buen trecho, sin encontrar de nuevo el rastro ni ver señal alguna del invasor; por eso habían decidido regresar.

-Esperaba traeros mejores noticias, señor -me dijo Bran.

-Habéis regresado sanos y salvos -dije-. Me siento más que satisfecho.

Los días fueron acortándose y haciéndose más fríos y oscuros, como si *sollen* los estrujara y apretara con helada garra. Pero el palacio seguía cómodamente caldeado y animado por el sonido del arpa y el calor de la amistad. Jugábamos y escuchábamos viejas leyendas; comíamos, bebíamos y nos divertíamos llenando las frías y largas noches de risas y luz.

El lago se heló y los niños del *crannog* jugaban sobre el hielo. En uno de esos raros días en que el sol resplandece en el azul del cielo como una reluciente gema, fuimos a observar los juegos de los jóvenes. Unos cuantos habían afilado tiras de huesos y se las habían atado a los *buskins.* Los rudimentarios patines se deslizaban a la perfección y todos aplaudíamos al ver las piruetas de los intrépidos patinadores.

Cynan, cautivado por el espectáculo, se metió en el helado lago y se dejó camelar para calzarse unos patines. Sus movimientos eran tan cómicos que los demás lo imitamos deseosos de ganarle, si no en habilidad, por lo menos en comicidad. Al cabo de un rato había más patinadores que espectadores.

Nos deslizábamos sobre el hielo cayéndonos e improvisando estúpidas posturas. Un grupo de jovencitas rodearon a Goewyn y le rogaron que se pusiera unos patines. Ella se dejó convencer, se ató las tiras de hueso a los pies y tendiéndome la mano exclamó:

-¡Cógeme! ¡Quiero volar!

Yo la cogí de la mano y la arrastré por la resbaladiza pista batida por el viento; ella reía con las mejillas y los labios enrojecidos por el río y con los rubios cabellos y el manto al viento. Sus risas y las de los demás patinadores, como surgidas de una pródiga y soleada fuente, se alzaban a

los cielos como un himno al esplendoroso día.

Una y otra vez dimos vueltas y vueltas deteniéndonos sólo para recobrar aliento y caer el uno en brazos del otro. El sol se reflejaba en el lago de plata y hacía que las cimas de las montañas nevadas destellaran como diamantes. El corazón dolía al ver, al sentir tanta belleza y tanta alegría.

Las piruetas de Cynan, adornadas con ruidosas y espectaculares caídas, duraron todo el día. Reíamos tanto que las lágrimas se deslizaban por nuestras mejillas. Sin embargo, no pude evitar notar que de todos los que habían acudido a mirar, sólo Tángwen rehusó unirse al jolgorio. Permanecía en el embarcadero con los brazos cruzados bajo el manto y una expresión sombría en el rostro.

-Me parece que hay alguien que no aprueba nuestra diversión -le susurré a Goewyn mientras la ayudaba a levantarse de su última caída.

Siguiendo mi mirada, Goewyn vio a su amiga sola en el embarcadero.

-No -dijo despacio-, es algo más.

-¿Lo sabes?

Ella cogió mi mano y la apretó.

-Ahora no. Más tarde -dijo acercando su rostro al mío.

Luego me echó los brazos al cuello y me atrajo hacia ella.

-Ven.

La franqueza de su tono despertó mi curiosidad. Le brillaban los ojos y en sus labios bailaba una encantadora sonrisa.

-¿Qué? ¿De qué se trata? -le pregunté suspicaz-. ¿Qué me estás ocultando?

-Bueno, no lo podré ocultar por mucho tiempo. La riqueza del rey está aumentando. Muy pronto todos lo sabrán.

Me soltó y se llevó la mano al vientre.

-¿Riqueza? ¿La riqueza de un niño?

Ella se rió de mi sorpresa.

-¡Un bebé! ¡Vamos a tener un bebé! -exclamé.

La abracé estrechamente y luego la solté para no estrujar la tenue vida que crecía en su vientre.

-¿Cuándo? ¿Hace mucho que lo sabes?

-Bastante -respondió ella-. Estaba aguardando el momento oportuno para decírtelo, pero... bueno, hace un día espléndido y no he podido aguardar más.

-Oh, Goewyn, te amo.

La cogí en brazos y la besé largamente.

-Te amo y estoy muy contento de que no esperaras más. Voy a decírselo a todos... ahora mismo.

-¡Shhh! -siseó ella, poniéndome los dedos en los labios-. Todavía no. Deja que sea nuestro secreto durante unos días.

-Pero quiero decírselo a todos.

-Por favor... sólo unos días.

-En el solsticio, pues -sugerí-. Se celebrará una fiesta como la del ano pasado, cuando se casaron Cynan y Tángwen. Y en plena fiesta se lo comunicaremos a todos. ¿Lo sabe alguien más?

-Nadie -me aseguró-. Tú eres el primero.

-¿Cuándo será...? Me refiero al nacimiento. ¿Cuándo nacerá el niño?

Goewyn sonrió, me abrazó, me besó y apoyó su mejilla en mi cuello.

-Todavía tendrás esposa por algún tiempo. El niño nacerá en *maffar...,* antes del Lugnasadh, creo.

-Una buena época para venir al mundo -declaré-. Goewyn, es maravilloso. ¡Te quiero tanto!

-Shhh -me advirtió-. Todos te están oyendo.

Se deslizó hacia atrás sobre los patines de hueso. Luego me tendió las manos y me llamó:

-Ven, amado mío. Te enseñaré a volar.

Y volamos mientras la luz se iba apagando. Corto pero esplendoroso, el día se desvaneció rápidamente, como una chispa que prende en medio de la oscuridad. Iluminó nuestros corazones con su hermoso resplandor y luego sucumbió ante las tinieblas de la noche.

Mientras el sol se hundía tras las cimas de las montañas festoneando el cielo con destellos rosas y escarlatas, unas cuantas estrellas empezaron a brillar en el este. La noche tendía su manto sobre Albión. Deslumbrado por el amor de Goewyn, yo veía la oscuridad pero no la reconocía.

Aquella noche abandonamos temprano la sala. Goewyn cogió mi mano y me llevó hasta el lecho, cubierto de mantas y pieles para abrigarnos del frío. Se desató el cinturón, se despojó de la túnica y se quedó quieta ante mí. Cogió una copa que había dejado junto a la chimenea y bebió sin dejar de mirarme.

Su cuerpo, acariciado por la luz de las velas de junco, era como una visión de suaves, redondeadas y armónicas curvas, seductoras y tentadoras en su dulce delicadeza. Se acercó, extendió un brazo, me desabrochó el cinto y lo dejó caer. Luego me atrajo hacia ella; yo sentí el calor de su cuerpo en el mío. Cogiendo un mechón de sus cabellos, le hice levantar la cabeza y la besé en la boca. Saboreé el calor del aguamiel en su lengua y la pasión me encendió como una llama. Y me abandoné a su calor.

Compartimos el aguamiel y aquella noche hicimos el amor para celebrar el nacimiento de nuestro hijo. Al día siguiente Goewyn desapareció.

16

LA BÚSQUEDA

Me desperté temprano, pero Goewyn ya se había levantado y vestido. Se acercó al lecho, se inclinó y me besó diciéndome:

-No quería despertarte.

-¿Qué haces? -pregunté, cogiéndola de la mano y atrayéndola hacia mí-. Ven a la cama... venid los dos.

-Prometí salir con Tángwen -repuso.

-Oh -bostecé-. ¿Adónde vais?

-A cabalgar.

-¿Y vas a dejar abandonado a tu esposo en este frío y solitario lecho? Ven aquí y espera al menos a que salga el sol.

Ella se echó a reír y me besó otra vez.

-No tardará en hacerse de día. Duérmete, y déjame marchar.

-No -dije alzando la mano y acariciándole el cuello-. Nunca permitiré que te marches.

Ella acarició con los labios mi mano y luego la tomó entre las suyas y me besó la palma.

-Tángwen me está esperando.

-Ten cuidado, amor mío -le advertí mientras se marchaba.

Me quedé en la cama un rato; luego me levanté, me vestí rápidamente y salí. La negrura del cielo se estaba tiñendo de un gris azulado y las estrellas se iban apagando; allá en el este, sobre las montañas, el cielo se adornaba con rayas de color sangre, como arañazos sobre una pálida carne. No había nadie en el patio; el humo de las cocinas se alzaba en una blanca y esbelta columna. Me estremecí de frío y crucé el patio a toda prisa.

El palacio estaba silencioso, pero algunas personas se habían levantado y se afanaban de un lado a otro. Habían avivado el fuego y me acerqué a la chimenea para entrar en calor. No había ni rastro de Goewyn y Tángwen; sin duda, tenían la intención de desayunar cuando regresaran del paseo a caballo.

Garanaw, ya levantado, me saludó y charlamos un rato hasta que sacaron del horno las tortas de avena y las trajeron humeantes a la sala. Nos sentamos a la mesa y no tardaron en reunirse con nosotros Bran, unos cuantos Cuervos madrugadores y algunos hombres del séquito de Cynan. También apareció poco después el propio Cynan, saludando ruidosamente a todos y ocupando su lugar en el banco. Las tortas estaban calientes y sabrosas y las regamos con rica cerveza negra.

Comenzamos a hablar de caza y todos coincidimos en que un día empleado en la persecución de un ciervo o un jabalí sería una jornada bien aprovechada.

-La cena resultará más sabrosa si hay caza -declaró Cynan.

-Y disfrutaremos más de la caza si hay apuestas -se apresuró a apostillar Alun Tringad.

-¿Me engañan mis oídos? -se preguntó jocosamente Cynan-. ¿Alun Tringad está ofreciendo su oro?

-Si eres capaz de traer un ciervo mayor que el que yo consiga, te entregaré complacido parte de mi oro.

-Me avergonzaría despojarte de tu tesoro tan fácilmente -bromeó Cynan- Y nunca lo haría si no fuera aconsejable darte una lección de humildad.

-Entonces apostemos -le dijo Alun-, y escojamos a los hombres que deben acompañarnos. Cuanto antes salgamos, antes disfrutaré de mis ganancias. A decir verdad, ya siento el peso de tus brazaletes de oro en mi brazo.

-A menos que esperes adormecerme con tus vacías fanfarronadas -repuso Cynan-, te demostraré enseguida lo que es un cazador digno de su renombre. Por tanto, te recomiendo que eches una última mirada a tu oro.

Alun se puso en pie y llamó a sus hermanos los Cuervos.

-Hermanos -les dijo-, ya he aguantado demasiado la estúpida charla de este arrogante sujeto. Demostrémosle lo que pueden conseguir los verdaderos cazadores y decidamos ahora cómo vamos a repartirnos sus tesoros.

Cynan también se puso en pie.

-Llew, cabalga conmigo, hermano -me dijo, y llamó luego a los de su séquito-. Vamos, amigos, la caza aguarda y también una buena cantidad de oro.

Luego se fijó la hora del regreso.

-A la puesta de sol nos reuniremos en el patio -sugirió Alun.

Cynan se mostró de acuerdo.

-Y el *penderwydd* de Albión decidirá quién de los dos es el ganador…, aunque no será necesario, pues será de sobra evidente cuál de los dos es el cazador más hábil.

-Cierto, cierto -asintió Alun-. Será muy fácil discernirlo.

Eché una rápida mirada a mi alrededor pero Tegid no estaba en la sala. No importaba, habría tiempo para hablar con él cuando regresáramos de la cacería. Rudos vozarrones atronaron el palacio mientras se cruzaban apuestas, se fijaban ventajas y se acordaban cantidades. Devoramos las últimas tortas de avena, salimos en tropel del palacio y cruzamos a toda prisa el lago helado para dirigirnos a los establos en busca de los caballos. Ensillamos y entre amistosas pullas cabalgamos a lo largo de la helada orilla.

Cynan y yo abríamos la marcha, siguiendo las huellas que Tángwen y Goewyn habían dejado sobre la nieve. A medio camino del bosque, la senda se alejaba de la orilla y se dirigía hacia el risco. Pero nosotros seguimos la orilla del lago hacia los senderos de caza, en las laderas. Tan pronto como nos encontramos en el bosque nos dividimos: la partida de Alun tomó una dirección, y la de Cynan, otra.

El sol se alzaba sobre las cimas de las colinas y el día era espléndido. Había nieve en los senderos de caza, pero gracias a los árboles no era demasiado espesa. Vimos rastros de muchos animales, pero como hacía

días que no nevaba, era imposible saber cuáles eran recientes y cuáles antiguos.

Nos desperdigamos por el sendero y nos internamos en el silencioso santuario del bosque, con las lanzas apoyadas en los muslos mientras nos abríamos paso entre el sotobosque. Las sombras de los árboles dibujaban un enrejado azul sobre la endurecida nieve. El aire frío me hormigueaba en la piel de las mejillas, la nariz y la barbilla. Me arrebujé en el manto para aprovechar el calor de mi caballo. El radiante sol, el cielo azul y la compañía de hombres valientes prometían un espléndido día de caza.

Dejé que los compañeros más ávidos de caza se pusieran en cabeza y me rezagué para disfrutar del paseo a caballo. Seguimos el largo sendero de caza que iba ascendiendo hacia el risco; al cruzar un arroyuelo avistamos un ciervo rojo escondido tras un arbusto de endrino. Los perros lo hubieran acosado gustosos, pero Cynan quería una presa mayor y los obligó a regresar al sendero. Poco después su paciencia se vio recompensada con el descubrimiento del rastro fresco de un pequeño rebaño de ciervos.

-Está todavía caliente -estaba diciendo uno de los hombres de Cynan cuando me uní a ellos.

-Bien -exclamó Cynan-. Estad alerta. La presa está muy cerca.

Continuamos a buen paso y no tardamos en avistar los ciervos: tres hembras y un macho enorme. Esta vez no retuvimos a los perros y, en cuanto resonó el grito de caza, se lanzaron tras la presa. El ciervo miró a los perros con sus enormes e inescrutables ojos negros, luego alzó su majestuosa cabeza y bramó para avisar a su pequeño clan.

Las hembras alzaron las colas y desaparecieron de un salto tras unos arbustos. Sólo entonces el ciervo emprendió la huida. En vez de tratar de abrirnos paso entre la espesura, dejamos que los perros se adelantaran y nos lanzamos en persecución de la presa.

¡Qué magnífica persecución! El viejo ciervo demostró ser un astuto oponente y nos llevó por un largo e intrincado sendero que atravesaba espesas arboledas, ascendía por el escarpado risco y después descendía otra vez para desembocar en una pineda. Lo acorralamos contra una peña al pie del acantilado. Las hembras habían escapado y el ciervo estaba casi muerto de cansancio. Aun así, se revolvió para hacernos frente.

El sol, pálido y apagado en el horizonte, era casi tan pequeño como una luna, cuando acabamos de atar al ciervo a unas angarillas y emprendimos el regreso. Nos habíamos alejado considerablemente en nuestra febril persecución. Estábamos cansados y helados pues el sudor había empapado nuestras ropas, pero nos sentíamos satisfechos de nuestra caza y estábamos seguros de ganar la apuesta. Cuando salimos del bosque y cogimos el sendero que bordeaba la orilla del lago, nos dio la bienvenida el hermoso y majestuoso espectáculo de un cielo lavanda y dorado en un resplandeciente ocaso de *sollen.*

La partida de Alun Tringad ya había regresado y nos estaban esperando junto a los establos. Sus trofeos, dos hermosos jabalíes, yacían sobre la nieve. Al ver a nuestro ciervo comenzaron a burlarse de nuestro fracaso.

-¿Sólo un ciervo? -exclamó Alun Tringad al frente de sus hombres-.

Con tantos hombretones a caballo amenazándolo con sus lanzas, no me extraña que el pobre animal haya muerto del susto.

-Aunque achacoso -repuso Cynan desmontando-, nuestro ciervo servirá para que te despojemos de tu tesoro.

Luego observó los jabalíes, con aire triste y decepcionado.

-Oh, es vergonzoso lo que has hecho, Alun, amigo mío..., mira que separar estos dos cerditos de su madre. ¿Por qué no me entregas ahora mismo tu oro y te libras así de que se haga pública tu torpeza al mostrar esos dos animalitos esmirriados?

-No tan deprisa, Cynan Machae -replicó uno de los hombres de Alun Tringad-. El Bardo Supremo decidirá quién ha ganado la apuesta. Esperaremos hasta oír lo que decide.

-¡Uf! -resopló Cynan-, traed a Tegid, claro que sí; sólo trataba de evitaros la terrible humillación que os espera.

En cuanto avistó nuestra partida en el sendero del lago, Alun Tringad había enviado a un hombre en busca de Tegid. Uno de los hombres de Cynan señaló hacia el *crannog.*

-¡Ya viene! -gritó Gweir-. ¡Ahí viene el *penderwydd*!

Volví la cabeza y vi un grupo de personas que desde el *crannog* cruzaba a toda prisa el lago helado. Busqué a Goewyn, con la esperanza de verla entre la gente, pero ni ella ni Tángwen estaban en el grupo. Sin duda, habían decidido quedarse al calor de la chimenea. Y no me extrañaba, yo mismo ansiaba quitarme mis empapadas ropas y sentarme junto al fuego con una jarra de cerveza en la mano.

Cuando la multitud llegó junto a nosotros se levantó un murmullo de admiración. En cuanto vieron las piezas cobradas todos alabaron la destreza de los cazadores y el éxito de la cacería; como debía ser, pues todos íbamos a alimentarnos durante días del producto de nuestros esfuerzos.

-*¡Penderwydd!* -gritó Alun-. La cacería ha terminado. Aquí tienes el resultado de nuestro trabajo. Como puedes ver, lo hemos hecho muy bien. Desde luego, es obvio que hemos vencido a la partida de Cynan. Sólo falta que tú confirmes la inevitable decisión.

El Bardo Supremo sacó una mano del manto y la alzó.

-Así lo haré, Alun Tringad. Pero lo que es tan obvio para ti puede que no lo sea tanto para los que carecen de tu entusiasmo por el oro de Cynan. De todas formas, hazte a un lado y permite que alguien con ojos no velados por la avaricia examine la evidencia.

Tegid examinó primero las piezas de Alun y luego la de Cynan. Empujó con la punta del pie los animales muertos e inspeccionó sus pieles, dientes, colmillos, ojos, pezuñas, colas y astas. Entretanto, los dos bandos se martirizaban mutuamente con pullas y rechiflas, aguardando la decisión del bardo. Tegid se lo tomó con tranquilidad y se detenía aquí y allí para pensar en un detalle u otro que simulaba haber descubierto, o que le indicaba la extremadamente partidista multitud.

Después, colocándose entre el ciervo y los dos jabalíes, frunció el ceño y apoyó la barbilla en un puño con aire meditabundo. La expectación fue en aumento y las apuestas se doblaron y triplicaron, pues por el sesgo de una ceja o el movimiento de un labio, uno y otro bando imaginaban

que la opinión del bardo se inclinaba a su favor.

Por fin, Tegid se irguió y alzando la vara para imponer silencio se dispuso a comunicar su decisión.

-Corresponde por derecho al rey actuar como juez ante su pueblo -recordó a todos-; pero como el rey ha tomado parte en la cacería, le pido permiso para emitir mi juicio -añadió mirándome.

-Te lo concedo de buen grado -repuse-. Por favor, continúa.

La multitud urgió a gritos al Bardo Supremo para que proclamara el ganador. Pero Tegid no parecía tener prisa. Se cubrió la cabeza con un pliegue del manto y dijo:

-He sopesado el asunto cuidadosamente. Desde los tiempos de Dylwyn Cuchillo Corto...

Los espectadores murmuraron impacientes, pero Tegid prosiguió con toda calma.

-... y desde los tiempos de Tryffin el Alto, está en la propia naturaleza de las cosas que la vida de un ciervo equivale a la de un oso, y que la de un oso equivale a la de dos jabalíes.

La impaciencia se transformó en frustración, pues la multitud adivinó lo que venía a continuación.

-Así pues, parece lógico que un ciervo equivalga a dos jabalíes. En consecuencia, el asunto no debe decidirse según la cantidad de carne, sino que debemos tener en cuenta otros detalles antes de decidir.

Hizo una pausa para pasear la mirada por la concurrencia. Se levantaron murmullos de aprobación y gruñidos de protestas. El bardo aguardó a que cesaran.

-Por esta razón he examinado las bestias cuidadosamente -les dijo-. Y ésta es mi decisión.

La multitud contuvo el aliento. ¿Cuál sería?

-El ciervo es un bravo rival y un arrogante señor entre los de su especie...

Los hombres de Cynan, al oírlo, soltaron un alarido de triunfo.

-Pero -se apresuró a añadir Tegid-, los jabalíes no son menos arrogantes. Y además, hay dos. Si no fuera así, me decidiría por el ciervo. Sin embargo, puesto que para encontrar y abatir dos animales tan magníficos y nobles, el cazador debe poner en juego toda su habilidad y destreza, declaro que los que han cazado los dos jabalíes son los ganadores de la competición celebrada en el día de hoy. Yo, Tegid Tathal, *penderwydd* de Albión, he hablado.

Costó un momento desentrañar lo que el Bardo Supremo había dicho, pero después todos comenzaron a discutir la decisión. Cynan apeló a la belleza y otros variados méritos de su ejemplar, pero Tegid permaneció inconmovible: el ganador era Alun Tringad. No había nada que hacer, los perdedores debían pagar a los ganadores. Tegid golpeó tres veces el suelo con su vara y dio por terminado el asunto.

Regresamos al luminoso calor del palacio, ansiosos por comer, beber, descansar y comentar las incidencias de la cacería. Al entrar en la sala busqué con la mirada a Goewyn, y, como no estaba, me dirigí a mi cabaña.

Estaba oscura y vacía, y las cenizas de la chimenea estaban frías. Era

obvio que hacía tiempo que Goewyn no había estado allí, quizá desde la mañana. Corrí a palacio y me dirigí hacia Tegid, que estaba junto a la chimenea esperando a que le pasaran la jarra de cerveza.

-¿Dónde está Goewyn? -le pregunté sin más preámbulos.

-Hola, Llew. ¿Goewyn? No la he visto -respondió-. ¿Por qué lo preguntas.

-No la encuentro. Salió a cabalgar con Tángwen esta mañana.

-A lo mejor está...

-No está en la cabaña -lo interrumpí paseando una nerviosa mirada por el salón-. Tampoco veo a Tángwen.

Sin decir ni una palabra Tegid se volvió y llamó a Cynan.

-¿Dónde está Tángwen? -le preguntó.

-¿La has visto desde esta mañana? -añadí yo mirándolo angustiado.

-¿Que si la he visto? -repitió alzando la copa; bebió un trago y luego me la pasó-. Desde el alba he estado en el sendero de caza, como bien sabes.

-Goewyn y Tángwen salieron esta mañana a caballo -le expliqué procurando dominar mi voz-, y al parecer no han regresado.

-¿Que no han regresado? -dijo Cynan mirando hacia la puerta como si esperara que las dos mujeres aparecieran en aquel momento-. Pues ya se ha hecho de noche.

-Eso es lo más inquietante -dije-. Si les ha sucedido algo...

-Si están aquí, alguien las habrá visto, seguro -me interrumpió Tegid en tono tranquilizador.

El bardo se alejó unos pasos; poco después lo vi subido a la mesa con la vara en alto.

-¡Amigos! ¡Escuchadme! Debo hablar con Goewyn y Tángwen ahora mismo. ¿Quién sabe dónde están?

Aguardamos. La gente se miró y se encogió de hombros. La pregunta corrió de boca en boca pero nadie fue capaz de dar la menor información. Nadie recordaba haber visto a ninguna de las dos mujeres. Tegid repitió la pregunta, pero tampoco esta vez obtuvo respuesta alguna. Agradeció a la gente su atención y volvió a reunirse con nosotros.

-Registraremos el crannog -dijo.

Aunque hablaba con calma, era evidente que estaba preocupado, y eso en modo alguno suavizó mi creciente ansiedad.

En aquel momento se nos acercó una de las doncellas.

-Con vuestro permiso, señores -dijo apretando nerviosamente la jarra que llevaba-, yo he visto a la reina Goewyn.

-¿Dónde? -pregunté con brusquedad-. Por favor, habla con entera libertad.

-En el patio -contestó.

Yo me precipité velozmente hacia la puerta, pero Tegid me retuvo por el brazo.

-¿Cuándo fue eso? -preguntó.

La doncella pareció dudar.

-Habla de una vez -la urgió el bardo-. ¿Cuándo la viste?

-Esta mañana muy temprano -respondió la joven con voz temblorosa, pues creo que se había dado cuenta de que aquello no era lo que

deseábamos oír-. Iban riendo mientras caminaban... las dos, la reina y Tángwen. Imaginé que abandonaban el *crannog* para ir a cabalgar.

-Todavía debía de estar oscuro -observó Cynan-. ¿Estás segura de que eran ellas?

-Sí, señor -repuso la doncella-. Estoy segura de que las vi.

-¿Y Tángwen iba con ella? -prosiguió Cynan.

-Sí, señor.

-Gracias, Ailla -dije, pues había reconocido a la joven como una de las doncellas que acostumbraba servir a Goewyn.

Tegid le indicó que podía marcharse y dijo:

-Registremos ahora mismo el *crannog.*

Al salir del palacio, Tegid hizo una seña a Gwion, su primer *mabinog,* y le susurró algo al oído. Gwion asintió y salió corriendo antes que nosotros.

Registramos el *crannog* entre tres, tras dividirlo en tres secciones. No nos llevó mucho tiempo. Yo corrí de casa en casa; golpeaba las puertas con mi mano de plata para alertar a los ocupantes y luego asomaba la cabeza. La mayoría de las cabañas estaban vacías, pues sus habitantes se habían reunido en palacio; pero en las que estaban ocupadas nadie había visto a ninguna de las dos mujeres. También registré los almacenes. Mientras corría a reunirme con Cynan y Tegid en el salón, ya estaba convencido de que Goewyn no se encontraba en Dinas Dwr.

Tegid me aguardaba en la puerta en compañía de Gwion.

-No me gusta nada -me dijo bruscamente-. He enviado a Gwion a los establos. Sus caballos no están allí.

El corazón me dio un vuelco.

-Entonces es que les ha sucedido algo.

Cynan apareció en aquel momento y por su forma de caminar, con la cabeza baja y los hombros hundidos, adiviné que no había descubierto nada y que estaba más que preocupado.

-Será difícil seguir su rastro -dijo sin más preámbulos-. Necesitaremos antorchas y caballos de refresco. Voy a llamar a mis guerreros.

-Los Cuervos nos acompañarán -dije-. Drustwn puede seguir un rastro incluso en plena oscuridad. Prepararé los caballos. Ve a por los guerreros. ¡Date prisa!

17

CABALGADA NOCTURNA

Emprendimos la ascensión en el lugar donde habíamos visto que las huellas se alejaban del sendero del lago. A la luz de las antorchas, el rastro de las pezuñas dibujaba una línea oscura sobre la vasta extensión de nieve.

Atravesamos al galope el valle treinta hombres, incluidos Cynan, yo y la Bandada de Cuervos. Tegid se quedó en Dinas Dwr para encargarse, en nuestra ausencia, de los asuntos y ayudarnos de este modo en nuestra búsqueda.

Enrollé las riendas a mi mano de metal y cogí con fuerza la antorcha con mi mano de carne. La llama oscilaba al viento sobre mi cabeza y rojas chispas caían detrás de mí mientras galopaba sobre la ondulante nieve. El aire frío me azotaba mejillas y ojos; los labios me ardían. Pero sólo aflojaba la marcha lo suficiente para arroparme en el manto. No pensaba detenerme hasta que Goewyn estuviera de nuevo a mi lado, a salvo. Tras alcanzar la cima de Druim Vran el rastro se hizo borroso. El viento había barrido casi por completo la nieve, que sólo quedaba en los abrigaños, y avanzábamos deteniéndonos a cada paso para poder encontrar huellas.

Parecía que las dos mujeres habían cabalgado hacia el este siguiendo la cresta del risco. Hacía un día espléndido y habían avanzado hacia el sol naciente. Imaginé a las dos paseando alegremente por Druim Vran con la plateada luz del alba brillando en sus ojos. Nosotros, en cambio, cabalgábamos entre la tenebrosa oscuridad de *sollen* bajo un cielo sin estrellas; tampoco la luna iluminaba nuestro camino. Sólo contábamos con la luz de las antorchas, que era insuficiente.

Procuraba no pensar en lo que les podía haber ocurrido. Borré de mi mente oscuros presagios y me aferré a una idea: encontraríamos a Goewyn. Mi esposa, mi alma, regresaría sana y salva.

Drustwn imponía un ritmo implacable. Parecía saber perfectamente adónde llevaban las huellas y las encontraba en cuanto se detenía a rastrear. Así, seguimos al Cuervo a lo largo de la cresta del risco; nuestra cabalgada nocturna nos iba hundiendo más y más en las tinieblas de *sollen.* Cabalgábamos en silencio, con los cinco sentidos puestos en nuestra tarea.

No nos detuvimos hasta que el rastro se perdió en la cañada. No había nieve en la ladera y, aunque nos dispersamos entre los matorrales, no pudimos volver a encontrarlo. Finalmente decidimos desmontar para rastrear a pie.

-Quizá podamos encontrar el rastro por la mañana -sugirió Drustwn cuando nos detuvimos en el fondo de la cañada para cambiar impresiones-. Es muy fácil perderlo en un terreno con tan poca vegetación.

-Mi esposa ha desaparecido. No esperaré a mañana.

-Señor -dijo Drustwn con el rostro cansado-, poco falta para el alba.

Al oírlo, alcé la cabeza. Drustwn estaba en lo cierto, el cielo se estaba aclarando por el este. La noche me había pasado en un soplo, como el chisporroteo de una antorcha al caer sobre la nieve.

-¿Qué nos propones? -pregunté.

-No es aconsejable rastrear en la oscuridad. Podríamos borrar las huellas sin darnos cuenta. Lo más prudente es que descansemos aquí hasta que amanezca.

-Muy bien -asentí-. Da la orden. Voy a hablar con Cynan.

La voz de Drustwn resonó en mis oídos mientras volvía grupas. La última vez que había visto a Cynan, cabalgaba hacia mi derecha. Me crucé con algunos de sus hombres que acudían a la llamada de Drustwn. Vi a Gweir y le pregunté dónde estaba su rey; él me señaló dos antorchas que brillaban a cierta distancia. Cynan y Bran iban hablando mientras cabalgaban hacia donde aguardaba Drustwn.

-¿Por qué se ha detenido? -me preguntó Cynan cuando llegué junto a ellos-. ¿Habéis encontrado algo?

-Hemos perdido el rastro -respondí-. Es inútil seguir hasta que salga el sol.

-Entonces es mejor que hagamos un alto.

-No -repliqué con voz tensa-, encontrarlas sería lo mejor. Pero no nos queda otro remedio que detenernos.

-Ha sido una noche muy fría -observó Cynan-. No van suficientemente equipadas.

No contesté, pero el comentario de Cynan me hizo caer en la cuenta de que hasta entonces no había considerado que las mujeres tenían que pasar la noche en el camino. No se me había ocurrido, porque ni por un instante había creído que simplemente se habían perdido. Era posible, desde luego, pero la más que probable presencia de intrusos en Druim Vran me había llevado a suponer algo muy distinto.

Ahora el comentario de Cynan me proporcionaba una leve esperanza. Quizá se habían alejado demasiado y se habían visto obligadas a refugiarse para pasar la noche en vez de regresar a Dinas Dwr en plena oscuridad. Quizás uno de los caballos se había herido, o... habían sufrido algún accidente.

Continuamos hacia donde aguardaban Drustwn y los demás. Habían cortado algunos matorrales y habían encendido una fogata. Unos cuantos se habían llevado los caballos a un arroyuelo cercano. Desmonté y entregué mi caballo a un guerrero para que se encargara de él; me envolví en mi manto y me senté en una helada peña.

Mientras aguardaba la salida del sol temblando de frío, me acordé de pronto de la almenara y me puse en pie de un salto.

-¡Alun! -grité-. ¡Alun Tringad! ¡Ven aquí enseguida!

Poco después, Alun Tringad comparecía ante mí.

-¿Señor? -preguntó llevándose el dorso de la mano a la frente.

-Alun -le dije posando la mano en su brazo-, ¿recuerdas la almenara que descubrimos sobre el risco?

-Sí, señor.

-Ve allí. Ahora mismo. Y regresa rápidamente para informarme de lo que encuentres.

Partió al punto sin decir palabra, cabalgando ladera arriba hacia la cresta del risco; yo volví junto a la peña y me senté. La luz del alba iba tiñendo el cielo de color gris y blanco. Oscuros nubarrones se deslizaban amenazadoramente a poca altura haciéndose jirones contra las cimas de las montañas. A lo lejos, hacia el norte, asomaban entre las nubes cumbres coronadas de nieve. Con el sol, comenzó a soplar viento del este. Probablemente iba a nevar antes de que acabara el día, o al menos iba a caer aguanieve.

Mi inquietud iba en aumento y monté a caballo.

-Ya hay suficiente luz -le dije a Drustwn sin más preámbulos.

Bran, que estaba a su lado, dijo:

-Señor, permite que busquemos nosotros el rastro y te llamemos cuando lo hayamos encontrado.

-Cabalgaremos juntos -repuse bruscamente agitando las riendas y emprendiendo la marcha.

Seguíamos rastreando cuando apareció Alun. Cynan estaba conmigo y Alun parecía remiso a hablar delante de él.

-¿Qué has encontrado? -le pregunté.

-Señor -respondió-, la almenara ha sido encendida.

-¿Cuándo?

-Imposible precisarlo. Las cenizas estaban frías.

Cynan, al oír las noticias, se volvió rápidamente hacia Alun.

-¿Qué es eso de una almenara?

Me apresuré a hablarle de la almenara que había descubierto al borde del risco.

-Ha sido encendida -concluí.

-*¡Clanna na cù!* -exclamó entre dientes apretando la mandíbula peligrosamente-. Almenaras en el risco y extraños en la cañada... ¡y las dejamos salir a caballo solas!

No me acusó por mi falta de vigilancia, pero no tenía necesidad de hacerlo, pues sentí igualmente la punzada de su latente acusación. ¿Cómo había podido permitir que aquello sucediera?

-Las encontraremos, hermano -le aseguré.

-Vaya si las encontraremos -gruñó azotando su montura y alejándose solo.

Como en respuesta al gruñido de Cynan, resonó la llamada del *carynx.* Drustwn había encontrado el rastro. Nos apresuramos a reunirnos con él y reemprendimos la búsqueda. El sol se había levantado del todo y la mañana transcurría deprisa. Las huellas se internaban en la cañada. Tras recorrer un buen trecho, se hizo evidente que las mujeres habían seguido bordeándola por el otro lado. ¿Por qué? ¿Habían visto algo que les había llamado la atención?

Cruzamos la cañada y avanzamos hacia las suaves colinas que se alzaban detrás; el rastro estaba claro: habían cabalgado en línea recta, sin desviarse ni detenerse. ¿Por qué?, me pregunté. Quizás habían hecho una carrera.

Me aferré a esa idea. Sí, habían hecho una carrera. Eso explicaría la

recta dirección de las huellas. Esperaba que cuando llegáramos arriba encontraríamos el lugar donde se habían detenido a recobrar el aliento, antes de emprender el regreso.

Pero al llegar a la cima de la primera colina, esa esperanza empezó a desvanecerse. El rastro no presentaba variación alguna; la doble hilera de huellas conducía sin detenerse, sin cambiar de dirección hacia las colinas.

Me detuve en la cima y miré hacia atrás. Druim Vran se erguía como una muralla, inmenso y poderoso, con la cañada a sus pies. El fuego de la almenara debió de haberse visto desde todas las colinas del reino, aunque no desde Dinas Dwr. Podía haber estado encendida mucho tiempo sin que reparáramos en ello. Volví grupas y seguí tras Drustwn, mientras me iba invadiendo una abrumadora angustia.

En el valle siguiente localizamos el sitio donde las mujeres se habían detenido.

Drustwn ordenó un alto, desmontó y nos llamó a Cynan y a mí. Los demás se quedaron a una cierta distancia. Los ojos del Cuervo eran meras hendiduras, mientras escrutaba las huellas.

-¿Qué has encontrado? -le preguntó Cynan.

-Se detuvieron aquí, señor -repuso indicando con una mano las marcas en el suelo.

Miré y vi al instante lo que lo había sobresaltado. El corazón me dio un vuelco.

-¿Cuántos? -pregunté, procurando dominar la voz-. ¿Cuántos eran?

-Creo que tres o cuatro. Cinco como mucho. No más.

-*Saeth du* -murmuró Cynan-. Cinco...

Miré la pisoteada nieve. El revoltijo de huellas no dejaba lugar a dudas. Era obvio que las mujeres se habían topado con alguien. Pero nadie había desmontado; entre las marcas de pezuñas no había rastro de huellas humanas.

-Siguieron cabalgando en esa dirección -dijo Drustwn mirando hacia el este.

Vi que estaba en lo cierto; era necesario tomar una decisión.

Aguardé a que los demás se reunieran con nosotros y les mostré lo que Drustwn había descubierto. Empezaron a comentar entre murmullos la situación, pero yo los corté porque no podíamos perder un segundo.

-¡Garanaw! -exclamé llamando al primer hombre que vi-. Tú, Niall y Emyr regresaréis a Dinas Dwr. Contadle a Tegid lo que hemos descubierto y haced acopio de víveres y provisiones. Cynan y yo seguiremos adelante. Daos prisa y reuníos con nosotros tan pronto como podáis.

Cynan captó rápidamente el sentido de mis palabras y de inmediato ordenó a Gweir y a otros cuatro de sus guerreros que se marcharan con los tres Cuervos y les ayudaran a traer las provisiones. Evidentemente estaba pensando, lo mismo que yo, que el viaje podría durar más de lo deseado. Era un pensamiento abrumador que nos angustiaba. Pero, ninguno de los dos lo comentamos, y tan pronto como los jinetes hubieron emprendido el regreso, nos apresuramos a reanudar la marcha.

La confusión de huellas se fue aclarando: dos caballos avanzaban juntos..., los de las dos mujeres, supuse, flanqueados por dos jinetes a cierta distancia; un tercer jinete abría la marcha y otro la cerraba. En total

cuatro intrusos. No hallamos señal alguna de que hubiera más.

El rastro se dirigía hacia el este, evitando las alturas y serpenteando entre los repliegues de las montañas, en lugar de cruzarla directamente. Era evidente que no tenían prisa y que procuraban mantenerse fuera de la vista.

Ahora ya no me cabía duda de que las huellas que seguíamos tenían un día. Sabía también que no encontraríamos a Goewyn y a Tángwen cobijadas en algún lugar esperando a que fuéramos a buscarlas. Se las habían llevado a la fuerza. Las habían raptado.

Aún no me sentía con fuerzas para enfrentarme con las implicaciones de tal acción. Es más, cuando me asaltaba esa idea, la apartaba de mi mente y me concentraba en seguir el rastro. No quería hacer ninguna especulación sobre lo que nos aguardaba al final.

Al llegar al cenit, el mortecino sol se fue debilitando y comenzó a hundirse hacia el crepúsculo, dibujando el suave arco de *sollen.* Creo que seguimos cabalgando largo tiempo, porque, cuando alcé la vista, las nubes se habían cerrado y la nieve que había estado amenazándonos durante el día, comenzó a caer en helados copos que rebotaban donde caían.

Imaginé la nieve cayendo sobre Goewyn y enredándose en sus cabellos y pestañas. Imaginé sus labios azulados y temblorosos. Imaginé sus hombros temblando mientras echaba nerviosas ojeadas hacia atrás esperando verme aparecer para salvarla.

Nos detuvimos junto a un riachuelo para descansar y abrevar los caballos. La nieve caía en ondulantes ráfagas. Me arrodillé y bebí un trago de agua helada; luego me acerqué a Cynan que miraba fijamente al otro lado del estrecho y oscuro hilillo de agua.

-El rastro continúa por allí -dijo sin separar los ojos de aquel lugar-. Ni siquiera se detuvieron a beber.

-No -dije.

-Entonces tampoco nosotros deberíamos detenernos -me espetó.

Estaba muy preocupado por Tángwen y por sus labios hablaba la tensión que lo embargaba.

-Nos llevan mucha ventaja, hermano -observé-. No sabemos cuánto tendremos que cabalgar hasta darles alcance. Debemos ahorrar fuerzas.

No le gustó lo que le decía, pero sabía que yo tenía razón.

-¿Cómo puede haber sucedido esto? -preguntó.

-La culpa es mía. No debería haber permitido que salieran a caballo. Fui un imprudente.

Cynan me miró; sus ojos azules parecían casi negros.

-No estoy echándote la culpa, hermano -dijo, aunque su tono denotaba cierto reproche-. El mal ya está hecho. Ya no se puede evitar. Ahora hay que repararlo.

Cuando todos, hombres y caballos, hubieron bebido a placer, reanudamos la marcha.

Cesó de nevar justo antes de la puesta de sol y el cielo se aclaró ligeramente hacia el oeste. El sol poniente brilló con una violenta luz roja y anaranjada antes de esconderse tras las lejanas montañas. El breve día invernal había llegado a su fin; pero seguimos cabalgando hasta que oscureció totalmente. Acampamos en un estrecho valle protegido por la

mole de una montaña y nos acurrucamos en torno al fuego.

No habíamos comido nada y el hambre nos martirizó durante la noche. Pasado el mediodía de la jornada siguiente, nos alcanzaron los guerreros que habían ido a buscar provisiones. Cabalgando sin detenerse durante la noche consiguieron darnos alcance antes de la puesta de sol. Hicimos un alto para comer y alimentar a los caballos, y luego proseguimos.

El rastro que seguíamos nos llevaba indefectiblemente hacia el este. Mucho antes de oír a lo lejos el chapaleteo del mar contra la orilla rocosa, sabía que el rastro acabaría en la costa. Y cuando, mientras se ponía otro sol de otro helado día, arribamos a una playa barrida por el viento y contemplamos las frías y espumantes olas que atronaban sin cesar nuestros oídos, sabía sin ninguna duda que Goewyn no estaba ya en Albión.

A la débil luz del crepúsculo recorrimos la playa y encontramos huellas en la arena. Abrigamos momentáneamente una ligera esperanza, pero se desvaneció por completo al hallar uno de los caballos de las mujeres, suelto, sin silla y arrastrando las bridas por la playa. Era el caballo de Tángwen, y su descubrimiento enloqueció de dolor a Cynan.

-¿Por qué un caballo solo? -preguntó sacudiendo nerviosamente las riendas-. ¿Qué significa esto?

-No lo sé -repuse-. Quizá trató de escapar.

-¡No tiene sentido! -gritó-. Nada de todo esto tiene sentido. En el supuesto de que tratara de escapar y la cogieran, ¿por qué dejaron su caballo y se llevaron los demás?

Me miraba como si le estuviese ocultando las respuestas a sus preguntas.

-Hermano, no tengo la menor idea de lo que ocurrió. ¡Ojalá la tuviera!

Demasiado agitado como para estarse quieto, Cynan espoleó su caballo y galopó a lo largo de la orilla. Iba a seguirlo cuando Drustwn me llamó. Había descubierto dos largas estrías en la arena..., estrías dejadas por las quillas de unos botes que habían estado varados en la playa.

Mientras dos de los hombres de Cynan cabalgaban en busca de su señor, yo desmonté, me detuve junto a una de las estrías y miré hacia el este, al otro lado del mar; hacia Tir Aflan. En algún lugar más allá del rugiente mar, duro y negro como la pizarra, mi esposa aguardaba que la rescatáramos.

Volví la espalda al mar con el rostro desencajado de cólera y frustración. Bran Bresal, que había estado todo el rato a mi lado en silencio, dijo:

-Creo que no las encontraremos en Albión.

-Sin embargo, te aseguro que las encontraremos -afirmé-. Envía a dos hombres al *crannog.* Que traigan a Tegid; lo quiero a mi lado. Scatha también querrá venir, pero debe quedarse para proteger Dinas Dwr.

-Enseguida, señor.

El jefe de los Cuervos voló hacia su caballo y partió al galope por la playa de guijarros.

-¡Cynan! -grité-. ¡Cynan, ven aquí!

Poco después se reunía conmigo.

-Envía a unos hombres en busca de botes. Acamparemos y les aguardaremos aquí.

Cynan titubeó, miró de reojo al cielo y pareció a punto de poner alguna objeción. Pero al fin dijo:

-Enseguida.

Se alejó a toda prisa llamando a Gweir. Yo cogí la manta de mi silla de montar y la extendí en la arena. Luego, clavando los ojos en el mar que rechinaba sin cesar sobre la playa, me senté y me dispuse a afrontar la larga espera.

18

EL GEAS DE TREÁN AP GOLAU

Estuvimos aguardando la llegada de los barcos tres días, y luego tres más. Cada día era una lenta tortura. Poco después del alba del séptimo día, llegaron cuatro barcos desde el puerto de invierno en el estuario del sur de Caledon donde Cynan los guardaba. Ordenó a sus hombres que estuvieran preparados y luego regresamos a nuestro campamento en la playa para aguardar la llegada de Tegid. El bardo apareció poco antes de la puesta del sol; Scatha, que no había consentido en quedarse en Dinas Dwr, cabalgaba a su lado.

-Mi hija ha sido raptada -me dijo a modo de saludo-. Tengo la intención de ayudar en su rescate.

No podía negárselo, así que le dije:

-Como quieras, *Pen-y-Cat* Quizá tu presencia nos resulte beneficiosa.

-Como Scatha se empeñó en acompañarnos -explicó Tegid-, llamé a Calbha para que viniera a hacerse cargo de Dinas Dwr. Por eso no hemos llegado antes.

No me gustó aquello.

-Esperemos que vuestro imprudente retraso no cueste la vida de Goewyn y de Tángwen.

Me volví y me apresuré a disponer los barcos para zarpar, ordenando que encendieran antorchas y que embarcaran las provisiones.

-Pronto oscurecerá y esta noche no habrá luna -observó Bran saliendo del inquietante mutismo que habíamos mantenido aquellos últimos días-. Deberíamos aguardar hasta mañana.

-Ya hemos perdido demasiado tiempo -le dijo Cynan-. Zarpamos de inmediato.

Tegid desmontó y acudió a mi lado.

-Hay algo más, Llew -dijo.

-Puede esperar a que hayamos izado velas.

-Debes oírlo ahora mismo -insistió el bardo.

Me encaré con él.

-¡Lo oiré cuando me parezca conveniente! Llevo aguardando en esta playa helada siete días. ¡Siete días! En estos momentos sólo me importa una cosa: rescatar a Goewyn. Si lo que tienes que decirme puede apresurar su rescate, habla. Si no, no quiero oírlo.

El rostro de Tegid se endureció; sus ojos relampaguearon.

-Pues tendrás que oírlo, oh poderoso rey -me espetó luchando por dominarse.

Hice el gesto de alejarme, pero me lo impidió cogiéndome por la muñeca de mi mano de plata. Sentí que me invadía la cólera.

-Quítame las manos de encima, bardo. ¡O las perderás!

Algunos de los que estaban más cerca, entre ellos Cynan y Scatha,

interrumpieron sus tareas para mirarnos. Tegid me soltó y alzó la mano sobre su cabeza con el ademán que emplean los bardos al salmodiar.

-¡Escúchame, Llew Llaw Eraint! -dijo escupiendo las palabras-. Eres el *Aird Righ* de Albión y por tanto estás sujeto a muchos *geas.*

-¿Tabúes dices? Ahórrate el aliento -gruñí-. ¡No me importan lo más mínimo!

Estaba doblemente enfadado; había desobedecido mis órdenes y nos había hecho perder algunos días y ahora por si fuera poco tenía la audacia de entretenernos aún más hablando de ridículos tabúes.

-¡Mi mujer ha sido raptada! ¡La de Cynan ha desaparecido! Cueste lo que cueste, iré a buscarlas. ¿Lo entiendes? Daré todo mi reino a cambio de su libertad.

-El reino no es de tu propiedad y por lo tanto no puedes darlo -declaró con sencillez el bardo-. Pertenece al pueblo que se acoge a tu protección. Lo único que posees es la dignidad real.

-No tengo tiempo para discutir contigo, bardo. Quédate si es tu deseo; yo me voy.

-Y yo te digo que no puedes irte -dijo deteniéndome con voz firme.

Lo miré; la rabia no me dejaba hablar.

-El *Aird Righ* de Albión no puede abandonar sus territorios -anunció-. Éste es el principal *geas* que te ata a tu reino.

¿Se había vuelto loco?

-¿Qué me estás diciendo? Ya me he marchado con anterioridad. He viajado...

El bardo sacudió la cabeza y yo caí en la cuenta de que desde que era rey, no había puesto un pie fuera de los límites de Albión. Al parecer, aquello me estaba prohibido por alguna oscura razón.

-Explícate -le urgí con violencia-. Y procura hacerlo rápidamente.

Tegid se limitó a contestar:

-Está prohibido que el Soberano Rey abandone la isla de la Fuerza... en cualquier ocasión y por cualquier causa.

-A menos que me des una explicación más convincente -le repliqué-, no tardarás mucho en quedarte solo en esta playa. He ordenado que zarpen los barcos y tengo la intención de estar a bordo cuando el primero de ellos parta.

-Los barcos pueden zarpar. Tus hombres pueden marcharse -dijo con voz suave-. Pero tú, oh rey, no puedes poner un pie más allá de esta orilla.

-¡Mi mujer está muy lejos de aquí! Y yo voy a buscarla -dije haciendo de nuevo ademán de alejarme.

-Y yo te digo que no puedes marcharte de Albión y seguir siendo el *Aird Righ* -insistió enfatizando cada una de sus palabras.

-Entonces renuncio a ser rey -le espeté-. ¡Que así sea! De una forma u otra, me voy a buscar a mi esposa.

Si mi dignidad real pudiera hacerla regresar a mi lado, renunciaría a ella mil veces. Goewyn era mi vida, mi alma; estaba dispuesto a renunciar a cualquier cosa por salvarla.

Scatha nos miraba con aire impasible. Entendía ahora por qué había venido y por qué Tegid había desobedecido mi explícita orden. Ella sabía que yo no podía abandonar Albión y suponía que en cuanto yo entendiera

el porqué cambiaría de parecer. Pero mi decisión era firme.

Eché una rápida mirada a Cynan, que me observaba pensativamente sin dejar de atusarse el bigote. Alcé la mano y lo señalé.

-Entrega a Cynan la dignidad real -dije-. Que sea él el *Aird Righ.*

-Yo me largo - gruñó Cynan.

-Entonces, entrega a Scatha la soberanía -dije yo.

Scatha declinó el ofrecimiento.

-Yo voy a buscar a mi bija -afirmó-. No estoy dispuesta a quedarme aquí.

Me volví hacia Bran, pero también él rechazó el ofrecimiento.

-Mi lugar está a tu lado -se limitó a decir.

-¿Nadie está dispuesto a aceptar la dignidad real? -pregunté.

Todos rehuyeron mi mirada y nadie contestó. Estaba anocheciendo muy deprisa y yo estaba perdiendo la poca dignidad que me quedaba.

Me volví hacia Tegid como si se tratara de un enemigo.

-Ya ves cómo están las cosas -dije.

-Ya veo -repuso gélido-. Y ahora quiero que las veas tú.

Hizo una pausa, cerró los ojos y tomó aliento. Sus primeras palabras me cogieron por sorpresa.

-Treán *ap* Golau era un rey de Albión -dijo Tegid-. Poseía tres cosas que le proporcionaban gran renombre: el amor de bellas mujeres, la invencibilidad en el combate y la lealtad de hombres honrados. Sólo tenía una cosa que le causaba aflicción: el *geas* de su pueblo de que jamás debía matar un jabalí. Y sucedió...

Lo miré atónito. ¡Una historia! Iba a contarme una historia. No podía dar crédito a mis oídos.

-No tengo tiempo para esas cosas, Tegid -protesté.

El bardo alzó la cabeza, abrió mucho los ojos y clavó en mí una mirada siniestra.

-Una mañana -salmodió fríamente-, en que el rey fue a cazar con sus guerreros, oyeron un pavoroso gruñido, como el de una bestia salvaje. El rugido era tan atronador que sacudió los árboles de sus raíces, zarandeó las montañas, rompió las rocas y partió las peñas. Una, dos, tres veces, se sucedieron los terribles gruñidos, cada vez más fuertes y espantosos. El rey Treán llamó a Cet, su sabio bardo: «Ese ruido debe ser silenciado o morirá cuanto hay vivo en la tierra. Busquemos a la bestia que lo produce y matémosla». El *penderwydd* Cet respondió: «Es más fácil decirlo que hacerlo, poderoso rey, porque ese sonido es emitido nada menos que por el Jabalí de Badba, un animal encantado sin orejas ni cola, pero con unos colmillos del tamaño de las lanzas de tu paladín y dos veces más afilados que ellas. Además, hoy ya ha matado y devorado a trescientos hombres, y todavía está hambriento. Por eso sus rugidos y gruñidos hacen vacilar el mundo». Cuando Treán *ap* Golau oyó estas palabras, dijo: «Puede que sea un jabalí o una maldición, pero si no detengo a esa bestia no quedará nada con vida en mi reino». Y así, el rey cabalgó al encuentro del monstruo y lo encontró desgarrando con sus afilados colmillos un tejo caído. Pensando abatirlo de una lanzada, atacó al Jabalí de Badba. Pero el gigantesco cerdo lo vio acercarse y soltó tan atronador gruñido que el caballo del rey cayó de rodillas asustado y Treán dio con sus huesos en el

suelo. El jabalí se lanzó contra el rey. Treán blandió la lanza, apuntó y la disparó. El jabalí se acercaba más y más; pero la lanza dio en el blanco y alcanzó al animal en plena frente. Sin embargo, no pudo atravesar la espesa piel del jabalí y rebotó. El jabalí estaba ya muy cerca del rey. Treán desenvainó la espada, y ¡ris! ¡ras! Pero la sólida hoja se rompió en pedazos sin hacer el menor daño al animal; ni siquiera le cortó una cerda. En el momento en que el jabalí bajaba la cabeza para embestir, el rey dio un salto y cayó sobre el lomo del animal; pero la enloquecida bestia lo lanzó por los aires y el rey se desplomó sobre el tejo: su cuerpo se clavó en el astillado tronco y quedó colgando del árbol, literalmente empalado. Y murió. Al verlo, el Jabalí de Badba empezó a devorarlo. Le desgarró los miembros, se comió el brazo derecho y la mano derecha que aún asía la empuñadura de la espada. Pero la hoja astillada se clavó en la garganta de la bestia y el Jabalí de Badba se murió. Los compañeros del rey corrieron en su ayuda, pero Treán ya había muerto.

Mirándome fijamente, Tegid concluyó:

-Aquí acaba la historia del rey Treán, que la escuche quien lo desee.

Si me había contado aquella historia con la intención de acobardarme, iba a llevarse una decepción. Mi decisión era firme.

-He escuchado tu historia, bardo -le dije-. Y es, sin duda, un portentoso cuento. Pero si debo romper ese *geas,* que así sea.

En contra de lo que esperaba, Tegid se ablandó.

-Sabía muy bien lo que ibas a decir.

Hizo una pausa como para concederme una última oportunidad de cambiar de opinión.

-¿Es firme tu decisión?

-Lo es.

Se inclinó hacia delante, dejó la vara en el suelo ante él y luego se irguió con un rostro como labrado en piedra.

-Que así sea. El tabú será roto.

El Bardo Supremo hizo una pausa y en la desmayada luz miró los rostros de los reunidos. Hablando con voz pausada y clara para que todos pudieran oírlo, dijo:

-El rey ha escogido, ahora tenéis que elegir vosotros. Si alguien quiere regresar, debe hacerlo ahora.

Nadie movió ni un músculo. Leales a un hombre, sus juramentos de fidelidad permanecían intactos y sus corazones, impasibles.

Tegid asintió y cubriéndose la cabeza con un pliegue del manto dijo en la Lengua Secreta de los bardos:

-¡Datod Teyrn! Gollwng Teyrn. ¡Roi'r datod Teryn-a- Terynás! Gwadu Teryn. Gwrthod Teyrn. Gollwng Teryn.

Luego concluyó volviéndose a los cuatro puntos cardinales:

-Gollyngdod... gollyngdod... gollyngdod... gollyngdod.

Después cogió la vara y procedió a trazar un círculo alrededor de los reunidos en la playa. Tras haberlo completado, volvió al centro, dibujó una larga línea vertical con dos trazos oblicuos en sus extremos, imitando la forma de una punta de flecha sin rematar, era lo que él llamaba el *gorgyrven:* los Tres Rayos de la Verdad. Luego alzó la vara con la mano derecha y la clavó en la arena; a continuación sacó una bolsa de su cinto

y derramó en cada una de las tres líneas que había dibujado un poco del oscuro polvillo de ceniza que él llamaba *Nawglan.* Después se irguió y me rozó la frente con las yemas de los dedos para marcarme con el *gogyrven.* Alzó las manos con las palmas hacia arriba, una sobre su cabeza y la otra sobre su hombro, abrió la boca y comenzó a salmodiar:

> En la escarpada senda de nuestro común destino,
> te rogamos:
> hazla fácil o difícil para nuestra carne,
> hazla luminosa u oscura para los que la seguimos,
> hazla dura o suave bajo nuestros pies;
> concédenos, Sumo Sabedor, tu maravillosa protección,
> para que no caigamos o nos extraviemos;
> para cuantos están en este círculo,
> sé nuestro consuelo y nuestro guía;
> *Aird Righ,* por la autoridad de los Doce:
> el Viento de tormentas y galernas,
> el Trueno de tempestuosas olas,
> el Rayo del resplandeciente sol,
> el Oso de siete batallas,
> el Águila del escarpado risco,
> el Jabalí del bosque,
> el Salmón del estanque,
> el Lago de la cañada,
> el Brezo de la colina,
> la Fuerza del guerrero,
> la Palabra del poeta,
> el Fuego del pensamiento sabio.
>
> ¿Quién sostiene el *gorsedd,* si no Tú?
> ¿Quién cuenta las eras del mundo, si no Tú?
> ¿Quién gobierna la Rueda del Cielo, si no Tú?
> ¿Quién despierta la vida en el útero, si no Tú?
> Por tanto, Dios de Todas las Virtudes y Poderes,
> purifícanos y protégenos con tu Mano Firme y Segura,
> concédenos la victoria sobre malvados y pérfidos,
> condúcenos en paz hasta el final de nuestro viaje.

Con aquel rito, el bardo nos había purificado, nos había consagrado y había sellado nuestro viaje con una bendición. Me sentí humilde y contrito.

-Gracias, bardo -le dije.

Pero Tegid aún no había acabado. Rebuscó en su cinto, sacó un pálido objeto y me lo ofreció. Yo tendí mi mano y él me lo dio. Sentí su frío peso en la palma y supe sin necesidad de mirar lo que era: una Piedra Cantarina. Bendito era puesto que sabía con absoluta certeza que yo iba a elegir romper el *geas* para salvar a Goewyn, y quería hacer lo que fuera para ayudarme.

-De nuevo gracias, hermano -dije.

Tegid no contestó; sacó otras dos piedras y me las puso en la mano. Con esto, el bardo me libraba a mi destino. Escondí las piedras en mi cinturón y ordené a los hombres que subieran a bordo. Todos echaron a correr para llegar los primeros y yo los seguí. Casi había llegado al agua cuando Tegid me gritó:

-¡Llew! ¿Vas a dejar en tierra a tu bardo?

-Iría con más ánimos si me acompañaras -respondí-. Pero no me lo tomaré a mal si te quedas.

A los pocos instantes el bardo estaba junto a mí.

-Iremos juntos, hermano.

Vadeamos las heladas aguas y los que aguardaban en cubierta nos izaron a bordo. Con largos bicheros los hombres empujaron el barco hasta aguas más profundas, mientras las velas ondeaban y se hinchaban al viento. La noche nos encerró en su apretado puño mientras la proa surcaba las olas salpicándonos el rostro de espuma salada y empapándonos los mantos de agua.

Así, en una noche de *sollen* oscura y sin luna, dejé atrás Albión. Y ni siquiera volví la cabeza.

El mar estaba agitado y el viento era frío y violento. Nos azotaban la lluvia y la nevisca y nos sacudían las olas del furioso mar. Más de una vez temí que las aguas nos tragaran, pero seguíamos navegando impávidos. No había vuelta atrás.

-¿Qué te hace suponer que han escapado a la Tierra Maldita? -me preguntó Tegid, de pie en proa, agarrado a la borda. No habíamos visto el sol desde que zarpamos.

-Paladyr está detrás de todo esto -le dije mirando fijamente las olas y golpeando la borda con el puno.

-¿Por qué lo dices?

-¿Quién otro si no? -repuse.

Sin embargo, su pregunta hizo surgir en mí la duda que hacía tiempo reprimía. Volví la cabeza y lo miré a los ojos.

-¿Qué crees tú?

-Creo que ningún hombre deja rastro en el mar -respondió arqueando ligeramente sus oscuras cejas.

-El rastro conduce a Tir Aflan. Allí desterramos a Paladyr y allí se las ha llevado -afirmé, con bastante menos seguridad de la que sentía hacía unos momentos.

Mientras aguardaba en la playa, no abrigaba la menor duda. Ahora, después de dos días de navegación, ya no estaba tan seguro. ¿Y si habían puesto rumbo al sur y habían desembarcado en alguna remota y desconocida cueva de las miles que había en la costa?

Tegid guardó silencio un rato, pensativo. Luego dijo:

-¿Qué puede haber empujado a Paladyr a hacer una cosa así?

-Está muy claro: la venganza.

El bardo sacudió la cabeza.

-¿Venganza? ¿Por haberle devuelto la vida?

-Por haberlo desterrado a Tir Aflan -respondí en tono cortante-. ¿Por qué lo preguntas? ¿Qué estás pensando?

-Paladyr ha buscado siempre, por encima de todo, su beneficio y su ganancia -observó Tegid- Creo que debería estar satisfecho por haber salido con vida. Por otra parte, jamás he visto que Paladyr actuara solo y por su cuenta.

Era muy cierto. Paladyr era un guerrero, más inclinado a empuñar la lanza que a sutiles maquinaciones. Medité unos instantes.

-Da igual -decidí al fin-. Poco importa que actuara solo o con toda una hueste de taimados intrigantes. Iría en su busca de cualquier modo.

-Desde luego -asintió Tegid-. Pero sería conveniente saber quién está con él en este asunto. *Eso* sí podría importar.

Se quedó callado un momento mirándome con sus agudos ojos negros.

-Bran me habló de la almenara.

Fruncí el ceño y clavé los ojos en el mar pizarroso.

-¿Hay algo más que no me hayas dicho? Si es así, dímelo ahora.

-Hay algo más -admití finalmente.

-¿Qué es?

-Goewyn está embarazada. Nadie más lo sabe. Quería esperar un poco antes de comunicarlo a los demás.

-¡Antes de comunicarlo a los demás! -estalló Tegid-. ¡El hijo del rey!

Sacudió la cabeza atónito e incrédulo; volvió el rostro hacia el mar y su mirada se perdió en las agitadas aguas. Pasó un buen rato hasta que por fin se decidió a hablar.

-¡Ojalá lo hubiera sabido antes! -murmuró-. El niño no es sólo tuyo; es símbolo de la riqueza de tu reino y pertenece al clan. Deberíais habérmelo dicho.

-No estábamos tratando de ocultarlo -repuse de forma huraña.

Luego me callé.

-Tegid -dije al cabo de un rato-, ¿Has estado alguna vez allí..., en Tir Aflan?

-Jamás.

-¿Sabes de alguien que haya ido?

Emitió un lúgubre gruñido a modo de risa.

-Sólo sé de uno: Paladyr.

-Pero a buen seguro debes de saber algo de ese lugar. ¿Por qué se llama así?

El bardo frunció los labios.

-Desde tiempos inmemoriales se ha llamado Tir Aflan. El nombre es adecuado, pero no siempre fue así. Entre la Sagrada Hermandad se cuenta que una vez, hace mucho tiempo, era el más hermoso y afortunado de los reinos... Entonces se llamaba Tir Gwyn.

-La Tierra Hermosa -repetí-. ¿Qué sucedió?

Su respuesta me sorprendió.

-En la cumbre de su gloria, Tir Gwyn se desplomó.

-¿Se desplomó? -pregunté asombrado-. ¿Cómo?

-Se dice que el pueblo abandonó el Camino de la Verdad: se perdieron en el error y el egoísmo. La maldad se alzó entre ellos sin que se dieran cuenta. En lugar de resistir, la abrazaron y se rindieron a ella. La maldad fue en aumento; los devoró... devoró cuanto de bueno y hermoso había en

aquella tierra.

-¿Hasta que no quedó nada? -murmuré.

-El Dagda les retiró su Mano Firme y Segura y Tir Gwyn se convirtió en Tir Aflan -me explicó-. Ahora está habitada sólo por bestias y proscritos que se atacan unos a otros en su tormento y desdicha. Es una tierra que carece de todo cuanto se precisa para el consuelo de los hombres. No busques en ella ayuda, compasión o paz, porque no las encontrarás. Sólo dolor, sufrimiento y angustia.

-Ya entiendo.

Con el ceño fruncido, Tegid me miró por el rabillo del ojo.

-Sí; pronto lo verás con tus propios ojos -dijo señalando con la vara hacia el mar que se extendía ante nosotros.

Miré hacia lo que parecía un grisáceo banco de nubes flotando en el horizonte: estaba contemplando por primera vez la Tierra Maldita.

-Cuando llevemos allí algunos días, ya me dirás si no merece el nombre que lleva.

Miré aquella masa incolora que parecía flotar en el agitado mar. Tenía un aspecto triste, pero no más que otras tierras cuando uno se acerca a ellas a través de la niebla y la llovizna de un día sin sol. Además, me preguntaba si tras lo que me había contado Tegid no parecía más miserable y lóbrega de lo que era.

Había ido a rescatar a Goewyn y estaba dispuesto a afrontar terremotos, inundaciones e incendios para salvarla. Ninguna tierra, por hostil que fuera, podría obstaculizar mi camino.

Pero no tardaría en comprobar que estaba pecando de insensatez e inocencia.

19

TIR AFLAN

Hubiera sido más fácil surcar el mar con los barcos a cuestas que atracar sin novedad en Tir Aflan. La escarpada costa estaba sembrada de rocas. El mar se precipitaba y desgarraba con atronador bramido contra los afilados escollos. Pasamos la mayor parte del día buscando un lugar en la costa para desembarcar, y por fin fuimos a dar casualmente con una bahía resguardada por dos promontorios rocosos que protegían la estrecha entrada.

Pese a la protección que ofrecían los dos promontorios, a Tegid no le gustó aquel sitio; decía que le inquietaba profundamente. Sin embargo, después de un breve cambio de impresiones, decidimos que era el mejor lugar que habíamos divisado en la costa y probablemente el mejor que podíamos encontrar.

Di la orden y uno tras otro los barcos pasaron entre los dos promontorios. Una vez en la bahía, las aguas estaban mortalmente tranquilas y tenían un tono oscuro, más incluso que las que acabábamos de dejar.

-Escucha -dijo Tegid-. ¿Has oído?

-No he oído nada -repuso inclinando a un lado la cabeza.

-Las gaviotas han desaparecido.

Una bandada de gaviotas nos había acompañado desde el comienzo del viaje. Ahora, en efecto, no había la menor señal de ellas.

De pie en la proa vi que el barco de Cynan nos adelantaba y se internaba en la bahía. Cynan nos dio un grito y señaló un lugar para desembarcar. Estaba aún asomado a la borda con la mano extendida cuando vi que las aguas empezaban a rebullir delante mismo de su barco.

A los pocos instantes hervían furiosamente; jamás había visto que un caldero lo hiciera con tanta fuerza. Las aguas se espesaban y estremecían, y burbujas de gas estallaban en la superficie, soltando un vapor verdusco que flotaba sobre el tenebroso mar.

Los hombres se precipitaron hacia la borda y se asomaron sobre las hirvientes aguas. Las exclamaciones de asombro se convirtieron en gritos de angustia cuando, de entre las agitadas aguas, emergió la escamosa cabeza de una enorme serpiente. Abriendo desmesuradamente la dentada boca y disparando su lengua bífida como una lanza de dos puntas, el monstruo silbó y el estruendo que se oyó parecía el de las velas de un barco azotadas por la galerna.

Desde donde estaba vi al monstruo con la claridad que inspira el pavor; su mucosa piel estaba moteada de verde y gris, como el mar en plena tormenta; los ojos sobresalían terriblemente en una cabeza muy plana; sus escamas, gruesas y rugosas como la corteza de un árbol, dibujaban una aguda cresta sobre el lomo, pero en cambio el resto del

cuerpo era liso y viscoso como el de una babosa. Un espeso río de transparente baba fluía de dos enormes agujeros en el extremo del hocico y de otros más pequeños que se abrían en la base de la garganta y se prolongaban en hilera a lo largo de su cuerpo.

Si el aspecto del monstruo había sido diseñado con la exclusiva finalidad de inspirar repulsión, desde luego no podía haber sido mejor concebido. Se me atenazó la garganta y el estómago se me revolvió. Después, nos alcanzó una oleada del aliento del animal y el hedor me hizo vomitar.

-¡Llew!

Tegid apareció a mi lado en la proa y me puso una lanza en la mano.

-¿Qué es esa cosa? -pregunté, limpiándome la boca con la manga-. ¿Lo sabes?

Sin apartar los ojos del monstruo, respondió con voz temblorosa de miedo:

-Es un *afanc.*

-¿Se puede matar?

Me miró con rostro demudado. Abrió la boca, pero no pudo emitir sonido alguno y volvió a clavar los ojos en el monstruo.

-¡Tegid! ¡Responde! -grité agarrándolo del brazo y obligándolo a mirarme-. ¿Se puede matar?

Pareció volver en sí.

-No lo sé -musitó.

Me volví hacia los guerreros que estaban a mi espalda.

-¡Preparad las lanzas! -grité.

En el centro del bote había cinco caballos, que se habían espantado ante la súbita aparición del monstruo. Corcoveaban y relinchaban tratando de soltarse.

-¡Tranquilizad a los caballos! ¡Tapadles los ojos!

Un tremendo crujido resonó en las aguas. Me di la vuelta y vi que el barco de Cynan se estremecía y se tambaleaba. Luego se levantó en el aire, izado sobre un enorme y viscoso anillo. Los hombres gritaban mientras el barco se balanceaba en el aire.

-¡Acércate! -grité al timonel-. ¡Hay que ayudarlos!

En ese preciso instante, una joroba emergió como una anguila ante la proa. El barco chocó contra el *afanc* y se estremeció haciendo caer de bruces a los hombres. Enrollando un cabo a mi mano de plata, me incliné sobre la borda y blandiendo la lanza la clavé con fuerza en la viscosa piel. De la herida brotó sangre de un color negro azulado.

Tiré de la lanza y la clavé otras dos veces más, lo más profundo que pude. La tercera vez la empujé con todas mis fuerzas, noté la resistencia de la fuerte musculatura y luego sentí que la carne cedía y que la afilada lanza se hendía. El enorme corpachón del monstruo se estremeció de dolor y casi me sacó el brazo de sitio. El agua se ennegreció; yo solté la lanza en el preciso instante en que Tegid me agarraba del cinturón y tiraba de mí.

Los demás, aguijoneados por mi ejemplo, comenzaron a golpear al monstruo con sus armas, abriendo cientos de heridas en la tersa piel. Las verdigrises aguas del mar se espesaron con la sangre. No sé si el monstruo

sintió el impacto de nuestras lanzas o si simplemente se sumergió para atacar de nuevo. Lo cierto es que el *afanc* silbó y la sanguinolenta joroba desapareció bajo las aguas. Los guerreros lanzaron un grito de victoria.

Entretanto, Cynan y sus hombres, asomados a la borda, libraban un frenético ataque contra la cabeza y la garganta del monstruo. Vi a Cynan balancearse peligrosamente en la proa. Alzó la lanza, hizo acopio de toda su energía y la disparó, emitiendo, con el esfuerzo, un tremendo gemido en el mismo instante en que el proyectil salía despedido de su mano.

La lanza voló por los aires y fue a clavarse en los ojos del *afanc.* El monstruo movió violentamente de un lado a otro su inmensa cabezota para librarse de ella.

Los hombres gritaron de entusiasmo.

Pero los vítores se transformaron en gritos de desconcierto, cuando el *afanc* alzó su espantosa cabeza por encima del agua y abrió la inmensa boca mostrando una doble hilera de dientes, afilados como un huso. Los guerreros se dispersaron despavoridos mientras la impresionante mandíbula se cernía sobre ellos. Pero unos cuantos se mantuvieron en sus puestos y dispararon sus lanzas dentro de la amarillenta garganta del monstruo.

La terrible bestia retrocedió entre silbidos y espumarajos; algunas lanzas sobresalían de su cuello como cerdas. El barco, todavía preso en el anillo de la serpiente, subía y bajaba tambaleante.

Nosotros estábamos demasiado lejos para ayudarlos.

-¡Más cerca! -grité-. ¡Deprisa!

Pero no había nada que hacer.

La boca del monstruo golpeó el mástil del barco; el estrépito de la madera resonó en las aguas. El palo se rompió y el barco se bamboleó arrojando hombres y caballos a las espumantes aguas.

En medio de los alaridos de los hombres oí un extraño sonido, un pavoroso sonido que revolvía las entrañas..., apagado, amordazado, áspero. Miré y vi la mitad superior del mástil atravesada en la garganta del monstruo. La terrible bestia boqueaba intentando tragárselo, pero el astillado tronco se había clavado profundamente en la carne.

Incapaz de librarse del mástil, el *afanc* sacudía la cabeza a uno y otro lado, azotando el agua como un látigo. Y entonces, cuando parecía que los barcos iban a hacerse pedazos con los bandazos de la enorme cabezota, el abotargado corpachón dio una sacudida y la bestia se hundió en las profundidades, propinando un último y tremendo coletazo. Los dos barcos que estaban más cerca quedaron anegados y estuvieron a punto de naufragar, pero lograron mantenerse a flote y pusieron proa hacia la orilla. El último barco, alcanzado también por la violencia del golpe, casi zozobró.

Nos dirigimos hacia el barco de Cynan e izamos a bordo a cuantos pudimos recoger. Aun así, tres caballos se ahogaron y unos doce hombres tuvieron que nadar en las heladas aguas hasta la orilla. Pudimos salvar el destrozado barco, pero perdimos las provisiones.

Cuando los últimos hombres llegaron a tierra, aturdidos y medio helados, nos reunimos en la orilla y contemplamos mudos la bahía de nuevo tranquila. Amarramos los barcos lo mejor que pudimos y

abandonamos la costa, alejándonos del lecho del *afanc,* para pasar una insomne noche acurrucados en torno a una chisporroteante hoguera, en un triste esfuerzo por entrar en calor.

La nevisca silbaba entre las espasmódicas llamas y la madera húmeda siseaba. Nos calentamos muy poco y descansamos aún menos; cuando apareció el sol, pálido como un fantasma, en un tenebroso cielo de color gris, nos levantamos para entrar en calor y comenzamos a rastrear la orilla en busca de alguna señal de Goewyn, Tángwen y sus raptores. Como no descubrimos ningún rastro, nos dispusimos a internarnos tierra adentro.

-*Clanna na cù* -murmuró Cynan, mientras la niebla se condensaba en sus cabellos y bigote-. Este lugar apesta. Oled el aire. Apesta -añadió con las aletas de la nariz dilatadas y una mueca de asco en la boca.

La atmósfera, en efecto, era fétida y densa como un pozo de inmundicias.

Muy cerca, Tegid, apoyado en su vara, escrutaba con aire taciturno la espesa vegetación del bosque que se alzaba como una muralla de color gris en la estrecha playa, formada por fragmentos de afilado pedernal. En la orilla yacían, como rígidos cadáveres, árboles muertos con las raíces colgando.

-Deberíamos marcharnos enseguida -dijo-. Alguien podría advertir nuestra llegada.

-Mejor que mejor -comenté-. Quiero que Paladyr sepa que hemos llegado.

-No estaba pensando sólo en Paladyr -me dijo el bardo-. Quizá sea la menor de nuestras preocupaciones. Intuyo que nos acechan peligros aún mayores.

-Que vengan -declaró Alun-. No les tengo miedo.

Tegid gruñó y le dirigió una siniestra mirada.

-Cuanto menos fanfarronees ahora, menos tendrás que lamentarlo luego.

Poco después regresó Garanaw de su incursión tierra adentro e informó que había encontrado un riachuelo que podría servirnos como sendero. Cynan propuso que nos dirigiéramos a las colinas que habíamos avistado desde el mar; desde allí podríamos otear la extensión de aquella tierra y avistar alguna señal del enemigo.

Las huellas, la almenara y las estrías de las quillas de los barcos no dejaban lugar a dudas de que Paladyr había contado con ayuda. Desde las colinas podríamos avistar el humo de algún campamento o de algún poblado. Era una esperanza muy exigua en nuestras ya escasas posibilidades, pero era lo único que teníamos. Así que nos pusimos en marcha como si estuviéramos seguros del triunfo.

Drustwn regresó de explorar la costa hacia el sur.

-Sólo hay escarpados acantilados. No he podido hallar ningún lugar accesible.

-Muy bien. Entonces dirijámonos hacia el norte. Muéstranos el camino, Garanaw.

Nos pusimos en marcha lentamente tras Garanaw. Bran y los demás Cuervos caminaban a su lado, seguidos por Cynan y sus guerreros; detrás

íbamos Tegid, Scatha y yo, y cerraban la marcha seis guerreros que conducían la reata de caballos en doble hilera. La vegetación que bordeaba la orilla era tan espesa y apretada que era imposible cabalgar. Tendríamos que ir a pie, al menos hasta que la senda se ensanchara.

El arroyo que había visto Garanaw resultó ser una fétida filtración de agua amarillenta que fluía del bosque, se deslizaba por la pedregosa playa e iba a parar al mar formando una mancha de color ocre. Sin embargo, el agua había trazado en cierto modo una senda, una tosca y abrupta torrentera, entre la maleza y el sotobosque.

Tras echar una última ojeada al mortecino cielo, nos internamos tierra adentro siguiendo la garganta. Árboles caídos a ambos lados y sobre la torrentera dificultaban en extremo nuestra marcha. Muy pronto perdimos de vista el cielo: sobre nuestras cabezas se cernía un amasijo de ramas entretejidas tan tupidas y espesas como un techo de paja. Avanzábamos con angustiosa lentitud en medio de una fétida penumbra con los pies y las piernas cubiertos de maloliente barro. El único ruido que percibíamos era el ulular del viento entre los árboles y el apestoso chapoteo del arroyo.

Los caballos se mostraron reacios a internarse en el bosque y, apenas habíamos avanzado unos pasos, tuvimos que detenernos para taparles los ojos. De esa forma, los animales se tranquilizaron y se dejaron conducir.

Nos afanamos durante todo el día saltando y sorteando los árboles caídos. Cuando anocheció estábamos exhaustos y entumecidos de tanto resbalar y tropezar contra las paredes de la torrentera, y salimos de la garganta para acampar. Por lo menos había leña en abundancia y encendimos una hermosa fogata para alumbrar aquel tenebroso anochecer.

Tegid se sentó un poco apartado de los demás, inclinado sobre su vara; sumido en sus meditaciones no hablaba con nadie. Juzgué prudente no molestarlo y lo dejé abandonado a sus pensamientos.

Tras descansar, los hombres empezaron a charlar en voz baja y los encargados de la intendencia se dispusieron a preparar la cena. Yo me senté con Scatha, Bran y Cynan y comentamos el progreso de nuestra marcha..., mejor dicho, su lentitud.

-Mañana avanzaremos mucho más -dije sin demasiada convicción-. Bueno, al menos no puede ser peor que hoy.

-Me encantaría salir de esta apestosa zanja -murmuró, sombrío, Cynan.

-No me extraña, Cynan Machae -observó Alun-, verte luchando con el barro es más que suficiente para arrancar lágrimas de mis ojos.

Scatha, con los largos cabellos trenzados y recogidos bajo el casco, se limpiaba el barro de los *buskins* con un palo mientras murmuraba:

-Es este hedor repugnante lo que arranca lágrimas de mis ojos.

Tales comentarios aliviaron un poco nuestro pesimismo; luego concentramos nuestra atención en distribuir a los hombres y asegurar la vigilancia del campamento durante la noche. Comimos con escaso apetito, nos envolvimos en los mantos y nos quedamos dormidos.

El día siguiente amaneció húmedo. Soplaba un fuerte viento del norte. Aunque hacía bastante frío no nevaba; pero la humedad nos calaba

hasta los huesos. Caminamos penosamente por la garganta, abriéndonos paso entre la maraña de ramas y troncos; descansábamos de vez en cuando, pero sólo nos deteníamos cuando ya ni podíamos arrastrar los pies.

El terreno iba subiendo y al final del tercer día comenzamos a preguntarnos por qué tardábamos tanto en llegar a nuestro destino.

-No lo entiendo -confesó Bran-. Deberíamos haber llegado a la cima de esta asquerosa colina hace tiempo.

Estaba de pie apoyado en la lanza con la frente manchada de barro y sudor y los *breecs* y el manto empapados y sucios; los demás Cuervos no presentaban mejor aspecto que él. Más que guerreros al servicio de un rey, parecían fugitivos escapados de una mazmorra.

Hacía días que no nos afeitábamos e íbamos cubiertos de barro de la cabeza a los pies. Hubiera dado algo por encontrar un riachuelo decente o un estanque para librarme del lodo. Pero ambas cosas y también la cima de la montaña parecían estar muy lejos de nuestro alcance.

Me volví hacia Tegid.

-¿Por qué, Tegid? A pesar de que recorremos todos los días una considerable distancia, ni siquiera hemos avistado la cima.

El bardo torció el gesto, como si sufriera algún dolor, y dijo:

-Sabes tanto como yo acerca de estos malditos parajes.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué ocurre?

-No puedo ver nada aquí -murmuró con amargura-. Estoy ciego otra vez.

Lo miré fijamente y entonces comprendí lo que quería decir.

-Tu *awen,* Tegid... No tenía idea...

-No importa -repuso en tono amargo dándose la vuelta-. No es una gran pérdida.

-¿Qué le ocurre? -preguntó Cynan, que nos había visto hablar y se acercó a mí en cuanto el bardo se hubo alejado.

-Su *awen* -le expliqué-. No puede utilizarlo aquí.

Cynan frunció el ceño.

-Mala cosa; si en algún lugar necesitamos la vista de un bardo, es aquí, en Tir Aflan.

-Sí -asentí-. Pero, cuando falla la sabiduría, no queda más remedio que confiar sólo en nuestros puños y en nuestras fuerzas.

Cynan sonrió. Le habían agradado mis palabras.

-Como rey eres bastante aceptable -comentó-, pero no hay duda de que sigues siendo un bravo guerrero.

Acampamos en el húmedo y malsano bosque y nos levantamos al alba para reanudar la marcha. La jornada fue una dura lucha contra la monotonía y el tedio, pero al menos no hacía tanto frío como en los días anteriores. De hecho, a medida que subíamos, el aire se iba templando. Nos alegramos de tan inesperado beneficio y seguimos adelante; al final del día nuestros esfuerzos se vieron recompensados y llegamos a la cima.

Aunque el sol hacía rato que se había rendido, avanzamos penosamente por la cresta de la colina hasta un lugar llano y herboso. A la mortecina luz del crepúsculo vimos un claro bastante extenso y plano. Rápidamente apilamos leña del bosque y encendimos una hoguera. Bran

nos aconsejó que no lo hiciéramos, pensando prudentemente que sólo nos faltaba una almenara que alertara al enemigo de nuestra presencia. Pero yo juzgué que necesitábamos tanto la luz como el calor del fuego y además no me importaba que Paladyr y sus compinches lo vieran.

Pero, como mi sabio bardo había dicho, Paladyr era el menor de los peligros que nos acechaban, como no tardaron en demostrar los gritos de alarma de los centinelas.

20

EL SIABUR

En la hora-entre-horas, justo antes del alba, los caballos relincharon. Los habíamos atado más allá del resplandor de la fogata para que las llamas no los inquietaran. Como estábamos en un territorio desconocido, Bran había establecido una constante vigilancia en torno a los caballos y al perímetro del campamento.

Sin embargo, los únicos avisos de peligro que oímos fueron los relinchos y el piafar de los caballos, seguidos inmediatamente por los gritos de pánico del centinela.

Había empuñado la espada y mis pies habían empezado a correr, incluso antes de que mis ojos estuvieran abiertos del todo. Bran me seguía a la zaga y llegamos juntos al lugar. El guardián, uno de los hombres de Cynan, estaba de espaldas a nosotros con la lanza caída a sus pies.

El hombre se volvió hacia nosotros con el pavor pintado en el rostro. El sudor le caía por la frente y tenía los ojos en blanco, el cuello en tensión y le castañeteaban los dientes. Los brazos le pendían inertes, pero las manos le temblaban.

-¿Qué ha sucedido? -le pregunté al no ver señal alguna de violencia.

Como respuesta, el guerrero extendió la mano y apuntó hacia un cercano bulto. Me acerqué y vi, en la fría luz del alba, algo que parecía ser simplemente una roca que sobresalía del suelo…

Bran se adelantó y se arrodilló para examinarlo mejor. El jefe de los Cuervos exhaló un largo y entrecortado suspiro.

-Nunca había visto nada igual -murmuró.

Mientras hablaba, percibí un olor a rancio, como el de queso pasado o el de una herida infectada. No era muy fuerte, pero al igual que el centinela, me sentí invadido por un repentino e irreprimible pavor.

«¡Vete! ¡Aléjate! -gritaba una voz en mi cabeza-. ¡Vete! ¡Márchate de aquí mientras puedas.»

Miré al guardián.

-¿Qué viste?

Durante unos instantes se limitó a mirarme fijamente como si no entendiera. Luego pareció volver en sí y dijo:

-Vi… una sombra, señor…, sólo una sombra.

Me estremecí y para detener el temblor de mi mano, me agaché, cogí la lanza del centinela y se la entregué.

-Ve a buscar a Tegid inmediatamente.

Algunos hombres habían acudido, despertados por el barullo. Algunos murmuraban inquietos, pero la mayoría miraba en silencio. Cynan apareció, echó una ojeada y soltó entre dientes una maldición. Luego me preguntó:

-¿Quién lo ha encontrado?

-Uno de tus hombres. Lo he enviado a buscar a Tegid.

Cynan se inclinó; tendió una mano, pero después lo pensó mejor y la retiró.

-*¡Mo anam!* -murmuró-. Es increíble.

Tegid se unió al grupo y sin decir una palabra se puso en primera fila. Scatha venía con él.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Scatha a mi lado-. ¿Qué...?

Miró ante ella y enmudeció.

El bardo examinó largo rato el bulto informe, empujándolo con la punta de su vara. De pronto, se dio la vuelta y se acercó adonde estábamos Cynan, Bran y yo.

-¿Habéis contado los caballos? -preguntó.

-No -respondí-. No pensamos en...

-Contadlos inmediatamente -ordenó el bardo.

Me di la vuelta e hice una señal a dos hombres que al instante desaparecieron.

-¿Qué ha pasado? ¿Qué ha podido...? -me esforcé por encontrar las palabras-. ¿Qué cosa ha podido hacer esto?

Antes de que pudiera contestarme, alguien gritó desde la ladera. Acudimos corriendo al lugar y encontramos un segundo bulto igual que el primero: el cadáver de un caballo. Aunque, como el primero, apenas parecía un caballo.

El costado del animal estaba húmedo, como cubierto de rocío, el pelo erizado. Un ojo extrañamente descolorido le sobresalía de la cuenca, y de la boca abierta le colgaba una lengua pálida e hinchada. Parecían los restos de un animal muerto de hambre cuyo cadáver se hubiera reducido, pues quedaba poco menos que el pellejo pegado a un revoltijo de protuberantes huesos.

Las costillas, los omoplatos y las ancas del caballo sobresalían de forma monstruosa. Los tendones y los nervios se dibujaban con tremenda claridad. Si hubiéramos matado de hambre al animal y lo hubiéramos dejado en la cima de la colina expuesto a los rigores del invierno, el espectáculo no habría sido menos espantoso. Sin embargo, cuando me arrodillé y posé mi mano en su esquelética garganta, experimenté una sensación tan extraña que la retiré como si los dedos se me hubieran abrasado.

-El esqueleto está aún caliente -dije-. Hace muy poco que lo han matado.

-Pero no se ve sangre... -observó Scatha, arrebujándose en el manto.

-Pues en el animal no queda ni una gota -comentó Cynan.

Horrorizado ante el marchito aspecto de los animales, no se me había ocurrido preguntarme por qué estaban así. Ahora caía en la cuenta.

-Parece como si los hubieran sorbido -dije.

-No sólo la sangre, me parece -musitó Bran respondiendo a lo que yo estaba pensando.

Alzó la punta de su lanza y la clavó en el vientre del caballo. No había sangre ni tampoco fluido de ninguna clase. Los órganos y el tejido muscular estaban secos, tiesos y leñosos.

-*Saeth du* -gruñó Cynan frotándose el cuello-. Yace seco como el

polvo.

Tegid asintió ceñudamente y contempló la larga ladera de la colina, como si esperara vislumbrar algún misterioso asaltante huyendo entre los árboles. Pero apenas se podía ver nada en la apagada luz de la mañana; la niebla que envolvía los troncos de los árboles y la escarcha que cubría hierbas y ramas emborronaban el color de la tierra, hasta el punto de conferirle el mismo aspecto tieso y exangüe que el del cadáver que teníamos delante.

El caballo yacía donde había caído. Aparte de unas extrañas señales, como las de un bastón, en torno a la cabeza del animal, no pude distinguir huella alguna en la hierba cubierta de escarcha. Tampoco había huellas que se alejaran del cadáver.

-¿Es posible que lo hiciera un águila? -me pregunté en voz alta, dándome cuenta de la insensatez de mi pregunta en el mismo instante en que la formulaba; pero no se me ocurrió ninguna sugerencia mejor.

-Sólo ha podido hacerlo una criatura sobrenatural -dijo Bran, con la barbilla hundida en el pecho. Casi todos estaban, como él, protegiendo de forma inconsciente sus gargantas.

-¿Qué crees tú? -le pregunté a Tegid.

-Bran tiene razón -repuso despacio el bardo-. Se trata de una criatura sobrenatural.

-¿Qué es? -lo urgió Cynan-. ¡*Mo anam,* hombre! ¿Vas a decírnoslo de una vez?

Tegid frunció el ceño e inclinó la cabeza.

-Es un siabur.

Pronunció la palabra cautelosamente, como si pudiera herirle la lengua. Me di cuenta, por la forma como empuñaba la vara, de que estaba muy inquieto.

Los hombres regresaron de contar los caballos.

-Veintiocho -dijeron.

-Somos treinta y tres -observé-. Y ahora sólo quedan caballos para veintiocho. Magnífico. Simplemente magnífico.

-Ese siabur -preguntó Scatha, ansiosa por saber-, ¿qué clase de criatura es?

Tegid hizo una mueca.

-Es una especie de *sluagh* -respondió el bardo a regañadientes, pues no le agradaba pronunciar aquella palabra en voz alta.

¿Un fantasma? ¿Un demonio? Traté de aclarar el significado de la palabra, pero con escaso resultado.

-La Hermandad los llama siabur. Son una especie de espíritus vivientes que sacan su sustancia de la sangre de los seres vivos.

-¿Espíritus chupadores de sangre? -exclamó Cynan con tono forzado y voz alterada. Trataba de dominar el miedo lo mejor que podía, pero sólo lo conseguía a medias-. Pero ¿qué estás diciendo?

-Os estoy diciendo la verdad -repuso Tegid, sacudiendo la cabeza con gesto desafiante como retándonos a contradecirlo.

-Cuéntanos algo más, hermano -le rogó Bran-. Te escuchamos.

-Muy bien -cedió el bardo echando una aleccionadora mirada a Cynan-. Los siabur son espíritus depredadores... como habéis

comprobado con vuestros propios ojos. Tras encontrar una presa, adoptan un cuerpo con el que atacarla y le devoran la sangre a medida que fluye.

No me extrañaba la incredulidad de Cynan; lo que nos estaba contando Tegid era increíble. A no ser por los dos caballos muertos, exangües y abandonados como vainas marchitas, lo habría tachado de pura fantasía. Pero obviamente no había en aquello nada fantástico. Y además Tegid se erguía ante nosotros con aire solemne y severo.

-En Albión no se conoce nada parecido -dijo Scatha-. Nada parecido...

-Porque la isla de la Fuerza está bajo la protección de la Mano Firme y Segura -dijo Tegid-. Pero no ocurre así en Tir Aflan.

-¿Qué se puede hacer? -me pregunté en voz alta.

-La luz es su enemigo -explicó el bardo-. El fuego es luz... no les gusta el fuego.

-Entonces de noche mantendremos a los caballos dentro del resplandor de las fogatas -sugirió Cynan.

-Haremos algo mejor -añadí yo-. Construiremos un círculo de fuego en torno al campamento.

-Servirá -aprobó Tegid-. Pero debemos hacer algo más. Hay que quemar los cadáveres de los animales y esparcir sus cenizas sobre aguas en movimiento antes de la puesta del sol.

-¿Nos librará eso de los siabur?

-¿Librarnos? -repitió Tegid, sacudiendo despacio la cabeza-. Con eso les impediremos que se introduzcan en los cuerpos de los muertos. Pero no nos libraremos de ellos hasta que hayamos puesto pie otra vez en Albión.

Nadie quería tocar los cadáveres de los caballos y yo no tuve valor de ordenar a nadie que hiciera lo que a mí mismo me repugnaba. Así que amontonamos leña sobre las infortunadas bestias y las quemamos donde yacían. Los cadáveres produjeron un espeso y oleoso humo que despedía el mismo olor a queso rancio que había percibido poco antes.

Tegid se aseguró de que no quedara sin quemar ni un pedazo de piel o hueso y después hurgó entre las brasas y recogió la ceniza en dos bolsas de cuero. Luego nos dispusimos a buscar un arroyo o un río donde escampar las cenizas.

Y resultó más difícil de lo que imaginábamos.

Tegid consideró que la espesa filtración de la torrentera no servía y nos vimos obligados a buscar otro lugar. Dejamos a Bran a cargo del campamento, y Tegid, Scatha, Cynan y yo partimos en aquella desagradable y ventosa mañana en busca de una corriente de agua. No tardamos en descubrir que el lugar donde habíamos acampado no era, en modo alguno, la cima de una colina natural.

Primero Scatha cayó en la cuenta de que la meseta donde estábamos era extrañamente plana y luego nos hizo notar la peculiar regularidad de la curva del horizonte. Recorrimos un buen trecho de la circunferencia para asegurarnos, y comprobamos que, efectivamente, el borde de la meseta formaba un perfecto círculo.

Pese a tal evidencia, Tegid permanecía dubitativo y no quería emitir un juicio hasta haber examinado el centro. Nos costó un considerable esfuerzo *encontrarlo;* no era sencillo dividir en cuartos un círculo tan

amplio. Pero Tegid calculó una dirección y lo seguimos. Tras una larga inspección encontramos lo que estábamos buscando: el quebrado muñón de una enorme columna de piedra.

La inmensidad de la colina nos había impedido reconocer lo que en realidad era: un gigantesco montículo, levantado por manos humanas, cuyo origen se perdía en el tiempo. Su desmesurado tamaño ocultaba su verdadera naturaleza. Pero la presencia de la columna de piedra disipaba cualquier duda. El montículo era el *omphalos,* el simbólico centro de Tir Aflan. A juzgar por el tamaño de la meseta circular, era aproximadamente veinte o treinta veces mayor que el sagrado montículo de Albión en Ynys Bàinail.

Tegid se quedó estupefacto. Se arrodilló entre la crecida hierba con las manos en las caderas y la mirada clavada en la piedra, erosionada por el tiempo, que sobresalía del suelo. Cynan segó con su espada la hierba mientras Scatha y yo mirábamos. El viento arreciaba y los caballos relinchaban inquietos. Noté que aunque la hierba era abundante y verde, los caballos se abstenían de comerla.

Cynan seguía segando con la hoja de la espada y arrancaba hierba y terrones de tierra. Luego se puso a cavar con las manos. Cuando hubo acabado, quedó a la vista una porción de piedra gris. Sobre la plana y suave superficie de la piedra había grabadas unas líneas profundas y también en la columna quedaban restos de símbolos sagrados.

Con los ojos clavados en aquellas peculiares incisiones, nos esforzamos por imaginar el aspecto que el enorme menhir había tenido a los ojos de los que lo habían levantado y habían construido el montículo. Como una reliquia de un remoto pasado, antes de la decadencia de la Tierra Hermosa, la piedra rota parecía desafiar la capacidad de comprender, al tiempo que parecía instar a la veneración. Era como si nos enfrentáramos a una presencia que a la vez nos abrumaba y seducía. Nadie hablaba. Simplemente mirábamos…

Tegid fue el primero en sacudirse aquella sobrenatural fascinación. Se levantó lentamente, se tambaleó y trazó con su vara un arco en el aire.

-Ya es suficiente -dijo con voz espesa y perezosa-. Abandonemos este lugar.

Mientras hablaba, sentí un repentino y virulento resentimiento contra tal sugerencia. Sólo quería que me permitieran quedarme como estaba, contemplando en silencio la rota columna de piedra. La voz de Tegid me hería como una irritante molestia.

-¡Llew! ¡Cynan! ¡Scatha! -gritó-. Debemos marcharnos ahora mismo de aquí.

En mi mente apareció la imagen de Tegid derribado en el suelo, sangrando por la nariz y la boca; sentía su vara en mis manos. Me embargaba una furiosa urgencia de golpearlo con su vara. Quería castigarlo por estorbarme. Quería hacerlo sangrar y morir.

-¡Llew! Vamos, debemos…

Su cara parecía girar ante mí con una expresión de profunda preocupación. Sentí que sus manos me agarraban, se me clavaban…

-¡Llew!

No recuerdo haber hecho el menor movimiento, ni tampoco haber

alzado mi mano de plata. Sólo vi por el rabillo del ojo un deslumbrante destello y sentí una sacudida en el hombro. Luego recuerdo a Tegid derrumbándose, desplomándose con las manos en la cabeza... Una mancha de sangre sobre la verde hierba y la vara del bardo en mis manos...

... después Cynan me sujetó y yo me debatí, mientras él me alzaba en volandas del suelo.

-¡Llew! ¡Quieto! -resonó en mi oído el vozarrón de Cynan-. ¡Cálmate, hermano, cálmate!

-¡Cynan! -exclamé, y sentí que regresaba de muy lejos, como si despertara de un ensueño-. Suéltame. Bájame.

Todavía seguía sosteniéndome en alto, pero noté que la presión de su abrazo cedía.

-Ya ha pasado, hermano -le aseguré-. Por favor, bájame.

Cynan me soltó y los dos nos arrodillamos sobre Tegid, que yacía aturdido en el suelo sangrando de una fea herida en la sien.

-¡Tegid! -lo llamé.

Abrió los ojos y los clavó en mí. Soltó un gemido.

-Lo siento mucho -le dije-. No sé lo que me ha sucedido. ¿Puedes levantarte?

-Ahhh, creo que sí. Ayudadme.

Cynan y yo lo levantamos y lo sostuvimos hasta que pudo tenerse en pie.

-Esa mano de metal es más dura de lo que parece... y más rápida -dijo-. La próxima vez estaré alerta.

-Lo siento, Tegid. No sé lo que me sucedió. Era... lo siento.

-Vamos -repuso, temblando aún por el golpe recibido-. No hablemos más en este lugar. Debemos marcharnos ahora mismo.

Cynan le tendió la vara y me dirigió una cautelosa mirada.

-Los caballos se han alejado; voy a buscarlos -dijo, pero parecía reacio a marcharse.

-Ve tranquilo -le aseguré-. No volveré a atacar a Tegid.

Como todavía dudaba, añadí:

-De verdad, Cynan, vete.

Como Cynan había dicho, los caballos se habían alejado; habían errado por la llanura y estaban a cierta distancia de nosotros.

-Debimos haberlos atado -observé mientras Cynan se alejaba-. Pero no pensé en hacerlo.

Mientras se limpiaba la sangre del rostro con el borde del manto, Tegid miró al cielo y dijo:

-Hemos permanecido aquí más de lo que imaginaba.

-¿Qué quieres decir? -pregunté, mirando a mi vez al cielo.

Traté de calcular la posición del sol, pero la luz de la mañana se había apagado y habían aparecido espesos nubarrones. ¿Cuánto tiempo habíamos estado en aquel lugar?

-Ya ha pasado el día -observó el bardo-. Pronto oscurecerá.

-No puede ser -objeté-. Hace sólo unos momentos que desmontamos.

Sacudió la cabeza con gesto grave.

-No -insistió-, el día está llegando a su fin. Debemos darnos prisa si

queremos llegar al campamento antes de la noche.

Llamó a Scatha y echó a andar en pos de Cynan.

Scatha no hizo el menor movimiento para unirse a nosotros. Su lanza yacía en el suelo, a su lado. La cogí y se la puse en la mano.

-¿Scatha?

Noté al tacto que tenía la piel fría y tersa, parecía más de piedra que de carne.

-¡Tegid! -grité.

El bardo acudió al instante.

-¡Scatha! -le gritó al oído-. ¡Scatha, escúchame!

La llamó una y otra vez, pero los ojos de Scatha, muy abiertos y misteriosamente absortos, miraban fijamente al vacío, como transfigurados ante algo que exigiera toda su atención.

Tegid soltó un gruñido y, cogiéndola por los brazos, la obligó a darse la vuelta. La sacudió, pero *Pen-y-Cat* no reaccionaba.

-Llevémonosla de aquí -sugerí-. Quizá...

El bardo alzó la mano y la descargó sobre la mejilla de Scatha. Yo me estremecí al oír la bofetada, pero ella ni se movió. Volvió a golpearla y la sacudió con violencia.

-¡Scatha! ¡Resiste, Scatha, resiste!

Le propinó otra bofetada y la cabeza de Scatha se tambaleó hacia atrás. La huella de la mano de Tegid quedó grabada en la mejilla. Volvió a sacudirla y alzó la mano para descargar otro golpe.

-¡No! -grité cogiéndole la muñeca-. Ya es suficiente. No sirve de nada. Nos la llevaremos en brazos -se me ocurrió de pronto.

Sin aguardar el asentimiento de Tegid, cogí en brazos a Scatha y me alejé de la piedra. Su cuerpo, al principio rígido, se relajó en cuanto la alcé del suelo y volví la espalda a la quebrada columna.

Emitió un débil gemido y cerró los ojos. Poco después, las lágrimas brotaron de sus pestañas y rodaron por sus mejillas. Me detuve y la dejé en el suelo. Ella se apoyó en mí.

-Llew... oh, Llew -dijo con entrecortado aliento-. ¿Qué ha sucedido?

-Ya ha pasado todo. Nos marchamos de este lugar. ¿Puedes caminar?

-Me siento tan... perdida -dijo-. Un abismo se abrió a mis pies... Yo estaba en el borde mismo y me sentía impelida hacia él. Traté de salvarme, pero no podía moverme... No podía gritar. Oí que alguien me llamaba -añadió llevándose la punta de los dedos a la enrojecida mejilla.

-Este lugar está maldito -explicó Tegid-. Debemos marcharnos cuanto antes.

Ayudándola entre los dos, nos dirigimos hacia donde Cynan se esforzaba por recuperar los caballos. Estaban muy asustados y era difícil acercarse a ellos para agarrar las riendas. Vimos que se acercaba a uno de los animales y de un salto trataba de asir las riendas; pero el caballo se espantó, corcoveó y salió huyendo. Cynan se levantó y pateó el suelo con furia, mientras los caballos galopaban fuera de nuestro alcance.

-Es inútil -dijo acercándose a nosotros-. Esos estúpidos animales están asustados y huyen en cuanto ven una sombra. No puedo acercarme a ellos.

-Entonces volveremos a pie al campamento -dijo Tegid poniéndose en

marcha.

-¿Y los caballos? -pregunté-. No podemos...

-Déjalo.

-Pero necesitamos al menos nuestras armas -insistí.

Scatha tenía su lanza, pero Cynan y yo las habíamos dejado en las sillas al desmontar.

-¡Déjalo! -repitió el bardo con un vozarrón que resonó en la llanura-. Os aseguro que este montículo no es un lugar seguro durante la noche. Sólo encontraremos refugio dentro del círculo de fuego del campamento.

Se dio la vuelta y echó a andar con largas y rápidas zancadas. Cynan, Scatha y yo lo seguimos. Tegid tenía razón; la uniforme extensión de aquella llanura circular estaba desprovista de cualquier cosa que hubiera podido servirnos de protección. No había ni árboles, ni peñas ni declives en donde esconderse.

Eché una rápida ojeada hacia el muñón de piedra y vi que el cielo se estaba oscureciendo por el este. Qué extraño, pensé, jamás hubiera imaginado que la luz del día pudiera desvanecerse tan deprisa.

Y mientras la noche se nos echaba encima, se oyó en la distancia un quejumbroso gemido, como el ulular del viento en los picos de las montañas; pero no había cerca montaña alguna y no era el viento lo que oíamos.

21

EL SLUAGH

La noche se nos echaba encima mientras nos apresurábamos a alejarnos de la rota columna de piedra. Ni siquiera nuestros caballos podrían llegar al campamento antes de que cayera la noche. El camino de regreso era más largo de lo que recordaba y el misterioso crepúsculo avanzaba con rapidez sobrenatural. Además, a medida que se hacía de noche, aumentaba aquel horripilante quejido, como si la fuente de tan inquietante sonido se acercara más y más.

Tegid miraba al cielo constantemente. Cuando vio que no podríamos llegar al campamento antes de la noche, dijo:

-Debemos dirigirnos a la ladera más cercana. Allí al menos encontraremos leña para el fuego.

-Me parece bien -asintió Cynan-. Pero ¿dónde está? No veo nada en estas tinieblas.

La idea de Tegid era buena, los bancales del montículo estaban llenos de árboles y abundaba la leña. Pero ¿cómo podíamos estar seguros de la dirección si no podíamos ver a dos pasos delante de nosotros?

-Supongo que estamos cerca del borde de la llanura -dijo Tegid.

La columna de piedra marcaba, efectivamente, el centro y nosotros nos habíamos ido alejando de ella.

-Si es que no hemos estado andando en círculo -observó sombríamente Cynan.

Tegid no hizo caso de la observación y seguimos adelante. No habíamos dado ni cien pasos cuando Scatha se detuvo.

-¡Escuchad!

Me detuve, pero sólo oí el quejumbroso gemido que, aparte de crecer en intensidad, no se había alterado sustancialmente.

-¿Qué pasa?

-Perros -dijo ella-. Me pareció oír perros.

-Yo no oigo nada -dijo Cynan-. ¿Estás segura...?

Lo interrumpió en seco el ladrido rápido, corto e inconfundible de un perro.

-¡Por ahí! ¡Deprisa! -gritó Tegid echando a correr.

Sin duda el bardo pensó que habíamos echado a correr tras él. Pero cuando me volví para seguirlo ya se había desvanecido en la oscuridad.

-¡Tegid, espera! ¿Dónde estás? ¿Cynan?

Una apagada respuesta llegó hasta nuestros oídos.

-Por aquí... seguidme...

-¿Tegid? -llamé escrutando entre las tinieblas-. ¡Tegid!

-¿Por dónde se han ido? -preguntó Scatha-. ¿Los viste?

-No -respondí-. Desaparecieron de golpe.

El perro ladró de nuevo..., si es que se trataba de un perro.

-Está cerca -dijo Scatha, y resonó otro ladrido, un poco más lejos y hacia la izquierda.

-Sí, y hay más de uno.

Miré a mi alrededor pero no vi nada que pudiera guiarnos. Una total oscuridad lo ocultaba todo.

-Será mejor que nos marchemos.

-¿Qué dirección deberíamos seguir? -se preguntó Scatha en voz alta.

-Cualquiera, antes que quedarnos aquí quietos -repuse.

Extendí la mano y me cogí al manto de Scatha; ella se agarró al borde del mío.

-Nos mantendremos juntos -le dije-. Agárrate fuerte y ten preparada la lanza.

Avanzamos en la oscuridad asidos a los mantos. No abrigaba esperanza alguna de que pudiéramos librarnos de los perros, pero pensé que al menos podríamos encontrar un lugar para defendernos si llegábamos a la ladera de la montaña, antes de que la criatura que seguía nuestro rastro nos diera alcance.

Avanzábamos todo lo rápido que éramos capaces. Pero es enervante correr a ciegas. Cada paso es una batalla contra la duda y el temor. Y el éxito de un paso no facilita el siguiente, sino que el miedo va en aumento hasta convertirse en una fuerza abrumadora.

De no haber sido por la presencia de Scatha, me habría detenido cada dos pasos para infundirme coraje. Pero no quería parecer débil o pusilánime ante ella, así que me preparé para resistir una inevitable y fatal caída y seguí corriendo.

Entretanto, los ladridos de los perros sonaban con más fuerza e insistencia a medida que se acercaban. Además, parecía haber aumentado el número de animales, porque creí percibir cinco ladridos diferentes; por lo menos eran más de los dos que habíamos oído antes.

Nunca sabré si hubiéramos podido llegar al campamento siguiendo aquella dirección. Probablemente, como Tegid había dicho, entre aquellas tinieblas no había salvación para cualquier criatura que vagara por el montículo, pues sólo el fuego ofrecía alguna protección. Sin embargo, de pronto llegamos al borde de la llanura, el terreno se inclinó bajo nuestros pies y caímos rodando uno sobre el otro.

Me precipité por la invisible ladera medio resbalando y medio rodando y aterricé de costado casi sin respiración. Pasaron unos instantes antes de que pudiera pronunciar palabra.

-¡Scatha!

-Aquí, Llew -repuso ella luchando también por recobrar el aliento-. ¿Estás bien?

Comprobé el estado de mi cuerpo. Me dolía la mandíbula, pero era por correr con los dientes apretados.

-Creo que estoy entero.

Desde la meseta que se cernía sobre nuestras cabezas oímos unos pasos que se deslizaban entre la hierba, como los de un animal que lanza un último ataque contra su presa.

-¡Deprisa! -aullé-. ¡Bajemos!

Tropezando, cayendo y rodando, nos precipitamos ladera abajo hasta

tropezar con un matorral de agudas espinas. Cuando me esforzaba por desengancharme de ellas, Scatha dijo:

-¡Shhh! ¡Quieto!

Me quedé inmóvil y escuché. Todavía se oían los perros, pero los ladridos sonaban como si de alguna manera hubiéramos logrado poner cierta distancia entre nosotros y nuestros perseguidores. Me disponía a seguir adelante mientras tuviéramos oportunidad de hacerlo, pero Scatha me lo impidió.

-Quedémonos aquí un momento -me urgió internándose entre los arbustos.

Siguiendo su ejemplo, avancé a rastras bajo el matorral y me senté junto a Scatha a esperar.

-¿Todavía conservas la lanza?

-Sí.

-Magnífico -dije.

Deseé de nuevo haberme acordado de coger la mía cuando desmonté en el montículo. Y también deseé tener un pedernal y una yesca para encender fuego... o por lo menos una antorcha con la que alumbrar nuestro camino. Pero eran deseos imposibles.

Sin embargo, mientras nos sentábamos en la tenebrosa oscuridad para aguardar no sabíamos qué, y la infausta noche resonaba con los ladridos de los perros, imaginé que mi mano de plata comenzaba a brillar. Al principio fue sólo un destello, un trémulo y débil pestañeo. La alcé y el brillo se desvaneció. La bajé otra vez y reapareció.

Estiré el cuello hacia arriba para mirar y ante mi sorpresa vislumbré un pálido ojo que me miraba: era la luna. Aunque envuelta en nubes, fría, macilenta y borrosa en el negro cielo de *sollen,* me infundió cierto ánimo y deseé que su luz se prolongara.

Los perros estaban en la meseta, casi encima de nosotros. Esperaba que de un momento a otro nos saltaran a la garganta.

Scatha se movió. La punta de su lanza destelló mientras se inclinaba hacia delante presta a defenderse del ataque. Miré alrededor buscando un palo que pudiera blandir como una porra, pero no encontré nada.

La luz de la luna aumentó en intensidad. Vislumbré el brillo de los ojos de Scatha clavados en la ladera que ascendía hacia la meseta. Sintió que la miraba, volvió su rostro hacia mí y me sonrió. En aquel momento se parecía mucho a Goewyn. El corazón me dio un vuelco. Debió de notar mi estremecimiento porque me dijo:

-¿Estás herido?

-No, estaba pensando en Goewyn.

-La encontraremos, Llew.

Su tono inspiraba certeza, consuelo y confianza. Si abrigaba alguna duda en su corazón o en su mente, la disimuló muy bien, porque no percibí en su voz el menor titubeo.

Ahora había luz suficiente para distinguir cualquier sombra en la ladera. Esperamos escuchando con todos los sentidos. Me quedé entumecido de estar tanto tiempo inmóvil.

-Deberíamos marcharnos -dije al fin-. Quizá regresen otra vez.

-Yo iré delante -dijo Scatha comenzando a desenredarse de las

espinas.

Se arrastró entre el arbusto y yo la seguí; cuando nos vimos libres de las espinosas zarzas, nos dimos cuenta de que estábamos junto a un espeso bosque. A la débil luz de la luna se veía a cierta distancia, por encima de nosotros, el borde de la meseta circular.

-El cielo se está despejando un poco. Quizá podamos ver el campamento desde allá arriba -dije pensando que si no podíamos hallar a Tegid al menos podríamos localizar el campamento.

Scatha asintió y trepamos lentamente por la ladera; cuando llegamos arriba escrutamos a través de la meseta. Tenía la esperanza de ver las amarillentas fogatas del campamento, o al menos su rubicundo resplandor reflejado en las nubes más bajas, pero no se veía nada. Se me ocurrió llamar a gritos a Cynan y a Tegid, pero luego lo pensé mejor. Era una insensatez llamar la atención de los perros.

-Bueno -dije-, si seguimos el borde, tarde o temprano encontraremos el campamento.

-Y podremos refugiarnos en el bosque si es necesario -observó Scatha.

Rápida y silenciosamente, como dos sombras escabullándose entre el apagado gris del terreno, echamos a correr. Scatha, lanza en ristre, iba delante, yo miraba constantemente hacia atrás escrutando la meseta por si distinguía alguna señal del campamento o de Tegid; habría dado cualquier cosa por encontrar a cualquiera de los dos. Recorrimos un buen trecho y de pronto, por el rabillo del ojo, vislumbré un parpadeo espectral. Pensando que podía tratarse del campamento, me detuve y me di la vuelta...; pero si de verdad había visto algo, se había desvanecido.

Scatha se detuvo también.

-Creí haber visto algo -le expliqué.

Poco después volví a verlo.

En efecto, apenas habíamos dado dos pasos, vi brillar otra vez aquel extraño destello. Como antes, me detuve y me di la vuelta para mirar.

-Hay algo ahí -le dije a Scatha.

-No veo nada.

-Ni yo. Pero había algo.

De nuevo, en cuanto reemprendimos la marcha, reapareció el resplandor. Esa vez no me detuve, ni miré, sino que dejé que la sutil y evanescente luz destellara en el límite de mi campo de visión, mientras yo trataba de observarla para saber lo que era.

Sin embargo, sólo percibí un brillante parpadeo en el aire, como si la helada luz de la luna se hubiera espesado y congelado en alargadas hebras y diáfanos filamentos, que flotaban en el oscuro aire de la noche, rizándose y ondeando como las algas bajo las aguas.

Pero, cada vez que volvía la cabeza con la intención de vislumbrar algo, los fantasmas se desvanecían. Se trataba, decidí, de un fenómeno parecido al de la luz errática de ciertas estrellas, que son claramente visibles cuando se mira hacia otro lugar, pero desaparecen cuando se intenta mirarlas directamente.

Seguimos adelante y no tardé en observar que aquellas amorfas siluetas no estaban limitadas a la meseta, sino que plagaban el aire

encima y a ambos lados de nosotros. Dondequiera que mirara, percibía, en el mismísimo limite de mi campo de visión, aquellas fluctuantes y rizadas formas emergiendo, entrecruzándose y flotando en torno.

-Scatha -dije en voz muy baja; ella se detuvo-. No, sigue andando. No te detengas.

Reemprendimos la marcha y añadí:

-Me parece que esas formas... esos fantasmas se están reuniendo a nuestro alrededor. Hay muchísimas. ¿Las ves?

-No -repuso-. No veo nada, Llew.

Hizo una pausa y preguntó:

-¿Qué aspecto tienen?

«Bendita seas, *Pen-y-Cat* -pensé-, por no tomarme por loco.»

-Parecen... parecen jirones de niebla, o telas de araña meciéndose en la brisa.

-¿Se mueven?

-Constantemente. Como el humo; se entrecruzan y cambian de forma sin parar. Las veo cuando no las miro directamente.

Seguimos caminando y al cabo de un rato comencé a darme cuenta de que las fantasmales siluetas se fundían en formas más sustanciales, más espesas, más densas. Seguían emergiendo y mezclándose, pero parecían ir acumulando sustancia. Al mismo tiempo, noté que mi mano de plata me hormigueaba de frío..., mejor dicho, no la mano, sino el punto en que el metal se unía a la carne.

Creí que era consecuencia del frío aire de la noche, luego caí en la cuenta de que las bajas temperaturas jamás me habían afectado de aquella forma. Es más, mi mano de plata siempre había permanecido insensible tanto al calor como al frío. Siempre, con una excepción: el día que descubrí la almenara.

Mientras continuábamos adelante, iba dando vueltas a aquel enigma. ¿Sería posible que mi apéndice de metal, aparte de otras propiedades que poseía, funcionara como una especie de alarma? Considerando la fantástica naturaleza de la mano y la manera como había llegado a formar parte de mí, aquello encajaba de forma verosímil en su prodigiosa esencia; en verdad todo en aquella mano de plata sugería una consustancial afinidad con misteriosos y extraños poderes.

Si mi mano de plata poseía la capacidad de alertar a su dueño del peligro, ¿de qué me estaba avisando?

Seguía tan absorto en mis elucubraciones, que descuidé las siluetas que se deslizaban hasta el límite de mi campo de visión. Cuando las observé otra vez, me quedé helado. Los fantasmas se habían solidificado y eran ahora de un tamaño uniforme, aunque sus formas eran aún irreconocibles. Además, habían experimentado otro cambio. Y eso fue precisamente lo que hizo que me detuviera en seco: poseían una inconfundible conciencia, casi una capacidad de percepción. Era como si las fantasmagóricas siluetas parecieran ansiosas o excitadas..., impacientes quizá.

En efecto, cuando me apresuré a reunirme con Scatha, sentí que las misteriosas formas se agitaban..., como si mis movimientos las frustraran y las confundieran. Me embargó entonces una extraña e inquietante

sensación, porque me pareció que aquellos fantasmas eran conscientes de mi presencia y capaces de responder a ella.

Entretanto, el helado hormigueo de mi mano de plata se había convertido en un agudo y punzante frío que me subía por el brazo. Apreté el paso y alcancé a Scatha.

-No dejes de moverte -le dije-. Los fantasmas saben que estamos aquí. Parece que nos persiguen.

Perseguir no era la palabra que quería pronunciar. Aquellas cosas nos rodeaban, se agitaban encima de nuestras cabezas y a nuestro lado. Era peor que cruzar un espeso y hostil bosque en el que cada hoja fuera un enemigo, y cada rama, un adversario.

Sin aminorar la marcha, Scatha levantó la lanza y señaló una mancha en la oscuridad.

-Ahí delante se ve el resplandor de un fuego.

Un apagado resplandor brillaba, en efecto, en el horizonte.

-Debe de ser el campamento -dije, e inmediatamente caí en la cuenta de algo pavoroso. «Eso explica su agitación -pensé-, los fantasmas no quieren que lleguemos al campamento.»

-¡Deprisa! Lo lograremos.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando Scatha me puso la mano en el pecho para detenerme. Al momento olfateé un dulzón olor a podrido..., el mismo que exhalan los cadáveres de los caballos. Se me atenazó la garganta.

Scatha también había reconocido el hedor.

-¡Siabur! -exclamó casi atragantándose.

Oí un apagado sonido y vi que una bulbosa forma caía en el suelo a pocos pasos de nosotros. El mareante hedor dulzón se intensificó; los ojos se me llenaron de lágrimas. El redondo burujo negriazul tembló unos instantes y luego se encogió como una gota de agua sobre una superficie caliente. Al mismo tiempo, pareció endurecerse porque dejó de temblar y comenzó a desplegar unas patas en torno a un abultado estómago. Luego emergió una cabeza con redondos ojos y una espantosa boca con pinzas.

Comprendí entonces lo que había estado viendo. Los fantasmas eran esas criaturas que Tegid había llamado *sluagh.* Y ahora, gracias a los poderes que poseían, habían reunido la fuerza suficiente para materializarse como un siabur. Lo inmaterial se había solidificado y había adoptado la forma de una araña grotescamente hinchada. Pero era una araña como jamás en mi vida había visto: verde y negra como una contusión, anormalmente grande, del tamaño de un niño que empieza a andar, con un vientre peludo y abultado y unas patas larguísimas rematadas por una sola garra.

El enorme corpachón rezumaba un reluciente y viscoso líquido. El siabur emitió un espeluznante sonido y arrastró su repulsiva mole sobre la hierba.

-¡Es horrible! -musitó Scatha.

Con dos rápidas y decididas zancadas, Scatha se acercó al monstruo con la lanza en ristre. Alzó el brazo y disparó. La lanza hirió a la criatura detrás de la grotesca cabezota clavándola en el suelo. El siabur se retorció emitiendo exangües chillidos; sacudió las patas y cerró violentamente las

pinzas de la boca.

Scatha revolvió la lanza en la herida; las frágiles patas se doblaron y el monstruo se derrumbó entre temblores. *Pen-y-Cat* retiró la lanza y volvió a clavarla en el vientre de la asquerosa criatura. Surgió un apestoso y nocivo gas y el repugnante monstruo pareció derretirse; su cuerpo perdió forma sólida y se licuó otra vez en una gota que acabó por disolverse dejando sobre la hierba una mancha apestosa y brillante.

Mientras el siabur se evaporaba eché a correr. Cogí a Scatha por el brazo y la arrastré. Oí el ruido de otro cuerpo caer a mi derecha y otro en donde habíamos estado hacía un instante. Scatha se volvió hacia el sonido.

-¡Déjalo! -le grité-. Corramos hacia el campamento.

Y corrimos a toda velocidad. La noche se estremecía con el sonido de aquellos asquerosos y abultados cuerpos al caer sobre la hierba. Los había a cientos, a miles. Y seguían cayendo del aire como una obscena y pútrida lluvia.

El hedor impregnaba la atmósfera. Mi respiración se convirtió en un jadeo que me desgarraba la garganta y los pulmones. Las lágrimas corrían por mis mejillas. La nariz me moqueaba.

La larga hierba se nos enredaba a los pies como si quisiera estorbarnos la carrera. La meseta bullía de siaburs que se arrastraban materializándose en enormes formas sobre la hierba y se afanaban, luchaban, se esforzaban por darnos alcance, agitando las delgadas patas y sorbiendo con sus babeantes bocas. Acabarían con nosotros en cuanto nos detuviéramos o titubeáramos; y entonces nos quedaríamos como los caballos que habíamos visto aquella mañana: secas cáscaras sin sangre.

Nuestra marcha fue haciéndose más y más dificultosa, y nuestra carrera más y más azarosa, pues nos veíamos obligados a esquivar las arañas. Mi mano de plata ardía de frío.

Un siabur apareció delante de mí y tuve que saltar por encima de él. Cuando mis pies tocaron el suelo, sentí un peso frío entre los hombros..., unas patas largas se aferraron a mi cuello con el helado tacto de una cosa muerta. Me debatí con violencia agitando los brazos hasta librarme del monstruo y arrojarlo al suelo, donde se revolvió entre espantosas sacudidas.

Otro ocupó su lugar. Sentí su frío y mortal peso en el hombro y noté un agudo y helado mordisco en la base del cuello. Un escalofrío intenso se extendió desde el cuello y los hombros y fue descendiendo por mi espalda hasta los muslos y las piernas. Dejé de correr. La oscuridad era total, sofocante. Mi rostro se entumeció; no sentía ni los brazos ni las piernas. Se me cerraban los párpados; quería dormir... dormir y olvidar... sumirme en el olvido... Me hubiera dormido a no ser por una vocecilla que gritaba a lo lejos. Tan pronto como callara... Al oír mi grito, Scatha se volvió y de una patada me libró del siabur. De una rápida lanzada lo ensartó por el hinchado estómago. La asquerosa criatura serpenteó, luego se disolvió en un limo gelatinoso y desapareció.

Mi vista se aclaró y mis miembros comenzaron a reaccionar. Sentí que las manos de Scatha me levantaban. Traté de ponerme en pie, pero no sentía las piernas.

-Llew, Llew -musitó Scatha con voz dulce-. Yo te sostengo. Te llevaré.

Me ayudó a levantarme. Di dos pasos vacilantes y caí de bruces. Los siaburs se precipitaron todos a una; corrían con asombrosa rapidez. Aparté de una patada a uno, que soltó un gemido y salió huyendo; pero me atacaron otros dos y se asieron con sus garras a mis *breecs* mientras me revolcaba por el suelo.

Scatha pateó a uno en el momento en que me agarraba y de una certera lanzada partió al otro por la mitad. Después, con los pies firmes en el suelo, dio media vuelta y lanceó a dos más que se acercaban; un tercero trató de esquivarla, pero ella lo ensartó por el vientre, lo alzó clavado en la punta de la espada y de un bandazo lo envió por los aires.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Scatha me levantó y tiró de mí. Tropezando como un viejo, me dejé llevar. El movimiento me ayudó y poco a poco fui recuperando la fuerza en las piernas; no tardé en correr a la misma velocidad que antes. Huimos hacia el reborde de la meseta y hacia la boscosa ladera que descendía desde allí, en donde yo esperaba que pudiéramos eludirlos más fácilmente. Un puñado de siaburs trató de cortarnos el paso, pero las certeras lanzadas de Scatha despejaron el camino y pudimos alcanzar la ladera en medio de un coro de agudos e irritados chillidos.

Al llegar al reborde seguimos corriendo ladera abajo. El aire era puro; lo aspiré ansiosamente y mi visión se aclaró y los pulmones dejaron de quemarme. Cuando llegamos a la primera hilera de árboles, miré hacia atrás y vi que los siaburs se deslizaban por el borde de la meseta en una repugnante y agitada cascada. Aunque había esperado que nos persiguieran, el corazón se me vino abajo al ver su número: si antes se contaban por veintenas y centenas, ahora eran miles y miles.

Fluían ladera abajo en enorme y agitada avalancha, gritando horriblemente. No había forma de detenerlos; no había escapatoria.

22

ABRIGO AMARILLO

El horror me atenazó. La repugnante cascada de siaburs inundaba la boscosa ladera. No podíamos escapar; eran demasiados.

Scatha apareció a mi lado.

-Toma -me dijo entregándome una robusta rama.

Siempre precavida, *Pen-y-Cat* me había encontrado un arma, adecuada al menos para luchar contra arañas.

Cogí la rama y eché una ojeada a la ladera. Las arañas no corrían como antes. Sus movimientos eran torpes y tropezaban unas con otras en su lento avance.

-Creo que se están deteniendo.

-Están cansados -observó Scatha-. Podemos correr más velozmente que ellos. ¡Por aquí! ¡Deprisa!

Scatha se dispuso a internarse entre la tupida maleza.

Yo di dos pasos y solté un alarido mientras el dolor me atenazaba el brazo.

-¡Ay!

Scatha acudió en mi ayuda.

-¿Estás herido, Llew?

-Mi mano... mi mano de plata... ay, oh, está muy fría -dije tendiéndosela-. ¿No lo notas?

-Está helada. Congelada.

Miramos hacia la ladera; los siaburs habían detenido su avance y se arrastraban juntos, en pesados y vibrantes montones. Percibimos su hedor en una ráfaga de fétido aire. Aunque la luz de la luna no era muy fuerte, distinguía sus informes cuerpos brillando enmarañados, mientras se retorcían y culebreaban emitiendo un sonido parecido al de los gatitos al sorber la papilla.

Y entonces, emergiendo por encima de uno de los serpenteantes montones, aparecieron la cabeza y las patas delanteras de un sabueso..., un monstruoso perro de cabeza achatada, enormes y puntiagudas orejas y largos y afilados dientes. Su piel era un empapado amasijo de pelos negrísimos y sus ojos eran rojos. Sacudía la horrorosa cabeza de un lado a otro, como para liberarse de la masa de arañas que se habían convertido en un cenagal de temblorosos vientres y retorcidas patas.

Contemplé fascinado cómo la bestia se abría paso alzando y sacando el lomo y los cuartos traseros de aquella pestilente y pululante ciénaga. Pero el infernal sabueso no estaba escapando, sino naciendo de la repugnante cópula de los siaburs. Mientras tal idea tomaba forma en mi pensamiento, vi emerger otra cabeza, una tercera a su lado, y a cierta distancia distinguí el hocico y las orejas de un cuarto perrazo.

-¡Corre! -gritó Scatha.

El primer perro casi se había liberado del asqueroso útero, pero yo no podía apartar mis ojos de aquel horripilante parto.

Scatha me tiró del brazo y me empujó.

-¡Llew! ¡Vamos!

Desde lo alto de la ladera se alzó un babeante gruñido y se oyó el rumor de unos veloces pasos. Cogí con fuerza la improvisada porra y sin mirar atrás eché a correr. Fue una dura y dificultosa carrera de obstáculos: saltábamos, tropezábamos, nos agachábamos, sorteábamos ramas caídas y esquivábamos enormes troncos. Yo corría tras Scatha admirando la gracia y velocidad con que se movía, escurriéndose entre espinosos matorrales y enormes árboles con la agilidad alada de una llama.

El pavoroso eco de sobrenaturales y espectrales ladridos me indicó que al primer sabueso se habían unido los otros tres. Levantaban una algarabía sanguinaria, salvaje, siniestra, inquietante, un sonido ante el que las rodillas temblaban y el coraje se diluía como el agua. Eché una rápida mirada atrás y vi brillar bajo el sotobosque las negras siluetas de las bestias; al resplandor de la luna sus ojos ardían como brasas. No podríamos eludirlas y tampoco podíamos hacerles frente sólo con una lanza. Nuestra única esperanza era seguir corriendo.

Corrimos durante lo que me pareció un eón. Oía los demoníacos perros desgarrar los arbustos detrás de mí. Por el ruido que hacían juzgué que estaban ganando terreno y que habían aumentado en número.

Eché otra mirada atrás y vi que efectivamente los perros estaban muy cerca. Por lo menos otros tres se habían unido a la jauría. El eco de sus sanguinarios ladridos me hacia estremecer y me ponía los pelos de punta.

Cuando volví a mirar al frente Scatha había desaparecido.

-¡Scatha! -grité.

¿Se habría caído? Corrí hasta el lugar donde la había visto por última vez, pero no estaba allí; no había el menor rastro de ella. No podía quedarme allí a buscarla, ni tampoco podía abandonarla.

-¡Scatha! ¿Dónde estás?

-¡Aquí, Llew! -respondió muy cerca, aunque seguía sin verla.

Oí un aullido que era casi un gruñido y el primer perro se lanzó contra mí. Me volví para hacerle frente, apoyando la espalda contra el tronco más cercano y blandiendo mi improvisada arma, listo para defenderme. Calculé que podría propinarle al menos un par de golpes antes de que llegaran los demás. No tenía ni idea de lo que podría hacer después.

El monstruo atacó con asombrosa velocidad. Me dispuse a resistir la acometida.

Entonces, el extremo de un astil de lanza apareció justo delante de mi cara.

-¡Agárrate! -me gritó una voz desde lo alto.

Arrojé la porra y me agarré a la lanza con la mano de carne; di un salto y levanté las piernas hacia las ramas. Abracé una rama con la rodilla y agarré otra con mi mano de plata. Debajo, las mandíbulas del perro se cerraron con la violencia de una trampilla y faltó un pelo para que me atraparan. Agarrándome desesperadamente al astil de la lanza, trepé un

poco más.

-Suelta la lanza, Llew -me dijo mi salvador-. Hay una rama a tu lado.

Pero no podía soltarla, pues en cuanto lo hiciera caería al suelo. Otro perro se había unido al primero y ambos saltaban hacia mí cerrando las mandíbulas y entrechocando los dientes.

-Suéltala, Llew.

Miré a izquierda y derecha. Si la soltaba me caería y sería despedazado por los perros.

-Llew, no puedo ayudarte si no la sueltas.

Titubeé balanceándome peligrosamente muy cerca de los monstruos. Un tercer perro saltó sobre el lomo de los otros dos y agarró entre sus dientes mi manto; me arrastró con la fuerza de su peso y casi logró que soltara la lanza.

-¡No puedo sostenerte!

Colgado de mi manto, el monstruoso sabueso tiraba furiosamente, con la intención de obligarme a soltar mi precario asidero. El tejido del manto empezó a desgarrarse. Un segundo perro mordió otra punta del manto y comenzó a dar tirones empinado sobre las patas traseras. Mi mano comenzó a deslizarse por el astil, a medida que los tirones se hacían más violentos. Otros perros iban llegando junto al árbol y saltaban para tratar de alcanzar con los dientes mi colgante manto.

-¡Llew! ¡Suelta!

En tan apurado trance, deslizándome pulgada a pulgada y casi ahogándome por la presión del manto en mi cuello, no tenía otra solución que soltar la lanza y tratar de agarrarme a la rama invisible.

-¡No puedo sostenerte más!

Solté la lanza y extendí la mano. El peso de los perros aferrados al manto tiró de mí. Pero mi mano encontró una rama y rápidamente me aferré a aquel resistente asidero y me di impulso hacia arriba.

Fui a parar junto a Scatha, aún temblorosa por el esfuerzo empleado en aguantar mi peso con el extremo de su lanza.

-Faltó poco para que te dejara caer.

-No veía la rama -repuse con los dientes apretados.

De rodillas en la rama, Scatha se inclinó y propinó una lanzada hacia abajo. Un rabioso gruñido dejó paso a un aullido de dolor y el peso de mi manto disminuyó considerablemente. Otra rápida lanzada suscitó otro alarido y quedé libre. Busqué con torpeza el prendedor y logré desabrocharlo y despojarme del manto.

Me di impulso y trepé más arriba. Abajo había no menos de ocho sabuesos; unos saltaban frenéticamente, otros daban enloquecidas vueltas en torno al árbol y al menos dos intentaban trepar por el tronco ayudándose con sus garras. Uno de ellos consiguió subir hasta cierta altura, pero Scatha, agarrándose de la rama con una sola mano, lanceó al monstruo en la garganta. Lo vi caer al suelo panza arriba y dar vueltas sobre sí mismo furiosamente, como si quisiera morderse la garganta de la que brotaba una sangre muy negra.

La bestia cayó al fin muerta, y, al igual que las arañas, se disolvió en una masa informe que se evaporó en pocos minutos, dejando sólo un gelatinoso residuo. Pero, al pie del árbol ya se habían reunido más de una

docena de perros, que saltaban hacia nosotros chasqueando los dientes y gruñendo. De vez en cuando, uno trataba de trepar y Scatha lo derribaba muerto o herido. El cadáver se disolvía y desaparecía, pero con la misma rapidez era sustituido por más perros.

Era obvio que estábamos atrapados y comencé a pensar que los sabuesos podrían derribar el árbol simplemente aunando sus fuerzas. Sólo el espectáculo del agitado y perverso caos de aquella frenética jauría me llenaba de pavor y desánimo. Por su parte, Scatha no tardó en darse cuenta de la futilidad de su lucha, porque, aunque seguía haciendo buen uso de su lanza cada vez que se le presentaba la ocasión, noté que se iba desanimando. Poco a poco su rostro perdió expresividad y acabó por abatir la cabeza.

-Aquí estamos a salvo -le dije tratando de animarla-. El campamento está cerca. Los guerreros oirán los ladridos y vendrán a ayudarnos.

-Si no los están atacando también a ellos -repuso en tono lúgubre.

-Nos encontrarán -dije, aunque la duda restaba fuerza a mis palabras-. Vendrán en nuestra ayuda.

-No tenemos escapatoria -murmuró ella.

-Nos encontrarán -insistí-. Es cuestión de resistir.

Sin embargo, la realidad no tardó en darle la razón. Los infernales sabuesos no se cansaban, y su número iba en aumento. Scatha dejó de propinar lanzadas; trepamos más arriba y nos sentamos con los ojos clavados en el frenético espectáculo, entumecidos de frío y paralizados de terror ante aquella algarabía de ladridos, aullidos y gruñidos.

Como hipnotizado por el resplandor de la luna en dientes y colmillos y por el vertiginoso dibujo que trazaban en el aire aquellos ojos de color rojo, empecé a desvariar. Los cuerpos de los perros girando sin cesar parecían fundirse en un salvaje torrente, en una rabiosa catarata, en un torbellino de ira. Y me pregunté qué se sentiría al abandonarse a aquel tumultuoso remolino y entrar a formar parte de su terrorífica turbulencia. Sin otro propósito que el caos, sin otro deseo que la destrucción. Qué desafío, qué fuerza, qué desenfreno... abandonarme a tan impetuosa furia.

¿Qué me sucedería? ¿Moriría o simplemente me convertiría en uno de ellos, primario y libre? Sin límites, sin frenos, una criatura de primitivos apetitos, una fiera poseída de salvaje y terrible belleza... ¿Qué se sentiría al actuar sin pensar, al limitarse simplemente a *ser...* más allá de cualquier pensamiento, razón o sentimiento, viviendo sólo para las sensaciones...?

Una brusca sacudida de la rama me despertó de mis ensoñaciones. Scatha, con los ojos clavados en el enloquecido tumulto alrededor del árbol, se había puesto de pie sobre la rama y se balanceaba peligrosamente de atrás hacia delante, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Había dejado caer la lanza.

-Scatha -grité-, ¡no los mires, Scatha! Aparta tus ojos de ellos.

Continué hablándole mientras me arrastraba por la rama para acercarme a ella. Luego me puse de pie con extrema cautela y le pasé un brazo por los hombros para sostenerla.

-Sentémonos de nuevo, *Pen-y-Cat* -le dije.

Ella cedió y dejó que la ayudara a sentarse.

-Así está mejor -le dije-. Me has dado un buen susto, Scatha. Podías haberte caído.

Ella me dirigió una inexpresiva mirada y dijo:

-Quería caer.

-Scatha, escúchame bien: lo que sientes es el *sluagh...,* nos están tentando. Yo también lo siento. Pero debemos resistir. Alguien nos encontrará pronto.

Pero Scatha había vuelto a clavar los ojos en la vociferante y pululante masa bajo el árbol. Perdida toda esperanza de distraerla, luché contra la tentación de mirar aquel torbellino y escruté las tinieblas del bosque en busca de alguna señal esperanzadora.

Y, sin poder dar crédito a mis ojos, vi el débil resplandor de una antorcha que descendía por la ladera.

-¡Mira! Alguien viene hacia nosotros. Scatha, mira... vienen a ayudarnos.

Mis palabras pretendían llamar la atención de Scatha, pero también infundirme ánimos a mí mismo. No había razón para pensar que acudían a salvarnos, y en cambio sí un buen número de razones para suponer que un nuevo horror venía a nuestro encuentro.

Mis esperanzas casi se habían desvanecido cuando Scatha dijo:

-No veo nada. No hay ninguna antorcha.

Era cierto... el resplandor no era el de una antorcha. Lo que había visto, empujado por mi anhelo de ver una llama, era sólo un apagado y amarillento resplandor. Pero se acercaba a nosotros a través del bosque, y poco a poco me di cuenta de que con él se acercaba también un sonido, difícil de percibir entre los aullidos, gruñidos y alaridos de los sabuesos.

-Escucha... ¿no oyes algo?

Scatha escuchó unos instantes apartando los ojos del torbellino infernal.

-Um... Oigo... ladrar -respondió insegura.

-Eso es -aseguré yo-. Ladridos, exactamente... lo mismo que oímos antes de que los siaburs aparecieran.

Scatha me dirigió una mirada escéptica y con razón, considerando cómo habíamos huido, aterrorizados, de aquellos ladridos. Era extraño, pues, sentir alivio al volver a oírlos. Y sin embargo yo lo sentía. Escruté entre la espesura mientras el extraño destello amarillo brillaba entre los árboles. Los ladridos se iban intensificando y no cabía duda de que eran los mismos que habíamos oído antes. Poco después, vislumbré unas sombras blancas que corrían entre el sotobosque hacia nosotros.

-Algo se acerca -dije sofocadamente.

Sentí un templado hormigueo en el brazo y tres perros de lustroso color blanco aparecieron de súbito y se lanzaron contra el espantoso torbellino de los sabuesos. Blancos como la nieve desde el hocico hasta la cola, excepto por las orejas que eran de color rojo sangre, los perros eran más pequeños y flacos que los infernales sabuesos, pero mucho más rápidos e igualmente fieros.

Temí que en un instante los hicieran pedazos, pero ante mi asombro los sabuesos reaccionaron como si les hubieran echado agua hirviendo. Se alzaron sobre sus patas traseras, saltaron en el aire y se precipitaron unos

contra otros en desesperado afán por escapar del ataque de los recién llegados. Y pronto se hizo obvio que les sobraban motivos.

Los perros de orejas rojas propinaron feroces dentelladas; agarraban a los sabuesos por la garganta, los destrozaban y se lanzaban contra otra presa. Los sabuesos se derrumbaban entre gemidos, se disolvían en informe gelatina y desaparecían.

Como relámpagos estallando entre nubarrones, los tres perros blancos luchaban contra nuestros agresores, matándolos con singular celeridad y lanzándose al ataque una y otra vez. Poco después de su aparición, docenas de sus enemigos habían muerto y el resto huía en atropellada fuga. El bosque resonaba con los ladridos de los perros que perseguían a los fugitivos entre la espesura.

-Han desaparecido -dijo Scatha al tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

Abrí la boca para asentir y entonces lo vi: estaba justo debajo de nosotros y miraba hacia donde los perros habían desaparecido. Llevaba un abrigo amarillo muy largo atado con un cinturón. Era aquel abrigo lo que había visto moverse entre los árboles como un fuego fatuo.

Permaneció inmóvil unos instantes y luego alzó la cara para mirar entre la copa del árbol donde estábamos escondidos Scatha y yo. Faltó poco para que me cayera de la rama. Era el rostro más feo que jamás había contemplado: una cara enorme de imponentes facciones, con una nariz larga y ganchuda y una boca de labios abultados semejante a la de una rana; unas orejas como las asas de una jarra asomaban entre una espesa mata de pelos negros, y los ojos, muy separados, le sobresalían bajo una única y encrespada ceja también negra.

Sostuvo mi mirada un breve instante, suficiente para demostrarme que me había visto; además alzó el bastón a modo de saludo antes de alejarse del árbol y perderse entre la espesura.

Cuando hubo desaparecido recobré el habla.

-Ya había visto antes ese rostro -murmuré. Antes..., hacía mucho tiempo... en otro mundo.

Sentí que Scatha me tocaba el brazo.

-¿Llew?

-Todo ha terminado -le dije-. Los perros eran suyos.

-¿De quién?

-Del hombre del abrigo amarillo. Estaba aquí. Lo vi; él... -me interrumpí. Era inútil insistir. Era obvio que Scatha no lo había visto. Y en cierto modo no me extrañó.

-Podemos marcharnos -le dije.

Descendí hasta la rama más baja y me dispuse a ganar el suelo de un salto. Cuando me solté de mi asidero, Scatha gritó desde arriba:

-¡Espera! ¡Escucha!

Pero su aviso llegó tarde. Aterricé de mala manera y caí de espaldas. En aquel preciso instante oí un violento crujido entre la espesura. Me puse en pie de un salto y busqué desesperadamente la lanza que Scatha había dejado caer, deseando haber conservado mi porra.

-¡Llew! -gritó Scatha-. ¡Allí... detrás de ti!

La lanza yacía, efectivamente, a unos pasos. Me precipité hacia ella,

la cogí y me di la vuelta para encontrarme... ante Bran y Alun Tringad, espada en mano y acompañados de unos veinte guerreros con antorchas.

-¡Aquí! -les grité-. ¡Scatha! ¡Es Bran! ¡Estamos salvados!

Bran y Alun se acercaron con extrema cautela, como si yo fuera un fantasma.

-¡Aquí estoy! -grité otra vez agitando la lanza y corriendo a su encuentro-. Scatha está conmigo.

-¿Llew? -exclamó dubitativo el jefe de los Cuervos, y fue bajando poco a poco la espada.

Echó una rápida mirada a Alun que se apresuró a decirle:

-Ya te dije que los encontraríamos.

-Mientras regresábamos al campamento nos perdimos -les expliqué.

Volví apresuradamente junto al árbol y llamé a Scatha.

-Ya puedes bajar. Estamos a salvo.

Scatha saltó de la rama y con la agilidad de un gato aterrizó de pie en el suelo.

-¿Están con vosotros Cynan y Tegid? -preguntó Alun escrutando entre las ramas.

-Nos separamos -respondí-. No sé hacia dónde fueron.

-No regresaron al campamento por la noche -dijo Bran.

-¿Cómo supisteis dónde estábamos?

-Oímos unos perros -explicó Bran-. Corrían por el campamento y Alun vio a alguien...

-Dieron tres vueltas corriendo alrededor del campamento -especificó Alun-. El individuo que iba con ellos nos hizo senas para que lo siguiéramos.

-Yo no vi a nadie -intervino Bran con firmeza-. Sólo los perros.

-Ese individuo -le pregunté a Alun-, ¿cómo iba vestido?

-Llevaba un manto largo y un cinturón muy ancho -respondió al instante Alun.

-Y el manto... ¿de qué color era?

-Pues, pardo. O amarillo -contestó Alun-. Aunque no podría precisarlo porque estaba muy oscuro y no llevaba ninguna antorcha.

-¿Y los perros?

-Era blancos -respondió Bran.

-Con orejas rojas -añadió Alun Tringad-. Eran tres. Nos condujeron hasta aquí.

-¿No oísteis nada más?

-Nada más, señor -repuso Alun.

-¿No oísteis alaridos de sabuesos? -concreté-. Aquí mismo, en este lugar.

Bran sacudió la cabeza.

-Sólo oímos a los perros -afirmó Bran-. Y sólo eran tres.

-Y el hombre -apostilló Alun.

-Sí, en efecto, había un hombre... el hombre del abrigo amarillo -le confirmé-. Scatha no lo vio, pero yo sí.

-Yo sólo vi los perros -dijo Scatha con un suspiro de alivio-. Pero ya tuve bastante.

Noté que se abstenía de hablar de los sabuesos y de las arañas. Y yo

tampoco dije nada.

23

CROM CRUACH

Tegid y Cynan ya habían regresado al campamento y estaban aguardándonos. El sol asomaba por el horizonte gris cuando penetramos en el protector círculo de fuego que aún ardía lentamente. En cuanto cruzamos el umbral de brasas, acusé el cansancio. Las piernas me pesaban y me dolía la espalda. Tropecé y casi me vine al suelo.

Tegid me cogió del brazo y me condujo junto a la fogata.

-Siéntate -me ordenó, luego hizo una seña a un guerrero-. Trae una copa.

Yo permanecía en pie tambaleándome, incapaz de hacer el más mínimo movimiento; me parecía que el suelo estaba muy lejos.

Cynan, aunque tampoco estaba en su mejor forma tras aquella noche sin dormir, se apresuró a ayudar a Scatha; le pasó el brazo por los hombros y la condujo hasta donde yo estaba.

-Siéntate, hermano -me urgió de nuevo el bardo-. Vas a morirte de pie.

Doblé las rodillas y me derrumbé. Scatha, con los ojos apagados y deslucidos por aquella noche de sufrimientos, se dejó caer a mi lado.

Trajeron la copa. Tegid la puso en mis manos y me ayudó a llevármela a los labios.

-¿Qué os sucedió? -preguntó mientras bebíamos.

La cerveza estaba fresca y sabrosa y casi la apuré del todo antes de caer en la cuenta de que Scatha estaba tan sedienta como yo. Le pasé la copa y dije:

-Os perdimos en la oscuridad. Os llamé..., no debíamos estar ni a diez pasos de vosotros. ¿Por qué nos abandonasteis?

-No oímos nada -afirmó con extrañeza Cynan-. Ni el más leve sonido.

-¿No? -pregunté, aunque al fin y al cabo aquello no me extrañaba-. Bueno, como no os encontramos, seguimos el borde del montículo.

-Fuimos perseguidos por sabuesos -continuó Scatha echándose a temblar al recordarlo.

-Luego llegaron los perros y ahuyentaron a los sabuesos -les expliqué sucintamente-. Alun y Bran aparecieron poco después y nos trajeron de vuelta.

-Háblame de los perros -dijo Tegid arrodillándose a mi lado.

-Eran tres... delgados, con largas patas y el pelo muy blanco. Surgieron del bosque y ahuyentaron a los otros.

Scatha explicó los detalles que yo había pasado por alto.

-Tenían orejas rojas e iban con un hombre. Yo no lo vi, pero Llew sí.

-¿Es cierto? -preguntó el bardo arqueando una ceja.

Antes de que pudiera responder se me adelantó Alun.

-Lo es. Yo lo vi también. Llevaba un manto amarillo y corría con los

perros.

Bran confirmó el informe de Alun.

-Yo vi los perros. Dieron tres vueltas por el campamento y nos condujeron hasta el lugar donde se habían escondido Llew y Scatha.

Tegid sacudió ligeramente la cabeza.

-¿Y los sabuesos? -preguntó.

Yo no quería hablar de ellos. Era inútil sembrar más pavor aún en el corazón de los guerreros..., ya tenían bastante.

-Bueno -repuse despacio-, no hay mucho que decir. Eran unas bestias enormes y horribles. Salvajes. Si Alun y Bran no hubieran aparecido tan oportunamente, ahora no estaríamos aquí.

-Querrás decir el hombre del manto amarillo. Nosotros llegamos después -observó Alun.

-La cuestión es -dije yo- que no habríamos sobrevivido mucho más tiempo.

-Los sabuesos -insistió Tegid-, háblame de ellos.

-No eran más que sabuesos -repuse yo.

-Eran *sluagh* -le informó Scatha.

Tegid entrecerró los ojos. No preguntó cómo lo sabíamos, sino que lo aceptó sin hacer ningún comentario, lo cual era de agradecer.

-¿Los mismos que atacaron a los caballos? -preguntó Cynan.

-Los mismos -respondió Tegid-. Los *sluagh* cambian de cuerpo para perseguir a sus presas.

-¡Cambian de cuerpo! -Cynan sacudió la cabeza y emitió un silbido-. *Clanna na cù.* Eres un hombre con suerte, Llew Mano de Plata, puesto que aún te cuentas entre los vivos esta mañana.

Tegid no dijo nada; su expresión era inescrutable y no pude adivinar lo que estaba pensando.

Sin embargo, Cynan tenía ganas de hablar.

-Después de que Scatha y tú os perdierais en la oscuridad, encontramos un agujero cubierto de hierba y nos metimos en él para aguardar hasta la salida del sol. ¡Oh, qué noche más negra! No habría podido ver menos si me hubiera quedado ciego. Poco a poco el cielo empezó a clarear y salió el sol. Entonces nos dirigimos hacia el campamento. No estábamos demasiado lejos, pero... ¿acaso vimos el resplandor del fuego por la noche? Pues no; no lo vimos.

Tegid se levantó de pronto.

-Este montículo está maldito. No podemos quedarnos aquí otra noche.

-Estoy de acuerdo. Envía exploradores... dos partidas de cuatro hombres cada una; una que cabalgue hacia el este y la otra hacia el oeste siguiendo el perímetro del montículo. Si ven alguna señal de un campamento, dos deben quedarse a vigilar y los otros dos deben regresar inmediatamente.

-Pero no deben alejarse demasiado -añadió Tegid-. Nos marcharemos a mediodía.

-Enviaré a Gweir al mando de una de las partidas -decidió entonces Cynan-, y volverán rápidamente.

Bran y Cynan se marcharon a organizar las partidas. Yo me tendí con

la intención de descansar hasta que regresaran. Pero no pude conciliar el sueño durante la espera, porque me asaltaron angustiosos pensamientos respecto a la suerte de Goewyn. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaría haciendo en aquellos momentos? ¿Sabría que la estaba buscando?

Pensé en construir una enorme almenara para que sus raptores supieran que estábamos allí. Pero luego decidí no hacerlo. Si no se enteraban de nuestra presencia, a lo mejor podíamos cogerlos por sorpresa; y si Paladyr y sus compinches ya estaban enterados, la almenara sólo serviría para desvelarles nuestras intenciones.

Cerca del mediodía, Tegid me trajo un poco de comida. Dejó el plato junto a mi cabeza y se sentó a mi lado.

-Deberías comer algo.

-No tengo hambre.

-No es fácil luchar con demonios si se tiene el estómago vacío -me dijo-. Ya que no duermes, al menos deberías comer.

Me incorporé sobre un codo y me acerqué el plato. Contenía una espesa papilla de avena mezclada con nabos y carne salada. Alcé el plato y sorbí un poco de papilla. Tegid me miraba fijamente.

-Bueno, ¿qué te ronda por la cabeza, bardo?

-¿Cómo te sientes?

-Cansado -repuse-. Pero no puedo dormir. No dejo de pensar en Goewyn.

-Goewyn no va a sufrir ningún daño.

-¿Cómo puedes estar tan seguro?

-Porque es a ti a quien quieren. Ella es tan sólo el cebo en la trampa.

Tegid hablaba con toda franqueza. Su tranquilidad me animó a expresar en voz alta mis más profundos temores.

-Si es eso cierto, puede que ya la hayan matado. -El corazón me dio un vuelco ante tal pensamiento, pero tras haberlo verbalizado me sentí mejor-. No lo sabremos hasta que no hayamos caído en la trampa, y entonces quizá sea demasiado tarde.

Tegid reflexionó unos instantes, luego sacudió despacio la cabeza de un lado a otro.

-No -dijo en tono seguro-. No lo creo.

Hizo una pausa y me miró fijamente, como estudiándome..., como si yo fuera un viejo amigo que hubiera regresado y estuviera comprobando hasta qué punto había cambiado.

-¿Qué ocurre, bardo? -dije-. No has dejado de observarme desde que regresé al campamento esta mañana.

La comisura de sus labios se curvó en un amago de sonrisa.

-Es verdad. Quiero que me hables de ese hombre con los perros blancos..., de ese hombre del manto amarillo.

-Te he dicho todo lo que sé.

-No es cierto -repuso inclinándose hacia mí-. Me parece que lo conocías.

-No lo conocía -negué con brusquedad.

Tegid me dirigió una rápida y aguda mirada de reproche.

-Lo había visto antes -confesé-, pero no lo conocía. No es lo mismo.

-¿Dónde lo viste?

Me embargó la angustia y la boca se me llenó de bilis.

-No tiene nada que ver con todo esto. Dejémoslo.

-Cuéntamelo -insistió el bardo.

El interrogatorio de Tegid me estaba obligando a recordar mi vida en el otro mundo y no quería hacerlo. Lo miré con el entrecejo fruncido, pero le obedecí:

-No fue en este mundo -murmuré-. Ocurrió antes, cuando estaba con Simon, con Siawn Hy, en otro lugar; él había entrado en el *cairn* y yo estaba aguardando a que saliera. Entonces vi a ese hombre merodeando por allí.

-Descríbeme ese *cairn* -dijo Tegid.

Cuando lo hube hecho, me preguntó:

-¿Viste también los perros blancos?

-Sí, vi los perros blancos con las orejas coloradas. Pero estaban con alguien más... un granjero, creo...; oh, hace tanto tiempo que apenas lo recuerdo. Pero creo que estaban todos.

El bardo guardó silencio un rato; por fin musitó:

-Era el mismo hombre.

-¿Quién era el mismo?

-No importa que fuera con perros o sin perros -afirmó crípticamente.

Cuando le rogué que me explicara lo que quería decir respondió:

-Normalmente Abrigo Amarillo es visto en compañía de los perros, es verdad. Pero tú viste a los perros y lo viste a él; no importa que los vieras juntos o por separado.

-Bardo, procura explicarte mejor.

-Crom Cruach, Tuedd Tyrru, Crysmel Hen..., adopta distintos nombres y distintas apariencias -dijo con voz apagada-. Pero en todas ellas se esconde una misma identidad: es el Señor del Túmulo.

Cuando Tegid pronunció el nombre, sentí una mano fría y húmeda en la garganta.

-No recuerdo ningún túmulo.

-Cuando un guerrero ve a la Lavandera del Vado -dijo Tegid-, sabe a buen seguro que la muerte lo acecha.

Ya había oído antes leyendas parecidas. Son todas más o menos iguales: un guerrero que se dirige a la batalla llega a un vado y ve a una mujer, a veces muy hermosa, a veces extraordinariamente fea, que está lavando en el agua prendas manchadas de sangre. Si pregunta de quién son las ropas, la lavandera responderá que suyas. De este modo el guerrero se entera de que su fin está cercano. Reflexioné unos instantes y pregunté:

-¿Ocurre lo mismo con el Abrigo Amarillo?

-Sólo aquellos cuyos asuntos conciernan a Crom Cruach pueden verlo -replicó Tegid con la típica ambigüedad de los bardos.

-¿Eso significa la muerte? -pregunté sin rodeos.

Tegid titubeó.

-No siempre -respondió al fin.

-¿Qué significa entonces?

-Significa que Crom Cruach te ha reconocido.

Su respuesta no arrojaba demasiada luz sobre el asunto, pero Tegid

parecía reacio a dar más explicaciones.

-¿Tiene algo que ver todo esto con el hecho de que rompiera mi *geas*? -pregunté.

-Descansa ahora -dijo Tegid poniéndose en pie-. Hablaremos más tarde.

Acabé de comer e intenté dormir. Pero las tenebrosas insinuaciones de Tegid y el bullicio del campamento no me dejaron pegar ojo. Al cabo de un rato me levanté y me reuní con los demás a esperar el regreso de los exploradores. Charlamos de cosas triviales, evitando mencionar los inquietantes sucesos de la noche pasada. Cynan trató de animar a los guerreros en una competición de lucha libre, pero los luchadores mostraron tan pocos ánimos que abandonamos el juego.

La mañana fue transcurriendo. El sol, casi templado, ascendía por su menguada órbita meridional arrastrando grises nubarrones como jirones de un sudario. Poco antes del mediodía, la primera partida de exploradores regresó al campamento con la noticia de que no habían visto ninguna señal del enemigo. Pero los cuatro guerreros que se habían dirigido al este no regresaron.

Los aguardamos todo lo que pudimos, más de lo que dictaba la prudencia. Tegid echaba preocupadas miradas al sol y murmuraba entre dientes mientras paseaba de un lado a otro con impaciencia. Por fin dijo:

-No podemos permanecer aquí por más tiempo.

-Pero no podemos abandonarlos -exclamó Cynan-. Los capitanea Gweir. No estoy dispuesto a dejar atrás a mi jefe de batalla y a mis guerreros.

El bardo frunció el entrecejo y resopló.

-Muy bien, pues saldremos en su busca.

-¿Y qué pasará si se trata de una trampa? -observó Bran-. A lo mejor eso es precisamente lo que Paladyr quiere que hagamos.

-Pues haremos saltar la trampa y ya veremos qué sucede -espetó Tegid-. Es preferible enfrentarse a Paladyr y a sus guerreros que pasar otra noche en este lugar.

-Eso es cierto -asintió Bran.

-Entonces, cabalgaremos rumbo al este -concluí yo.

Atravesamos la meseta siguiendo el rastro que los exploradores habían dejado en la hierba, dando un rodeo para esquivar la columna de piedra, y llegamos al reborde oriental cuando empezaba a anochecer. Nos detuvimos a observar entre las copas de los árboles el territorio que se extendía ante nosotros: lo poco que se divisaba entre las nubes bajas era de un triste tono marrón y gris descolorido por la neblina.

-Aquí es donde acaba el rastro -dijo Bran en tono lúgubre.

-¿Acaba? -repetí mirándolo.

Una espesa barba negra hacía aún más fúnebre el aspecto de mi jefe de batalla, que parecía realmente que se estaba transformando poco a poco en un verdadero cuervo.

Bran señaló la hierba pisoteada; en la nieve se veían claramente huellas de pezuñas, pero no había ninguna señal de lucha.

-Los exploradores se detuvieron aquí, y aquí acaba el rastro. Debieron de internarse en el bosque -opinó sin demasiada convicción.

-Pero tú les dijiste que no lo hicieran.

-Sí. Se lo dije.

Comenzamos a descender por la boscosa ladera. La espesa vegetación dificultaba la marcha. No habíamos avanzado demasiado cuando nos vimos obligados a desmontar, y a encapuchar a los caballos. Como antes, los animales rehusaban internarse en el bosque y para poder seguir adelante tuvimos que conducirlos de la brida a pie. De todos modos tampoco habríamos podido seguir a caballo porque la vegetación era espesísima e impenetrable.

Bran abría la marcha, flanqueado por los Cuervos, con la esperanza de poder localizar el rastro de los exploradores perdidos. Pero cuando llegó el crepúsculo aún no habíamos dado con una sola huella. Avanzábamos con enloquecedora lentitud y teníamos que ir abriéndonos camino entre el sotobosque con las espadas. Pese al ejercicio, noté que cuanto más descendíamos más frío hacía, de forma que cuando llegó el momento de buscar un lugar donde acampar, íbamos arropados de la cabeza a los pies con los mantos y nuestro aliento formaba una helada nube en torno a nuestras cabezas.

Acampamos al pie de un enorme y nudoso roble, bajo cuyas retorcidas ramas encontramos un clavero bastante grande. Trajimos leña de los alrededores y la apilamos en tres montones con los que ir alimentando tres fogatas. Tegid encendió las tres diciendo:

-Si encendemos tres, aunque se apague una, siempre quedarán dos con las que prenderla de nuevo.

-¿Acaso crees que las fogatas se apagarán? -le pregunté.

-Simplemente creo que es peligroso quedarse sin fuego durante la noche -respondió.

Así que establecimos turnos para vigilar las fogatas y alimentar el fuego.

La noche fue muy fría pero tranquila y nos despertamos sin novedad, excepto por el hecho de que caía una lluvia gris y pertinaz. Lo mismo sucedió al día siguiente y también en los otros que siguieron. Avanzábamos entre una interminable sucesión de espinosos matorrales tupidos como un seto, arrastrándonos sobre troncos caídos y sorteando a gatas enormes rocas. Durante el día caminábamos penosamente en fila india empapados hasta los huesos; por la noche procurábamos secarnos lo mejor que podíamos. A cada paso la temperatura iba bajando, de modo que el quinto día la lluvia se transformó en nieve. Aquello no facilitó nuestra marcha, pero por lo menos supuso una novedad que recibimos con cierto agrado.

Caminábamos en silencio. Scatha, hosca y taciturna, no hablaba con nadie; tampoco Tegid parecía tener mucho que decir. Cynan y Bran se dirigían a sus hombres en tono tenso y brusco, y sólo cuando era estrictamente preciso. Yo no encontraba nada que decir a nadie y me arrastraba tan mudo y abatido como los demás.

La ladera fue allanándose tan poco a poco que no nos dimos cuenta de que por fin habíamos arribado al pie del montículo, hasta llegar a un lento riachuelo bordeado de altos pinos y esbeltos abedules.

-A partir de aquí la marcha será más rápida -observó Bran.

Aunque no habíamos vuelto a ser atacados por los *sluaghs,* experimenté cierto alivio al dejar atrás el montículo, pues tenía la sensación de que también dejábamos atrás aquellos espíritus depredadores. Descansamos bajo los árboles y al día siguiente seguimos el curso del arroyo. Los árboles eran viejos y las ramas altas, y el sotobosque se aclaró considerablemente, con lo cual nuestra marcha se hizo más fácil. Poco a poco, el arroyo se fue ensanchando hasta convertirse en un pequeño río que serpenteaba entre fangosos bancales, sorteando las raíces de los pinos. De vez en cuando vislumbrábamos un apagado sol entre las espesas ramas de las copas.

Mientras la luz del día se apagaba en un neblinoso crepúsculo de tonos ocres, llegamos por fin al límite del bosque y contemplamos un ancho valle que se abría entre dos enormes riscos. La nieve cubría el valle, pero no tenía demasiado grosor. La corriente del río se hacía más rápida al salir del bosque y comenzar a fluir sobre un lecho rocoso. Como se veían muy pocos árboles, decidimos pasar la noche en el lindero del bosque, donde al menos había leña de sobra. La mañana siguiente la dedicamos a hacer acopio de leña y cargarla a lomos de los caballos. Sin embargo, pese a que reemprendimos tarde la marcha, avanzamos bastante y cuando acabó la jornada habíamos recorrido una distancia mayor que los días precedentes, desde que desembarcamos en Tir Aflan.

El sol permaneció escondido entre un sólido amasijo de nubes bajas y oscuras, durante los días que seguimos el curso del río; sólo nos deteníamos a abrevar los caballos, comer y dormir. La temperatura era fría, pero nevaba poco y no demasiado rato. No se veía ningún pájaro ni ningún otro animal; ni tampoco rastro alguno, salvo el que nosotros mismos íbamos dejando en la delgada alfombra de nieve.

Se diría que éramos los únicos humanos que nos habíamos internado hasta tan lejos en la Tierra Maldita. Y esa impresión subsistió durante bastante tiempo..., hasta que empezamos a ver ruinas.

Al principio nos pareció que la cima del risco a la izquierda del valle se había hecho más escarpada, dibujando una serie de protuberancias de piedra y dentados y afilados promontorios. Pero, a medida que nos internábamos en el valle, los riscos iban encajonándolo más e iban perdiendo altura; y entonces distinguimos los restos de una arruinada muralla.

Contemplamos aquellas ruinas con la misma mezcla de miedo y fascinación que habíamos experimentado al encontrarnos ante el montículo. Los días iban transcurriendo y la muralla se iba haciendo más alta y amenazadora: serpenteaba siniestramente entre la ondulada cresta del risco y de pronto se interrumpía donde la piedra se había derrumbado y despeñado hasta el valle, en un informe montón de rocas. Al sexto día avistamos un puente y una torre.

La torre se alzaba en un desnudo promontorio rocoso, justo en el lugar donde el valle se estrechaba. Los restos de una doble hilera de derrumbadas columnas atravesaban el valle y el río, hasta el risco del otro lado. Avanzamos hasta los enormes basamentos redondos que yacían semienterrados por su propio volumen y por el abrumador peso de los años. Allí nos detuvimos.

En otros tiempos, en un remoto pasado, el río debía de haber sido un tempestuoso torrente salvado por un enorme puente..., una obra de gigantes. Y guardando el puente, en un extremo, se alzaba una inhóspita y siniestra torre. Todos nos preguntamos lo mismo: ¿quién había construido la torre?, ¿qué había detrás del muro?, ¿de qué se habían protegido? Como no podíamos resistir más la curiosidad que sentíamos, acampamos entre las semienterradas columnas y Cynan, Tegid, los Cuervos y yo escalamos el risco.

La torre era de piedra y constaba de tres secciones que se alzaban en escalonados pisos, en los que se abrían extrañas ventanas redondas que parecían cuencas de ojos vacías. En la planta baja había sólo una entrada con un portal y una puerta, muy diferentes a cuantos había visto hasta entonces: eran redondos, como las ventanas; y la puerta consistía en una rueda hecha de piedra, no de madera, bordeada de hierro y empotrada en una ancha ranura. Las superficies del portal y de la puerta estaban cubiertas de símbolos grabados, tan erosionados por el tiempo que no se podían descifrar. Los restos de una carretera de gastadas losas salían del portal y terminaban en el punto en que en otro tiempo el puente se unía al risco. A juzgar por la anchura de la carretera, el puente debía de haber sido lo suficientemente ancho como para que pasaran por él cuatro jinetes cabalgando de cuatro en fondo.

La muralla se unía al primer piso de la torre y era tres veces más alta que un hombre. No había otra entrada que el portal redondo y aparentemente no había manera de mover la enorme piedra de la puerta. Pero la curiosidad de Alun y de Bran iba en aumento y comenzaron a examinar el portal. Luego la empujaron con los hombros y lograron mover la puerta.

-¡Acabará por ceder! -exclamó Alun-. Ayudadnos a limpiar la ranura.

La rodada por la que debía deslizarse la piedra estaba atascada de escombros. En poco tiempo, con la ayuda de Emyr, Drustwn y Niall, la limpiaron de cascajos y pedruscos. Luego la emprendieron con la puerta. Los cinco Cuervos le propinaron un tremendo empujón y ante el asombro de todos la piedra cedió descubriendo una oscura cámara.

Los Cuervos se asomaron con cautela al interior, e informaron de que no se veía absolutamente nada.

-Necesitamos antorchas -dijo Tegid.

A un gesto de su jefe, Emyr y Niall descendieron por el risco y regresaron con teas. Aguardamos con impaciencia a que Tegid las encendiera y las distribuyera; después, con el corazón palpitante cruzamos el imponente portal y entramos en la misteriosa torre.

24

EN EL INTERIOR DE LA TORRE

Cautelosamente, encorvados y caminando con todo sigilo, como ladrones temerosos de despertar a los dormidos ocupantes, entramos en la tenebrosa torre.

El aire era húmedo y olía a piedra y tierra mojada como si de una cueva se tratara. Y también la oscuridad era tan lóbrega como la de una cueva, pese a las antorchas que portábamos. Sin embargo, poco a poco, cuando la vista se fue acostumbrando al chisporroteante resplandor de las teas, comenzamos a distinguir nuestras facciones entre las tinieblas.

Habíamos penetrado en una cámara tres veces más grande que el palacio de un rey. Una hilera de columnas atravesaba la habitación y sostenía el piso superior. Enormes aros de hierro pendían de las paredes a diferentes alturas.

-¡Aquí! -exclamó Drustwn, que se había adelantado un poco del grupo-. ¡Mirad!

En desordenado montón, como si hubieran sido arrojados allí en un arranque de ira, había unos veinte carros de bronce, con las ruedas deformadas, los ejes torcidos o rotos y el metal enmohecido por el tiempo. Los altos y circulares costados de los carros parecían de mimbre, pero eran en realidad de láminas triangulares de bronce entretejido, muy resistentes.

A cierta distancia de los carros, se levantaba una pequeña pirámide de enormes discos amontonados unos sobre otros; y al lado, un montón de descomunales hachas de extraño diseño pues tenían una corta y sólida hoja en un lado y una despuntada escarpia en el otro. Las había a centenares, así como también centenares de discos, que tras un atento examen resultaron ser escudos de bronce.

Bran cogió del montón uno de los escudos provocando una verdadera avalancha de polvo. Lo agarró por el borde y lo sostuvo ante él; era plano y enorme, mucho mayor que los que se utilizaban en Albión. En el tachón del centro, como único adorno, se habían labrado al realce unos curiosos símbolos de bronce en torno a la imagen de una extraña y gruesa serpiente.

-Quienquiera que lo enarbolara era, desde luego, un hombre mucho más fuerte que yo -comentó Bran, dejando el escudo y volviendo a coger la antorcha.

Continuamos nuestra inspección, pero, aparte de una hilera de cortas y pesadas lanzas de bronce, no encontramos nada más y proseguimos por una escalera de piedra que conducía al segundo piso.

Las ventanas redondas que se abrían en el centro de cada uno de los cuatro muros iluminaban un poco la enorme y cuadrada habitación del segundo piso, cuyo suelo estaba sembrado de yelmos y cascos de bronce,

rematados con afiladas puntas y adornados con serpientes que se enroscaban en el borde, y alzaban sus planas cabezas sobre la visera. Alun cogió uno de los cascos y se lo puso, pero evidentemente había sido hecho para un hombre dos veces más voluminoso que él. Quizás había dos centenares o más de aquellos cascos rematados con serpientes; pero no había nada más en la habitación.

En el tercer piso, encontramos una colosal mesa de piedra con enormes platos de plata y bronce y una bandeja de oro en medio. La plata estaba ennegrecida y el bronce enmohecido, pero el oro parecía recién bruñido y brillaba apagadamente a la luz de las antorchas. Sobre la mesa había también tres montones de monedas entre los podridos jirones de bolsas de cuero. Eran monedas de plata y oro. Las de plata eran poco más que terrenos ennegrecidos, pero las de oro relucían como nuevas. Cogimos algunas y las examinamos.

-Aquí está su rey -dijo Tegid examinando una de las monedas-. No puedo leer su nombre.

La moneda mostraba la imagen de un hombre que parecía haber sido grabada por un niño precoz. En una mano llevaba una lanza corta y en la otra un hacha. Iba descubierto y los cabellos, largos y rizados, le caían por los hombros; la barba y el bigote eran igualmente largos. Iba desnudo de cintura para arriba, sin torques ni adorno alguno, pero llevaba una especie de *breecs* o polainas e iba calzado con botas altas. Unas palabras en extraños caracteres se arracimaban como avispas en torno a su cabeza, pero era imposible descifrar lo que decían.

Cogimos un buen puñado de monedas para mostrárselas a los demás y Cynan se apoderó de la bandeja de oro.

-Se la regalaré a Tángwen cuando la vea -dijo.

Junto a la mesa había un trípode de hierro con una enorme caldera de bronce. Bajo la caldera había un círculo de piedras ennegrecidas y dentro los restos de la última comida, duros como ladrillos. Pero a mí me llamó la atención la superficie de la caldera. Parecía bullir de actividad: en torno a la base de la caldera se lanzaban al ataque guerreros montados en carros, con las lanzas en ristre y los cabellos al viento; más arriba, galopaban jinetes blandiendo espadas y lanzas; en el nivel superior, hombres alados corrían o quizá volaban con una serpiente en la mano derecha y una frondosa rama en la izquierda. El reborde de la caldera era una serpiente cubierta de escamas mordiéndose la cola.

-Los Hombres de la Serpiente -dijo Tegid señalando a los guerreros.

-¿Sabes algo de ellos?

-Los *derwyddi* recuerdan su historia, pero no la cantan, como tampoco cantan la de Tir Aflan.

Creí que no iba a añadir nada más, pero el bardo, con los ojos fijos en la caldera, prosiguió:

-Se contaba que la Serpiente despertó y con una poderosa hueste dominó la tierra. Cuando no hubo más enemigos que conquistar los Hombres Serpientes se pelearon y lucharon entre ellos. Cuando destruyeron todo lo que habían construido, y cuando hubo muerto el último de ellos, la Serpiente se retiró al mundo subterráneo a dormir hasta que fuera despertada de nuevo.

-¿Qué puede despertarla? -pregunté.

-Una perversa maldad -respondió lacónicamente el bardo.

Desperdigados por la habitación había variados objetos de uso diario: copas y platos; espadas con empuñaduras de hueso fundidas a sus vainas; escudos redondos; una colección de pequeños tarros, frascos y cajas vacías de piedra rojiza; cucharones y tenedores de largos y curvados mangos para servir el caldo y la comida de la caldera; numerosas hachas; cuchillos de diferentes tamaños; una máscara de bronce que representaba el rostro de un barbado guerrero de largos bigotes y rizados cabellos, con la boca abierta en un grito y un casco rematado por una serpiente; y en cada uno de los cuatro rincones de la habitación cuatro esbeltos soportes de lámparas de aceite de piedra labrada.

Bajo uno de los escudos, Emyr encontró un extraño objeto; una diadema de pequeños discos enlazados en torno a un cuerno cónico. Tras darle varias vueltas declaró:

-Creo que es una corona.

Como la mayoría de los objetos que habíamos visto, era de bronce y cuando se la puso sobre la cabeza se hizo evidente que había sido hecha para una más voluminosa que la suya.

-*Mo anam* -murmuró Cynan, probándose también la corona-, esos hombres serpientes eran verdaderos gigantes.

-¡Mirad! -exclamó Garanaw, acercando su antorcha a la pared que quedaba más alejada.

Cruzamos la habitación y vimos en el muro una pintura. Estaba muy bien hecha y sin duda en otro tiempo había estado coloreada. Pero, aunque los colores se habían desvanecido en un uniforme tono gris amarronado, vimos que nos contemplaba fijamente el rostro de un hombre serpiente, con los carnosos labios curvados en una burlona sonrisa, un helado regocijo en los ojos, y una lengua bífida asomándole por la boca abierta. Un revoltijo de ensortijados cabellos le aureolaba la cara, y bajo la barbilla todavía se podía adivinar el alado torso y una mano blandiendo una serpiente negra que se le enrollaba en el brazo.

Nos alejamos de la pintura y Niall atrajo nuestra atención hacia una escalera de hierro en un hueco del muro. La escalera salvaba el techo de piedra e iba a dar al tejado. No había nada en el tejado pero el panorama que contemplamos desde allí era impresionante. Al sur, allá abajo, en el lecho del río entre las derrumbadas columnas, se divisaba nuestro campamento; hombres y caballos se agrupaban junto al hilo gris de la corriente.

Al oeste se alzaba la gigantesca mole del montículo, cuya cima se perdía entre las nubes bajas, y al este sólo se veía fluir el río entre los dos escarpados riscos. Al norte, tras la gigantesca muralla de piedra que se perdía hacia el este y el oeste, se sucedía una interminable serie de bajas colinas cubiertas de nieve que subían y bajaban como blancas olas de un helado océano.

La enormidad y soledad del paisaje, sumadas a la tenebrosa torre y a sus extraños objetos, lograron que nos sintiéramos pequeños y débiles, y además osados intrusos por haber penetrado en un lugar al que no pertenecíamos. Escruté aquel panorama montañoso en busca de alguna

huella de sus pobladores, pero no vi humo ni señal alguna que nos mostrara el camino que debíamos seguir.

-¿Qué piensas, bardo? -le pregunté a Tegid, que se encontraba junto a mí.

-Creo que deberíamos abandonar este lugar a sus horrendos recuerdos.

-Yo también, pero ¿qué dirección debemos tomar?

-Hacia el este -repuso sin la menor vacilación.

-¿Por qué hacia el este? ¿Por qué no hacia el sur o hacia el oeste?

-Porque en el este encontraremos a Goewyn.

Su respuesta me intrigó.

-¿Cómo lo sabes?

-¿Te acuerdas cuando Meldron nos abandonó a la deriva?

-Mutilados y abandonados a la muerte en un simple bote... ¿cómo podría olvidarlo?

-A cambio de mis ojos, me fue concedida una visión.

Lo dijo con tanta naturalidad que cualquiera hubiera dicho que aquello había sido tan sencillo como cambiar unos *breecs* por otros.

-Lo recuerdo. La entonaste en una canción.

-¿Te acuerdas de la visión?

-Vagamente -contesté.

-Yo la recuerdo muy bien.

Cerró los ojos como si la estuviera contemplando otra vez y comenzó a cantar. Yo lo escuchaba mientras rememoraba la terrible noche en que el bardo había tenido aquella visión.

En tono muy bajo, para que sólo yo pudiera oírla, Tegid cantó una cañada de escalonadas laderas y una fortaleza que se alzaba en un hermoso lago. Cantó un trono de asta adornado con una piel blanca de buey sobre un montículo cubierto de hierba. Cantó un escudo bruñido sobre el que se posaba un cuervo negro con las alas desplegadas elevando su ronco canto a los cielos. Cantó una almenara llameando en la noche, cuya señal era respondida de colina en colina. Cantó un jinete sobre un pálido caballo bayo que surgía de la niebla; las pezuñas del caballo hacían saltar chispas de las rocas. Cantó una enorme hueste de guerreros que se bañaba en un lago cuyas aguas se teñían de rojo por la sangre de las heridas. Cantó una mujer de cabellos de oro en una glorieta bañada por el sol y un recóndito Túmulo del Héroe.

Yo reconocía algunas de aquellas cosas: Druim Vran, Dinas Dwr, mi trono de asta; la mujer de cabellos de oro en la enramada era Goewyn el día de nuestra boda. Pero otras me resultaban totalmente desconocidas.

Cuando hubo terminado, abrió los ojos y dijo:

-Esta tierra forma parte de mi visión. No lo sabía hasta que llegamos a esta torre.

-No mencionaste torre alguna en tu visión..., ¿la había?

-No -confesó-, pero ésta es la tierra. Lo percibo con todos mis sentidos.

Sus ojos oscuros escrutaron las lejanas colinas que subían y bajaban una tras otra hasta perderse de vista.

-En estos confines aguarda una enorme tarea que debe ser llevada a

cabo.

-La única gran tarea que me importa es rescatar a Goewyn antes de... -me interrumpí, porque los demás, aunque no estaban escuchando, estaban muy cerca.

-Antes de que nazca el niño -dijo Tegid expresando lo que me torturaba el pensamiento.

-Antes de que les pase algo *a los dos.*

-Seguiremos nuestro viaje con ánimo esperanzado y confiaremos en que la Mano Segura y Firme guíe nuestros pasos.

-No nos vendría mal en estos momentos una pequeña ayuda -admití, mirando la vasta soledad de las colinas y la inmensidad del cielo.

-Llew -me dijo el bardo-, siempre hemos sido guiados.

Abandonamos el tejado y bajamos hasta el portal de la torre. Tegid nos aconsejó que cerráramos la puerta, e hicimos rodar la piedra hasta encajarla en su ranura. Luego descendimos por el escarpado risco para reunirnos con los demás guerreros que nos estaban aguardando. Les mostramos las monedas que habíamos encontrado y ellos quisieron regresar a buscar el resto, pero Tegid no lo permitió, diciendo que sería muy mal recibida una segunda intrusión. Ellos lo obedecieron. La torre tenía un aspecto siniestro e incluso los que no habían entrado en ella percibían la opresiva desolación del lugar. Además, estaba oscureciendo y nadie quería correr el riesgo de ser sorprendido por las tinieblas de la noche, fuera del círculo de fuego del campamento.

Aquella noche escuchamos los quejumbrosos aullidos del viento estrellándose contra las ruinas de la muralla que coronaba los riscos. Dormí muy mal y soné con serpientes aladas y hombres recubiertos de bronce.

Me desperté dos veces y me levanté para observar la negra mole de la torre que se dibujaba contra un cielo aún más negro. Parecía estar vigilándonos, posada sobre el escarpado risco como un ave de presa que esperara el momento oportuno para desplegar sus alas de tinieblas y precipitarse sobre nosotros. Pero yo no era el único acosado por las pesadillas: los caballos estuvieron nerviosos e inquietos durante toda la noche y más de un guerrero gritó en sueños.

Al día siguiente reemprendimos la marcha, mientras el viento ululaba y gemía en el valle. La nieve caía en abundancia y se arremolinaba en nuestros pies; nos cubrimos las cabezas con los mantos, nos echamos sobre los hombros las mantas de las sillas de montar y avanzamos penosamente en aquel desapacible día. El paisaje cambió ligera pero no sustancialmente: cada vez que alzaba la mirada contemplaba los desnudos riscos y la desdentada muralla cerniéndose amenazadoramente sobre nuestras cabezas.

Durante cinco días todo siguió igual: frío, nieve, viento y noches sin estrellas plagadas de horribles sueños. Durante el día avanzábamos penosamente, estremecidos de frío ora a pie ora a caballo, y por las noches nos acurrucábamos lo más cerca posible del fuego. Después, cuando la sexta jornada tocaba a su fin, vimos que los riscos comenzaban a perder altura, el río se ensanchaba y el valle se iba abriendo. Dos días después llegamos al lugar donde terminaba el risco y la muralla continuaba su

solitario viaje, virando hacia el norte, por encima de las interminables colinas. Ante nosotros se alzaba la oscura y encrespada línea de un bosque.

Al contemplarlo dibujado en el horizonte como un numeroso ejército en orden de batalla, sentí que mi espíritu se acobardaba. Tir Aflan era una tierra más vasta de lo imaginable. ¿Dónde estaría Goewyn? ¿Cómo podría encontrarla en aquel inmenso yermo?

-Escucha, bardo, ¿estás seguro de que éste es el camino? -le pregunté a Tegid cuando nos detuvimos a abrevar los caballos.

Habíamos dejado atrás la muralla y estábamos cerca del límite del bosque, pero no había señal alguna que nos indicara que íbamos en la dirección correcta.

Tegid no contestó de inmediato, y cuando finalmente lo hizo ni siquiera me miró.

-El bosque que se alza ante nosotros es más antiguo que Albión -dijo escrutando con sus oscuros ojos la línea de árboles mientras hacía girar entre sus palmas la vara de fresno.

-¿No has oído lo que te he preguntado? -le urgí-. ¿Es ésta la dirección correcta?

-Mucho antes de que los hombres caminaran por los bellos confines de Albión, este bosque ya existía. Entre la Hermandad se cuenta que todos los bosques del mundo han nacido de las semillas de esos árboles.

-Fascinante. Pero lo que quiero saber es esto: ¿tienes alguna idea, por vaga que sea, del lugar al que nos dirigimos?

-Vamos al bosque -respondió-. En el bosque de la noche encontraremos lo que buscamos... o nos encontrará a nosotros.

¡Bardos!

25

EL BOSQUE DE LA NOCHE

Seguimos la corriente del río y penetramos en el bosque. La nieve, que había alcanzado un considerable espesor en el valle, era muy escasa entre los árboles. ¡Y qué árboles!

Los había de todas clases: a lo largo del río crecían abedules plateados, sauces de varias clases, matorrales de saúco, endrino, espino, avellano y acebo; y en las anchurosas vegas se alzaban sotos de robles, castaños, carpes, tilos, olmos, sicomoros, plátanos, nogales, fresnos, alerces, etc.; en los terrenos elevados había árboles de hoja perenne: abetos, pinos y píceas en abundancia, así como cedros y tejos. Proliferaban por doquier líquenes y musgos, de modo que parecía como si alguien hubiera cubierto troncos y ramas con un espeso emplasto verdegrisáceo.

Era evidente que el bosque era antiquísimo. Las ramas cubiertas de musgo pendían pesadamente y los troncos se inclinaban por el peso de incontables años; hojarasca acumulada durante eternidades cubría el suelo y hierbas secas como mechones de enmarañadas cabelleras se arracimaban en torno a añosas y retorcidas raíces. Los árboles eran viejísimos.

¡Y enormes! El río, ancho y profundo al penetrar en el bosque, parecía reducirse al tamaño de un simple arroyo bajo aquellos gigantescos troncos. Algunos árboles tendían sus ramas más largas de una orilla a otra y abovedaban el río como si fueran enormes serpientes vegetales.

Nos movíamos, en fin, en un mundo de gigantescas proporciones. Y cuanto más nos internábamos en la espesura, más insignificantes y débiles nos sentíamos..., como si nos hubiéramos encogido ante nuestros propios ojos. A la sombra de aquellos árboles, ya no éramos hombres, sino insectos: diminutos, desvalidos, fútiles.

Pero por descorazonador que fuera sentirse un insecto, más inquietante era aún el silencio que reinaba.

Cuando entramos en el bosque, fueron disminuyendo gradualmente los sonidos del mundo exterior y se iban apagando más y más a cada paso que dábamos, hasta que no oímos absolutamente nada, ni siquiera el viento. No percibíamos ni el canto de los pájaros ni el más leve crujido de ramas o troncos. El rumor de nuestros pasos quedaba amortiguado por la esponjosa hojarasca y el río fluía mudo en su limoso lecho.

Cuando comenzaba a preguntarme si el frío me habría dejado sordo, Cynan exclamó:

-¡*Mo anam,* hermanos! Este silencio no es propio de hombres de tan nobles clanes. ¿Es que tenemos tanto miedo que ni siquiera somos capaces de entonar una agradable canción cuándo y dónde nos place?

Como nadie respondió, el pelirrojo héroe comenzó a cantar

profiriendo tales berridos que parecía que fuera a doblar con ellos las herraduras. A voz en grito, con la cabeza erguida, cantaba:

¡Arriba! ¡Levantaos, valientes y bravos compañeros!
El sol se alza rojo sobre las retamas de la montaña
y mi negro sabueso está ansioso por seguir el rastro.
¡Arriba! ¡Levantaos, audaces y esforzados amigos!
El ciervo corre entre los brezos de la ladera,
y mi caballo alazán está inquieto por perseguir la presa.
¡Arriba! ¡Levántate, hermosa señora de cabello azabache!
Un beso antes de unirme a la caza,
un beso antes de que me vaya volando... ¡Arriba!

Su empeño en levantar los ánimos era digno de admiración. Logró incluso que algunos hombres lo corearan, pero nadie estaba de humor y no tardaron en enmudecer. Cynan, enfadado, siguió cantando solo un buen rato por pura y simple tozudez. Pero también su impetuoso espíritu acabó doblegándose ante el vasto y agobiante silencio del bosque.

A partir de entonces seguimos nuestro camino en silencio, embotados y ensimismados. El bosque parecía apoderarse de nuestras mentes y de nuestros corazones, despertaba nuestros miedos y hacía emerger recelos y temores recónditos para que fueran desgastándonos con su corrosivo poder. Me daba la impresión de que nos vigilaban, de que en la espesura nos acechaba un enemigo invisible.

En las ramas que se entretejían sobre nuestras cabezas, en las espesas y oscuras sombras al otro lado del río, detrás de cada uno de los árboles y matojos, nos observaban fríos ojos y nos aguardaban frías manos. Imaginaba que una multitud de Hombres Serpientes, armados con sus cortas lanzas de bronce, nos observaban con helada malicia de reptil, espiaban nuestro avance y se deslizaban en el silencio del bosque con el silencio de las serpientes.

Me repetía a mí mismo que mis temores eran meras invenciones de mi mente, pero no podía evitar que mis ojos escrutaran constantemente las sombras.

La noche se fue apoderando sigilosamente del bosque, pero apenas se notó la diferencia; en aquel lugar, siempre tenebroso y sobrenaturalmente quieto, la luz del sol era sólo una débil y ajena presencia. Tegid lo había llamado *Coed Nos,* el Bosque de la Noche; y era, desde luego, un nombre muy acertado. En efecto, el sol seguía su órbita diaria, se levantaba y ponía en resplandecientes llamaradas que iluminaban el mundo exterior; pero nosotros habíamos penetrado en el mismísimo reino de la noche y el astro rey no tenía poder alguno en aquel lugar.

Acampamos a la orilla del río y encendimos enormes fogatas. Si abrigaba la esperanza de encontrar algún alivio en el fuego, no tardé en decepcionarme. El bosque parecía absorber el calor y la luz, incluso la vida de las llamas, y les confería un aspecto pálido e impotente. Nos acomodamos con las caras muy cerca del tibio resplandor, mientras sentíamos en nuestras espaldas el peso del furtivo silencio.

No podía descansar. No podía comer ni tampoco hablar con nadie; a

cada instante volvía la cabeza y escrutaba las sombras por encima del hombro. La sensación de que nos estaban acechando era tan fuerte que se convertía en una absoluta certeza. Creo que los demás también lo presentían; nadie hablaba ni bromeaba como es usual cuando los hombres se reúnen alrededor del fuego, tras una larga jornada. Parecía como si no pudiéramos resistir aquel absorbente silencio; preferíamos hundirnos en él, dejar que nos cubriera y nos escondiera de las cosas que acechaban entre las sombras.

Pasamos una noche horrible. Nadie durmió; todos permanecimos despiertos escrutando la tupida maraña de troncos y ramas, apenas iluminados por las débiles fogatas. Sin embargo, eso no significó que no soñáramos. Soñamos. Creo que todos nosotros fuimos visitados por inquietantes y extrañas pesadillas.

Sentado y encorvado sobre las rodillas, mientras escrutaba aquella oscuridad de troncos retorcidos, vi una silueta que destellaba débilmente y, a medida que se acercaba, iba tomando una apariencia humana: la de una mujer esbelta vestida de blanco. ¿Goewyn?

Me puse en pie de un salto.

¡Goewyn!

Corrí hacia ella. Estaba temblando, sus brazos desnudos estaban helados y era evidente que había estado errando por el bosque durante muchos días. Debía de haber escapado de sus raptores y se había refugiado en el bosque.

-¡Goewyn! Oh, Goewyn, estás sana y salva -dije, y le tendí la mano olvidándome de lo helado que resultaría el tacto de mi mano de plata sobre su piel. La toqué y ella gritó.

-Estoy helada, Llew -musitó.

-Toma mi manto -le dije quitándomelo-. Póntelo. Acércate al fuego. Yo te calentaré -añadí metiendo la mano de plata entre las llamas.

En un instante el metal se calentó, y entonces me volví y cogí la mano de Goewyn. El metal estaba muy caliente y le quemó la carne. Se levantó una acre humareda que me irritó los ojos. Goewyn retrocedió con un grito, pero la piel se había adherido al metal y se le desgarró al retirar su mano de la mía. Y no sólo la piel..., también la carne quemada.

Con un grito de agonía, se llevó la mano a la cara pero sólo le quedaban los huesos. Sin carne y sin ligamentos que los mantuvieran unidos, los huesos se separaron y cayeron al suelo enterrándose en la nieve. Goewyn se agarró el muñón y se echó a llorar.

Yo estaba paralizado por el pánico y la indecisión; deseaba consolarla pero no me atrevía a tocarla por miedo a hacerle daño. Tegid se acercó corriendo. Cogió a Goewyn por los hombros y empezó a sacudirla con violencia.

-¡Cállate! -le gritaba-. ¡Cállate! ¡Van a oírte!

Pero ella no podía dominarse. Lloraba y sollozaba sosteniéndose el brazo. Tegid seguía gritándole que se callara, que iba a alertar al enemigo.

Bran llegó corriendo espada en mano. Sin una palabra, se lanzó sobre Goewyn. Ella se volvió hacia él y el Cuervo le clavó la espada en el corazón. Al retirarla, brotó un chorro escarlata que ensangrentó la túnica blanca de Goewyn.

Ella se volvió hacia mí y gritó:

-¡Llew! ¡Sálvame!

Pero yo no podía moverme. No podía hacer nada por salvar a mi amada, que se derrumbó, sangrando profusamente por la herida. Tendida en el suelo alzó su brazo hacia mí.

-Llew... -jadeó con voz desmayada.

Mi nombre fue la última palabra que salió de sus labios.

La sangre caliente que brotaba de su pecho se hundía en la blanca nieve, que comenzó a derretirse. Y bajo la nieve derretida empezó a aparecer y a crecer la hierba.

Alcé los ojos y miré a mi alrededor. Ya no me encontraba en el bosque. Tegid y Bran se habían marchado y me habían dejado solo en la cima de una montaña que se cernía sobre un arroyo; al otro lado del arroyo había un bosquecillo de esbeltos abedules plateados. Vi que la nieve de las laderas de la colina se derretía y que brotaban centenares de flores amarillas. Las nubes se despejaron y apareció un cálido sol en un radiante cielo azul.

Cuando me di la vuelta, Goewyn había desaparecido; pero en el lugar donde había yacido había un pequeño túmulo... poco más que un montoncito de tierra cubierto de hierba. Y sobre el túmulo se arracimaban hermosas flores blancas, pues había brotado un arbusto de milenrama donde había yacido el cuerpo de Goewyn.

Con lágrimas en los ojos me alejé y descendí por la ladera hasta llegar junto al arroyo; me arrodillé y me lavé la cara en las frías y cristalinas aguas. Mientras me estaba lavando, oí que una voz desde el bosquecillo de abedules entonaba una melodía ligera, como el canto de los pájaros. Me levanté, vadeé el arroyo y entré en el soto.

Avancé entre las moteadas sombras verdes y entre los esbeltos abedules blancos, en pos de la melodía. Llegué a un calvero y me detuve. En medio del calvero, sobre un estanque de dorados rayos se alzaba una glorieta hecha con ramas de abedul; la melodía surgía de aquella enramada.

El corazón me latió con fuerza. Salí de entre los árboles y crucé el prado. Mientras me acercaba, la canción enmudeció. Vi que algo se movía entre el verdor de la enramada y me detuve.

De la glorieta salió una mujer vestida de verde y amarillo. Los cabellos, de un suave tono dorado, le cubrían el rostro; como mantenía la cabeza baja no podía ver quién era. Se alejó grácilmente de la pérgola y extendió las manos hacia el sol como si quisiera recoger en ellas los rayos convertidos en agua. Y entonces, aunque yo no me había movido y ni siquiera respiraba, se volvió hacia mí y me dijo:

-Llew, por fin has llegado. Te he estado esperando. ¿Por qué has tardado tanto?

Se apartó los cabellos de la cara. Yo me quedé atónito. Ella se rió de mi aturdimiento y dijo:

-¿Es que no vas a darme un beso de bienvenida?

Su voz sonaba en mis oídos como una dulce melodía.

-¿Goewyn?

Ella me tendió los brazos.

-Te estoy esperando, amado mío.

-Goewyn, estás muerta. Vi cómo morías.

-¿Muerta?

Pronunció la palabra con la suave ligereza de una mariposa al posarse en un pétalo. Sin dejar de sonreír, mientras sus labios formaban una deliciosa curva que se prolongaba hasta los hoyuelos de sus mejillas, alzó la barbilla en un gesto de burlón desafío.

-No quiero saber nada de la muerte -dijo-. Y ahora, ¿no vas a darme un beso?

Corrí a sus brazos y sentí sus cálidos labios sobre los míos y un dulce sabor en la lengua. La estreché contra mí, y la besé en la boca, en las mejillas, en el cuello, abrazándola con fuerza para que no se me escabullera como la luz del sol entre los dedos.

-Creí que te había perdido -le dije, mientras brotaban de mis ojos lágrimas de alegría. Aspiré el dulce aroma de sus cabellos como si pudiera aspirarla a ella, hacerla parte de mí mismo.

-No me dejes nunca, Goewyn.

Ella sonrió.

-¿Dejarte? ¿Cómo podría dejarte? Formas parte de mí y yo de ti.

-Dímelo otra vez. Por favor, dime que nunca me dejarás.

-Nunca te dejaré, alma mía -susurró ella-. Te amaré siempre... siempre...

-¿Llew? ¿Qué haces?

Era la voz de Tegid. Me di la vuelta y lo miré exasperado.

-¿Es que no lo ves? Estás de más aquí. Vete.

-Llew, volvamos junto al fuego. Has estado soñando.

-¿Qué dices?

El rostro de Tegid se ensombreció, como si hubiera pasado una nube y hubiera ocultado el sol.

-Vuelve al campamento conmigo -dijo-. Has estado caminando en sueños.

Con esas palabras, el calvero bañado de sol se desvaneció. Miré a mi alrededor y vi que de nuevo me encontraba en el bosque, en plena noche. La umbría enramada había desaparecido y Goewyn con ella.

En los días que siguieron no hablé con nadie. Abatido, desanimado y turbado, eludía la compañía de todos. Cuando era necesario, Cynan o Bran se encargaban de dar las órdenes.

Nos fuimos internando en la espesura. Los árboles se iban haciendo más grandes, sus retorcidos troncos y enmarañadas ramas ocultaban la luz del sol y aumentaban más y más la lobreguez y el silencio del lugar. Si nos hubieran encerrado en sacos de cuero, no nos habrían parecido más agobiantes y abrumadores que *Coed Nos.*

Una atmósfera de maligno cansancio emanaba de las retorcidas raíces y de los troncos que nos rodeaban; bajo nuestros pies la languidez rezumaba de la mullida hojarasca como cieno. Un letargo semejante al liquen gris que cubría todo se adhería a nuestras piernas y nos iba arrebatando las fuerzas.

Avanzábamos en fila, con las cabezas gachas y los hombros

hundidos. Los que iban a pie marchaban en vanguardia para que nadie se quedara atrás, pues Tegid temía que si alguno se rezagaba no se lo volvería a ver más. Cada vez que nos deteníamos a descansar o a abrevar los caballos, Cynan y Bran se turnaban en el mando. Hacían todo lo que podían para imponer un paso regular y nos obligaban a movernos pese a la apatía que nos dominaba.

Aun así, parecía que, más que avanzar, seguíamos un camino que iba dando vueltas lentamente. Nos movíamos pero no avanzábamos, seguíamos adelante pero nunca llegábamos. Nos empecinábamos en dirigirnos hacia un destino que perpetuamente retrocedía. Los días fueron transcurriendo hasta que perdimos la cuenta de ellos. Dormíamos muy poco, hablábamos aún menos y seguíamos adelante inexorablemente.

La comida empezó a escasear. Habíamos abrigado la esperanza de cazar en la espesura; por lo menos nos habría servido de distracción. Pero si había caza en el bosque, no la vimos, ni nos cruzamos con huellas de animales. Se nos acabó la carne seca y tuvimos que alimentarnos de mendrugos, que ablandábamos empapándolos en cerveza. Cuando se nos acabó la cerveza, bebimos agua del río. El pan se enmoheció y se volvió incomestible, pero no teníamos nada más. Cuando también se nos acabó el pan, hicimos gachas hirviendo los preciosos granos de cereal que llevábamos, con raíces y cortezas que buscaba Tegid. Los caballos se alimentaban de los líquenes grises que empacábamos tras arrancarlos de los troncos con cuchillos y espadas. Era un alimento muy poco adecuado para tan nobles bestias, pero por lo menos lo había en abundancia y los animales lo devoraban de buena gana.

Nos creció la barba y la piel se nos empalideció por la falta de sol. Nos bañábamos con regularidad en el río, hasta que los hombres empezaron a encontrar sanguijuelas por doquier. Desde entonces dejamos de bañarnos y nos tuvimos que conformar con lavarnos simplemente.

La inquietud de Cynan fue en aumento. A medida que transcurrían los días, nos urgía a que apresuráramos la marcha y se quejaba con frecuencia porque no nos afanábamos lo bastante por salir del bosque.

-Tranquilízate, hermano -le aconsejó Bran-. Nada se gana con presionar tanto.

-Estamos tardando demasiado -gruñó Cynan-. Hace tiempo que deberíamos haber salido del bosque.

-No te desanimes -le dije-. Pronto llegaremos.

Cynan se encaró conmigo.

-¡También han raptado a mi esposa! ¿O es que lo has olvidado? Te aseguro que no es menos reina que tu preciosa Goewyn.

-Lo sé, hermano -intenté apaciguarlo-. Por favor, sé…

-¿Crees acaso que no me preocupa mi esposa? -me gritó desafiante-. ¿Crees que porque no digo nada, no pronuncio su nombre en lo más profundo de mi corazón a cada paso que doy?

-No me cabe la menor duda, Cynan. Cálmate. Las encontraremos a las dos.

Posé mi mano sobre su brazo, pero él la rechazó, me miró fijamente y resopló.

Algún tiempo después -no sé si pasaron dos o diez días-, llegamos al

límite del bosque y vimos un claro rodeado por los rocosos riscos del río. En el centro del claro, sobre la orilla izquierda, se alzaba una ciudad, arruinada y desierta, construida con la piedra rojiza del bancal. A primera vista me pareció una ciudad, pero cuando la hube observado mejor, vi que consistía en una sola edificación: un enorme palacio con centenares y centenares de viviendas, murallas, columnas, patios y santuarios, que se amontonaban en un confuso revoltijo de piedra rojiza.

Al salir del bosque, nos deslumbró la apagada luz del día. Hacía incontables días que no veíamos el cielo, y nos detuvimos a mirarlo, protegiéndonos los ojos con las manos. Después, estremecidos aún por la brusca aparición del sol, el cielo y el aire libre, avanzamos cautelosamente, como si aquel extraño palacio fuera un espejismo que pudiera desvanecerse en cuanto apartáramos los ojos de él.

Pero a juzgar por los incontables pináculos de los puntiagudos tejados que remataban las distintas edificaciones, aquella construcción era de sólida piedra. Las columnas y los tejados estaban en su mayoría derrumbados, y las redondas cuencas de las ventanas, vacías y apagadas. Sin embargo, el palacio permanecía intacto en su mayor parte. En los frontones había labradas figuras de animales y pájaros, pero no se veía ninguna figura humana. El edificio había sido construido encarado al río; una sola entrada, semejante a la de la torre pero mucho mayor, se abría sobre una terraza que acababa en una ancha escalinata de piedra que descendía hacia el río. Los muros de piedra labrada se sucedían en curvas y se inclinaban unos sobre otros como si fueran ramas, sin dibujar ni una sola línea recta. Tan extraña arquitectura infundía a aquel lugar una apariencia orgánica que Cynan definió muy acertadamente al primer golpe de vista:

-Vaya, miradlo ahí acostado... como un lagarto repantigado en la orilla del río.

-Desde luego -asintió Alun Tringad-. Es un lagarto dormido. Ojalá no se despierte.

No se movía nada; no se oía ni el más leve sonido entre las ruinas. El palacio rojizo estaba tan muerto y desierto como la torre que habíamos visto, y era tan viejo como ella. Y sin embargo, cualquiera que fuera el poder que preservaba aquella construcción, no la había abandonado del todo. En efecto, era evidente que el palacio aún ejercía un superior dominio sobre el bosque; de otro modo, la piedra rojiza habría sido devorada tiempo atrás por la vegetación. Todavía persistía algo que impedía a la vegetación invadir el claro y el abandonado palacio y adueñarse de ellos.

Al final de la terraza, los arruinados restos de lo que parecía ser una ancha y pavimentada carretera conducían fuera de la ciudad trazando un ángulo que se alejaba del río. Tegid contempló largo rato el rojizo palacio y luego nos conminó a alejarnos de allí.

-Es un lugar maldito. No encontraremos en él nada más que aflicción.

¡Ay! Ojalá hubiéramos seguido su sabio consejo.

26

YR GYREM RUA

En el breve espacio de tiempo en que estuvimos contemplando las ruinas, la luz del día comenzó a apagarse; pronto llegaría el crepúsculo y enseguida la noche. Teníamos que encontrar un lugar para acampar, y yo estaba firmemente decidido a no pasar ni una noche más en el bosque. Así que decidimos pasar junto al palacio para ver adónde conducía la carretera que partía de allí.

En dos apretadas líneas penetramos en la terraza. Tras el agobiante silencio del bosque, producía una extraña sensación pisar sobre sólida piedra, y más extraño aún resultaba oír el eco sordo de las pezuñas. Atravesamos lentamente la espaciosa terraza; nuestros pasos resonaban en nuestros oídos y reverberaban en los recovecos de los innumerables muros.

Bran, que abría la marcha, llegó al centro de la terraza, a medio camino entre la escalinata que descendía al río y la impresionante entrada del palacio. Vi que miraba hacia la puerta, se volvía hacia ella y se quedaba inmóvil. Luego alzó la mano para indicar a los que lo seguían que se detuvieran.

-He visto algo que se movía ahí dentro -explicó cuando Cynan y yo nos reunimos con él.

Miré hacia la entrada, redonda como una rueda, oscura como un pozo y cinco veces más alta que un hombre; no me cabía en la cabeza que hubiera podido ver algo allí.

-Sigamos adelante -dije.

Todavía estaba mirando hacia la puerta cuando oímos un grito: el gemido lastimero y conmovedor de un niño asustado.

-*Mo anam* -murmuró Cynan-, ahí dentro hay un bebé.

Nos miramos unos a otros un instante como preguntándonos qué debíamos hacer.

-No podemos pasar de largo y abandonar a esa pobre criatura -dijo Cynan-. No está bien.

Aunque reacio, accedí a una rápida inspección.

-Tiene que ser muy rápida -aconsejó Tegid-. Pronto se hará de noche y no debemos arriesgarnos a que nos sorprenda aquí.

Dejamos a Scatha y a los demás vigilando los caballos, y Bran, Emyr, Garanaw, Tegid, Cynan y yo preparamos antorchas y nos acercamos al rojizo palacio con los ojos clavados en la puerta. No vimos nada y no se volvió a oír el grito.

En el umbral, nos detuvimos a encender las antorchas y después penetramos en el enorme y abandonado palacio. Sorprendentemente, la habitación resultó ser mucho más grande de lo que parecía desde fuera. Tegid no tardó en descubrir el motivo.

-Hay solamente una habitación -observó-. Sólo una.

Las numerosas ventanas que desde fuera parecían abrirse a habitaciones distintas, servían para iluminar aquella única y enorme cámara. Aun así, había muy poca luz, la justa para ver que estábamos en una especie de plataforma con anchos y bajos escalones que conducían a un nivel inferior. Desde donde estábamos no se podía ver ni el suelo ni el techo, y la luz de nuestras antorchas era un insignificante reto frente a la oscuridad que reinaba en el palacio.

El aire era húmedo y frío, mucho más frío que en el exterior. Nos detuvimos y aguzamos el oído, mientras se nos iba condensando el aliento en torno a las cabezas. Como no oíamos nada, comenzamos a bajar por las escaleras, hombro con hombro, manteniendo en alto las antorchas. Cada paso producía un eco que revoloteaba como un murciélago en las tinieblas.

-Una casa muy sombría -musitó Bran, y su voz resonó en la vasta soledad.

-Ni las llamas podrían calentar el hogar -añadió Emyr.

-Aun así, no nos vendría mal un buen fuego -dijo Garanaw-. La oscuridad aquí dentro es realmente tenebrosa.

Tras bajar seis escalones nos encontramos en un ancho rellano; bajamos seis más y encontramos otro, y después de otros seis el suelo, pavimentado con vidriadas baldosas hexagonales de color negro. Las baldosas brillaban de humedad y eran muy resbaladizas. Avanzamos cautelosamente hasta el centro de la habitación, donde se suponía que debería estar el hogar.

-Tus esperanzas de encontrar un fuego de bienvenida eran infundadas, Garanaw -comentó Tegid-. No hay chimenea.

No había chimenea, ni hogar, ni siquiera un brasero como el que habíamos visto en la torre. La habitación, al menos lo que veíamos de ella, estaba totalmente desprovista de muebles. Pero, donde debería haber estado la chimenea, había un mosaico de teselas rojas, blancas y negras que dibujaban una serpiente alada similar a la que habíamos visto en la torre. No obstante, la serpiente del mosaico era menos estilizada y en cierto modo parecía más viva: a la luz de las antorchas, brillaban sus sinuosos anillos rojos, destellaban los ojos también rojos y sus alas de reptil se desplegaban tras la achatada cabeza. Debajo había escrita en teselas también rojas una palabra que supuse sería el nombre de aquella criatura.

Mientras observaba la imagen dibujada en el suelo, sentí en mi brazo el hormigueo de alerta de mi mano de plata.

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y vi que la enorme habitación era ovalada y que su techo de varios pináculos estaba sustentado por hileras de ahusadas columnas que desaparecían en las tinieblas. Frente a la entrada, al otro lado del vasto salón, se abría una segunda puerta redonda casi tan grande como la primera, practicada en la pared de roca del bancal.

Cruzamos cautelosamente la habitación y nos dirigimos hacia la segunda puerta que resultó ser la entrada de una cueva, que por la parte de fuera estaba primorosamente revestida de pulimentada piedra, pero por

la parte de dentro no era más que un túnel de tosca roca. De pronto se me ocurrió que el palacio era tan sólo una fachada construida para esconder o, quizá mejor, para encerrar, la única entrada de aquella caverna.

-Bien -dijo Cynan mirando el túnel con aire dubitativo-, hemos llegado hasta aquí. ¿Vamos a regresar sin ver lo que hay más allá?

-¿Acaso todavía te preguntas lo que hay más allá? -saltó Tegid.

-Ilumínanos, bardo -repuso Cynan-. No tengo la menor idea.

-¿No? Muy bien, entonces te lo diré. Ahí dentro está la criatura cuya imagen hemos visto desde que llegamos a la Tierra Maldita.

-¿Esa bestia que está representada en el mosaico? -preguntó, asombrado, Cynan, señalando hacia el salón.

-La misma -respondió Tegid-. Creo que este agujero conduce a la guarida de la bestia. Se la conoce con el nombre de Yr Gyrem Rua.

-¿La Serpiente Roja? -murmuró Cynan, mientras los guerreros miraban temerosos a su alrededor-. ¿Sabes algo de ella?

-A menos que esté equivocado -repuso el bardo-, la criatura que está ahí dentro es la que la Hermandad llama la Serpiente Roja de Oeth. Algunos la llaman Wyrm -añadió tras una pausa.

-Wyrm... -murmuró Bran, echando una mirada por encima de su hombro.

Un vertiginoso pavor me invadió como una ola; ahora comprendía por qué el palacio constaba de una sola habitación, y por qué los hombres de bronce de la imponente torre veneraban la imagen de la serpiente: era su dios; le ofrecían sacrificios. Y aquel lugar era el santuario y el templo de Yr Gyrem Rua.

-Marchémonos de aquí mientras podamos -urgió Bran.

Nos alejamos de la puerta de la cueva y emprendimos la retirada, pero no habíamos dado ni tres pasos cuando resonó de nuevo el grito..., el débil y asustado gemido de un pobre niño abandonado.

-Un niño ha entrado ahí sin darse cuenta -gruñó Cynan, precipitándose a la entrada de la cueva.

Se asomó al agujero y llevándose las manos a la boca a modo de altavoz llamó al niño, aguardó unos instantes y al no recibir respuesta se metió en el túnel.

Yo lo agarré por el manto y tiré de él.

-No puedes meterte solo ahí dentro.

-Pues entonces ven conmigo, hermano.

Me volví hacia los demás.

-Esperad aquí -les dije-. Vamos a echar una rápida ojeada ahí dentro.

Con piernas temblorosas, Cynan y yo comenzamos a bajar por el túnel; la luz de nuestras antorchas parpadeaba sobre la húmeda piedra rojiza. Descendimos cautelosamente, pero sólo topamos con un hedor muy fuerte: mohoso y algo dulzón, pero con un cierto tufo a la caza demasiado pasada, a aceite o a grasa rancios.

A unos cincuenta pasos vi una masa informe y brillante que yacía sobre el suelo del pasadizo. Mi mano de metal se enfrió repentinamente y me detuve en seco.

-¿Qué es eso? -musitó Cynan, haciéndome un gesto con la antorcha.

Me aproximé unos pasos y acerqué mi tea. Se me revolvió el estómago

y la boca se me llenó de bilis. La náusea me dejó sin respiración.

En el suelo, ante nosotros, en medio de un charco de vómitos yacía la cabeza de uno de nuestros exploradores. La carne estaba horriblemente podrida, la cara deformada; pero aun así lo reconocí.

Cynan hizo ademán de apartarme para ver, y yo intenté impedírselo poniéndole una mano sobre el pecho.

-Hermano, no... Es Gweir.

Cynan estiró el cuello para ver; una mezcla de cólera, pena e incredulidad se dibujó en su rostro. Echó una rápida ojeada por encima de mi hombro y soltó una maldición:

-¡Saeth du!

No podíamos hacer nada por Gweir, así que seguimos adelante; a cada paso que dábamos el hedor iba haciéndose más intenso. Poco después, el pasadizo dibujó una curva y se ensanchó un poco formando una especie de gruta de techo muy bajo. Cuando entré en ella, la fetidez era tan insoportable que intuitivamente retrocedí; pero con un enorme esfuerzo me tragué la bilis y seguí adelante. Cynan entró detrás.

En medio de la gruta había un agujero en el suelo de roca. Los bordes estaban tan gastados que brillaban. No era difícil adivinar cómo la tosca piedra había adquirido aquel brillo tan reluciente.

Desperdigados por el suelo de aquella horripilante cámara vimos diferentes restos de los cuerpos de nuestros exploradores y de sus monturas: un pie aún calzado, la mutilada cabeza de un caballo, algunas pezuñas, mandíbulas, dientes de personas y de animales, el costillar y el esternón de un caballo. También había huesos viejos, calaveras y tibias peladas y oscurecidas por los años..., víctimas sacrificadas en tiempos muy remotos.

No pude soportar el espectáculo y me di la vuelta. Entonces el extraño gemido resonó de nuevo, alzándose desde las profundidades del agujero y me di cuenta de que era el Wyrm, y no un niño, quien gritaba. Cogí la antorcha con fuerza y me acerqué al agujero. De pronto, sentí en el brazo una punzada de hielo.

Cynan me cogió por el hombro.

-Volvamos -me instó en un brusco susurro, tirando de mí-. No podemos hacer nada.

Volvimos sobre nuestros pasos hasta llegar al enorme salón. Tegid vio nuestros sombríos rostros y preguntó:

-¿Y bien? ¿Encontrasteis al niño?

Cynan sacudió la cabeza.

-No había ningún niño -respondió con voz ahogada-. Pero hemos encontrado a la serpiente... y también a nuestros exploradores extraviados.

Tegid tragó saliva e inclinó la cabeza mientras nosotros le explicábamos lo que acabábamos de ver.

-La maldad que ha permanecido aletargada durante años y años se ha despertado -dijo el bardo cuando hubimos acabado nuestro relato-. Debemos marcharnos ahora mismo.

En el exterior, el cielo había perdido por completo el color y la luz. Bran dio de inmediato la orden de marcha y nos dirigimos

apresuradamente hacia la carretera, más allá del palacio. Cuando los primeros guerreros llegaron al final de la terraza, se detuvieron para aguardar al resto de la expedición, antes de proseguir la marcha. Y entonces el Wyrm atacó.

Fue un ataque tan rápido y silencioso que los que estábamos en la vanguardia sólo oímos el grito ahogado de los hombres al verse cogidos y arrastrados por la bestia. Al oír el aullido agónico de la víctima, me di la vuelta a tiempo de ver una sinuosa silueta que se perdía entre las sombras del crepúsculo.

Al momento, retrocedimos por la terraza hasta el lugar donde los hombres se habían detenido.

-¿Lo habéis visto? -gritaban-. ¡Ha sido el Wyrm! ¡Se ha llevado a Selyf!

Yo alcé mi voz por encima de la algarabía:

-¿Alguien ha visto por dónde se fue?

El Wyrm había atacado y se había desvanecido rápidamente entre las sombras sin dejar rastro alguno.

-No podemos marcharnos en esa dirección -dijo Bran, mirando hacia la carretera-. Tendremos que dar un rodeo.

Yo miré a mi alrededor con aire dubitativo. Por un lado, el río, tan silencioso y mortal como la serpiente; por el otro, el rojizo palacio con su perverso inquilino. Detrás el bosque, cerniéndose como una imponente e impenetrable cortina. Volviéndome de mala gana hacia el bosque, dije:

-Por allí; trataremos de encontrar otro camino.

-¿Y Selyf? -preguntó Cynan-. No podemos abandonarlo.

-Se lo ha llevado -repuso sombríamente Bran-. No podemos hacer nada por él.

Cynan se negaba a marcharse.

-Era un buen hombre.

-¿De qué le servirá que nos sumemos a él en el agujero? -le preguntó Bran-. ¿Cuántos otros hombres buenos debemos perder en manos del Wyrm?

Yo era del mismo parecer que Cynan, pero Bran tenía razón..., huir era lo más razonable.

-Escúchame, hermano -dije-. ¿De qué le servirá a Tángwen que no puedas rescatarla? La serpiente podría reaparecer en cualquier momento. Vayámonos mientras podamos hacerlo.

Abandonamos la terraza y nos internamos en el bosque, deteniéndonos sólo lo justo para encender las antorchas. Bran abría la marcha, Cynan y yo íbamos detrás; el río quedaba a nuestras espaldas. Íbamos abriéndonos paso entre la espesura, procurando mantenernos a distancia del palacio. Cuanto más nos alejábamos del río, más espeso y enmarañado devenía el bosque. Nos abríamos paso entre la vegetación a golpes de espada y seguimos avanzando penosamente hasta topar con un muro de piedra que se alzaba a pico desde el suelo del bosque.

-Es la misma escarpa en la que está labrado el palacio -dijo Bran, despejando con su espada el musgo para dejar a la vista la piedra rojiza.

Levantamos las antorchas tratando de calcular la altura de la escarpa, pero la cima se perdía en la oscuridad, lejos de nuestra vista.

-Aun en el caso de que nosotros pudiéramos escalarlo -observó

Cynan-, los caballos no podrían.

Dejando a nuestra derecha la escarpa, seguimos adelante alejándonos siempre del palacio. Cuando una antorcha se apagaba, hacíamos otra con la maraña de ramas que nos rodeaban. Una y otra vez nos deteníamos para examinar la escarpa, pero como no encontrábamos brechas ni asideros seguíamos adelante. Por fin apareció la luna y nos deparó un desmayado resplandor. De vez en cuando, vislumbrábamos su pálido rostro entre el enmarañado ramaje.

-Veo un calvero allá delante -exclamó Bran, que se había adelantado unos pasos.

¡Por fin!

Parecía que tras haber caminado gran parte de la noche, por fin habíamos descubierto un camino que nos permitiría salvar la escarpa rocosa. Indiqué a los hombres que se detuvieran y me adelanté con Bran a inspeccionar el claro. Hombro con hombro nos acercamos manteniendo siempre las espaldas contra la roca. Al entrar en el calvero vimos justamente delante el palacio rojizo, y a cierta distancia, a la derecha, el lúgubre brillo del río.

-Hemos andado en círculo -observé, pues estábamos a pocos pasos del lugar desde el que habíamos partido.

-¿Cómo es posible? -se preguntó, asombrado, Bran.

-Debe de habernos confundido la oscuridad. Retrocederemos.

Volvimos sobre nuestros pasos, informamos a los hombres del error cometido y nos pusimos de nuevo en marcha. Dejamos otra vez la escarpa a la derecha para no perdernos. La luna llegó a su punto más alto y comenzó a descender. Seguimos adelante y tras un largo rato llegamos a otro calvero. Bran y yo salimos juntos del protector límite del bosque: ante nosotros se alzaba el palacio y a la derecha fluía el tenebroso río.

Llamé a Tegid.

-Mira, bardo -le dije- es igual por donde vayamos: al final siempre llegamos al mismo sitio. ¿Qué podemos hacer?

Tegid echó una ojeada al cielo y dijo:

-El alba está cerca. Descansemos ahora y volveremos a intentarlo cuando nazca el día.

Nos agrupamos en el borde del calvero cerca del río y montamos un tosco campamento. Encendimos hogueras, establecimos turnos de guardia y nos dispusimos a guardar la salida del sol. Cynan se arrebujó en su manto y se tendió en el suelo. Yo acababa de extender la manta de mi silla y de sentarme con las piernas cruzadas y la lanza sobre las rodillas, cuando Tegid se levantó de un salto.

Se quedó muy quieto, escuchando.

Percibí un leve susurro de ondas, como si un bote se moviera en la corriente del río.

-Viene del agua -susurré-. Pero qué...

-¡Shh! -siseó Tegid-. ¡Escucha!

Débilmente, como si viniera de muy lejos, oí el nervioso relincho de un caballo, seguido inmediatamente por otro. Cynan se puso en pie de un salto y gritó:

-¡Los caballos!

Atravesamos raudos el campamento hacia la estacada de los caballos. Sentí un helado pinchazo de dolor en mi mano de plata y al punto vi, recortada contra el brillo del agua, una monstruosa serpiente que alzaba el cuerpo sobre el suelo y movía lentamente la enorme y puntiaguda cabezota de un lado a otro. El imponente corpachón relucía a la luz de la luna; la cabeza, acorazada con astadas placas, surgía de entre tres enormes anillos del tamaño de un caballo y una rígida y horquillada cola sobresalía entre el primer y el segundo anillo. Dos largas y gruesas crestas replegadas se extendían a ambos costados de su cuerpo desde la horripilante cabeza.

La serpiente había dejado un rastro de agua desde el río; era obvio que su guarida tenía más de un acceso. Había surgido del río, cerca de los caballos, sin duda con la intención de saciar su pavoroso apetito con carne de caballo. Los corceles, aterrorizados, cabeceaban y piafaban tirando de las bridas y de las estacas. Algunos habían conseguido soltarse y los hombres intentaban cogerlos de nuevo.

El Wyrm parecía fascinado ante el alboroto; balanceaba la cabeza y sus ojos relucían al resplandor del fuego. Miré los asustados caballos y las hogueras del campamento...

-¡Ayúdame, Cynan! -grité.

Eché a correr, cogí una de las balas de liquen con las que alimentábamos a los caballos y me precipité hacia la fogata más cercana. Eché la bala en el fuego y luego la ensarté en la lanza. Después, con el coraje que infunde la cólera y el miedo, corrí hacia la serpiente y le arrojé a la cara la llameante lanza.

El proyectil se clavó en una huesuda placa bajo el ojo del monstruo. El Wyrm parpadeó e hizo un brusco movimiento para rehuir el fuego.

Yo me di la vuelta gritando a los que estaban más cerca:

-¡Encended más balas! ¡Deprisa! Lo obligaremos a marcharse.

Cynan y otros dos guerreros se precipitaron hacia el montón de forraje, ensartaron sendas balas y las encendieron. Cynan se lanzó contra el Wyrm con un grito de batalla.

-¡Bás Draig! -aulló.

-¡Bás Draig!- corearon los otros dos guerreros.

Al volver por otra lanza y otra bala me topé con Scatha que corría hacia mí.

-¡Avisa a los demás guerreros! -le grité-. ¡Ayuda a Cynan a mantener a la serpiente alejada de los caballos!

Luego, dirigiéndome a Tegid le ordené:

-Quédate aquí y ve encendiendo balas, a medida que las vayamos necesitando.

Bran y Alun, que habían visto lo que hacía, aparecieron con balas encendidas; yo me hice con otra lanza y juntos cargamos contra el Wyrm. Scatha y sus guerreros habían tomado posiciones a medio camino entre la serpiente y el río -peligrosamente cerca del monstruo, a mi parecer-, y se afanaban en atraer la atención de la bestia para alejarla del campamento.

Yo ocupé la posición opuesta, pensando que si la serpiente se revolvía contra ellos, podríamos atacarla por el costado sin que se diera cuenta. Al adivinar nuestra intención, los demás Cuervos se unieron a nosotros

blandiendo las armas y soltando un estridente grito de guerra para distraer a la serpiente. Scatha y sus hombres aprovecharon la oportunidad y avanzaron con las lanzas inclinadas y los escudos en alto. Arremetieron contra los anillos, hundiendo el hierro en la blanda piel del vientre, entre las escamas. La tremenda cabeza del reptil se volvió rápidamente hacia ellos.

-¡Ahora! -grité lanzándome al ataque.

La mano de plata me ardía con frenético fuego.

Los hombres de Scatha se mantuvieron firmes e impávidos y arrojaron sus lanzas contra el costado del Wyrm. La bestia, inquieta, bajó la cabeza y soltó un silbido amenazador. Cuando abrió la boca, lancé mi proyectil con todas mis fuerzas. El tiro resultó corto y con una lluvia de chispas fue a dar justo debajo de la boca del monstruo, pero no le ocasionó el menor daño. Mientras mi lanza caía al suelo, yo ya corría precipitadamente a buscar otra.

Alun no tuvo mejor suerte que yo. Pero Bran, viendo cómo habíamos fallado, se las apañó para compensar el peso de su lanza y preparó un calculado y magnífico tiro. La serpiente, alertada por nuestras fallidas lanzadas, se volvió hacia él silbando perversamente.

Tan pronto como abrió la boca, Bran disparó su lanza y acertó. Los Cuervos vitorearon a su jefe. Pero la serpiente se liberó de la lanza con una brusca sacudida de cabeza.

Creí que Bran, igual que Cynan y que yo, volvería junto a Tegid en busca de otra bala incendiada. Pero se limitó a recobrar la lanza que acababa de disparar, ensartó mejor la encendida bala y se dispuso a dispararla de nuevo.

Quizá la bestia intuyó el movimiento de Bran. O quizá Yr Gyrem Rua, encolerizada por nuestro ataque, arremetió contra lo que se movía más cerca. Eché una rápida ojeada alrededor y vi cómo la serpiente inclinaba la astada cabeza y embestía con sorprendente celeridad, en el preciso instante en que el brazo de Bran se inclinaba hacia atrás para arrojar la lanza.

La embestida de la serpiente golpeó al jefe de los Cuervos en el hombro. Cayó al suelo y rodó, pero sin soltar el arma. Cuando el Wyrm se disponía a atacarlo otra vez, se puso de rodillas y levantó la lanza con ambas manos mientras el monstruo inclinaba la cabeza, de modo que detuvo la embestida con el astil. La lanza con la bala incendiada saltó por un lado y Bran por el otro. La serpiente se echó hacia atrás aprestándose a un nuevo ataque.

Los Cuervos se lanzaron como un solo hombre para salvar a su capitán. Alun llegó el primero y tras coger la lanza caída, la blandió ante la cabeza del monstruo mientras sus compañeros se llevaban a rastras a Bran.

-¡Alun! ¡Quítate de en medio! -le gritó Cynan.

Alun se apartó de un salto, cayó rodando, se puso en pie y echó a correr. Pero en lugar de retirarse al campamento con los demás, se inclinó a recuperar la lanza disparada por Bran.

Al verlo, le grité con todas mis fuerzas:

-¡No! ¡Alun!

27

EL AWEN DE LA BATALLA

El Wyrm arremetió. Alun giró sobre sí mismo y lanzó la incendiada bala. El disparo alcanzó la mandíbula de la serpiente y rebotó mientras el monstruo inclinaba la cabeza y derribaba de espaldas a Alun.

Cogí la lanza que me tendía Tegid y corrí en ayuda de Alun. Garanaw y Niall me oyeron gritar y también se precipitaron a auxiliarlo. Los guerreros de Scatha redoblaron sus ataques; se acercaban peligrosamente al monstruo y lo lanceaban impávidos. Scatha, a fuerza de pura y simple determinación, logró clavar una lanza entre dos escamas del costado de la serpiente y con una vigorosa arremetida se la hincó profundamente. Vi cómo la lanza se hundía en la carne de la bestia y oí el grito de triunfo de Scatha:

-¡Bás Draig!

Soltando iracundos bufidos, la serpiente silbó y tensó su largo cuello; las dos crestas del costado se encresparon y luego se plegaron en una inmensa capucha, dejando ver en ambos costados dos hendiduras y dos rudimentarias patas rematadas con garras. El monstruo estiró las patas y tensó las garras, y de pronto dos enormes alas membranosas emergieron de las hendiduras laterales tras las patas. Luego, aquellas inmensas alas de murciélago se estremecieron y temblaron, hinchándose como un pellejo de cuero, y se desplegaron poco a poco en la parte posterior del Wyrm como un enorme dosel.

Scatha agitó otra vez con violencia la lanza que había logrado clavarle en el costado. La serpiente silbó de nuevo y movió la cabeza para embestir, pero Scatha y sus hombres ya se retiraban hacia la oscuridad del bosque.

Entretanto, Garanaw y Niall se llevaron a Alun y yo dispuse de un momentáneo respiro para calcular y lanzar otro disparo. Cynan, iluminando la noche con la estela de su lanza, acudió a mi lado.

Mientras la fiera volvía su cabezota hacia nosotros, abrió la boca soltando un inquietante y áspero silbido.

-¿Preparado?... ¡Ahora! -grité.

Dos estelas de fuego penetraron en las fauces del monstruo. La lanza de Cynan se estrelló contra el paladar y rebotó sin apenas causarle daño; la mía chocó contra un colmillo y se desvió. Volví corriendo al campamento.

-¡Dame otra lanza! -grité a Tegid-. ¡Deprisa!

-No sirve de nada -empezó a decir Tegid-. Debemos encontrar otra manera de...

-¡Deprisa! -lo urgí arrebatándole la tea y acercándola al fardo más cercano. Luego cogí una lanza y ensarté la bala.

-¡Cynan! ¡Sígueme!

Scatha vio que regresábamos a buscar más balas y comprendió que queríamos intentarlo de nuevo. Mientras Cynan y yo corríamos una vez más hacia nuestros puestos, ella lanzó otro ataque contra el costado del animal. Esta vez ella y uno de los guerreros lograron hincar sendas lanzas entre las escamas del monstruo. Otros dos guerreros interrumpieron su ataque y acudieron junto a Scatha para ayudarla a hincar hasta lo más profundo el astil.

El éxito de Scatha inspiró a los Cuervos que se precipitaron a intentar la misma hazaña en el otro costado del monstruo. Drustwn y Garanaw cargaron a una y hundieron sus armas en una grieta entre las escamas. Sus esfuerzos se vieron también coronados por el éxito.

Yr Gyrem Rua aulló y agitó sus enormes alas, sacudiendo la horquillada cola de lado a lado como un látigo.

Cynan y yo ocupamos nuestras posiciones. Coloqué el extremo de la lanza en la palma de mi mano de plata y deslicé la otra mano por el astil hasta donde pude. Cuando el Wyrm se volvió hacia mí otra vez, me acuclillé con el corazón palpitante. La bala llameaba y una lluvia de chispas me caía sobre la cabeza chamuscándome los cabellos.

-Venga, maldita serpiente -gruñí-, abre de una vez tu asquerosa bocaza.

El imponente cuello se arqueó. La horripilante cabeza se cernió tiesa sobre mí. Vi las llamas reflejadas en el tenebroso y oscuro ojo de la bestia.

Al grito de «¡Muere, dragón!», Cynan se colocó detrás de mí un poco a la izquierda. La serpiente soltó un aullido ensordecedor; sus horribles alas se arquearon y agitaron, y sus garras arañaron el aire. Me dio un vuelco el corazón y apreté los dientes para no morderme la lengua.

-¡Ataca! -increpé-. ¡Ataca de una vez, Wyrm!

La enorme boca se abrió..., un pozo sin fondo bordeado por una triple hilera de afilados dientes; dos enormes colmillos le sobresalían de la mandíbula inferior. La bestia arqueó la larga lengua negriazul y soltó un estremecedor chillido.

Y entonces bajó la horripilante cabeza.

-¡Ahora! -gritó Cynan. Su lanza pasó llameante sobre mi hombro disparada hacia la bocaza-. ¡Llew!

Yo vacilé tan sólo un rápido instante y luego alcé mi proyectil con todas las fuerzas que me quedaban. Mi mano de metal se movió con la celeridad del látigo y el proyectil dibujó un alto y tenso arco.

La lanza de Cynan se clavó profundamente en la abotargada carne de la bestia. La mía pasó entre los colmillos y se clavó en la garganta.

La serpiente retrocedió. La boca se cerró apretando el astil de la lanza de Cynan y la punta se clavó aún más en la piel blanda, e impidió que el animal cerrara del todo la boca, lo cual le hubiera permitido sofocar las llamas que le estaban abrasando la garganta.

El Wyrm comenzó a dar tumbos de un lado a otro. Sus pavorosas alas batían el aire con violentas sacudidas. Líquenes encendidos llovían sobre nuestras cabezas. La letal cola golpeaba como un relámpago horquillado, azotando el suelo con tremendos bandazos.

-¡Corre! -gritó Cynan tirando de mí.

Huimos hacia la fogata junto a la cual los Cuervos gritaban y

aplaudían. Bran yacía en el suelo sangrando de una sien. Alun se había derrumbado a su lado con la cara muy pálida y una expresión de aturdimiento en el rostro.

La cabeza de Bran sangraba y los ojos de Alun pestañeaban como si el guerrero luchara por conservar la conciencia. Me invadió una vertiginosa cólera. Vi que la serpiente golpeaba la cabeza contra el suelo como si quisiera morder la tierra. La violencia del golpe astilló la lanza que pendía de su boca abierta. Las enormes mandíbulas se cerraron, la garganta se estremeció y vomitó mi lanza con la bala todavía ensartada.

Batiendo las alas con pavoroso ritmo, la serpiente alzó la cabeza, irguió el corpachón deshaciendo los anillos y emprendió la retirada medio volando, medio arrastrándose. Las llamas de nuestras hogueras vacilaron con la galerna de su retirada.

-¡Huye! -gritó Drustwn y se puso a agitar la lanza en señal de triunfo.

-¡Hurra! -coreó Emyr con un alarido de alegría-. ¡Hemos vencido a Yr Gyrem Rua!

-¡El Wyrm ha sido derrotado! -exclamó Cynan abrazándome y palmeándome la espalda.

Vi cómo movía la boca pero no oí sus palabras; su voz era como el molesto zumbido de un insecto. Su rostro adoptó una expresión preocupada; la piel le brillaba de sudor al resplandor del fuego. El destello de cada gotita se convirtió en una aguja de punzante luz, en una desnuda estrella en el helado universo de la noche. El suelo tembló bajo mis pies y la tierra perdió su solidez.

Mi espíritu pareció desbordarse dentro de mí y me sentí invadido y arrastrado por una incontenible fuerza, como si no fuera más que una hoja desprendida de una rama por una súbita ráfaga de viento. Los oídos me palpitaban; mi visión se agudizó y se limitó a un estrecho ámbito: sólo veía la alada serpiente. Al resplandor de las hogueras sus escamas relucían con la sangre; el monstruo batía torpemente las grotescas alas y alzaba el enorme corpachón para escapar en la oscuridad del cielo. Vi que la Serpiente de Oeth se escapaba; todo lo demás se apagó, desapareció, se desvaneció de mi vista.

Una mano me agarró por el hombro y dos más por el brazo. Pero el *awen* de batalla de Ollathir se había encendido dentro de mí y no podían retenerme. Su poder surgía en impetuoso torrente. Como una pluma en la corriente, arrastrada y sostenida por ella, yo formaba parte de aquella energía que fluía en mi espíritu. Poseía la fortaleza de la tierra y del cielo. Era sólo fuerza bruta e impulso instintivo. Las piernas me temblaban con una energía contenida que exigía liberarse. Abrí la boca y de mi garganta surgió un sonido semejante al del cuerno de batalla.

Y entonces eché a correr, con la rapidez del viento en las cimas de las montañas y la seguridad de la flecha disparada hacia la diana. Corría, pero mis pies no tocaban el suelo. Corría y mi mano de plata comenzó a brillar con una fría y mortal luz; los dibujos de sus incrustaciones resplandecían como oro, con el fuego purificador de la Mano Firme y Segura. Mi puño destellaba como un rayo de luz, intenso y deslumbrante.

Voces ininteligibles resonaron a mi espalda, apagadas y confusas. Pero nada podía detenerme. ¿Puede acaso la lanza volver a la mano que

acaba de dispararla?

Yo era un rayo de luz. Era una ola sobre el océano. Era un río al pie de la montaña. Era la sangre que fluye caliente del corazón. Era la palabra ya pronunciada. Me poseía el *awen* del *penderwydd* y nada podía detenerme.

El corpachón de la serpiente se alzaba ante mí como un encorvado muro carmesí; vi la lanza de Scatha enterrada hasta medio astil en el costado de la criatura. Me agarré a ella con mi mano de plata y me di impulso. Mis dedos de carne encontraron un asidero entre las escamas y mis pies encontraron el punto de apoyo del astil. De un salto trepé al lomo del monstruo.

Sólida bajo los pies, pero al mismo tiempo fluida, como una carretera derretida que se ondula lentamente sobre la tierra, la roja bestia huía sin dejar de agitar las alas. Con la rapidez de una sombra y la ligereza de un gato al acecho, me deslicé por la espina dorsal y por las escamas grandes como losas. Una muesca en el lomo del animal me sirvió de asidero cuando la tierra empezó a alejarse. La enloquecida bestia emprendió el vuelo, pero yo ni me inmuté.

Con la misteriosa destreza que me confería el *awen,* trepé hacia la cabeza de la perversa criatura y pasé entre las alas. Aguzando la vista en la oscuridad, vi un repliegue en el pellejo de la serpiente justo en la base del cráneo, y, encima, una ligera hendidura que marcaba la juntura del esternón; un punto en el que la piel, muy delgada, se tensaba sobre el suave tejido.

El cuerpo del Wyrm se iba poniendo rígido a medida que ganaba altura. Subí a la abultada protuberancia del músculo entre las dos alas, me coloqué bien y alzando mi mano de plata la dejé caer con todas mis fuerzas.

El metal rompió la piel y se deslizó bajo el hueso hasta la base del cráneo de la serpiente. Hundí con todas mis fuerzas mi mano de metal convertida en una cortante hoja; la fría plata se deslizó entre la piel empujando, hendiendo, desgarrando el frío cerebro de la bestia.

Una ráfaga con la fuerza de una galerna de *sollen* rasgó el aire. El vuelo del monstruo vaciló mientras las inmensas alas membranosas se esforzaban por recuperar un ritmo súbitamente interrumpido.

-¡Muere! -grité, con la potencia de un cuerno de batalla-. ¡Muere!

Clavé aún más el puño, arañando con mis dedos de metal. Hundí el brazo hasta el codo y mis dedos tropezaron con la gruesa cuerda de un tendón. La así, tiré de ella y saqué el puño entre un chorro de sangre. El ala izquierda se quedó inmóvil. El Wyrm se ladeó y cayó en picado. Yo me agarré al huesudo reborde de escamas, mientras la tierra se precipitaba hacia mí.

Mis pies golpearon el suelo con un violento topetazo. Me solté y me puse en pie sano y salvo. El Wyrm se estremeció, se enroscó una y otra vez sobre sí mismo exponiendo su pálido vientre a cada revuelta.

La Serpiente Roja comenzó a propinarse golpes en sus partes más indefensas; sus envenenados colmillos se clavaron una y otra vez rasgando la piel. Me eché a reír al verlo y oí resonar el eco de mi voz en las vacías profundidades de la cercana guarida.

Una vez más sentí las manos de los hombres sobre mi cuerpo. Fui asido por robustos brazos y levantado en volandas. Sin dejar de reír, fui apartado del camino de la serpiente que seguía revolcándose. Vislumbré en la oscuridad algunos rostros; me miraban llenos de pavor con las bocas abiertas de miedo y de asombro mientras me alejaban de los convulsos movimientos del moribundo Wyrm.

La agonía de Yr Gyrem Rua fue espantosa. La serpiente siseaba, se retorcía, se enroscaba, se aplastaba en sus propios anillos, se rasgaba el vientre con las patas, batía las rotas alas. La horquillada cola propinaba tremendos latigazos golpeando la tierra con violento frenesí.

El Wyrm en su paroxismo se arrastró hasta el portal de su santuario. Golpeó la piedra con la cola, derribó las antiguas columnas y las arrancó de sus basamentos. Fragmentos de piedra labrada comenzaron a caer de la fachada corroída por el paso del tiempo. La serpiente, llevada por una convulsa cólera, destruyó el patio delantero de su repugnante templo, que comenzó a desmoronarse como una vieja y quebradiza calavera. Moribunda, se retorcía y se golpeaba contra la dura roca de su santuario. La piedra rojiza se derrumbaba y a la luz de la luna se iba levantando una polvareda roja como una sanguinolenta niebla. El frenesí del monstruo comenzó poco a poco a ceder, a medida que languidecía su vitalidad. Los movimientos fueron haciéndose lentos y perezosos; los sibilantes alaridos se fueron apagando hasta convertirse en un patético gemido; su último grito fue una monstruosa parodia del llanto de un niño afligido.

Poco a poco, la potencia del veneno empezó a actuar. Aún así, el rojo Wyrm tardó bastante en morir. Mucho después de que las convulsiones hubieran cesado, la horquillada cola y las alas rotas seguían agitándose.

Mientras contemplaba el horroroso espectáculo, la visión se iba desvaneciendo y los brazos y las piernas empezaron a convulsionarse. El temblor fue en aumento. Me mordí con fuerza el labio inferior para no gritar. Crucé los brazos contra el pecho y me puse rígido para dominar los temblores.

-¡Llew! ¡Llew! -gritó una aguda voz.

La cabeza me estallaba de dolor. Sentí que me asían unas manos. Noté en la boca el sabor de la sangre; balbuceaba con la lengua ensangrentada y hablaba en un lenguaje desconocido para cuantos me rodeaban. Veía rostros a mi alrededor, pero no los reconocía..., eran caras sin identidad, desconocidos familiares que me miraban angustiados. La cabeza me daba vueltas, sentía un agudo e insoportable dolor; no veía bien, sólo vagos dibujos de luz y oscuridad, siluetas informes.

Y entonces caí en la más absoluta inconsciencia. Sentí oleadas de calor que me apartaban de la conciencia y me hundían en el más absoluto olvido.

Me desperté sobresaltado en el momento en que me depositaban en el suelo junto al fuego. El *awen* me había abandonado, había pasado como una galerna que deja a su paso una estela de hierba aplastada. Intenté incorporarme.

-Quédate acostado -me aconsejó Tegid, posando sus manos en mi pecho y obligándome a recostarme.

-Ayúdame a levantarme -le dije; las palabras brotaban confusas y

notaba en la boca la hinchazón de la lengua.

-Todo va bien -insistió el bardo-. Descansa ahora.

No tenía fuerzas para oponerme. Me quedé acostado.

-¿Cómo está Bran?

-Muy bien. Le duele la cabeza pero está despierto y en plena actividad. Alun no está herido de gravedad..., sólo un arañazo. Se curará.

-Perfecto.

-Ahora descansa. Pronto se hará de día y entonces nos marcharemos de aquí.

Cerré los ojos y me quedé dormido. Cuando desperté el sol asomaba entre los árboles. Los hombres habían levantado el campamento y estaban listos para reemprender la marcha. Aguardaban a que me levantara, cosa que me apresuré a hacer. Tenía los brazos y los hombros rígidos y sentía la espalda como una tabla de madera. Pero estaba de una pieza.

Tegid y Scatha rondaban por allí cerca. Me reuní con ellos y me recibieron con buenas noticias.

-Hemos explorado la carretera al otro lado del santuario -me informó Scatha-. Hace poco han pasado por allí.

Una chispa de esperanza se encendió en mi corazón.

-¿Cuándo?

-Es difícil saberlo con certeza -respondió el bardo.

-¿Cuándo? -volví a preguntar.

-No lo sé.

-Veámoslo.

-Ahora mismo. -Scatha, ojerosa y exhausta, sonrió y sus facciones se relajaron-. Todo está dispuesto. No tienes más que dar la orden.

-Entonces vayámonos inmediatamente de aquí -dije-. Este lugar es espantoso y no deseo volver a verlo jamás.

Atravesamos las ruinas del templo para dirigirnos a la carretera. El santuario estaba casi totalmente destruido. Apenas quedaba piedra sobre piedra; era un montón de ruinas rojizas. Entre los escombros yacía en retorcido revoltijo el cuerpo de Yr Gyrem Rua. Una de sus alas rotas ondeaba ligeramente al viento como una bandera hecha jirones. El veneno del reptil estaba actuando con rapidez en los músculos y la carne y el proceso de putrefacción estaba muy avanzado. Mientras nos alejábamos de la espantosa guarida, el hedor del cadáver del Wyrm nos llenaba los ojos de lágrimas.

Antes el templo nos había ocultado gran parte de la carretera; pero ahora que el pavoroso santuario había quedado totalmente destruido, vimos que la carretera se alejaba del río y cruzaba el bosque. Como había dicho Scatha, era una espléndida carretera, larga y ancha, pavimentada con losas de piedra tan bien encajadas que ni una brizna de hierba crecía en las junturas.

-Muéstrame la evidencia de que ha sido usada -le dije a Tegid, que cabalgaba a mi lado.

-Allá delante la verás -replicó.

Recorrimos una cierta distancia y nos detuvimos. Tegid desmontó y me llevó a un lado de la carretera. Allí, semiescondidos como redondos huevos entre la larga hierba, vi los excrementos de tres o cuatro caballos.

Un poco más allá, en el lugar donde se había levantado un campamento, la hierba estaba pisoteada y enmarañada. No había señal alguna de que se hubiera encendido fuego, así que no se podía calcular cuánto tiempo hacía que los viajeros habían pasado por allí. Sin embargo, calculé que debía de haber sido sólo unos cuantos días antes.

Regresamos junto a los caballos, montamos y reemprendimos la marcha carretera adelante. Por primera vez desde nuestra llegada a la Tierra Maldita nos sentíamos animados y esperanzados.

28

EN LA CARRETERA

Una vez en la carretera, avanzamos con cierta rapidez, lo cual resultó una bendición a medias, pues no tardamos en echar de menos la falta de caballos. En efecto, los que iban a pie no podían seguir la marcha y constantemente teníamos que detener la columna de a caballo para que los rezagados nos dieran alcance. Así, nos veíamos obligados con muchísima frecuencia a aflojar la marcha y a turnarnos para ir ora a pie ora a caballo.

No obstante, al final de la jornada habíamos recorrido una considerable distancia. En efecto, como habíamos decidido acampar en la carretera, proseguimos hasta que se hizo tan de noche que sólo podíamos ver a cien pasos. El cielo estaba estrellado y, aunque hacía frío, el aire no era tan cortante como las noches pasadas. Era señal inequívoca de que el tiempo pasaba. La temperatura cambiaba. Remitía *sollen* y pronto llegaría *gyd.*

Yo deseaba que el tiempo transcurriera deprisa: cada día que pasaba era un día sin Goewyn, un día vacío por su ausencia. Sentía una inquietud en mi espíritu que nada podía aplacar excepto la luz de su mirada. Estaba angustiado y me devoraba el ansia de volverla a ver. El niño estaba creciendo en su vientre y me preguntaba si ya se le notaría. A cada paso que daba repetía una y otra vez su nombre.

Un día en que Cynan y yo caminábamos juntos, pues nos había tocado el turno de ir a pie, le pregunté:

-¿Echas mucho de menos a Tángwen?

Mi amigo inclinó la cabeza.

-La echo tanto de menos que mi corazón languidece de añoranza.

-Nunca dices nada -comenté.

-Se trata de mi propia angustia. Y la guardo para mí.

-¿Por qué? Compartimos el mismo dolor, hermano.

Cynan inclinó el astil de su lanza golpeteando la punta contra la piedra del pavimento.

-La guardo para mí -repitió-, porque no quiero afligirte con mis quejas. Bastante tienes con que hayan raptado a Goewyn; no hay necesidad de aumentar tus sufrimientos con los míos.

Cynan no quería seguir hablando del asunto y no insistí más. Su capacidad de dominio me humillaba. Me avergonzaba que pudiera renunciar incluso a hacer mención de su dolor para no aumentar el mío; sobre todo porque yo apenas había pensado en su propio sufrimiento. ¿Cómo era posible que yo mereciera tanta lealtad?

Aquella noche acabamos las últimas reservas de grano y fue una cena muy triste.

-Cuanto antes dejemos atrás este maldito bosque mejor -gruñó Bran-

. No puede durar para siempre.

Sentados en torno al fuego estábamos celebrando consejo para decidir qué hacer mientras los hombres comían.

-Ni nosotros tampoco -observé yo-. Sin comida y sin aguamiel pronto estaremos demasiado débiles para viajar.

-Tenemos una despensa sobre pezuñas -sugirió con delicadeza Scatha-. Aunque cada caballo menos suponga que otro guerrero deberá ir a pie.

-Nunca he comido carne de caballo -murmuró Cynan-. Y no tengo intención de hacerlo ahora.

-Yo sí he comido carne de caballo -dijo Tegid-. Y me alegré de poder hacerlo. Nos calentó el vientre y nos fortaleció la mano para la lucha.

Sabía qué época estaba rememorando Tegid: la huida a Findargad a través de las montañas del norte de Prydain. También entonces era invierno. Nos perseguían los *coranyid,* la hueste demoníaca de Nudd, mientras nos dirigíamos a la fortaleza de Meldryn Mawr. Helados y muertos de hambre, proseguíamos nuestra penosa marcha hacia el abrigo y la protección de la fortaleza. Ahora no sufríamos el martirio del frío, pero habíamos comenzado a padecer hambre.

-Nada bueno puede derivar de comer un caballo -murmuró Cynan con la barbilla hundida en el pecho-. Es una acción indigna.

-Quizás -asintió Scatha-. Pero las hay peores.

El eco de unos pasos me hizo estremecer; apareció de pronto Emyr, ansioso e intranquilo.

-*Penderwydd,* se trata de Alun -le dijo a Tegid-. Creo que deberías verlo.

Tegid se levantó sin decir una sola palabra y se alejó a toda prisa.

-¿Qué le ha pasado? -preguntó Cynan poniéndose en pie.

Bran se había levantado al aproximarse Emyr y se disponía a marcharse también.

-Garanaw lo encontró sentado bastante lejos -nos explicó el Cuervo señalando hacia la carretera por la que habíamos venido-. Le había tocado hacer el turno de a pie, pero no se reunió con nosotros cuando nos detuvimos a acampar. Por eso Garanaw salió en su busca a caballo.

Alun se había dejado caer pesadamente junto al fuego. Cerca, los demás Cuervos aguardaban inmóviles con expresión preocupada. No dijeron nada cuando nos vieron llegar, pero se acercaron más en cuanto Tegid se detuvo junto a su hermano de armas.

-Alun -dijo el bardo-, me han dicho que te has quedado rezagado en la carretera. ¿Qué ha pasado?

Alun alzó la cabeza con una sonrisa, pero sus ojos expresaban dolor y la piel le brillaba de sudor.

-Bueno -repuso en tono animoso echando una mirada a cuantos lo rodeábamos-. Hace días que no duermo todo lo bien que debiera... por una cosa o por otra.

Scatha se arrodilló a su lado.

-¿Dónde te duele, Alun? -preguntó posando la mano en su hombro.

La caricia, aunque delicada, provocó una mueca de dolor en el Cuervo, que palideció.

Con sumo cuidado, Scatha quiso desabrocharle el prendedor que le sujetaba el manto. Alun puso su mano sobre la de ella y sacudió ligeramente la cabeza.

-No, por favor.

-Deja que te ayudemos, hermano -dijo Tegid con voz suave.

Alun dudó, luego cerró los ojos y asintió con la cabeza. Scatha le quitó con destreza el manto y le desabrochó el *siarc.* Alun no volvió a impedírselo y enseguida quedó a la vista el hombro. Un oscuro verdugón le iba desde el extremo del hombro hasta el omóplato.

-Traed una antorcha -ordenó el bardo, y poco después Niall le tendía una.

Tegid la cogió y se colocó detrás de Alun acercando la antorcha.

-¡Oh, Alun! -suspiró Scatha.

Algunos de los Cuervos murmuraron entre sí y Bran desvió la mirada.

-¡Vaya guerreros estáis hechos! -se burló Alun-. ¿Es la primera vez que veis un arañazo?

El *siarc* tenía un pequeño desgarrón y algo de sangre; una costra cubría ya el arañazo, pero debajo, la carne estaba enrojecida e inflamada y tenía unas manchas verdinegras bastante feas.

Tegid examinó cuidadosamente el hombro de Alun, sosteniendo en alto la antorcha y tocándolo delicadamente con la punta de los dedos. Luego, puso la palma de la mano sobre el hombro hinchado.

-La herida está caliente -dijo- Arde.

Scatha tendió la mano hacia Alun y posó la palma en la frente; la retiró enseguida.

-Estás ardiendo, Alun.

-Quizá me he sentado demasiado cerca del fuego -repuso el Cuervo riendo-, porque me pareció que tenía mucho frío.

-No voy a mentirte, hermano -dijo Tegid tendiéndome la antorcha y colocándose otra vez delante de Alun-. La herida no tiene buen aspecto. Se ha infectado. Tengo que abrirla y limpiarla.

Alun puso los ojos en blanco, pero su irritación era débil y parecía ocultar cierto alivio.

-¿Todo este jaleo por un simple arañazo?

-Alun, si eso es un simple arañazo -dijo Cynan sin poder contenerse-, mi lanza es una escoba.

-Traed agua fresca y trapos limpios, si es que podéis encontrar alguno -ordenó Tegid, con impaciencia.

Cynan se marchó al instante acompañado de Niall.

-Necesitaré un cuchillo -siguió el bardo-, y muy afilado.

-El mío servirá -dijo Bran adelantándose.

Sacó el cuchillo del cinto y se lo tendió a Tegid.

El bardo pasó el pulgar por la hoja y se lo devolvió.

-Afílala. Necesito una hoja bien afilada y nueva.

-Cuando la hayas afilado caliéntala sobre las brasas -le ordené a Bran.

El Cuervo alzó las cejas sin comprender, pero yo insistí.

-Hazlo ahora mismo -dijo el Cuervo tendiendo el cuchillo a Drustwn

que se apresuró a cumplir la orden.

Tegid se dirigió al resto de los Cuervos:

-Haced acopio de musgo, mantas y pieles de buey, y preparad luego un lecho.

-No voy a necesitar lecho alguno -protestó Alun.

-Cuando haya terminado mi trabajo -replicó Tegid-, *uno* de los dos agradecerá tener un lugar donde apoyar la cabeza. Si tú no quieres utilizarlo, lo haré yo.

Hizo una seña a Garanaw y a Emyr que al instante se dieron la vuelta y desaparecieron.

Scatha y yo nos retiramos a cierta distancia.

-No me gusta el aspecto de la herida -comentó Scatha-. Me temo que el veneno de la serpiente ha hecho mella en Alun.

-Si así fuera, a estas horas ya estaría muerto -observé yo-. Ayuda a Tegid y ven a verme después.

Intenté mantenerme ocupado y mantener también ocupados a los demás, mientras Tegid y Scatha curaban al herido. Atamos los caballos y avivamos las hogueras; Cynan y yo organizamos las guardias y procuramos que los hombres se retiraran a descansar; luego volvimos junto al fuego y nos dispusimos a esperar.

Me quedé medio dormido; al cabo de un rato Cynan me despertó.

-¡Ya viene Tegid!

Bostecé y me incorporé.

-¿Qué noticias traes, bardo?

Tegid se dejó caer pesadamente con los hombros hundidos por el cansancio. Cynan le sirvió una copa de agua.

-Si tuviera una gota de cerveza -le dijo-, te la cedería de buen grado. Cuenta con ella en cuanto pueda conseguirla.

-La apuraré con sumo placer -repuso el bardo con los ojos clavados en el fuego.

Bebió el agua, dejó a un lado la copa y cerró los ojos.

-¿Cómo está Alun? -le pregunté otra vez.

Fingiendo no haberme oído, Tegid explicó con voz quebrada:

-La herida era un simple arañazo, como decía Alun. Pero estaba infectada y la infección se ha extendido por el hombro y el brazo. Abrí la herida y saqué la ponzoña de la carne; luego la lavé y le puse un emplasto para frenar el resto del veneno.

-Se recuperará pronto -afirmó Cynan deseoso de que así fuera.

-Se ha quedado dormido. Scatha lo velará durante la noche. Nos despertará si se produce algún cambio.

Tegid se frotó la cara con las manos.

-Alun es un hombre muy valiente. Creyó que la herida era insignificante y no quiso hacernos perder tiempo. Creo que hasta que no se derrumbó en la carretera ni se enteró de lo mal que se encontraba.

-¿Podrá seguir viaje mañana? -dije verbalizando la cuestión que más me preocupaba.

-Examinaré de nuevo la herida por la mañana; quizá pueda hacerlo mejor a la luz del día. Una noche de descanso puede hacer mucho -se volvió a frotar la cara-. A mí también me vendrá bien.

Sin más, se envolvió en el manto y se quedó dormido.

Al día siguiente reemprendimos la marcha. Alun parecía haber recuperado las fuerzas y afirmaba encontrarse mucho mejor. Me aseguré de que no caminara y Tegid le dio bebedizos curativos que hizo con el contenido de la bolsa de cuero que llevaba al cinto. Alun tenía el aspecto y actuaba como un hombre en franca recuperación.

Así pues, proseguimos viaje; a medida que avanzaba el día aumentaba el dolor de los pies y el hambre, pero los ánimos no decaían. Dos días después vimos que el bosque empezaba a despejarse en cierta medida. Y al cabo de dos días más llegamos al límite del bosque. Pese a la falta de comida, nuestros corazones se animaron; era una bendición volver a ver el cielo azul sobre nuestras cabezas.

Y, aunque más allá del bosque se abría un panorama de montañas peladas y áridos y rocosos páramos, tan vasto y vacío como denso y espeso era el bosque, los guerreros comenzaron a cantar en cuanto dejamos atrás los últimos árboles. Tegid y yo, que íbamos en la vanguardia de la columna, nos detuvimos a escucharlos.

-Por fin han recuperado sus voces -comenté-. Me pregunto cuánto tiempo hace que no se ha oído una canción en Tir Aflan.

Tegid ladeó la cabeza y me dedicó una de sus espinosas miradas de soslayo.

-¿Se puede saber qué he dicho ahora?

El bardo se irguió, suspiró y miró la carretera que parecía estrecharse en la distancia.

-Todo esto va a pasar por obra del Hombre Cínico -salmodió-, que montado en un corcel de bronce, siembra un infortunio tan grande como calamitoso.

Reconocí al instante la profecía de la *banfáith;* y al reconocerla sentí un agudo dolor por la muerte de Gwenllian. Vi de nuevo el brillo de sus cabellos negros y sus incomparables ojos de esmeralda; vi su esbelto cuello y sus gráciles hombros inclinados sobre el arpa, mientras sus dedos tañían las cuerdas como si hicieran surgir del aire la belleza.

-¡Alzaos, hombre de Gwir! -dije, retomando las palabras de la profecía para demostrarle a Tegid que la recordaba muy bien-. ¡Empuñad las armas y enfrentaos a los hombres malvados que hay entre vosotros!

Tegid acabó la recitación:

-El fragor de la batalla será oído en las estrellas del cielo y el Año Grande avanzará hacia su consumación final.

Yo repliqué:

-Que sobrevenga lo que sea. Estoy preparado.

-¿Lo estás? -preguntó el bardo.

Antes de que pudiera responderle, oímos un grito.

-¡Tegid! ¡Llew! ¡Venid enseguida!

Me di la vuelta en la silla y vi a Emyr que corría hacia nosotros. Volví grupas y cabalgué a su encuentro.

-¡Venid deprisa! ¡Se trata de Alun!

Retrocedimos hacia donde aguardaban dos caballos sin jinete. Unos guerreros, entre ellos los Cuervos, se agolpaban a un lado de la carretera. Nos abrimos paso y vimos a Alun tendido en el suelo. Bran y Scatha se

inclinaban sobre él, y Cynan le decía:

-No te muevas, Alun. Estás enfermo. No es ninguna vergüenza caerse de la silla en tu estado.

-Me he quedado dormido -protestó Alun-. Eso es todo. Me quedé dormido y me caí. No es nada. Dejad que me levante.

-Alun -dijo Tegid acuclillándose a su lado-, quiero echar un vistazo a tu hombro.

-Me encuentro bien, te lo aseguro -protestó Alun, sin ninguna convicción.

Le hice una seña a Cynan, que inclinó la cabeza hacia mí.

-Llévate a los hombres -le dije-. Nos reuniremos con vosotros en cuanto hayamos terminado.

-Bien -dijo Cynan.

Se levantó y comenzó a alejar a los mirones.

-Venga, vámonos. No podemos hacer nada por Alun si lo rodeamos como árboles que han echado raíces. La carretera no se acorta cuando nos detenemos.

A regañadientes, los guerreros se alejaron dejándonos a nosotros al cuidado de Alun. Tegid le desabrochó con destreza el prendedor y le quitó el manto; el *siarc* estaba empapado de sangre.

-Has sangrado, Alun -observó Tegid con voz neutra y tranquila.

-¿De verdad? -se admiró Alun-. No me he dado ni cuenta.

Tegid procedió a despegarle cuidadosamente el *siarc* de la piel. De la herida emanaba un olor dulzón. El hombro y el antebrazo estaban muy inflamados, y la carne tenía un feo color púrpura con manchas verdinegras. La herida que Tegid había abierto no había cicatrizado y supuraba de ella un líquido amarillento.

-¿Y bien? -dijo Alun, inclinando la cabeza para verse la herida.

-No voy a mentirte, Alun -dijo Tegid en tono solemne-. No me gusta el aspecto de la herida.

El bardo presionó con los dedos la carne inflamada.

-¿Te duele?

-No -dijo Alun-. No siento nada.

-Pues deberías sentirlo -repuso Tegid.

Luego se volvió hacia Bran.

-Ve con Garanaw y Emyr al bosque, buscad algunos palos largos y traedlos. Haremos un *cadarn* para Alun.

Alun se revolvió y luchó por ponerse en pie.

-No voy a dejar que me arrastréis detrás de un caballo como a un niño -gruñó-. Iré a caballo o a pie.

El bardo frunció el entrecejo.

-Muy bien -asintió al fin-, te lo ahorraremos. Pero tendrás que soportar mi cura antes de que te deje montar de nuevo.

Alun sonrió.

-Eres un hombre muy duro, Tegid -dijo-. Tan duro como la tierra bajo tus pies.

-Dejadnos los caballos -ordenó Tegid-. Nos reuniremos con vosotros en cuanto hayamos acabado.

Bran y yo dejamos a Tegid y a Scatha con Alun y nos apresuramos a

dar alcance a la columna.

-Tegid está preocupado -comentó Bran-. Quiere ocultarnos la gravedad de la situación.

Hizo una pausa y añadió:

-Pero yo sé muy bien lo que está ocurriendo.

-Bueno -repuse, haciendo todo lo posible por tranquilizar al jefe de los Cuervos-. Tegid tiene sus razones. No hay duda de que hace todo lo que está en sus manos.

Ocupamos nuestros puestos en vanguardia junto a Cynan. Y aunque los hombres continuaban cantando, mi optimismo se había desvanecido por completo.

El día acabó con una gris y desapacible llovizna. Un viento frío barría los rocosos páramos y nos alegramos de haber hecho acopio de leña antes de abandonar el bosque. El viento, aunque quejumbroso y frío, era preferible al adusto silencio y a la mortífera atmósfera del bosque. Por eso nos tomamos con resignación el frío y la humedad.

Comimos aguadas gachas que consistían en agua hervida con unas ásperas y espinosas hierbas que cogimos de los bordes de la carretera. Las hierbas aromatizaban el caldo y le daban cierto sabor, aunque apenas aumentaban su consistencia. El agua, que recogíamos de pequeños recovecos entre las rocas, era mucho mejor que la del río. Algunos de los guerreros buscaron setas en las laderas cercanas, pero no encontraron ninguna.

Tegid y Scatha velaron a Alun toda la noche. Al alba me acerqué a ver cómo seguía el enfermo. Tegid salió a mi encuentro.

-No creo que pueda viajar hoy.

-Pues acamparemos aquí -dije-. No nos vendrá mal un descanso y hay hierba de sobra para los caballos. ¿Cómo está?

Tegid frunció el entrecejo; sus oscuros ojos rehuyeron los míos.

-No muy bien.

-Pero se recuperará -me apresuré a afirmar.

-Es un hombre muy fuerte. Y no se arredra ante la lucha. Scatha y yo haremos todo lo que podamos por curarlo.

Hizo una pausa y añadió:

-El alimento lo ayudaría tanto como el descanso.

-No hay más que hablar. Me ocuparé de conseguírselo.

Elegí uno de los caballos más pequeños, aunque no el más joven, cuya carne hubiera sido más tierna. Pero no era una elección culinaria; deseaba conservar los mejores caballos tanto como fuera posible. Bran aprobó mi elección y Garanaw me ayudó a sacrificar al pobre animal.

Cynan insistió en que no quería ni sacrificar ni comer carne de caballo.

-No es digno de un rey de Caledon devorar un noble bruto, su compañero de batalla -murmuró.

-Muy bien. Entonces tendrás que reprimir tu lengua cuando el estofado empiece a hervir y el aroma de carne asada tiente tus narices.

Pese al frío, Garanaw y yo nos quitamos los mantos, los *siarcs,* los *breecs* y los *buskins.* Nos llevamos al animal y lo sacrificamos con un golpe de espada tan rápido e indoloro como nos fue posible. El caballo se

derrumbó sin un relincho y murió. Lo despellejamos y extendimos la piel sobre las rocas. Luego emprendimos la horripilante tarea de descuartizarlo. Cuando hubimos acabado estábamos cubiertos de sangre, pero habíamos conseguido un buen montón de carne.

Niall, Emyr y Drustwn, entretanto, se ocuparon de preparar los espetones en los que asar la carne. Garanaw y yo distribuimos las raciones entre los hombres, reservando las mejores porciones para Tegid. Temblando de frío, nos arrodillamos junto a un charco y nos lavamos; luego nos vestimos y corrimos a calentarnos junto al fuego mientras la carne se asaba.

Muy pronto, el viento propagó por el campamento el aroma del asado y disipó los escrúpulos de algunos sobre nuestra improvisada comida. Cuando la carne estuvo hecha, no olía de forma muy diferente a la de buey; y los hombres la devoraron de buena gana, por no decir con avidez. Me di cuenta de que la resolución de Cynan empezaba a tambalearse, pero estaba seguro de que si le preguntaba si quería comer, contestaría que no con orgullosa tozudez.

Scatha acudió en su ayuda. Cogió una ración doble y se sentó con las piernas cruzadas delante de él.

-Siempre acostumbraba decir a mis *mabinogi* -dijo mientras masticaba con aire meditabundo- que el deber de un jefe de guerreros es mantenerse con vida y con fuerzas para la batalla. El guerrero que fracasa en hacer todo lo que está en sus manos para conseguirlo, no presta a sus hombres la ayuda que debiera.

Cynan frunció el entrecejo y alzó la barbilla.

-Lo recuerdo muy bien -dijo.

-Os enseñé a encontrar huevos y algas y... -hizo una pausa para chupar la grasa de sus dedos- y todo cuanto puede servir de alimento a un guerrero hambriento que se halla lejos del hogar de su señor.

Los anchos hombros de Cynan se encogieron un tanto, pero la tozuda expresión de su rostro no desapareció.

-Por eso me aseguraba de que sirvieran a mis cachorros carne de caballo -prosiguió Scatha como si nada.

Cynan la miró fijamente:

-¿Nos servías carne de caballo?

-Sí. Creo que quien la prueba...

Algunos de los que estaban cerca escuchando la conversación sonrieron, aunque ninguno se atrevió a reír abiertamente. El disgusto que mostraba Cynan era sincero, pero asombrosamente duró muy poco.

Scatha le ofreció una porción de carne. Cynan la cogió entre sus manos y la miró fijamente como si aguardara que la carne le hiciera algún reproche.

-Que nunca sea dicho que Cynan Machae desperdició las enseñanzas que recibió en su juventud.

Luego se llevó la carne a la boca y le propinó un buen mordisco. Lo masticó con aire sombrío y se lo tragó. Nadie volvió a hablar del asunto.

Aquella noche nos acostamos satisfechos, con los estómagos llenos por primera vez desde hacía muchos días. Pero yo dormí muy poco, pues Tegid no tardó en despertarme. El viento había arreciado durante la noche

y soplaba muy frío desde el norte.

-¡Shh! -me indicó-. Ven rápidamente y sin hacer ruido.

Me llevó hasta el lugar que él y Scatha habían elegido para Alun, entre dos pequeñas fogatas a los pies y a la cabeza del enfermo. Bran estaba junto a Scatha apoyado en la lanza con la cabeza gacha. Scatha con un trapo en las manos y un bol de agua en el regazo iba humedeciendo el rostro de Alun. El enfermo estaba muy quieto y tenía los ojos cerrados.

Tegid se inclinó sobre el guerrero.

-Alun -dijo con voz suave-. Aquí está Llew. He ido a buscarlo tal como me pediste.

-Llew -dijo Alun con una voz que era poco menos que un suspiro-, quería decirte que lo lamento.

-¿Que lo lamentas? Alun, no tienes nada que lamentar -me apresuré a replicar-. No...

-Quería ayudarte a rescatar a Goewyn.

-Y lo harás, Alun. Pronto te recuperarás. Cuento contigo.

Me dirigió una amarga y enfebrecida sonrisa; sus ojos estaban vidriosos.

-No, señor, sé que no me recuperaré. Siento privarte de una espada más.

Hizo una pausa y añadió:

-Me habría gustado ver la expresión de Paladyr cuando aparezcas ante él. Lamento perderme esa lucha.

-No digas eso, Alun -dije tragando saliva; me dolía la garganta y tenía un nudo en el estómago.

-Por mí no lo lamento -repuso el Cuervo tendiéndome una mano, se la cogí y noté que ardía-. Pero quería decirte que jamás he servido a un rey mejor que tú, que jamás he conocido a un rey al que amara tanto como a ti. Lamento no tener otra vida, pero si la tuviera te la entregaría también de buen grado.

Tragó saliva y me di cuenta de que estaba sufriendo mucho.

-Siempre me gustó luchar, pero jamás alcé mi espada con maldad. Si los hombres hablan de mí en el futuro, me gustaría que recordaran esto -continuó el Cuervo.

Se me emborronó la vista.

-Ahora descansa -le dije con voz quebrada por la emoción.

-Pronto..., pronto descansaré para siempre -dijo él con la lengua y los labios secos.

Scatha le alzó la cabeza y vertió un poco de agua entre sus labios.

Alun apretó mi mano casi con desesperación.

-Dale recuerdos de mi parte a Goewyn. Dile que habría sido el mayor placer de toda mi vida luchar con Paladyr por su libertad. Ella es el tesoro de Albión, Llew, y si tú no hubieras acabado viéndolo, yo mismo me habría casado con ella.

-Se lo diré, Alun -le prometí con voz ahogada por la emoción-, en cuanto la vea.

Alun tragó saliva una vez más y se estremeció con un espasmo de dolor. Cuando volvió a abrir los ojos, su expresión era más relajada; había

perdido la lucha, pero sonreía.

-Ah, ya es suficiente. Ya se acaba. Ahora me gustaría ver a mis compañeros de armas -añadió mirando a Bran.

Bran alzó la cabeza, asintió y se alejó deprisa. Alun, sin dejar de apretarme la mano, aunque ya con menos fuerza, me dijo:

-Mano de Plata, sólo me resta hacerte un último ruego.

-Pídeme lo que quieras -dije con lágrimas en los ojos-. Lo que quieras, Alun. Dímelo y te lo concederé.

-Señor, no me entierres en estos parajes -dijo-. Tir Aflan no es un lugar honorable para un guerrero.

-Haré lo que me pides -le prometí.

Pero él apretó con desesperación mi mano.

-No me abandones aquí. ¡Te lo ruego! -me imploró-. Te lo ruego, señor.

Tragó saliva y sus facciones se estremecieron de dolor.

-Cuando hayas terminado aquí tu tarea, llévame contigo. Entiérrame en Druim Vran.

Que un guerrero tuviera que suplicar de aquella forma me partía el alma. Las lágrimas rodaron por mis mejillas y me las enjugué con la manga.

-Así lo haré, hermano.

Mi promesa lo tranquilizó.

-Mi corazón pertenece a Albión -susurró-. Ya que no volveré a ver aquella hermosa tierra, me conformaré con que mis huesos regresen a ella.

-Así lo haré. Te lo juro, Alun.

Soltó mi mano y se recostó de nuevo. Scatha le dio más agua. Bran regresó entonces con el resto de la Bandada de Cuervos: Garanaw, Emyr, Drustwn y Niall. Uno tras otro se arrodillaron junto a su hermano de armas para despedirse de él. Bran despertó también a Cynan, que se arrodilló junto a Alun. Entretanto, Tegid, con la cabeza inclinada, contemplaba la escena con emocionados ojos, pero sin decir nada.

Bran fue el último en hablar con el moribundo con voz segura y suave; luego posó la mano sobre la frente de Alun y después se la llevó a la suya a modo de saludo. Cuando se levantó, dijo con voz firme:

-El Cuervo ha levantado el vuelo.

29

¡VUELA, CUERVO!

Envuelto en un manto marrón, Tegid escrutaba con sus oscuros ojos el vasto panorama montañoso. De un uniforme color pardusco, salpicado de vez en cuando por el blanco de las rocas, interminablemente monótono y desesperadamente desértico -sólo habían algunas matas de brezo y turbas cenagosas en torno a peñas que sobresalían como islas en un mar color de orín-, el páramo se extendía desolado y abandonado hasta donde alcanzaba la vista. Jorobas de áridas montañas, encorvadas como hombros, se empujaban unas a otras en todas direcciones hacia el horizonte.

No me miró cuando me acerqué a él.

-No deberías haberle prometido a Alun que lo llevarías a casa.

-Se lo juré, bardo. Y pienso cumplir mi promesa.

Sus labios se apretaron en una mueca de desaprobación.

-No podemos cargar con su cuerpo y no hay forma de llevarlo de regreso a Albión. Debemos enterrarlo aquí.

Mientras contemplaba la tenebrosa vastedad de aquel páramo, repliqué:

-Alun merece algo mejor, y lo tendrá.

-Entonces te sugiero que pienses en alguna solución.

-¿Qué te parece si quemamos el cuerpo? Ya sé que no es la forma más honorable de desprenderse de un cadáver, pero puede ser llevada a cabo con dignidad y respeto.

Tegid me miró meditabundo con el entrecejo fruncido. Yo comprendía perfectamente la resistencia del bardo: quemar un cuerpo se reservaba sólo para enemigos, proscritos y criminales.

-Es un procedimiento conocido en Albión -admitió al fin-. Ha habido épocas en que se hacía por necesidad.

-¿Acaso no estamos viviendo una de esas épocas? -pregunté con ligereza-. Nos obliga a ello una imperiosa necesidad.

-Sí -reconoció el bardo-, nos obliga a ello una imperiosa necesidad y el juramento de un rey. Así están las cosas. Pero, hay que vigilar bien el fuego para que los huesos no se quemen. Deben ser reunidos y guardados. Yo me ocuparé de eso.

-Y cuando regresemos a Albión -añadí-, los enterraremos en Druim Vran.

-Que así sea.

-Bien. Reuniremos leña para encender la pira.

Envié ocho hombres al bosque con varios caballos para que trajeran la madera que se necesitaba. Se marcharon bajo el mando de Bran, porque, cuando le expliqué lo que pretendía hacer, el jefe de los Cuervos insistió en conducir él mismo a los jinetes.

-No es necesario, Bran; puede encargarse cualquier otro.

-Si el cuerpo de Alun tiene que ser quemado -replicó él con firmeza-, quiero escoger personalmente la madera. Alun me salvó del Wyrm, es lo menos que puedo hacer por él.

Puesto que no había forma de hacerle desistir, le permití que fuera. El bosque no estaba demasiado lejos y los caballos estaban bien alimentados y descansados; insistí en que la partida debía estar de vuelta en el campamento al crepúsculo del día siguiente. El día no estaba muy avanzado y partieron en cuanto ensillaron los caballos. Los vimos alejarse con la pequeña cantidad de carne de caballo que nos había quedado.

Los estuve observando hasta que se perdieron de vista y después, con el corazón en un puño, me dispuse a elegir otro caballo para sacrificarlo.

Regresaron al día siguiente por la mañana entre una espesa niebla. El páramo se iba encharcando con la pertinaz llovizna, arrastrada por una fresca brisa del este, que había reemplazado al helado viento del norte de la noche. A la plomiza luz de la mañana el páramo tenía un aspecto inhóspito y triste.

Tras intercambiar saludos, los enviamos a calentarse junto al fuego. Ordené que descargaran los caballos y los soltaran para que pacieran; luego me reuní con Bran junto a la fogata. El jefe de los Cuervos me informó lacónicamente de la expedición.

-Esta tierra está muerta -dijo sacudiendo su manto-. Todo está tal como lo vimos. No ha cambiado nada.

Ordené que trajeran un poco de asado de la víspera y lo dejé comiendo. Entretanto, Tegid y yo preparamos la pira para la cremación del cadáver de Alun. La leña había sido descargada junto a la carretera, y el bardo estaba ocupado en clasificarla según su longitud, cuando me reuní con él. Tras haberla ordenado, transportamos brazadas de seleccionada madera a una enorme roca plana y comenzamos a apilarla cuidadosamente.

Me enfrasqué en la tarea y trabajamos juntos sin hablar, transportando y apilando la leña hasta erigir un resistente catafalco de madera tronco sobre tronco. Era un trabajo duro y, como los dos nos movíamos rítmicamente, me vino a la memoria el día en que el bardo y yo comenzamos a construir Dinas Dwr. Me aferré a aquel recuerdo reconfortado por su templado resplandor mientras trabajábamos hombro con hombro. Cuando terminamos, la pira se alzaba en su solitaria peña como una pequeña fortaleza de troncos. Algunos hombres se habían acercado mientras trabajábamos y ahora contemplaban con triste mirada la pira.

Tegid, al verlos allí inmóviles, les dijo:

-Cuando el sol se ponga encenderemos el fuego.

La niebla se aclaró mientras el día tocaba a su fin y el sol se inclinaba hacia el oeste, regalándonos unos espléndidos destellos de dorada luz antes de que las tinieblas nos envolvieran de nuevo. Miré hacia el sol poniente y vi que los guerreros en grupos de dos o tres atravesaban el páramo y se acercaban a la peña donde Tegid y yo aguardábamos.

Cuando todos estuvieron reunidos, el cuerpo de Alun, cubierto y enfundado tras su muerte en una piel de buey, fue traído a hombros de

los Cuervos y depositado sobre la pira. Tegid encendió un fuego, preparó las antorchas y se las entregó a los cuatro Cuervos que quedaban y a Bran.

Luego el bardo se encaramó a la peña y ocupó su puesto en la cabecera de la pira. Alzó los brazos y exclamó con voz sonora:

-Parientes y amigos, Alun Tringad ha muerto. Ha llegado la hora de liberar el alma de nuestro hermano de armas para que emprenda su viaje por los Reinos Superiores. Su cuerpo será quemado, pero sus cenizas no serán enterradas en Tir Aflan. Cuando el fuego haya terminado su trabajo, recogeré los huesos y regresarán con nosotros a Albión para ser enterrados en Druim Vran.

Luego, se cubrió la cabeza con un pliegue del manto, alzó la vara y cerró los ojos. Poco después comenzó a entonar suave y disonantemente una endecha fúnebre:

Cuando la boca sea sellada,
cuando los ojos sean cerrados,
cuando el aliento cese de respirar,
cuando el corazón cese de latir,
cuando el corazón y el aliento cesen;

que la Mano Firme y Segura te sustente
y te proteja de todo mal.
Que la Mano Firme y Segura te sustente
y guíe tus pies en el camino,
que la Mano Firme y Segura te sustente
y te conduzca por el filo del puente,
que la Mano Firme y Segura te proteja, te guíe
y te conduzca por el estrecho camino
por el que abandonas este mundo.

Que te guarde de desgracias y peligros,
que encienda ante ti la hermosa luz de la alegría,
que te conduzca a las Mansiones de la Paz,
y al servicio de un Verdadero Rey
en las Mansiones de la Paz,
donde Gloria, Honor y Majestad
deleitan para siempre al Noble Linaje.

Que la mirada del Dios Omnipotente
sea la estrella que te guíe,
que el aliento del Dios Bondadoso
abra para ti un dulce camino,
que el corazón de la Majestad Divina
te favorezca con su bendición.

Que las llamas de este fuego
iluminen tu camino…
Que las llamas de este fuego
iluminen tu camino…

Que las llamas de este fuego
iluminen tu camino al mundo del más allá.

Tras pronunciar estas palabras, el Bardo Supremo llamó a los Cuervos. Uno tras otro, Garanaw, Emyr, Niall y Drustwn, se adelantaron portando las antorchas y las arrojaron a la base de la pira. Bran se adelantó el último y arrojó su antorcha junto a las otras. El fuego rugió con el viento, prendió y se alzó hacia el cuerpo de Alun que yacía en su tosco lecho de madera.

Como todos los que me rodeaban, contemplé cómo las llamas se alzaban entre el enrejado de leña y acariciaban la carne yerta de mi amigo. Sentía un inmenso dolor por mí mismo: jamás volvería a oírlo cantar, jamás volvería a verlo apostar en el palacio. Echaría de menos sus absurdas fanfarronadas, sus audaces e insensatos retos..., como aquella vez que retó a Cynan a labrar, derribar y transportar troncos durante todo un día hasta casi matarse de agotamiento por una simple chuchería de oro.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y dejé que rodaran libremente por mis mejillas. Era hermoso recordar y llorar por lo que había perdido y no podría recobrar jamás.

«Adiós, Alun Tringad -me dije mientras el fuego ululaba y crujía-. Que te vaya bien en tu viaje.»

Una voz, preñada de dolor, rasgó el silencio:

-¡Vuela, Cuervo! Extiende tus alas sobre nuevos campos y bosques; que tu voz sea oída en desconocidas tierras.

Bran, con el noble rostro cubierto de lágrimas que brillaban a la luz del fuego, echó el brazo hacia atrás y disparó su lanza hacia los cielos. Vi que la punta destellaba a la luz de las estrellas y luego se perdía en la oscuridad..., una imagen que simbolizaba a la perfección la liberación del espíritu de un guerrero.

Las llamas se avivaron más y más; sentí su calor en el rostro; mi manto humeaba vapor. El chasquido de las llamas se convirtió en un rugido; el resplandor del fuego danzaba haciendo retroceder las sombras de la siempre amenazadora oscuridad. Luego, la pira se derrumbó sobre sí misma arrastrando el cuerpo al salvaje y dorado corazón del fuego funerario, para consumirlo allí. Estuvimos contemplando las llamas largo rato, hasta que sólo quedaron rescoldos, un montón de relucientes ascuas sobre la pena.

-Todo ha acabado -declaró Tegid-. Alun Tringad se ha marchado para siempre.

Entonces regresamos al campamento y dejamos a Tegid entregado a la tarea de recoger los huesos del fuego.

Yo caminaba junto a Bran. Como me había emocionado su adiós a Alun, así se lo dije.

-Fue una hermosa despedida, muy adecuada para un Cuervo que se ha marchado.

Bran ladeó la cabeza y me miró como si acabara de sugerirle que creía que la luna se acostaba en el mar.

-Pero Alun no se ha marchado -observó con toda sencillez-, sólo se

nos ha adelantado.

Seguimos caminando y Bran me explicó:

-Los Cuervos hemos jurado reunirnos todos en el mundo del más allá. De este modo, si uno de nosotros cae en la batalla, hay un hermano de armas aguardando para darnos la bienvenida en el más allá. Tanto en este mundo como en el otro, continuaremos siendo los Cuervos.

Su fe en tal acuerdo era simple y maravillosa; y además absoluta. Ni una sombra de duda o escrúpulo oscurecía su confianza. Yo, que carecía por completo de tal seguridad, no pude menos que maravillarme.

Al día siguiente partimos al alba. Una espesa niebla emborronaba y oscurecía el mundo a nuestro alrededor. El cielo, denso como la lana, se cernía sobre nuestras cabezas como una empapada piel de oveja. Cuando el invisible sol alcanzaba el mediodía, el viento arreció y fue arrastrando jirones de niebla por el páramo.

Avanzábamos en una doble columna, temblando bajo los húmedos mantos. Los caballos caminaban con las cabezas bajas, casi rozando el suelo con las narices; las pezuñas resonaban sordamente en la pavimentada carretera.

Con el pelo empapado hasta la raíz y pegado al cráneo, yo caminaba penosamente con los pies entumecidos, y no pensaba más que en sentarme ante un buen fuego y librarme del frío que me atenazaba los huesos. Por eso me cogió desprevenido la súbita revelación de Tegid:

-Anoche vi una almenara.

Me volví bruscamente hacia él y lo miré atónito, sin poder creer que no se hubiera molestado en decírmelo antes. El bardo no me devolvió la mirada, sino que siguió cabalgando con los hombros hundidos contemplando de soslayo la llovizna, empapado hasta los huesos pero impertérrito.

¡Bardos!

-Cuando los rescoldos se enfriaron -continuó con la mayor placidez-, recogí los huesos de Alun.

Mis ojos se posaron un instante en el aseado fardo que pendía de su silla envuelto en el manto de Alun.

-Al regresar al campamento vi la almenara.

-Ya. ¿Me lo comunicas ahora por algún motivo especial?

-Creí que te agradaría oír una buena noticia -dijo mi sabio bardo dignándose mirarme.

Yo también clavé los ojos en él mientras el agua me chorreaba por los cabellos y la cara.

-Estás enfadado -observó-. ¿Por qué?

Helado hasta la médula, sin haber comido durante días más que carne de caballo, entristecido por la muerte de Alun, lo último que habría esperado o deseado era que mi Bardo Supremo me ocultara tan importante información.

-No es nada -le dije esforzándome por dominar mi cólera-. ¿Qué crees que significa?

-Significa -repuso en un tono que sugería que el significado de la almenara era más que obvio- que estamos acercándonos al final de

nuestro viaje.

Sus palabras me llenaron de un extraño regocijo. Se acercaba la confrontación final. La esperanza alertó mis sentidos; mi espíritu se animó. La fatiga de la jornada se evaporaba, mientras en mi interior prendía la ardiente llama de la expectación. ¡Se acerca el final! ¡Prepárate, Paladyr!

Nos internamos en las áridas montañas. Las cenagosas turbas fueron cediendo lugar al brezo y al tojo. Transcurrían los días y la carretera seguía perdiéndose en el horizonte; viajábamos desde el alba, apagada y gris, hasta el crepúsculo, mortecino e igualmente gris; nos deteníamos sólo para abrevar los caballos. Comíamos sólo por la noche en torno a las fogatas, cuando podíamos asar la carne de otro caballo sacrificado; y comíamos lamentando amargamente a cada bocado la pérdida de otro caballo; pero era carne y nos reconfortaba y llenaba el estómago. Nadie se quejaba.

Poco a poco el terreno comenzó a ascender. Las montañas eran más altas, los valles más profundos y las pendientes más escarpadas a medida que el accidentado terreno ascendía hacia las montañas. Un día coronamos una larga pendiente y vimos en lontananza el débil resplandor de picachos coronados de nieve. Luego las nubes y la niebla se cerraron de nuevo y durante varios días no vimos nada. Cuando el cielo se aclaró otra vez un poco, las montañas estaban mucho más cerca; incluso distinguíamos diferentes picachos, agudos y escarpados, sobresaliendo entre los oscuros nubarrones.

El tiempo fue aclarando y aunque la niebla todavía nos rodeaba y cegaba durante el día, las noches eran a menudo claras y secas, y las estrellas brillaban como puntas de lanza en un cielo negro como la pez. Una noche, Tegid se me acercó mientras dormía junto al fuego.

-Llew…

Me desperté al notar su mano en el hombro.

-Ven conmigo.

-¿Qué pasa?

No respondió, pero me indicó con un gesto que lo siguiera a cierta distancia del campamento. La luna se había alzado sobre el horizonte e iluminaba débilmente la tierra. Subimos a la cima de una colina y Tegid señaló hacia el este. Miré y vi una luz sobre un risco a poca distancia, y más allá otra. Mientras estaba mirando, una tercera luz parpadeó más allá.

Inmóviles en la oscuridad de la noche, escrutando las tinieblas, el bardo y yo aguardábamos. El viento aullaba contra las desnudas peñas de la cima, como un animal al acecho. Poco después se encendió un cuarto fuego, como una estrella que iluminara una lejana colina.

Contemplé las almenaras brillando en la noche y supe con certeza que el enemigo estaba cerca.

-Había visto esto en mi visión -dijo Tegid con voz suave.

Volví a oír el eco de su voz, que entonaba una canción mientras las enfurecidas olas empujaban nuestro frágil bote contra las mortales rocas de la costa.

El viento ululaba llenando la noche con un tenebroso sonido.

-Alun -dijo Tegid deliberadamente despacio para escoger con cuidado sus palabras- fue el único de los Cuervos que vio a Crom Cruach.

Al principio no entendí lo que quería decir.

-Y ahora Alun está muerto -repliqué contestando a la pregunta implícita del bardo.

-Sí.

-Por lo tanto, yo seré el siguiente. ¿Es eso lo que quieres decir?

-Eso me temo.

-Entonces tus temores carecen de fundamento -le dije con determinación-. Puedes comprobarlo en tu propia visión. Alun y yo, los dos, vimos a Abrigo Amarillo. Y los dos luchamos con la serpiente. Alun murió, sí. Pero yo estoy vivo. Aquí acaba todo.

Señalando hacia la línea de almenaras que brillaban al este, en el horizonte, Tegid dijo:

-No, aquí no acaba todo. El final está allá.

Cuando regresamos al campamento el cielo comenzaba a grisear. Bran estaba despierto. Le informamos de las almenaras y recibió la noticia con la mayor tranquilidad.

-De ahora en adelante avanzaremos con más cautela -se limitó a decir-. Mi consejo es que enviemos exploradores por delante.

-Muy bien -asentí-. Así lo haremos.

Bran se llevó el dorso de la mano a la frente y se alejó. Poco después, Emyr y Niall salieron del campamento a caballo. Observé que no cabalgaban por la carretera, sino entre la larga hierba que la bordeaba. Irían más despacio, pero no se los oiría.

«El principio del fin», pensé.

Los seguí una cierta distancia y vi cómo desaparecían en la pálida luz del alba.

-Que la Mano Firme y Segura os acompañe, hermanos -les grité.

Mi voz resonó en las desoladas colinas y murió entre el brezo. La tierra pareció estremecerse con mi grito.

-Que la Mano Firme y Segura nos proteja a todos -añadí, y regresé a toda prisa al campamento para enfrentarme a las exigencias del día que alboreaba.

30

VOCES DE MUERTOS

Las colinas dieron paso a una interminable vastedad rocosa, escarpada, escabrosa, resbaladiza y pelada, excepto por algunos matorrales de espinoso tojo. El terreno era accidentado, pero la carretera continuaba siendo firme y sólida. Nos azotaban la lluvia y el viento, y la niebla nos cegaba día tras día; no obstante, la carretera continuaba siendo sólida.

A cada día de marcha las montañas cubiertas de nubes estaban más cerca. Los picachos erosionados por el viento se alzaban hasta coronar el horizonte en todas las direcciones y, sierra tras sierra, cima tras cima, se iban perdiendo en la lejanía. Abrumadoras, salvajes y peligrosas no parecían en modo alguno benévolas cumbres, sino que se cernían rígidas y amenazadoras sobre nosotros: blancas, como astillas de huesos o dientes rotos en un combate.

A los lados de la carretera crecía hierba suficiente para alimentar a los caballos, y los caballos nos alimentaban a nosotros. Eso significaba que cada pocos días sacrificábamos un animal, pero gracias a su carne podíamos seguir adelante. Bebíamos de los arroyos y charcos de las montañas, y aplacábamos con el agua helada el tormento del hambre.

Gyd, la estación de Thaws, se iba acercando y nos atacaba con sus húmedos vendavales. La nieve comenzaba a derretirse en las laderas más bajas, y helados arroyuelos fluían por barrancos, torrenteras y cañones rocosos. Día y noche nos martirizaba el ruido del agua que borbotaba, se estrellaba, gorgoteaba y chapoteaba al precipitarse hacia las tierras bajas que ya habíamos dejado muy atrás. La niebla ascendía desde profundos desfiladeros donde se despeñaban cascadas; las nubes se deslizaban por gargantas en las que rugientes cataratas se estrellaban y resonaban con el estrépito de guerreros enloquecidos por el combate.

La inhóspita monotonía de las peladas peñas, la aspereza del viento y el estruendo del agua nos recordaban constantemente -como si fuera necesario- que estábamos internándonos en un territorio hostil. A medida que subíamos entre los escarpados picachos, nuestra agitación iba en aumento. Y no era por causa del viento que ululaba entre las accidentadas cumbres y se estrellaba contra las cimas; se trataba de un miedo crudo y salvaje. Nos acostábamos temblando, arropados en los mantos, y escuchábamos los gemidos del viento. El alba nos sorprendía insomnes y nerviosos para enfrentarnos al renovado asalto de los elementos.

Dos veces al día nos encontrábamos con nuestros exploradores, una al mediodía y otra cuando regresaban a la hora del crepúsculo. Los cuatro Cuervos se turnaban para llevar a cabo la tarea de explorar y lo hacían por parejas, de modo que cada día salían dos jinetes de refresco. Una noche, Garanaw y Emyr regresaron cuando íbamos a instalar el

campamento al pie de un imponente acantilado.

-Hay un lugar mucho mejor justo después de aquel recodo -nos informó Emyr-. No está demasiado lejos y nos ofrecerá mayor protección, en el caso de que de noche se levante viento y lluvia.

Como aún no habíamos desensillado los caballos ni habíamos encendido las fogatas, nos trasladamos al lugar que sugerían. Garanaw nos condujo hasta allí y cuando llegamos dijo:

-Es un lugar bien protegido, si es que puede decirse que esos desnudos huesos pueden procurarnos algún abrigo.

Cynan al oírlo replicó:

-Querrás decir esos huesos rotos. Hace días que no veo más que huesos fracturados en astillas.

Así fue como aquellas montañas se convirtieron para nosotros en *Tor Esgyrnau,* los Huesos Rotos. Y la observación de Cynan era muy acertada; además, al darles un nombre, se hicieron algo menos amenazadoras, algo menos pavorosas, y comenzamos a mirarlas con menos aprensión que antes.

-Así son las cosas -observó Tegid cuando se lo comenté pocos días después-. Entre los *derwyddi* se dice que conferir un nombre a algo significa vencerlo.

-Pues ya sabes lo que tienes que hacer, bardo. Encuentra un nombre con el que vencer a Paladyr. Y yo lo proclamaré a gritos desde la cima del picacho más alto.

Más tarde, mientras la noche ocultaba las montañas, lo sorprendí escrutando entre las tinieblas, que comenzaban a invadir las tierras bajas que habíamos dejado atrás. Lo miré fijamente unos instantes y luego le pregunté:

-¿Qué miras?

-Creí ver algo que se movía en la carretera, ahí abajo -replicó sin dejar de observar el zigzagueante camino.

-¿Dónde?

Agucé la vista pero no vi nada entre las tinieblas.

-Enviaré a alguien.

-No hace falta -dijo Tegid-. Ha desaparecido..., si es que había algo. Debe de haber sido una sombra.

Se alejó, pero yo me quedé allí observando en el apagado crepúsculo, escrutando las tinieblas por si veía moverse algo. Habíamos subido bastante y aunque los días eran un poco más templados, las noches todavía eran muy frías y el viento soplaba desde las cimas cubiertas de nieve. A menudo, nos despertábamos con los mantos llenos de escarcha y lo que se derretía durante el día se helaba durante la noche, de forma que la carretera estaba peligrosamente resbaladiza hasta que el sol calentaba el pavimento.

Para entrar en calor quemábamos retorcidos troncos de tojos que arrancábamos de sus lechos de piedra con nuestras espadas. Al quemarse producían un olor desagradable y un humo acre y oleoso, pero los rescoldos permanecían calientes mucho tiempo después de que las llamas se hubieran extinguido.

Llegamos a un escarpado desfiladero y cruzamos el primer umbral de

las montañas. Miré hacia atrás y contemplé el apagado e informe panorama: un páramo inhóspito, sin árboles, neblinoso, descolorido, empapado y triste. Me alegraba dejarlo por fin atrás. Me quedé un buen rato mirando cómo la carretera se estrechaba en la lejanía. Desde que Tegid me había sugerido que posiblemente nos seguían, me detenía con bastante frecuencia a observar, y esta vez llegué a convencerme de que, en efecto, había algo o alguien allá abajo, lejos, muy lejos. ¿O sería simplemente un fugaz jirón de niebla o la sombra de una nube?

Arriba, entre los áridos picachos, el viento soplaba y ululaba, castigándonos la piel con sus garras de hielo. El vendaval era enervante; a veces, alguna peña o alguna pared rocosa nos proporcionaban una pasajera protección, mientras la carretera serpenteaba convirtiéndose a veces en casi un sendero colgado en la ladera. Todos íbamos a pie, porque no nos atrevíamos a correr el riesgo de caer en tan peligroso camino.

Como no podíamos cabalgar, cargamos los caballos con tanta provisión de tojos como pudieron soportar, de modo que los animales parecían altozanos cubiertos de tojos que hubieran echado a andar. Avanzábamos más lentamente de lo que hubiéramos deseado. Sin embargo, de no ser por la carretera, nunca habríamos podido escalar las montañas.

Seguíamos adelante arrastrándonos penosamente, con los labios amoratados, temblando, encogiéndonos, mientras el viento arrancaba lágrimas de nuestros ojos y el frío nos calaba hasta los huesos. Nos volvimos duros como el cuero y afilados como cuchillos. Estábamos hambrientos; nos consumía esa hambre salvaje y corrosiva que ningún banquete puede saciar. Anhelábamos ser curados más que saciados, ansiábamos regresar a Albión y dejar que la vista de sus hermosas colinas y cañadas aliviara nuestros destrozados corazones. Padecíamos el *taithchwant,* la profunda nostalgia del hogar.

Pero yo no podía volver al hogar. Prefería morir que abandonar a mi bien amada. Emprendería el regreso a Druim Vran cuando la cabeza de mi enemigo adornara mi cinto; volvería a ver Dinas Dwr cuando mi esposa estuviera de nuevo a mi lado. Mi reina regresaría conmigo a Albión o de otro modo yo no regresaría jamás.

La primera noche después de cruzar el umbral de las montañas, notamos un cierto cambio en aquella salvaje tierra. Pero dos noches después, cuando nos habíamos internado en la fortaleza de las montañas, el cambio comenzó a evidenciarse. Si los páramos habían sido inhóspitos y abrumadores, las montañas eran amenazadoras. Y no se trataba sólo de la amenaza de caer desde la estrecha carretera y estrellarse contra las rocas. Era algo más: una especie de cautelosa malevolencia rondaba entre los picachos, un tenebroso poder que juzgaba nuestra presencia como una invasión y reaccionaba en consecuencia.

La tercera noche comprendimos finalmente la naturaleza de nuestro adversario. La jornada había ido bien; avanzamos bastante y encontramos un refugio para pasar la noche entre una profunda fisura entre dos picachos. Sólidas paredes de roca se alzaban a pico desde la carretera, con la superficie mellada, como si la carretera hubiera sido abierta a través de la montaña a golpes de daga. El viento no podía alcanzarnos allí de plano

y por eso el lugar nos procuraba un cierto abrigo entre los desnudos riscos.

Como siempre, nos acurrucamos cerca de las fogatas, pero aquella noche, mientras el vendaval arreciaba con sus habituales aullidos, oímos en el ulular del viento un nuevo y sobrecogedor matiz. Tegid, siempre alerta a los repentinos cambios y formas de la luz y el sonido, fue el primero en percibirlo:

-¡Escuchad! -siseó.

La tranquila y sigilosa conversación en torno al fuego se acalló de pronto. Aguzamos el oído, pero no percibimos nada, a excepción de las heladas ráfagas que se desgarraban contra los desnudos picachos de Tor Esgyrnau.

Me incliné hacia Tegid.

-¿Qué has oído? -le pregunté.

-Lo he oído y lo oigo -repuso el bardo ladeando la cabeza-. Allí... ¡otra vez!

-Es el viento -comentó Bran-. No oigo nada más.

-Ni lo oirás si te empeñas en ahogarlo con tu voz.

Aguardamos quietos largo rato. Como seguíamos sin oír nada, pregunté:

-¿Cómo era?

-Era una voz -respondió el bardo encorvando los hombros-. Creí oír una voz. Eso es todo.

Su tono, brusco y cortante, suscitó mi curiosidad.

-¿La voz de quién, Tegid?

Cynan y Bran y algunos otros que estaban cerca nos miraron con creciente interés. El bardo miró a su alrededor y luego clavó los ojos en el fuego.

-Se prepara una tormenta.

-Contesta, bardo. ¿De quién era la voz que has oído?

Tegid suspiró y pronunció el último nombre que yo esperaba oír.

-La voz de Ollathir -respondió en voz baja-. Creí oír la voz de Ollathir.

-¿Ollathir? Hace años que murió. Es...

-¡Lo sé de sobra!

-Pero...

-Me preguntaste de quién era la voz que oí -replicó Tegid con voz baja y airada-. Y yo te estoy diciendo la verdad. Creí oír la voz de Ollathir, Bardo Supremo de Albión, que reposa en su tumba desde hace años.

Sus palabras vibraban aún en el aire cuando Bran se puso en pie de un salto.

-¡La he oído! -exclamó con el rostro entre las sombras-. ¡Allí! ¿No la oís? Y ahora otra vez. Pero no es la voz de Ollathir..., sino la de Alun Tringad.

Cynan me dirigió una siniestra mirada.

-Aquí hay algo misterioso, lo intuyo -dijo con un cauteloso susurro como si temiera que lo oyeran.

Las llamas crujían y crepitaban y el viento aullaba. Luego Cynan se puso en pie lentamente y se llevó un dedo a los labios.

-No... no... -susurró-, no es la voz de Alun Tringad, es la de...

Cynfarch…, la de mi padre -añadió con rostro demudado.

La confusión no tardó en hacer presa de todo el campamento a medida que todos iban reconociendo las misteriosas voces de sus amigos y parientes muertos. Todos menos yo. Yo oía sólo el aullido del viento, ya de por sí bastante enervante. En efecto, a medida que avanzaba la noche, el vendaval chocaba con más fuerza contra los invisibles picachos y sus aullidos reverberaban desde las alturas. No podíamos hacer otra cosa más que acercarnos a las fogatas y taparnos las orejas con las manos.

Pero también nos vimos privados del fuego. Los aullidos del viento se despeñaban por los riscos como una cascada. Las llamas vacilaron, se aplanaron y acabaron por apagarse. Sumidos en la tenebrosa oscuridad, martirizados por el vendaval y por los gritos de los amigos y parientes difuntos, los hombres comenzaron a correr desordenadamente en busca de sus armas.

-¡Tegid! -grité tratando de hacerme oír por encima de la galerna-. Alguien va a resultar herido si no hacemos algo por evitarlo.

-Me temo que estás en lo cierto -asintió Cynan-. Es más que probable en plena oscuridad.

-¿Qué me sugieres? -replicó Tegid, airado-. No puedo detener el viento.

-No, pero podemos evitar que los hombres huyan enloquecidos.

El bardo trepó a una roca y alzó la vara.

-*¡Aros! ¡Aros llawr!* -rugió-. ¡Quietos! ¡Deteneos! ¡No son las voces de los muertos! Somos víctimas de una impostura, pero no os dejéis engañar. ¡Tened valor!

-¡Nos están llamando! -gritó alguien-. ¡Los muertos nos han encontrado! ¡Estamos perdidos!

-¡No! -les dije yo-. Escuchad a nuestro sabio bardo: todos hemos perdido amigos y parientes. Nuestros pensamientos están con ellos y por eso imagináis que estáis oyendo sus voces. Es un engaño del viento y de la tormenta. Sólo eso.

-¿Acaso tú no los oyes? -preguntó una asustada voz.

-No. Sólo oigo el viento -repuse con firmeza-. Salvaje y violento, pero no es más que el viento. Sentaos todos y aguardaremos juntos a que cese.

Mis palabras parecieron tranquilizar a los hombres. Se reunieron todos, algunos con las armas preparadas, y se acurrucaron hombro con hombro a esperar. Poco a poco el vendaval amainó y cesó aquel misterioso ataque.

Avivamos las fogatas y nos fuimos relajando; después nos echamos a dormir creyendo que el peligro había pasado. Pero no era más que un esperanzado deseo, como no tardamos en comprobar: el martirio no había hecho más que empezar.

31

BWGAN BWLCH

Acabábamos de echarnos a descansar cuando los misteriosos sonidos comenzaron de nuevo, pero no sólo las voces. Esta vez aparecieron también los muertos.

Mientras el viento amainaba, la niebla fue descendiendo de las heladas alturas; una niebla extraña, viscosa, que iba y venía en ondulantes olas. Gris y fría como la muerte, el esquivo vapor descendía sigilosamente por la desnuda pared rocosa y cubría los pedruscos de la carretera, deslizándose y rizándose como zarcillos. Los centinelas fueron los primeros en verla y dieron la alarma. Estaban preocupados, aunque no estaban seguros de que fuera un verdadero peligro.

-No te apures -le dije a Niall, que se excusaba por haberme despertado-, es imposible conciliar el sueño en una noche como ésta. ¿Qué ha sucedido?

Su rostro, semioculto entre las sombras, miraba de soslayo escrutando las tinieblas.

-Se ha levantado una extraña niebla. -Hizo una pausa para mirar detrás de mí-. Tiene un aspecto malévolo, señor. No me gusta.

Me levanté y miré alrededor. La niebla se había espesado, formando una sólida capa sobre la tierra, más allá del círculo de luz que arrojaban las fogatas. Si se hubiera tratado de una criatura viva, habría dicho que parecía reacia a acercarse a la luz. Probablemente, el calor de las llamas creaba un margen protector en torno a nosotros. Sin embargo, la neblina parecía casi sensible por la forma en que serpenteaba y se enroscaba mientras se iba espesando.

-Nos está vigilando -susurró Niall.

No era el único en percibir esa sensación. El sobrenatural vapor no tardó en formar un misterioso paisaje en torno a nosotros, casi de la altura de un hombre. Extrañas siluetas surgían de aquella masa informe para volver a perderse en ella después. Los hombres comenzaron a ver cosas entre las grises olas: piernas flotantes, cabezas, torsos, caras etéreas con ojos vacíos.

A los caballos también los inquietó la niebla; armaron tal revuelo encabritándose, pateando y relinchando, que ordené que los encapucharan y los trajeran al círculo de fuego. Tampoco eso les gustó, pero al menos pudimos calmarlos.

Nuestros miedos, en cambio, no podían ser acallados tan fácilmente. Ordené a los hombres que se armaran y se colocaran hombro con hombro y escudo con escudo. Procuramos extraer todo el valor posible de las armas y sobre todo de la compañía de nuestros hermanos en la lucha, y contemplamos impotentes aquel despliegue de espectros.

Cabezas sin cuerpo con bocas que se abrían en silenciosas palabras,

brazos sueltos que gesticulaban, piernas retorcidas y otras partes de cuerpos que se mezclaban y separaban en monstruosos acoplamientos. Manos engarfiadas que nos hacían señas, que se confundían y convertían en succionantes bocas sin dientes. Vi un enorme ojo sin pestañas que se abría en unos labios sonrientes y luego se disolvía en una arrugada fístula.

-*¡Clanna na cù!* -gruñó Cynan sin aliento.

Tegid, que permanecía inmóvil muy cerca, susurró:

-Algo que ha estado durmiendo durante eras se está agitando aquí. La ancestral maldad de esta tierra se ha despertado y sus servidores andan una vez más al acecho.

Cynan lo miró con el rostro cubierto de sudor pese al frío.

-¿Quién es el causante?

-¿Podría ser Paladyr? -pregunté-. ¿Podría haber hecho algo para avivar todo este... este malévolo poder, o lo que sea?

-Puede ser -respondió Tegid-. Pero creo que es algo más poderoso que Paladyr... una presencia, quizá. No lo sé. Lo siento aquí -añadió apretándose el puño contra el pecho-. Es una sensación de una insondable perversidad. No creo que Paladyr sea capaz de tanto odio y de tanta maldad.

Hizo una pausa, reflexionó y añadió:

-Probablemente es...

Las fantasmales siluetas tomaban cuerpo y se condensaban en sutiles y sugerentes formas. Al contemplar aquella silenciosa y deslizante danza macabra, me vino a la mente la Hueste Demoníaca de Nudd en la batalla de Dun na Porth, en Findargad.

-Nudd -dije en voz alta-, el Príncipe de Uffern y Annwn.

-¿El de la leyenda de Ludd y Nudd? -me preguntó, asombrado, Cynan.

-El mismo.

Al mencionar aquel nombre, comencé a sentir un efecto casi hipnótico. Cualquiera que fuera el poder hostil que animaba aquella niebla, estaba comenzando a ejercer su autoridad sobre nosotros. Me sentía arrastrado, engatusado, atraído por ella. Mi espíritu, fascinado, ansiaba unirse a aquel ondulante desfile de mutantes formas.

Ven, parecía decir la niebla. *Abrázame y déjame consolarte. Acabarán tus afanes; terminará tu lucha. ¡Qué dulce descanso! ¡Oh, qué cerca está tu descanso!*

La seducción de tan astuta insinuación resultaba aún más efectiva para un grupo de exhaustos y fatigados guerreros. Tras tan largo y penoso viaje a través de una tierra inhóspita, entre los nuestros algunos habían comenzado a dar muestras de debilidad. Un joven guerrero que ocupaba en el círculo una posición diametralmente opuesta a la mía, arrojó a tierra el escudo y avanzó tambaleante. Grité a sus compañeros que lo sujetaran y lo hicieran regresar a su sitio.

Apenas lo hizo cuando otro guerrero, un hombre llamado Cadell, lanzó un grito, soltó sus armas e hizo ademán de lanzarse hacia la niebla. Los que estaban junto a él reaccionaron con rapidez y lo agarraron por los brazos.

Cadell se debatió, clavó con firmeza los pies en la tierra y golpeó a los que lo sujetaban. Luego se dio la vuelta y echó a correr hacia la niebla. Un guerrero le puso la zancadilla con el extremo de su lanza y sus compañeros se le echaron encima y lo arrastraron de nuevo al corro. Como poseído por una gigantesca fuerza, pateando y debatiéndose, Cadell se desprendió de sus aprehensores y con un tremendo alarido se puso en pie y avanzó tambaleándose hacia la niebla.

Reclamé a gritos la ayuda de Bran y me lancé en su persecución. Cadell había llegado hasta la niebla que parecía agitarse como si quisiera tragárselo y se le enroscaba en muñecas y tobillos. Cuando puse mi mano sobre el hombro del guerrero tuve la impresión de que estaba tocando una roca húmeda y sentí que de la ondulante niebla emanaba un frío aliento.

Cadell se revolvió sacudiendo con violencia el brazo; el codo me alcanzó en la barbilla y me lanzó por los aires hacia atrás; creí que me había arrancado la cabeza. Caí de rodillas mientras veía un círculo de negras estrellas ante mis ojos.

Sacudí la cabeza con violencia. Mi asaltante avanzaba de nuevo hacia la niebla. Me puse penosamente en pie y corrí tras él. Esta vez no trató de golpearme ni yo traté de sujetarlo; era demasiado tarde. Simplemente me lancé sobre él y levantando la mano de plata la dejé caer pesadamente sobre su nuca.

El guerrero se quedó rígido y dejó caer los brazos; alzó la cabeza, lanzó un grito y se derrumbó inerte como un pesado tronco.

Temeroso de haberlo matado, me incliné sobre él y apreté mis dedos sobre su garganta. En el preciso instante en que lo toqué, su cuerpo empezó a sacudirse y a temblar de la cabeza a los pies, con los ojos desorbitados y la boca muy abierta. Me echó las manos al cuello y me apretó la garganta.

Yo lo golpeé en la sien con mi mano de plata. Se convulsionó y oí que de su garganta surgía una especie de gorgoteo. Y además de espirar todo el aire de sus pulmones, espiró algo más: una forma transparente y desdibujada como una evanescente sombra. Al salir me rozó ligeramente y sentí un escalofrío mareante y viscoso y un vacío doloroso y punzante, como si toda la soledad y la tristeza del mundo se hubieran concentrado en una rápida ráfaga de insondable aflicción. En aquel ligero roce experimenté la angustia de una criatura enloquecida, y supe lo que debía sentir un animal torturado, capaz de experimentar dolor, pero incapaz de desentrañar su causa o razón. Parecía como si mi corazón se abrasara en la absoluta desolación de aquella sensación.

Entonces unas manos me agarraron y me pusieron en pie. La sensación de desesperación desapareció tan súbitamente como había aparecido.

-Ya he vuelto en mí -les dije, mientras miraba el cuerpo derrumbado de Cadell.

Ante mi sorpresa el hombre abrió los ojos y se sentó. Los guerreros se apresuraron a llevarnos de nuevo al círculo.

Apenas había vuelto a ocupar mi lugar junto a Tegid y Cynan, cuando oí de nuevo la misteriosa voz:

Ven. Oh, ven y deja a un lado tus preocupaciones. Deja que te

sostenga y consuele. Deja que te libere de tu dolor. Ven... ven.

-¡Resistid, hombres! ¡Manteneos firmes! -grité-. ¡No escuchéis!

-Está ganando fuerza -dijo Tegid mirando a su alrededor-. Se alimenta de nuestro miedo y estamos perdiendo la voluntad de resistir.

Se dio la vuelta y tiró de mí.

-Debe de haber una forma... ¡Ayúdame!

-Cynan, tú y Bran vigilad -ordené mientras me apresuraba a seguirlo-. Ocurra lo que ocurra, manteneos firmes.

Los retorcidos tallos de tojo que quemábamos para calentarnos no eran suficientemente largos, pero sí servirían los astiles de fresno de las lanzas. Con toda premura cortamos las puntas de tres astiles y Tegid me los tendió mientras rebuscaba en la bolsa que le pendía del cinto, lo que él llamaba el *Nawglan,* el Sagrado Nueve.

Extendió en la palma de su mano derecha parte de aquellas cenizas especialmente bendecidas y frotó con ellas los astiles de las lanzas, uno tras otro.

-Ya está -dijo cuando hubo acabado-. Ahora veamos si pueden resistir.

No era posible clavar los astiles de madera en la pavimentada carretera. Pero tratamos de hincarlos entre las junturas de las piedras.

-Habría sido más fácil clavarlos con las puntas -me lamenté.

-En este rito no puede haber ningún metal -repuso el bardo-. Ni siquiera oro.

Seguimos intentándolo y por fin logramos hincar los astiles: uno vertical y los otros dos inclinados en ligero ángulo, de manera que formaran el dibujo de una punta de flecha sin rematar, el *gogyrven.* Recogimos brasas en el reborde de un escudo y las dispusimos en pequeños montoncitos en torno a cada astil. Con el borde de su manto, Tegid avivó los rescoldos y las llamas lamieron lentamente los esbeltos palitroques.

Después, el bardo alzó con ambas manos la vara sobre su cabeza y comenzó a dar vueltas alrededor de las llamas siguiendo la órbita del sol. Lo oí susurrar palabras en el *Taran Tafod;* se suponía que yo no debía ni oír ni saber lo que estaba diciendo.

-¡Date prisa, Tegid!

Cuando hubo completado la tercera vuelta, el bardo se detuvo, miró el llameante *gogyrven* y dijo:

-¡Dólasair! ¡Dódair! ¡Bladhm dó!

Las palabras de la Misteriosa Lengua se elevaron en el desfiladero, resonando contra las paredes de roca. Luego extendió verticalmente la vara y comenzó a pronunciar las palabras del santificador rito:

¡Sumo Dador!

¡Tú, cuyo nombre vivifica a cuantos lo escuchan, escúchame ahora a mí!

Soy Tegid Tathal *ap* Talaryant, Bardo Supremo de Albión.

Heme aquí en el círculo trazado siguiendo la órbita del sol.

¡Escucha mi súplica!

¡Que sean testigos la tierra y el cielo, la roca y el viento!
¡Por el poder de la Mano Firme y Segura, reclamo esta tierra
y la santifico con un nombre. Bwgan Bwlch!

¡Tengo sobre ella el poder del fuego,
tengo sobre ella el poder del viento,
tengo sobre ella el poder del trueno,
tengo sobre ella el poder de la cólera,
tengo sobre ella el poder de los cielos,
tengo sobre ella el poder de la tierra,
tengo sobre ella el poder de los mundos!

Como se desliza el cisne sobre el lago,
como cabalga el caballo por la llanura,
como camina el buey sobre la pradera,
como corre el jabalí por la senda,
como corretean por el bosque los ciervos y las ciervas,
como huellan la tierra todas las criaturas veloces,
así huello yo esta tierra, la sojuzgo,
y la libero de toda maldad.

En el nombre de la Palabra Secreta,
en el nombre de la Palabra Vivificadora,
en el nombre de la Palabra Que Todo Lo Abarca,
en el nombre de la Palabra Verdadera, esta tierra se llamará Bwgan Bwlch;
que así sea mientras pervivan hombres
que pronuncien su nombre.

Tras pronunciar estas palabras, el Bardo Supremo bajó la vara propinando un sonoro golpe sobre la roca. Luego me miró.

-Ya está. Esperemos que sea suficiente.

La niebla se agitó y se replegó sobre sí misma como alcanzada por una granizada de flechas, o como si fuera una criatura acobardada por el fuego que, no obstante, se resistiera a dejar escapar su presa. Las mutaciones se contorsionaron en agitada masa con rapidez.

Volví a mi puesto en el corro, alcé la lanza y grité:

-En el nombre de la Palabra Secreta, en el nombre de la Palabra Vivificadora, en el nombre de la Palabra Que Todo Lo Abarca, en el nombre de la Palabra Verdadera, este lugar se llamará Bwgan Bwlch.

Bran, que estaba junto a mí, repitió mis palabras con tono claro y potente. Pronto se le unieron otros, que elevaron sus voces contra el espíritu maligno que borbotaba como espuma enloquecida en torno a nosotros. Mientras cantábamos, la niebla se agitaba en fantasmales y fantásticas apariencias.

Vi una cara sin ojos con hocico de cerdo y orejas de cabra; una mano con garras que se convirtió en un gato de cinco cabezas antes de adoptar la forma de una sonriente bocaza, que sacaba a modo de lengua un enorme e hinchado sapo. Un par de esqueléticas ancas de buey se

convirtieron en una serpiente enroscada, antes de desintegrarse en una nube de escurridizas cucarachas.

Vi un cuerpo de niño con cabeza de caballo; el torso del niño terminaba en un par de delgadas y costrosas cañas de cigüeña rematadas en unos pies esqueléticos de roedor. Un inmenso vientre se hinchó hasta reventar, derramando lagartos ciegos que se convirtieron en una nidada de huevos de reptil, de los que surgieron dos cabezas de brujas de descoyuntadas mandíbulas...

-¡Más fuerte! -grité enardecido porque parecía que nuestro canto estaba surtiendo efecto-. ¡Santificad la tierra! ¡Apoderaos de ella!

Los hombres redoblaron sus esfuerzos. Las voces de los guerreros, tan largo tiempo reprimidas por el lúgubre silencio de Tir Aflan, aumentaron en intensidad hasta llenar el tenebroso desfiladero y escalaron las desnudas paredes rocosas hasta alcanzar las heladas alturas. Parecía como si estuviéramos seguros de poder erradicar el perverso espíritu *bwgan* con la fuerza de nuestro canto.

Con cegadora rapidez, las fantasmales metamorfosis se confundieron. Extrañas siluetas se desdibujaron en un torrente de formas mutantes que cambiaban con tal celeridad, que no podían distinguirse más que brumosas imágenes vagamente humanas y animales.

Oí la resonante voz de Tegid alzarse por encima de las demás, mientras entonaba las palabras del rito santificador. Todos a una coreamos la voz del bardo y nuestro canto se elevó sonoro y potente y prevaleció frente al *bwgan:*

Tengo sobre ella el poder del fuego,
tengo sobre ella el poder del viento,
tengo sobre ella el poder del trueno,
tengo sobre ella el poder de la cólera,
tengo sobre ella el poder de los cielos,
tengo sobre ella el poder de la tierra,
tengo sobre ella el poder de los mundos.

El canto santificador del bardo se clavaba en el espíritu maligno como una llameante lanza, como un *gogyrven* hecho canción. La niebla comenzó a desvanecerse y a disiparse ante nuestros ojos.

Como se desliza el cisne sobre el lago,
como cabalga el caballo sobre la llanura,
como camina el buey sobre la pradera,
como corre el jabalí por la senda,
como corretean por el bosque los ciervos y las ciervas,
como huellan la tierra todas las veloces criaturas,
así huello yo esta tierra, la sojuzgo,
y la libero de toda maldad.

En el instante en que se desvanecía, el *bwgan* se manifestó como un ser inmenso y monstruoso, una bestia con el cuerpo peludo de una

jabalina, las patas traseras de un buey y las delanteras de un águila. Tenía la cola larga y pelada de una rata, pero su cabeza y cara eran inquietantemente humanas: chata, de labios gruesos, con enormes y colgantes orejas, ojos redondos y lengua gruesa y protuberante.

En el nombre de la Palabra Secreta,
en el nombre de la Palabra Vivificadora,
en el nombre de la Palabra Que Todo Lo Abarca,
en el nombre de la Palabra Verdadera, esta tierra se llamará Bwgan Bwlch;
que así sea mientras pervivan hombres
que pronuncien su nombre.

Y entonces, mientras la niebla se disipaba, el *bwgan* fue haciéndose más y más diáfano y se desvaneció.

El desfiladero de la montaña resonó con los atronadores aplausos de los guerreros, que elevaban su canto hacia el cielo de la noche súbitamente sembrado de relucientes estrellas.

-¡Lo hemos conseguido! -exclamó Cynan, palmoteando alegremente cuantas espaldas encontraba al alcance de la mano-. ¡Hemos vencido a la bestia del *bwgan*!

-¡Bravo, compañeros! -gritó Bran-. ¡Bravo!

Tan ocupados estábamos en felicitarnos unos a otros que, en un principio, no oímos el tenue gemido en los picachos que se cernían sobre nuestras cabezas. Pero Tegid sí lo oyó.

-¡Silencio! -gritó-. ¡Silencio!

-¡Silencio! -repitió Cynan tratando de acallar a los hombres-. ¡Nuestro bardo nos está hablando!

-¡Escuchad! -dijo Tegid alzando la mano hacia los tenebrosos picachos.

Mientras cedía el júbilo de los hombres, oí a lo lejos un exangüe y lastimero gemido -como el de una enorme ave de presa-, que se iba perdiendo en la distancia, a medida que aquel espíritu impuro se alejaba del mundo de los hombres.

Miré a Tegid.

-¿Bardo?

-Es el *bwgan* -explicó con satisfacción Tegid-. Está buscando una nueva casa entre esos escarpados picachos. Si no la encuentra antes de la salida del sol, morirá.

Luego, extendiendo los brazos hacia el cielo gritó:

-¡Fijaos! Un nuevo día alborea en Tir Aflan.

Todos a una nos dimos la vuelta y vimos que el sol estaba surgiendo por el este. Mientras se levantaba, lo contemplamos con la avidez de los hombres que han estado privados largo tiempo de luz. En pocos instantes, una lanza de clara luminosidad rozó el estrecho desfiladero y despejó las sombras con la fuerza de su fulgor. Las rocas brillaron con un color rojo dorado y los picachos destellaron como una gema.

-Ese malévolo espíritu no regresará jamás a este lugar -siguió diciendo el bardo-. Esta tierra está ahora santificada, ha sido recuperada

para los seres humanos.

-¡La hemos conquistado nosotros! -exclamó Bran Bresal.

Fue un instante de felicidad, un bendito alivio contemplar aquel nuevo día. Sin embargo, en medio de tanta alegría, sentí la profunda y melancólica desesperación de la tierra reafirmándose de nuevo en ella misma. Podíamos haber recuperado un desfiladero de entre miles, pero mientras refluía la inexorable marea de aflicción, comprendí que un simple rito santificador no podía desvanecer tantos siglos de tormento y sufrimiento. Haría falta, me dije, algo más que una canción para redimir Tir Aflan.

Levantamos el campamento y reanudamos la marcha. Oscuros nubarrones no tardaron en ocultar el sol. El día, que había comenzado con tanto esplendor, se hundió una vez más en la lobreguez, una lobreguez que era aún más palpable por la gloria del alba que habíamos presenciado. Sentí -todos lo sentimos- una herida en el pecho, un agujero por el que se escapaba el alma como si fuera sangre.

Al cabo de cinco días, dos caballos y tres desfiladeros, avistamos, azotados por el viento y arropados en nuestros destrozados mantos, una extraña y oscura capa de nubes que pendían sobre un anchuroso valle que se abría en lontananza.

-¡Qué nubes tan extrañas! -comenté.

-Es humo -replicó Tegid-. Humo, polvo y pavor.

32

EXTRANJEROS

Observé el valle. La carretera parecía una estrecha cicatriz que serpenteaba montaña abajo, hasta perderse entre el humo y el polvo. Todo mi cuerpo presentía el significado de la señal: era la evidencia inequívoca de un asentamiento humano. El fin de nuestro viaje estaba cerca. No sentía pavor alguno.

-¿Por qué has dicho pavor? -preguntó Cynan a Tegid.

-Mira cómo se levanta en nubes de humo y polvo -repuso el bardo extendiendo las manos con los dedos separados-, mira cómo proyecta su sombra sobre esa desgraciada tierra. Ante nosotros yace una insondable angustia y un insondable pavor. Nuestra búsqueda ha terminado -añadió bajando las manos y la voz.

-¿Goewyn está ahí?

-¿Y Tángwen? -preguntó Cynan con creciente impaciencia-. *¡Mo anam,* hermanos! ¿Por qué perder más tiempo? Apresurémonos a liberarlas inmediatamente. ¿Hay algo que nos lo impida? -añadió mirándonos ansiosamente.

Si hubiera sido por Cynan habríamos hecho sonar el *carynx* de batalla y nos habríamos lanzado precipitadamente hacia el valle. Pero prevaleció la sangre fría de Bran.

-A buen seguro, Paladyr nos está aguardando -dijo recordándonos las almenaras que habíamos avistado-. Probablemente conoce nuestra fuerza y en cambio nosotros no conocemos la suya. Deberíamos averiguar el contingente del enemigo antes de comenzar la batalla.

-Entonces vayamos -le respondí-. Tú y yo iremos a explorar el terreno.

-Yo también iré con vosotros -se apresuró a ofrecerse Cynan echando a andar.

Yo posé mi mano de plata en su pecho.

-Tú quédate aquí, hermano. Iremos Bran y yo. Tú debes aprestar a los guerreros y aguardar nuestro regreso.

-También han raptado a mi esposa -gruñó él-. ¿Acaso lo has olvidado?

-No lo he olvidado. Pero necesito que prepares a los hombres -repliqué-, y que te pongas al frente de ellos en el caso de que no regresemos.

Cynan frunció el entrecejo, pero vi que lo había convencido.

-Volveremos enseguida -añadí-, tan pronto como hayamos averiguado lo que precisamos conocer.

Cynan cedió malhumorado.

-Id, pues. Nos encontraréis preparados cuando regreséis.

Bran escogió dos caballos y mientras montábamos, Tegid cogió las

riendas del mío y me detuvo.

-Me preguntaste qué podía haber despertado la ancestral maldad de la Tierra Maldita -me dijo.

-¿Sabes ya la respuesta?

-No -confesó-, pero sí sé algo: encontraremos la respuesta ahí abajo - y señaló hacia el valle cubierto de humo.

-Entonces iré a aclarar ese misterio -le dije.

Bran y yo emprendimos el descenso hacia el anchuroso valle. Enormes peñascos bordeaban la carretera. Planeábamos cabalgar hasta el calinoso humo y luego dejar los caballos donde pudiéramos encontrarlos fácilmente cuando lo precisáramos. Continuaríamos a pie y nos acercaríamos tanto como pudiéramos.

Cabalgábamos en silencio, con todos los sentidos alerta. Bran llevaba una lanza y yo la espada desenvainada. Pero no oímos nada salvo la trápala de nuestros caballos sobre la carretera, y no vimos nada salvo el humo que ondeaba como las olas de un sucio océano. Fuimos descendiendo siguiendo la escarpada carretera que serpenteaba camino del valle. Yo contemplaba el ondulante humo a medida que nos íbamos acercando.

Al cabo de un rato desmontamos, condujimos los caballos fuera de la carretera y los atamos tras una peña. Las briznas de hierba que crecían al pie de la perla los mantendría entretenidos hasta que regresáramos. Luego proseguimos a pie casi cegados por la calina. El humo acre nos quemaba los ojos, pero nosotros avanzábamos vigilantes, tomando toda clase de precauciones y deteniéndonos a escuchar cada pocos pasos. Después de llegar hasta tan lejos, no podíamos permitir que un pequeño descuido arruinara nuestra empresa.

Corríamos de roca en roca y escrutábamos la carretera antes de iniciar cualquier movimiento. Al cabo de un rato comencé a oír un tamborileante ruido, profundo y bajo, como el pulso de la tierra latiendo en el subsuelo. El rítmico sonido me resonaba en el estómago y ascendía por las plantas de mis pies. Bran también lo oyó.

-¿Qué es eso? -preguntó cuando nos detuvimos de nuevo.

-Viene del valle.

La capa de humo se iba aclarando a medida que descendíamos y comprendí que no tardaríamos en encontrarnos debajo de ella.

-Ahí -dije señalando un voluminoso peñasco angular que sobresalía a un lado de la carretera-. Podremos ver mejor desde ahí.

Echamos a correr hacia el peñasco siguiendo la sinuosa pendiente. El tamborileante zumbido iba en aumento. Al llegar al peñasco nos detuvimos a descansar y a avistar el panorama.

La humareda formaba un techo denso y oscuro sobre nuestras cabezas. Ante nosotros se abría un desolado paisaje: el anchuroso valle era una hondonada vasta y yerma; innumerables pedruscos rojizos se amontonaban en inestables montañas que, en sucesivos niveles, se cernían sobre zanjas y agujeros excavados en una tierra de intenso rojo rutilo, como furiosas cuchilladas en carne tumefacta.

Penachos de espeso humo surgían de zanjas y agujeros y también de hogueras que ardían en las laderas de los montones de escoria. Y junto

con la humareda se elevaba también un hedor a excrementos humanos, entremezclado con el de carne podrida y agua corrompida. Era tan insoportable que nos irritaba la garganta.

Arrastrándose en tal infernal paisaje, pululando entre los montones de escoria y entre las zanjas, había miles de hombres y mujeres que se movían como un enjambre de termitas, cavaban como hormigas y se afanaban como incansables abejas obreras; más que humanos parecían, en efecto, insectos. Medio desnudos y cubiertos de polvo, barro y humo, aquellos desdichados caminaban pesadamente transportando enormes fardos sobre sus espaldas, subían por desvencijadas escaleras de mano y se descolgaban por sogas; parecían trabajar con embotada y firme resolución, transportando sacos de cuero y cestos de mimbre llenos de tierra. El valle entero, de una inimaginable desolación, parecía agitarse con aquel pululante y palpitante tumulto.

Contemplamos la devastada hondonada esforzándonos por comprender la metódica y meticulosa minuciosidad de su desolación; pero no podíamos salir de nuestro asombro y consternación. Yo me sentía enfermo, mareado ante el horripilante alcance de la destrucción.

-Son como gusanos que se alimentan de un cadáver putrefacto -murmuró Bran.

En otros tiempos, un turbulento y cristalino arroyo había cruzado el valle. Pero en un extremo habían construido una presa y las aguas se habían remansado en un estrecho lago cubierto de espuma y de lodo rojizo. Detrás de la presa, por una enorme chimenea, una columna de humo entre anaranjado y marrón salía a bocanadas como si siguiera el ritmo del palpitar de la tierra. La humareda ascendía lentamente e iba espesando el denso dosel de suciedad que pendía sobre el desolado valle.

Me llevó un tiempo deducir que lo que estaba mirando era una tosca y rudimentaria mina. Pero las excavadoras y vagonetas eran seres humanos: hombres, mujeres y niños enlodados, sucios, empapados.

-¡Es una mina! -balbucí.

Bran asintió con rostro inexpresivo.

-¿Crees que están extrayendo hierro?

-Seguramente. Pero me gustaría verlo desde más cerca.

Salimos de nuestro escondrijo y reanudamos el descenso. La carretera dibujaba una curva que se alejaba del valle y bordeaba un recodo entre las montañas. En un punto determinado, el muro de roca se alzaba vertical a la izquierda de la carretera y descendía a pico por la derecha. Por la escarpadura caía una cascada que formaba en la carretera una charca poco profunda y se precipitaba en el vacío por el otro lado. Las aguas habían arrastrado, desde lo alto de la pared rocosa, sedimentos y lodo que habían formado una especie de cauce. Al cruzar el arroyuelo vi algo entre el barro que me obligó a detenerme en seco.

Tendí una mano hacia Bran que se quedó inmóvil lanza en ristre y echó una rápida mirada tratando de localizar el peligro. Al no ver nada, me miró. Yo señalé el barro a mis pies. El jefe de los Cuervos miró largo rato la huella y luego se inclinó para examinarla mejor.

-¿Sabes qué la ha producido? -preguntó.

-Sí -repuse.

La sangre se me agolpó en las sienes y me sentí mareado y enfermo.

-Es un... -hice una pausa buscando las palabras adecuadas para hacérselo entender-. Una rueda -dije al fin.

De rodillas, Bran tocó con las yemas de los dedos el intrincado dibujo en el barro.

-Jamás he visto una rueda parecida.

-La ha hecho un...

Antes de que pudiera acabar la frase, oí un rumor extrañamente familiar.

-¡Deprisa! Salgamos inmediatamente de la carretera.

Bran oyó el sonido pero no hizo el menor movimiento. Frunció el entrecejo y ladeó la cabeza para escuchar mejor, inconsciente del peligro. Lo agarré por el brazo y lo empujé con violencia.

-¡Deprisa! ¡No deben vernos!

Atravesamos corriendo la carretera y nos arrojamos a la cuneta. Poco después vislumbré una ráfaga de color amarillo y el apagado destello de un cristal oscuro, mientras el vehículo pasaba a toda velocidad justo encima de nuestras cabezas. Al llegar al arroyo aminoró la velocidad y el cambio de marchas rechinó al reducir; luego el motor rugió con un extraño ruido, como si se le revolvieran las tripas, y el coche siguió su marcha.

Nosotros permanecíamos inmóviles con las caras pegadas al suelo. Cuando el coche hubo desaparecido, Bran alzó la cabeza con una expresión de asombro en el rostro.

-Era una especie de carro -le expliqué-. Procede de mi mundo. Es lo que dejó esas marcas en el barro.

-Un objeto endemoniado, sin duda -comentó él.

-No encaja en modo alguno en este mundo -repuse levantándome-. Vamos. Debemos darnos prisa antes de que vuelva a aparecer.

Trepamos de nuevo a la carretera y caminamos deprisa. Bran miraba constantemente hacia atrás, temeroso de que alguno de aquellos extraños carros se le echara encima. Pero la carretera estaba desierta y abajo tampoco se veía el menor movimiento.

La aparición del coche me sorprendió y perturbó más de lo que esperaba. Pero no tenía tiempo para considerar las implicaciones de aquel hecho. Urgía más que nunca averiguar la fuerza y la posición del enemigo. Por eso corrí carretera abajo, ocultándome tras las peñas y deteniéndome sólo para recuperar el aliento y seguir adelante. Bran corría detrás de mí y así llegamos por fin al valle y nos apostamos sin ser vistos tras los montones de escoria y pedruscos.

Comenzó a caer una lluvia sucia que dejaba en la piel unos goterones bordeados de negro. Los trabajadores no parecían notarla. El polvo rojizo se fue convirtiendo poco a poco en un lodo también rojizo, y el valle se transformó en un vasto cenagal. Sin embargo, los obreros seguían trabajando.

Bran y yo nos arrastramos hasta un peñasco bastante voluminoso y nos dispusimos a observar. Lo primero que atrajo mi atención, tras la sorpresa ante tanta desolación y la presencia de los *dyn dythri,* los extranjeros del Otro Mundo, fue el incansable trabajo de los mineros.

Según observé, no había ni vigilancia ni capataces. Nadie dirigía la frenética labor. Esclavizados por un invisible látigo, aquellos hombres cubiertos de lodo trabajaban encorvados bajo el peso de sus fardos y se afanaban entre la inmundicia, el fango y el hollín.

«Pobres e ignorantes bestias», pensé, y me pregunté quién o qué los habría esclavizado.

En la parte más alejada del valle había un sendero de troncos que atravesaba el lodazal. Vi cómo los hombres se encaminaban hacia allí desde los agujeros y las zanjas y lo recorrían penosamente en dirección a la presa. El camino atravesaba la presa y luego desaparecía de la vista descendiendo hacia la humeante chimenea, que parecía ser el punto de destino de los obreros.

Me pregunté si aquellos desgraciados se afanaban impulsados por el objetivo mismo de su trabajo, o lo hacían obligados por alguna presión o amenaza externa. A lo mejor estaban esclavizados por alguna recóndita pasión interior; quizá *querían* trabajar como bestias de carga. Como no encontraba ninguna explicación razonable, llegué a la conclusión de que debían ser prisioneros de su propia rapacidad.

-Quiero ver lo que hay detrás de la presa -le dije a Bran.

Lenta y cautelosamente comenzamos a rodear el montón de escoria. Apenas nos habíamos arrastrado unos doce pasos cuando nos topamos de frente con dos trabajadores que estaban cavando en el lodo, con rudimentarias palas de madera. Nos miraron con inexpresivos ojos y yo pensé que iban a gritar al ver intrusos. Pero ellos se limitaron a encorvar sus espaldas y a proseguir con su trabajo, sin volver siquiera la cabeza mientras nosotros pasábamos junto a ellos y continuábamos nuestro camino.

Lo mismo se repitió otras veces. Había tantos esclavos que era imposible que pasáramos inadvertidos; pero cuando nos veían, no parecían reparar en nuestra presencia, o si lo hacían no parecían inmutarse. No mostraban temor, pero tampoco curiosidad. Al parecer estaban totalmente abstraídos en su trabajo y consagrados a él en cuerpo y alma.

-¡Qué extraño! -comentó Bran sacudiendo lentamente la cabeza-. Aunque fueran bestias de carga, no trabajarían de ese modo.

Cuando llegamos a la presa, evitamos el camino de troncos y tomamos una senda que había un poco más arriba, de modo que podíamos observar lo que había abajo desde una respetable distancia. La chimenea que habíamos avistado formaba parte de un desvencijado conjunto de construcciones y se alzaba en el edificio más grande, del que surgía un constante y apagado rumor de maquinaria pesada. Una interminable procesión de mineros entraba por una puerta con pesados fardos y salía por otra con los sacos de cuero y las cestas vacías.

Mi ánimo, ya bastante decaído, acabó de hundirse. En efecto, si es que aún cabía alguna duda, la humareda y el rumor de la maquinaria la desvanecían por completo. No había ninguna señal de Paladyr ni de guerreros; ni tampoco había un lugar lo suficientemente grande y seguro como para encerrar rehenes, excepto aquella fábrica, y dudaba mucho que pudiéramos encontrarlas allí.

-Goewyn y Tángwen no están ahí -le dije a Bran-. Regresemos al campamento.

Leí en su rostro una muda pregunta y antes de que pudiera formularla dije:

-Los *dyn dythri* han venido en gran número a saquear Tir Aflan. Les contaremos a los demás lo que hemos visto y trazaremos nuestra estrategia de batalla.

Y así, Bran y yo nos apresuramos a deshacer el largo camino hacia el lugar donde nos aguardaban los guerreros. Casi habíamos superado la espesa capa de humo cuando oí el odioso zumbido del motor del coche.

Reaccioné con celeridad.

-¡Esa peña! -grité dándome la vuelta y señalando hacia un punto de la carretera.

En la curva se alzaba un enorme peñasco tras el que podíamos ocultarnos. Corrimos hacia allí, nos apretamos contra la roca y aguardamos a que pasara el coche.

Oí el rugido del motor cuando el conductor redujo para tomar la curva. Los neumáticos del vehículo chapotearon en el fango a pocos pasos de nuestro escondrijo. Luego, el estrépito del motor se alejó y se fue perdiendo en el valle. Aguardamos hasta que se apagó por completo y luego trepamos de nuevo a la carretera. Llegamos hasta donde estaban los caballos y nos sentamos unos instantes para recobrar el aliento. Allá abajo, a nuestras espaldas, bajo la lluvia plomiza, se extendía el valle de un apagado color rojizo, como una herida que sangrara lentamente.

Bran se puso en pie y montó a caballo.

-Vayámonos inmediatamente de este *Cwm Gwaed* -dijo en tono sombrío el jefe de los Cuervos-. Me pone enfermo.

-*Cwm Gwaed* -murmuré yo-, el Valle de la Sangre. El nombre le encaja a la perfección. Así lo llamaremos.

Bran no contestó; condujo al caballo hasta la carretera y se alejó del valle sin mirar atrás.

Al llegar al campamento nos salieron al encuentro dos guerreros, Owyn y Rhodri, que muy nerviosos nos pusieron al corriente de las novedades.

-¡Se acercan extranjeros!

-Cynan y Garanaw han ido a su encuentro.

Desmonté escrutando el campamento.

-¿Dónde está Tegid?

-El *penderwydd* está observando la carretera -respondió Owyn-. Ha dicho que te lleváramos junto a él cuando llegaras. Te mostraré dónde está.

Rhodri se hizo cargo de los caballos y Owyn nos condujo hasta un lugar a poca distancia del campamento, desde donde se divisaba la carretera que ascendía hacia el desfiladero donde habíamos acampado. Como nos habían dicho los guerreros, Tegid y Scatha estaban allí observando a unos jinetes que se acercaban a lo lejos.

El bardo volvió la cabeza cuando nos apostamos junto a él.

-¿Sabes quién es? -le pregunté.

-Míralo tú mismo -se limitó a contestar.

Poco después, distinguí a los jinetes, dos de los cuales eran más menudos y delgados que los otros. Uno de ellos llevaba un sombrero o una boina blanca. Cuando estuvo más cerca, caí en la cuenta de que eran simplemente cabellos canosos. El hombre alzó el rostro hacia donde estábamos y la luz del sol se reflejó en los cristales de sus gafas.

-¡Nettles! -exclamé, mientras corría a su encuentro.

33

EL REGRESO DEL ERRABUNDO

El profesor Nettleton picó espuelas cuando vio que yo corría ladera abajo para ir a su encuentro. Aunque enflaquecido y ojeroso por el largo viaje, sonreía con evidente alivio. Tendí las manos hacia él y lo hice desmontar de un apretado abrazo.

-¡Nettles! ¡Nettles! -exclamé-. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo supiste dónde estábamos?

El anciano sonrió y me palmoteó el brazo.

-El rey Calbha me dio una escolta de tres valientes guerreros y Gwion nos condujo hasta aquí.

Me percaté entonces de la presencia de los otros jinetes. Entre Cynan y Garanaw había tres guerreros que no parecían demasiado fatigados por el viaje y que llevaban sendos caballos cargados de provisiones; el cuarto jinete era Gwion Bach, el joven *mabinog* de Tegid.

-¿Cómo nos habéis encontrado? -pregunté sacudiendo la cabeza asombrado-. No puedo creer que estéis aquí.

-Fue muy fácil encontraros -repuso el profesor-. Sólo tuvimos que navegar hacia el este. Una vez en tierra, nos limitamos a seguir vuestras huellas.

Señaló al joven *mabinog* y añadió:

-Gwion está especialmente dotado para ese menester. Sin su ayuda hubiéramos perdido mucho tiempo.

Mientras los demás se reunían a nuestro alrededor le pregunté al *mabinog:*

-¿Es cierto, Gwion? ¿Seguiste nuestras huellas?

-Así es, rey Llew -repuso el muchacho.

-Muy bien -les dije-, sea como fuere, habéis llegado al fin de vuestro viaje. Nos habéis encontrado. Pero sin duda estáis muy cansados. Vamos, descansaréis mientras nos comunicáis las noticias que traéis. Estamos ansiosos de oír cómo os ha ido y qué os ha traído hasta aquí.

Regresamos al campamento charlando animadamente sobre los rigores del viaje.

-¡Mirad! -exclamé al llegar-. El errabundo ha regresado.

Scatha y Tegid saludaron a los viajeros con atónito asombro. Todos los guerreros celebraron ruidosamente su hazaña, muy alegres además porque habían visto los fardos de provisiones y casi olían ya el banquete que se avecinaba.

-Gwion siguió nuestro rastro -le expliqué a Tegid, palmoteando el hombro del joven.

El *mabinog* se irguió con orgullo y repuso con un aire de inmensa satisfacción:

-Por donde ibais pasando dejabais un rastro de luz. Día y noche nos

limitamos a seguir el *Aryant Ol.* Y el Camino Radiante nos condujo hasta vosotros.

-Bravo, muchacho -dijo Tegid con orgullo-. Me encantará oír más detalles luego. Os habéis enfrentado a enormes privaciones y peligros -añadió dirigiéndose a los demás-. Acuciante debe de ser la necesidad que os ha conducido hasta aquí. ¿Por qué habéis venido?

Gwion y los guerreros miraron a Nettles, que se apresuró a responder:

-Fue por mi insistencia, *penderwydd.* El rey Calbha me previno acerca de Tir Aflan. A cada paso que dábamos temía que no íbamos a llegar a tiempo.

Hizo una pausa y me miró tras sus lentes.

-Se trata de Weston y sus hombres -dijo humedeciéndose los labios-. Han logrado abrir un verdadero pórtico desde nuestro mundo a éste. Han conseguido transportar maquinaria por la brecha y han ideado sistemas para explotar esta tierra..., diamantes o algo de un valor similar.

-No son diamantes -puntualicé yo- Se trata de algún metal precioso, creo.

Los puse al corriente en pocas palabras de la chimenea y de la maquinaria, señales inequívocas de que estaban fundiendo metal. Luego relaté a Tegid y a los demás todo lo que Bran y yo habíamos descubierto en el valle.

Nettleton escuchaba con expresión de angustia. Cuando hube acabado dijo:

-Es incluso peor de lo que imaginaba. No tenía idea...

Enmudeció abrumado por la gravedad de la situación.

-Ven -le dije intentando aliviar su angustia-. Siéntate. Descansa y después hablaremos.

Pero él se resistió y posó su mano en mi brazo para detenerme.

-Hay algo más, Llew. Siawn Hy está vivo.

Lo miré fijamente.

-¿Cómo dices?

-Simon está vivo, Lewis -dijo, llamándome por mi antiguo nombre para que me diera cuenta cabal del peligro-. Weston y él trabajan juntos. Han estado de acuerdo desde el principio.

Mientras hablaba, sentí que caía sobre mí el abrumador peso de la certeza. Era Siawn Hy y no Paladyr quien quería vengarse mediante el rapto de Goewyn. Paladyr era quizás el autor material del crimen, pero era Siawn Hy quien manejaba los hilos. La venenosa maldad de Siawn se había puesto de nuevo en marcha en aquel reino.

-Llew... -El profesor me estudiaba con preocupada atención-. ¿Me has oído?

-Sí -repuse sombríamente-. Siawn Hy vive..., eso explica muchas cosas.

-Tras un primer contacto -continuó el profesor-, Weston proporcionó información a Simon, a cambio de una provisión de fondos que él obtendría de su padre. Simon ambicionaba convertirse en rey..., incluso se jactaba de ello. Pero tú se lo impediste. Aún más, tú triunfaste en lo que él fracasó. No creo que te lo perdone jamás -añadió Nettles con énfasis.

-No -musité-. Yo tampoco lo creo.

Me alejé unos pasos de él y alzando la voz me dirigí entonces a los guerreros.

-Descargad las provisiones y preparad un banquete de bienvenida. Luego disponed vuestras armas. Hoy nos prepararemos y descansaremos. Mañana nos enfrentaremos al enemigo.

Mientras los guerreros se aprestaban a cumplir las órdenes, llamé a Cynan, a Bran y a Scatha.

-Ahora mismo celebraremos consejo y prepararemos la estrategia de batalla.

Cuando acabamos de deliberar, hacía largo rato que la noche había caído sobre el campamento; las estrellas iluminaban la bóveda del cielo con sus puntos de luz. Habíamos empleado en el consejo el resto de la jornada, haciendo sólo una pausa para compartir la comida de bienvenida que consistió en pan, buey salado y cerveza, gracias a las provisiones que nos habían traído. Aquella noche, mientras los guerreros dormían, recorrí el campamento mientras mis pensamientos volvían una y otra vez al significado de todo lo que me había revelado el profesor Nettleton.

Simon, gravemente herido por la lanza de Bran, había caído por el umbral de los mundos y había sido recogido por los hombres de Weston, que lo trasladaron a un hospital donde había pasado una larga convalecencia.

-Tras recuperarse -me había explicado Nettles en un aparte-, Simon desapareció. Y poco después la actividad se reanudó.

-¿Cómo lo averiguaste?

-Había estado al tanto de toda la operación. Además me ayudaron. ¿Te acuerdas de Susannah? -me preguntó, inclinándose hacia mí.

Al oír aquel nombre surgió en mi memoria el rostro de una joven de mirada despierta, con cerebro y arrestos para cualquier reto. Sí, me acordaba de ella.

-Susannah ha sido una bendición de Dios -me informó Nettles sobriamente-. Se lo conté todo. No sé cómo me las habría arreglado sin ella. -Adoptó un aire serio y continuó-. Después de la desaparición de Simon, comencé a percibir las señales y supe que había que hacer algo. El daño es pavoroso.

-¿El daño?

-El daño sufrido por el mundo manifiesto. Surgen... -vaciló buscando la palabra más adecuada- surgen *anomalías.* Casi todos los días aparecen aberraciones. El Nudo, el Nudo Sin Fin, se está desenredando. Y el mundo manifiesto está disminuyendo; el efecto es...

Tras las gafas sus ojos tenían una mirada intensa, como si me imploraran, me suplicaran y desearan ardientemente que le creyera.

-Por eso decidiste volver -sugerí yo.

-Sí, y cuando Calbha me dijo que Goewyn había sido raptada y llevada a la Tierra Maldita, temí que había regresado demasiado tarde. Hay que detenerlo, Llew -añadió en tono firme e insistente-. Están manipulando fuerzas que escapan a su comprensión. Si persisten en su ambicioso e insensato empeño, lo destruirán literalmente *todo.* No puedes imaginar...

Con las advertencias del anciano profesor resonando en mi mente como una campana agorera, deambulé por el silencioso campamento bajo el frío de la noche. El fin estaba cerca, presentía que se acercaba con la misma inexorabilidad del alba. Al día siguiente, me enfrentaría a mi enemigo y con la ayuda de la Mano Firme y Segura lo vencería, o moriría en el intento.

El valle estaba tal y como Bran y yo lo habíamos dejado: era una roja hendidura abierta en el vientre de la tierra. La humareda se cernía sobre él como un techo de hollín, e impedía el paso de la escasa luz que hubiera podido provenir del pálido y débil sol. Imaginé por un momento que la luz del sol penetraba entre la neblina y despejaba la suciedad y la contaminación. Pero, ¡ay!, haría falta algo más poderoso que la luz del sol para reparar la devastación que contemplábamos.

El lago lleno de espuma, letalmente quieto bajo el sudario de humo, parecía un espejo empañado. El hedor de las aguas y de la desolada tierra nos irritaban los pulmones y los ojos. Los guerreros tenían que irse habituando poco a poco para seguir avanzando.

-Los *dyn dythri* están allí -dije, señalando con la punta de mi lanza hacia la presa y la chimenea.

Cynan, Bran, Scatha, Tegid y Nettles estaban a mi lado; los guerreros se habían reunido detrás de nosotros.

-No sé cuántos extranjeros han venido, pero es probable que sepan que estamos aquí y estarán preparados para enfrentarse a nosotros.

-Muy bien -gruñó Cynan-. Así nadie podrá decir que derrotamos al enemigo mientras dormía.

Scatha observaba con sus verdes ojos entrecerrados, estudiando el terreno en sus más mínimos detalles.

-Nos lo describiste muy bien. Pero será difícil salvar aquella ladera. Creo que deberíamos ir por el sendero -dijo, señalando el camino a la izquierda del lago por el que los obreros arrastraban sus fardos hacia el recinto oculto por la presa.

-Los esclavos no nos molestarán -dije yo-. No hay necesidad de eludirlos. No lucharán.

-No veo ningún extranjero ni tampoco a sus *olwynog tuthógi* -comentó Bran, y algunos guerreros se echaron a reír; pero fue una risa nerviosa, no había en ella alegría alguna.

Me volví para dirigir a los hombres las palabras que había estado sopesando durante la larga noche insomne:

-Compatriotas y amigos, hemos viajado hasta muy lejos y hemos soportado muchas penalidades que habrían arredrado a hombres inferiores a nosotros.

Se levantó un murmullo de aprobación.

-Hoy -continué- vamos a enfrentarnos con el más engañoso y astuto de los enemigos. Engañoso porque sus armas son la cobardía y la artimaña. Astuto porque es ducho en la malicia y tortuoso en su forma de luchar. Os parecerá un enemigo débil y menospreciable, muy diferente a cuantos hasta ahora os habéis enfrentado. Sus armas os parecerán toscas e inferiores; pero no os dejéis engañar, porque pueden matar a distancia,

sin que os deis cuenta siquiera. Debéis estar constantemente alerta, porque cuanto más lejos esté el enemigo más peligroso será.

Los hombres se miraron unos a otros atónitos, pero yo seguí hablando:

-Debéis comprenderlo bien. Prestad atención. El enemigo al que nos enfrentaremos hoy no presentará batalla. Saldrán corriendo y huirán. Lucharán desde sus escondrijos.

Mis palabras suscitaron resoplidos de desprecio.

-¡Oídme bien! -continué-. No os dejéis engañar. No esperéis hallar en ellos ni destreza en las armas ni sentido del honor. Esperad sólo desorden y cobardía, porque en ellos se escuda un enemigo que no sabe lo que es el valor y el coraje.

Los guerreros aplaudieron ruidosamente alzando sus voces en gritos de escarnio.

-Su fuerza no reside en su número, sino en la rapacidad y en el ansia de destrucción. Es un enemigo que aniquila sin remordimientos. La piedad no lo detendrá, ni la compasión frenará su mano. Carece por completo de honor.

Se oyeron gritos y mofas ante la indignidad de semejante enemigo, pero yo alcé mi mano de plata para imponer silencio.

-¡Escuchadme con atención! Hoy no vamos a luchar por el honor; no hay gloria alguna en la derrota. Lucharemos sólo para sobrevivir. Somos muy pocos, pero nos interpondremos entre el enemigo y la destrucción de nuestro mundo. Si fracasamos, Albión sucumbirá bajo las sombras de la maldad y de la desolación, como le sucedió a Tir Aflan. Hoy vamos a luchar por la libertad de las víctimas del enemigo, por Goewyn y Tángwen, sí; pero también por aquellos que ni siquiera sospechan el peligro que los acecha. De ahora en adelante avanzaremos con perspicacia y astucia. Debemos usar la cautela en lugar de la lucha abierta; sí la cautela y el sigilo, e incluso la huida, pueden salvarnos para poder luchar de nuevo.

A los guerreros no les agradaron mis palabras y murmuraron contra tácticas tan cobardes, pero yo me mantuve firme:

-Aferraos al orgullo, y pereceremos. Velad por la dignidad, y moriremos. Hoy vamos a luchar, pero tenemos que sobrevivir a la lucha. Porque, si fracasamos, Albión sucumbirá. Y si Albión sucumbe, el orgullo y la dignidad de este mundo se habrán perdido irremediablemente.

Los gritos y murmullos cesaron. Mis palabras habían dado en la diana y se habían clavado profundamente. Hice una pausa antes de concluir:

-Escuchad, hermanos. En el tiempo que llevo entre vosotros he aprendido algo: el verdadero honor no yace en la destreza con las armas o en la fuerza de los brazos, sino en la virtud. La destreza se acaba, la fuerza también; sólo prevalece la virtud. Por tanto, dejemos a un lado lo que es falso. Prefiramos en su lugar el valor de la virtud y la gloria de la justicia.

Había hablado con el corazón en la boca, pero ¿me habían entendido? Tenía la impresión de que me había equivocado al hablarles de aquel modo en semejantes circunstancias. Me pareció que los guerreros no me habían entendido, que los había perdido; y quizá también la batalla.

Sin embargo, cuando la duda comenzaba a crecer, oí un débil golpeteo. Volví mi cabeza hacia el sonido y vi que Bran, con mirada resuelta y serena, golpeaba con el astil de la lanza el reborde del escudo. Click, click, click...

La Bandada de Cuervos no tardó en unírsele, Scatha y Cynan también lo imitaron. ¡Click! ¡Click! ¡Click! Poco después, de dos en dos y de tres en tres el resto de los guerreros comenzaron a golpetear sus escudos. ¡Click! ¡Click! ¡Click! El sonido se convirtió en un sonoro tamborileo y luego en un amenazador trueno, a medida que los astiles golpeaban con más fuerza y ritmo los escudos. ¡Crack! ¡Crack! ¡Crack! ¡Crack!

El estrépito fue aumentando y de pronto cesó de golpe. Oí cómo su eco se propagaba por el valle. Y entonces nos dirigimos ladera abajo hacia Cwm Gwaed, el Valle de la Sangre.

34

LA TRAMPA

Sinuosa como una culebra, la carretera descendía serpenteando hacia el valle. Aunque ya había presenciado el tremendo espectáculo, sentí de nuevo idéntica conmoción... como si me atenazaran la garganta. Era muy temprano, pero los enlodados obreros ya estaban pululando como gusanos por los montones de escoria y por las zanjas. Al otro lado de la presa, la esbelta chimenea vomitaba sus nocivas fumarolas entre el apagado estruendo de la escondida maquinaria.

Mis compañeros contemplaban con ojos vidriosos y expresión atónita la enfangada desolación que nos rodeaba. Incapaces de entender el enajenado afán de los desdichados trabajadores, los guerreros se limitaban a mirarlos asombrados y seguían adelante.

Habíamos dividido a los guerreros en tres secciones, cada una de ellas bajo el mando de un jefe de batalla: Scatha, Cynan y yo; todos a pie. Sólo la Bandada de Cuervos iba a caballo, pues de este modo Bran podría recorrer con facilidad el campo de batalla y acudir al lugar donde más se lo necesitara. Yo había juzgado que a los demás no nos servirían de nada los caballos; sin ellos podríamos aprovechar mejor la protección que nos depararían los agujeros y los montones de pedruscos. Tegid, Gwion y Nettles se habían quedado en la retaguardia para vigilar el resto de los caballos. Como en la batalla contra Meldron, el Bardo Supremo quería supervisar el combate y sostenernos al modo bárdico.

Los guerreros de Cynan descendieron hasta el valle y se dirigieron hacia la presa siguiendo la orilla del contaminado lago; yo conduje a los míos por el camino que avanzaba un poco más arriba; Scatha y los suyos se abrían paso por la orilla opuesta del lago, intentando camuflarse en el moteado paisaje. Bran avanzaba detrás de nosotros a considerable distancia, de modo que cuando me detenía a mirar atrás no podía divisar por ningún lado a la Bandada de Cuervos.

El primer disparo sobrevino sin previo aviso. Oí el silbido de una bala y el seco impacto en la ladera un poco más abajo de donde estábamos. Al instante, el sonido resonó en el valle con el estrépito de un árbol al derrumbarse. Indiqué a los hombres que se echaran al suelo. Algunos disparos más se estrellaron contra la ladera. Nervioso e indisciplinado, nuestro enemigo había sido incapaz de esperar a que nos acercáramos y abrió fuego demasiado pronto. Tal circunstancia nos dio ocasión de averiguar su posición y calcular su contingente sin correr ningún riesgo.

Las espirales de humo blanco que vomitaban las pistolas nos indicaron que el enemigo se había apostado a lo largo de la presa. Escruté el valle y la orilla opuesta del lago y vi que Scatha y Cynan se habían detenido y habían localizado su emplazamiento. Los enemigos nos habían visto a nosotros en la carretera, tal como yo había previsto, pero ni

siquiera se les había ocurrido mirar en otra dirección.

-Semejante estupidez se verá recompensada -murmuré al guerrero que estaba a mi lado.

-Procuraremos ser generosos, señor -observó el hombre secamente.

Las balas chocaron contra las peñas, debajo de nosotros, un buen rato y luego cesó el fuego. Indiqué a los hombres que se mantuvieran agachados y reanudamos la marcha lentamente, alerta al silbido de las balas y al revelador humillo blanco que indicaba la presencia de un pistolero. Me reconfortaba pensar que, como nuestros enemigos habían concentrado toda su atención en nosotros, no se habían percatado de que Scatha y Cynan se les estaban acercando.

Si conseguía entretenerlos un rato, los otros podrían acercárseles sin correr ningún riesgo.

Alcé la mano e indiqué a los guerreros que se detuvieran. Ya casi estábamos a tiro de las pistolas.

-¡Manteneos agachados! -les dije-. Y esperad mis órdenes.

Luego me levanté y blandiendo la lanza y el escudo me puse a gritar:

-¡Cobardes! ¡Salid de vuestros escondrijos y venid a luchar como hombres!

Sabía perfectamente que el enemigo no me entendía, pues para envalentonar a mis guerreros había hablado en la lengua de Albión.

-¿Por qué os agazapáis como sabandijas en vuestros agujeros? -me burlé-. ¡Venid! ¡Combatamos cara a cara!

Mi treta dio resultado. Los enemigos abrieron fuego. Las balas rebotaron en los montones de escoria levantando polvo y astillas, pero sin acertar en el blanco. Utilizaban pistolas y rifles ligeros. Si hubieran dispuesto de armas de mayor calibre, los disparos habrían sido más largos y certeros.

-¿Dónde está vuestro jefe de batalla? -grité, y mi voz resonó al chocar en la pared lisa de la presa-. ¿Dónde está vuestro capitán? ¡Que venga y lucharemos cara a cara!

Mis gritos suscitaron una lluvia de balas desde la presa; los guerreros y yo nos echamos a reír. Tras haberme asegurado de que no corríamos ningún peligro, les ordené que se pusieran en pie. Siguiendo mi ejemplo, también ellos se pusieron a gritar retando a los enemigos para que dieran la cara y lucharan como verdaderos guerreros. Los disparos alcanzaron un enloquecido frenesí y una espesa humareda blanca se alzó detrás de la presa.

-¿Cuántos calculas que hay? -le pregunté al guerrero que estaba junto a mí.

-Quince -repuso.

Yo también había calculado la misma cifra. Era previsible que quince hombres con pistolas tuvieran que derrotar a sesenta armados tan sólo con lanzas... y nosotros éramos algunos menos. Pero dada la torpeza estratégica que habían demostrado aquellos quince hombres, era evidente que aquel día no se iba a imponer la superioridad de las armas.

Scatha, aguda como la hoja que empuñaba, se apresuró a sacar provecho de nuestra estratagema. En dos rápidos y vertiginosos avances ella y sus guerreros llegaron a la presa, la cruzaron y descendieron por el

otro lado. Cynan siguió su ejemplo y desapareció tras la presa mientras nosotros aullábamos y bailábamos como dementes para atraer la atención y las balas del enemigo.

Durante todo el tumulto, los enfangados esclavos seguían trabajando, sin apenas alzar la cabeza cuando las balas les pasaban por encima. ¿Estaban tan enajenados que ni siquiera se daban cuenta o les preocupaba lo que ocurría a su alrededor?

Los disparos cesaron de pronto... Pero la trampa ya se había cerrado.

-Ahora debemos encontrar una manera de hacerlos salir de sus escondrijos para que Cynan y Scatha puedan atacarlos -dije, pensando en voz alta.

-La lujuria de la batalla ha hecho presa en ellos -dijo el guerrero que estaba a mi lado-. Están ansiosos por matar.

-Veamos, pues, si su ansia les hace perder la razón. Formaremos una línea de escudos.

Di la orden y los guerreros ocuparon sus puestos a mi lado. Formamos una línea hombro con hombro y comenzamos a avanzar lentamente carretera adelante.

-¡Alzad los escudos! -grité.

Todos antepusimos los escudos trabándolos por los bordes y seguimos adelante.

El enemigo se abstuvo de disparar. Pese a que nos habíamos arriesgado a avanzar bastante, seguían sin abrir fuego.

-¡Alto! -ordené alzando mi mano de plata.

La estratagema no había dado resultado; no habíamos atraído al enemigo hacia terreno descubierto. Si nos acercábamos más, las balas podrían atravesar nuestros escudos de roble y hierro.

-¡Cobardes! -grité hacia la presa. Estábamos lo bastante cerca para ver los agujeros poco profundos que los enemigos habían practicado en la parte superior de la presa-. ¡Pérfidos! ¡Escuchadme! ¡Somos los *Gwr Gwir*! ¡Salid de vuestros agujeros y os mostraremos de lo que son capaces los guerreros de verdad!

Los guerreros comenzaron entonces a golpear sus escudos y a insultar a los emboscados enemigos. El golpeteo de las lanzas contra los escudos devino en resonante estruendo. Los enemigos no pudieron resistir la tentación de un blanco tan fácil y comenzaron a disparar. Las balas se estrellaron contra las piedras a nuestros pies. Ordené a mis hombres que retrocedieran dos pasos.

La tentación había sido tan grande que los enemigos se decidieron por fin a abandonar sus escondites y avanzaron gritando.

Sus primeros disparos alcanzaron las piedras a pocos pasos de nuestra posición. Un guerrero pudo esquivar una bala que rebotó oblicua en el suelo. Otra alcanzó el borde de mi escudo; sentí que la madera se estremecía al impacto. Había llegado el momento de retroceder.

-¡Atrás! -grité-. ¡Tres pasos más!

La línea retrocedió y se detuvo de nuevo; prosiguieron las burlas y rechiflas. Al ver que no nos acercábamos más, los enemigos se lanzaron al ataque.

Apenas habían abandonado sus escondrijos cuando Scatha y Cynan

surgieron entre la humareda detrás de ellos. Los pistoleros habían caído en la trampa.

Aterrorizados, se dieron la vuelta y dispararon enloquecidamente. Dos de ellos cayeron víctimas de su propia incompetencia. Uno de los hombres de Cynan recibió un impacto a través del escudo y cayó al suelo. El enemigo que le había disparado pagó con creces su acción cuando una lanza se le clavó en el vientre. El hombre se derrumbó debatiéndose y gritando.

Aquel simple hecho precipitó el fin de la lucha y los demás comenzaron a gritar que se rendían, mientras arrojaban al suelo sus armas.

-¡Lo hemos logrado! -grité-. ¡Vayamos a reunirnos con nuestros hermanos de armas!

Corrimos carretera abajo hacia la presa. Eché una rápida ojeada hacia atrás, pero no vi por ninguna parte a la Bandada de Cuervos. ¿Qué los habría entretenido?

-¡Magnífico, *Pen-y-Cat*! ¡Bien hecho, Cynan! -exclamé.

Al mirar entre la turbamulta de guerreros me sorprendí agradablemente al ver que el hombre que había sido alcanzado por el disparo estaba de nuevo en pie. Tenía el escudo abollado en la parte superior izquierda, estaba pálido y sangraba por el hombro, pero no parecía haber sufrido ninguna herida de gravedad.

Su atacante no había sido tan afortunado. La lanza había hecho un buen trabajo. El hombre yacía en el suelo, inmóvil; ya no gritaba.

Ordené a los guerreros que se apoderaran de las pistolas del enemigo:

-Reunid sus armas y arrojadlas al lago.

Scatha y Cynan habían alineado a los doce enemigos supervivientes.

-¿Dónde está Weston? -pregunté utilizando su lengua.

Nadie respondió. Hice una sena a Cynan que se adelantó y golpeó a uno de los hombres en el pecho con el extremo de su lanza. El hombre se derrumbó como una piedra y rodó por el suelo con los ojos desorbitados y la boca abierta, incapaz de respirar.

-Os lo preguntaré otra vez: ¿dónde está el tal Weston?

Los prisioneros se miraron angustiados unos a otros, pero no contestaron. Cynan recorrió con parsimonia la fila; se detuvo ante uno de los hombres y alzó la lanza. El hombre se encogió.

-¡Espera, espera! -gritó moviendo las manos.

Cynan mantuvo la lanza en alto.

-¿Y bien? -lo urgí-. Habla.

-Weston está en el molino -balbució el hombre, señalando hacia la chimenea que se alzaba detrás de él-. Está vigilando el molino.

-¿Cuántos hombres están con él? -le pregunté.

-Tres o cuatro, creo -repuso el hombre-. Eso es todo.

-¿Hay alguien más?

El hombre parecía reacio a contestar y Cynan blandió de nuevo el extremo de la lanza.

-¡No! -se apresuró a responder el hombre-. No hay nadie más. ¡Lo juro!

Miré hacia el complejo de edificios bajo la presa. Weston se escondía

en el molino con tres o cuatro hombres armados. Hacerlos salir sería difícil y costoso. Alcé mi mano de plata y ordené a cuatro guerreros que se llevaran a los prisioneros.

-Atadlos bien -dije-. Y vigiladlos. Procurad que no se escapen.

Llamé a Scatha y a Cynan y les conté lo que había averiguado.

-¿Qué sugerís que hagamos? -les pregunté.

Cynan fue el primero en replicar:

-No vale la pena poner en peligro la vida de nobles guerreros por esos despreciables extranjeros -dijo con el mayor de los desdenes.

-Aun así, hemos apresado a sus hombres y por tanto no podemos consentir que su jefe quede impune -repuse-. ¿Qué opinas tú, *Pen-y-Cat*? -pregunté, dirigiéndome a Scatha.

Scatha contemplaba pensativamente la humeante chimenea.

-Con el humo se cura el pescado. Quizá también podamos ahumar a esos enemigos.

Fue muy fácil escalar la chimenea y atascarla con unos cuantos mantos. Al poco rato el humo empezó a salir entre las junturas del tosco edificio, tan precariamente construido.

Nos pusimos en marcha y atravesamos el recinto con toda cautela. Al acercarnos oímos un portazo y un motor que se ponía en marcha; poco después una camioneta surgió detrás del edificio y pasó a nuestro lado a toda velocidad. Los guerreros se quedaron boquiabiertos mientras el vehículo se alejaba entre una nube de polvo y gravilla. Algunos guerreros le arrojaron pedruscos y le rompieron las ventanillas laterales, pero la camioneta llegó a la carretera, giró y se alejó valle arriba por otra carretera.

-Nunca los podríamos alcanzar a pie -observé, contemplando cómo el vehículo desaparecía entre las colinas.

Me volví hacia Cynan y le ordené:

-Envía hombres a buscar los caballos. Los seguiremos -dije dirigiéndome a Scatha-. Si Nettles está en lo cierto, nos conducirán hasta donde están Siawn Hy y Paladyr.

Nos pusimos en marcha siguiendo las rodadas del coche y, temeroso de alguna emboscada, envié por delante a algunos exploradores. Seguíamos deprisa el ascendente sendero, que a cierta distancia comenzó a alejarse de Cwm Gwaed y a internarse en las montañas.

Ordené un alto en la cima de una colina, cerca de un arroyuelo.

-Descansaremos aquí y aguardaremos a que traigan los caballos -les dije.

Cuando estábamos ya a punto de perder de vista el valle miré hacia atrás por última vez.

-¿Dónde estará Bran? -me pregunté en voz alta-. ¿Qué puede haberle ocurrido?

-No te preocupes por Bran -dijo Scatha-. Estará donde más se lo necesite.

-Tienes razón, *Pen-y-Cat* -asentí-. Pero me gustaría que mi jefe de batalla cabalgara a mi lado.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando oímos un disparo procedente del otro lado de la colina. Corrimos a la cima y vimos que la

camioneta amarilla había sido atrapada en un estrecho desfiladero y estaba atravesada en un arroyuelo poco profundo bordeado de peñas. Bran y los Cuervos cabalgaban en torno al vehículo gritando y blandiendo las lanzas. Dos hombres disparaban desde las destrozadas ventanas del coche.

Nos apresuramos a acudir en su ayuda, ordenando a gritos a los Cuervos que se retiraran. Sería fácil arreglárselas con los cuatro individuos de la camioneta y no quería que ninguno de mis guerreros resultara herido por una bala perdida. Los Cuervos abandonaron el coche y se retiraron hasta nuestra posición, fuera del alcance de la mortal descarga del rifle.

Los disparos continuaron unos momentos y luego cesaron.

-No os vi desde el valle -le dije a Bran-. Estaba inquieto y me preguntaba qué os habría pasado.

-Paladyr atacó el campamento -me informó el jefe de los Cuervos- Corrimos en ayuda de Tegid y pusimos en fuga al enemigo. Los perseguimos, pero los perdimos en esas colinas. Cuando vimos al *tut-hóg-ar-rhodau* a toda velocidad, creí prudente impedirle la fuga.

El motor de la camioneta gimió, luego rechinó el cambio de marchas, patinaron las ruedas y el vehículo salió del arroyo y huyó del valle.

-Seguidlo -le dije a Bran-, y no lo perdáis de vista, pero no intentéis detenerlo y no os acerquéis demasiado. El rastro que deja es muy claro; no pueden escapar. He enviado hombres en busca de los caballos; os alcanzaremos tan pronto como lleguen.

La Bandada de Cuervos emprendió la persecución; mientras nosotros regresábamos a la colina a aguardar a los caballos, oímos procedente del otro lado de la colina una apagada trápala de pezuñas.

-Es Tegid con los caballos -le dije a Cynan, y al instante apareció el primer guerrero en la cima de la colina.

Pero no era Tegid quien apareció agitando la lanza; y los guerreros a caballo que surgieron tras él eran desconocidos.

Habíamos caído en una trampa.

35

TREF-GAN-HAINT

-¡Paladyr! -exclamé, deteniéndome en seco.

Los enemigos parecieron vacilar y se quedaron inmóviles en la cima de la colina. Luego sonó el cuerno de batalla, claro e intenso, y se lanzaron colina abajo en una avalancha de pezuñas y lanzas. Apenas disponíamos de un instante para aprestar las armas, pues casi los teníamos encima. Scatha se hizo cargo de la situación enseguida.

-¡No podemos luchar aquí! -exclamó, dándose la vuelta y echando a correr hacia el arroyo-. ¡Seguidme!

Cynan, lanza en ristre, gritó a sus hombres que se reunieran con él mientras echaba a correr tras Scatha. Yo lo imité y todos nos precipitamos hacia el terreno que comenzaba a elevarse al otro lado del arroyo, mientras el cuerno de batalla atronaba en nuestros oídos y la trápala de pezuñas estremecía el suelo bajo nuestros pies. Dos de nuestros guerreros fueron arrollados por detrás y perdimos otro de una lanzada. Pero el enemigo no se esperaba nuestra rápida finta y logramos llegar a terreno elevado antes de que Paladyr, demasiado impaciente y ansioso de una rápida victoria, pudiera detenernos.

Aunque nos enfrentábamos a pie contra un contingente bastante elevado de jinetes, ahora podríamos hacernos fuertes en una posición superior y los jinetes tendrían que luchar en un terreno irregular y traicionero. La infalible intuición de Scatha no sólo nos había salvado, sino que nos había proporcionado una ligera ventaja.

-¡Están hambrientos! -gritó Cynan, viendo a los caballos debatirse entre los cantos rodados de la ladera-. ¡Vamos, hermano, alimentemos a nuestros impetuosos huéspedes!

Agazapándose bajo el escudo, se lanzó hacia delante propinando un tremendo guadañazo con la lanza que hirió las patas de un caballo. El animal relinchó, piafó y arrojó a su jinete al suelo. Cynan lo lanceó antes de que pudiera levantarse.

Luego echó la cabeza hacia atrás y lanzó un salvaje grito de pavorosa alegría. Otros dos jinetes no pudieron eludirlo y cayeron víctimas de sus lanzadas. Yo despaché a otro, siguiendo la misma táctica que Cynan y, cuando miré a mi alrededor vi que Scatha había logrado derribar a tres más con rápidas y certeras embestidas.

El primer encontronazo duró sólo unos breves instantes. Paladyr, al ver que no conseguía ninguna ventaja, ordenó a sus hombres interrumpir el ataque y se retiraron al otro lado del arroyo para reagruparse.

-Ese Paladyr no tiene un pelo de tonto -observó Cynan-. Sabe muy bien cuándo debe retirarse.

Mirando hacia el otro lado del arroyo vi a Paladyr desnudo de cintura para arriba, con pinturas de guerra en la cara y el torso y los músculos de

sus brazos relucientes de sudor. Empuñaba una lanza y un escudo de bronce y reprendía furiosamente a sus hombres por su incompetencia y descuido. Siawn Hy no estaba entre ellos, pero no me sorprendía.

-No tiene un pelo de tonto -asentí yo-, pero es muy impulsivo. Quizás ésa sea su perdición.

-¿Quiénes están con él? -se preguntó Cynan.

Observé a los guerreros de Paladyr. Tenían un aspecto salvaje e iban armados con antiguas armas de bronce, como las que habíamos visto en la arruinada torre. Sus escudos eran pequeños y pesados, las lanzas cortas con cabezas despuntadas. Algunos llevaban cascos, pero la mayoría iba con la cabeza descubierta. Se movían torpemente como si no estuvieran acostumbrados a cabalgar y se sintieran inseguros. Sin duda, habían esperado derrotarnos al primer ataque, pero se encontraron ante un enemigo más peligroso de lo que habían imaginado.

Me di cuenta de que más que entrenados guerreros eran una banda de indisciplinados asesinos, mercenarios escogidos quizás entre los obreros que se afanaban entre el barro del valle. Aunque iban a caballo, era obvio que no estaban habituados a luchar sobre una silla de montar: el desastre de su primer ataque lo demostraba sobradamente.

-¡Llew! -gritó Scatha corriendo hacia mí-. ¿Lo ves?

-No -repuse-. Siawn Hy no está entre esos guerreros. Pero ¿qué te parecen los demás?

-Creo que Paladyr ha tratado de fabricarse una banda de guerreros con una tela de poca calidad -replicó.

-Eso es precisamente lo que estaba pensando -comenté yo-. Y me parece que se le va a descoser entre las manos.

-¿Qué oigo? ¿Llew fanfarroneando? -bromeó Cynan, subiendo ladera arriba-. ¿Te encuentras bien, hermano?

-Mejor que nunca -repuse.

El estruendo del *carynx* señaló un segundo ataque y el enemigo cruzó de nuevo el arroyo. Esta vez Paladyr dispuso a sus hombres en una sola línea y avanzaron todos juntos con la esperanza de separarnos y dispersar nuestra débil defensa.

Scatha tenía planes muy distintos. Llamó a todos los guerreros y los dispuso en una cuña. Incapaces de escalar la escarpada ladera y atacarnos por el flanco, los jinetes no tuvieron otra elección que enfrentarse a la punta de la cuña.

Cabalgaron contra nosotros aullando y gritando, haciendo todo cuanto estaba en sus manos para asustarnos y dispersarnos. Pero nosotros nos mantuvimos firmes y los fuimos derribando de sus sillas a medida que se ponían a tiro de nuestras lanzas. Ocho enemigos cayeron antes de que pudieran volver grupas para retirarse y Paladyr se vio forzado de nuevo a interrumpir el ataque.

Mientras el enemigo emprendía una veloz retirada al otro lado del arroyo, yo llamé a los jefes de batalla.

-Al parecer no tienen arrestos para sostener el ataque.

-*Clanna na cù* -gruñó Cynan, adelantando orgullosamente la barbilla-. Yo sentiría vergüenza de capitanear tan desastrosos guerreros.

-Sí, y Paladyr es un buen jefe de batalla… o por lo menos lo era. No lo

entiendo.

-La inexperiencia de esos hombres se vuelve en su contra -observé-. No se atreven a combatir abiertamente, por eso intentan hostigarnos para hacernos abandonar nuestra posición aventajada.

-Pues no se saldrán con la suya -dijo Scatha, escrutando la ladera de la colina-. Si no nos atacan con más resolución, podremos resistir todo el día.

-No tendríamos que quedarnos aquí si tuviéramos nuestros caballos -comentó Cynan.

-Entonces apoderémonos de los suyos -sugirió Scatha- Les sacaríamos bastante más provecho.

Rápidamente trazamos un plan para apoderarnos en el próximo ataque del mayor número posible de caballos. Y quizás hubiera funcionado. Pero, en el preciso instante en que los guerreros de Paladyr cruzaban el arroyo y comenzaban a subir por la ladera en un tercer ataque, aparecieron los Cuervos. Los enemigos divisaron a la Bandada de Cuervos que descendía por la colina entre salvajes gritos y se dispersaron cobardemente. Volvieron a cruzar el arroyo y desaparecieron por el otro lado de la colina. Bran se dispuso a perseguirlos, pero yo le ordené que volviera.

-Es preferible que te quedes con nosotros -le dije-. ¿Qué encontrasteis allá delante?

Una extraña expresión asomó entonces en el rostro del jefe de los Cuervos.

-Un poblado, señor -dijo-. Pero muy distinto a cuantos he visto hasta ahora.

-¿Crees que es un lugar seguro? -preguntó Cynan-. Podría ser otra trampa.

-Quizá -repuso el jefe de los Cuervos-. Pero no lo creo.

-¿Qué quieres decir? -le preguntó Scatha.

Por toda respuesta Bran repuso:

-Te lo mostraré. No está muy lejos.

Llamé a Drustwn y a Garanaw y les ordené:

-Tegid y los caballos ya deberían haber llegado. Cabalgad a su encuentro y luego llevadnos los caballos al poblado. Os esperaremos allí. Enséñanos ese lugar que has encontrado -añadí, dirigiéndome a Bran.

-Por aquí -dijo Bran volviendo grupas, y nos condujo montaña arriba para seguir después bordeando la cresta.

El resto de los Cuervos se colocó detrás de los guerreros para abrir la retaguardia, por si Paladyr y sus secuaces regresaban con la intención de cogernos desprevenidos. Pero el enemigo no volvió a aparecer.

Seguimos un trecho la cresta y luego el sendero trazó una curva y comenzó a descender hacia una escalonada hondonada. Un río cenagoso serpenteaba al fondo del valle y en el extremo más cercano de la hondonada se alzaba un destartalado poblado. Había unas pocas construcciones de madera, de cierto tamaño y solidez; pero el resto era un confuso laberinto de barracas hechas con materiales de desecho. A poca distancia del poblado, un estrecho lago brillaba apagadamente en la opaca luz.

Descendimos al valle, entramos en el pueblo por la única calle de tierra que había, avanzamos entre chabolas semiderruidas que se agolpaban unas sobre otras. Nos detuvimos en una especie de plaza que se abría ante una de las construcciones más grandes. Una hilera de desvencijados establos se amontonaban a lo largo de la calle frente a aquel edificio, y una piedra cubierta de lodo endurecido se alzaba entre ellos. Nos detuvimos allí a aguardar a Tegid y a los caballos.

No habíamos visto a nadie y por la basura y los excrementos esparcidos por doquier se podía deducir que aquel pueblucho estaba abandonado. Pero tan pronto como decidimos que permaneceríamos allí un buen rato, los pobladores comenzaron a dejarse ver. Aparecieron como sabandijas reptando de agujeros y escondrijos, primero tímidamente, después con creciente atrevimiento. Cojeando, corriendo, arrastrando miembros destrozados y deformes, fueron llenando la plaza. En pocos momentos nos vimos rodeados por una andrajosa chusma de pedigüeños.

Nos acosaban con las manos tendidas y las bocas abiertas mendigando comida y ropas como animales enfermos, aunque era obvio que no teníamos nada que darles. Tenían la misma mirada apagada, mortecina e inexpresiva que los miserables y sucios obreros de las minas. Zambos y encorvados, abyectos en su aflicción, tenían un aspecto más animal que humano. Como en Albión no había mendigos, los guerreros al principio no entendían lo que aquella muchedumbre quería de ellos. Retrocedían ante las implorantes manos o las rechazaban, lo cual aumentaba el clamor de los pedigüeños.

Cynan y Bran contemplaban el acoso con creciente intranquilidad, pero sin decir nada.

-Deberíamos marcharnos inmediatamente -sugirió Scatha-, o tendremos problemas.

-Cuando vean que no tenemos nada que darles -repuse-, se marcharán.

Pero estaba equivocado. Los mendigos se mostraban más y más insistentes y exigentes. Luego agresivos. Algunas mujeres se contoneaban ante los guerreros y se atrevían a rozarlos. Los guerreros reaccionaban con repulsión y asco. Pero las mujerzuelas eran tan persistentes como descaradas. Los halagaban con voces estridentes y se agarraban a ellos.

-Llew -me suplicó Scatha-, marchémonos de este... de este *Tref-gan-Haint* inmediatamente.

-Tienes razón -asentí-. Iremos al lago y esperaremos allí a los caballos.

Al ver que nos marchábamos, los mendigos comenzaron a lamentarse gimoteando lastimosamente. Las mujerucas, al sentirse rechazadas y desdeñadas, nos persiguieron con improperios y pullas. Una de ellas, poco menos que una niña, vio mi mano de plata y corrió hacia mí. Se dejó caer de hinojos, cogió mi mano y empezó a acariciarla.

Yo traté amablemente de desprenderme de ella, pero la chiquilla se colgó de mí tirando de mi brazo. Gemía y hacía pucheros mientras rozaba mi mano de plata con sus labios.

-No tengo nada que darte -le dije en tono firme-. Por favor, levántate. No te humilles de esa forma.

Pero ella no hizo el menor movimiento para soltarme. La cogí por la cintura, me desprendí de su mano e hice amago de seguir adelante. Cuando se dio cuenta de que pretendía librarme de ella, dio un salto con la pretensión de arañarme. Aparté la cabeza y la chiquilla cayó al suelo debatiéndose y lloriqueando. Pasé por encima de ella y seguí adelante. Ella pateó y me maldijo; su estridente vocecilla se fue perdiendo en la algarabía que nos rodeaba.

Me abrí paso entre la multitud a la cabeza de mis guerreros. Los mendigos me agarraban de brazos y piernas; gemían y gritaban. Yo seguía adelante con los ojos bajos, sin mirar ni a izquierda ni a derecha. ¿Qué podía hacer por ellos? ¿Qué querían de mí?

Enfilamos de nuevo la estrecha y pestilente calle y continuamos hasta el final del poblado de chabolas, donde montones de basura ardían lentamente con fétida humareda. También allí había mendigos escarbando entre los desperdicios y la inmundicia en busca de algún bocado.

Escuálidos perros de largas patas olisqueaban entre las basuras. Un hombre, desnudo, con la espalda negra por el humo, yacía medio cubierto por las basuras; al vernos pasar se incorporó sobre el codo y nos gritó obscenamente. Sus piernas eran un repugnante amasijo de llagas abiertas. Los espantosos perros que rondaban por allí le lamían de vez en cuando las rezumantes heridas. Aparté la vista de tan repugnante espectáculo, pero topé con otro: dos perros luchaban sobre un cadáver, que era poco más que unos jirones de carne pútrida colgando de un esqueleto. Asombrado y asqueado, caí en la cuenta de que eran restos humanos. La garganta se me llenó de bilis y tuve que apartar la vista.

Scatha había llamado al poblado *Tref-gan-Haint,* es decir, ciudad de pestilencia, lugar de corrupción. Y, en efecto, enferma y moribunda, la ciudad ofrecía un espantoso espectáculo y el aire apestaba a putrefactas heridas. Allí, reflexioné, iban a parar los esclavos cuando dejaban de ser útiles y acababan sus días como mendigos disputándose las inmundicias. Estaba horrorizado, pero ¿qué podía hacer?

Más allá del poblado, a poca distancia, encontramos el lago del que nacía el arroyo y juzgamos que aquel paraje era algo más soportable. Aunque la playa era de cortantes fragmentos de sílex, el agua estaba bastante limpia. Ninguno de los desdichados habitantes nos siguió hasta allí, de modo que teníamos el lago para nosotros solos y nos derrumbamos en la dura playa a aguardar.

Yo me quedé medio dormido y soñé que Goewyn nos había encontrado y que estaba junto a mí. Al despertarme era Bran quien estaba a mi lado y no se veía la menor señal de los caballos. Me levanté y caminé con mi jefe de batalla por la orilla del lago. Un apagado sol amarillento se estaba poniendo en los picachos del oeste y alargaba nuestras sombras en la rocosa playa.

-¿Dónde estará Tegid? -me pregunté en voz alta, mirando hacia la destartalada ciudad y la sierra que se alzaba detrás-. ¿Crees que ha caído en manos de Paladyr?

-Es posible. Pero Drustwn y Garanaw saben dónde encontrarnos -observó Bran-. Si hubiera algún problema, nos habrían avisado.

-Aun así, no me gusta esto -le dije-. Ya deberían haber llegado.

-Iré a averiguar lo que ha sucedido -se ofreció Bran.

-Que Emyr y Niall te acompañen. Envía a uno de ellos con noticias en cuanto averigües algo.

Bran corrió hacia su caballo, montó, llamó a los dos Cuervos y se pusieron en marcha sin perder tiempo. Los contemplé hasta perderlos de vista y entonces llamé a Scatha y a Cynan.

-He enviado a Bran a ver qué ha podido suceder con Tegid y los demás.

-Se está haciendo tarde -dijo Scatha-. Quizá deberíamos tratar de encontrar un refugio mejor.

-Mucho me temo que la oscuridad será, esta noche, nuestro único refugio.

Miré hacia la serranía y escruté las cimas, pero no vi ninguna señal de que alguien regresara. ¿Qué podía haberles pasado a Tegid y a Nettles?

El sol se hundía en una fea y marronosa calina; era un tétrico crepúsculo. Al ponerse el sol comenzó a hacer frío; sentí la brisa helada de las montañas y la humedad de la tierra. Se levantó niebla del lago y jirones de nubes oscuras comenzaron a descender por las laderas de las montañas.

Los hombres habían hecho acopio de leña en las pedregosas laderas que rodeaban el lago, y cuando cayó la noche encendieron pequeñas fogatas que chisporroteaban a ráfagas y producían un tenue resplandor. Como no habíamos comido nada desde primera hora de la mañana, teníamos hambre, que procuramos aplacar con el agua del lago. Era sosa y tenía un sabor metálico, pero estaba fría y calmaba la sed.

El crepúsculo oscureció el valle. Una luz mortecina todavía iluminaba el cielo; la niebla del lago y de las laderas se iba espesando. Yo caminaba sin cesar por la rocosa playa, alerta a cualquier sonido, aguardando con ansiedad la llegada de los caballos. Pero no se oía nada aparte del chapaleteo del agua y algún que otro perro que ladraba en la distancia.

Estuve largo rato esperando, escuchando. Una luna rojiza flotaba sobre las montañas, se asomaba como un ojo entre las nubes y la niebla y proyectaba un mortecino resplandor rojizo sobre el lago y las laderas.

Al fin, me di la vuelta y regresé junto a las fogatas del campamento que brillaban débilmente entre la neblina. Pasé junto a la primera y oí a los hombres hablando tranquilamente, con voces que la niebla convertía en débiles murmullos. Pero me pareció oír además otra cosa. Me detuve y agucé el oído conteniendo el aliento...

Un ruido sordo, apagado y rítmico como el latido del corazón, resonaba en la oscuridad... pum... pum... pum. Por efecto de la niebla parecía provenir a la vez de todas direcciones. Cynan lo oyó también y se reunió conmigo.

-¿Qué puede ser? -me preguntó en un susurro.

-¡Shhh!

Permanecimos inmóviles. El sonido fue aumentando y haciéndose más claro. Pum-lump... pum-lump... pum-lump. Era el galope acompasado y sostenido de un caballo sobre la pedregosa playa.

-Tenemos visita -le dije a Cynan.

Avancé unos pasos por la playa en dirección a la trápala. La mano de

metal me ardía con un frío helado. El jinete estaba más cerca de lo que suponía. Y de pronto lo vi: un jinete montado en un caballo pálido como la mismísima neblina se destacó entre los jirones de niebla; las herraduras del caballo levantaban chispas en el pedernal de la playa.

El jinete iba cubierto de los pies a la cabeza en bronce, que brillaba apagadamente a la débil luz de la luna. Su yelmo estaba coronado por un penacho de plumas y una extraña máscara le cubría la cara. Llevaba una larga lanza de bronce y un escudo pequeño y redondo, también de bronce, sobre el muslo. Calzaba escarpes de bronce y en las manos llevaba guanteletes cubiertos con escamas de bronce. La silla de montar, de esbeltos borrenes, estaba adornada con tachones de bronce. El caballo también iba armado: un casco de bronce con curvados cuernos le cubría la cabeza. Petos de bronce y grebas protegían al guerrero y a su montura.

Aunque jamás había visto a aquel jinete, lo reconocí. La *banfáith* me había prevenido hacía mucho tiempo, e incluso en medio de la mortecina niebla de la noche supe quién era: el Hombre Cínico.

36

BATALLA NOCTURNA

El Hombre Cínico galopó en línea recta hacia mí. Yo me hice a un lado en el último instante y él tiró bruscamente de las riendas. El caballo piafó y sus patas batieron el aire. El hombre alzó la mano y yo me dispuse a desviar un golpe. Pero en lugar de una espada vi que empuñaba un saco cerrado con un nudo. Volvió hacia mí su inexpresiva cara cubierta de bronce, y, aunque no pude ver sus ojos tras la reluciente máscara, sentí sobre mi carne, como una llamarada, la violencia de su odio. Mi mano de plata ardía con helado fuego.

El misterioso jinete blandió sobre su cabeza el saco y lo soltó. La bolsa cayó pesadamente al suelo y rodó hasta mis pies. Entonces, con un salvaje alarido de triunfo, el jinete volvió grupas y se alejó al galope por donde había venido.

Cynan corrió hacia mí con una tea que había cogido de una fogata.

-¿Era Paladyr?

Sacudí la cabeza lentamente.

-No -le respondí-. No creo que fuera Paladyr...

-¿Quién, entonces?

Miré el saco que yacía en el suelo, Cynan se acercó, lo cogió y me lo entregó. En el fondo había un bulto redondo pero no demasiado pesado. Deshice el nudo, abrí el saco y miré, pero no pude ver con claridad lo que contenía.

-Acerca la antorcha -dije, dejando el saco en el suelo y ensanchando la abertura.

Cynan acercó la tea. Miré de nuevo y al instante deseé no haberlo hecho.

El rostro pálido y exangüe del profesor Nettleton me miraba fijamente. Sus gafas habían desaparecido y los cabellos estaban manchados de sangre reseca. Cerré los ojos y aparté el saco, Cynan lo cogió.

Scatha, con una espada en su mano y una antorcha en la otra, llegó corriendo.

-¿Es...? -murmuró, sin atreverse a acabar la pregunta.

-Es el hombre de los cabellos blancos -le dijo Cynan-. El amigo de Llew.

-Lo siento mucho, Llew -dijo Scatha con voz triste, aunque era evidente que se sentía aliviada de que no se tratara de su hija.

-¿Qué quieres que haga con esto? -preguntó Cynan.

-Por ahora ponlo junto a las cenizas de Alun -le dije con el corazón destrozado-. No quiero enterrarlo en este lugar.

-Las cenizas de Alun... las tiene Tegid -me recordó Scatha.

La oí pero no le respondí ¿A qué venía aquello? ¿Era un reto? ¿Un

aviso? ¿Quién era capaz de hacer semejante cosa? ¿Cómo se habían apoderado del profesor? ¿Qué significaba aquello? Clavé mi mirada en la niebla deseando que, tal como había aparecido el jinete recubierto de bronce, surgieran entre sus jirones las respuestas a mis preguntas.

¡El Hombre Cínico! Las palabras silbaron como flechas que se me clavaron en el corazón. Y oí de nuevo la voz de la *banfáith* recitando su agorera profecía.

Todo esto va a pasar por obra del Hombre Cínico, que montado en un corcel de bronce siembra un infortunio tan grande como calamitoso. ¡Alzaos, Hombres de Gwir! ¡Empuñad las armas y enfrentaos a los hombres malvados que hay entre vosotros! El fragor de la batalla será oído en las estrellas del cielo y el Año Grande avanzará hacia su consumación final.

-Llew -dijo Cynan, posando suavemente su mano sobre mi brazo-. ¿Qué te ocurre, hermano?

Me volví hacia él.

-¡Llama a los hombres! ¡Deprisa!

Scatha me miraba con la frente surcada por una arruga de preocupación. Al vacilante resplandor de las fogatas se parecía mucho a Goewyn.

-Ármate, Scatha -le dije-. Esta noche vamos a luchar por nuestras vidas.

Cynan alertó a los hombres con un grito y Emyr hizo sonar larga y vigorosamente el *carynx.* En dos segundos el campamento se convirtió en un caos de hombres que corrían y gritaban, mientras se armaban para enfrentarse al enemigo que se acercaba ya por la playa. Surgieron entre la niebla como fantasmas, dispuestos en apretadas filas y cubiertos enteramente de bronce.

Alguien puso una lanza en mi mano. No pude encontrar un escudo, así que cogí una tea de la fogata y corrí a ponerme al frente de mis guerreros con Scatha a mi derecha y Cynan a mi izquierda. Nos dispusimos en línea de batalla de espaldas al lago.

Los enemigos cayeron sobre nosotros en tremenda embestida, como si desearan empujarnos al lago de la primera arremetida. Pero nuestros hombres eran experimentados guerreros, duchos en la lucha cuerpo a cuerpo, y todos se habían enfrentado con Meldron, el Salvaje Sabueso. Una vez superada la sorpresa del repentino ataque, combatieron con salvaje alegría. Todos, como un solo hombre, estaban hartos de Tir Aflan, hartos de privaciones y sufrimientos, y ansiosos de masacrar al enemigo que les había causado tanta aflicción.

Como antes, el enemigo, aunque bien armado, no estaba preparado para combatir con auténticos guerreros. Pero eran muchos, muchísimos más que el contingente con el que habíamos luchado por la mañana.

Rechazada la primera embestida, los guerreros de Albión saltaron como una llamarada y abrasaron al enemigo con la velocidad y el calor del fuego. El resultado fue que los atacantes retrocedieron. Animado por tan rápido éxito, Emyr hizo sonar con furia el cuerno de batalla y los guerreros de Albión respondieron a su llamada con un rugiente alarido. El grito de batalla resonó en la rocosa playa y se abrió paso entre el enemigo

como un puño.

Scatha, con los cabellos sueltos y el manto al viento, se lanzó entre las líneas enemigas; con la espada en una mano y una tea en la otra, como una verdadera Morrigan, la diosa de la guerra, golpeaba a diestro y siniestro sembrando chispas y muerte a cada arremetida. El enemigo huía a su paso como ante un remolino de llamas.

Cynan llamó junto a él a la flor y nata de Caledon y comenzaron a abrir a lanzadas un espacio por el que hubiera podido pasar un carro, desde la orilla hasta el final de la playa.

Yo me lancé entre mis dos jefes de batalla contra la confusa masa de enemigos blandiendo la lanza, cortando, tajando. La punta de la lanza brillaba roja a la luz de la antorcha, y yo buscaba entre el desordenado amasijo de enemigos al jinete de bronce. Pero mi mano de plata había perdido su misterioso helor, lo cual me indicaba que el jinete no estaba cerca.

Dos enemigos recubiertos de bronce me salieron al paso blandiendo las espadas por encima de sus cabezas. Bajo los astados yelmos les brillaban los ojos y les relucían los dientes sobre el borde de los escudos, mientras emitían un atronador grito de batalla. Haciendo caso omiso de sus espadas, corté el aire ante sus narices con la hoja de mi lanza y se detuvieron en seco. Haciendo girar el astil, golpeé primero una espada, luego la otra. Después... ¡crack!, ¡crack! Con dos certeras lanzadas los despojé de los yelmos y ambos enemigos se derrumbaron como estatuas.

Paso a paso, fuimos ganando terreno playa arriba, avanzando sobre los cuerpos sin vida de nuestros enemigos. Luchábamos bravamente. Como paladines. Y la batalla iba cobrando un ritmo inexorable y desesperado.

Combatimos durante toda la noche. A veces, llegábamos hasta el final de la playa y resistíamos allí. Otras, el enemigo contraatacaba y nos veíamos forzados a retroceder. En una ocasión, incluso, tuvimos que luchar con el agua hasta las rodillas defendiéndonos con nuestras hojas despuntadas de tanto golpear las armaduras del enemigo. Pero Scatha, moviéndose entre aquel caos con la gracia y la elegancia de una bailarina, se lanzó contra el corazón del enemigo con un puñado de guerreros. Incapaces de enfrentarse a la pavorosa cólera de *Pen-y-Cat,* el enemigo retrocedió y perdió su ventaja.

A medida que iba transcurriendo la noche, los enemigos iban perdiendo coraje. Estaban fatigados. Se movían torpemente bajo el peso de las armaduras de bronce. Apenas podían sostener las armas y los escudos; incapaces de levantar los pies tropezaban y caían sobre la pedregosa playa. Desesperados, avanzaban tambaleándose. Nosotros seguíamos golpeando sin piedad. Ellos sucumbían ante nuestra destreza. Los cuerpos de los heridos y de los muertos se amontonaban por doquier como troncos derrumbados; sin embargo, no parecían dispuestos a retirarse.

-Cualquiera que sea lo que los empuja -observó Cynan, pasándose por la cara la mano bañada en sangre-, lo temen más que a nosotros.

Nos habíamos detenido para recobrar el aliento y nos apoyábamos en nuestras lanzas con los hombros hundidos por el esfuerzo de recobrar el

aliento.

-Temen a su señor -le dije.

-¿Quién es?

-El Hombre Cínico.

-Cínico y además cobarde, si quieres saber mi opinión -gruñó con desprecio Cynan-. Desde que comenzó el combate no se le ha visto el pelo.

-Es cierto. Todavía no ha comparecido en el campo de batalla.

-¿Todavía? ¿A qué espera? Estamos masacrando a sus guerreros. Si intenta vencernos por agotamiento, está esperando en vano.

Era verdad; los enemigos, rendidos de cansancio, sucumbían ante la destreza y la experiencia de nuestros guerreros. Habían intentado sacar ventaja de la oscuridad y del ataque por sorpresa, pero nosotros habíamos vencido; y ahora estábamos venciendo también su superioridad numérica, lentamente, sin darles un respiro.

Se me ocurrió de pronto que aquellos desgraciados no necesitaban un jefe de batalla, porque el plan del enemigo había consistido en aplastarnos. Se esforzaban por rodearnos, tragarnos y ahogarnos; o, en el caso de que no lo consiguieran, empujarnos hacia el lago con la irresistible inercia de su número. Luchábamos contra un enemigo que carecía de sutileza y habilidad, un enemigo cuya única esperanza residía en barrernos por la fuerza bruta.

Al Hombre Cínico no le importaba cuántos de sus hombres podían sucumbir ante nosotros, porque no le importaban en absoluto sus hombres. Eran simplemente forraje ante nuestras cortantes hojas. Los enviaba a la lucha oleada tras oleada confiando en rendirnos por agotamiento. Cuando quedáramos pocos para resistir, saldría de su escondrijo para reclamar la victoria.

Al ver cómo nuestros desdichados enemigos se afanaban por sostener las armas, mi corazón se llenó de compasión. Eran ciegos, ignorantes y torpes; se tambaleaban en la oscuridad sangrando y muriendo. Y lo más cruel de todo es que no sabían por qué, nunca lo sabrían.

Aquellos hombres no eran en realidad nuestros enemigos; eran sólo muñecos, peones en manos de un despiadado dueño. No tenía sentido matarlos. Había que detener la carnicería. Bajé la lanza, me erguí y miré alrededor.

El cielo comenzaba a grisear por el este; un débil resplandor rojizo anunciaba la salida del sol. Habíamos luchado durante toda la noche sin propósito ni ventaja. Era una locura, y había llegado el momento de hacerla cesar. Miré la línea de batalla y vi a los guerreros de bronce con los pies pesados y las cabezas abatidas bajo el peso de los yelmos, incapaces de blandir las armas. Avancé resueltamente hacia ellos, que retrocedieron levantando penosamente las lanzas.

-¡Llew! -gritó Cynan, corriendo detrás de mí.

Tendí la mano, así la lanza más cercana y la arranqué de los entumecidos dedos de uno de los enemigos. La arrojé al suelo y cogí otra. El tercer enemigo hizo un torpe amago de golpearme con su espada. Yo así la hoja con mi mano de plata y se la quité. Era como desarmar a criaturas.

-¡Ya es suficiente! -grité-. ¡Se ha terminado!

A lo largo de la orilla del lago, los hombres se detuvieron en seco y me miraron boquiabiertos. Yo desarmé a otros dos guerreros, arrebatándoles las armas de sus fláccidas manos. Blandí mi lanza y alcé la voz:

-¡Hombres de Tir Aflan! -grité, y mi voz resonó en la playa-. Arrojad al suelo las armas y no os pasará nada.

Miré la línea de batalla. Los hombres habían dejado de luchar y me miraban con expresión estúpida. Muchos se tambaleaban exhaustos, incapaces de seguir sosteniendo las armas.

-¡Escuchadme! La batalla ha terminado. No podéis ganarla. Arrojad las armas y rendíos. Dejad de luchar… no tenéis nada que temer.

Los enemigos seguían mirándome estúpidamente.

-Me parece que no te entienden -dijo Cynan.

-Quizá lo entenderán así -repliqué.

Alcé la lanza y la arrojé sobre la pedregosa playa; luego indiqué con una seña a Cynan que me imitara. Pareció dudar.

-Hazlo -le urgí-. Todos están mirando.

Cynan dejó caer la lanza sobre la mía y ambos nos quedamos desarmados ante los perplejos guerreros. Alcé mi mano de plata y dije:

-¡Escuchadme! Habéis luchado y sufrido; muchos han muerto. Pero no podéis ganar, ha llegado el momento de detener la lucha. Deponed las armas para que cesen el sufrimiento y la muerte.

Mi voz resonó en la playa. Todos me miraban, pero nadie se atrevía a responder.

-Lucháis por vuestras vidas -proseguí- ¡Hombres de Tir Aflan! ¡Rendíos! Arrojad vuestras armas y yo os regalaré esas vidas. Podréis marcharos como hombres libres.

Mis palabras causaron sensación. Asombrados, abrieron la boca y murmuraron entre ellos.

-¿Será verdad? -se preguntaban-. ¿Será posible?

Tendí la mano hacia el guerrero más cercano y le hice una seña.

-Ven. Te regalo la vida.

El hombre miró a su alrededor, confundido; pareció dudar y luego avanzó vacilante. Dio dos pasos, pero sus piernas no lo sostuvieron y cayó a mis pies. Yo me incliné, lo cogí por el brazo y lo ayudé a levantarse. Cogí su espada y la arrojé lejos.

-Estás a salvo -le dije- Nadie va a hacerte ningún daño.

Oí un estrépito sobre las rocas, producido por un escudo que su dueño ya no podía sostener por más tiempo. El hombre cayó de rodillas. Me acerqué, lo ayudé a ponerse en pie y le dije:

-Estás a salvo. Ve junto a tu compañero.

El hombre se reunió con el primer guerrero; ambos temblaban a la luz del alba sin apenas dar crédito a su buena suerte.

Los demás quizás esperaban que matara a los desertores. Pero al ver que no les hacía ningún daño, un tercero se arriesgó a confiar en mí. Le di la bienvenida y no tardaron en adelantarse otros dos, que arrojaron sus armas a mis pies. Les di también la bienvenida y les indiqué que se reunieran con los otros. Avanzó entonces otro desertor, y después tres más.

-¡Cynan! ¡Scatha! -exclamé, indicándoles que acudieran en mi ayuda-

. ¡Venid! ¡Es una auténtica marea!

Espadas, lanzas y escudos resonaron contra las rocas de la playa a lo largo del lago; los exhaustos enemigos se apresuraban a desprenderse de sus armas. Tras su resistencia inicial, se rendían con evidente alivio. Algunos estaban tan emocionados que sollozaban ante tan inimaginable fortuna. Su larga pesadilla había acabado; eran libres, estaban a salvo.

Cuando terminamos de desarmar al último de los enemigos, me volví hacia mis guerreros que guardaban silencio detrás de mí. Miré sus mantos, otrora magníficos y ahora desgarrados y sucios; miré sus caras, otrora hermosas y ahora demacradas y estragadas por las privaciones y la lucha. Habían renunciado a la salud y a la felicidad, a sus mujeres, a sus hijos, a sus compatriotas y amigos, a las comodidades y al placer.

Leales hasta el final, me habían apoyado en todo y estaban dispuestos a servirme y a entregarme sus vidas si se las pedía. Magullados y maltrechos, se erguían como un solo hombre, con las armas preparadas, dispuestos a ser llamados de nuevo a la batalla. Eran en verdad los *GwrGwir,* los Verdaderos Hombres de Albión.

Alcé mi mano de plata y me llevé el dorso a la frente a modo de saludo. Los guerreros respondieron con un grito de triunfo que resonó en el lago y en las colinas circundantes.

Les dije que había llegado la hora de descansar y se precipitaron al lago para beber y bañarse. Yo me quedé un momento contemplando cómo mis fatigados guerreros se metían en el agua.

-Míralos -dije, mientras el orgullo estallaba en mi interior como una canción de alegría-. Con la ayuda de unos hombres tan generosos cualquier hombre podría ser rey.

Cynan, apoyado en su lanza, adelantó orgullosamente la barbilla.

-Ellos no apoyarían a *cualquiera.* Ni yo tampoco -añadió, llevándose el dorso de la mano a la frente.

El lago resultó una verdadera bendición. Nos metimos en el agua helada y cubierta de niebla y refrescamos nuestros doloridos miembros. El agua nos vivificó y tonificó, lavándonos la sangre y la suciedad de la batalla. Al sentir sobre mi carne la fría sensación del agua, rememoré otro momento, cuando, tras mi primera batalla, también me había bañado y me había sentido como recién nacido.

Sin embargo, duró poco tan agradable sensación. Bran y los Cuervos seguían sin comparecer cuando el sol se levantó sobre las colinas circundantes.

-Esto no me gusta nada -le dije con toda franqueza a Cynan y a Scatha-. Algo les ha sucedido; de otro modo habrían regresado hace rato.

-Me temo que tengas razón -asintió Scatha.

-Ya hemos acabado aquí -dijo Cynan-. Podemos regresar a Cwn Gwaed a buscarlos.

Eché una ojeada a los hombres desarmados tendidos en la playa.

-Vamos a hablar con ellos -dije señalándolos-. Quizá puedan decirnos algo.

-Lo dudo -dijo Cynan-. Pero lo haré si lo crees conveniente.

Miré a Scatha, que tras haberse lavado el hollín y la sangre, ya no parecía Morrigan, sino Modron, la Reconfortadora. Se había trenzado los

cabellos y cepillado el manto, y, por la forma como los derrotados guerreros la seguían con la mirada, colegí que podría tener más éxito que nosotros en hacerlos hablar.

-Te confío a ti esa tarea, *Pen-y-Cat* -le dije-. Estoy seguro de que confiarán más en ti que en Cynan Dos Torques.

Y así, observamos cómo se movía entre los hombres, deteniéndose de vez en cuando, inclinándose hacia uno, arrodillándose junto a otro, hablándoles con la mayor seriedad y mirándolos a los ojos mientras ellos le respondían. Vi que posaba la mano en los hombros de los guerreros, como lo haría una esposa o una madre y que les hablaba tanto con los ademanes como con la voz.

Poco después regresó junto a nosotros.

-Hay un *caer* bastante cerca de aquí. Algunos de ellos han estado allí. Dicen que el Hombre Cínico retiene en ese lugar a algunos prisioneros.

-¿Están Tángwen y Goewyn en ese lugar? -preguntó, ansioso, Cynan.

Scatha lo miró con expresión sombría.

-No lo saben. Pero es de todos conocido que los *dyn dythri* van allí a menudo y los *rhuodimi* proceden de allí.

-¿Las cosas rugientes? -preguntó, asombrado, Cynan.

«Los coches y las máquinas», pensé yo.

-Entonces allí aguarda Siawn Hy, y allí encontraremos a Tángwen y a Goweyn. Y -me apresuré a añadir-, si no me equivoco, allí están prisioneros Tegid y los Cuervos.

Scatha asintió.

-Pero hay algo más: dicen que el *caer* está protegido por un poderoso encantamiento. Todos sienten pavor de ese lugar.

Nos alejamos del lago y caminamos hacia el este, siguiendo la dirección que nos hablan indicado los prisioneros. Un desfiladero, invisible desde la orilla del lago, se abría entre las colinas; lo seguimos y fuimos a parar a una vasta meseta. El mar se extendía ante nosotros, verde e inquieto bajo un nublado cielo gris. Sobre la cima de un promontorio rocoso, que se cernía sobre las agitadas aguas, se levantaba una fortaleza de piedra. Como la torre que habíamos visto hacía días, el *caer* se alzaba abandonado y solitario sobre la desnuda roca, como una reliquia de remotos tiempos.

-El Hombre Cínico ha escogido este lugar como baluarte -dijo Scatha.

Nos habíamos detenido para observar el terreno que se extendía más allá del desfiladero y, aparte de la arruinada fortaleza y de algunas casuchas de piedra en las que habían vivido los guerreros, el paraje estaba totalmente desierto. Los desertores habían descrito el lugar con todo detalle.

Sin embargo, nos acercamos a la fortaleza muy despacio, atentos a cualquier señal de vida que apareciera en las destrozadas murallas. Yo abría la marcha junto a Cynan y Scatha, al frente de los *GwrGwir,* como no quisieron quedarse atrás, nuestros derrotados enemigos nos seguían a cierta distancia. Al pasar junto al promontorio vi huellas de vehículos pesados en la hierba. Muchos *rhuodimi* habían pasado por allí. La puerta entre los mundos de la que hablaba el profesor Nettleton debía de estar

cerca, pero no alcanzaba a verla.

El mar batía y suspiraba en torno al promontorio; el viento ululaba en las ruinas. Enormes pedruscos se habían derrumbado entre la espesa hierba verde al pie de las otrora altísimas murallas. Observamos un buen rato los derruidos muros esperando ver alguna señal de vida.

-Arianrhod duerme en su promontorio rodeado por el mar -dije pensando en voz alta, mientras contemplaba la derruida puerta ennegrecida por los años y semidesprendida de sus goznes.

A lo cual replicó Scatha:

-Sólo el beso casto la devolverá al lugar que le corresponde.

Cynan nos miró de reojo.

-¿Y bien? -preguntó con impaciencia-. ¿Es que vamos a pasarnos todo el santo día aguardando aquí?

-No, pero primero debemos comprobar si hay otra entrada -respondí yo.

-Enseguida -repuso Cynan, e hizo un gesto a Owyn y a tres guerreros más, que desaparecieron corriendo por la esquina más próxima de aquella cortina de piedra.

Poco después aparecieron por el otro lado.

-No hay ningún otro acceso -informó Owyn.

-¿Has visto a alguien? -le preguntó Scatha.

-A nadie -respondió el guerrero galanae.

-Entonces entraremos.

Alcé mi lanza en silenciosa señal y los guerreros avanzaron en perfecta formación detrás de mí.

Cuando pasábamos bajo la sombra del muro, una voz gritó:

-¡Alto! ¡No os acerquéis más!

Levanté la cabeza hacia la derruida muralla. El Hombre Cínico nos miraba desde lo alto del muro, a la izquierda, con la máscara de bronce y la lanza en ristre.

-¡Tu hueste ha sido derrotada! -grité-. ¡Arroja las armas y libera a los prisioneros! Hazlo inmediatamente o a buen seguro morirás.

El guerrero de bronce echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada inquietante y odiosa. No era la primera vez que la oía.

La carcajada cesó de pronto.

-¡No me des órdenes aquí! -gritó encolerizado.

Luego, suavizando la voz, añadió:

-Si quieres recuperar a tu esposa, ven a buscarla. Pero solo.

Y desapareció de la muralla antes de que pudiera responderle.

-No me gusta esto -gruñó Cynan.

-Me parece que no tenemos otra opción -comenté yo-. Iré solo.

-Es un riesgo insensato -objetó Scatha.

-Lo sé -le dije-. Pero es un riesgo que debo correr por Goewyn.

Ella asintió, metió la mano bajo el manto y sacó un delicado cuchillo. Se acercó y me lo escondió en el cinto.

-Ya te armé en otra ocasión, y vuelvo a hacerlo otra vez, hijo mío. Salva a mi hija.

-Así lo haré, *Pen-y-Cat* -repuse.

Scatha me abrazó, me besó y se alejó rápidamente volviendo a ocupar

su lugar al frente de los guerreros.

Yo avancé dos pasos hacia la puerta.

-¡Espera! -dijo Cynan, adelantándose-. No pienses que vas a entrar solo, mientras a Cynan Dos Torques le quede un aliento de vida. Mi esposa también está prisionera; voy contigo.

Dio un paso hacia la puerta.

-Podemos discutir el asunto o podemos entrar a rescatar a nuestras mujeres -añadió.

Como no habría forma de disuadirlo, asentí; atravesamos juntos la puerta y entramos en el patio.

Hierbas secas asomaban entre las grietas del pavimentado patio y se mecían al viento como largos bigotes blancos. El suelo estaba sembrado de derrumbados pedruscos. Al patio se abrían puertas arqueadas que dejaban entrever oscuros y vacíos pasillos. Al otro lado, frente a la puerta de la muralla, se alzaba un edificio escalonado; el tejado se había hundido y tejas curvas como escamas de un dragón sembraban el patio. Unos cuantos escalones de piedra conducían hasta una estrecha puerta de madera. La puerta, dos veces más alta que un hombre, estaba abierta.

Sentí un helado escalofrío en mi mano de plata.

-Está cerca -le murmuré a Cynan.

Subimos resueltos y sigilosos los escalones y empujamos la puerta. Al instante nos asaltó un repugnante hedor a carne podrida, a orina y excrementos. La puerta daba a un oscuro vestíbulo lleno de inmundicias. Las cabezas cortadas de dos desgraciados estaban clavadas en el dintel de una puerta interior. Las jambas estaban manchadas de sangre.

Atravesamos cautelosamente la puerta y penetramos juntos en una sala.

-Os estaba esperando -dijo una voz-. Todos os estábamos esperando.

37

LA HEROICA HAZAÑA

La habitación, enorme y de una sola pieza, estaba iluminada por antorchas que despedían una débil y mortecina luz, que apenas lograba vencer la tenebrosa oscuridad. En el centro de la habitación estaba el Hombre Cínico. La luz de las antorchas parpadeaba en su máscara de bronce, de modo que parecía como si sus facciones cambiaran constantemente.

Detrás de él había dos puertas con barrotes de hierro. Al mirar hacia allí, el rostro de Goewyn apareció en el pequeño ventanuco de una de ellas, y el de Tángwen en la otra. Ninguna de las dos mujeres lloraba, pero ambas se agarraban a los barrotes y nos miraban con la atónita y temerosa expresión de los cautivos que han abandonado hace tiempo la esperanza de la liberación, y de pronto ven que la esperanza no los ha abandonado a ellos.

Mi primer impulso fue correr hacia Goewyn y sacarla de su prisión sólo con la fuerza de mis manos. Ansiaba cogerla en mis brazos y llevármela lejos de aquel pestilente e infernal agujero. Me acerqué al Hombre Cínico.

-Suéltalas -le dije.

-No has venido solo -repuso él en tono amenazador.

-Mi esposa también está prisionera -le espetó Cynan-. Si le has hecho algún daño, te mataré. Suéltala.

-¿*Tu* esposa? -se mofó el guerrero recubierto de bronce-. Quizás haya compartido tu lecho, pero Tángwen no ha sido nunca tu esposa, Cynan Machae.

-¿Quién eres? -le preguntó Cynan, adelantándose.

Asia la espada con tal fuerza que le temblaba el puño.

-¿Queréis que las libere? -gritó de pronto el Hombre Cínico haciéndose a un lado-. Hacedlo vosotros mismos.

Extendió la mano y con un dedo enfundado en bronce señaló un lugar en el suelo rodeado por antorchas.

-Haced lo que tanto deseáis.

Miré hacia donde señalaba y vi dos llaves en un aro de hierro sobre una losa del pavimento. Eché una rápida ojeada a las puertas de las celdas y vi que hacía poco les habían puesto cerraduras nuevas.

Hice una seña a Cynan y avanzamos cautelosamente. Mi mano de plata empezó a latirme con agudas y heladas punzadas. Apreté los dientes y me acerqué con la lanza preparada. Las llaves habían sido colocadas en el centro de un intrincado dibujo, trazado en el suelo con finas y negras líneas de ceniza y trocitos de hueso..., los restos de algún sacrificio, supuse. Los braseros ardían con un humo penetrante.

-¿Qué es eso? -preguntó Cynan-. ¿Lo reconoces?

El símbolo era una rudimentaria parodia del *Môr Cylch,* el Laberinto de la Vida, pero estaba al revés y roto, y las líneas eran torpes e irregulares. La belleza y la gracia del original habían sido voluntariamente desfiguradas.

-Es un hechizo de alguna clase -le dije a Cynan.

-No me asusta una marca en el suelo -gruñó él.

Antes de que pudiera detenerlo, Cynan se me adelantó y se inclinó para coger las llaves. Pero, al entrar en el círculo, fue asaltado por una repentina parálisis que le impidió todo movimiento.

-¡Llew! -gritó con los dientes apretados y la mandíbula paralizada-. ¡Ayúdame!

Miré al hombre recubierto de bronce. Tras la máscara, le brillaban los ojos cruel y tenebrosamente.

-Oh, sí, ayúdalo -siseó la cínica serpiente-. Por lo que más quieras, ayúdalo.

Luego soltó una terrible carcajada.

Conocía aquella risa. La había oído demasiadas veces como para no reconocerla. Se echó a reír otra vez, y su carcajada despejó el último resquicio de duda y confirmó mis sospechas.

-¡Basta ya, Simon! -grité-. Deja que se vaya.

Llevándose a la barbilla el guantelete de bronce, el hombre se alzó la máscara de metal y se quitó el yelmo. Tenía la cara pálida, mortalmente pálida, y delgada, demacrada. La carne parecía casi transparente; venillas azules se marcaban bajo sus párpados y bajo la piel de su garganta. Parecía un fantasma, una aparición, pero la línea de su barbilla y el odio de su mirada no dejaban lugar a dudas.

-Siawn Hy -corrigió acercándose.

Mi mano de plata se estremeció; heladas punzadas me atravesaron la carne.

-Lo hice para ti -dijo, señalando el círculo del suelo-. Pero así está mejor. Ahora estamos solos tú y yo. Frente a frente.

Se detuvo ante mí y se quitó el guante metálico de la mano izquierda, luego lentamente se la llevó a la frente con la palma hacia fuera. Era un gesto bárdico; se lo había visto hacer a Tegid muchas veces. Pero al volver la mano hacia fuera vi grabado en la carne de la palma el dibujo de un ojo.

Siawn pronunció una retahíla de palabras en la lengua desconocida. Yo no podía apartar mis ojos del símbolo grabado en la palma de su mano. La piel estaba desgarrada, pero los cortes eran recientes y aún rezumaban sangre.

Habló de nuevo y los músculos de mis brazos y piernas se pusieron rígidos. Mi espalda y mis hombros eran como bloques de madera. Paralizado de tan extraña manera, no podía moverme. La lanza se me escapó entre los dedos y cayó al suelo; mis piernas se quedaron rígidas. De la boca de Siawn Hy seguían surgiendo palabras, un vertiginoso torrente, un tenebroso ensalmo de perverso poder que arrastraba toda resistencia. Exhalé todo el aliento de la boca y de los pulmones. Cynan, inmóvil junto a mí, emitió un ahogado gemido.

Alguien gritó mi nombre..., Goewyn, creo. Pero no podía verla. No podía cerrar los ojos ni apartar mi mirada de la mano de Simon. El

malvado ojo iba absorbiendo mi pensamiento y mi voluntad; parecía arder en mi mente, mientras las palabras de Siawn Hy zumbaban en torno como insectos o graznaban como grajos. Comencé a jadear, no podía respirar, pero mi visión era más y más aguda.

La maldad ancestral de Tir Aflan... Siawn Hy la había despertado y la empuñaba como un arma. Pero existía una fuerza mucho más poderosa que él nunca llegaría a conocer.

«Supremo Sabedor es el Sumo Dador -pensé-, que socorre a cuantos lo invocan. ¡Socórreme a mí ahora!»

Al instante sentí que el sagrado *awen* del *penderwydd* se avivaba en mí. Como se despliega una vela, mi espíritu se liberó de sus ataduras. Una palabra, un nombre se formó en mi lengua y pude articularlo:

-Dagda... Samildanac...

Salió de mi garganta impelido por la lengua en un tremendo grito:

-¡Dagda Samildanac!

Punzantes rayos de hielo salieron de mi mano y me subieron por el brazo hasta el hombro. Fuera cual fuese el origen del poder que Siawn poseía, no podía apagar el fuego abrasador de mi mano de plata: la tersa superficie de plata resplandeció, el intrincado laberinto de la Danza de la Vida brilló con una deslumbrante luz de oro.

La voz de Siawn retumbó en mis oídos mientras él se me acercaba aún más vociferando su letanía. Vi el espantoso ojo grabado en su palma que pretendía marcarme con el repugnante símbolo.

-Por el poder de la Mano Firme y Segura prevalezco sobre ti -dije y levanté mi mano de plata presionando mi palma contra la suya.

Siawn lanzó un alarido y separó su mano. Hilillos de humo surgieron del dibujo de su herida. El aire llenó de nuevo mis pulmones y aspiré con él el olor a carne chamuscada. La herida rojiza de la palma de Siawn se había borrado, el obsceno estigma se había cauterizado; en lugar del maléfico ojo campeaba ahora la marca del *Môr Cylch,* el Laberinto de la Vida.

Súbitamente liberado, me apresuré a socorrer a Cynan; me arrodillé a su lado, tomé aliento y soplé sobre las cenizas rompiendo así el poder del hechizo. Cynan cayó de bruces y se levantó de un salto.

-¡Bravo, hermano! -exclamó.

Yo cogí las llaves.

-Vigílalo -le ordené a Cynan.

-¡Encantado! -replicó él.

Alzó la espada, se acercó al caído Siawn y le puso la punta de la hoja en la garganta.

Yo corrí hacia las puertas de hierro, metí la llave en el primer cerrojo y la giré. El cerrojo cedió y yo empujé con todas mis fuerzas; los goznes rechinaron y la puerta se abrió. Goewyn salió corriendo de su celda y se echó en mis brazos. Le besé la cara, la boca y el cuello y sentí sus labios sobre mi rostro. Mientras me besaba repetía sin cesar mi nombre.

-Estás libre, amor mío -le dije-. Todo ha terminado. Estás a salvo. Estás libre.

La estreché contra mí otra vez, pero ella se apartó con un débil grito y se llevó las manos al vientre, que estaba considerablemente abultado bajo

el manchado y sucio manto. Posé mi mano sobre la redonda protuberancia y noté el latido de una vida.

-¿Te encuentras bien? ¿Te ha causado algún daño? -le pregunté inquieto.

Hasta aquel momento había procurado no pensar en sus sufrimientos y ahora de pronto me sentía abrumado por una angustiosa preocupación.

Goewyn sonrió; su cara estaba pálida y demacrada, pero su mirada era límpida y brillaba de amor y felicidad.

-No -repuso, acariciándome la cara-. Me decía cosas..., cosas horribles -se le llenaron los ojos de lágrimas que resbalaron por sus mejillas-. Pero no me hizo ningún daño. Creo que Tángwen está también sana y salva.

Cynan, que mantenía a raya a Siawn a punta de espada, volvió la cabeza al oír el nombre de su esposa. Al posar los ojos sobre la celda, la espada vaciló en su mano. Goewyn seguía abrazada a mí, y por encima de su hombro vi cómo la puerta se abría de golpe. La primera reacción de Cynan fue de júbilo. Pero de pronto comprendió por qué la puerta no estaba cerrada con llave. La alegría de su rostro se desvaneció y una expresión de horror apareció en sus ojos.

-¡Traición! -gritó.

Por la puerta de la celda de Tángwen irrumpió en la habitación un grupo de hombres armados. Cynan se abalanzó contra ellos espada en mano. Siawn reaccionó con vertiginosa celeridad: extendió de repente la pierna y Cynan tropezó y cayó al suelo; la espada se le escapó de la mano y se deslizó por el suelo.

Instantes después, cuatro hombres se echaron sobre su espalda y otros cuatro, Paladyr entre ellos, se abalanzaron sobre mí. Empujé a Goewyn detrás para protegerla con mi cuerpo y saqué del cinto el cuchillo que Scatha me había dado. Pero demasiado tarde. Me inmovilizaron y Paladyr me puso la punta de su espada en la garganta.

Otros dos hombres cogieron a Goewyn y la apartaron de mí. En ese momento Tángwen salió de la celda con aire triunfante.

-Hay que tener siempre mucho cuidado al elegir esposa -dijo Siawn, mientras Tángwen se colocaba a su lado.

-Lo hice por mi padre y por mis hermanos -declaró exultante ella-. Se aliaron con Meldron y vosotros los matasteis. La deuda de sangre está ahora saldada.

Siawn, sosteniéndose aún su mano marcada, avanzó sonriente. Se detuvo frente a mí con la expresión terrible y maléfica de un demonio. Espetó una orden a uno de sus secuaces y el hombre desapareció entre las sombras, a mi espalda.

-Vaya, por fin comienzas a ver el final.

-Deja que los demás se marchen -dije yo-. Es a mí a quien quieres. Retenme a mí y deja que los demás se marchen.

-Estás en mis manos, amigo mío -se mofó él- Completamente en mis manos.

Entonces se levantó un confuso tumulto al otro lado de la habitación. Una puerta se abrió detrás de mí -no la veía, pero oí el chirrido de sus

goznes- y por ella entraron arrastrando los pies Tegid, Gwion, Bran y los Cuervos, con las manos atadas, pesadas cadenas en los pies y custodiados por centinelas; Bran y Drustwn apenas podían sostenerse en pie y el brazo de Garanaw le colgaba inerte en el costado. Mi orgullosa Bandada de Cuervos parecía haber sido duramente batida. Detrás entró Weston y cuatro extranjeros, que parecían asustados y confusos.

Al verme, Bran soltó un grito e intentó acercarse; los demás Cuervos se revolvieron contra sus captores, pero los golpearon con los extremos de las lanzas y los obligaron a volver a la fila.

-Mira por dónde -se refociló Siawn-. Nunca me tuviste en mucho, ¿verdad? Muy bien, pues me has subestimado por última vez, amigo -y la palabra sonó en su boca como una maldición.

-Escúchame con atención -dije yo con tono agudo, procurando dominar la voz-. Mis guerreros están aguardando ahí fuera. Son invencibles. Si nos ocurre algo, morirás. Te lo aseguro.

Si a Siawn Hy le afectaron en algo mis palabras, lo disimuló; pero varios de sus guerreros se estremecieron y la espada de Paladyr disminuyó su presión sobre mi garganta.

-Es cierto, señor -dijo-. No cabe la esperanza de que podamos vencerlos.

Siawn hizo un ademán desdeñoso ante el comentario.

-No me interesa vencerlos -dijo como si nada-. Sólo me interesa vencer a Mano de Plata.

-Entonces deja que los demás se marchen -repetí otra vez-. Una vez estén libres, ordenaré a mis guerreros que se retiren. Sin una orden mía, ninguno de vosotros saldréis de este lugar con vida.

-Hazle caso, señor -dijo Paladyr, con una nota de inseguridad en la voz.

-¿Qué está diciendo? -preguntó Weston, y su voz sonó en mis oídos como un incoherente balbuceo.

Se adelantó e insistió:

-Quiero saber lo que está pasando. Dijiste que no habría ningún problema. Dijiste que todo estaba controlado.

-¡Déjame en paz! -rugió Siawn Hy en la lengua de los extranjeros-. Te di lo que querías. Ahora me toca *a mí.* Así lo acordamos.

-Pero algunos de mis hombres han sido asesinados... -gimoteó Weston-. ¿Cómo se supone que voy a...?

-¡Cierra el pico! -vociferó Siawn, interrumpiéndolo con un manotazo. Luego se dirigió a mí-. Si dejo a los demás libres, tú nos darás un salvoconducto para que nos marchemos..., ¿no es eso?

-Te doy mi palabra de honor -juré-. Pero deja que se vayan.

-No, Llew -me suplicó con débil voz Goewyn-. Yo no te dejaré.

Siawn emitió un silbido.

-Me estoy divirtiendo de lo lindo.

-Los guerreros aguardan fuera -le dije-. Y no aguardarán eternamente.

-¿Crees que me importa mucho? -se burló Siawn-. No voy a permitir que un prisionero me dé órdenes.

Acercó su rostro al mío, jadeando. Las venas le sobresalían en el

cuello y la frente.

-Tu palabra no significa nada para mí. Tú no significas nada para mí. Desde que viniste aquí has sido mi desgracia. Pero se acabó, viejo amigo.

Me volvió la espalda.

-¡Hacedlo! -aulló.

-¿Qué quieres que hagamos, señor? -preguntó Paladyr.

-¡Matadlo! -gritó Siawn.

Paladyr vaciló.

-¡Hacedlo! -repitió Siawn Hy.

Paladyr miró a su alrededor y luego clavó los ojos en Siawn.

-No -dijo bajando la espada y haciéndose a un lado-. Deja que los demás se vayan, o nos matarán.

-¡Paladyr! -exclamó la voz de Tegid, que había estado aguardando el momento oportuno para hablar-. ¡Escúchame! Tú pediste *naud* y Llew te lo concedió -dijo, recordándole que me debía la vida-. No te mintió entonces y tampoco te está mintiendo ahora. Suéltanos y no sufriréis ningún daño.

-¡Hacedlo callar! -rugió Siawn.

Oí un golpe y Tegid cayó al suelo.

-Te concedí la vida, Paladyr -dije yo.

-¡Está mintiendo! -insistió Siawn Hy-. ¡Matadlo!

Paladyr sacudió la cabeza lentamente.

-No. Está diciendo la verdad.

-i Siawn Hy! -dije yo-. Retenme a mí, pero deja que los demás se marchen.

Para demostrar la verdad de lo que decía di vuelta al cuchillo que tenía en la mano, lo cogí por la hoja y le ofrecí la empuñadura.

-¡Oh, muy bien! -gruñó Siawn Hy.

Cogió el cuchillo y lo desvió un poco. Pero luego, con un rápido movimiento de felino me lo clavó. La afilada hoja se hendió fácilmente en el centro del pecho, justo debajo de las costillas. Ni siquiera sentí que se me clavara.

Goewyn gritó y se soltó de sus captores. Dio unos pasos hacia mí, pero Paladyr la detuvo cogiéndola por el brazo.

Bajé la mirada y vi el cuchillo clavado en mi pecho. Con un grito de júbilo Siawn lo hundió aún más. Sentí bajo las costillas como una quemadura y noté que el pulmón se deshinchaba; aire y sangre salieron por la herida. Siawn empujó aún más la hoja y luego la soltó. Los tres hombres que me sostenían se apartaron.

De súbito mis piernas se debilitaron. Levanté un pie para dar un paso y caí de rodillas. Busqué con mis manos la empuñadura, la agarré y tiré con fuerza. Sentí como si una almenara se hubiera encendido en mi pecho y estuviera ardiendo. Dejé caer el cuchillo.

De la herida brotó sangre, caliente y oscura, que me empapó las manos. Una confusa neblina me emborronó la vista, pero era consciente de lo que estaba sucediendo: Siawn me contemplaba con maligno regocijo; Cynan se debatía con violencia en el suelo, sujetado aún por los secuaces de Siawn; Paladyr, ceñudo y silencioso, retenía a Goewyn por el brazo.

Sentí un hormigueo en la garganta y abrí la boca para toser, pero no

pude. El aire se me atascaba en la laringe. Tenía la boca seca como si el fuego del pecho me estuviera devorando por dentro. Abrí la boca, pero no pude aspirar aire. Emití un extraño y ahogado sonido.

Tendí la mano para sostenerme, pero se me dobló el codo y caí de costado. Goewyn se liberó de Paladyr, corrió a mi lado y me cogió entre sus brazos.

-¡Llew! ¡Oh, Llew! -Sollozaba y sus lágrimas caían sobre mi cara-. Llew, alma mía...

Le miré el rostro. Era lo único que alcanzaba a ver. Aunque lloraba, estaba hermosísima. Me arrastró una marea de recuerdos. Me pareció que todo lo que había sufrido por ella no era nada, menos que nada, ahora que estaba a mi lado. La amaba profundamente, ansiaba decírselo, pero no podía. De repente cesó el fuego de mi pecho y sentí un helado entumecimiento. Traté de sentarme, pero mis piernas no me obedecieron. Levanté la mano hacia la cara de Goewyn y le acaricié la mejilla con dedos temblorosos.

-Goewyn, amada mía -dije en un susurro-. Te amo... adiós...

Goewyn, con los ojos anegados en llanto acercó su rostro al mío. El dulce beso de sus labios, calientes y vivos, fue lo último que sentí.

Luego me embargó la oscuridad. Aunque mis ojos continuaban abiertos, no podía ver nada a causa de la negra niebla que me rodeaba. Me pareció que estaba flotando y cayendo a un tiempo. Oí sollozar a Goewyn, la oí pronunciar mi nombre y después oí un estruendoso rugido, como el del mar al estrellarse contra una remota orilla.

El sonido fue en aumento hasta ensordecerlo todo. Se hizo tan intenso que creí que mi cabeza parecía a punto de estallar con la presión del estruendo. Por un terrible instante temí que el sonido me tragara, me aniquilara. Resistí aunque no sé cómo. No podía moverme, no podía hablar ni ver.

Pero cuando pensé que ya no podría soportarlo más, el sonido cesó de pronto y la negra niebla se aclaró. Volvía a ver y a oír, con más claridad que nunca. Podía ver, pero ahora veía todo desde arriba y desde fuera. Vi a Goewyn inclinada sobre mí, meciendo mi cuerpo en su regazo, mientras sus hombros se estremecían con el llanto. Vi a Siawn y a Tángwen mirando con los rostros iluminados por un jactancioso orgullo. Vi a Paladyr un poco aparte, abrumado, con los brazos colgando inertes en los costados. Vi a los Cuervos y a Tegid, atónitos y asombrados ante la atrocidad que no habían podido impedir.

Vi a Cynan tendido en el suelo, inmovilizado por los enemigos y enfurecido por mi muerte. Sentí pena por él. Su esposa nos había vendido a Siawn, nos había engañado desde el principio; durante el resto de su vida tendría que soportar el peso de aquella vergüenza, un destino fatal que en modo alguno merecía. Sobre todas las cosas era mi mejor amigo; me habría gustado despedirme de él. Paz, hermano, le dije, pero no me oyó.

Siawn se volvió y ordenó a sus hombres que ataran a Cynan. Luego se dirigió a Paladyr:

-Coge el cuerpo y llévalo afuera -le ordenó.

Paladyr avanzó, pero Goewyn estrechó mi cuerpo entre sus brazos,

gritando:

-¡No! ¡No! ¡No lo toques!

-Lo siento -murmuró él, mientras se inclinaba sobre ella.

-¡Cogedla! -gritó Siawn.

Dos de sus secuaces se apresuraron a asirla y separarla de mí. Gritando, llorando, ella se debatió, pero ellos se la llevaron a rastras.

Paladyr se arrodilló y cogió en brazos mi cuerpo. Luego se puso en pie y me alzó en volandas.

-¡Seguidme! -vociferó Siawn Hy.

Se dio la vuelta y se dispuso a abandonar la habitación; al pasar junto a un candelabro, cogió una de las antorchas.

En el vestíbulo se detuvo para dejar pasar delante a Paladyr.

-Están aguardando a su rey -se mofó-. Se lo llevaremos.

Paladyr me sacó del salón, atravesó el patio y se dirigió hacia la puerta tras la que aguardaban mis guerreros. Tras él iban Siawn y Tángwen, seguidos por Cynan y Goewyn, vigilados por sendos guardianes, aunque en realidad Cynan había perdido su espíritu combativo y los centinelas tenían que ayudar a Goewyn a mantenerse en pie. Tegid y los Cuervos caminaban detrás con aire resuelto, pues habían recuperado algo de su dignidad y temple. Cerraban la marcha Weston y sus mercenarios, temerosos e inseguros.

La procesión provocó un repentino alboroto entre los guerreros que aguardaban junto a las murallas; pero al ver mi cuerpo sin vida todos enmudecieron. Scatha hizo amago de echar a correr hacia su hija, pero Siawn Hy gritó:

-¡Alto! ¡Que nadie se mueva!

Luego ordenó a Paladyr que dejara mi cuerpo en el suelo, y blandiendo la antorcha, se colocó junto a mí.

-¡Aquí tenéis a vuestro joven rey! -vociferó a los destrozados guerreros.

-¡Siawn Hy! -gritó Scatha-. ¡Morirás por lo que has hecho! Tú y tus hombres.

Pero Siawn se echó a reír.

-¿Lo queréis? Os lo regalo. ¡Venid! ¡Lleváoslo!

Scatha y dos guerreros se acercaron despacio. Siawn les permitió que lo hicieran y, cuando estaban cerca, sacó de su coraza de bronce un frasco y vertió con premura su contenido sobre mi cuerpo. Luego, cuando mis guerreros se hubieron detenido y tendían sus brazos para cogerme, Siawn bajó la antorcha y la acercó al líquido que brillaba sobre mi piel.

Estalló una deslumbrante llamarada amarilla. El calor fue instantáneo e intenso. El fuego se propagó por donde se había extendido el líquido. Se me quemaron las ropas y después la carne.

Goewyn gritó y se debatió entre sus captores. Se habría arrojado a las llamas, pero ellos se lo impidieron y la arrastraron lejos de mí.

Siawn contempló con inmensa satisfacción cómo ardía mi cuerpo. Había planeado largamente su venganza y estaba saboreando el momento de su consumación. Cynan, mudo, inmóvil, no miraba las llamas sino a su traidora esposa, que estaba junto a Siawn con aire altivo.

Las llamas consumieron mis ropas. Luego la piel de la cara y del

cuello comenzaron a apergaminarse y a humear. El fuego crepitaba y silbaba a medida que prendía la grasa de mi carne. Ardieron mis cabellos, mi *siarc* y mis *breecs.* Mi cinturón anudado con varias vueltas tardó más en consumirse. Pero cuando las primeras capas de ropa hubieron ardido, aparecieron tres bultos redondos.

Siawn, que estaba contemplando cómo ardía mi cuerpo, vio los tres bultos y los miró con curiosidad. Una extraña luz iluminó sus ojos al reconocer las piedras que Tegid me había dado para que las llevara a Tir Aflan: tres Piedras Cantarinas, que brillaban como diminutas lunas con un resplandeciente color blanco. Tres Piedras Cantarinas al alcance de su mano.

38

FUEGO RESPLANDECIENTE

Siawn Hy no pudo resistir la tentación. Desafiando las llamas, acercó la mano al fuego y con la rapidez de una serpiente cogió una de las tres piedras portadoras de la canción y la alzó con un grito de triunfo:

-¡Con esta piedra soy invencible!

La piedra, de color blanco lechoso, estaba caliente y, mientras la sostenía en alto y su grito resonaba en el aire, se tornó traslúcida como el hielo y se derritió en su mano. Siawn contempló asombrado cómo el líquido se le escurría entre los dedos y se deslizaba por el brazo alzado como si fuera agua.

Se inclinó para coger otra, desafiando de nuevo las llamas. Sus dedos rebuscaron y cogieron la piedra; pero cuando iba a sacarla del fuego, el líquido rocoso se inflamó. Las llamas envolvieron su mano y se extendieron brazo arriba por el rastro de líquido que había dejado la primera piedra.

Siawn se echó atrás sin soltar la segunda piedra y se acercó la llameante mano a la cara. Con un deslumbrante relámpago, la piedra estalló en su puño en miles de fragmentos de un purísimo color blanco, que se esparcieron por doquier en una copiosa lluvia de fuego blanco.

Cada uno de los fragmentos se fundió y comenzó a arder con maravillosa incandescencia.

La tercera piedra, que descansaba aún sobre mi estómago, se fundió en un líquido que comenzó a fluir como miel de plata, como agua reluciente. Rápidamente cubrió todo mi cuerpo y se desbordó a mi alrededor. Fluía como un manantial, crecía y crecía, rezumaba de mi cuerpo y se propagaba en esplendorosas oleadas. Y cuando la piedra derretida rozaba uno de los flameantes fragmentos, ardía en llamas de resplandeciente blancura.

Los hombres se apartaron del fuego, algunos echaron a correr. Pero no había escapatoria. Las llamas eran tan rápidas como brillantes. Corrían avivadas por las ráfagas de su propio ardor y se alimentaban con asombrosa velocidad, a medida que el fuego se propagaba y se remontaba hacia el cielo. La hierba, la tierra y las peñas ardían. Incluso el aire parecía quemarse como yesca. Nada se libraba, nada escapaba al devorador fuego blanco.

Todos, tanto amigos como enemigos, cayeron ante las insaciables llamas. Siawn, que era el que estaba más cerca, fue el primero en sucumbir y se derrumbó en un informe amasijo. Tángwen se precipitó hacia él; las llamas le prendieron en la túnica y el manto y sus cabellos se convirtieron en una cortina de fuego. Al verlo, los guardias arrojaron sus armas y echaron a correr, pero el fuego era más veloz que sus pies.

Cynan y Goewyn se vieron rodeados por las llamas. Cynan,

convertido en una tea de la cabeza a los pies, se precipitó hacia Goewyn para protegerla, pero ella cayó al suelo antes de que él pudiera alcanzarla y Cynan tras dar algunos pasos se desplomó también.

Bran y los Cuervos se vieron acorralados por el fuego junto con Tegid y Gwion. Como tenían los pies encadenados no podían huir, así que se encararon a las llamas impertérritos. No hicieron lo mismo sus guardianes, que en su desesperación por huir tropezaban unos con otros. Pero el fuego corría por el suelo como un relámpago y no tardó en alcanzarlos. Ellos gritaron de pavor y agonía, pero el rugido del devastador fuego ahogó pronto sus alaridos.

Las llamas se extendieron por doquier e inundaron Tir Aflan en un diluvio de fuego, blanco como la plata, que consumía a su paso todo lo que tocaba con vivas y brillantes llamas. Ardieron la hierba y las peñas. Y mientras el incendio subía vertiginosamente hacia el cielo en deslumbrantes llamaradas, incendiando incluso el aire, se oyó un sonido semejante a un carillón. Era la voz del fuego purificador que repicaba clara y límpidamente una canción, la Canción de Albión:

¡Gloria del sol! ¡Estrella rutilante de los cielos!
¡Luz de luz, Excelsa y Sagrada tierra,
que resplandece con las bendiciones del Sumo Dador!
¡Eterno don para la raza de Albión!

Arrastrado por las alas del viento, el fuego purificador se extendió por el cielo, incendió las nubes y los tenebrosos vapores y limpió el aire. El gris y el negro se tornaron reluciente azul, y luego inmaculado blanco. La atmósfera brilló con una luz más brillante que la de las estrellas, más esplendorosa y radiante que la del sol. La Canción resonó en las alturas y se propagó por doquier:

¡Surcada por incontables ríos! Piélago de azules aguas,
playa de blancas olas, firmamento sacrosanto,
exaltada por el poder del Único,
y bendecida por su paz.
¡Fuente de maravillas para los Descendientes de Albión!

El fuego llegó a las costas y se extendió por el mar. Arrastrado por las olas, se propagó en líquidas lenguas por el océano. El mar comenzó a hervir, y pasó del túrgido verde al jade, y luego al color blanco del oro acrisolado. Las aguas se convirtieron en llamas líquidas y el anchuroso y deslumbrante mar se unió como una campana a la Canción, armonizando su profundo tañido con las notas agudas de los cielos. Y la Canción se propagó por doquier:

¡Deslumbrante con la pureza sin par de su verdor!
Hermosa como el esplendoroso destello de la esmeralda,
resplandecen sus profundas cañadas,
brillan sus campos de labor.

¡Gema de incalculable valor para los Hijos de Albión!

El deslumbrante fuego se extendió promontorio abajo, como una imponente muralla de abrasadoras y relucientes llamas, y arrasó los devastados valles de Tir Aflan extendiéndose por los páramos baldíos. El repugnante poblado desapareció al primer contacto con las llamas; los obreros de las minas, al ver que las llamas se precipitaban sobre ellos, se arrojaron a las zanjas. Pero los dedos de las feroces llamas se introdujeron en los más recónditos agujeros y los incendiaron propagándose por el barro, abrasando la tierra y convirtiendo los peñascos de Cwm Gwaed en una columna de fuego. Y la Canción se propagó por doquier:

¡Rica en picos coronados de nieve, inconmensurablemente vasta!
¡Fortaleza de escarpadas montañas!
¡Elevadas alturas, oscurecidas por los bosques y enrojecidas por veloces ciervos,
proclaman al viento el orgulloso esplendor de Albión!

De las cimas de las montañas circundantes brotaron coronas de llamas color blanco plata, que brillaban como titánicas almenaras. Las montañas se convirtieron en volcanes; rocas y nieve, musgo y hielo alimentaron el voraz fuego. Olas de calor se propagaron en todas direcciones. La rocosa piel de las montañas se tornó vítrea y sus entrañas de piedra ardieron con blanco fuego. Las llamas danzaban entre las estrellas. Y la Canción se propagó por doquier:

¡Veloces caballos cruzan las praderas!
¡Gráciles rebaños beben aguamiel en dorados ríos,
retumban poderosos cascos,
en atronadora alabanza al Supremo Sabedor,
fuente de alegría para el corazón de Albión!

Dorado es el grano del Supremo Dador,
generosa la liberalidad de los fértiles campos.
La tierra tiene el color rojo y oro de las manzanas,
la dulzura de los esplendorosos panales de miel.
¡Es un milagro de abundancia para las tribus de Albión!

De plata es el tributo de las redes, numerosísimo el tesoro
de las felices aguas; salpicando de marrón las laderas
lustrosos rebaños sirven
al Señor del Festín.
¡Una maravilla de abundancia para las mesas de Albión!

Siguiendo el curso de ríos y arroyos, incendiando las aguas, propagándose por la Tierra Maldita con sus dedos de fuego, las deslumbrantes llamas fluían avanzando tierra adentro hasta el corazón de Tir Aflan, abrasando a su paso campos y prados. Las marismas

humeaban y luego ardían lentamente hasta convertirse en lagos de fuego. Juncos y hierbas, tojos y troncos retorcidos, bosques enteros eran pasto de las voraces llamas. El fuego purificador consumía la devastada tierra brizna a brizna, rama a rama. Y la Canción se propagaba por doquier:

Hombres sabios, Bardos de la Verdad, audazmente
inflaman sus corazones con la Creación.
¡La sabiduría,
la clarividencia,
la gloria de la verdad pertenece a los hombres de Albión!

¡Encendida en las llamas celestiales, fraguada
en el abrasador fuego del Amor,
inflamada de la pasión más pura,
abrasada en el corazón del Creador,
una esplendorosa bendición ilumina Albión!

Columnas de fuego de color blanco plata danzaban y subían a los cielos ardiendo con la intensidad de cien mil soles, abrasando a la vez la tierra y el firmamento y llenando la negra bóveda de la noche con deslumbradora luz. Y la Canción se propagaba por doquier:

Nobles señores, de rodillas en señal de adoración,
hicieron votos perpetuos
de abrazar la causa de la misericordia,
de honrar eternamente al jefe de los jefes.
¡La vida más allá de la muerte fue prometida a los Hijos de Albión!

La dignidad real surgió de la infinita Virtud,
forjada por la Mano Salvadora;
con la osadía que nace de la Honradez,
con la valentía que nace de la Justicia,
¡una espada de honor para defender a los Clanes de Albión!

Formada con los Nueve Elementos Sagrados,
fraguada por el Amor y la Luz del Señor,
Gracia de las Gracias, Verdad de las Verdades,
llamada al Día de la Lucha,
¡Aird Righ reinará para siempre en Albión!

Nadie pudo prevalecer ante la ferocidad del fuego. La frágil estructura humana se evaporó en el calor abrasador, la carne y los huesos se disolvieron y sus moléculas se dispersaron en la ardiente atmósfera. La Canción que Todo lo Armoniza se propagó por doquier en espirales de fuego purificador.

Y todo cuanto tocó el fuego sagrado quedó purificado, consumido, fundido, reducido a los elementos esenciales y luego reducido a átomos. Y los liberados átomos se desintegraron, se fusionaron y recombinaron en

nuevos elementos. Desde el blanco corazón del fuego, vi cómo la Mano Firme y Segura movía, reunía la informe materia y la moldeaba en nuevas formas.

Sólo yo lo vi, y lo vi con el ojo del Verdadero *Aird Righ,* del sagrado rey que eternamente se autosacrifica. Lo vi con el ojo imperturbable del Sempiterno, que aviva el alma inconsciente y transforma la muerte en vida. Fuera del derretido calor, vi que la maldita tierra de Tir Aflan se refundía, se rehacía, renacía en el fuego.

Nada escapó a la irresistible voluntad del fuego vivificador: las imperfecciones, la fealdad, la debilidad y la deformidad, la fragilidad, las dolencias, la enfermedad, las deficiencias y los defectos, las faltas y las flaquezas, las taras y las lesiones desaparecían, se limpiaban y purificaban. Y cuando ya no quedó imperfección alguna, las llamas fueron disminuyendo hasta apagarse. No podría decir si todo sucedió en eones o en un abrir y cerrar de ojos. Pero cuando al fin se calmó el fuego, Tir Aflan había sido consumida y sus elementos transmutados en una concepción más hermosa y noble: habían sido recreados con una magnificencia opuesta a su anterior degradación, como cuando se desecha una vieja prenda que no tiene arreglo y se reemplaza por otra de incomparable esplendor. No se trataba, en efecto, de un cambio, sino de una transformación; no se trataba de una conversión, sino de una transfiguración.

Aquellos inmundos seres, putas, esclavos y prisioneros -todos los desdichados pobladores de la Tierra Maldita- habían desaparecido y sido reemplazados por hombres y mujeres de grácil prestancia. Los campos y los bosques ya no estaban desiertos; animales de todas clases -ciervos y ovejas, cerdos salvajes, jabalíes, zorros, nutrias, tejones, conejos, ardillas y ratones, vacas, bueyes y caballos- poblaban prados y cañadas, pacían en los senderos de caza y correteaban entre colinas y vegas; truchas y salmones, lucios y percas jugueteaban en los lagos y arroyos; el cielo de un azul intenso estaba lleno de pájaros y las copas de los árboles se deleitaban con sus trinos; las abandonadas laderas, los páramos y los ventosos brezales estaban cubiertos de flores de variadas formas y colores; los ríos corrían límpidos y claros y las aguas eran puras y cristalinas.

Tir Aflan había dejado de existir y en su lugar había aparecido Tir Gwyn.

Tegid Tathal fue el primero en volver a la vida. Abrió los ojos, se puso en pie y miró a su alrededor. Scatha yacía cerca, vestida con una túnica color verde acebo, un cinturón azul y un manto carmesí orlado de verde y oro. Gwion estaba a los pies de Tegid y Bran junto a él; y en torno a Bran, la Bandada de Cuervos tal como Tegid los recordaba, aunque ahora llevaban mantos de azul noche y una torque de plata trenzada. Cynan yacía un poco más allá con la mano tendida hacia Goewyn.

Todos, incluido Tegid, llevaban magníficas vestiduras, de una calidad y un colorido hasta entonces desconocidos. Tegid, Scatha, los Cuervos, todos los *GwrGwir* y sus prisioneros iban ataviados con ropajes de espléndidos colores y ricos tejidos.

Las armas de los guerreros también habían cambiado. El luminoso

lustre del oro y el deslumbrante brillo de la plata resplandecían a la luz de un alba tan límpida y clara como el primer día de la creación. Las lanzas, tanto los astiles como las puntas, eran de oro y de oro eran también las hojas y las empuñaduras de las espadas. Los bordes de los escudos, los tachones y los anillos relucían con el brillo de la plata.

Tegid apartó sus atónitos ojos de los guerreros y de sus armas. Alzó la mirada y contempló un radiante cielo, vivificado por una vivida luz. Luego contempló la transfiguración de la Tierra Maldita, ahora de una inefable belleza, y comenzó a entender lo que había sucedido.

Emocionado y tembloroso, se arrodilló junto a Bran Bresal y lo tocó suavemente. El jefe de los Cuervos se despertó y el bardo lo ayudó a ponerse en pie. Luego despertó a Scatha y a Cynan; y Bran despertó a los Cuervos que ayudaron a Cynan y a Tegid a despertar a los *GwrGwir.*

Scatha, con corazón palpitante, corrió hacia su hija y se arrodilló a su lado. Los cabellos de Goewyn, trenzados con flores blancas y amarillas, resplandecían. Llevaba una túnica azul jacinto, un manto color perla y una capa color alheña con bordados púrpuras. Scatha posó una mano sobre la mejilla de su hija y le volvió la cabeza. Goewyn exhaló un profundo suspiro y se despertó.

-¿Llew? -preguntó.

De pronto recordó lo sucedido y gritó:

-¡Llew!

Se puso en pie de un salto y corrió hacia mí. Mi cuerpo estaba donde lo había dejado Paladyr. Ataviado como un rey, con *siarc,* cinturón, *breecs y buskins* de encendido color escarlata, yacía envuelto en un manto también escarlata; el manto llevaba bordado en hilos de plata el *Môr Cylch,* el Laberinto de la Vida.

Goewyn posó su helada mano en mi frente y después me acarició la cara. Los ojos se le llenaron de lágrimas al sentir el helor de mi carne sin vida. Scatha y Cynan acudieron a su lado; Bran y la Bandada de Cuervos se reunieron alrededor. Cuando Tegid se unió al grupo, Goewyn alzó los ojos arrasados en lágrimas.

-Oh, Tegid, pensé... -y rompió en sollozos.

-Está muerto, Goewyn -dijo Tegid con voz dulce, arrodillándose a su lado.

Luego apoyó su mano en mi rígido pecho y añadió:

-No volverá.

-Mirad -exclamó Bran-, su mano de plata ha desaparecido.

Alzaron mi mano y vi que, en efecto, mi mano de plata había desaparecido y el metal había sido reemplazado por una mano de carne. Goewyn me cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó; luego la dejó sobre mi corazón.

-¿Dónde está Siawn Hy? -preguntó de pronto Cynan-. ¿Dónde están Tángwen y Paladyr?

En realidad, hasta aquel momento nadie había pensado en buscarlos, ni tampoco, después de una infructuosa búsqueda, pudieron dar con ellos. Los malvados se habían desvanecido, aunque no por completo.

-¡Venid! -exclamó Cynan, escrutando el lugar donde habían visto a Siawn por última vez-. He encontrado algo.

Cuando los demás acudieron, estaba examinando una pequeña y extraña mancha en el suelo.

-¿Qué es esto? -preguntó, señalando un montoncito de polvillo.

Tegid se inclinó para examinarlo mejor.

-Es todo lo que queda de Siawn Hy -declaró al fin.

Lo mismo había ocurrido con Paladyr, Weston y los secuaces de Siawn. El fuego purificador había quemado la escoria y no había dejado nada tras su catarsis. Nada, excepto un puñado de cenizas blancas como copos de nieve.

Cynan deseaba recogerlas y arrojarlas al mar, pero Tegid lo hizo desistir de su idea.

-Déjalo -le aconsejó-. Que el viento se las lleve. No habrá lugar de reposo para ellas.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Bran, tratando de comprender el cambio que se había experimentado en ellos y en la tierra que los rodeaba.

Por su boca hablaban otros muchos, especialmente los desertores, que al seguirme a mí habían escapado al hado de su señor. Totalmente transformados, miraban con mudo asombro sus nuevos cuerpos y el mundo renacido en torno, incapaces de comprender su extraordinaria fortuna.

Tegid alzó el bastón de oro que había reemplazado su vara de serbal. Luego, levantando la otra mano sobre su cabeza, se dirigió a la atónita concurrencia:

-El fragor de la batalla será oído en las estrellas del cielo y el Año Grande avanzará hacia su consumación final. Escuchad, Hijos de Albión: la sangre nace de la sangre. La carne nace de la carne. Pero el Espíritu nace del Espíritu y con el Espíritu permanece por siempre jamás. Antes de que Albión sea Una, debe ser realizada la Heroica Hazaña y debe reinar Mano de Plata.

Bajó el bastón y lo tendió sobre mi cuerpo.

-Así fue anunciado y así ha sucedido -continuó el bardo-. El Año Grande ha terminado, el viejo mundo ha desaparecido y ha sido creado otro nuevo.

Señaló mi cuerpo ataviado de carmesí y añadió:

-El *Aird Righ* de Albión ha muerto. La Heroica Hazaña para la que fue elegido ha sido realizada. ¡Mirad en torno! Ha conquistado Tir Aflan y la ha colocado bajo su soberanía. Así pues, todos los territorios están ahora unidos bajo un solo rey: desde este día Albión es Una. Este es el Reino de Mano de Plata. La profecía se ha cumplido.

Regresaron a través de las montañas ahora transformadas: eran resplandecientes gigantes coronados de plata que sostenían sobre sus hermosos hombros la bóveda celeste. Nubes blancas adornaban con regios ropajes las laderas; relucientes arroyos recorrían los valles con sus onduladas risas, y cascadas arropadas en neblina irisaban las alturas. La carretera había desaparecido; en su lugar, un herboso sendero serpenteaba entre los picachos y los unía a los valles.

Regresaron a través de los páramos, transformados en vastas praderas salpicadas de árboles y de primaverales y relucientes lagunas.

Rebaños de ciervos y de ovejas salvajes pacían por doquier; los pájaros surcaban el cielo en alegres bandadas o lanzaban sus trinos a un cielo tan azul y hermoso que cortaba la respiración...

Regresaron a través de colinas y valles, ahora renovados: suaves terraplenes subían hasta hermosas cimas y luego descendían en umbrías y solitarias cañadas. El verdor de colinas y cañadas era tan variado como los tonos de la dorada luz que jugaba en los oteros moteados de nubes...

Regresaron a través del bosque ahora renacido: imponentes columnas de magníficos troncos se alzaban hacia una abovedada arcada de miles de ramas que se extendían bajo un hermoso dosel de hojas; era un verdadero santuario de la naturaleza, iluminado por una suave y difusa luz. Durante el día, el herboso sendero estaba alumbrado por una interminable sucesión de haces dibujados por los rayos del sol. Por la noche, la luna y las estrellas derramaban su plata sobre redondos troncos y gráciles ramas, adornando las hojas con un intrincado dibujo...

Regresaron siguiendo el río, que era ahora un hermoso cauce de generosa corriente y vastos meandros que transcurría sonoro y armonioso. Cisnes, ánsares y otras aves acuáticas anidaban entre los bancales de junco; los peces ganduleaban en los umbrosos bajíos y saltaban en los límpidos rápidos bañados por el sol...

Regresaron a través de un mundo renacido: más hermoso que el más fervoroso ensueño de belleza de un corazón enamorado, más grácil que el deleite, más alegre que la esperanza. Regresaron a través de Tir Gwyn transportando mi cuerpo, hasta la playa donde aguardaban los veloces barcos de pulidos cascos. Y luego regresaron a través de las olas coronadas de espuma de un mar de asombroso color y claridad.

A través de aquel luminoso y siempre cambiante firmamento de líquida luz me llevaron a Albión. Y aunque el viaje se prolongó muchas jornadas, mi cuerpo no mostró la menor señal de corrupción. Parecía como si estuviera dormido, aunque la respiración no agitaba mi pecho y mi corazón estaba rígido y frío.

Mi cuerpo yacía en un féretro hecho con los escudos de plata de los *GwrGwir* atados a astiles de lanza dorados. Me cubría mi manto escarlata y Goewyn permanecía siempre junto a mí, a pie o a caballo. Cuando el séquito se detenía para pasar la noche, ella dormía siempre a mi lado.

Al llegar a Albión, transportaron mi cuerpo a través de aquellas tierras conocidas y familiares, pero transmutadas sin embargo en una copia aún más perfecta. Albión, en efecto, se había transformado en una maravilla que colmaba el alma de deleite y de asombro, como si su anterior belleza no hubiera sido sino un pobre reflejo de la realidad. El esplendor de Albión era ahora más puro y hermoso que las notas de un arpa, más exquisito que la música, de modo que los corazones de todos cantaban al contemplarlo.

Llevaron mi cuerpo a través de Caledon, por colinas y llanuras; luego ascendieron por Druim Vran y llegaron a Dinas Dwr donde aguardaba el rey Calbha y mi pueblo. Al enterarse de mi muerte, la gente lloró con sincero y desconsolado dolor. Los huesos de Alun Tringad fueron enterrados en el dolmen que se alzaba en el Montículo del Héroe, a los pies de Druim Vran. La cabeza del profesor Nettles fue también enterrada

allí. Mi cuerpo, sin embargo, fue colocado en el salón del rey en espera de que se celebrara el funeral, pues Tegid había dispuesto que debía ser enterrado en una tumba que él mismo iba a construir. Entretanto, yací en mi dorado catafalco en el salón del rey, y Goewyn, inconsolable, permaneció a mi lado día y noche mientras se disponía el *gorsedd.*

Un anochecer, Tegid entró en el salón y se arrodilló junto a Goewyn, que pasaba la noche, igual que otras muchas, sentada en el trono de asta junto a mi cuerpo sin vida.

-Ha llegado el momento de la despedida, Goewyn -le dijo el bardo.

-¿Despedida? Jamás lo abandonaré -replicó ella con una voz que la pena convertía en un susurro.

-No quiero decir que tengas que olvidarlo -la calmó Tegid-. Pero ha llegado la hora de que Llew emprenda su viaje. Sólo tú lo retienes aquí.

-¿Que sólo yo lo retengo aquí? -preguntó Goewyn- Pues lo retendré siempre y él siempre permanecerá aquí a mi lado -añadió, cogiendo mi helada mano entre las suyas.

-No -le dijo Tegid cariñosamente-. Deja que se vaya. Es un error impedírselo.

La cogió por los hombros y la miró fijamente, obligándola a mirarlo.

-Goewyn, escúchame. Todo está como debe estar. Llew nos fue enviado con una misión y esa misión ha sido cumplida. Ha llegado el momento de dejar que continúe su viaje.

-No puedo -gimió Goewyn abrumada por el dolor-. ¡Me quedaré sola!

-Si no dejas que se vaya, tu amor te hará enfermar; te quitará la vida y la de tu hijo -replicó Tegid con firmeza.

Los ojos de Goewyn se llenaron de lágrimas; escondió el rostro entre las manos y rompió a llorar.

-Oh, Tegid -exclamó, mientras las lágrimas caían por sus mejillas-. ¡Es tan doloroso!

-Lo sé -repuso él con ternura-. Es un dolor difícil de curar.

-No sé qué hacer -sollozó ella.

-Te diré lo que debes hacer -repuso el sabio bardo abrazándola-. Darás a luz al niño que él te ha regalado, amarás a ese hijo y lo educarás en su memoria. Ahora ven conmigo, Goewyn -añadió, cogiéndola de la mano.

Goewyn se levantó y tras dirigirme una amorosa mirada salió con Tegid. Scatha y la Bandada de Cuervos aguardaban a la puerta del salón. Tan pronto como salieron Tegid y Goewyn, los Cuervos entraron y se acercaron al féretro. Cargaron a hombros la litera de escudos y astiles y la sacaron fuera; luego la transportaron a través del *crannog* hasta un bote, y atravesaron el lago hasta la otra orilla donde aguardaba Cynan con caballos y un carro. Tres corceles, uno rojo, otro blanco y un tercero negro, tiraban del carro; las pezuñas de los caballos y las ruedas del carro estaban cubiertas con crespones negros. Junto a Cynan, que portaba un escudo y una lanza también enlutados, estaba el rey Calbha; y detrás, con antorchas apagadas, se había congregado todo el pueblo de Dinas Dwr.

El cuerpo fue colocado en el carro y la procesión recorrió lentamente la orilla del lago hasta el lugar donde Tegid había erigido el Túmulo del Héroe, dentro del sagrado bosquecillo destinado a sus *mabinogi.* Al subir

ladera arriba hacia el bosquecillo, el séquito pasó junto al molino que en mi ausencia habían acabado de construir el rey Calbha y Huel, el maestro de obras. Al pasar junto a él, yo lo bendije para que funcionara bien.

El cortejo penetró en el umbrío soto, que proyectaba su sombra bajo un cielo de un esplendoroso crepúsculo azul. El *gorsedd* había sido erigido en el centro del soto: era una cámara subterránea de piedra, cubierta de tierra y hierba y rodeada por un anillo de esbeltos abedules plateados. Alguien había dejado un escudo junto al *cairn,* y al entrar en el soto oí el graznido de un cuervo. Una sombra veloz cruzó el cielo y un pájaro enorme de negras y brillantes plumas se posó en el reborde del escudo. Creo que Alun había enviado un mensajero para que me dijera adiós.

El féretro dorado fue dejado a los pies del túmulo ante la silenciosa multitud. El Bardo Supremo, de pie junto al cadáver, se cubrió la cabeza con un pliegue de su manto.

Luego, alzando encima de mí la vara de oro, dijo: -Esta noche enterramos a nuestro rey. Esta noche despedimos a nuestro hermano y amigo; un amigo que hizo por nosotros lo que nosotros no podíamos hacer solos. Vivió poco tiempo entre nosotros, pero, como Meldryn Mawr, que ostentó antes que él la soberanía, Llew preservó la Canción de Albión. Su vida fue la vida de la Canción, y la Canción reclamó la vida que tan brevemente le había otorgado. El rey ha muerto, asesinado de la forma más vil y odiosa. Se enfrentó gustosamente a la muerte para salvar la vida de su esposa y la de sus amigos, por cuya libertad luchó y triunfó. Que jamás sea dicho que ambicionó la gloria; que todos recuerden que se humilló a sí mismo y rompió su *geas* para poder capitanear la expedición a Tir Aflan. Y gracias a que él no se aferró a su rango, la felicidad y el bienestar reinan en este mundo, porque con su muerte restauró la Canción de Albión. ¡Escucha, oh Albión! El Año Grande ha terminado, comienza un ciclo nuevo. La Canción ya no tendrá que mantenerse escondida; ya no necesitará que el *Phantarch* y los reyes la protejan, porque ahora la Canción está en el corazón y en el alma de todas las mujeres y de todos los hombres, y todos los hombres y las mujeres serán sus protectores.

Tegid Tathal, *penderwydd* de Albión, bajó la mano y añadió: -Ha llegado el momento de despedir a nuestro hermano para que siga su camino.

Encendió un pequeño fuego y prendió una antorcha. El fuego fue pasando de una tea a otra hasta que todas brillaron como estrellas, en el soto sumido en las tinieblas de la noche. Luego ordenó a los Cuervos que alzaran de nuevo el féretro. Drustwn, Emyr, Niall y Garanaw, con Bran junto a mi cabeza, se dispusieron a transportar mi cuerpo en torno al soto siguiendo la órbita del sol. Detrás iba Tegid, con Scatha a su derecha y Cynan a su izquierda, seguidos por Goewyn y por todo el pueblo de Dinas Dwr. Mientras caminaban, todos comenzaron a cantar.

Yo estaba con ellos en el soto. Veía el resplandor de las antorchas iluminando sus caras surcadas de lágrimas. Oía cómo sus voces se elevaban al principio suavemente y después con más ímpetu a medida que daban rienda suelta al dolor que los abrumaba. Goewyn también cantaba, con la cabeza erguida y los ojos preñados de lágrimas que le iban bañando

las mejillas y el cuello.

Yo sentí el peso de su dolor y me acerqué a ella: «Goewyn, amada mía, vivirás para siempre en mi alma -le susurré al oído-, esposa mía, el más sincero de los corazones, tu dolor cesará algún día».

Tegid condujo la procesión fúnebre en torno al túmulo..., luego dio una segunda vuelta... y una tercera. Tras haber completado el tercer círculo, la gente se dispuso en una doble hilera y todos alzaron las antorchas, formando así el *Aryant Ol,* el Camino Radiante, por el que el cuerpo de un rey es conducido hasta su descanso eterno. Y, en la hora-entre-horas, mi cuerpo fue llevado a su tumba.

Los Cuervos, imponentes y solemnes, con el féretro sobre los hombros, comenzaron a avanzar con lentos y medidos pasos hacia el túmulo a través del Camino Radiante. Tegid, con Goewyn y Cynan detrás, alzó la antorcha y los tres, siguiendo el Camino Radiante, entraron en el *cairn* detrás de los Cuervos. Colocaron el féretro sobre un jergón en el centro de la cámara y uno tras otro se fueron despidiendo de mí, arrodillándose junto al cuerpo y llevándose el dorso de la mano a la frente en un último saludo.

Finalmente, sólo se quedaron Cynan, Goewyn y Tegid. Cynan, con los ojos llenos de lágrimas, se llevó las manos a la garganta y se quitó la torque de oro; la depositó sobre mi pecho y dijo:

-Adiós, hermano. Que en el lugar a donde vas encuentres lo que buscas y no lo que no buscas.

Se le quebró la voz y se dio la vuelta frotándose los ojos con los nudillos.

Goewyn, con los ojos brillantes a la luz de las antorchas se inclinó y me besó en la frente.

-Adiós, amado mío -dijo con voz temblorosa y baja-, mi corazón te acompañará dondequiera que vayas.

Tegid tendió su antorcha a Cynan y cogió la bolsa de cuero que le colgaba al cinto. Sacó un puñado de *Nawglan,* el Sagrado Nueve, y lo depositó en la palma de su mano izquierda. Untando la yema de su dedo índice en el polvillo, trazó una línea vertical sobre mi frente. Luego presionó de nuevo la yema en el *Nawglan* y trazó una segunda y una tercera línea a ambos lados de la primera, ligeramente inclinadas. De este modo, con las cenizas del Sagrado Nueve, dibujó sobre mi helada frente el *gogyren,* los tres Rayos de la Verdad.

-Adiós, Llew, Mano de Plata. Que te vaya bien en tu viaje -dijo el bardo.

Luego clavó la antorcha a la cabecera del féretro y se dio la vuelta saliendo de la tumba con Cynan y Goewyn.

Los Cuervos, que aguardaban fuera, procedieron a sellar la entrada con piedras. Vi, desde dentro, cómo la puerta del *cairn* se iba haciendo más pequeña, piedra a piedra. Vi los rostros de los que tanto había querido: Scatha, la majestuosa, valiente y hermosa *Pen-y-Cat;* Bran Bresal, el jefe de los Cuervos, el impávido señor de la batalla; la bandada de Cuervos: Drustwn, Emyr Laidaw, Garanaw Brazo Largo y Niall, incondicionales compañeros, hombres en quienes se podía confiar en cualquier circunstancia; el rey Calbha, mi generoso aliado; Cynan, fiel

hermano de armas y leal amigo; Goewyn, la más hermosa entre las hermosas, mi esposa y amante, que estaría para siempre junto a mi corazón; y Tegid, el sabio *penderwydd,* el Bardo Supremo de Albión, el amigo más fiel, cuyo amor me allanaba el viaje más allá de la muerte.

Vi cómo mi pueblo se iba pasando las piedras de mano en mano por el *Aryant Ol* para sellar mi tumba. Y entonces oí la voz de Tegid, clara y potente, que entonaba una canción que reconocí al instante como un canto de satisfacción. Mientras paseaba sus dedos por las cuerdas del arpa, el bardo cantaba:

> En la escarpada senda de nuestro común destino,
> te rogamos:
> hazla fácil o difícil para nuestra carne,
> hazla luminosa u oscura para los que la seguimos,
> hazla dura o suave bajo nuestros pies;
> concede, Sumo Sabedor, tu maravillosa protección,
> a nuestro regio amigo,
> para que no caiga ni se extravíe en el error.
>
> En el abrigo de este bosquecillo,
> sé su consuelo y su guía,
> *Aird Righ,* por la autoridad de los Doce:
> el Viento de tormentas y galernas,
> el Trueno de tempestuosas olas,
> el Rayo del resplandeciente sol,
> el Oso de siete batallas,
> el Águila del escarpado risco,
> el Jabalí del bosque,
> el Salmón del estanque,
> el Lago de la cañada,
> el Brezo de la colina,
> la Fuerza del guerrero,
> la Palabra del poeta,
> el Fuego del pensamiento sabio.
>
> ¿Quién sostiene *el gorsedd,* si no Tú?
> ¿Quién cuenta las eras del mundo, si no Tú?
> ¿Quién gobierna la Rueda del Cielo, si no Tú?
> ¿Quién despierta la vida en el útero, si no Tú?
> Por tanto, Dios de Todas las Virtudes y Poderes,
> purifícalo y protégelo con tu Mano Firme y Segura,
> condúcelo en paz hasta el final de su viaje.

La abertura del *cairn* ya era poco más que una grieta en la piedra. Luego taparon también aquel pequeño resquicio y me quedé solo. La voz de Tegid ante la sellada tumba fue lo último que oí.

-Morir en un mundo es nacer en otro -declaró ante el pueblo de Dinas Dwr-. Que todos lo sepan y lo recuerden.

El chisporroteo de la antorcha llenaba la tumba, pero poco a poco fue

disminuyendo a medida que la tea se apagaba. La llama acabó por morir dejando un rojizo resplandor que también se desvaneció. Luego las tinieblas me reclamaron.

No sé cuánto tiempo estuve sumido en la silenciosa oscuridad. De pronto oí un sonido parecido al del viento entre las ramas, un chasquido, un crujido, un susurro. Me di la vuelta y vi detrás de mí, como a través de una puerta entre sombras, la turbia silueta de una colina color violeta pálido, que se recortaba sobre el azul grisáceo del alba. Instintivamente me acerqué para ver mejor.

En el momento en que di el primer paso, oí un estruendo y me pareció como si estuviera descendiendo por un largo y estrecho pasillo. Y de pronto sentí una ráfaga de aire, una inmensa y abrumadora oleada que se cernía sobre y en torno a mí, como un océano de aire. En aquel preciso instante, la colina de color violeta pálido se emborronó y desapareció.

Adelanté un pie en el oscuro sendero y luego otro. El viento rugía a mi alrededor con el estruendo de un océano. Con el vacío a ambos lados y el abismo a mis pies fui avanzando paso a paso por aquel puente estrecho como el filo de una espada. Oía en el rugido del viento el inquietante eco de tenebrosas fuerzas que se deslizaban y chocaban en el abismo tétrico e insondable. Todo a mi alrededor era oscuridad -la más profunda e intensa- y abrumador silencio.

Y de pronto se alzó un espantoso vendaval que aullaba por doquier y me impelía violentamente hacia delante. Me parecía como si me estuvieran despellejando y arrancándome la carne de los huesos. La cabeza comenzó a latirme dolorosamente; no podía respirar. Me dolían los pulmones y el corazón me palpitaba agitadamente.

Sin hacer caso al dolor, alcé un pie y di otro paso. Pero el pie se posó en el vacío y caí. Eché las manos para protegerme en la ciega caída; mis palmas encontraron una suave y sólida superficie y caí de bruces sobre la nieve, fuera del *cairn,* a la luz gris del alba.

-¿Llew...?

Era la voz de Goewyn.

39

EL NUDO SIN FIN

Alcé la cabeza y miré a mi alrededor buscándola. El esfuerzo desencadenó en mi interior algo y mis pulmones se llenaron de aire frío. Era un aire rudo y agudo; quemaba como fuego, pero no podía dejar de inhalarlo. Respiraba ansiosamente, como si cada aspiración pudiera ser la última. Los ojos me lloraban y los brazos y las piernas comenzaron a temblarme. El corazón me palpitaba y la cabeza vibraba al ritmo de los latidos. Cerré los ojos y procuré dominar la desbocada carrera de mi corazón.

-Lew... -dijo de nuevo la misma voz con acento preocupado.

Sentí una mano en el hombro; ella estaba junto a mí.

-¿Goewyn? -levanté la mirada y vislumbré un mechón de cabellos rojizos... No era Goewyn, sino su hermana, la *banfáith* de Albión-. ¡Gwenllian!

-¿Lew... Lewis?

Enfoqué la vista poco a poco y vislumbré un rostro.

-Gwenllian, yo...

-Soy Susannah, Lewis. ¿Te encuentras bien?

De algún rincón de mi mente afloró un vago recuerdo.

-¿Susannah?

-Sí, deja que te ayude.

Me pasó los brazos y me ayudó a incorporarme.

-Estás helado -dijo-. ¿Qué ha sido de tus ropas?

Bajé los ojos y vi que estaba completamente desnudo, de pie sobre unos tres centímetros de nieve. El viento soplaba entre las ramas de los árboles despojadas de hojas, y me encontraba junto a la estrecha puerta de un *cairn* en forma de colmena, tambaleante y atontado mientras oleadas de desesperación rompían sobre mí arrastrándome, ahogándome.

-Ponte esto o te morirás de frío -me dijo Susannah, colocándome su abrigo sobre los hombros-. He venido en coche; está en la carretera, en la colina. Nettles no me dijo que tenía que traer ropa, pero tengo unas mantas. ¿Puedes andar?

Abrí la boca pero no pude articular palabra. Probablemente no había palabras para expresar lo que sentía. Así que me limité a asentir con la cabeza. Susannah me cogió por los hombros, hizo que le pasara un brazo en torno al cuello y comenzó a llevarme lejos del *cairn.* Caminamos entre la larga hierba, colina arriba, hasta llegar a una cancilla que estaba abierta. Un utilitario verde aguardaba en la carretera con las ventanas cubiertas de vaho.

Susannah me condujo hasta la puerta del copiloto y la abrió.

-Espera un momento -me dijo-. Te traeré una manta.

Yo contemplé fijamente el mundo al que acababa de llegar tratando

de averiguar lo que me había ocurrido, mientras sentía en el vacío de mi corazón una tristeza tan intensa que me producía dolor.

Susannah extendió una manta sobre el asiento y luego me tapó con otra tras quitarme su abrigo. Me ayudó a entrar en el coche y cerró la puerta. Después se instaló en el asiento del conductor y dio al contacto. El motor gimió, pero acabó por ponerse en marcha. Luego encendió al máximo la calefacción y el ventilador.

-Tardará un minuto en calentarse -dijo.

Asentí y miré por el empañado cristal delantero. Reuní cuanta energía pude y pregunté:

-¿Dónde estamos?

Las palabras sonaron desmañadas y torpes; sentía la lengua como si fuera un trozo de madera.

-Sabe Dios -oí que contestaba ella por encima del rugido del ventilador-. En algún lugar de Escocia. No muy lejos de Peebles.

El aire caliente del ventilador fue aclarando un poco el cristal delantero y Susannah acabó de limpiarlo con el dorso de la mano. Aceleró y salió a la carretera.

-No te preocupes por nada -me dijo-. Recuéstate y descansa. Si tienes hambre, hay bocadillos y café en el termo. Afortunadamente hoy es fiesta y habrá poco tráfico.

Viajamos todo el día y sólo nos detuvimos un par de veces a repostar gasolina. Yo veía cómo el paisaje desfilaba por las ventanillas, sin decir palabra. Susannah carraspeaba de vez en cuando y me miraba de reojo como si tuviera miedo de que yo pudiera desaparecer; pero mantuvo la boca cerrada y no me atosigó a preguntas, cosa que le agradecí infinitamente.

Era ya muy tarde cuando llegamos a Oxford; yo estaba exhausto por el viaje. Arropado entre las mantas, contemplaba atontado las luces de la ciudad desde el cinturón de circunvalación y me sentía totalmente derrotado. ¿Cómo había podido ocurrirme todo aquello a mí? ¿Qué significaba?

No sabía dónde ir. Pero Susannah lo había preparado todo. Condujo el coche por solitarias calles y se detuvo al fin en algún lugar del centro de Oxford que parecía una madriguera de conejos. Me ayudó a bajar del coche y vi que nos habíamos parado junto a una puerta baja. En una placa de latón se leía: D. M. Campbell, Profesor. Susannah sacó del bolsillo un llavero, introdujo en la cerradura una llave y le dio la vuelta.

La puerta se abrió; ella pasó delante y encendió las luces. En cuanto entré en la habitación, la reconocí. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que había estado allí?

-El profesor Nettleton me dijo que te las diera -dijo Susannah, poniéndome en las manos las llaves-. No está aquí... -comenzó a decir, pero se interrumpió y añadió-... pero supongo que ya lo sabes.

-Sí -repuse.

Sospechaba que Nettles jamás regresaría; pero ¿por qué había vuelto yo? ¿Por qué yo? ¿Y por qué a aquel lugar?

-Bueno -dijo ella escrutando con sus oscuros ojos mi rostro, como si esperara ver alguna señal de interés-, hay comida en la despensa y leche

en la nevera. No sabía quién o cuántos comensales vendrían, así que hay un poco de todo. Pero si necesitas algo más, aquí te dejo mi número de teléfono y...

-Gracias -dije interrumpiéndola-. Estoy seguro de... Está bien -añadí incapaz de articular más palabras.

Ella me miraba con curiosidad, ardiendo en deseos de hacerme preguntas. Pero se limitó a dirigirse hacia la puerta.

-Bueno... -murmuró, posando la mano en la manecilla y abriéndola. Vaciló unos instantes, esperando que yo la detuviera-. Nos veremos mañana -añadió.

-Por favor, no hace falta que te molestes -balbucí yo, pues mi lengua se resistía a utilizar mi antiguo idioma.

-No es molestia -se apresuró a responder Susannah-. Adiós.

Y salió sin darme tiempo a hacerla desistir.

No podría asegurar cuánto tiempo estuve en pie, arropado en la manta. Permanecí escuchando los escandalosos ruidos de Oxford, que la pesada puerta de madera y los gruesos muros de la casa del profesor no podían acallar. Me sentía entumecido por dentro, vacío, hueco. No dejaba de pensar: *Estoy muerto y estoy en el infierno.*

En cierto momento debí de dejarme caer en uno de los sillones de Nettles, atiborrados de papeles, porque oí la puerta y al abrir los ojos vi que Susannah entraba en la habitación cargada de paquetes y bolsas. Trataba de no hacer ruido porque creía que dormía. Pero al volverse para dejar los paquetes sobre la mesa me vio sentado en el sillón.

-¡Oh! Buenos días -exclamó.

Su sonrisa era alegre y cariñosa. Tenía las mejillas arreboladas por el frío y se frotaba las manos para entrar en calor.

-No me digas que has pasado la noche en ese sillón.

-Supongo que sí -repuse lentamente.

Me resultaba difícil escoger las palabras y la lengua se me trababa.

-Yo me he levantado al alba -declaró ella con orgullo-. Te he comprado ropa.

-Susannah -repuse yo-, no tenías por qué hacerlo. Realmente yo...

-No hay problema -dijo, entrando en la cocina como Pedro por su casa-. Prepararé algo para desayunar y después te enseñaré lo que he comprado. Ya me darás luego las gracias.

Me quedé sentado sin fuerzas ni voluntad para levantarme. Susannah reapareció poco después y comenzó a rebuscar entre los paquetes.

-Muy bien -dijo sacando algo azul de una bolsa-, cierra los ojos.

Yo la miré. ¿Por qué estaba haciendo todo aquello? ¿Por qué no me dejaba en paz? ¿Es que no veía que estaba destrozado?

-¿Qué ocurre, Lewis? -me preguntó.

-No puedo.

-¿Qué es lo que no puedes?

-No puedo soportarlo, Susannah -exclamé-. ¿No lo entiendes?

Claro que no lo entendía. ¿Cómo habría podido? ¿Cómo alguien iba a entender ni siquiera la más insignificante y pequeña parte de lo que yo había vivido? ¡Había sido rey de Albión! Había librado batallas y matado a

enemigos, y además yo mismo había sido muerto. Sólo que en lugar de ir al otro mundo había regresado al que había dejado. Todo lo que yo había hecho y experimentado no significaba nada.

-Lo siento -dijo Susannah con sinceridad-. Sólo intentaba ayudarte -añadió mordiéndose el labio.

-No es culpa tuya -le dije-. No tiene nada que ver contigo.

Se acercó y se arrodilló junto al sillón.

-Quiero entenderlo, Lewis. De verdad. Sé que tiene que ser muy difícil.

Como no le contesté siguió hablando.

-Nettles me contó un montón de cosas sobre lo que estaba ocurriendo. Al principio no le creí. Todavía no estoy segura de haberle creído. Pero me dijo que buscara algunas cosas... Señales de los Tiempos, las llamaba él; y me dijo que si las veía, debía ir a aquel lugar a esperar a que apareciera alguien. Incluso me dio un mapa.

Se quedó pensativa unos instantes y añadió:

-No tenía la menor idea de que serías tú quien aparecería.

Guardamos silencio un buen rato. Ella esperaba que yo le dijera algo.

-Escucha -me decidí al fin-. Te agradezco lo que has hecho. Pero ahora necesito... -casi sudaba con el esfuerzo de hablar- ... necesito cierto tiempo para poner las cosas en orden.

Me dirigió una mirada ofendida y se levantó.

-Lo comprendo. Pero sólo pretendo ayudar.

Hizo una pausa y desvió la mirada. Cuando volvió a mirarme me dirigió una sonrisa un tanto triste.

-Te dejaré solo por ahora. Pero llámame luego, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

Asentí arrellanándome en el cómodo sillón, y también en mi tristeza y dolor. Ella se marchó.

Pero a la mañana siguiente regresó muy pronto. Me echó una ojeada a mí y a la habitación y rápida como un cohete encendió la luz.

-Levántate, Lewis. Vas a venir conmigo.

Yo había perdido toda mi voluntad y la suya parecía más que suficiente para los dos, así que la obedecí. Hurgó entre los paquetes que seguían sobre la mesa tal como los había dejado y me puso en la mano unos calzoncillos.

-Toma. Para empezar.

Yo me puse en pie arropado todavía en la manta que me colgaba de los hombros como una capa.

-¿Qué pretendes?

-Tienes que salir -replicó, tajante, Susannah-. Es domingo. Iremos a la iglesia.

-No quiero ir.

Ella se encogió de hombros, cogió una camisa y me la probó por encima ladeando la cabeza.

-Póntela -me ordenó.

Me vistió con ruda eficiencia: pantalones, calcetines, zapatos y cinturón; luego me contempló complacida del resultado.

-Podrías afeitarte -observó frunciendo el entrecejo-. Pero lo dejaremos

para más tarde. ¿Listo?

-No voy a salir contigo, Susannah.

Ella sonrió con afectación y me cogió del brazo. Sus manos estaban calientes.

-¡Claro que sí! No voy a dejarte aquí languideciendo todo el santo día como un buitre moribundo. Después de ir a la iglesia, te permitiré que me invites a comer.

-Sé lo que tratas de hacer, Susannah. Pero no quiero salir.

La iglesia estaba repleta. En todo el tiempo que había vivido en Oxford jamás había visto un oficio tan concurrido. Había al menos mil personas. La gente se amontonaba en los bancos y se alineaba en los vastos alféizares de la iglesia. Habían colocado sillas en la parte de atrás cubriendo todos los espacios. Los reclinatorios habían sido retirados y colocados en las naves laterales para acomodar más gente. Como todas aquellas medidas resultaron insuficientes, habían abierto las puertas para que los asistentes pudieran escuchar desde la calle.

-¿Qué ocurre? -pregunté atónito ante aquel tumulto-. ¿Qué es todo esto?

-Una iglesia -dijo Susannah asombrada ante mi pregunta.

El oficio transcurría para mí como entre una neblina. No podía concentrarme más que durante dos o tres segundos. Mi mente, mi corazón, mi alma, mi vida, estaban en Albión; estaba muerto para el mundo. Estaba bloqueado y no podría regresar jamás.

Susannah me dio un codazo. Miré a mi alrededor. Todos se habían arrodillado y el pastor, o el sacerdote, o lo que fuera, sostenía en alto una rebanada de pan y decía:

-Éste es mi cuerpo sacrificado por vosotros...

Yo escuchaba las palabras, las había escuchado antes muchas otras veces; había crecido escuchándolas, y jamás les había dedicado un pensamiento fuera de los muros de la iglesia.

Éste es mi cuerpo sacrificado por vosotros...

Palabras plenas de sentido, palabras que se remontaban siglos y siglos atrás. Palabras que explicaban lo que me había sucedido a mí. Como una estrella que estalla en la helada bóveda del espacio, su significado estalló en mi cerebro. ¡Sabía, *sabía muy bien,* lo que querían decir!

Me sentí débil y aturdido; la cabeza me daba vueltas. Me invadió un rapto de alegría tan grande que temí desmayarme. Miré las caras que me rodeaban, transfiguradas de devoción. ¡Sí, sí! No eran los mismos; habían cambiado. Naturalmente que habían cambiado. ¿Cómo habrían podido no hacerlo?

Albión había sido transformada y este mundo tampoco seguía siendo el mismo de antes. Aunque no de una forma manifiesta, había sobrevenido en él un gran cambio. Y lo podría encontrar escondido en millones de lugares: actuando con la sutileza y el sigilo de la levadura, invisible y desconocido, pero alterándolo todo de forma generosa, poderosa y radical. Sabía, como sabía el significado de las eucarísticas palabras, que el renacimiento de Albión y la renovación de este mundo eran lo

mismo. La Hazaña Heroica había sido realizada.

El resto del oficio pasó en un suspiro. Mi mente funcionaba febrilmente; ansiaba salir y me precipité fuera de la iglesia tan pronto como fue dada la bendición. Susannah me agarró del brazo y me sujetó.

-¡Qué impaciente! Al menos podrías haber simulado que prestabas atención.

-Lo siento, pero es que…

-Nunca en mi vida me he sentido tan avergonzada. Realmente. Lewis, eres…

-¡Susannah!

Se detuvo. La cogí por los hombros y la obligué a mirarme de frente.

-Escucha, Susannah. Tengo que hablar contigo. Ahora mismo. Es muy importante.

Tras empezar a hablar, las palabras se atropellaron en mi boca como un vertiginoso huracán.

-Antes no lo entendía. Pero ahora lo veo muy claro. ¡Es increíble! Ya sé qué ocurrió. Ya sé lo que ocurre por doquier. Es…

-¿Qué es *eso* que ocurre por doquier? -preguntó ella, apretándome el brazo y mirándome con desconfianza.

-¡Yo fui rey de Albión! -exclamé- ¿Sabes lo que significa eso, Susannah? ¿Tienes idea de lo que significa?

Unas cuantas cabezas se volvieron a mirarnos. Susannah me miró alarmada y se mordió el labio.

-Mira -dije tratando de explicarme de otra manera-, ¿te importaría que no fuéramos a ningún sitio? Podríamos volver a casa de Nettles a charlar. Tengo que contárselo a alguien. ¿Quieres?

Con evidente alivio, Susannah sonrió y se colgó de mi brazo.

-Me encantaría. Encargaré comida y podrás contármelo todo.

Regresamos a casa charlando y seguimos hablando durante la comida. Yo me llevaba los bocados a la boca, pero no los saboreaba. Ardía con la certeza de la verdad que acababa de vislumbrar. Me había tragado el sol y ahora el sol me rezumaba por todos los poros y vísceras. Hablaba como un descosido, llenando las horas con palabras y más palabras, sin acertar a describir los más nimios detalles de cuanto había experimentado.

Susannah escuchaba con atención y después de comer sugirió que fuéramos a dar un paseo por el río para poder mantenerse despejada y seguir escuchándome. Paseamos hasta que el sol comenzó a ponerse en un hermoso crepúsculo de primavera. El cielo resplandecía de azul, nubes rojizas y doradas se deslizaban sobre colinas color esmeralda y campos de esplendoroso verdor. Parejas y familias deambulaban plácidamente por el sendero y los cisnes surcaban el río como plumíferos galeones. Mirara a donde mirase sólo veía paz y tranquilidad… era un verdadero día del Señor.

-Tenías razón -dijo ella, cuando al fin me quedé sin aliento-. Es increíble.

Quedaba mucho, muchísimo por contar, pero me dolía la mandíbula y tenía seca la garganta.

-Simplemente increíble -repitió acercándose a mí y apoyando la

cabeza en mi hombro mientras emprendíamos el camino de regreso.

-Sí. Lo es. Pero tú eres la única persona que lo sabrá.

Ella se detuvo y me miró.

-Pero tienes que decírselo a la gente, Lewis. Es de una importancia crucial.

Abrí la boca para objetar, pero ella adivinó mi intención.

-Compréndelo, Lewis -insistió-. No puedes guardarte para ti una cosa semejante. Debes contársela a los demás..., es tu deber.

Sólo pensar en los periódicos me aterrorizaba. Periodistas persiguiéndome con micrófonos y cámaras, televisiones, radio... un desfile interminable de escépticos, chiflados y bravucones incrédulos... Jamás.

-¿Quién podría creerme? -pregunté desesperanzado- Si se lo digo a alguien más, sería como comprar un billete de ida al manicomio.

-Quizás -asintió ella- Pero en realidad no sería necesario que lo contaras.

-¿No?

-Podrías simplemente escribirlo. Sabes cómo manejarte con el teclado -observó Susannah muy satisfecha de su idea-. Podrías quedarte a vivir en la casa de Nettles y yo te ayudaría. Podríamos hacerlo entre los dos.

Arqueó las cejas en señal de desafío y sonrió maliciosamente.

-Venga ya, ¿qué te parece?

Así fue como me encontré sentado ante el escritorio de Nettles, con una desvencijada máquina de escribir y un montón de hojas en blanco, mientras Susannah trasteaba en la cocina preparando té y bocadillos. Coloqué una hoja de papel en la máquina y extendí las manos sobre el teclado.

No se me ocurrió nada. ¿Por dónde empezar a contar semejante historia?

Paseé la mirada por el escritorio y vi la esquina de un pedacito de papel con unos trazos de colores. Lo cogí. Era un dibujo celta, el que el profesor Nettles me había enseñado hacía mucho tiempo. Miré fijamente el mareante y vertiginoso dibujo: dos líneas entretejidas que simbolizaban el equilibrio de todos los elementos girando para siempre en perfecta armonía. El Nudo Sin Fin.

Al momento las palabras empezaron a fluir y yo comencé a teclear:

Todo empezó con el uro...

GLOSARIO

Aird Righ: en céltico significa «Soberano Rey».

Annwn o Uffern: el submundo de la mitología céltica, los infiernos, donde reinaban los dioses malignos, los dioses de la muerte y de la noche que, según dicha mitología, llegaron a Irlanda antes que los Tuatha De Danann, los dioses de la luz y de la vida, porque el mal precede al bien, del mismo modo que la noche precede al día.

ap: palabra celta que significa «hijo de».

Aryant Ol: ritual mortuorio en que los celtas forman dos hileras e iluminan con antorchas el camino del rey difunto hasta su tumba.

awen: espíritu que anima la sabiduría del bardo.

banfáith: profetisa. Las *banfáith* escrutaban el futuro y hablaban al pueblo en nombre del Dagda.

banfilidh: mujer *filidh,* arpista.

beahn sidhe o *banshee:* habitantes del Otro Mundo.

Beltane: antigua fiesta celta; el primero de mayo, según el calendario cristiano.

bodhran: instrumento celta, parecido al tambor.

brandub: juego de habilidad y azar.

breecs: prenda de vestir celta; una especie de pantalones.

brehon: uno de los grados de la dignidad de bardo; eran la mano derecha de los Bardos Supremos.

buskin (s): calzado utilizado por los celtas.

caer: en céltico significa «plaza fuerte» o «pueblo amurallado». Esta palabra ha dado lugar a muchos topónimos galeses; por ejemplo, Cardiff.

cairn: montón de piedras levantado en el suelo a modo de señal. Podía indicar el emplazamiento de una tumba, un lugar de reunión o simplemente un lugar sagrado.

carynx: instrumento celta, parecido a la trompeta.

cawganog: una de las dos subdivisiones del rango de *mabinog.*

crannog: construcción hecha sobre la superficie del agua.

cruinos: tribu celta.

cupanog: una de las dos subdivisiones del rango de *mabinog.*

curragh: pequeña embarcación con casco de cuero.

Dagda: es el dios supremo de la mitología celta; su nombre significa «buen dios». Era el jefe de los Tuatha De Danann, los dioses del día, de la luz y de la vida; de ellos emanaba la ciencia de los druidas.

deosil: término celta que significaba «la órbita del sol».

derwydd (i): una de las muchas formas celtas de designar a los druidas, «derw» significa en galés «roble», y la mayoría de los druidas acostumbraban llevar una vara de esa madera, símbolo de su rango.

dyn dythri: para los celtas, habitante del Otro Mundo.

filidh: aprendiz de druida; eran además consumados arpistas y hábiles contadores de historias.

fidchell: juego de habilidad y azar.

geas: voto que compromete al rey con su pueblo. En el caso de Mano de Plata el *geas* lo obliga a no abandonar Albión; por eso debe romperlo y por tanto renunciar a la soberanía, para marcharse a Tir Aflan.

goidélico: dialecto céltico. Los dialectos célticos se dividen en tres grupos: el celta continental, representado por el galo; el británico, hablado en Gran Bretaña y del que surgieron el actual galés, el desaparecido córnico y el bretón armoricano, llevado a Bretaña por colonos británicos; por último, el gaélico o goidélico, constituido por el irlandés, el gaélico de Escocia y el manx o dialecto de la isla de Man.

gorsedd: asamblea de bardos.

gwyddbwyll: juego de estrategia parecido al ajedrez o a las damas.

gwyddon: bardo experto en agricultura y ganadería; tenía además conocimientos de medicina.

gyd: nombre que en céltico designaba a la primavera.

hurley: juego parecido al *hockey,* que aún se practica en Irlanda.

isla de Iona: es la isla de Hy, en el canal de San Jorge, entre Escocia e Irlanda; en ella se han hallado numerosos vestigios del arte celta.

llwyddios: tribu celta.

llys: en céltico significaba «corte» y por extensión designaba a la asamblea reunida y presidida por el rey para administrar justicia.

mabinog (i): alumno o aprendiz de bardo. De esta palabra celta deriva el término «Mabinogion», con el que se denominan los relatos legendarios en prosa y en lengua galesa antigua recopilados en dos manuscritos: *El libro blanco de Rydderch* (s. XIII) y *El libro rojo de Hergest* (principios del s. XIV). Algunas de sus historias se conservan fragmentariamente en manuscritos más antiguos (s. XI). La sustancia de las leyendas, transmitidas oralmente y modificadas a lo largo de los siglos, se remonta a la época de decadencia del mundo celta en Gran Bretaña, es decir, a los siglos VI y VII.

maffar: verano.

mertanos: tribu celta.

naud: en céltico significaba «derecho de asilo».

ogam: nombre derivado del de un personaje de las leyendas irlandesas llamado Ogam, autor mítico del alfabeto secreto de los bardos. El *ogam* es la más antigua escritura céltica conocida; fue inventada en Irlanda y empleada en Escocia, Gales e Inglaterra por emigrados irlandeses. Las letras están formadas por caracteres más o menos largos, colocados encima, debajo o transversalmente a una línea de base. Se han hallado unas trescientas inscripciones en escritura *ogam,* la mayor parte en Irlanda; las más antiguas datan del siglo IV.

omphalos: piedra de forma redondeada y cónica que se encontraba en el templo de Apolo en Delfos. La leyenda suponía que indicaba el centro de la Tierra. Por analogía, se ha designado con este nombre a cualquier lugar de confluencias sobrenaturales que tuviera forma cónica, como las colinas y los montículos.

penderwydd: autoridad religiosa superior entre los bardos; Sumo Druida, Bardo Supremo.

Phantarch: Patriarca Supremo de los bardos de Albión; estaba por encima del grado de *penderwydd;* protegía y conservaba la Canción de Albión,

símbolo de la esencia céltica.

rhylla: nombre que en céltico designaba al otoño.

Samhein: una de las fechas más importantes del calendario celta, que coincide más o menos con el primero de noviembre del calendario cristiano. Los celtas creían que durante la noche de la víspera del *Samhein,* el mundo de los dioses se hacía visible a los mortales; de ahí que se desarrollaran portentos y desgracias.

san Columbán: en irlandés Columkill; religioso irlandés, el más célebre de los santos irlandeses después de san Patricio. Príncipe de la familia real de Tircornaill, abrazó el estado monacal y fundó el monasterio de Derry; recibió del rey de Dalriada la isla de Iona y fundó allí un nuevo monasterio que llegó a ser el gran foco misionero y cultural de la cristiandad irlandesa.

siarc: prenda de vestir celta; una especie de camisa.

sollen: nombre que en céltico designaba al invierno.

taithchwant: en céltico significaba «pasión irreprimible de marchar a recorrer y ver mundo» o también «nostalgia del hogar».

ta'n coeth: planta seca que los celtas empleaban para encender la hoguera.

Ta'n n'Right: Fuego del Rey, rito en el que se confiere la dignidad real a un pretendiente.

Taran Tafod: lenguaje secreto de los bardos.

vedeios: tribu celta.

ynys: en lengua celta significa «isla».